

## APUNTES PARA UN CURSO BÍBLICO

Un compromiso de tres laicos desde el año del Jubileo – 2000

Iniciando el Tercer Milenio

## PREFACIO

Después de haber leído este libro, me pasé muchas horas pensando qué opinión podría añadirle, ante la solicitud de que lo hiciera, sin que lo añadido fuera a mermarle dimensión y valor o a tergiversarle, de alguna forma, parte del significado real y subjetivo que esta obra tiene.

He reflexionado mucho sobre esta obra, pero ante el hecho de que estos apuntes sean presentados por tres laicos, como una forma de reconocer y agradecer a Dios la oportunidad de brindarles un encuentro personal con su Hijo Jesucristo en un Cursillo de Cristiandad, me revestí de inmensa alegría y animación; y al empezar a saborear de mejor forma este libro, he reforzado más mi convicción de que es imposible que persona alguna pueda tener cierta afinidad con otra, mucho menos adoptar un compromiso con ella sin apenas tener el mínimo conocimiento necesario de quién se trata, como para tener la confianza suficiente para ello. Si en el plano humano, la relación y la comunicación con esa persona es decisivo para nuestros intereses, cualesquiera que fueren, no hay otra alternativa que buscar la manera de indagarnos sobre ella. Pero en estas condiciones, las referencias personales son fácilmente accesibles.

Diferente es cuando penetramos al campo de Dios: un Ser ya conocido por muchos, desconocido por otros, aceptado por tantos y despreciado por algunos. ¿De qué dependen estas diferentes actitudes del Hombre? Mucho se debe al grado de conocimiento verdadero que de Dios se tiene; por lo cual se crean diferentes conceptos de Dios y en consecuencia se adoptan diversas actitudes ante Él. Eso explica también los diversos matices que adquieren tanto las relaciones interpersonales como las demás que conforman el campo de toda convivencia social. Porque el hombre que no tiene a Dios en su corazón o no conoce nada de Él, no tiene nada que compartir con los demás, a no ser que comparta el vacío y la pena de sentirse una marioneta, de un origen y destino sin sentidos.

Es necesario entonces interesarse por conocer a Dios de una manera ansiosa, que nos impulse a superar todas esas indigencias espirituales para que tengamos a manos llenas mucho que dar a nuestros hermanos, esa es la única manera de encontrarnos con el verdadero Dios. A Dios sólo podemos ir a través de los hombres. Eso quiere decir que debemos conocer cómo sirvió, y aún sirve, Dios a los hombres para que aprendamos a servirnos los unos a los otros; así llegaremos a comprender que lo más importante para Dios hemos sido nosotros mismos, los hombres; para nosotros dispuso un Plan de Salvación, que es preciso conocer en su ejecución a través del desarrollo de la historia humana. Pero me preguntarás; ¿dónde encontrar parte de este conocimiento?

Esta es la bondad que he encontrado en este libro. Sus notas van en dirección a explicar la manera de cómo ha intervenido Dios en favor de la humanidad y llevar al lector a los diferentes parajes y vericuetos que ha tenido que recorrer el Pueblo de Israel, como pueblo escogido por Dios, a través de toda su historia. La coherencia con que han logrado juntar las experiencias exegéticas de los diversos autores, con el respaldo moral de las definiciones contempladas en los documentos de la Iglesia, le dan al presente trabajo la suficiente seriedad y solidez como para tomar el tiempo y el esfuerzo necesarios para una gustosa lectura.

El carácter ecléctico, o sea el seleccionar y ordenar lo mejor de lo mejor del conocimiento de Dios encontrado en muchos libros, no sólo requiere de una gran capacidad para saber poner cada contenido en su mejor puesto, sino además, de un alto espíritu de entrega a las cosas de Dios y de compartir esa entrega con los demás. Este testimonio realizado por tres laicos aumenta su valor si lo consideramos dentro del marco festivo de la Iglesia por el Jubileo 2000 y juega perfectamente con las intenciones post-conciliares de una mayor participación de los seglares en el concepto de la Nueva Evangelización, que contribuirá a propiciar las condiciones para una mejor transformación de nuestra Iglesia y nuestra sociedad.

He sido testigo de todos los intentos por dar por terminado este libro, sin embargo, no ha sido fácil, tomando en cuenta que estos apuntes llevan la finalidad de proporcionarle a dirigentes, con cierta experiencia en la lectura bíblica, el material indispensable para la elaboración de un curso bíblico que pueda ser impartido para algunas de nuestras comunidades eclesiales o discutido en el seno familiar. En este sentido, creo que el esfuerzo no ha sido en vano y estoy seguro, lo digo por experiencia propia, que el caudal de contenidos de este libro va a enriquecer nuestro conocimiento de Dios, y que nuestra postura ante Él cada día será el de un compromiso más serio y nuestra entrega al servicio de los demás será cada vez más amorosa.

La alegría con que la Iglesia ve y recibe el fruto de sus hijos constituye una invitación a todos aquellos que quieran unirse a la cruzada por la Evangelización, a que engrosemos filas dentro del mismo objetivo de conocer y dar a conocer a Dios, sobre todo a aquellos que más sienten la necesidad de conocerlo, a efecto de que nos vayamos acercando a la conformación de aquella Iglesia Única, Santa, Católica y Apostólica con la que soñó su Divino Fundador y para lo cual se nos entregó hasta la muerte. Que Dios nos bendiga a todos.

P. Celestino Palacios  
Párroco de San Pedro Nonualco  
El Salvador, Centroamérica

## Prólogo

El esfuerzo realizado en la elaboración de este trabajo ha consistido sencillamente en dar un ordenamiento a una serie de contribuciones histórico-exegética que diferentes autores han hecho a partir de la lectura de la Sagrada Escritura. No hay, pues, ninguna invención ni aporte teológico original al respecto. Sólo hemos querido regalar nuestro tiempo y labor a realizar lo que otras personas, con un poquito de tiempo, podían haber realizado mejor que nosotros; pero tengan la plena seguridad que en todo esto existe el propósito sincero de contribuir, como cristianos comprometidos, a extender la Buena Nueva de una Promesa cumplida en Cristo, Nuestro Señor.

Como inicia la presentación de la Biblia de Jerusalén, “La Biblia nos comunica de modo inmutable la Palabra del mismo Dios. «La Iglesia la ha venerado siempre al igual que al Cuerpo mismo del Señor, ya que, sobre todo en la Liturgia, no cesa de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo» (Concilio Vaticano II, Const. Dei Verbum, no. 21). Consciente de su misión, la Iglesia «se esfuerza por llegar a conseguir de día en día un conocimiento mas profundo de las Sagradas Escrituras» (no. 23). (...) Todo intento de hacer mas accesible esta Palabra es un servicio prestado a la Iglesia”. Este ideal de servicio es el que ha orientado nuestros modestos esfuerzos en la confección de este material.

En nuestra humilde consideración, creemos que esta aportación, que pueden considerarlo como otro Curso Bíblico más, van dirigidos a aquellos hermanos católicos que de manera franca y vocacional están al frente de la dirección de comunidades eclesiales en el actualizado concepto de la Nueva Evangelización. Sin embargo, con la ayuda enorme que ofrece el estudio en equipo, este material de apoyo puede alcanzar mayores resultados en el crecimiento de nuestra Fe en Cristo Nuestro Salvador.

Aunque esta presentación contiene una panorámica bíblica en general, perfectamente, el dirigente, puede iniciar su lectura o enseñanza con el Nuevo Testamento, retomando parte de la Introducción; para que posteriormente pueda concluir con el Antiguo Testamento.

Metodológicamente, podrá notarse que en la parte del Antiguo Testamento, además de la exposición de lo central del tema, basándonos en las enseñanzas del Padre Amatulli Valente y en algunos Diccionarios Bíblicos, se adicionan secciones para una fácil conducción de las reflexiones en grupo, tales como un resumen de las enseñanzas fundamentales, así como aquellas dudas y ataques (en forma de interrogantes para ser respondidas en grupo) que se formulan a las mismas. También se presentan algunos cuadros sinópticos para una mayor comprensión de la lectura. A medida que se avanza, esta tarea se delega a los líderes para que, haciendo gala de su creatividad y sujetándose a la situación particular de sus comunidades, organicen los siguientes temas de la manera más conveniente al mejor aprendizaje de los demás.

Como toda obra humana, ésta no puede ser perfecta de ninguna manera, pero por esa misma razón, el estudio de las Sagradas Escrituras debe tomarse con la seriedad que merece, para ir superando las deficiencias del humilde esfuerzo realizado por nosotros. Es válido y conveniente hacer de nuestro conocimiento todo aquello en que lo podamos mejorar, a efecto de que otros hermanos reciban un mejor recurso para su educación cristiana. La verdad que no se dice oportunamente contribuye a justificar la mentira, y eso no es cristiano. Por favor, ayúdenos a evangelizar mejor para la Mayor Gloria de Dios y la propagación de su Santa Madre Iglesia.

Gabriel Antonio Pérez; Sigfredo Corcio Torres; Celso Rodríguez Echenique

En la alborada del Tercer Milenio

## INDICE

Prefacio	3
Prólogo	6
Indice	9
Como utilizar este Libro	13
Capítulo I. Preparación a la lectura de la Biblia	18
Capítulo II. Introducción a las Sagradas Escrituras	31
Capítulo III. La Biblia. Autor principal y autores secundarios	35
Capítulo IV. Los Libros	39
Capítulo V. Versiones de la Biblia y Desarrollo del Canon	51
Capítulo VI. Para aprovechar al máximo la lectura de la Biblia	57

## EL ANTIGUO TESTAMENTO (AT)

Introducción	65
Capítulo 1. Génesis (Gn)	69
Capítulo 2. El pecado	77
Capítulo 3. Abraham, nuestro padre en la fe	87

Capítulo 4. Exodo (Ex). Liberacion de Egipto y alianza del Sinai	96	
Capítulo 5. La ley. los libros "Levítico", "Números" y "Deuteronomio"	108	
5.1 Levítico (Lv)	108	
5.2 Números (Nm)	115	
5.3 El Deuteronomio (Dt)	122	
5.4 La historia bíblica primitiva en sus primeros capítulos. Comentario Exegético	132	
Capítulo 6. Los Jueces y los Reyes	138	
6.1 Libros históricos	138	
6.2 Josue (Jos)	139	
6.3 Jueces (jc)	141	
6.4 Samuel (1 s y 2 s)	147	
6.5 Libros de los reyes (1 r y 2 r)	157	
Capítulo 7 Los anales y la reconstrucción (cro)	172	7.1 Crónicas (1 cro y 2 cro)
7.2 Esdras-nehemías (esd y ne)	176	
Capítulo 8 Libros de los macabeos (1 m y 2 m)	181	
Capítulo 9 Los profetas	185	
9.1 Isaias (is)	189	
9.2 Jeremias (jr)	192	
9.3 Ezequiel (ez)	194	
9.4 Oseas (os)	197	
9.5 Joel (jl)	200	
9.6 Amós (am)	202	
9.7 Abdías (ab)	204	
9.8 Jonás (jon)	205	
9.9 Miqueas (mi)	207	
9.10 Nahum (na)	209	
9.11 Habacuq (ha)	211	
9.12 Sofonías (so)	212	
9.13 Ageo (ag)	213	
9.14 Zacarías (za)	214	
9.15 Malaquías (ml)	217	
Capítulo 10 Tres historias ejemplares	219	
10.1 Tobias (tb)	219	
10.2 Judit (jdt)	221	
10.3 Rut (rt)	222	
Capítulo 11 Los cinco rollos (meguilloth)	226	
11.1 El cantar de los cantares (ct)	226	
11.2 Lamentaciones (lm)	228	
11.3 Eclesiastés (qohélet) (qo)	229	
11.4 Ester (est)	231	
Capítulo 12. Libros sapienciales y demás escritos	234	
12.1 Job (jb)	235	
12.2 Proverbios (pr)	237	

12.3 Sabiduría (sb)	239	
12.4 Eclesiástico (sirácides o sirácida) (si)		241
12.5 Baruc (ba)	242	
12.6 Salmos (el salterio) (sal)	244	
Capítulo 13. Visiones histórico-apocalípticas	248	
13.1 Daniel (dn)	248	
Capítulo 14. Esperanzas mesiánicas	255	Tabla
Cronologica	257	

### NUEVO TESTAMENTO (NT)

Presentación	268	
Capítulo 1. Resumen histórico de los últimos años del pueblo de israel antes de la venida de Cristo	271	
1.1 La expectación del mesías	273	
1.2 El contexto de la época	275	
1.3 Los hechos de los apóstoles (hch)	283	
Capítulo 2 Los cuatro evangelios	291	
2.1 Evangelio de san marcos (mc)	299	
2.2 Evangelio de san mateo (mt)	313	
2.3 El evangelio de san lucas (lc)	324	
Capítulo 3. El evangelio de san juan (jn)	336	
Capítulo 4. Los escritos de san pablo	359	
4.1 Cartas escatológicas	370	
4.2 Primera carta a los tesalonicenses (1 ts)	370	
4.3 Segunda carta a los tesalonicenses (2 ts)	374	
4.4 Grandes cartas	376	
4.5 Primera carta a los corintios (1 co)	376	
4.6 Segunda carta a los corintios (1 co)	381	
4.7 Carta a los gálatas (ga)	385	
4.8 Carta a los romanos (rm)	393	
4.9 Cartas de la cautividad	403	
4.10 Carta a los filipenses (flp)	403	
4.11 Carta a los colosenses (col)	410	
4.12 Carta a los efesios (ef)	413	
4.13 La carta a filemón (flm)	424	
4.14 Cartas pastorales	426	
4.15 Cartas a timoteo y tito (1 tm, 2 tm y tt)	432	
Capítulo 5. Las otras cartas del nuevo testamento	436	
5.1 Carta a los hebreos (hb)	436	
5.2 Primera carta de san pedro (1 p)	446	
5.3 Segunda carta de san pedro (2 p)	457	

5.4 La carta de santiago (st)	463
5.5 La carta de san judas (judas)	470
5.6 Las cartas de san juan (1 jn, 2 jn y 3 jn)	476
Capítulo 6. Títulos cristológicos y sus problemas	484
Capítulo 7 El apocalipsis de juan (ap)	536
Bibliografía	556

## CÓMO UTILIZAR ESTE LIBRO

Para desarrollar una visión completa, de punta a punta, del contenido de las Sagradas Escrituras, desde el inicio del Antiguo Testamento hasta el final del Nuevo, este esfuerzo realizado por nosotros se queda considerablemente pequeño en comparación con el requerido. De manera que el resultado obtenido por nuestra iniciativa solamente constituye un ejercicio de compartir los rasgos fundamentales y más significativos de los libros sagrados.

Nuestro propósito es proporcionar al lector, con poco trajinar por la senda del

estudio bíblico, algunos elementos que consideramos imprescindibles para su apropiada comprensión y que la persona que lo tome como objeto de su lectura tenga relativa facilidad para llegar a su mayor asimilación.

Además, para aquellos que deseen iniciar la aventura de compartir con otros hermanos curso bíblico, exponemos a su consideración algunas recomendaciones metodológicas.

Usted, amigo lector, podrá descubrir dos propósitos en la introducción:

Las primeras páginas van orientadas al dirigente, a aquella persona que se disponga a desarrollar los contenidos de ese curso bíblico. Llevan la intención de solidificarlo en el conocimiento acerca de la disposición natural del hombre a la búsqueda y encuentro con Dios. Esta parte es indispensable ser leída por dichas personas y puede ser omitida para el resto de los participantes del curso. Lo mismo puede decirse del Cuadro cronológico.

Hay una segunda parte, que sí ya es parte del curso bíblico y que está desarrollada en dirección a que los participantes en el curso adquieran un marco conceptual preliminar que sirva de base para una mayor comprensión de los siguientes capítulos.

Toda la introducción, y una gran parte de todo el curso, están acompañadas de citas referidas a los documentos del Catecismo de la Iglesia Católica, del Concilio Vaticano II y a otros escritores versados en la materia; lo cual significa que se ha querido elaborar un trabajo cuyos contenidos estén en total armonía con el pensar y sentir de Nuestra Santa Madre Iglesia. Se sugiere, por tanto, que el dirigente se remita siempre a la lectura de estas fuentes originales a efectos de alcanzar la amplitud y el soporte necesarios que le permitan impartir sus clases con el adecuado aplomo y responsabilidad que son requeridas para esta clase de actividades.

En los siguientes cuatro capítulos, ya relacionados con los primeros libros de la Biblia, usted se va a encontrar con una presentación que sugiere en sí una metodología a seguir en clase para las diferentes reflexiones y discusiones en

grupo. Después de cada exposición de estos capítulos va a encontrar un resumen de los mensajes centrales que puede ampliar y repasar con el resto de los participantes. Cuando ya vea que el contenido está lo suficientemente afianzado por los participantes, puede continuar con la discusión de las dudas y ataques que se suelen presentar para contrarrestar la veracidad de los contenidos expuestos.

El dirigente debe estar muy seguro de las respuestas que se han de dar a las diferentes dudas o preguntas, para lo cual le servirá de mucho repasar continuamente parte de la introducción o realizar la re-lectura, las veces que sea necesario, de las citas bíblicas señaladas en el texto y proporcionar otras citas que ayuden a su mayor análisis o a su mayor claridad, o comparar diversos acontecimientos en relación a su marco histórico que aparecen en el Cuadro cronológico. No está de más que la persona que esté impartiendo el curso haya hecho previamente la lectura completa de aquellos libros de la Biblia que se van exponiendo.

En algunos de esos capítulos va a encontrar cuadros sinópticos que le ayudarán a dar una mejor ilustración o localización de los temas que está impartiendo; lo mismo puede hacer usted con aquellas partes en que considere que los participantes presentan algunos vacíos.

En este sentido, pues, este material es en cierta forma, una guía de contenidos, que por su probablemente escaso tiempo se le hubiese hecho más difícil encontrar, y que de manera complementada le sirven como referencia para sus propias ampliaciones y demás consideraciones.

La metodología cambia en la presentación de los siguientes temas. A partir de aquí creemos que ya el dirigente podría desarrollar sus propias iniciativas metodológicas; debe echar a caminar su ingenio y su creatividad, tomando en cuenta que cada comunidad vive situaciones de aprendizaje diferentes y que, por tanto, la forma de organizar los temas pueden tener matices diversos. Debe tener presente que todos los participantes deben quedar con ideas muy claras en los temas que se les exponen, por lo que su esmero debe ser enorme.

Una cosa esencialmente importante es saber qué es lo que en las entrañas del texto se tiene que ir descubriendo y entendiendo. Indudablemente que, para nosotros, el mérito mayor tiene que ser el descubrimiento de cómo se va desarrollando, cómo se va cumpliendo el PROYECTO DE SALVACIÓN DE DIOS para con los hombres, primero en la descripción de sus manifestaciones en la Historia del Pueblo de Israel y luego, después, en el papel Revelador y Salvador de Jesucristo. Es clave no soltar este hilo conductor de toda esa historia, porque de lo contrario, no comprenderemos la dirección de los diferentes horizontes con que nos encontraremos en el mismo desierto sobre el cual Dios condujo a su Pueblo. Si el lector se apoya en este objetivo, le será más fácil darle a cada libro la interpretación más adecuada.

Además del postulado anterior, es recomendable ir puntualizando los avances del Plan de Salvación de Dios en cada uno de los temas siguientes, para lo cual es útil hacer comparaciones de las intervenciones de Dios en los diferentes contextos que se describen en la Sagrada Escritura y que se sintetizan en este libro. La participación activa de los miembros de la comunidad es de primordial importancia para que se vayan involucrando en la lectura de las citas bíblicas y en las reflexiones que se han de hacer después de la exposición de cada uno de los temas. Si está familiarizado con la lectura de la Biblia, sabe que puede disponer de ella en una variedad de traducciones y paráfrasis. Aunque puede usar cualquiera de ellas con provecho, los versículos y palabras que se citan en este Curso Bíblico han sido tomados en su gran mayoría de la Nueva Biblia de Jerusalén, de la Sagrada Biblia Nácar-Colunga, o de la Biblia Latinoamericana, a menos que se indique la fuente bíblica exacta.

De igual manera, es necesaria la utilización de Mapas y otras figuras que ayuden al participante a localizar los acontecimientos bíblicos; si es posible hay que recurrir a utilizar franelógrafos, acetatos o filminas para retro-proyectores, o la moderna tecnología de la Multi-media, u otra clase de material audiovisual que pueda apoyar o facilitar la comprensión del curso por los participantes. Una de las experiencias más interesantes y entretenidas es ir mencionando las distintas costumbres y tradiciones que se observan en nuestro pueblo y que son explicadas por los temas que se exponen. En la misma

medida, se ha de tener la suficiente habilidad para realizar, con mucha prudencia, la aplicación de las verdades analizadas en el curso, a las diversas realidades sociales o religiosas que se observan actualmente en el mundo que nos rodea.

Cuando no se tenga la suficiente ilustración sobre el tema que se va a impartir, o se tenga cierta duda al respecto, y no se cuente con la bibliografía suficiente, lo más práctico es acudir a un Sacerdote u otra persona, con suficientes conocimientos en la materia, para obtener la ampliación o profundidad necesarias de lo que se tiene que impartir; pero nunca vaya a cometer el error de impartir algo de lo cual no se sienta lo suficiente seguro, porque las cosas de Dios no se pueden realizar por salir del paso; hay que recordar que, en muchas ocasiones, la fe de alguien dependerá de lo que le escuche a usted hablar.

Por último le diré algo con lo que pude haber comenzado, pero lo hago así porque, a veces, lo que se dice por último es lo que más se nos queda en la mente: Nunca inicie algo para Dios sin pedirle primero a Él la dirección y la asistencia necesaria como para que lo que usted haga sirva únicamente para su gloria. Los recursos que más se necesitan para completar y aprovechar al máximo este Curso Bíblico son: una mente y un corazón abiertos al Espíritu Santo y una actitud de oración. A través del estudio de la Biblia adquirirá mayor conocimiento y comprensión del Señor, de su Reino y de su propio lugar en ese Reino, y todo esto es esencial. Pero necesita algo más. Necesita avivar su Fe y depender del Espíritu Santo para que oriente su estudio y aplique las verdades bíblicas a su vida. Jesús prometió que el Espíritu Santo nos enseñaría «todas las cosas» (Jn 14, 26; cf. 1 Co 2, 13). «La fe es un don de la gracia: "Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios, que previene y ayuda, y los auxilios internos del Espíritu Santo, el cual mueve el corazón y lo convierte a Dios, abre los ojos de la mente y da "a todos la suavidad en el aceptar y creer la verdad"» (Dominus Iesus). De modo que mientras use este curso para guiarle, o para guiar a su Comunidad a través de las Escrituras, bañe sus momentos de estudio con oración, pidiendo al Espíritu de Dios que ilumine el texto, que aclare su mente, que someta su voluntad, que consuele su

corazón. El Señor nunca le va a fallar (tomado del prólogo de: “Hasta el fin de los tiempos”; Jack W. Hayford, BECA, 1998).

Los autores.

## Capítulo I

### PREPARACION A LA LECTURA DE LA BIBLIA

Adentrarse a la lectura de la Biblia siempre ha representado, para la persona que lo hace, un gran reto y, sobre todo, una gran aventura. Y todos sabemos que antes de iniciar una aventura es necesaria cierta preparación, a efecto de que, ya dentro de ella, estemos dispuestos a concluirla de la mejor manera posible; de lo contrario no sentiremos la satisfacción y el premio de haber conquistado la tierra del Dios antes desconocido. Trataremos de hacerlo de la manera más sencilla, por lo menos al inicio, para que podamos tomar el impulso suficiente; después, como quien se adentra en un misterioso bosque, nos encontraremos con ciertas dificultades, que se irán sorteando con relativa facilidad si lo hacemos con espíritu perseverante y con la idea y el sentimiento de que al final del camino estaremos encontrando lo que todo hombre ha buscado, y debe buscar, a través de toda su vida: a Dios.

### NECESIDAD DE UNA RELIGION

Cuando revisamos la historia de cualquier pueblo del mundo, nos encontramos con que una de las cosas más importantes, y siempre presentes, es su Religión. No encontramos ningún pueblo ateo; todos, de alguna manera, creen en un Dios. ¿Por qué? Porque Dios puso en el corazón de todos los hombres un impulso misterioso para buscar la explicación de su propio origen y de su

propio destino. Y todos ellos la fueron encontrando de distintas formas y en las distintas facetas de la historia. A ese impulso del hombre por encontrar la explicación de su origen en un creador, superior a él, le llamamos RELIGIÓN.

En el numeral 27 del Catecismo de la Iglesia Católica se lee: «“El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar».

Una simple mirada a la historia antigua muestra con claridad como en distintas partes de la tierra, marcadas por culturas diferentes, brotan al mismo tiempo las preguntas de fondo que caracterizan el recorrido de la existencia humana: ¿quién soy? ¿De dónde vengo y a dónde voy? ¿Por qué existe el mal? ¿Qué hay después de esta vida? Estas mismas preguntas las encontramos en los escritos sagrados de Israel, pero aparecen también en los Veda y en los Avesta; las encontramos en los escritos de Confucio y Lao-Tze y en la predicación de los Tirthankara y de Buda; asimismo se encuentran en los poemas de Homero y en las tragedias de Eurípides y Sófocles, así como en los tratados filosóficos de Platón y Aristóteles.

## CLASES DE RELIGIONES

En algunas ocasiones, los pueblos tomaron como dioses a seres que no tenían vida, otras veces tomaban como dios a un animal; otros creían que todo cuanto existía era divino, y otros pueblos, al parecer, se los inventaron a su gusto. El culto de los animales fue una forma primitiva de adoración. Fue la tendencia de muchos humanos de las épocas más remotas de adorar animales a los que se admiraba, respetaba o temía. Este culto se refleja también en aspectos parciales de algunos dioses de la antigüedad, como en el antiguo Egipto. De este culto dan testimonio muchos investigadores del arte rupestre. También se refleja en el llamado Totemismo. Otra antigua forma cültica era la de considerar sagrados a varios tipos de árboles. Consideraban que tales árboles eran morada de una divinidad con la que se identificaba el culto. Varios de sus aspectos fundamentales están presentes en diferentes mitologías como la egipcia, la hindú y la noruega. Algunos intentan argumentar este culto a los

árboles con referencias bíblicas al «árbol de la vida» y al «árbol de la ciencia del bien y el mal».

Dependiendo de qué o cómo se fueron haciendo de sus dioses los pueblos, la religión fue tomando diversos nombres: Los pueblos que tomaron por dioses protectores a algunos animales y tallaron su figura en madera o piedra, llamadas TOTEM, se dice que tuvieron una religión TOTEMISTA. Los que creyeron que todo cuanto existía tenía un espíritu divino y poderoso, tenían una religión ANIMISTA. Aquellos que tomaron como dioses a cosas que no tenían vida, como piedras, montes, rocas, etc., se les considera de religión FETICHISTA.

El culto a los antepasados también es un elemento antiguo de religiosidad. Atribuyen a los muertos la condición divina y llegan hasta a adorarlos, aunque en algunos casos se les considera como necesitados de atención (aun cuando se entienda que son seres poderosos). Aun en una cultura monoteísta como la israelita es posible encontrar elementos de este culto en algunas tumbas de ciertos personajes famosos.

Finalmente, otros pueblos aparentemente se inventaron a sus dioses de manera que éstos se identificaran con alguna cualidad o defecto de los hombres, y así surge la formación de dioses mitológicos o legendarios, como fue el caso de los pueblos griego, romano, egipcio, maya, entre otros.

De todas maneras, lo que hay de común en todo lo anterior es que, los pueblos creían en muchos dioses y por eso se dice que tuvieron una religión POLITEISTA (palabra griega que significa muchos dioses). Es decir era la creencia en más de un dios. La mayoría de las religiones de la antigüedad eran claramente politeístas, como las creencias de los pueblos indígenas de América Central y del Sur, Egipto, Sumeria, Asiria, Grecia, Roma, a los que nos referimos antes.

El MONOTEISMO (del griego «monos» que significa uno, y «theos» que significa dios) es, por el contrario, la creencia en un solo Dios personal. Para Marco Antonio Ramos (Nuevo Diccionario de Religiones, Denominaciones y

Sectas), entre las religiones monoteístas se encuentran el JUDAÍSMO, el CRISTIANISMO y el ISLAMISMO. EL MONOTEÍSMO contrasta con el POLITEÍSMO o creencia en varios dioses; con el MATERIALISMO que niega la existencia de un ser superior distinto de la materia; el HENOTEÍSMO, que admite un Dios principal y varios dioses secundarios; el DEÍSMO, para quienes Dios no interviene en los asuntos de este mundo; y el PANTEÍSMO o MONISMO, según el cual Dios y el universo son una misma cosa. De acuerdo con los datos tradicionales, el Monoteísmo, como lo conocemos hoy, se remonta a los patriarcas del Israel antiguo (Abraham y otros) y al antiguo Egipto de la era de Akenatón, faraón que se desempeñó también como reformador religioso y sustituyó el culto de Amón por el de Atón («el disco solar») como único dios oficial.

Obviamente, lo contrario a estos tipos de creencias es el ATEISMO (Del griego a, que significa privativa, y theos, que significa dios), o sea es la negación de la existencia de Dios.

#### PERO LA COSA CAMBIA

Al paso de muchos años, la conciencia religiosa de los hombres iba creciendo, y en medio de esa realidad, sucede lo inesperado: Dios decide irrumpir en la existencia y comunicarse con los hombres, para hacerle ver que no hay tantos dioses, sino uno sólo y verdadero. Entonces se vale de Patriarcas, Hombres libertadores, Profetas, Jueces, Reyes y Mujeres valientes para que, en distintos momentos de la historia, transmitan a los hombres todo cuanto nos quería decir, aquello que sacara a los pueblos de la oscuridad y vieran por primera vez la luz que iluminaría el camino a todos los que se atrevieran a atender su llamado. ¡Dios toma la iniciativa de buscar y llamar a los hombres!

Lo fundamental de esta historia de la búsqueda y llamado que Dios hace a los hombres y las diversas respuestas que los hombres dan a ese único Dios, se encuentra escrito en un libro sagrado llamado BIBLIA. Para Taylor Caldwell ningún libro puede narrar la historia de la vida de Nuestro Señor tan bien como la Biblia. Este es un libro que contiene la más grande y maravillosa historia de Amor de todos los tiempos: la historia del Amor de Dios a todos

los hombres. En ese libro se plasma el verdadero y eterno sentimiento de amor de Dios para con toda la humanidad, y por eso, ese libro es la misma Palabra de Dios. Allí se escribe el Plan que Dios tiene para todas las naciones del mundo y para cada uno de los hombres en particular. La Biblia es la historia de la peregrinación de los hombres que, a través de la desesperación y la vida en tinieblas, del sufrimiento y la angustia, la amargura y la pena, la duda y el cinismo, la rebelión y la desesperanza, han llegado a los pies y a la comprensión de Dios. Sin esa comprensión el hombre vive como un animal irracional, sin consuelo ni sabiduría, y toda su vida es vana, sin que lo evite su posición social, poder o nacimiento.

Las Sagradas Escrituras hay que leerlas e interpretarlas con el mismo Espíritu con el que fueron escritas. Hay que atender tanto al contenido como a la unidad de toda la Biblia. Los autores bíblicos no fueron totalmente independientes entre sí, pues éste era el libro de vida del Pueblo de Israel, constantemente leído, meditado, vivido. El Pueblo vivía la tradición religiosa y conocía a fondo la literatura bíblica precedente, por tanto los escritores también. Así que al exponer su propio pensamiento guiados por el Espíritu Divino, empleaban fórmulas usadas por sus antecesores, de ahí que en muchos libros de la Biblia se repitan estas fórmulas, muchas veces de forma idéntica, y otras con muy poca variación. Estas fórmulas por tanto le confieren a la Biblia una gran unidad de expresión y una línea de pensamiento continua y ascendente, de contenido progresivamente enriquecido (Nueva Biblia de Jerusalén).

Lo medular de la lectura de la Biblia es, pues, conocer, comprender y descubrir el Plan que Dios tiene para con nosotros. Descubrir de dónde venimos y hacia dónde vamos. Debemos comprender por qué y para qué Dios nos busca y nos habla. Muchos han querido intervenir en la destrucción de este Plan de Dios; otros tantos han querido contribuir a su realización, muchos han sido indiferentes, y muchos otros más ni lo conocen todavía. Si queremos tomar partido en este Plan, la clave está en encontrar la manera adecuada de leer y entender el mensaje de Dios que se concreta en el libro sagrado de la Biblia y compartirlo con todos aquellos que se encuentren en nuestro metro

cuadrado (Fórmula de Cursillos de Cristiandad).

A diferencia de la religión de los pueblos antiguos, en que la mayoría desarrolló una mitología y una liturgia basadas en el mundo de los dioses en los tiempos primigenios, Israel se centró en su vida con Yahvé en este mundo. Desde el principio pensaron históricamente, en términos de causa y efecto. Esta nueva realidad exigía la creencia en un sólo Dios, por eso, como ya vimos, se le denomina religión MONOTEISTA. Sin embargo, creer en un sólo Dios parecería una tarea fácil, pero esa posición es demasiado simplista, si consideramos que todos los demás pueblos del mundo creían en muchos dioses y que, por naturaleza, estaban decididos a dar su sangre por defender la fe que profesaban en ese momento. Los mismos reyes y faraones obligan a los que se resisten a tener esa creencia, a que doblen sus rodillas ante los ídolos, bajo la amenaza de ser sacrificados si no lo hacen. Por tanto, la fe en un sólo Dios marca una profunda diferencia y está reservado solamente para aquellas personas de sólida convicción e indefectible valor, para aquellos que estén decididos a dar su vida por defender la fe en un único Dios.

La Biblia nos cuenta los sufrimientos que tuvieron que pasar los primeros hombres; así como también resalta la salvadora promesa para aquellos que se mantuvieran fieles a su Fe. La respuesta de los hombres a la llamada de Dios tuvo matices diversos, pero totalmente diferentes bajo el punto de vista de su posición politeísta o monoteísta. En el cuadro que se presenta podremos ver algunas de esas diferencias que hemos mencionado.

Todas las religiones que aparecen comparadas con la religión bíblica se caracterizan por ser politeístas, pero después aparecieron otras grandes religiones que se caracterizan por ser MONOTEISTAS (Creer en un solo Dios), y que es importante conocer porque, además de poseer una inmensa riqueza moral y doctrinaria, son muy antiguas y las practica mucha gente, aún en la actualidad.

#### COMPARACIÓN

RELIGIONES NATURALES	RELIGION DE LA BIBLIA
----------------------	-----------------------

Creen en muchos dioses	Creen en un solo Dios. Is 43, 10-13
Adoran dioses falsos o sus ídolos	Denuncia la insensatez de creer en la existencia de muchos dioses e ídolos. Sb 13, 1-10
Presenta a los dioses como seres temibles y terribles	Presenta a Dios como amigo que habla a los hombres. Gn 12, 1-3
Practican los sacrificios de seres humanos	Rechaza los sacrificios de seres humanos. Lv 20, 1-3
La moral que practican es un sistema de tabúes	La moral que practican es por compromisos de alianza con Dios. Ex 24, 7-8
La norma suprema es temer a los dioses	La norma suprema es amar a Dios y al prójimo. Mt 22, 37-40
El ser humano es títere de los dioses	El ser humano es imagen de Dios y rey de la creación. Gn 1, 26-28
El hombre se siente esclavo de los caprichos de los dioses	El hombre se siente responsable y libre ante la vida. Dt 30, 15-20
Nacen de los hombres que buscan a Dios	Nace de Dios que busca a los hombres. Dt 4, 32-35

El Concilio Vaticano II, se expresa de estas religiones de la siguiente manera:

En ellas el hombre busca el misterio divino.

Intentan responder al misterio de la vida y a la inquietud del corazón humano de buscar a su creador.

Muchas de sus prácticas son nobles y dignas.

La Iglesia respeta todo lo verdadero y santo que tienen en su obrar.

La Iglesia les invita a que juntos promovamos los valores morales, espirituales y socioculturales comunes a ellos y a nosotros.

No podemos invocar a Dios como Padre de todos, si negamos la fraternidad a los que lo buscan.

## DIOS NOS MANIFIESTA SU EXISTENCIA

Dios nos manifiesta su existencia de muchas maneras, unas veces reflejándose en el mundo natural como su creador, otras interviniendo en la historia de manera sobrenatural y sobre todo apareciendo en Cristo. El Catecismo, en su numeral 54 nos dice: «Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da

a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación natural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio», y en el numeral 65 nos aclara: «De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos tiempos nos ha hablado por su hijo (Hb 1, 1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta».

#### i. DIOS SE NOS DA A CONOCER REFLEJÁNDOSE EN EL MUNDO NATURAL

El mundo visible que nos rodea y nuestro propio interior con su conciencia y sus más íntimas aspiraciones constituyen una manifestación natural de la existencia de Dios.

##### 1. Dios se manifiesta por el mundo visible que nos rodea.

El hombre que reflexiona sin prejuicios y con corazón puro, descubre constantemente a Dios en la contemplación de la naturaleza. La observación atenta del mundo de los astros, cuya grandeza no deja de asombrarnos; el mundo prodigioso de los átomos, cuyo interior desentrañan infatigablemente los sabios de nuestros días; la maravilla constante de la vida, una flor, un insecto, los grandes animales; Todo en la naturaleza está hablando de Dios.

En las llamadas “cinco vías de Santo Tomás de Aquino” se sostiene: Este mundo no puede tener en sí mismo la última explicación de su propia existencia. Sería un absurdo, porque constantemente estamos experimentando la poca consistencia de las cosas: empiezan a existir, se transforman en otra cosa, desaparecen, mueren, etc. Luego, necesariamente tiene que haber una causa perfectamente consistente, con plenitud de existencia, distinta del mundo, que comunique y mantenga la existencia de las cosas en este mundo. La maravillosa belleza, armonía y orden de todo el universo son totalmente inexplicables sin una “suprema inteligencia ordenadora”. Las leyes, enormemente complicadas, de los astros en sus movimientos, los procesos admirables de la naturaleza, el mismo cuerpo humano tan sabiamente dispuesto en todos sus detalles, están demostrando palpablemente la existencia

indudable de un artífice lleno de sabiduría y poder.

## 2. Dios se manifiesta en nuestro propio interior.

Reflexionando sobre su propio interior puede llegar el hombre a conocer la existencia de Dios. Profundamente grabada en nuestro interior está la voz de la conciencia, voz que nos dice lo que está bien y lo que está mal, que impone una obligación y que se encuentra en todos los hombres y en todos los tiempos. Esta voz no es exterior, no la recibimos de otros, brota de lo más íntimo de nuestro ser: es la voz de nuestro creador, del que impone sus leyes en nuestra propia naturaleza, la voz de un Supremo Juez de los hombres.

Además en nuestro interior hay anhelos insaciables, sed de felicidad, de verdad, de belleza infinita, amor jamás satisfecho: todos estos anhelos serían vanos e incomprensibles si no existiera un ser perfecto en sí mismo, BIEN SUMO, AMOR INFINITO capaz de colmar todas nuestras aspiraciones más hondas.

Como hemos advertido, el Catecismo de la Iglesia sostiene que el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar, por ello cita: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento, pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor, y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su creador (Gaudium et Spes 19, 1)”.

## ii. DIOS SE DA A CONOCER POR SUS INTERVENCIONES SOBRENATURALES

### 1. Dios nos confirma su existencia.

La providencia paternal de Dios, su condescendencia y amor, quiso confirmarnos su existencia interviniendo poderosamente en la historia de su pueblo, y sobre todo, apareciendo en Cristo. De este modo pueden los

hombres llegar con más firme certeza, sin mezcla de errores, con mayor facilidad y rapidez al conocimiento de Dios. Esta revelación natural de Dios no sólo confirma su existencia, sino que, sobre todo, descubre la vida íntima del mismo Dios y sus planes para nuestra salvación.

## 2. Dios interviene en la historia de su pueblo.

Dios irrumpe desde arriba, desde el más allá, en la historia de los hombres y constituye su pueblo, Israel. De esta manera Dios se da a conocer como poder personal, distinto del mundo, y como creador. Dios habla a los patriarcas y les hace promesas, los conduce; gobierna a su pueblo y le da leyes porque es el Señor. Esta intervención de Dios es una continua llamada a los hombres para que tengan Fe en Él y comprendan el sentido auténtico de su vida: someterse a Dios. Y así, entre resistencias y sumisiones, va conduciendo Dios la historia de su pueblo y realizando su plan de salvación.

## 3. Dios aparece en Cristo.

Toda la historia del pueblo de Israel está dirigida por Dios, hacia su plena manifestación a los hombres en Cristo. Cristo es la Revelación de Dios, por su presencia histórica entre los hombres, por sus obras de salvación, por sus palabras. Cristo es enviado de Dios (Jn 5, 23; 14, 24); manifiesta al Padre (Jn 5, 30; 14, 10). El que ve a Cristo ve al Padre (Jn 14, 9), porque Cristo es uno con el Padre (Jn 10, 30). Las obras de Cristo dan testimonio de su misión: con Él, Dios ha hecho su aparición entre los hombres.

Esta revelación de Dios no es tan sólo una confirmación de su existencia; es sobre todo una llamada: el Evangelio es una llamada a la bienaventuranza. Dios hace visible su amor en Cristo: en Él nos llama a participar en su vida de amor. “Dios viene a nosotros en Cristo; nosotros vamos a Dios en Cristo”.

Como aparece claramente expresado en la Declaración Dominus Iesus «en Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios. Por lo tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aun siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, "verdadero Dios y verdadero hombre" y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de

las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable.

#### 4. La Iglesia prolonga el anuncio de Cristo.

Cristo ha encargado a su Iglesia que siga anunciando a todos los hombres la existencia de Dios. Y la Iglesia de Cristo, a pesar de sus deficiencias humanas, sigue proclamando a este Dios, lleno de amor hacia los hombres. La extensión de la Iglesia, su apertura a todos los hombres de todos los tiempos, el testimonio de tantos mártires, santos, apóstoles, vírgenes; todo esto anuncia la existencia de un Dios, todo nos conforta en nuestra Fe.

### iii. DIOS NOS HABLA

Dios nos habla con un mensaje vivo que es su Palabra. Esta Palabra de Dios llega hasta nosotros de dos maneras:

Fijada en Escritura divinamente inspirada (Sagrada Escritura).

Predicada y vivida desde los Apóstoles en la Iglesia de Dios (Tradición)

### LA REVELACION

Etimológicamente “revelar” (del latín re-velare) significa descorder el velo que oculta algo, descubrir algo. ¡La Revelación es, pues, el acto mediante el cual la Palabra de Dios nos descubre el misterio íntimo de Dios y sus designios de salvación para los hombres!

Esta revelación divina puede ser:

Inmediata: cuando se recibe directamente la Palabra de Dios sin intervención de otro hombre. Por ejemplo: Dios habla a Moisés; Cristo habla a Pablo.

Mediata: cuando se recibe la Palabra de Dios por mediación de sus profetas.

La Revelación es necesaria no sólo para confirmar y facilitar la comprensión de algunas verdades de orden natural, sino, especialmente, para comunicar al hombre los inescrutables designios que Dios tiene sobre nuestra salvación y elevación a participar de su misma vida divina. Si la Palabra de Dios no nos revelara este misterio de salvación, nunca podríamos llegar a conocerlo ni a vivirlo.

Por ello, como se declara en Dominus Iesus: «La obediencia de la fe conduce a la acogida de la verdad de la revelación de Cristo, garantizada por Dios, quien es la Verdad misma; "La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado". La fe, por lo tanto, "don de Dios" y "virtud sobrenatural infundida por Él", implica una doble adhesión: a Dios que revela y a la verdad revelada por él, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma. Por esto "no debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo"».

### ¿DÓNDE ESTÁ CONTENIDA LA PALABRA DE DIOS?

Este mensaje vivo de Dios llega hasta nosotros de dos maneras:

En libros escritos: es Palabra de Dios, plasmada de un modo privilegiado en Escritura Sagrada, divinamente inspirada.

En Tradiciones no escritas: es Palabra de Dios, transmitida desde los Apóstoles, quienes la recibieron de labios del mismo Cristo, o bien por inspiración del Espíritu Santo.

Esta transmisión se hace en la vida misma de la Iglesia, garantizada por la asistencia del Espíritu Santo. ¡“La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un sólo depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia”! (Vaticano II, “Dei Verbum”, n. 10).

#### iv. RESPUESTA DE LOS HOMBRES

##### 1. Hombres que niegan la existencia de Dios.

La negación de la existencia de Dios se llama Ateísmo. Se puede negar que Dios exista de dos maneras:

Con la razón, es decir, intentando exponer teóricamente que Dios no existe. Entonces se llama ateísmo teórico.

Con la vida, es decir, viviendo como si Dios no existiera. Entonces se llama ateísmo práctico.

##### 2. Hombres que reconocen la existencia de Dios: Religión natural.

Muchos hombres descubren la existencia de algún SER SUPERIOR, y viven conforme a una religión natural. Esta religión tiene su fundamento en consideraciones meramente humanas. La razón humana, debilitada por el pecado, y sin la garantía de la revelación divina puede torcerse y generar muchos errores.

### 3. Hombres que encuentran a Dios en Cristo.

Ante la apertura de Dios al hombre, que se realiza sobre todo por medio de Cristo, corresponden muchos hombres con su propia apertura a Dios. El acto de Fe en Dios es una decisión libre, y muy personal, por la que el hombre confía y se entrega totalmente a Cristo.

## Capítulo 2

### INTRODUCCION A LA SAGRADA ESCRITURA

#### LECTURA DE LA BIBLIA

Biblia es una palabra griega que significa libros. Proviene de una ciudad llamada Biblos, donde se fabricaba el papiro para hacer libros. Es el Libro Santo escrito por hombres, bajo la inspiración y dirección de Dios. No es un solo libro, sino un conjunto de Libros Sagrados, que narran la historia de la Salvación, es decir, todo el proyecto de Dios para salvarnos, para atraernos a Él y formar con Él una comunión de vida y de amor.

#### CONCEPTOS

A la Biblia se le llama también Sagrada Escritura, La Escritura, Palabra de Dios, Libro de la Revelación:

Se le llama Sagrada Escritura porque trata de asuntos sagrados y religiosos. Palabra de Dios, ya que es el mismo Dios el que se comunica con nosotros a través de la Biblia.

Libro de la Revelación, ya que Dios se nos revela, es decir, corre el velo cuando la leemos; y porque los que la escribieron lo hicieron por medio de la revelación de Dios. No se la inventaron ellos.

La Sagrada Biblia se divide en dos grandes partes: Antiguo Testamento y Nuevo Testamento. La palabra testamento significa pacto o alianza, que Dios

hizo con los hombres.

El Antiguo Testamento comprende lo sucedido desde la creación del mundo, hasta que llegó el tiempo de la venida del Hijo de Dios, y contiene los pactos o testamentos que hizo Dios con los primeros padres, con los patriarcas (Noé, Abraham, Moisés), con los profetas y con el pueblo de Dios. Narra también los éxitos que obtuvieron quienes cumplieron estos pactos o testamentos, y los fracasos que sufrieron quienes no los cumplieron. Por eso, la Biblia nos enseña a hacer el bien y a evitar el mal. A hacer el bien, que gusta a Dios; y a evitar el mal que le hiere y le pone triste.

El Nuevo Testamento contiene lo que sucedió desde el nacimiento del Hijo de Dios en Belén, sus enseñanzas, su vida, su Pasión, su Muerte, Resurrección y Ascensión a los cielos. Y, además, la historia de los apóstoles, las cartas de algunos de ellos, y el libro de Apocalipsis. El primer pacto que hizo Dios fue con Moisés. El segundo pacto o Nueva Alianza lo hizo a través de Jesucristo, su Hijo. El antiguo Pueblo de Israel viene ahora sustituido con un nuevo Pueblo: La Iglesia, por Él fundada.

Estos dos Testamentos no son independientes uno del otro, sino que el antiguo es preparación para el nuevo y ambos están estrechamente unidos. Ambas Alianzas constituyen la historia de la salvación, en la cual Dios interviene con sus palabras y con sus obras en la vida de los hombres para llevar a cabo su plan.

Todos nosotros junto con Dios somos los protagonistas de esta historia sagrada; todos con Dios estamos dentro de ella porque todos los hombres vamos en peregrinación hacia el Padre.

Siguiendo la historia del Pueblo escogido, nosotros llegamos a descubrir nuestra propia historia. Igual que el Pueblo de Israel, Dios nos ofrece su amor y nos hace comprender cómo podemos responderle, no obstante nuestras rebeldías y pecados

## MANEJO DE LA BIBLIA

La Biblia es un conjunto de libros muy extenso. Es muy importante saber cómo manejarla, para poder buscar inmediatamente lo que uno quiere. He aquí algunas indicaciones prácticas.

### Índice General.

Lo primero que se tiene que hacer es buscar el Índice General. En algunas Biblias lo encontramos al principio y en otras al final. En la línea izquierda se encuentran los nombres de los diferentes libros de la Biblia; a la derecha, se escriben las respectivas abreviaturas; y más a la derecha, están colocados los Números de las páginas en donde cada uno de los libros da inicio.

### Capítulos y Versículos.

Cada libro se encuentra dividido en capítulos, los cuales están señalados por números grandes; pero cada capítulo se divide, a la vez, en partecitas, que señaladas por números más pequeños reciben el nombre de versículos.

### Citas Bíblicas.

El conjunto de: libro, capítulo y versículo, se llama cita bíblica. Primero se pone el nombre del libro abreviado, después el número del capítulo y, finalmente, se pone el número del versículo. Entre el capítulo y el versículo se pone una coma (.). Ejemplo: Gn 3, 1. Se lee: Génesis, capítulo tres, versículo uno. Si se quiere señalar varios versículos juntos, se tiene que indicar el primero y el último, poniendo un guion entre ellos. Ejemplo: Jn 3, 16-19. Se lee: Evangelio según San Juan, capítulo tres, del versículo dieciséis al versículo diecinueve.

Si se quiere señalar distintos versículos sueltos del mismo capítulo, hay que poner un punto entre un versículo y el otro. Ejemplo: Mt 8, 3. 8. 15.

Leyéndose: Evangelios según San Mateo, capítulo ocho, versículos tres, ocho y quince. De igual forma entre el capítulo y el versículo se pueden poner “dos puntos” (:), pero en ese caso, entre cada uno de los versículos sueltos habría que poner una “coma” (.). Ejemplo: Mt 8: 3, 8, 15. Leyéndose: Evangelios según San Mateo, capítulo ocho, versículos tres, ocho y quince. Una “s” después de un numerito quiere decir “y siguiente”; dos “ss” quiere

decir “y siguientes” Ejemplos: Ex 3, 1s. Se lee: Éxodo, capítulo tres, versículo uno y siguiente. Lv 1, 2ss. Se leerá: Levítico, capítulo uno, versículos dos y siguientes. Las citas pueden abarcar distintos capítulos. Ejemplos: Gn 3, 1-4, 3 o Gn 3: 1-4: 3. Se lee así: Génesis, del capítulo tres, versículo uno al capítulo cuatro, versículo tres. Gn 4-11. Se lee así: Génesis, del capítulo cuatro al capítulo once. Entre una cita bíblica y otra, se pone punto y coma. Al final, se pone punto. Ejemplo: Gn 8, 1; Ex 3, 4-8; Lv 8, 1-10; Mt 3-9.

Un número antes de la sigla que señala el libro, sirve para diferenciar a los libros que tengan al mismo título. Ejemplo: 1Cor Se lee así: Primera carta de San Pablo a los corintios.

### Capítulo 3

#### LA BIBLIA. AUTOR PRINCIPAL Y AUTORES SECUNDARIOS

Dios es el autor principal de la Biblia. Él inspiró al hagiógrafo o escritor sagrado, para que escribiera todo aquello y sólo aquello que quería que se escribiera. La Sagrada Escritura es, pues, el conjunto de libros que tienen a Dios por autor principal, el cual ha inspirado a los diversos autores humanos que los han escrito como instrumentos de Dios. El Espíritu Santo se ha servido de los diversos autores humanos como de instrumentos vivos, racionales y libres que al escribir bajo el influjo de la inspiración divina dejan plasmados su propio estilo, su genio poético, su viveza de inteligencia, entre otros.

Pero, ante todo, hay que saber que la Biblia no es un libro de ciencias ni un catecismo con una lista de verdades. La Biblia esencialmente relata una historia de amor entre Dios y su Pueblo; y en esa historia hay de todo: luces y sombras, santidad y pecado, creencias, costumbres y enseñanzas.

#### LA INSPIRACION

Inspiración es un deseo que nace de la persona y que lo impulsa a realizar algo. Hay inspiraciones humanas, cuando proceden de las facultades humanas (p.e. un cuadro, una escultura, un libro, una poesía). Y hay inspiraciones divinas, cuando proceden de Dios por conducto del Espíritu Santo, y lleva al

hombre a ejecutar algo que Dios le inspira y como Dios le inspira. De esta última hablamos aquí.

Dios respetó a los escritores sagrados, influidos por las costumbres y cultura de los países en los que vivían, dejando huella de su estilo, temperamento, personalidad e incluso de la clase social a la que pertenecían o el oficio que desempeñaban; así, por ejemplo, san Pablo muestra su temperamento impetuoso, san Juan, místico y sereno; san Marcos, detallista; Lucas, como buen médico, nos revela a un Jesús lleno de misericordia, entre otros.

La mayor parte de los autores del Antiguo Testamento son desconocidos para nosotros; cosa comprensible ya que la literatura antigua era anónima, pues las composiciones, tanto orales como escritas, pertenecían a la comunidad y no a los individuos. Muchos escritores además se basaron en la tradición oral, que ampliaban, por lo que algunas obras se atribuyen a aquel autor que más haya influido en ella. Así ocurre, por ejemplo, con el Pentateuco que se atribuye a Moisés siendo que él es sólo autor de su núcleo fundamental.

Una consecuencia de la inspiración es la inerrancia de la Sagrada Escritura. Inerrancia quiere decir la ausencia de todo error. La Palabra de Dios a los hombres está libre de error, ya que Dios no puede engañarse, ni engañarnos.

Aplicando estos criterios se evitará que los cristianos den interpretaciones arbitrarias y antojadizas a la Sagrada Escritura, como acostumbran otras profesiones religiosas.

De cualquier manera, siempre que nos invada alguna duda interpretativa de la Sagrada Escritura, tenemos el derecho, y la obligación, de consultar con nuestro párroco o con cualquier persona versada en la materia para despejarla, porque es inconveniente seguir con dudas de interpretación.

## PARA COMPRENDER CON AMOR LOS LIBROS DE DIOS

Prestar una gran atención “al conjunto y a la unidad de toda la escritura”, pues uno es el designio de Dios, aunque ese designio haya sido escrito en una gran variedad de libros y en una gran variedad de estilos.

Leer la escritura en “Tradición viva de toda la Iglesia”. La Iglesia lleva en su tradición la memoria viva de la Palabra de Dios, y el Espíritu Santo le da la interpretación espiritual de la escritura. Ese mismo Espíritu que asiste a la Iglesia le asegura la infalibilidad (que no puede equivocarse) en materia doctrinaria.

Estar atento “a la analogía de la fe” (cf. Rm 12: 6). Por analogía de la Fe entendemos la cohesión de las verdades de la Fe entre sí y en el proyecto total de la Revelación.

Dios habla con el lenguaje corrientemente usado en su época y según el estado del conocimiento científico de entonces. Ciertas maneras de exponer y narrar, ciertos modos hiperbólicos o antropomórficos de hablar, ciertas paradojas... son para adaptarse a los hombres hebreos antiguos. La Biblia, sin embargo, ¡toda entera! está adaptada a todos los hombres de todos los tiempos y pueblos. Sólo Dios puede hablar así: con una eficacia salvadora que jamás pierde actualidad.

En el corazón de un método sólido de interpretación bíblica hay principios básicos:

Oración, pidiendo a Dios nos ilumine para entender su mensaje.

Lectura pausada, para poder digerir bien.

Humildad, sabiéndonos necesitados de Dios.

No buscar ciencia profana, sino un mensaje espiritual para salvarnos.

No dejar pasar el día sin leer una página de la Sagrada Biblia.

Leer explicaciones de buenos libros que comenten la Sagrada Escritura; o pedir esas explicaciones a expertos de la Biblia.

Leer la Sagrada Escritura en el orden más fácil para entenderla: Por ejm. Evangelios, Hechos, Génesis y Éxodo, Samuel y libros de los Reyes, Tobías y Judit, Salmos, Proverbios, Eclesiástico, Santiago, san Pablo, entre otros.

## TIEMPO EN QUE SE ESCRIBIÓ LA BIBLIA

Los manuscritos del mar Muerto o de Qumrán. En 1947 se encontró en las cercanías del Mar Muerto, en unas cuevas de la actual Jordania, en el extremo noroccidental, región de Qirbet Qumran, una serie de manuscritos que

constituye uno de los hitos más sobresalientes en la historia de la arqueología contemporánea y en la investigación sobre el Antiguo Oriente, el judaísmo primitivo y los orígenes del cristianismo (César Vidal; Jesús y Los Manuscritos del Mar Muerto, Editorial Planeta, 2006). Se trata de una colección de cerca de 600 escritos en hebreo y arameo. La mayoría de estos escritos fueron hechos entre el 200 aJC y el 68 dJC. Incluyen manuales de disciplina, comentarios bíblicos, himnos, textos apocalípticos y dos de las copias más antiguas conocidas del libro de Isaías, casi intactas, así como fragmentos de prácticamente todos los libros del Antiguo Testamento. La importancia de los rollos del mar Muerto para los estudios del Antiguo Testamento yace precisamente en su antigüedad. El manuscrito de Isaías data del siglo II a JC, es decir, antes de la sistematización del texto ocurrido tres siglos después.

En la antigüedad era costumbre, en Egipto, no quemar el papel, sino tirarlo fuera de la ciudad, donde la arena del desierto lo cubría. Allí permanecieron durante siglos gran cantidad de estos desperdicios. Sin embargo, en 1896/97 el Dr. Grenfell y el Dr. Hunt empezaron las excavaciones en Oxirinco, descubriendo una gran cantidad de papiros. Entre ellos se hallaba una hoja arrugada, escrita por ambos lados en caracteres unciales, y que resultó ser una colección de dichos atribuidos a Jesús; máximas estas que el Dr. J. Hope Moulton aceptó como genuinas. Estos y muchos otros papiros fueron clasificados y editados. Un día, cuando el Dr. Deissmann estaba examinando casualmente uno de estos volúmenes en la biblioteca de la Universidad de Heidelberg, se quedó impresionado por la semejanza del lenguaje con el que él estaba familiarizado por su estudio del NT.

Pudiéramos suponer por tanto que se empezó a escribir la Biblia con Moisés, unos 1,250 años antes de Cristo, y se terminó de escribir con el Apóstol San Juan, casi 100 años después de Cristo.

## LOS LIBROS

La Biblia que usamos en nuestros días contiene 73 libros: 46 del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo Testamento. Los libros del Antiguo Testamento se escribieron en un período de 1,000 años aproximadamente. El Nuevo Testamento se escribió en un período de más o menos 70 años.

Todas las religiones que aparecen comparadas con la religión bíblica se caracterizan por ser politeístas, pero después aparecieron otras grandes religiones que se caracterizan por ser MONOTEISTAS (Creen en un solo Dios), y que es importante conocer porque, además de poseer una inmensa riqueza moral y doctrinaria, son muy antiguas y las practica mucha gente, aún en la actualidad, de ahí que sean esbozadas en el Anexo a este libro.

Merece la pena transcribir textualmente lo que acabamos de referir sobre los creyentes en gran cantidad de dioses y que aparece en el c. 13 de Sabiduría: “Sb 13: 6-9 Con todo, no merecen éstos tan grave reprensión, pues tal vez caminan desorientados buscando a Dios y queriéndole hallar. Como viven entre sus obras, se esfuerzan por conocerlas, y se dejan seducir por lo que ven. ¡Tan bellas se presentan a los ojos! Pero, por otra parte, tampoco son éstos excusables; pues si llegaron a adquirir tanta ciencia que les capacitó para indagar el mundo, ¿Cómo no llegaron primero a descubrir a su Señor?”.

En su declaración “Nuestra Época”, el Concilio Vaticano II, se expresa de estas religiones de la siguiente manera:

En ellas el hombre busca el misterio divino.

Intentan responder al misterio de la vida y a la inquietud del corazón humano de buscar a su creador.

Muchas de sus prácticas son nobles y dignas.

La Iglesia respeta todo lo verdadero y santo que tienen en su obrar.

La Iglesia les invita a que juntos promovamos los valores morales, espirituales y socioculturales comunes a ellos y a nosotros.

No podemos invocar a Dios como Padre de todos, si negamos la fraternidad a los que lo buscan.

## DIOS NOS MANIFIESTA SU EXISTENCIA

Dios nos manifiesta su existencia de muchas maneras, unas veces reflejándose en el mundo natural como su creador, otras interviniendo en la historia de manera sobrenatural y sobre todo apareciendo en Cristo. El Catecismo, en su numeral 54 nos dice: «Dios, creándolo todo y conservándolo por su Verbo, da a los hombres testimonio perenne de sí en las cosas creadas, y, queriendo abrir el camino de la salvación natural, se manifestó, además, personalmente a nuestros primeros padres ya desde el principio», y en el numeral 65 nos aclara: «De una manera fragmentaria y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos tiempos nos ha hablado por su hijo (Hb 1, 1-2). Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, es la Palabra única, perfecta e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta».

### i. DIOS SE NOS DA A CONOCER REFLEJÁNDOSE EN EL MUNDO NATURAL

El mundo visible que nos rodea y nuestro propio interior con su conciencia y sus más íntimas aspiraciones constituyen una manifestación natural de la existencia de Dios.

#### 1. Dios se manifiesta por el mundo visible que nos rodea.

El hombre que reflexiona sin prejuicios y con corazón puro, descubre constantemente a Dios en la contemplación de la naturaleza. La observación atenta de los inmensos mundos de los astros, cuya grandeza no deja de asombrarnos; el mundo prodigioso de los átomos, cuyo interior desentrañan infatigablemente los sabios de nuestros días; la maravilla constante de la vida, una flor, un insecto, los grandes animales; Todo en la naturaleza está hablando de Dios.

En las llamadas “cinco vías de Santo Tomás de Aquino” se sostiene: Este mundo no puede tener en sí mismo la última explicación de su propia existencia. Sería un absurdo, porque constantemente estamos experimentando la poca consistencia de las cosas: empiezan a existir, se transforman en otra

cosa, desaparecen, mueren, etc. Luego, necesariamente tiene que haber una causa perfectamente consistente, con plenitud de existencia, distinta del mundo, que comunique y mantenga la existencia de las cosas en este mundo. La maravillosa belleza, armonía y orden de todo el universo son totalmente inexplicables sin una “suprema inteligencia ordenadora”. Las leyes, enormemente complicadas, de los astros en sus movimientos, los procesos admirables de la naturaleza, el mismo cuerpo humano tan sabiamente dispuesto en todos sus detalles, están demostrando palpablemente la existencia indudable de un artífice lleno de sabiduría y poder.

## 2. Dios se manifiesta en nuestro propio interior.

Reflexionando sobre su propio interior puede llegar el hombre a conocer la existencia de Dios. Profundamente grabada en nuestro interior está la voz de la conciencia, voz que nos dice lo que está bien y lo que está mal, que impone una obligación y que se encuentra en todos los hombres y en todos los tiempos. Esta voz no es exterior, no la recibimos de otros, brota de lo más íntimo de nuestro ser: es la voz de nuestro creador, del que impone sus leyes en nuestra propia naturaleza, la voz de un Supremo Juez de los hombres.

Además en nuestro interior hay anhelos insaciables, sed de felicidad, de verdad, de belleza infinita, amor jamás satisfecho: todos estos anhelos serían vanos e incomprensibles si no existiera un ser perfecto en sí mismo, BIEN SUMO, AMOR INFINITO capaz de colmar todas nuestras aspiraciones más hondas.

Como hemos advertido, el Catecismo de la Iglesia sostiene que el deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar, por ello cita: “La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la comunión con Dios. El hombre es invitado al diálogo con Dios desde su nacimiento, pues no existe sino porque, creado por Dios por amor, es conservado siempre por amor, y no vive plenamente según la verdad si no reconoce libremente aquel amor y se entrega a su creador (Gaudium et Spes 19, 1)”.

## ii. DIOS SE DA A CONOCER POR SUS INTERVENCIONES SOBRENATURALES

### 1. Dios nos confirma su existencia.

La providencia paternal de Dios, su condescendencia y amor, quiso confirmarnos su existencia interviniendo poderosamente en la historia de su pueblo, y sobre todo, apareciendo en Cristo. De este modo pueden los hombres llegar con más firme certeza, sin mezcla de errores, con mayor facilidad y rapidez al conocimiento de Dios. Esta revelación natural de Dios no sólo confirma su existencia, sino que, sobre todo, descubre la vida íntima del mismo Dios y sus planes para nuestra salvación.

### 2. Dios interviene en la historia de su pueblo.

Dios irrumpe desde arriba, desde el más allá, en la historia de los hombres y constituye su pueblo, Israel. De esta manera Dios se da a conocer como poder personal, distinto del mundo, y como creador. Dios habla a los patriarcas y les hace promesas, los conduce; gobierna a su pueblo y le da leyes porque es el Señor. Esta intervención de Dios es una continua llamada a los hombres para que tengan Fe en Él y comprendan el sentido auténtico de su vida: someterse a Dios. Y así, entre resistencias y sumisiones, va conduciendo Dios la historia de su pueblo y realizando su plan de salvación.

### 3. Dios aparece en Cristo.

Toda la historia del pueblo de Israel está dirigida por Dios, hacia su plena manifestación a los hombres en Cristo. Cristo es la Revelación de Dios, por su presencia histórica entre los hombres, por sus obras de salvación, por sus palabras. Cristo es enviado de Dios (Jn 5, 23; 14, 24); manifiesta al Padre (Jn 5, 30; 14, 10). El que ve a Cristo ve al Padre (Jn 14, 9), porque Cristo es uno con el Padre (Jn 10, 30). Las obras de Cristo dan testimonio de su misión: con Él, Dios ha hecho su aparición entre los hombres.

Esta revelación de Dios no es tan sólo una confirmación de su existencia; es sobre todo una llamada: el Evangelio es una llamada a la bienaventuranza. Dios hace visible su amor en Cristo: en Él nos llama a participar en su vida de

amor. “Dios viene a nosotros en Cristo; nosotros vamos a Dios en Cristo”.

Como aparece claramente expresado en la Declaración Dominus Iesus «en Jesucristo se da la plena y completa revelación del misterio salvífico de Dios. Por lo tanto, las palabras, las obras y la totalidad del evento histórico de Jesús, aun siendo limitados en cuanto realidades humanas, sin embargo, tienen como fuente la Persona divina del Verbo encarnado, "verdadero Dios y verdadero hombre" y por eso llevan en sí la definitividad y la plenitud de la revelación de las vías salvíficas de Dios, aunque la profundidad del misterio divino en sí mismo siga siendo trascendente e inagotable.

#### 4. La Iglesia prolonga el anuncio de Cristo.

Cristo ha encargado a su Iglesia que siga anunciando a todos los hombres la existencia de Dios. Y la Iglesia de Cristo, a pesar de sus deficiencias humanas, sigue proclamando a este Dios, lleno de amor hacia los hombres. La extensión de la Iglesia, su apertura a todos los hombres de todos los tiempos, el testimonio de tantos mártires, santos, apóstoles, vírgenes; todo esto anuncia la existencia de un Dios, todo nos conforta en nuestra Fe.

### iii. DIOS NOS HABLA

Dios nos habla con un mensaje vivo que es su Palabra. Esta Palabra de Dios llega hasta nosotros de dos maneras:

Fijada en Escritura divinamente inspirada (Sagrada Escritura).

Predicada y vivida desde los Apóstoles en la Iglesia de Dios (Tradición).

### LA REVELACION

Etimológicamente “revelar” (del latín re-velare) significa descorrer el velo que oculta algo, descubrir algo. ¡La Revelación es, pues, el acto mediante el cual la Palabra de Dios nos descubre el misterio íntimo de Dios y sus designios de salvación para los hombres!

Esta revelación divina puede ser:

Inmediata: cuando se recibe directamente la Palabra de Dios sin intervención

de otro hombre. Por ejemplo: Dios habla a Moisés; Cristo habla a Pablo.

Mediata: cuando se recibe la Palabra de Dios por mediación de sus profetas.

La Revelación es necesaria no sólo para confirmar y facilitar la comprensión de algunas verdades de orden natural, sino, especialmente, para comunicar al hombre los inescrutables designios que Dios tiene sobre nuestra salvación y elevación a participar de su misma vida divina. Si la Palabra de Dios no nos revelara este misterio de salvación, nunca podríamos llegar a conocerlo ni a vivirlo.

Por ello, como se declara en Dominus Jesús: «La obediencia de la fe conduce a la acogida de la verdad de la revelación de Cristo, garantizada por Dios, quien es la Verdad misma; "La fe es ante todo una adhesión personal del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado". La fe, por lo tanto, "don de Dios" y "virtud sobrenatural infundida por Él", implica una doble adhesión: a Dios que revela y a la verdad revelada por él, en virtud de la confianza que se le concede a la persona que la afirma. Por esto "no debemos creer en ningún otro que no sea Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo"».

## CRISTO PALABRA ETERNA DE DIOS ENTRE LOS HOMBRES

Cristo es la Palabra Eterna de Dios hecha hombre. Cristo es el revelador por excelencia: el que nos habla de Dios, de su amor por nosotros, el que nos reúne en torno a Él y nos salva. “Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otros tiempos a nuestros padres por ministerio de los profetas, últimamente en nuestros días nos habló por su Hijo” (Heb. 1, 1-2). Cristo es, pues, la cumbre de la Revelación, la Palabra definitiva que Dios dice a los hombres.

## ¿DÓNDE ESTÁ CONTENIDA LA PALABRA DE DIOS?

Este mensaje vivo de Dios llega hasta nosotros de dos maneras:

En libros escritos: es Palabra de Dios, plasmada de un modo privilegiado en Escritura Sagrada, divinamente inspirada.

Como se afirma en la Declaración Dominus Iesus: «Se propone también la hipótesis acerca del valor inspirado de los textos sagrados de otras religiones. Ciertamente es necesario reconocer que tales textos contienen elementos gracias a los cuales multitud de personas a través de los siglos han podido y todavía hoy pueden alimentar y conservar su relación religiosa con Dios.

En Tradiciones no escritas: es Palabra de Dios, transmitida desde los Apóstoles, quienes la recibieron de labios del mismo Cristo, o bien por inspiración del Espíritu Santo.

Esta transmisión se hace en la vida misma de la Iglesia, garantizada por la asistencia del Espíritu Santo. ¡“La Sagrada Tradición y la Sagrada Escritura constituyen un sólo depósito sagrado de la Palabra de Dios confiado a la Iglesia”! (Vaticano II, “Dei Verbum”, n. 10).

#### iv. RESPUESTA DE LOS HOMBRES

##### 1. Hombres que niegan la existencia de Dios.

La negación de la existencia de Dios se llama Ateísmo. Se puede negar que Dios exista de dos maneras:

Con la razón, es decir, intentando exponer teóricamente que Dios no existe. Entonces se llama ateísmo teórico.

Con la vida, es decir, viviendo como si Dios no existiera. Entonces se llama ateísmo práctico.

##### 2. Hombres que reconocen la existencia de Dios: Religión natural.

Muchos hombres descubren la existencia de algún SER SUPERIOR, y viven conforme a una religión natural. Esta religión tiene su fundamento en consideraciones meramente humanas. La razón humana, debilitada por el pecado, y sin la garantía de la revelación divina puede torcerse y generar muchos errores.

##### 3. Hombres que encuentran a Dios en Cristo.

Ante la apertura de Dios al hombre, que se realiza sobre todo por medio de Cristo, corresponden muchos hombres con su propia apertura a Dios. El acto

de Fe en Dios es una decisión libre, y muy personal, por la que el hombre confía y se entrega totalmente a Cristo.

## ANTIGUO TESTAMENTO

### Pentateuco o Ley.

Libro	Resumen
Génesis	Creación y establecimiento de la relación de pacto
Éxodo	Liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto
Levítico	Ley ceremonial
Números	El pueblo de Dios vaga por el desierto y se organiza
Deuteronomio	Moisés entrega la Ley de nuevo antes de que el pueblo entre a la tierra prometida

### Historia de Israel

Libro	Resumen
Josué	Conquista y división de la tierra prometida
Jueces	Varios jueces o líderes militares rescatan a la nación de Israel
Rut	Hermoso relato sobre el amor y el cuidado de Dios
1 y 2 Samuel	La historia primitiva de Israel que incluye los reinados de Saúl y David
1 y 2 Reyes	Historia política de Israel concentrada en los reinados de ciertos reyes desde el tiempo de Salomón hasta el cautiverio babilónico del pueblo judío
1 y 2 Crónicas	Historia religiosa de Israel que abarca el mismo período de 2 Samuel y 1 y 2 Reyes
Esdras	Regreso del pueblo judío del cautiverio en Babilonia
Nehemías	Reedificación de las murallas de Jerusalén después que los cautivos regresaron de Babilonia
Tobías	Relato edificante que destaca el valor de los principios morales, de la oración y de la piedad. Hermosa visión del matrimonio como institución sagrada
Judit	Emocionante romance religioso donde una bella viuda judía puede salvar a su Pueblo. Invitación a la fidelidad y obediencia a Dios y a su Ley
Ester	Cuidado de Dios hacia su pueblo bajo el dominio gentil
1 y 2 Macabeos	De gran valor histórico (1 M), relatan las hazañas de los macabeos contra la dominación asiria. Estilo exhortativo y edificante

### Sapienciales y Poéticos

Libro	Resumen
Job	Evaluación de los problemas del mal y el sufrimiento humano

Salmos	Libro de cantos y alabanzas o himnario del antiguo Israel
Proverbios	Dichos sabios y observaciones creadas para fomentar conducta y actitudes apropiadas
Eclesiastés	Descripción filosófica de lo vacía que es la vida sin Dios
Cantar de los Cantares	Canto de amor que representa la belleza de una relación humana como símbolo del amor divino
Sabiduría	Apología a favor de la Sabiduría, del judaísmo y de la insensatez de la idolatría
Eclesiástico	Iguala la Sabiduría con la Ley de Moisés y ensalza la prudencia y la auto-disciplina

#### Profetas mayores

Libro	Resumen
	La principal profecía de condena y consolación mesiánica
Jeremías	Mensaje de juicio contra la moral de Judá y el deterioramiento espiritual
Lamentaciones	Cinco poemas de lamento por la caída de Jerusalén
Baruc	Anima a los cautivos en la esperanza del regreso. Contiene una oración de confesión y esperanza, una pieza profética y una alabanza a la Sabiduría
Ezequiel	Profecía de juicio durante el cautiverio babilónico
Daniel	Libro de profecía sobre los postreros tiempos

#### Profetas menores

Libro	Resumen
Oseas	Mensaje de condenación a Israel seguido por el perdón de Dios
Joel	Predicción de la invasión extranjera como juicio de Dios
Amós	Edictos de juicio contra las naciones, sobre todo a Israel
Abdías	Libro que profetiza la destrucción total de Edom
Jonás	Relato sobre un profeta desobediente que llevó a Nínive al arrepentimiento
Miqueas	Predicción de juicio y promesa de restauración mesiánica
Nahum	Profecía sobre la destrucción de Nínive
Habacuc	Un profeta que discutió con Dios y alabó su inminente juicio contra Judá
Sofonías	Predicción de juicio destructivo seguida de tremenda bendición
Ageo	Llamado a reedificar el templo después que regresan de Babilonia
Zacarías	Profecía mesiánica que llama a terminar la construcción del templo
Malaquías	Profecía de destrucción seguida de la bendición mesiánica

## NUEVO TESTAMENTO

### Evangelios

Libro	Resumen
Mateo	Se presenta a Cristo como el cumplimiento de la profecía mesiánica del AT
Marcos	Quizás el primero de los Evangelios, se centra en el ministerio de Cristo
Lucas	La biografía más completa sobre Cristo, enfocándose en su perfección y ministerio de salvación
Juan	El Evangelio más simbólico que presenta a Cristo como el Verbo encarnado y el Hijo de Dios

### Historia de la iglesia primitiva

Libro	Resumen
Hchs de los Apóstoles	Historia de la expansión de la iglesia primitiva

### Epístolas del apóstol Pablo

Libro	Resumen
Romanos	Explicación de la fe cristiana para judíos y gentiles, dirigida a la iglesia en Roma
1 Corintios	Instrucciones a la iglesia en Corinto que lidia con problemas entre cristianos
2 Corintios	Defensa de Pablo y explicación de su apostolado
Gálatas	Importancia de la necesidad de justificación por fe antes que por obras
Efesios	Carta a la iglesia en Éfeso explicando la posición del creyente en Cristo
Filipenses	Carta gozosa a la iglesia en Filipos, relata la fe triunfante de Pablo durante su encarcelamiento
Colosenses	Consideración de la supremacía de Cristo, escrita a la iglesia en Colosas
1 y 2 Tesalonicenses	Instrucciones a la iglesia en Tesalónica sobre la venida del Señor
1 y 2 Timoteo	Manuales de liderazgo para el joven pastor en Éfeso
Tito	Manual de conducta cristiana para líderes de la iglesia, escrita a un joven pastor de Creta
Filemón	Petición por la unidad cristiana y el perdón del esclavo fugado
Hebreos	Presentación de Jesucristo como Sumo Sacerdote, dirigida a los creyentes judíos

### Epístolas generales

Libros	Resumen

Santiago	Instrucciones prácticas para el Cristianismo aplicado
1 Pedro	Pedro consuela y anima a cristianos que sufren
2 Pedro	Advertencia de Pedro contra los falsos maestros
1 Juan	Recordatorio de Juan sobre la plenitud de la humanidad de Cristo
2 Juan	Carta de aliento y aprobación de Juan
3 Juan	Nota personal de aprecio de Juan para Gayo
Judas	Fuerte advertencia contra los falsos maestros
Apocalipsis	Profecía de aliento sobre los días finales y el triunfo definitivo de Dios

Modificado de: Nelson, Wilton M., Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia (Nashville, TN: Editorial Caribe), 2000.

## Capítulo 5

### VERSIONES DE LA BIBLIA Y DESARROLLO DEL CANON

El concepto de Canonicidad de un escrito religioso consiste en las razones que se dan para justificar la inclusión de un escrito en el Canon.

Pero... ¿Cómo se desarrolla y explica la historia del Canon? La razón por la cual Moisés y los demás profetas escribieron los mensajes de Dios, en lugar de contentarse con transmitirlos oralmente es que a veces debían enviarlos a otro lugar (Jr 29, 1; 36: 1–8; 51, 60s; 2 Cro 21, 12); pero con igual frecuencia era

para preservarlos para el futuro, de modo que no se los olvidara (Ex 17, 14), o como testimonio (Dt 31: 24–26), a fin de que perdurasen para siempre (Is 30, 8). Los escritores del AT sabían que no podían confiar en la tradición oral. Una lección objetiva la tenemos en la pérdida del libro de La Ley durante los perversos reinados de Manasés y Amón: cuando Jilquías lo volvió a encontrar, su enseñanza produjo una gran conmoción, porque había sido olvidada (2 R 22–23; 2 Cro 34). Por lo tanto, la forma permanente y perdurable del mensaje de Dios no fue la oral sino la escrita, y esto explica la formación del Canon del AT.

La palabra “canon” viene de la lengua griega y corresponde a la expresión “una caña recta que sirve para sostener derecha alguna cosa”. Para nosotros, es como una regla de fe para determinar si una cosa es verdadera o falsa; es el criterio de la verdad de una afirmación, es la medida, la norma o regla de algo.

Hay cuatro cánones o listas oficiales de libros de la Biblia:

El canon de los judíos: ellos sólo aceptan 39 libros del Antiguo Testamento. No aceptan ningún libro del Nuevo Testamento.

El canon de los protestantes: ellos aceptan 39 libros del Antiguo Testamento y 27 del Nuevo. Total: 66 libros.

El canon de los católicos: aceptamos los 46 libros del Antiguo Testamento y los 27 libros del Nuevo Testamento. En total: 73.

El canon de los ortodoxos (o sea los 200 millones de cristianos del Oriente Medio): aceptan, como los católicos, todos los 73 libros de la Biblia.

Cabe preguntarnos: ¿por qué las iglesias cristianas evangélicas no aceptan todos los libros que están en la Biblia católica?

La fijación del canon bíblico constituyó una necesidad para la Iglesia. Era necesario hacerlo por la universalidad de la única Iglesia. Para mantener una misma regla de fe en todas las iglesias esparcidas por la tierra era indispensable disponer de un mismo canon. Frente a los herejes que recurrían con frecuencia a libros “secretos” (apócrifos) era de todo punto necesario delimitar claramente los libros normativos de la fe, distinguiéndolos de

cualquier otro, fuera apócrifo o no.

Es interesante saber que los 73 libros de la Biblia que tenemos entre manos son fruto de un discernimiento, inspirado por Dios, que hizo la Iglesia, declarando cuáles libros son canónicos y cuáles apócrifos (secretos, no inspirados).

La pregunta que salta a la vista es saber quién tiene la autoridad o la capacidad para decidir si un libro pertenece o no a la Biblia. La Iglesia lo único que hace es atestiguar que ese libro existente ha sido inspirado por Dios; no es la Iglesia quien inventa los libros.

¿Por qué corresponde a la Iglesia discernir que ese libro es inspirado por Dios?  
Por dos motivos:

a) Porque la Biblia, Palabra de Dios escrita, es fruto de la predicación de la Iglesia misma: fue la primera comunidad cristiana quien empezó a poner por escrito su predicación sobre la vida y doctrina de Jesús. Entonces sólo a ella pertenece la justa interpretación de lo que escribió; como pertenece sólo al autor de un libro interpretar rectamente lo que escribió en su libro.

b) Porque Jesús entregó a Pedro “las llaves” de su Reino, es decir de su Iglesia, y sólo él, unido a los apóstoles, por mandato de Jesús, tiene el poder del Espíritu Santo de discernir la verdad. También los obispos (siempre en comunión con el Papa) son sujetos de magisterio auténtico y son asistidos por el Espíritu de Cristo para explicar y aplicar la Escritura (LG 25). Todo cristiano tiene, sin duda, este Espíritu de Dios al recibir el bautismo; pero el cristiano, como individuo y particular, no tiene la función de interpretar la Biblia. Nos dice el concilio Vaticano II: “El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado únicamente al Magisterio de la Iglesia, el cual lo ejerce en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia

celosamente, lo explica fielmente; y de este depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído” (Dei Verbum, 10).

## LIBROS PROTOCANONICOS

Proto quiere decir primero y canon quiere decir o se interpreta como medida, norma, regla. Los libros proto-canónicos son aquellos que desde un principio fueron aceptados como Palabra de Dios y que por lo tanto fueron incluidos en el canon o lista de los libros, como “regla de fe”. Se atribuye a Esdras haber dado la forma final al Canon judío, con un total de 39 libros; La inmensa mayoría de estos libros estaban escritos en hebreo, pero algunas porciones aparecían escritas en arameo (Esd 4: 8-7: 8; 7: 12-26; Jr 10: 11; Dn 2: 4-7: 28).

## LIBROS DEUTEROCANONICOS

“Deutero” quiere decir segundo. Son aquellos libros que en un segundo tiempo fueron incluidos en el Canon o lista de los libros inspirados. Son deuterocanónicos:

- Antiguo Testamento:

Tobías, Judith o Judit, Sabiduría, Baruc, Eclesiástico o Sirácida, primero y segundo libro de Macabeos. La mayoría de estos libros aparecieron en la versión griega de los LXX (los setenta o Septuaginta; versión del AT del 250 al 150 aJC) pero que no aparecen en la Biblia hebrea. Por lo que se refiere al Antiguo Testamento, el motivo de las dudas para incluir esos libros, como ya referimos, vino fundamentalmente del hecho que, por estar escritos en su mayoría en griego y no en hebreo, los judíos no los incluyeron en su Canon bíblico, cuando formaron la lista de los libros inspirados (año 90 dJC).

- Nuevo Testamento:

Hebreos, Carta de Santiago, Segunda carta de San Pedro, Segunda y Tercera cartas de San Juan, Judas y Apocalipsis.

Por lo que se refiere al Nuevo Testamento, el motivo de las dudas vino del hecho de que estos libros no parecía que tuvieran como autores a las personas señaladas.

Posteriormente esos libros pasaron a la versión latina denominada “Vulgata” y a todas las demás versiones hasta comienzos del S XIX. Sin embargo, Jerónimo, en el S IV después de Jesucristo (dJC), traductor de la Biblia Latina, descalificó el conjunto de libros introducidos por la LXX como parte del AT. La Iglesia Católico-romana ha preferido, después de una atenta reflexión (Concilio de Trento de 1546 confirmado por el Concilio Vaticano I de 1870), el criterio de Agustín de Hipona y aceptó como inspirados por Dios, y por tanto como canónicos, los libros del Antiguo Testamento admitidos en la LXX y en la Vulgata, exceptuando el 3 y 4 de Esdras y la Oración de Manasés. Por lo que se refiere al Nuevo Testamento, en una segunda etapa se aceptaron los libros en duda por aclararse su autor y especialmente por encontrarse su doctrina completamente conforme a la tradición.

Además de lo anteriormente expuesto, para nosotros debe quedar claro que para estas fechas:

1.- Ya los judíos no contaban con ninguna autoridad en cuestiones bíblicas.

En efecto, Jesús dio toda autoridad a su Iglesia, guiada por sus pastores.

2.- La razón de la lengua no tiene sentido, puesto que todo el Nuevo Testamento fue escrito en griego.

Las congregaciones protestantes aceptan el Canon hebreo, para el Antiguo Testamento y por lo que se refiere al Nuevo Testamento, aceptan el Canon de la Iglesia católica. Desde la Reforma, los “hermanos separados” o “hermanos en espera” adoptaron los criterios de Jerónimo.

Desde 1968 las Sociedades Bíblicas Unidas incluyen en sus versiones “Dios habla hoy” y “Dios llega al hombre” todos los libros aceptados por la Iglesia Católica como canónicos.

De forma resumida, las versiones y traducciones de la Biblia que se consideran más importantes son las siguientes:

Versiones Católicas.

Las primeras se hicieron a partir de la Vulgata (p. ej., Felipe Scío de San

Miguel, 1793; Félix Torres Amat, 1823; Rivera, primera que se publicó en América en 1833). No obstante, posteriormente los católicos publicaron varias versiones traducidas directamente de los idiomas originales. Estas son algunas de las versiones católicas:

Torres Amat, publicada en Madrid en 1825. Traducida a partir de la Vulgata.

Nácar-Colunga, publicada en Madrid en 1944.

Bover-Cantera, publicada en Madrid en 1944.

Versión de Straunbinger, publicada en Buenos Aires en 1944.

Edición Popular de las Sagradas Escrituras, de la Editorial Herder y publicada en Madrid en 1964.

Biblia de Jerusalén, traducida por un equipo de lingüistas dirigido por José Ángel Ubieta y publicada en 1966.

La Biblia para Latinoamérica, traducida por un equipo de lingüistas dirigido por Ramón Ricciardi y publicada en Madrid en 1972.

Conclusión. La inclusión en el canon de ciertos documentos solo representó el reconocimiento eclesiástico de una autoridad ya inherente a ellos. En este sentido, como ya se había indicado, La Iglesia no «formó» el canon; sino que lo descubrió. Lo que legitima un libro para que pueda formar parte del canon del AT o del NT no es solamente el que sea antiguo, informativo, y útil, y que durante mucho tiempo el pueblo de Dios lo haya leído y valorado, sino el hecho de contar con la autoridad de Dios para lo que dice. Dios habló a través del autor humano para enseñar a su pueblo lo que debe creer y cómo puede disfrutar del Plan de Salvación. No es solamente un registro de revelaciones, sino la forma escrita permanente de la revelación. Es esto lo que queremos expresar cuando decimos que La Biblia es “inspirada”, y esto hace que los libros de La Biblia sean diferentes de todos los demás libros en este sentido. La doctrina cristiana de la inspiración bíblica está completamente formulada en las páginas del NT. Pero ya mucho antes, en la historia de Israel, encontramos que ciertos escritos se reconocían como dotados de autoridad divina, y como reglas escritas de fe y práctica para el pueblo de Dios. Esto se ve en la respuesta del pueblo cuando Moisés les lee el libro del pacto (Ex 24, 7), o cuando se lee el libro de la Ley encontrado por Jilquías, primero al rey y luego a la congregación (2 R 22–23; 2 Cro 34), o cuando Esdras lee el libro de

la Ley al pueblo (Ne 8; 9: 14–17; 10: 28–39; 13: 1–3).

## Capítulo 6

### PARA APROVECHAR AL MÁXIMO LA LECTURA DE LA BIBLIA

En su numeral 102, el Catecismo de la Iglesia Católica nos recuerda las palabras de San Agustín (Psal. 103, 4, 1): *«Recordad que es la misma Palabra de Dios la que se extiende en todas las escrituras, que es un mismo Verbo que resuena en la boca de todos los escritores sagrados, el que, siendo al comienzo Dios junto a Dios, no necesita sílabas porque no está sometido al tiempo»*.

Para tener una auténtica mentalidad cristiana, es necesaria la lectura constante de la Palabra de Dios. Así uno se va llenando del pensamiento de Dios y su vida va cambiando, aunque no se dé cuenta. Unos 10-20 minutos de lectura diaria de la Biblia pueden transformar la vida del creyente en pocos años. Pero no basta la simple lectura de la Palabra; se hace necesario también un estudio serio, puesto que se presentan ciertas dificultades y es necesario darles respuestas. Todo conocimiento requiere esfuerzo.

Decía Pitágoras con relación a las matemáticas: –"no existe ningún camino fácil para llegar a entenderlas, todos exigen esfuerzo, pero a quienes se

esfuerzan está reservado el gran premio de entenderlas”. Lo mismo pasa con la Biblia. Si se hace el esfuerzo por estudiarla seriamente, se podrá entender y comunicarla a los demás, que es el mandato eterno que Jesucristo hizo a sus discípulos, a nosotros, los cristianos de todas las épocas.

En la “Declaración sobre la Educación Cristiana de la Juventud” del “Concilio Vaticano II” puede leerse: –*“Todos los cristianos, puesto que en virtud de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo han llegado a ser nuevas criaturas y son hijos de Dios, tienen el derecho a la educación cristiana. La cual no persigue solamente la madurez de la persona humana antes descrita, sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician gradualmente en el conocimiento del misterio de la salvación; aprendan a adorar a Dios Padre en espíritu y en verdad...”* “*...formándose para vivir según el hombre nuevo en justicia y santidad de verdad y así lleguen al hombre perfecto,...*” “*...Conscientes, además, de su vocación, acostúmbrense a dar testimonio de la esperanza que hay en ellos y a ayudar a la configuración cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales contenidos en la consideración integral del hombre redimido por Cristo contribuyan al bien de toda la sociedad.*”

En "La interpretación de la Biblia en la Iglesia", Documento de la Pontificia Comisión Bíblica; firmado en Roma, en la fiesta del evangelista san Mateo, 1993, por el Card. Joseph Ratzinger, se nos informa de cómo debemos enfrentar la lectura de la Sagrada Escritura *«La Lectio divina es una lectura, individual o comunitaria, de un pasaje más o menos largo de la Escritura, acogida como palabra de Dios, y que se desarrolla bajo la moción del Espíritu en meditación, oración y contemplación. (...) La finalidad pretendida es suscitar y alimentar un "amor efectivo y constante" a la Sagrada Escritura, fuente de vida interior y de fecundidad apostólica (Enchiridion Biblicum, 591 y 567), favorecer también una mejor comprensión de la liturgia y asegurar a la Biblia un lugar más importante en los estudios teológicos y en la oración. (...) La constitución conciliar*

*Dei Verbum, 25 insiste igualmente sobre una lectura asidua de las Escrituras, para los sacerdotes y los religiosos. Además (y es una novedad) invita también "a todos los fieles de Cristo" a adquirir "por una lectura frecuente de las escrituras divinas la 'eminente ciencia de Jesucristo' (Flp. 3, 8)". Diversos medios son propuestos. Junto a una lectura individual, se sugiere una lectura en grupo. El texto conciliar subraya que la oración debe acompañar a la lectura de la Escritura, ya que ella es la respuesta a la palabra de Dios encontrada en la Escritura bajo la inspiración del Espíritu. (...) No se puede sino animar este deseo de un mejor conocimiento de Dios y de su designio de salvación en Jesucristo, a través de las Escrituras».*

De todos los libros que la humanidad ha conocido, ninguno ha ejercido tanta influencia como la Biblia. Sobre ella se han escrito millares de estudios; autores famosos han tomado de ella temas para sus obras; pensadores y científicos se han inspirado en ella; y aun movimientos antagónicos al Cristianismo, como el Islam y el Marxismo, han tomado de ella buena parte de sus doctrinas. Completa o en parte se ha traducido a más de mil idiomas, y brinda la base doctrinal a centenares de iglesias en culturas y situaciones muy diversas.

Hoy en día, algunos cristianos han llegado a considerar que el AT ha perdido su importancia como fuente para enseñar la doctrina cristiana, piensan que lo importante aparece en el NT y que por tanto el AT ya no es necesario.

Los primeros cristianos creían firmemente que Dios inspiró el Antiguo Testamento y cuando usaban el término "Escrituras" se referían solo a esta parte, pues el Nuevo Testamento aún no se había escrito ni compilado. Sin embargo, esto creaba varios problemas. Para los cristianos, la interpretación tradicional del AT estaba equivocada, pues los judíos no admitían a Jesucristo como culminación de las promesas dadas a Israel. En Jn 5.39s, Jesús mismo advierte a los judíos que es en Él, y no sencillamente en las

Escrituras, donde hay vida eterna. «<sup>Jn 5.39s</sup> *Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí, y no queréis venir a mí para tener la vida*». Luego, los cristianos tenían que mostrar que Jesucristo era la culminación de las Escrituras y ellos eran el nuevo Israel. El modo más sencillo de mostrar esto era apelando a las profecías del AT, y mostrar su cumplimiento en Jesucristo. De ahí que en los Evangelios, al narrar los acontecimientos de la vida de Jesús, aparezca a menudo la frase «*para que se cumpliese lo que fue dicho*» (Mt 1.22; 4.14; 8.17; Jn 17.12; 19.24; etc.), o la frase «*conforme a las Escrituras*» (1 Co 15.3s). Este método hermenéutico o de interpretación bíblica no lo crearon los cristianos, sino que ya existía desde mucho antes. El argumento poderoso que utilizaban los cristianos, para entender los episodios de la vida de Jesús, era la relación con las profecías antiguas. Por consiguiente, el método más común, para interpretar el AT, fue el de buscar en él profecías de los hechos mencionados en el Nuevo Testamento. Lucas pone en boca de Jesús cómo en el Pentateuco, los profetas y los salmos podíamos encontrar su identidad y la razón de sus obras (Lc 24: 27, 44). Como manifiesta el pastor y profesor Juan Armando Bonjour en su libro “La Biblia Responde”, “si anuláramos el AT ¿con qué probaríamos que Jesús es el Cristo? Y enfatiza, “el NT es verdadero porque lo es también el Antiguo, uno no anula al otro, sino que se complementan”.

Cada hagiógrafo presenta la enseñanza envuelta en la cultura de su tiempo y su ambiente, en lenguaje popular; hay que fijarse en la enseñanza que vale para siempre y no en el lenguaje que usa. De ahí la importancia que tiene conocer el contexto cultural en que los autores sagrados han escrito los libros, además de saber descubrir el verdadero mensaje que en el conjunto de todos los escritos nos quiere dar Dios; pues si tomamos una sola frase y le queremos dar una interpretación al pie de la letra y por separado, lo más seguro es que llegemos a conclusiones equivocadas.

La Biblia, en efecto, no se presenta como una revelación directa de verdades atemporales, sino como el testimonio escrito de una serie de

intervenciones por las cuales Dios se revela en la historia humana. A diferencia de doctrinas sagradas de otras religiones, el mensaje bíblico está sólidamente enraizado en la historia.

Debemos estar claros que La Biblia tiene muchos y muy diversos autores humanos: El Dios de la verdad se ha servido de ellos respetando su carácter, su estilo, sus limitaciones, sus medios de información. El Espíritu Santo no ha reformado el estilo de los autores humanos de la Biblia; este estilo es muy variable, a veces hasta rudo y arcaico. Hay libros muy diversos y de géneros literarios distintos: históricos, poéticos, didácticos, epistolares, etc. Pero la Biblia en su complejidad forma un maravilloso conjunto: es un mensaje *vivo y progresivo*: se va desarrollando el sentido de las verdades y de los hechos poco a poco. Se va descubriendo el misterio del plan salvador de Dios hasta la plenitud de la Revelación que es Cristo. La Biblia es un mensaje vivo y lleno de condescendencia con las debilidades y limitaciones de los hombres a quienes va dirigido. De la ley antigua hasta el sermón de la montaña hay una evolución progresiva, ascendente, de extraordinaria fuerza. Luego hay que interpretar toda la Biblia a la luz del Nuevo Testamento y de Cristo.

Conocer la Escritura, así como obedecerla, son los fundamentos mellizos de una vida consagrada. La interpretación apropiada de la Biblia lleva del estudio a la aplicación, de esta lo lleva de nuevo al estudio y a la aplicación más profunda en una espiral ascendente hacia Dios. El intento de Satanás de quitarnos nuestro deseo de estudiar la Escritura no es nada menos que el de eliminar el fundamento de nuestra estabilidad y nuestro crecimiento espiritual.

En su libro “Cómo acercarse a La Biblia”, el padre Hugo Estrada, nos narra cómo una persona de alto nivel cultural le dijo en una ocasión que no entendía La Biblia. Dicha afirmación lo dejó muy intrigado, pero encontró la clave en la Primera carta del apóstol san Pablo a los corintios (1 Co 2,14s). La Biblia tiene un lenguaje espiritual, sólo logran comprenderla completamente los que dejan de ser “carneles” para convertirse en “personas

espirituales”. No valen los títulos universitarios, lo que cuenta es la espiritualidad de la persona. Más adelante el padre Estrada nos alerta: “a la Biblia no podemos ingresar solos, necesitamos la compañía del Espíritu Santo”. Jesús mismo nos lo dijo, a través de sus apóstoles, “nos concede el don de su Santo Espíritu para que en su compañía vayamos rompiendo, uno a uno, los sellos del libro, y podamos internarnos en la Palabra de Dios”.

Este impulso y este tipo de literatura se evidencian de diferentes maneras. Se manifiesta el deseo de satisfacer la curiosidad en asuntos sobre los que el NT nada dice. Se reproduce de cierta forma la inundación de evangelios sobre la infancia de Jesús, sin valor alguno, que cubren los años de silencio entre Belén y el bautismo, o sobre la virgen María por su prominencia en la teología y la devoción. Se emplean aquellas obras pseudo-apostólicas que tratan de describir, su nacimiento, su vida, y, finalmente, su ascensión al cielo, etc. O se difunden, cómo si hubieran estado ocultos por la Iglesia, varios de los apócrifos que han pretendido tener como autores a los propios apóstoles. Incluso se habla del “Documento Q” como un evangelio especial con un mensaje secreto del propio Jesús (César Vidal, “El Documento Q. El evangelio más desconocido nos revela toda la verdad sobre la vida de Jesús”; Editorial Planeta, S.A.; España; 2005).

El impulso literario, de la época en la que fueron escritos muchos de esos documentos, aparece sobre todo en los “hechos” novelísticos y en algunos de los evangelios, grotescos y fantásticos, pero repletos de maravillas y anécdotas.

Podremos entender mejor este movimiento si lo consideramos como una rama de la literatura cristiana popular, y, si lo estudiamos desde este punto de vista, encontramos que los libros más primitivos revelan algunos de los temas que preocupaban a las congregaciones en los siglos II y III: las relaciones con el estado, controversias con los judíos, discusiones sobre el matrimonio y el celibato; además, dada su agresiva insistencia en los milagros, ponen de manifiesto que la verdadera era de los milagros ya había pasado. Las obras son toscas y aun vulgares; pero sus autores conocían a su público. Para muchos deben haber reemplazado la literatura erótica pagana

popular, y en muchos casos con un verdadero deseo de edificar.

No cabe duda de que a los autores les resultaría muy difícil diferenciar sus propios motivos o intenciones de los de autores del S XX y los de nuestros días, tales como los de: “El enigma sagrado” de Michael Baigent, Richard Leigh y el productor de TV Henry Lincoln; “La revelación de los templarios” de Picknett y Prince, “La diosa en los evangelios” y “La mujer de la vasija de alabastro”; traducidos en España como “María Magdalena, ¿esposa de Jesús?” de Margaret Starbird, el muy famoso “Código Da Vinci” de Dan Brown y los de la serie de nueve tomos “Caballo de Troya” de J. J. Benítez, por citar sólo unos pocos ejemplos.

Esto, que en ocasiones se ha tomado como un ataque directo a la Iglesia y a los cimientos de la Fe cristiana no debe amilanar a un católico, pues sabe y está plenamente convencido que: “En los sagrados libros, el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos: y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual” (Dei Verbum, 21).

El profesor Neil R. Lightfoot en su libro “Comprendamos cómo se formó La Biblia” nos recuerda la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo que nos expresa: «2 Tm 3, 13-17 Los hombres malos y seductores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados; pero tú permanece en lo que has aprendido y te ha sido confiado, considerando de quiénes lo aprendiste, y porque desde la infancia conoces las Letras Sagradas, que pueden instruirte en orden a la salud por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena».

# EL ANTIGUO TESTAMENTO

## INTRODUCCION

El Antiguo Testamento (AT), lo mismo que el Nuevo, es una historia, la historia de la salvación. El Dios de la Biblia no es el Zeus lejano del Olimpo, sino el Verbo encarnado en medio de la vida humana, que acompaña al hombre en la andadura histórica, compartiendo con él gozos y penas. La

revelación bíblica es esencialmente histórica. Dios se da a conocer por medio de la palabra que comunica a sus siervos los profetas, pero se revela sobre todo a través de sus intervenciones en la historia de la salvación. El credo israelita es una secuencia de intervenciones salvíficas de Dios en la historia. El capítulo segundo del Catecismo de la Iglesia Católica, No. 50, nos dice: *«Mediante la razón natural, el hombre puede conocer a Dios con certeza a partir de sus obras. Pero existe otro orden de conocimiento que el hombre no puede de ningún modo alcanzar por sus propias fuerzas, el de la Revelación divina. Por una decisión enteramente libre, Dios se revela y se da a conocer al hombre. Lo hace revelando su misterio, su designio benevolente que estableció desde la eternidad en Cristo en favor de todos los hombres.»*

El designio salvador de Dios se realiza progresivamente en la historia del acontecer humano, solicitando en cada momento la respuesta adecuada del hombre. La religión de la Biblia, es una religión encarnada en la historia. Yavé es el Dios que se hace presente y salva al hombre desde dentro, desde el seno de la historia. Pero la historia bíblica no es una crónica de los hechos. Los hechos, para que sean inteligibles y accesibles, deben ser verbalizados, y toda verbalización es ya una interpretación. No existe más historia que la interpretada y narrada; esto desborda los límites de los acontecimientos intraterrenos para abrirse a la trascendencia, dimensión que sólo se puede conocer y expresar por la Fe y desde la Fe. Es una historia, por tanto, configurada bajo características de lo confesional, kerigmática, interpelante, profética, escatológica, pero sobre todo salvífica.

*Confesional* porque la historia bíblica está escrita desde la Fe en Dios, que se dio a conocer al pueblo hebreo (el pueblo de la Biblia) con el nombre de Yahweh; por eso la llamamos historia sagrada. Todo viene de Dios y todo camina y va encaminado hacia Dios.

Escrita desde la Fe, la historia bíblica quiere ser la proclamación de esa misma Fe. Es lo que podemos llamar una historia *kerigmática* (que constituye el primer anuncio de Jesús como nuestro salvador). Dios se da a conocer a través de acontecimientos salvíficos a favor de su pueblo.

Es *interpelante* en el sentido que esta historia es anuncio de una buena nueva de salvación, que pide y espera la respuesta y el asentimiento del lector; es un llamamiento a la conversión y a la esperanza. Es palabra *interpelante*, que no sólo te cuenta acerca de la posibilidad de la salvación, sino que te impulsa y enseña como ganar esa salvación.

*Profética*. En realidad, los libros históricos de la Biblia son la lectura profética de la historia. Los profetas son los teólogos de la historia, los que saben leer en los acontecimientos los signos de los tiempos, el designio salvífico de Dios. La concepción israelita de la historia es lineal. Tiene como punto de partida la Fe en Dios y camina hacia una meta: la esperanza mesiánica y *escatológica* (referente al destino final del Hombre y del Universo). Tiene como punto de partida un encuentro inicial con Dios, y camina hacia el encuentro pleno y definitivo. Esta concepción descansa sobre el esquema "éxodo"; El pueblo que sale de Egipto camina hacia la "tierra prometida". De hecho, la historia bíblica se articula en torno a tres éxodos: Egipto, Babilonia y Cristo.

Jon Sobrino, en su libro "Jesucristo liberador. Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret", hace una fusión del Kerigma con lo escatológico cuando escribe: ...*"Existe, pues, lo escatológico, Jesucristo. Lo último no está en la mediación, sino en el mediador. Y, a la vez, el mediador se constituye como lo último, no como el Jesús de la historia, sino como Cristo crucificado y resucitado. Y ese acontecimiento se convierte en lo último para nosotros al ser anunciado en el Kerigma...* (Es en este sentido que San Pablo, en 1 Co 15, 14 destaca la trascendental importancia de la Resurrección de Cristo como base y fundamento de la Fe Cristiana: *"Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vana nuestra fe"*) ...*Ese Cristo predicado es el que pone al oyente ante la ineludible necesidad de comprenderse a sí mismo y vivir según una existencia auténtica, la existencia en la fe que se deja dar la salvación y el sentido de la vida por Dios, o de proseguir en su existencia inauténtica, cerrado en sí mismo, viciando las posibilidades de su existencia humana..."* "... Para que el Kerigma pueda ser salvación, el hombre pecador debe ser destruido. El hombre a quien la acción de Dios quiere vivificar es primero destruido por esa misma acción..." "... Lo último escatológico es,

*finalmente, buena noticia...” “... Lo escatológico irrumpe en la historia cuando el Kerigma es aceptado...”*

Finalmente es *salvífica*, porque la verdad que Dios ha querido consignar en los libros sagrados es una verdad salvífica, una verdad para nuestra salvación.

La Biblia, pues, tiene que transformarse en Libro de cabecera para cada católico. Un Libro familiar, querido y venerado; que cada cristiano pueda encontrar en él la sabiduría y la fuerza de Dios. Gabriela Mistral, la poetisa chilena galardonada con el Premio Nóbel de Literatura escribió en un ejemplar de la Biblia: *“...libro en cualquier tiempo y en cualquier hora, bueno y amigo para mi corazón, fuerte y poderoso compañero...”* *“...Por David amé el canto, mecedor de la amargura humana. En el Eclesiastés hallé mi viejo gemido de la vanidad de la vida, y tan mío ha llegado a ser tu acento que ya ni sé cuándo digo mi queja y cuándo repito solamente la de tus varones de dolor y arrepentimiento...”* *“...Los sabios te parten con torpes instrumentos de lógica para negarte; yo me he sentado para amarte siempre y a apacentar con tus acentos mi corazón por todos los días que me deje mi dueño mirar su luz...”*

Billy Graham, en su prólogo al libro de H. C. Mears: “Lo que nos dice la Biblia” escribió: *«No puede haber mayor tragedia para un hombre o un pueblo, que la de rendirle culto de labios a una Biblia que no se lee o a un modo de vida que no se cumple»*. Y en ese mismo prólogo resaltó las palabras del Dr. William Lyon Phelps, quien fuera presidente de la Universidad de Yale en Estados Unidos: *«Creo firmemente en la necesidad de educación universitaria, tanto para hombres como para mujeres; pero pienso que el conocimiento de la Biblia sin estudios universitarios tiene más valor que los estudios universitarios sin la Biblia»*.

Entonces, como cristianos comprometidos estamos obligados a poner todas nuestras fuerzas en tratar de lograr que la lectura, y el estudio, de la Palabra de Dios resulte interesante, útil y desafiante a todos nuestros semejantes. Pero, ¿cómo lograrlo? ¿Cómo descubrir a cada católico los enormes tesoros presentes en este gran libro? Superando ciertos obstáculos que, naturalmente se presentan por ser un libro antiguo, escrito a lo largo de más de mil

seiscientos años, por autores distintos y con culturas muy diferentes. ¿Cómo hacer de la Biblia una lectura fácil, amena, atractiva y enriquecedora? Este es nuestro gran reto.

El Padre Amatulli Valente dice en la introducción de su libro “Historia de la Salvación (Curso Bíblico Básico)”: – *"El que tenga más saliva, que trague más pinole", dice un refrán. Que cada uno llegue hasta dónde pueda, empezando por lo más sabroso y sencillo.*” Es lo que, al igual que él, pretendemos nosotros con estos apuntes.

Vamos a iniciar nuestro reto con el intento de encontrar el hilo conductor que nos ayude a dar un paseo por el gran mundo de la Biblia, tratando de buscar el alimento que más necesitamos para nuestra vida cristiana. Pero lo haremos en función de un guía de lectura; y la tarea de un guía es la de acompañarles en el camino, no la de ahorrárselos. También las diversas introducciones a los diferentes libros, que encontrareis en cualquier edición de la Biblia, les pueden servir de ayuda para completar lo que aquí vamos a tratar de aprender y compartir.

## Capítulo 1

### GÉNESIS

*El título.* Génesis es el primer libro de la Biblia. Quiere decir "origen, nacimiento". Se llamó Génesis en la Septuaginta (LXX), título adoptado después por la Vulgata y que alude al contenido del libro. El autor del libro quiere demostrar cómo Israel fue elegido entre las naciones del mundo y cómo llegó a ser el pueblo de Dios. Esta elección, sin embargo, no se basó en los méritos de los antepasados de Israel, sino en la gracia inmerecida de Dios. Enfocados desde ese ángulo se relatan la creación del mundo y del hombre, el pacto de Dios con el hombre, la caída en el pecado, la vida de los patriarcas y el pacto de gracia con ellos.

Del cap. 12 en adelante presenta el origen del pueblo de Israel. Como todos los pueblos antiguos, también el pueblo de Israel quiso recordar sus orígenes para

afianzar su destino. En efecto, un pueblo sin preocupación por sus raíces será siempre un pueblo sin proyecto ni meta, un pueblo a la deriva. Este libro es además el primer libro del Pentateuco (Cinco Grandes Rollos). En realidad el libro puede dividirse en tres partes o secciones:

- a.) Descripción del mundo y su creación, comienzo de la historia humana y sus relaciones con Dios (Gn 1: 1 - 2: 2), “historia de los orígenes” o “historia primordial”.
- b.) Un esquema de la historia de la Humanidad antes de Abraham, revelaciones de la relación entre Dios y la raza humana y los comienzos del Pueblo Escogido (Gn 2: 4 - 11: 26).
- c.) Historia del pueblo escogido, del “Pueblo del Pacto” hasta su ida a Egipto (Gn 11: 27 - 50: 26), “historia de los patriarcas”.

Esquema del contenido:

1. Historia de los orígenes (1. 1–11. 32)
2. Historia de los patriarcas (12. 1–50. 26)
3. Abraham (12. 1–25. 34)
4. Isaac (26. 1–35)
5. Jacob (27. 1–36. 43)
6. José (37. 1–50. 26)

## LA CREACIÓN

Cientos de años antes de Cristo, este pueblo comprendió que su Dios es el Dios creador de todo lo que existe. Tomó conciencia del origen común de todos los pueblos y todas las cosas y, a la luz de la revelación recibida, encontró la respuesta a los grandes interrogantes a los que se enfrenta cada hombre de cada cultura y raza.

A partir del Gn 1: 1, 2, donde se describe la creación de los cielos y la Tierra (cosmogonía), el libro cubre un período de miles de años, abarcando la preparación de la misma para que pudiera ser habitada por el Hombre. De ahí narra la historia del ser humano (antropogonía) hasta la muerte de José (alrededor de 1657 aJC). Así surgieron los diferentes capítulos del Génesis, que representan la respuesta a esas grandes interrogantes de la humanidad: ¿Cuántos dioses hay? ¿Existe una diferencia sustancial entre Dios y lo que

vemos? ¿A qué se debe la diferencia que notamos entre los minerales, las plantas, los animales y los seres humanos? ¿Cuál es la posición de la mujer con relación al hombre? ¿Cuál es el origen del sexo, el matrimonio, el mal, el sufrimiento, la injusticia, etc.?

Todos los pueblos antiguos trataron de dar una respuesta a estas preguntas. Por eso no tenemos que extrañarnos al notar cierto parecido entre la Biblia y algunos escritos antiguos. La diferencia está en el tipo de respuesta que se da a todas estas preguntas. Aquí está precisamente la originalidad de la Biblia, nos dice el Padre Amatulli Valente.

A través de toda la Biblia, directa o indirectamente, se cita el libro de Génesis. Sin él no se podría entender ni el origen, ni el llamamiento de Israel. Sería incomprensible la forma en que es presentado el Señor como el “Dios de Abraham, de Issac y de Jacob”. Si no existieran los primeros 11 capítulos, verdadero semillero de toda la historia de la redención, nos encontraríamos con un gran vacío. Debe señalarse además que las  $\frac{3}{4}$  partes del Génesis (del capítulo 12 hasta el 50) se dedican a cuatro biografías, llenas de enseñanzas acerca del individuo, de la familia, de la educación y de la acción de Dios a través de las generaciones.

Ropaje y enseñanza.

Una verdad o enseñanza se puede expresar en distintas formas: mediante una frase clara, en que se mencionan las ideas esenciales (como se hace en el Catecismo, en la Constitución Política de un estado, etc.) o mediante una película, una obra de teatro o una novela escrita.

En el segundo caso hay que distinguir entre el ropaje (los personajes, el tema y las situaciones más o menos impactantes que se presentan) y la enseñanza. No hay que confundir ropaje con enseñanza. No hay que tomar el personaje en sí mismo, desligado del papel que juega en la obra. Como tampoco se podrá tomar una frase, o una oración separada y darle, o intentar darle, una explicación fuera del contexto general del libro en que fue escrita y de la inspiración que influía sobre su hagiógrafo (escritor o escrito sagrado).

Con relación a los primeros 11 capítulos. Debemos tratar de descubrir su enseñanza. Esta se nos presenta en forma poética, teatral, mediante personajes y situaciones dramáticas, que impactan a la imaginación e invitan a la reflexión.

Por lo tanto, es un error pensar que de veras por motivo de una fruta, que nuestros primeros padres comieron sin permiso, estamos soportando consecuencias tan graves. No. Lo que presenta la Biblia es un teatro, donde se ve que el hombre desobedece a Dios, instigado por un personaje astuto (el demonio).

Es un error pensar que la Biblia enseña que Dios hizo todo lo que existe en seis días. No. Los seis días, que menciona la Biblia, son un recurso literario (ropaje) para enseñar que hay que trabajar seis días y descansar uno (Gn 2: 1-3).

Lo mismo por lo que se refiere a la luz. La Biblia no quiere enseñar que al principio Dios creó la luz como algo especial, distinto del Sol. No. Lo de la luz es otro recurso literario para poder definir el día, hecho de luz y tinieblas, no contando con otro medio (reloj) para poder medir el tiempo.

Cuando la Biblia presenta la creación del hombre mediante el barro, no quiere enseñar que de veras el hombre viene del barro, sino que en el hombre hay dos elementos esenciales: uno material, como en el barro mismo, y el otro espiritual (aliento de vida) y que su aparición, de la manera que haya sido, debió necesitar de una intervención especialísima de Dios.

El hombre Rey de la creación y colaborador de Dios.

Entre todo lo que hizo Dios, el hombre es el ser más importante. Utilizando su inteligencia y aprovechándose de los recursos naturales, está llamado a progresar cada día más, creando condiciones de vida siempre más agradables.

En efecto, Dios no creó carros, carreteras, aviones, casas... No. Dios lo creó todo en el estado inicial. Es el hombre que va a continuar la obra, mediante el trabajo (1: 28; 2: 15). Y en esto notamos la diferencia que existe entre los

distintos individuos, los distintos pueblos y las distintas civilizaciones. Cuanto más el ser humano trate de ser colaborador de Dios mediante la investigación, la técnica y el trabajo, tanto más se vuelve en rey de la creación. Cuanto más renuncia a su papel como colaborador de Dios en el perfeccionamiento de la creación, tanto más se deja dominar por ella. Cuanto más proteja su casa, sus dominios, la Tierra que le fue entregada por su Creador, más podrán disfrutar de su condición de colaboradores del Todopoderoso.

El «Adam» como imagen de Dios.

«Y creó Dios el hombre a su imagen, a imagen de Dios le creó; varón y hembra los creó», dice Gn 1, 27. Esto bien pudiera entenderse como una afirmación global de majestad y perfección. El ser humano, al igual que Dios y al contrario de los animales, posee un lenguaje y una conciencia para meditar sobre sí mismo y sobre sus relaciones con el mundo que lo rodea. El ser humano puede actuar y responsabilizarse ante Dios, entrar en un contrato con el Altísimo y hacer alianza con Él.

Dios acoge al “Adam”.

Génesis 3 es una narración profundamente dramática. El ser humano decide actuar por su cuenta al desobedecer a Dios y rompe con una forma de vida ideal, prefiere ser “exclusividad” en lugar de ser “comunidad”. Como consecuencia, Adán tiene que aprender a vivir con la limitación propia de cualquier criatura: el dolor y la muerte. El ser humano está solo frente a su destino y debe escoger la calidad de su vida. Es en este punto en que descubre a Dios. Él le llama, lo invita y lo acoge. Dios se le muestra como gracia. Adán puede comprender estas nuevas formas de ser de Dios porque ahora está enfrentado al dolor y a la conciencia de su fragilidad. Creyendo imitar a Dios, se separa de su esencia, pero Dios, en su misericordia infinita, está siempre dispuesto a acogerlo.

Según la enseñanza bíblica, el ser humano es el rey de la creación y por lo tanto no le tiene que temer a nada ni a nadie. Ningún objeto y ningún animal tienen poder sobre él. Solamente Dios. Ello obviamente no significa que el Hombre puede ir pisoteando y menospreciando todo lo que encuentra a su paso, pues todo ello también es obra de Dios, forma parte de su Plan de vida y

es consustancial al mismo Hombre. El distanciamiento del Hombre en relación con la Naturaleza es también un distanciamiento del Hombre con Dios. Es romper con la armonía y el equilibrio establecidos por Dios entre el Hombre y su entorno. Todo lo creado en cada uno de los seis días bíblicos fue considerado como bueno y fue bendecido por Dios mismo. Por tal motivo el ser humano, “Rey de la creación”, es, y debe ser al mismo tiempo, su máximo responsable y su principal defensor, para no sólo proteger, sino para mejorar las condiciones humanas de su propia existencia.

Enseñanzas fundamentales.

1. Existe un solo Dios (Gn 1: 1).
2. Dios hizo todas las cosas (Gn 1: 1).
3. Dios hizo todas las cosas mediante el poder de su Palabra (Gn 1: 3; Dijo = pronunció una palabra).
4. Todo lo que hizo Dios era bueno (Gn 1: 31).
5. Entre todo lo que hizo Dios, el ser humano es el más importante (Gn 1: 26; 2: 19).
6. El ser humano es el más importante porque tiene algo (alma - espíritu - inteligencia, etc.), que viene directamente de Dios y que no poseen los animales.
7. Siendo el ser humano superior a cualquier otro ser, no tiene por qué tenerle miedo a los animales, plantas o cosas. Es malo creer en brujerías (Gn 1: 26<sup>b</sup>, 28<sup>b</sup>, 29, 30; 2: 19-20).
8. El sexo es algo bueno, porque lo da Dios (Gn 1: 27).
9. La procreación es buena, porque responde a un plan de Dios (Gn 1: 28<sup>a</sup>).
10. Ésta se realiza en el matrimonio, que es bueno porque viene de Dios (Gn 2: 18).
11. El matrimonio consiste en la unión para siempre de un solo hombre con una sola mujer (Gn 2: 24).
12. Hombre y mujer tienen la misma dignidad, por tener el mismo origen (Gn 1: 27; 2: 23).
13. El trabajo hace al hombre colaborador de Dios en la obra de la creación. No es consecuencia del pecado (Gn 1: 28; 2: 15).

14. Es voluntad de Dios descansar un día después de seis días de trabajo (Gn 2: 1-3).
15. Los primeros hombres estaban contentos y felices en la tierra que Dios les había concedido (Gn 2: 6-15).
16. En ellos había un gran equilibrio. No había pasiones desordenadas (Gn 2: 25).

Dudas y ataques.

Mauro Strabeli, dirigente de varios “Cursillos de Biblia” en comunidades católicas, reunió las preguntas que con mayor frecuencia aparecían entre los miembros de esas comunidades. Muchas de esas preguntas las hemos seleccionado para que, tanto el dirigente como los catecistas o miembros en general de aquellas comunidades que deseen emprender un curso bíblico, y que para ello decidan apoyarse en estos apuntes, tengan una mejor visión de conjunto.(M. Strabeli; “Biblia: preguntas que el pueblo hace”; San Pablo; Santa Fe de Bogotá, Colombia; 1993).

### 1. DIOS

¿Dónde estaba Dios antes de formar el mundo?

¿Cómo es Dios?

¿Por qué Dios nos tiene tan pobres?

¿En qué sentido Dios es mi creador?

¿Por qué si la religión predica compasión, hay tanto odio en los textos sagrados?

### 2. LA TIERRA

¿Es cierto que la tierra fue una partícula que se desprendió del sol hace millones de años?

¿Pudo el mundo ser creado en sólo seis días?

¿Por qué necesitó Dios descansar después de la creación?

¿En dónde estaba el Paraíso?

### 3. EL HOMBRE

¿Es cierto que el hombre viene del mono? Si estamos hechos a imagen de Dios, ¿por qué algunos inválidos o deformes?

¿Existieron realmente Adán y Eva?, ¿fue la mujer sacada de la costilla de Adán?

¿Existen seres humanos en otros planetas?

#### 4. LA BIBLIA Y LA CIENCIA

¿Dónde está la verdad: en la Biblia o en la ciencia?

¿Por qué no se comprueba científicamente que el hombre viene de Dios?

Según la ciencia, ¿A qué se deben las diferencias entre una raza y otra?

¿Es posible ser creyente hoy en día, después que los descubrimientos arqueológicos parecen socavar tantas enseñanzas bíblicas?

##### DE LA TIERRA AL HOMBRE

Etapa de formación	Acontecimiento principal	Tiempo aproximado En años
Inicio	Formación de la Corteza terrestre	2,000,000,000
En el comienzo	Aparece la vida	1,500,000,000
Era primaria	Peces e invertebrados	400,000,000
Era secundaria	Pájaros y mamíferos	150,000,000
Era terciaria	Primates	50,000,000
Era cuaternaria	El Hombre	1,000,000

## Capítulo 2

### EL PECADO

El reverso de la medalla.

Ya conocemos la obra de Dios, y nos damos cuenta que todo era bueno; ahora veamos la obra del hombre.

Eva es considerada la primera mujer, esposa de Adán, quien la llamó «madre de todos los vivientes» (Gn 3. 20). En el relato de la creación, Dios, al ver que Adán estaba solo y sin ayuda para cultivar el huerto, hizo a la mujer de la misma sustancia del hombre (Gn 2. 21). Así, Génesis 2 explica que la poderosa atracción entre el hombre y la mujer se debe a que en la creación

fueron literalmente «una carne». Tentada por la serpiente, Eva reparó en el atractivo sensual, estético e intelectual de la fruta prohibida. Comió e indujo a Adán a la desobediencia también. El triple castigo que Dios impuso a la mujer creó una tensión irresoluble: dolores en sus preñeces, deseo de su marido, dominación por él (Gn 3). A pesar de la amenaza de la muerte, Eva pudo regocijarse del milagro de la continuación de la vida humana en la voluntad de Yahveh (Gn 4. 1).

Hecho libre, es decir, con la capacidad de escoger entre el bien y el mal, y puesto a prueba para demostrar su fidelidad al Creador, el hombre falla. Sugestionado por el demonio, pretende hacerse igual a Dios, queriendo decidir por su cuenta lo que es bueno y lo que es malo.

Aquí está la raíz de todo pecado. "¿Por qué tengo que ir a misa todos los domingos?". Voy a misa cuando me sale del corazón. En otras palabras, el hombre quiere desconocer la existencia de una autoridad superior, poniéndose él mismo como máxima autoridad para decidir lo que es bueno y lo que es malo.

El autor sagrado, basándose en esta experiencia común acerca del pecado (enseñanza), creó el drama de la caída de nuestros primeros padres (ropaje).

La tentación (Gn 3: 1-6<sup>a</sup>).

Interviene un personaje extraño, en forma de serpiente. Es Satanás, un espíritu rebelde, condenado y envidioso. ¿Por qué la serpiente? Para crear en los oyentes un sentimiento de desprecio hacia las serpientes, consideradas como divinidades por muchos pueblos antiguos.

La serpiente representa a los malvados (Sal 58, 4), a los asirios (Is 14, 29), a los babilonios (Jr 8, 17), a los enemigos de Israel en general (Dt 32, 33), los efectos del vino (Pr 23: 31, 32) y el peligro (Sal 91, 13). Jesús comparó con serpientes a los escribas y fariseos (Mt 23, 33). En Gn 3, la serpiente aparece como el más astuto de los animales (3: 1-3) y como el instrumento que Satanás utilizó para tentar al hombre (2 Co 11, 3; Ap 12, 9). Como consecuencia, Dios maldijo a la serpiente y para siempre la condenó a

arrastrarse sobre su pecho (Gn 3, 14). Junto con el ser humano, la serpiente sufriría las consecuencias de una mutua enemistad (Gn 3, 15). Pero la victoria definitiva sobre la maldad llegaría en Cristo.

Este personaje actúa con astucia. Empieza con tratar de crear cierta desconfianza hacia Dios, presentándolo como un ser egoísta, preocupado solamente por su felicidad. Según la serpiente, Dios quiere que los hombres se mueran de hambre. Es el concepto de la ley de Dios que muchos tienen. Una ley para asustar a los hombres. "No - contesta la mujer – podemos comer de todo, excepto del árbol de la ciencia del bien y del mal". La serpiente les hace creer que de ese árbol es precisamente del que come Dios y por eso es superior a ellos. Comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, es decir, poder decidir lo que es bueno y malo, en forma independiente y desconociendo toda autoridad, es la gran tentación para cada hombre.

El pecado nunca se presenta con su verdadera cara de rebeldía, sino bajo el aspecto de la libertad, la búsqueda de la madurez y la afirmación de la propia personalidad. Es la historia de siempre, de cada día, y que el autor sagrado presenta en los principios de la humanidad.

En el libro "Introducción al Cristianismo" Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) escribió: *"Toda la historia de la humanidad ha quedado extraviada, rota, porque Adán se hizo una falsa idea de Dios. Quería hacerse como Dios..."* *"...Sólo que Adán se equivocó de modelo. Creyó que Dios era un ser independiente, autónomo, suficiente, y, para hacerse como él, se rebeló y desobedeció. Pero cuando Dios se ha revelado, cuando Dios quiso mostrarse verdaderamente tal como era, se reveló amor, ternura, efusión de sí, infinita complacencia en otro, unión indisoluble, dependencia; Dios se reveló obediente, obediente hasta la muerte. Creyendo hacerse como Dios, Adán se diferenciaba totalmente de Él. Se atrincheraba en su soledad y Dios no era más que comunión"*.

Caída y consecuencias del pecado (Gn 3: 6<sup>b</sup>-10).

Y viene la rebeldía y el deseo de la auto-afirmación, en oposición al ser supremo. Y viene la tragedia: el hombre descubre su desnudez, su vacío, su

desequilibrio (3: 7). Una vez cortado el lazo de dependencia que lo unía al Creador, se siente confundido y pierde el autocontrol. Es la experiencia de lo que sigue a todo acto de rebeldía contra las leyes puestas por Dios en las criaturas, el despertar a la cruda realidad, después del sueño fantástico de las drogas, el alcohol o el placer momentáneo de la infidelidad matrimonial. Y viene la inseguridad, y viene el miedo. Ya no se tiene el valor de mirar en la cara al Creador, se huye... Algunos llegan hasta a negar a Dios; Pero es inútil, su voz la llevan siempre en el corazón y su mirada los persigue sin cesar. El pecado trae como consecuencia el desequilibrio interior, la inseguridad, el miedo y la fuga.

Castigo y promesa del Salvador (Gn 11-24).

Al momento de enfrentarse a la responsabilidad de los propios actos, cada uno le echa la culpa al otro. El pecado lleva consigo el alejamiento de Dios, del hermano (3: 12) y de la naturaleza (3: 17-18). Todo se vuelve hostil. Y viene el castigo para todos. «De hoy en adelante el sufrimiento acompañará la vida del hombre en su largo peregrinar por este mundo». ¡Ese sufrimiento será al mismo tiempo castigo y purificación!

El hombre seguirá siendo el Rey de la creación, pero tendrá que enfrentarse a una naturaleza difícil de dominar por estar envuelta en la rebeldía a causa del pecado de desobediencia contra Dios. ¡El hombre se rebeló contra Dios y la naturaleza contra el hombre!

Pero no todo está perdido. Dios promete un Salvador. Es la primera buena noticia (proto-evangelio), que encontramos en la Biblia. Habrá, desde entonces, una larga lucha entre Satanás y la humanidad (3: 15). Una vez que el pecado entró en la humanidad, fue cobrando siempre más fuerza, sin posibilidad de ser detenido por el Hombre. Solamente Dios lo podrá lograr, tomando al Hombre de la mano y guiándolo hacia Cristo.

El lugar ocupado por Cristo en Génesis le da mayor valor a este libro. El mismo Jesús nos advierte que ya Moisés había escrito sobre él, y que si no creemos en Moisés no podremos creer en sus propias palabras (Lc 24: 25-27, 44; Jn 5: 46-47; 8: 56). En el mismo relato de la Creación podemos ver una

velada alusión a la Trinidad con el plural empleado a propósito de Dios (Gn 1: 1) así como en el “concejo” ocurrido en el seno de la Deidad en el momento de la creación del Hombre (Gn 1: 26), que también nos lo presenta el Nuevo Testamento en Juan 1: 1-3; Col 1: 16 y Hb 1: 10.

Caín y Abel (Gn 4).

Caín, primogénito de Adán y Eva. Nació fuera del Edén y se dedicó a la agricultura (Gn 2.15; 4.1–3). Estuvo sujeto a la influencia del maligno (1 Jn 3: 10–12). Le faltó amor para su hermano Abel (Gn 4: 9) y fe (Hb 11: 4). Permitió que creciera en su corazón el pecado que entró en el mundo por sus padres. Ofrendó del fruto de la tierra, pero su ofrenda no agradó a Dios como la de su hermano, aunque no se explica por qué (Gn 4: 3–5). Rechazada su ofrenda, Caín se enfureció y cometió el primer asesinato al matar a Abel (Gn 4: 5–9). Dios le condenó a vivir errante (Gn 4: 11–14) y, para que nadie lo matara, le puso una señal (Gn 4: 13–15).

Abel (del hebreo: *hálito* o *lo transitorio*). Segundo hijo de Adán y Eva (Gn 4, 2). Era pastor de ganado menor y su trabajo lo vincula con la vida nómada, contrario a su hermano Caín, que era agricultor y apunta a la vida sedentaria. El Nuevo Testamento lo presenta como mártir (Mt 23, 35) de su fe (Hb 11,4) y de su justicia (Mt 23, 35: 1 Jn 3, 12). Con Caín, su hermano mayor, hizo sacrificio a Yahveh. Su ofrenda fue bien recibida, pero la de Caín no (Gn 4, 3–10). Según Hb 11, 4, la fe de Abel valoró su sacrificio. Para el Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado en CD-ROM de la Editorial CLIE, el sacrificio de un cordero pudo haber sido mandato de Dios, como anticipo del «*Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*», o sea, el plan de la Redención. Una posible prueba incidental de ello pueden ser los numerosos altares de los tiempos pre-históricos que se encuentran esparcidos por el mundo. La orden de estos sacrificios expiatorios que hallamos en el Pentateuco, después de la salida de Egipto, pudo ser, al igual que la institución del matrimonio y del Día de Reposo, una restitución de un antiguo mandato, más que una innovación.

Hay que fijarse en la enseñanza y no en el ropaje. Esta historia busca presentar en forma dramática una enseñanza acerca de los orígenes del Hombre y su progresivo alejamiento de Dios. En efecto, la misma Biblia dice que ya había

gente en la Tierra (4: 14-15). Lo que se quiere enseñar, es cómo, una vez alejado de Dios, el Hombre se aleja también de su hermano. Se empieza por la envidia y se llega al asesinato. Supremo pecado en contra de la máxima creación de Dios, lo que generará temor y desconfianza. Y aunque se aduce inocencia, la conciencia, eco de la voz del Creador, grita y clama justicia. Pero la justicia de Dios contra Caín no fue la clásica justicia humana de “ojo por ojo y diente por diente”. No. Fue la justicia de tener que vivir lejos del Edén, del paraíso, de la cercanía del Todopoderoso, de lo bello y seguro y confortable, y con su propia y sucia conciencia para todos los días de su vida, y para asegurar que no se ejerciera por mano ajena otro castigo Yahweh proclamó con claridad: <sup>4: 15</sup>“...*Si alguien te mata, yo te vengaré siete veces. Y Yahweh puso una señal a Caín para que no lo matara el que lo encontrara*”.

El Diluvio (Gn 6-8).

Una vez que el pecado entró en la humanidad, la maldad se multiplicó a medida que los hombres se multiplicaron. Con dolor, Dios decidió aniquilar gran parte de la creación, pero no sin antes señalar un plan de salvación. Noé, quien fue la excepción en medio de la generación corrupta, llegó a ser el personaje redentor en este juicio divino (Gn 6: 1-8; Lc 17, 27). Último de los diez descendientes de Set que se nombran en Gn 5, hijo de Lamec. Nació en días cuando la corrupción moral del mundo había llegado a su colmo. Dios escogió a Noé para comunicarle sus designios, en vista de que los hombres se habían pervertido hasta el punto que solo el juicio del Diluvio podía ofrecer esperanza de un nuevo principio de vida (Gn 6: 11-13). Noé «*halló gracia ante los ojos de Yahveh*» (Gn 6, 8), y su fe y sumisión hicieron posible que fuese escogido como instrumento de salvación. Cuando recibió la comunicación divina, que incluyó los detalles sobre la construcción del arca, «*y ejecutó todo lo que le había mandado Dios*» (Gn 6, 22). Era una persona de fe, y también un siervo obediente y activo.

Noé predicaba un mensaje urgente de arrepentimiento (1 P 3, 20), que lamentablemente nadie creyó en aquella ocasión. El mundo fue «condenado» (Hb 11, 7); y una vez que los que habrían de salvarse estuvieron en el arca, comenzó el diluvio «*Y Yahveh cerró la puerta detrás de Noé*» (Gn 7. 16). Al

salir a la tierra, limpia por el juicio de Dios, Noé ofreció holocaustos (Gn 8: 20–22), acto que brindó el marco para el Pacto descrito en Gn 8: 20 – 9: 17. Dios garantizó las condiciones necesarias para la renovada multiplicación de la vida humana en la tierra, la alternación normal de las estaciones, la promesa de que no habría más destrucción del género humano por agua, y un principio de gobierno humano. El Arco Iris había de ser la señal de este pacto de gracia (Gn 8, 20–22; 9, 12–17). Noé renovó el cultivo de la tierra y se embriagó, quizás por ignorar la naturaleza del jugo fermentado de la uva. No obstante, este hecho propició la situación que culminó con la maldición de Canaán. La maldición y las bendiciones de Noé, detalladas en Gn 9: 24–27, revisten carácter profético, y se cumplen en distintas épocas históricas al extenderse por el mundo los descendientes de Sem, Cam y Jafet (Gn 10). Noé murió a la edad de 950 años, y fue el último de los patriarcas longevos. El mismo Jesucristo confirmó la historicidad de Noé (Mt 24: 37, 38) y de sus tiempos.

Frente al pecado generalizado, alguien puede preguntarse: "¿Y por qué Dios no interviene, poniendo un freno mediante el castigo?". La Biblia nos da la respuesta. "No basta el castigo para detener al hombre en su loca carrera hacia el abismo". Esta enseñanza está presentada dramáticamente mediante el relato del Diluvio. Una vez pasado el peligro, todo vuelve como antes (9: 20-27). Para que el hombre se detenga, se necesita que Dios intervenga personalmente. Es lo que veremos desde el capítulo 12 en adelante.

La torre de Babel. (Gn 11: 1-9)

Otra pregunta: "La humanidad, ¿no puede encontrar en sí misma, en el trabajo y el progreso un medio para alcanzar la unidad y la paz?". Es el sueño del hombre. La Biblia contesta que no. El Padre no puede permitir que los hijos se realicen lejos de Él o en contra de Él. Si formamos una sola familia con Dios, solamente estando con Él encontraremos la felicidad. Todo esto está presentado en forma teatral en el relato de la torre de Babel.

Algunos comentaristas creen que la confusión de lenguas (v. 7) es universal y literal, explicando así el origen de la diversidad de idiomas; otros creen que el texto habla de un juicio local. Aunque la variedad de idiomas y culturas ahora obstaculiza la comunicación y representa un juicio de Dios, pero seguirá en la

eternidad (Ap 22, 2) como bendición y oportunidad para expresión creativa de la gracia de Dios.

Así, esta etapa fue establecida con el propósito de dar un nuevo comienzo a la humanidad a través del llamado de Dios a Abraham. Sin embargo, la torre de Babel no es meramente otra de esas historias de pecado-juicio que contienen los caps. 1–11. A través de todos estos capítulos podemos ver una crítica implícita a la cosmovisión politeísta de los contemporáneos de Israel. Al relatar otra vez la historia de la creación y del diluvio, se presenta una visión completamente diferente de Dios y de su relación con el mundo, comparada con aquella que se encuentra en la antigua mitología oriental.

Con el Cap. 12 empieza la "Historia de la salvación". Una vez que el hombre experimenta su incapacidad en orden a la salvación, Dios interviene escogiendo a un hombre, Abraham, y haciéndolo padre de un pueblo, del que vendrá el Salvador.

Enseñanzas fundamentales.

1. El hombre tiene que obedecer a Dios, por ser su Creador (2: 16: Dios dio una orden).
2. Sólo Dios puede establecer lo que es bueno y lo que es malo; sólo Él puede comer del árbol de la ciencia del bien y del mal. Al hacerlo el hombre, muere espiritualmente y le sobreviene la enfermedad, el dolor y hasta la muerte (3: 16-17).
3. El Demonio es muy astuto (3: 1<sup>a</sup>) y mentiroso (3: 1<sup>b</sup>-2).
4. La tentación consiste en querer experimentar más de lo que Dios ha permitido.
5. Antes del pecado el hombre era amigo de Dios (3: 8<sup>a</sup>).
6. El que peca, se aleja de Dios y del hermano y ese es su peor castigo (3: 12-4: 16).
7. El sufrimiento (3: 16<sup>a</sup>) y la fatiga en el trabajo (3: 17), son consecuencias del pecado.
8. Aunque Dios castigue, el hombre no logra corregirse y sigue pecando.
9. Dios es muy celoso. Quiere que el hombre vea claramente que sólo en Él encontrará la respuesta a sus problemas y la verdadera felicidad (11:

1-9).

10. La salvación es obra de Dios. Con el llamamiento de Abraham, Dios empieza a levantar a la humanidad caída hasta unirla a sí mismo en el sacrificio de Cristo en la cruz.

Dudas y ataques.

#### 1. DEMONIO

Si todo lo que hizo Dios era bueno, ¿de dónde vino el demonio?

#### 2. LA POBREZA

¿Es cierto que los que quieren vivir según la Biblia se vuelven pobres?

#### 3. EL TRABAJO

¿Es cierto que el trabajo es un castigo de Dios?

#### 4. TENTACION, PECADO Y CONSECUENCIAS

¿Qué diferencia hay entre tentación, pecado y consecuencias?

¿Qué significan el árbol, la manzana y la serpiente?

Si sólo existían Adán, Eva y Caín, después del asesinato de Abel, ¿con quién formó pareja este último?

¿Qué significan las palabras de Dios: “Si alguien mata a Caín, será vengado siete veces”?

#### 5. PECADO

¿En qué consiste el pecado? ¿Por qué cometemos pecado? ¿Por qué todos somos pecadores? ¿Cuál fue el pecado de Adán y Eva?

¿Cómo sería la vida del hombre, sin haber pecado? ¿Cuáles son los pecados más graves?

¿Por qué habla la Biblia del incesto de las hijas de Lot?

¿Cómo pudo la mujer de Lot convertirse en estatua de sal?

¿Qué es la Apostasía?, es decir abandono de Cristo y su Iglesia. Homicidio y Adulterio.

#### 6. DIOS, LIBERTAD Y PECADO

¿En qué consiste la libertad? ¿Por que Dios dio a cada hombre esta capacidad?

La Biblia, ¿no impide a uno actuar con libertad?

#### 7. ARCA DE NOE

¿Qué fue el diluvio?, ¿Qué diferencias hay entre el relato bíblico y el relato

de otras ulturas?

¿Cómo cupieron todos los animales en el arca?

Arca =símbolo de la Iglesia (el que entra ahí se salva).

8. Torre de babel

¿Existió realmente la Torre de Babel?

¿A qué se debió la confusión de lenguas?

### Capítulo 3

#### ABRAHAM, NUESTRO PADRE EN LA FE

No es sólo que Abraham fue el antepasado de los judíos, sino que él fue el hombre a través del cual los propósitos redentores de Dios se comenzaban a ejecutar. La desobediencia de Adán precipitó una serie de actos pecaminosos que terminaron con el diluvio. Noé, el nuevo padre de la raza humana, fue “intachable”; sin embargo, él también falló y eso culminó con el orgullo desbordante de Babel. Esto a su vez fue castigado con un juicio que afectó a toda la humanidad. Ahora con Abraham Dios comienza de nuevo, esta vez prometiendo: «*Bendeciré a quienes te bendigan y maldeciré a quienes te maldigan. Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra*» (12: 3).

Abram (*mi padre es exaltado*). Según Génesis, nombre con que primero se conoce a Abraham (padre de multitudes, Gn 17. 5). Descendiente de Sem e hijo de Taré, se le atribuye la fundación de la nación judía, de los ismaelitas y de otras tribus árabes. Al llamado de Dios, abandonó a su parentela (Jos 24, 2) y se trasladó a Harán, en Mesopotamia, donde murió su padre (Gn 11: 26–32). Dejar su tierra natal y su familia era una decisión muy grande, especialmente cuando se trata de una sociedad tradicional, decisión que se ve diferente en nuestra cultura moderna que se caracteriza por su movilidad e individualismo. Abram arriesgó todo aquello máspreciado para su vida al obedecer el llamado de Dios. De la misma manera Jesucristo desafía a la gente a aventurarlo todo por seguirle (Mt 10: 37–39; Flm 3: 8).

*La destrucción de Sodoma.* Ningún otro período de 24 horas en la vida de Abraham se describe en forma tan detallada como éste. Esto nos muestra la

importancia de este episodio para el narrador, aun cuando pareciera que la destrucción de Sodoma tiene poco que ver con el cumplimiento de las promesas a Abraham. De entrada, éste se introduce con la venida de ángeles visitando a Abraham y Sara y anunciándole a ella, si bien en forma indirecta, que tendría un hijo.

¿Cómo se relaciona la destrucción de Sodoma con el tema central de Génesis, el cumplimiento de las promesas a Abraham? Primero, muestra la intimidad de Abraham con Dios. Fue el Señor quien le permitió a Abraham saber lo que estaba pensando hacer con Sodoma, y esto impulsó esta larga intercesión de Abraham en favor de los justos de la ciudad. Potencialmente entonces, Sodoma podría haber sido bendecida a través de Abraham (*cf.* 12: 3); pero fue por su propia conducta errada que se privaron de la misericordia divina. Segundo, el destino de Sodoma ya estaba anunciado en 14: 21. Allí el desprecio del rey por Abraham fue un mal presagio para el futuro, porque 12: 3 advirtió que quien despreciara a Abraham sería maldecido. Finalmente, la destrucción de Sodoma fue una advertencia de lo que sucedería a los cananeos como un todo si ellos persistían en sus caminos pecaminosos. El AT insiste en que por causa de sus maldades los cananeos fueron conquistados y desplazados por Israel (15: 16; Lv 18: 24–28; 20: 22–24).

Es obvio en Gn. el fracaso de Abram en cumplir completamente con las demandas de la Ley; sin embargo, se nos dice que su fe en la promesa de Dios de darle un hijo le fue contada por justicia. En St 2: 18–24 y Hb 11: 8, 9 se destaca que la fe de Abraham fue probada como genuina a través de sus buenas obras. Esta “fe que obra” es central en el entendimiento cristiano de la salvación y de una vida justa. Ciertamente podríamos definir la fe de Abram de muchas maneras, pero no fue pasiva.

A pesar de que Dios le había prometido un hijo (Gn 15. 4), cuando tenía 86 años, Abram tomó a la esclava Agar y de ella nació Ismael (Gn 16). Es posible que Abram estuviera dispuesto a esperar en Dios para que le diera un hijo pero Sarai no. Sarai era una mujer infértil y sin esperanza, de modo que ella decidió recurrir a la subrogación de su matrimonio, lo cual era una práctica perfectamente respetable en las otras culturas del antiguo Cercano Oriente. El

hijo nacido de una mujer esclava podía ser reconocido como el hijo de su propia mujer, si es que la esposa no tenía sus propios hijos. Sin embargo, Génesis claramente no está de acuerdo con la práctica. Sarai culpó a Dios por su infertilidad, lo cual sugiere que sus motivos eran incorrectos. Los vv. 3 y 4 son un eco descriptivo de la caída (*cf.* 3: 6) implicando pecado y, finalmente, la presunción de Agar y el enojo de Sarai indican que la estrategia no era de Dios.

El pacto de la circuncisión. Aquí la esencia del pacto es claramente más definido: *Y yo seré tu Dios*. Abraham y sus descendientes estaban en una relación única con Dios. La inclusión de los descendientes de Abraham en el pacto es aun otra innovación en este capítulo. La circuncisión, que implicaba la remoción del prepucio en el varón, era la marca de este pacto. Todos los varones de la casa de Abraham, fuesen libres o esclavos, tuvieron que ser circuncidados. Aquel que rechazara el ser circuncidado debía ser *borrado del pueblo*, eso es, moriría prematura y misteriosamente. La circuncisión era una práctica común y regular en el antiguo Cercano Oriente, pero sólo el AT la invistió con semejante significado, haciéndola la marca de la posición de Israel en el pacto.

Finalmente, después de esta revelación sin precedentes de los propósitos de Dios, Abraham reaccionó y rápidamente se circuncidó a sí mismo, a Ismael y a todos los hombres de su casa. Aquí (como en 12: 4–9) él obedeció completamente al llamado de Dios a pesar del dolor que estaba implícito. Un nuevo y doloroso acto de obediencia sería requerido de él para sellar el pacto de una vez y para siempre (*cf.* cap. 22).

Después de veinticinco años, Dios probó la fe de Abraham ordenándole que sacrificara a Isaac, su hijo y heredero de la promesa (Gn 22).

Isaac (en hebreo: *risa* o *uno que ríe*). Segundo de los patriarcas, hijo de Abraham y Sara y padre de Esaú y Jacob. Su historia se encuentra en Gn 21. 3–8; 35. 27–29. Nació en la ancianidad de sus padres y por la aparente imposibilidad de que esto pudiera ocurrir, ambos rieron ante la noticia (Gn 17. 17; 18. 12–15; 21. 6).

*El sacrificio de Isaac.* Este es uno de los episodios más dramáticos y de más importancia teológica en Génesis. El mandato cruel de sacrificar a Isaac, el dolor del ascenso solitario de Abraham y su hijo hasta el lugar del sacrificio, el proceso doloroso de atar al muchacho y ponerlo sobre el altar, y la intervención a último momento desde el cielo convierten a este relato en una de las historias mejor contadas de la literatura mundial. Pero es mucho más que eso. Es la última gran prueba de la fe de Abraham, comparable al llamado original a dejar su hogar y familia, Dios prueba a las personas para revelar su verdadero carácter (cf. Dt 8: 2, 16). Aunque se nos dice que era una prueba, para Abraham el mandato de Dios era totalmente real. Era emocional y teológicamente aterrador, porque se dependía de Isaac para el cumplimiento de todas las promesas de bendición. Abraham, presionado entre el amor por su hijo y la obediencia a Dios, enfrentó decisiones agónicas. Paso a paso, la fe y la esperanza triunfaron sobre el temor y la duda, hasta que el cuchillo se levantó para matar a su hijo.

De esta manera Abraham mostró que estaba dispuesto a poner el llamado de Dios sobre cualquier otro compromiso y vínculo emocional; en ese momento, la prueba terminó. El había aprobado con excelentes calificaciones. Se sacrificó un carnero en lugar de Isaac. De esa forma, el sacrificio del carnero por Abraham preanunciaba los sacrificios posteriores de animales en el templo, tanto como el del “Cordero de Dios” (Jn 1: 29); el ángel declaró que el acto de obediencia de Abraham cambiaba la condición de las promesas. Estas pasaban a ser garantías juramentadas para innumerables descendientes, la conquista de tierra y bendición sobre él, y a través de él a todas las naciones del mundo. Así como Abraham dio al único hijo de la promesa en sacrificio, así el Padre “no eximió ni a su propio Hijo” en favor del mundo (Rm 8: 32; Jn 3: 16). En la sumisión decidida de Isaac a la voluntad de Abraham vemos un cuadro del Hijo que dijo: “Padre... no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22: 42).

*Jacob usurpa la bendición de Esaú.* Este es uno de los relatos más apasionantes en el Génesis. Pero también esta historia nos plantea problemas morales y teológicos. ¿Aprueba Dios el engaño de Jacob? ¿Apoyará Dios una

bendición que fue lograda a través de falsas pretensiones? En una primera lectura tendemos a ver a Rebeca y a Jacob como unos pillos que se aprovecharon de la ceguera de Isaac para desplazar a Esaú. No es claro cuánto aprobaba Jacob el plan de Rebeca de engañar a Isaac y obtener su bendición. Su renuencia para cooperar puede haber sido motivada por el temor de ser sorprendido tanto como por un escrúpulo moral. La evaluación del narrador tampoco es inmediatamente obvia. Isaac fue claro en el sentido de que su bendición fue irrevocable: que desde que fue pronunciada sobre Jacob ésta le perteneció. No obstante, a largo plazo es evidente que el engaño de Jacob les alcanzó a él y a Rebeca. Más tarde Jacob reconoció su falta. Cuando regresó a Canaán, le hizo a Esaú un generoso obsequio de distintos animales y lo invitó a aceptarlos con las siguientes palabras: “*Acepta, pues, el obsequio que te he traído; pues Dios me ha favorecido y tengo de todo*” (33: 11). Con este gesto estaba tratando de devolver la bendición que había usurpado de Esaú. Sin embargo, a pesar de haber obtenido en forma fraudulenta la bendición, ésta seguía teniendo su validez.

*Jacob se encuentra con Dios en Betel.* Una crisis personal a menudo es ocasión para una profunda experiencia espiritual. Así ocurrió con Jacob. Huyendo de su hogar a una tierra extranjera, se acostó y soñó bajo las estrellas. En su sueño el Señor mismo le reiteró las promesas relacionadas con la tierra, con los descendientes y las bendiciones a las naciones hechas primeramente a Abraham y reiteradas a Isaac. Sin embargo, un nuevo elemento se incorporó, «*Mira que yo aquí estoy contigo: te guardaré por doquiera que vayas y te devolveré a este solar. No, no te abandonaré hasta haber cumplido lo que te he dicho*» (28: 15). La promesa de la presencia de Dios acompañando le fue hecha a muchos líderes de Israel (cf. Ex 3: 12; Jos 1: 5; Jc 6: 16), incluso, es la promesa de Cristo a todos sus seguidores (Mt 28: 20; Hb 13: 5, 6).

*Jacob y Esaú se reconcilian.* Hemos llegado a donde comenzamos. El regreso de Jacob al hogar significa que debe encontrarse nuevamente con Esaú. No obstante los alientos divinos, tal reunión parecía muy peligrosa. Estas eran ansiedades muy presentes en la mente de Jacob mientras retornaba. Todas sus

acciones estaban diseñadas para suavizar el gran encuentro. El envió una embajada para hacer los primeros contactos, y ellos regresaron con la alarmante noticia de que Esaú venía al encuentro con 400 hombres. Ellos no dijeron si eran hostiles o no, y Jacob temió lo peor. Esto lo empujó a orar. Esta es una oración modelo, en la cual primero hace referencia al mandato de Dios de regresar y luego a la generosidad de Dios en cumplir aquellas promesas hechas en el pasado, antes de mencionar su difícil situación y solicitar a Dios librarlo a él y a su familia y de esa manera asegurar el cumplimiento de las promesas.

Al día siguiente, Jacob fue al encuentro de Esaú cojeando, pero con confianza, yendo adelante de sus mujeres e hijos (33: 1–3). De pronto apareció Esaú y *corrió a su encuentro, le abrazó, se le echó al cuello, le besó y lloró* (33, 4). Este perdón total abrumó a Jacob, quien no lo podía creer. Es más, él comparó el perdón de su hermano con el de Dios (Es posible que Jesús haya tenido en mente esta experiencia como referencia para la parábola del hijo pródigo en Lc 15: 20). Jacob entró en Canaán y compró un pedazo de tierra en el lugar. Esta era la segunda porción de tierra comprada por los patriarcas. En forma lenta pero segura las promesas se iban cumpliendo. Esto motivó a Jacob a adorar a Dios (Bosquejos Expositivos de la Biblia; Warren W. Wiersbe; 1995 Editorial Caribe, Inc.).

*A modo de conclusión.* La fe de Abraham estaba depositada en un solo Dios (en contraste con el politeísmo de sus antepasados, Jos 24. 2) que es el creador de los cielos y la tierra (Gn 14. 22), juez justo y soberano de las naciones y toda la tierra (Gn 15. 14; 18. 25), eterno (Gn 21. 33) y exaltado (Gn 14. 22). Atribuía a Yahveh justicia y misericordia (Gn 19. 19). Aceptó el juicio de Yahveh (Gn 18. 17; 20. 11) y sin embargo intercedió por Ismael (Gn 17. 20) y Lot (Gn 18. 33; 24. 40) y se distinguió por ser «amigo de Dios» (St 2. 23). Su fe se demuestra por la obediencia al mandato divino al:

(1) Salir de Ur (Gn 11. 31; 15. 7; Hch 7. 2–4).

(2) Trasládarse de Harán a la tierra de promisión (Gn 12. 1–4).

(3) Dispuesto a sacrificar a su único hijo engendrado con Sara, confiado en

que Dios podía incluso levantarlo de los muertos (Gn 22. 12, 18; Hb 11. 19).

Etapas de la vida cristiana.

Con las palabras de Gn 12: 1-3, unos 1,800 años aJC, comienza la Historia de la salvación: Deja, anda, haré de ti, son etapas de una vida auténticamente cristiana.

Deja: renuncia = conversión.

Para empezar el camino hacia Dios, es necesario dejar algo. Caso por caso, Dios irá manifestando su voluntad. En el caso de Abraham, Dios quiso que dejara su tierra y sus parientes, es decir, todas sus seguridades humanas, para depender solamente de Él. Lo mismo en el caso de los apóstoles. No se puede al mismo tiempo seguir como antes y emprender el camino de la salvación.

Anda: entrega = fe.

La Fe consiste en ponerse en las manos de Dios con plena confianza, para que Él disponga completamente de uno: "En la arena he dejado mi barca; junto a ti buscaré otro mar". Dejar en la arena la propia barca quiere decir dejar las propias seguridades, la propia manera de sentir, pensar y vivir, para subir a otra barca y andar o emprender otro camino, confiando solamente en Dios.

Haré de ti: misión = promesa.

Después de que uno deja todo lo que se opone al plan de Dios y sigue el camino que Dios le señala, viene la promesa: haré de ti un instrumento de salvación. Esto sucedió con Abraham y con los apóstoles (Mc 1: 17; "pescadores de hombres"). Abraham tuvo valor y es nuestro Padre en la Fe, los apóstoles son las columnas de la Iglesia. Si nosotros nos decidimos y nos aventamos, seguramente llegaremos a ser "alguien" en la vida del Señor.

Fe y obediencia.

La Fe no es algo sencillo. "Yahvé se apareció a Abram y le dijo: Esta tierra se la daré a tu descendencia" (12: 7). ¿Cuál tierra? La tierra de Canaán, ya habitada por muchos pueblos. Pero, ¿Cómo será posible? ¿Por qué Dios no me promete una tierra despoblada? Ahí está la Fe. Además, Abram no tiene hijos. Su esposa Saray es estéril y ambos son ancianos. ¿De dónde saldrá esa descendencia? Dios le promete un hijo y una inmensa descendencia. «Y creyó

Abram a Yahvé, el que lo tuvo en adelante como un justo» (15: 4-6). Por haber creído contra toda esperanza, Abram se transforma en amigo de Dios. Y Dios hace un pacto con él, sellado con la sangre de algunos animales (15: 7-18), según la costumbre de aquel tiempo. ¡La Fe permite que seamos amigos de Dios!

Doce tribus de Israel.

Jacob tiene doce hijos (35: 23-26), que dan origen a doce grandes familias o tribus de Israel. Uno de ellos, José, va a parar a Egipto, por envidia de sus hermanos (cap. 37). Después de muchas aventuras, todos van a parar a Egipto (caps. 39-50).

*Aporte a la Teología.* La importancia teológica del Génesis es enorme. En este libro se aclaran cuestiones como el origen del mundo, el pecado original del hombre, la imagen de Dios, la progresiva depravación del género humano y la promesa de la victoria final de la simiente de la mujer. Describe no solamente la necesidad de la salvación de la humanidad, sino también su realización en los comienzos. Funde la historia general de la humanidad con la de los patriarcas: «*Benditas en ti todas las familias*» (12. 3). Pablo más tarde habría de explicar que estas promesas fueron dadas antes que la Ley (Ga 3). La historia de Abraham subraya especialmente la fe en la promesa; la de Jacob y Esaú, la elección divina; la de José, la providencia divina.

Dudas y ataques.

1. ¿Cómo puede Dios mandar a Abraham a sacrificar a su propio hijo?, ¿Cómo se puede exigir eso?
2. La Biblia dice que Jacob luchó con Dios y lo venció, ¿cómo puede suceder esto?
3. FE

¿Qué quiere decir tener Fe en Dios? Confianza en él.

¿Qué se siente al tener Fe? No hay que confundir “Fe” con “Sentimiento”.

#### 4. FE Y OBEDIENCIA

¿Basta la Fe para alcanzar la salvación? No. Se necesita también la obediencia a la voluntad de Dios (Mt 7: 21).

## Capítulo 4

### EXODO

#### LIBERACION DE EGIPTO Y ALIANZA DEL SINAI

Un pueblo numeroso (Ex 1).

Estando en Egipto, los israelitas se multiplican. Tratándose de un pueblo que se mantiene unido, con una clara conciencia de un destino común, preocupan a los egipcios. Estos sospechan que los hebreos (= extranjeros, que vienen del otro lado del río Nilo) algún día podrán unirse a los enemigos y atacar al país. Por eso los oprimen hasta decidir exterminarlos completamente. Es la historia de los imperios, que se sienten dueños de los demás pueblos y con el derecho a defender sus intereses a costa de atropellar los derechos de los más débiles, hasta llegar a eliminarlos completamente. Pero no todos piensan de la misma manera. Siempre hay personas honestas (Sifrá y Puá), que no se dejan confundir por la propaganda y la ideología de los opresores y luchan para frustrar sus proyectos de muerte. A éstos, Dios siempre les da su recompensa. En este contexto el P. Amatulli Valente hace una reflexión: ¿No existe un grande parecido entre los métodos usados por el Faraón para acabar con los

israelitas y las prácticas anticonceptivas, que hoy día se quieren imponer a los pueblos más pobres?

Misión de Moisés (Ex 3).

Dios se manifiesta a Moisés y le descubre su propósito (Ex 3: 7-10). Moisés se siente incapaz frente a una misión tan grande. Pero la respuesta de Dios es muy clara: *"Yo estoy contigo"* (c. 3: 12). Moisés contestó a Dios: *"Si voy a los hijos de Israel y les digo que el Dios de sus padres me envía a ellos, y me preguntan: ¿Cuál es su nombre?, yo ¿qué les voy a responder?"*. Dios dijo a Moisés *"Yo soy el que soy"*. *"Así dirás al pueblo de Israel: Yo soy me ha enviado a ustedes. Y también les dirás: Yahvé, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado. Este será mi nombre para siempre, y con este nombre me invocarán sus hijos y sus descendientes"* (c. 3: 13-15).

Varios de los elementos del encuentro entre Dios y Moisés son dignos de destacar. Primero, Moisés se encuentra con Dios en la zarza ardiente. A lo largo de la historia del éxodo, la presencia divina a menudo se simboliza por el fuego y el humo (Ex 13: 21, 22; 19: 18; 24: 17; 40: 38; cf. Lv 9: 24; 10: 2; Nm 11: 1-3; Dt 9: 3; 18: 16). Segundo, por causa de su aterradora naturaleza, había que acercarse a Dios con precaución. Moisés reconoció la santidad de Dios al quitarse las sandalias. El concepto de santidad divina reaparece en Ex como tema principal. Habiendo conducido el rebaño de su suegro a través del desierto hasta *Horeb* (Sinaí), Moisés luego guiará a los israelitas al mismo lugar (cf. 3: 12; 19: 1, 2), en donde ellos también confrontarán la presencia santa de Dios revelada a través del fuego.

Si bien los detalles del trasfondo son dignos de destacar, el relato enfoca más su atención en el diálogo siguiente entre Dios y Moisés. Desde el comienzo, fue esencial que Moisés conociera la identidad de aquél que hablaba con él: *Yo soy el Dios de tus padres: el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*. Luego, Dios le revela a Moisés lo que el lector ya conoce; él estaba profundamente preocupado por el sufrimiento de su pueblo en Egipto (cf. 2: 23-25). Ahora era el tiempo para actuar. Por medio de Moisés, él tenía la intención de rescatarles de Egipto, una tierra de opresión, y traerlos hasta

Canaán, la tierra de la oportunidad. La respuesta de Moisés probablemente no fue sorprendente: *¿Quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?* ¿Qué cualidades tenía Moisés para esta tarea? ¿Cómo podría un fugitivo de Egipto confrontar al faraón? La respuesta de Dios fue directa: *Ciertamente yo estaré contigo*. Esta fue acompañada con la promesa de una señal. Sin embargo, Dios no prometió un milagro al instante; Moisés tenía que ejercitar su confianza primero antes de ver su cumplimiento. Moisés planteó una nueva dificultad. ¿Cómo convencería a los israelitas de que Dios lo había enviado a ellos? Los vv. 13–15, que enfocan sobre la identidad de Dios, son difíciles de interpretar. La solicitud de Moisés por el nombre de Dios es importante porque los israelitas creían que el nombre reflejaba la esencia de un individuo. En Gn son destacados diferentes aspectos de la naturaleza de Dios por medio de los nombres utilizados para designarle a él: El Dios Altísimo (heb., *Elyon*; Gn 14: 18–20), El Dios que me ve (heb., *El Roi*; Gn 16: 13), El Dios Todopoderoso (heb., *El Shadday*; Gn 17: 1), El Dios Eterno (heb., *El Olam*; Gn 21: 33). Aquí Dios se da a conocer por su nombre personal “*Yahweh*”. El nombre divino hebreo está íntimamente relacionado con la frase que se encuentra en el v. 14 la que puede ser traducida de diferentes maneras: *YO SOY EL QUE SOY*, “*Yo seré el que seré*”, “*Yo seré el que fui*”.

¿Qué quiere decir “Yo soy el que soy”? Mientras todos los seres dependen de otros, Dios no depende de nadie. Él es la existencia misma. Existe desde siempre y para siempre. Todo lo que existe depende de Él.

El texto central vetero-testamentario para la comprensión y confesión de Fe en Dios es la narración de la zarza ardiente (Ex 3); como lo expresara el entonces Cardenal J. Ratzinger, en ella se revela a Moisés el nombre de Dios y se pone el fundamento de la idea de Dios que seguirá vigente a lo largo de toda la vida de Israel. El Dios oculto y revelado en la zarza llama a Moisés para caudillo del pueblo. El sentido del texto es claro: quiere hacer del nombre “*Yahvé*” el nombre decisivo de Dios en Israel. Etimológicamente, la palabra *Yahvé* puede explicarse por la palabra “ser” (Yo soy); pero las palabras siguientes: Dios de los Padres, de Abraham, Isaac y de Jacob, quieren dar un nuevo significado al nombre. O sea, el concepto se amplía y profundiza de tal modo que el Dios

nombrado se equipara al Dios de los padres de Israel, invocado con los nombres *Adonai* y *Elohim* hasta ese momento.

Además, encontramos algo nuevo, completamente diferente a la concepción de los dioses de las demás religiones: el escándalo del nombre del Dios que a sí mismo se da un nombre y que a Dios sólo se le puede nombrar porque Él mismo se nombra. Esto apunta a un Dios personal que, en cuanto ser personal, se relaciona personalmente con los hombres; y por eso, se apellida como Dios de los padres.

Por otra parte, en este contexto, el Dios de los padres muestra su presencia operante en todos los parajes donde se encuentra el hombre, y no limita su presencia a lugar sagrado; se esconde en la trascendencia, pero con total cercanía en todas partes, cuyo poder no infunde temor, sino confianza y seguridad.

Otro aspecto es que Dios no se concibe solamente como portador de personalidad, como Padre, Creador, Sabio; es, ante todo, el Dios altísimo, aquél que está por encima de todos los demás poderes. No se le encuentra en un lugar determinado, sino allí donde está el Hombre y donde éste se deja encontrar por Él. Frente al vano panteón babilónico, frente a los poderes caídos, se levanta el poder de *Yahvé* en la expresión "*Yo soy*" que afirma su sencilla superioridad sobre todos los poderes divinos y no divinos de este mundo. ¡No es el Dios que fue o que será, es el Dios del eterno presente! Finalmente, ese Dios es el Dios de la promesa. No es un Dios de la naturaleza, sino de lo venidero, aquello a lo cual se dirige la historia; es el Dios de la esperanza en lo venidero. Esta es una dirección irreversible. Como puntualizara el Cardenal Ratzinger el "*Yo soy*" afirma claramente la presencia de Dios, significa algo así como "*Yo estoy ahí*", "*Yo estoy ahí para vosotros*", su ser se explica no como "*un ser en sí*", sino como "*un ser para*".

Lo anterior permitió a Israel expresar con más claridad la unicidad de Dios, su monoteísmo. ¡Este Dios es único!

Oposición y castigo (Ex 4: 1-6: 1).

No obstante el poder que recibe de hacer milagros, Moisés se resiste a cumplir la misión, no quiere defraudar al Altísimo. ¿El pretexto? No tiene facilidad de palabra, Dios le resuelve el problema: *"Tú serás el caudillo del pueblo de Israel y tu hermano Aarón hablará en tu nombre"* (c. 4: 14-17). Entonces interviene Dios, castigando al Faraón con todo su pueblo, mediante diez plagas.

El cordero pascual (Ex 12: 1-14, 21-30).

*El último castigo: la muerte de los primogénitos de Egipto.* La sangre del cordero señala la casa de los hebreos. Un cordero sin defecto, macho, nacido en el año (12: 5). Hay que comerlo, asado al fuego, con panes sin levadura y con lechuga (Ex 12: 8). Nada de platillos especiales. Además, hay que comerlo con el traje puesto, las sandalias en los pies y el bastón en la mano (12: 11). Todo será hecho con rapidez, puesto que en cualquier momento podrá llegar la liberación. Jesús también nos alertará sobre ello: <sup>Mt 24: 42-44</sup>“*Por eso estén despiertos, porque no saben en qué día vendrá su Señor (...) Por eso, estén alertas; porque el Hijo del Hombre vendrá a la hora que menos piensen*”.

En efecto, durante la noche pasa el ángel exterminador y mata a los primogénitos de Egipto, hombres y animales, dejando sin tocar a los primogénitos de Israel (Ex 12: 13). Cada año hay que celebrar este rito, para recordar el paso de Yahvé por Egipto, cuando castigó a los opresores y liberó a su pueblo (c. 12: 24-27).

*La Pascua.* Como hemos destacado arriba, el ciclo previo de episodios termina con el anuncio dramático de que “todo primogénito en la tierra de Egipto morirá” (11: 5). Ahora, se pone considerable atención sobre el cumplimiento de este anuncio. La forma única en que los primogénitos israelitas fueron protegidos de la muerte nos conduce a este extraordinario evento llamado la Pascua. Significativamente, las generaciones posteriores la recordarían en tres maneras. Primera, celebrarían cada año la fiesta de siete días de los panes sin levadura (13: 3–10). Debido a su rápida partida desde Egipto, no fue posible

que los israelitas observaran esta fiesta hasta el primer aniversario de su partida (Nm 9: 1–14). Segunda, en asociación con la fiesta de los panes sin levadura, los israelitas conmemorarían la Pascua comiendo un cordero o un cabrito de un año. Celebrada la tarde del día 14 del primer mes, la Pascua marca el comienzo de la fiesta de los panes sin levadura que continúa hasta el día 21 del mes (*cf.* v. 18). Tercera, para conmemorar la supervivencia de sus hijos primogénitos, los israelitas darían a Dios, en el futuro, todo primogénito de las crías de sus ganados (13: 11–16). Estas distintas actividades serían un testimonio continuo del hecho de que Dios les había sacado de Egipto con su mano poderosa (*cf.* 13: 3, 9, 16). En el corazón del primer rito de la Pascua estaba el sacrificio de un cordero o de un cabrito, con su sangre debían untar los dinteles de las puertas y comer de su carne. Ya que el sacerdocio aarónico no había sido establecido aún (Lv 8: 1–9: 24), Moisés ordenó *a todos los ancianos de Israel* que sacrificaran las víctimas pascuales. Mientras que otros sacrificios normalmente se ofrecían durante el día, el cordero pascual se sacrificaba en el *atardecer* ya que éste era el único tiempo conveniente a causa de las largas horas en que los israelitas fueron forzados a trabajar. Finalmente, el tiempo escogido para la Pascua en el día catorce del mes coincide con la luna llena, la noche más conveniente del mes para el éxodo de Egipto. Se da atención especial al uso de la sangre del animal: Esta fue untada en los postes y en los dinteles de las puertas de las casas. Algunos eruditos enfatizan que esta acción fue diseñada para proteger a quienes estaban adentro de los poderes hostiles que estaban afuera (*cf.* vv. 13, 23). Otros sugieren que la sangre se usaba para purificar las casas israelitas, una propuesta apoyada por la referencia al uso de *hisopo* el que se asocia en otros lugares con el ritual de la purificación (p. ej. Lv 14: 4; Nm 19: 6, 18). Sin embargo, el rociar sangre probablemente formó parte de un ritual de consagración.

Una parte igualmente importante del rito de la Pascua fue el comer el animal. Cada uno de la comunidad israelita debía participar, y por cada animal sacrificado había que tener un número adecuado de personas para comer toda la carne.

La Pascua figura en forma destacada en la comprensión neo testamentaria de

la muerte de Jesucristo. Según Mt, Mc y Lc, la última cena, que más tarde sería conmemorada como la cena del Señor (1 Co 11: 23–33), era la cena pascual (Mt 26: 17; Mc 14: 12; Lc 22: 7, 8). Al destacar que ninguno de los huesos de Jesús fue quebrado, Juan alude al hecho de que la muerte de Jesús se asemeja al sacrificio pascual (Jn 19: 36). En 1 Co 5: 7 se hace explícita esta conexión: “Porque Cristo, nuestro Cordero pascual (literalmente nuestra Pascua), ha sido sacrificado” y probablemente 1 P 1: 18, 19 también se refiera al sacrificio pascual (Bosquejos Expositivos de la Biblia; Warren W. Wiersbe; 1995 Editorial Caribe, Inc.).

*Comienza el éxodo.* Al fin, después de 430 años, el pueblo fue capaz de abandonar Egipto como resultado de los grandes prodigios ejecutados por Dios.

Habiendo anunciado su intención de traer a los israelitas de regreso a la tierra de Canaán, Dios procedió a guiarles en esa dirección. Sin embargo, debido a la preocupación por su seguridad, les condujo por una ruta larga y más segura, hizo que el pueblo diese un rodeo por el camino del desierto hacia el mar Rojo.

La Alianza del Sinaí (Ex 19-20).

A medida que el pueblo peregrinaba a través de la región desértica al sudeste de los Lagos Amargos, la crueldad y el sufrimiento de Egipto fue rápidamente olvidada cuando el pueblo llegó a tener hambre. Incluso sugirieron que habría sido mejor que Yahveh nos hubiera hecho morir en la tierra de Egipto que morirse de hambre en el desierto. En respuesta Dios generosamente les envió codornices por la tarde y un pan como una sustancia menuda en la mañana; este último fue llamado maná porque el pueblo dijo: ¿Qué [hebreo *man*] es esto? En el NT Jesús se comparó a sí mismo con el maná divinamente provisto en el desierto: «*Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo*» (Jn 6: 51; cf. 6: 48–58).

A los pies del monte Sinaí se establece la Alianza entre Dios y el pueblo de Israel. Dios será como un padre (Dt 8: 5) y el pueblo será como su hijo. Dios

se compromete a cuidar a su pueblo y el pueblo se compromete a obedecer a Dios (Ex 19: 8; 24: 3). Los diez mandamientos (Ex 20: 2-17) representan el resumen de la voluntad de Dios. Un sacrificio sella la Alianza (Ex 24: 5-8). Estamos alrededor del año 1250 aJC.

*El libro del pacto.* Según 24: 4, Moisés registró todo lo que Dios le dijo en un documento conocido apropiadamente como “el libro del pacto” (24: 7). Posiblemente la mayor parte, si no todo, de este documento se preserva en 21: 1–23: 33. Está compuesto de cuatro secciones. Primera, hay una larga lista de leyes que tratan diferentes aspectos de la vida diaria (21: 1–22: 20). La parte siguiente consiste de imperativos morales los cuales destacan la conducta ejemplar que Dios espera de su pueblo, especialmente hacia los no privilegiados (22: 21–23: 9). Tercera, las instrucciones que fueron dadas en relación con la observancia del sábado y festividades religiosas (23: 10–19). Por último, Dios bosquejó cómo actuaría en favor de los israelitas, habilitándoles para tomar posesión de la tierra de Canaán (23: 20–33).

Otro tema importante es el de la santidad. Por un lado, Ex revela que sólo Dios es naturalmente santo y que los seres humanos, por causa de su naturaleza pecaminosa, pueden venir ante su presencia sólo bajo ciertas circunstancias. Cuando Moisés se encontró con Dios en la zarza que ardía él tuvo que quitarse las sandalias ya que el terreno donde se encontraba era santo (3: 5), y más tarde los israelitas fueron prevenidos de subir al monte Sinaí para que no murieran como resultado de ver a Dios (19: 12, 13, 21–24; cf. Hb 12: 14). A causa de la incompatibilidad entre la santidad divina y la pecaminosidad humana medidas especiales tuvieron que tomarse antes de que el Señor pudiera morar entre los israelitas. Fue construida una tienda especialmente diseñada, incorporando características hechas necesarias por causa de la santidad de Dios (p. ej. las cortinas que formaron un radio de protección entre Dios y el pueblo). Por otro lado, Ex destaca el hecho de que los israelitas deberían compartir la naturaleza santa de Dios; son llamados a ser “una nación santa” (19: 6). Con este propósito las instrucciones y las leyes del Decálogo y del Libro del Pacto muestran estas cualidades asociadas con la naturaleza santa de Dios. Aquí la santidad se asocia principalmente con la pureza moral y

la conducta ejemplar. Sin embargo, puesto que tal perfección de carácter está más allá del logro humano, Ex subraya la importancia de los sacrificios los cuales pueden tanto expiar el pecado como purificar lo que es impuro.

Dudas y ataques.

### 1. PUEBLO DE ISRAEL

¿Por qué Dios permitió que el pueblo de Israel fuera esclavizado? Dios creó al hombre con libertad, de lo cual se puede esperar cualquier cosa. Lo que enseña la Biblia es que, en un mundo de injusticia, Dios está de parte del pobre y oprimido, y lo ayuda en su lucha por la liberación.

¿Por qué Dios escogió al pueblo de Israel y no a otro? Por ser pequeño y pobre, y así manifestar más su poder, “que se sirve de medios aparentemente inadecuados para hacer resaltar su obra”. A través de toda la historia que narra La Biblia, esta afirmación del Padre Amatulli Valente se hace más firme, ya que podremos percatarnos poco a poco que todas las cosas de Dios así lo resaltan. ¿Qué representaba Israel en comparación con el resto de los pueblos hasta ese momento conocido? Más adelante nos podremos preguntar ¿qué representaba en el supremo momento Belén para el Reino de Judá? ¿Por qué el hijo de un sacerdote del Templo, que dudó del mensaje divino entregado en el santuario del Señor mientras el pueblo permanecía en oración (Lc 1: 9-11), sólo será quien anuncie la llegada del Mesías y no se consideraría a sí mismo digno de desatar la correa de su zapato (Lc 3: 16)? ¿Cómo debe entenderse las famosas “plagas de Egipto”, fueron reales o son leyendas religiosas?

¿Cómo fue posible que las aguas formaran dos muros cuando los israelitas pasaron el mar Rojo?

¿Fue Dios mismo quien dio los “Diez Mandamiento”?

¿Qué fue el Maná del desierto?

### 2. MOISES

¿Qué quiere decir que Dios habló cara a cara con Moisés? Que Moisés tuvo una experiencia muy personal de Dios. Dios es espíritu, no tiene cara.

Los Diez Mandamientos dados a Moisés ¿son los mismos de ahora?

### 3. IMÁGENES

¿Es cierto que la Biblia prohíbe las imágenes? No, prohíbe los ídolos.

¿Qué diferencia hay entre un ídolo y una imagen? Una imagen es un puro retrato que nos recuerda la existencia de alguien; un ídolo es una imagen considerada como Dios, con vida y poder.

#### 4. IMAGEN

Ante las preguntas: ¿Cómo deben entenderse las plagas de Egipto y el paso del Mar Rojo?, ¿fueron reales, son solo leyendas religiosas, o son verdaderos milagros? La respuesta es no sabemos. Se trata de relatos, que se fueron formando poco a poco a lo largo de muchos siglos, pasando por muchas generaciones. Quieren subrayar la intervención de Dios en la liberación de Su pueblo de la esclavitud sufrida en Egipto y en la constitución de Israel como “Pueblo de Dios”. Puede tratarse de hechos naturales (altas y bajas mareas, cenizas de la explosión de algún gran volcán de la época, importantes cambios climatológicos, etc. entre otros posibles ejemplos), aprovechados probable y oportunamente por los israelitas, e interpretados en un sentido teológico como una intervención directa de Dios.

#### 5. FIESTAS

¿Cuáles eran las fiestas que celebraba el pueblo de Israel?

Las ocho fiestas (H. C. Mears; “Lo que nos dice la Biblia”; Editorial Vida; USA; 1979):

*Fiesta del sábado (Lev. 23: 1-3)*. Debía ser cumplida cada séptimo día, día de adoración y de descanso.

*Fiestas de Pascua (Lev. 23: 4, 5)*. Fiesta que habla de redención, para recordar la liberación, se celebra todas las primaveras.

*Fiesta de Pentecostés (Lev 23: 15-22)*. Se cumplía cincuenta días después de las primicias, para recordar la Alianza. Para los cristianos tipifica la resurrección de Cristo y la nuestra (1 Cor. 15: 20).

*Fiesta de las Trompetas (Lev. 23: 23-25)*. El día de año nuevo de los hijos de Israel, se celebra en otoño, alrededor del mes de octubre y señala hacia la reunión futura del pueblo de Israel (Zacarías 14).

*El día de la expiación (Lev. 23: 26-32).* El día más grande en la historia del pueblo elegido donde se confiezan los pecados de la nación, conduce a un deseo de perdón. Este era el único día del año en que al sumo sacerdote se le permitía entrar en el lugar santísimo del templo y entregar una ofrenda de expiación de los pecados del pueblo.

*Fiesta de los Tabernáculos (Lev. 23: 33-36).* Para recordar los 40 años pasados en el desierto. Durante una semana los israelitas vivían en carpas o tiendas de campaña. Era la última fiesta del año. Se celebraba en el otoño. La fiesta de la pascua y de los tabernáculos hacía que los hijos de Israel tuvieran presentes el modo maravilloso en que fueron liberados de Egipto por Yahvé, y fueron por Él sostenidos en el desierto.

*El año sabático (Lev. 25).* Este era el año de meditación y devoción, se trataba de un sábado que duraba todo el año. Esto se cumplía cada siete años, durante el cual no se trabajaba la tierra. Dios quería que comprendieran que para Él la tierra misma era santa y en todas partes debía reinar un espíritu de quietud y reposo, se debía meditar y leer la Ley.

*El año del jubileo (Lev. 25: 8-24).* Se celebraba cada cincuenta años. Comenzaba en el día de la expiación con sonido de trompetas y como en el año sabático no se cultivaba la tierra. Todos los esclavos de sangre hebrea eran liberados y eran devueltos al dueño original, todas las tierras que, por cualquier razón, se hubieren cedido. Es decir le eran devueltos a la familia a las que había sido asignada en la distribución original.

Para el libro de Levítico el número siete presenta una enorme relevancia. Cada séptimo día se celebraba el sábado, cada siete años el Año sabático. Cada siete años sabáticos se celebraba el Jubileo. Pentecostés se celebraba siete semanas después de la Pascua. Pentecostés duraba siete días. La Pascua duraba siete días. En el séptimo mes se celebraban las fiestas de las Trompetas, de los Tabernáculos y de la Expiación.

## Capítulo 5

### LA LEY

Los libros "Levítico", "Números" y "Deuteronomio"

#### LEVÍTICO

En el reparto de Canaán, los levitas (es decir, los miembros de la tribu de Leví) recibieron, en lugar de territorio, cuarenta y ocho «ciudades donde habitar» (Nm 35.2–8; cf. Jos 21.1–42; 1 Cr 6.54–81), repartidas entre las tierras asignadas al resto de las tribus. Ellos, en cambio, habían sido separados por Dios para servirlo, para que cuidaran de las cosas sagradas y celebraran los

oficios religiosos. Esta es la función específica asignada a los levitas, sobre todo después que el culto, y cuanto con él se relacionaba, quedó centralizado en el templo de Jerusalén.

Contenido del libro.

En su mayor parte, el *Levítico* está formado por un conjunto de prescripciones extremadamente minuciosas, tendientes a hacer del ceremonial cultico, como expresión de la fe en Dios, el eje a cuyo alrededor debía girar la totalidad de la vida del pueblo. Este libro ritualista encierra un mensaje de alto valor religioso, en el que la santidad aparece como el principio teológico predominante. Jehová, el Dios de Israel, el Dios santo, requiere del pueblo, escogido como suyo, que igualmente sea santo: «Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios» (19.2). En consecuencia, todas las normas y prescripciones del *Levítico* están ordenadas al fin último de establecer sobre la tierra una nación diferente de las demás, apartadas para su Dios, consagradas enteramente al servicio de su Señor.

Por eso, todas las fórmulas legales y todos los elementos simbólicos del culto —vestiduras, ornamentos, ofrendas y sacrificios— tienen una doble vertiente: por un lado, alabar y rendir el debido homenaje al Dios eterno, creador y señor de todas las cosas; por otro, hacer que Israel entienda el significado de la santidad y disponga de instrumentos jurídicos, morales y religiosos para ser el pueblo santo que Dios quiere que sea.

## ESTRUCTURA

El hecho de que Lev. sea un documento cuidadosamente ordenado puede notarse instantáneamente en el bosquejo del contenido que se da más adelante. Se nota que hay un definido sentido de progreso lógico. El final del libro de Ex. ha descrito la construcción del tabernáculo y todo lo que era necesario para que se llevaran a cabo los sacrificios de adoración de Israel. De modo que Lev. se inicia prácticamente como un manual de sacrificios, explicando primeramente en términos laicos qué parte debían jugar todos los involucrados en el procedimiento, qué tipo de animales eran apropiados para ciertos propósitos y qué debía hacerse con ellos, etc. Después presenta algunas normas adicionales para beneficio de los sacerdotes.

A esa sección le sigue la narración de la ordenación de los sacerdotes, quienes llevarían a cabo esos sacrificios. Pero los sacerdotes tenían otras tareas, principalmente la responsabilidad de enseñar a los israelitas ordinarios la distinción entre lo santo y lo común, y entre lo limpio e inmundo. Así que la sección que sigue trata de ello. Para los israelitas, la vida bajo el pacto involucraba mucho más que la adoración apropiada y la pureza ritual, por lo que el resto del libro continúa estableciendo un sinnúmero de responsabilidades personales, familiares, sociales y económicas, todas diseñadas para capacitar a Israel a mantener esa distinción nacional (santidad) para la cual Dios los había creado. Al final del libro, uno de los asuntos principales tiene que ver con las finanzas en relación con la tierra y las propiedades, dando así un vistazo al futuro mientras el lector llega a Núm. y Deut., y sigue el progreso de Israel hacia la tierra prometida. De esta manera, el libro muestra un balance literario que es propio, y al mismo tiempo encaja apropiadamente en su lugar en el gran tema del Pentateuco como un todo.

La palabra PENTATEUCO la vamos a escuchar continuamente cuando se haga referencia a la historia del pueblo de Israel, especialmente al Israel de los últimos tiempos, antes de la venida de Cristo. Concretamente, se dirá que el eje central de la cultura y de la vida de este pueblo lo constituye la “Ley y los profetas”; es decir, que todas las normas para garantizar la convivencia social, o sea, de cómo tenía que comportarse el hombre de manera personal, o en sociedad, que conviniera al mantenimiento de un orden pacífico y que permitiera el mejoramiento de la vida, estaban contenidas en esas famosas leyes. Al hablar de esas leyes, rápidamente nos remontamos a la Ley de Moisés que, de acuerdo a los estudiosos, está contenida en los primeros cinco grandes libros (cinco rollos) de la Sagrada Escritura, de ahí el nombre de Pentateuco (Penta = cinco); estos son: el Génesis, el Éxodo, el Levítico, Números y el Deuteronomio.

El pueblo judío denominó a estos cinco libros, o las cinco partes de la “Ley” o “Torah” como podemos encontrar en el prólogo del Eclesiástico *«Muchas e importantes lecciones se nos han transmitido por la Ley, los Profetas y los otros que les han seguido, por las cuales se debe encomiar a Israel por su*

*instrucción y sabiduría».*

Como exponíamos anteriormente, en el antiguo Pueblo de Israel, como en el resto de los pueblos primitivos, el orden socio-cultural estaba íntimamente relacionado con la religión, hasta llegar incluso a considerar que Dios había fijado su orden social, a través de sus leyes, y por tanto, éste debía mantenerse siempre de esa misma forma. Aunque en el pueblo israelita hubo un gran progreso en las leyes civiles y religiosas, en la época de Cristo lo que prevalecía era el conservadurismo que fue denunciado y combatido por Él. En el libro de Levítico, en el de los Números y en el Deuteronomio, están la mayoría de las leyes que aparecen en la Biblia. Si bien estas leyes y estas prácticas tan antiguas, y en ocasiones también anticuadas, pudieron haber sido incluso elaboradas por los sacerdotes que estaban a cargo de la conducta religiosa del pueblo, pueden inspirar en los hombres de hoy, en los cristianos que las leen con verdadera Fe, lo que Dios nos pide, lo que Dios espera de nosotros. Aún, cuando el mismo Pablo afirmó que tales leyes eran propias del Pueblo y la Cultura Judías y no debían imponerse a los hombres de otras razas cuando éstos se convirtieran a Jesucristo.

Por herencia el sacerdocio pertenecía a la familia de Aarón. Los levitas representaban el tercer grado en la jerarquía eclesiástica compuesta también del sumo sacerdote y los sacerdotes. Ocuparon el lugar de los primogénitos de las otras tribus que por derecho pertenecían a Dios (cf. la muerte de los primogénitos egipcios en la lucha con Faraón antes del éxodo). Como oficiales encargados del culto, los levitas cuidaban del santuario y ayudaban a los sacerdotes (Nm 1, 50; 3: 6, 8; 18, 2; 1 Cro 23, 28; Esd 3: 8, 9). En el cuadro del campamento ideal de Israel los levitas levantaban sus tiendas alrededor del tabernáculo, eran los guardianes y lo conducían de lugar en lugar; cada una de las tres familias cargaba una parte (Nm 1, 50; 2: 1 – 3: 39).

Más tarde, al construirse el templo, se encargaban de cuidarlo y velar por las actividades que se llevaban a cabo en él. Ayudaban a los sacerdotes a preparar los sacrificios y a recaudar y distribuir las contribuciones del pueblo (2 Cro 30: 16, 17; 35 1ss). Se hicieron cargo del canto y los instrumentos de música (2 Cro 30, 22; Ne 8, 7). Servían en el santuario desde los 25 ó 30 años de edad

hasta los 50 (Nm 4: 3; 8: 24, 25), aunque parece que David estableció la edad de 20 años como requisito para ingresar al servicio (1 Cro 23, 24–27). Después de cumplir los 50 años el levita podía servir en la guardia, pero no para ministrar dentro del santuario (Nm 8, 25). Los levitas moraban en cuarenta y ocho ciudades, esparcidos entre las otras tribus (Lv 25, 32ss; Nm 35, 1–8; Jos 21, 1–4). De estas ciudades, trece pertenecían a los sacerdotes y seis estaban designadas como ciudades de refugio (Nm 35, 1–8; Jos 20 y 21). Se mantenían por las ofrendas del templo y los diezmos del grano, fruto y ganado (Nm 18, 18–24). Ellos a su vez entregaban a los sacerdotes la décima parte de sus diezmos (Ne 10: 37, 38), pues como no eran dueños de ninguna tierra estos diezmos se consideraban las primicias que debían ofrecer al Señor. Como los sacerdotes, los levitas ministraban en el santuario por turnos según su orden (1 Cro 24, 31; 28: 13, 21; 2 Cro 8, 14; Ne 13, 30). Los ritos dedicatorios de purificación propiciaban su santidad simbólica (Nm 8, 5–13). En el Nuevo Testamento hay referencias a los levitas en Lc 10, 32; Jn 1, 19 y Hch 4, 36 (Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia, W. M. Nelson, BECA, 1998).

## PATERNIDAD LITERARIA Y FECHA

El libro está colocado como una parte del registro de la revelación de Dios a Moisés mientras Israel estuvo acampado en el monte Sinaí, poco después de su salida de Egipto. No se establece específicamente que Moisés mismo haya escrito el libro (cf. la manera en que algunas partes del Pentateuco se atribuyen a él, p. ej. Exo. 24:4, 7; Núm. 33:2). Sin embargo, quienes prefieren mantener la fecha tradicional para el libro opinan que si realmente no fue Moisés quien lo escribió, el libro debe haber sido editado por alguien muy cerca a él. Lev. verdaderamente muestra señales de una organización cuidadosa e inteligente.

Para la mayoría de los estudiantes de la Biblia, Levítico es un libro difícil de leer. Es una página tras otra de instrucciones detalladas en cuanto a rituales extraños que parecían carecer de organización. Pero si se analiza con cuidado, el libro puede dividirse en dos partes importantes. La primera parte, que se extiende desde el capítulo 1 al 17, contiene instrucciones sobre el ritual de los sacrificios, incluso el sacrificio de animales u ofrenda encendida, que son

ingredientes clave en la adoración del Antiguo Testamento. La segunda parte enfoca lo referente a la consagración de los sacerdotes, y presenta las leyes para caminar con Dios correcta y santamente.

## TEOLOGIA Y PERTINENCIA

Aporte a la Teología. De acuerdo con el Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia, Levítico es importante por sus claras enseñanzas en cuanto a tres verdades espirituales fundamentales: Expiación, Sacrificio y Santidad.

*Expiación.* El capítulo 16 de Levítico contiene las instrucciones de Dios para la observación del Día de Expiación. En ese día el sumo sacerdote de Israel entraba al “Lugar Santísimo” y ofrecía un sacrificio animal en expiación por sus propios pecados. Después mataba otro animal y rociaba la sangre sobre el altar para expiar el pecado del pueblo. El Nuevo Testamento compararía después estos sacrificios al sacrificio de Cristo al morir en nuestro lugar. Pero a diferencia de los sacerdotes humanos, Cristo no tuvo que ofrecer primero un sacrificio por sus propios pecados y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo cuando se presentó a sí mismo como sacrificio (Hb 7, 27).

*Sacrificio.* Levítico enseñó a Israel a preparar diferentes tipos de sacrificios: ofrenda encendida, ofrendas de grano, ofrendas de paz, ofrendas por el pecado y ofrendas por culpa y trasgresión. Eran presentes por medio de los cuales un adorador expresaba su lealtad y devoción a Dios. Pero un sacrificio cruento en el que se presentaba a Dios la sangre de un animal era más que un regalo. Simbolizaba que el adorador ofrecía su vida a Dios, pues los hebreos creían que «la vida de la carne en la sangre está» (Lv 17, 11). Esto también adquiere mayor significado en el Nuevo Testamento cuando se aplica a Cristo. Él dio su vida a nuestro favor cuando derramó su sangre para quitar nuestro pecado.

*Santidad.* El significado esencial de esta palabra en Levítico es que Dios demanda absoluta obediencia de su pueblo. La palabra en esencia quiere decir «separación». El pueblo de Dios tenía que separarse y ser diferente de los pueblos paganos que los rodeaban, y de ahí la razón por la que Dios instruyó a su pueblo que no comiera ciertos alimentos que no consideraba limpios. Solo un pueblo limpio e incontaminado podría Él usar para cumplir su propósito de

redención del mundo. Levítico deja también bien claro que la santidad que Dios demandaba incluía la conducta diaria de su pueblo. De estos se esperaba que practicaran la bondad, la honradez y la justicia, y que se mostrara compasión hacia el pobre (Lv 19, 9–18).

La vigencia actual de lo que aparece en el libro de Levítico es que esas leyes de Dios, que estaban tan relacionadas con el servicio de los sacerdotes del Pueblo de Israel, enfatizan, para provecho de los creyentes de todos los tiempos, la gravedad del pecado y la importancia de ser santos ¡porque el mismo Dios es santo!.

En resumen, Dios le hizo una promesa a Abraham, la cual incluía tres puntos particulares y una meta universal (Gén. 12:1–3, 15). Dios le prometió a Abraham hacer de él una nación, bendecirlo en base a la relación del pacto y darle una tierra dónde vivir. El propósito final era bendecir a todas las naciones. Lev. toca todo esto, pero particularmente se centra sobre la segunda de estas tres promesas específicas. La primera parte ya estaba en el proceso de cumplirse: Israel ya había llegado a ser una gran nación (Exo. 1:7).

La tercera, la posesión de tierra, aún estaba por delante, y es el centro de atención en Núm. y Deut. El asunto central en Lev. es cómo mantener esa relación entre Dios e Israel, la cual había sido establecida con el éxodo y la elaboración de un pacto (Exo. 24). La respuesta es que Dios mismo provee los medios, por su gracia. La relación que se había establecido por la gracia redentora de Dios (en el éxodo) sólo podía mantenerse por la gracia perdonadora de Dios (tal como Israel lo había comprobado desde el incidente del becerro de oro, Exo. 32–34). El sistema de sacrificios no era un medio para COMPRAR favores, sino de recibir gracia. Y la obediencia práctica a la ley en los capítulos posteriores no era un asunto de ALCANZAR santidad, sino de vivir de acuerdo con las características que Dios ya había conferido a la nación. Sólo por medio de una respuesta apropiada a la gracia de Dios es que Israel podría continuar gozando su bendición mayor; es decir, la presencia de Dios en su medio, simbólicamente localizada en el tabernáculo pero experimentada en cada área de la vida diaria. Cualquier cosa que amenazara esa presencia de Dios o contaminara su lugar de habitación tenía que tratarse

rigurosamente.

#### NÚMEROS

Las Biblias en castellano, siguiendo las versiones latinas y griegas, dan el nombre de Números a este libro. Este título era conocido desde el siglo II dJC, y quizá mucho antes. Es obvio que este título responde a la presencia en el texto de dos censos del pueblo de Israel (cap. 1 y 26), al reparto del botín de guerra tras la victoria de los israelitas sobre los madianitas (31) y a ciertas precisiones de orden cuantitativo relacionadas con los sacrificios y las ofrendas (7; 15; 28–29).

*Preparación para salir hacia Canaán y heredar la tierra (caps. 1–10).* En esta sección Moisés prepara a Israel. Las tribus son contadas, organizadas y purificadas, se establece el sacerdocio, se consagra el tabernáculo y se celebra la Pascua. Cada detalle de esta preparación es ordenado por la palabra de Dios. Dos son las cosas que se pretenden: Hacer que Israel sea digno de la presencia de Dios y prepararlos para que posean la tierra prometida como su herencia, según lo que Dios había prometido en su pacto con Abraham. Al final de esta preparación completa, el pueblo se dirigió hacia Canaán, guiados por la presencia de Dios en la nube y el fuego que estaban sobre el arca del pacto.

*En camino hacia Canaán (caps. 11–25).* Lo que hubiera sido un peregrinaje gozoso se convirtió en un sendero de descontento. Mientras que la gente viajaba comenzó a quejarse. Cuando vieron a las poderosas naciones que habitaban Canaán rehusaron entrar. En incredulidad, rechazaron las promesas de Dios. Consecuentemente, tuvieron que permanecer en el desierto y morir ahí. Cerca del fin de los 40 años, otra vez se encaminaron hacia Canaán.

*Nuevos preparativos para heredar la tierra (caps. 26–36).* Después de 40 años, el pueblo llegó hasta los campos de Moab. El enfoque de esta sección está sobre la herencia. La nueva generación es contada y se le ordena cómo repartir la tierra, y qué ofrendas presentar ahí. De esta manera se preparaban para heredar la tierra prometida. Los preparativos finales incluyeron el

mandato de que la tierra asignada a cada tribu nunca debía ser traspasada; de esta manera se garantizaba la herencia. A pesar de la incredulidad de Israel, Dios fue fiel al propósito de su pacto.

Composición.

Visto en conjunto y atendiendo especialmente a razones geográficas y cronológicas, *Números* no adolece de falta de unidad en su composición. Porque el relato, manteniéndose en la misma línea histórica del *Éxodo*, informa de los movimientos de Israel posteriores a su permanencia en el Sinaí y hasta la llegada al Jordán: los preparativos para reanudar el camino (cap. 1–8), la celebración de la Pascua (cap. 9), la marcha del Sinaí a Moab (cap. 10.11–21.35), la permanencia en Moab (cap. 22–32) y las instrucciones que Moisés da al pueblo junto al Jordán (cap. 33–36). Ahora bien, a pesar de esta cierta unidad global del libro, es preciso reconocer que su estructura literaria consiste más bien en una cadena de secuencias yuxtapuestas, independientes entre sí, que alternan contenidos narrativos de fácil lectura con otros muy densos, de carácter jurídico, legal, censal o cúlrico. Diríase que el libro de *Números* no fue escrito a partir de un plan inicial unívoco, sino que su formación fue paulatina.

## TIPO DE LITERATURA

Es muy importante conocer qué tipo de literatura es Núm. Por supuesto, este es un principio de interpretación: Se debe identificar el tipo de literatura de los libros bíblicos y su contenido. Los libros de la Biblia no son todos iguales. En el libro de Núm. encontramos cuatro tipos principales de escritura: Narración, ley, registros administrativos y discursos. Si extrajéramos las secciones narrativas, tendríamos una historia continuada de los eventos que se sucedieron. Por ejemplo, pudiéramos dejar afuera los detalles de los censos y las leyes acerca de las ofrendas y las fiestas y quedaríamos con un relato de lo que sucedió con Israel en Sinaí, en el desierto y en las planicies de Moab. Este es el marco de referencia del libro. Los principales asuntos de las leyes son el sacerdocio (4:4–33; 8:6–26; 18:1–19:22), la purificación (5:5–6:21), las ofrendas y las fiestas (9:11b–14; 10:1–10; 15:1–41; 28:1–30:16) y mandamientos relacionados con la herencia de la tierra de Canaán (27:8–11;

31:21–24; 34:1–35:34; 36:7–10). Los registros administrativos incluyen listas de líderes (1:5–16; 13:4–16; 34:19–29), genealogías y censos (1:20–46; 3:1–4, 17–29; 4:34–49; 26:4–51, 57–62), registros de los lugares donde acamparon (2:3–33; 33:1–49), listas de las ofrendas de las tribus y tributos (7:12–88; 31:32–40, 42–47), correspondencia diplomática (20:14–20; 22:5, 6, 16, 17), y los registros de los límites de la tierra (34:3–12). Los discursos que son citados incluyen oración (10:35, 36), bendiciones (6:24–27), oráculos (23:7–10, 18–24; 24:3–9, 15–24), votos (21:2), juramentos (5:19–22; 14:20–25, 28–35), poemas, cantos y dichos antiguos (21:14, 15, 17, 18, 27–30). A menudo estos discursos hacen resaltar lo significativo de los eventos registrados en la narración y, por lo tanto, pueden ser cruciales para su trasfondo.

Las leyes, los registros administrativos y los discursos todos caen perfectamente dentro de la narración, la cual provee un marco de referencia. Los registros administrativos forman una parte natural de la narración. Por ejemplo, los mensajes enviados entre Edom e Israel (20:14–20) ayudan a relatar la historia de cómo Edom se negó a permitir que Israel pasara por su territorio camino a Canaán. De hecho, los registros administrativos ayudan a crear el carácter especial de las narraciones de Núm.

Generalmente hablando, Núm. es bastante cronológico. Sin embargo, en algunos lugares no se sigue el orden histórico. Núm. no es el único libro en la Biblia donde el orden cronológico se ha hecho a un lado para dar paso a otro arreglo. Este parece ser el caso en algunos de los Evangelios, por ejemplo. En tales casos, existe una razón del porqué no se ha seguido el orden histórico. Si podemos descubrir esa razón, arrojará luz sobre el propósito del autor.

En los caps. 1–10 el autor parece seguir el plan del campamento. El campamento estaba organizado en dos círculos: En el círculo externo se encontraban las tribus, y en el círculo interno estaban los sacerdotes con el tabernáculo en el centro. Este plan mostraba a Israel que Dios debía ser el centro de sus pensamientos y vida. Israel necesitaba sobre todo que Dios morara entre ellos (Exo. 33:3–16). Debían desear su presencia más que cualquier otra cosa (Sal. 42:1–3).

## TEOLOGIA Y DOCTRINAS PRINCIPALES

El libro de Núm. contiene una doctrina fundamental: El pacto con Abraham, el cual unifica todo el libro. Hay otras doctrinas importantes, particularmente, la palabra de Dios, la fe, la apostasía y la santidad del sacerdocio. Estas se mantienen unidas por el pacto con Abraham, el cual provee el principio organizador.

*El pacto con Abraham.* Las promesas de Dios a Abraham estaban enmarcadas en un pacto y confirmadas con un juramento (Gén. 12:1–3, 7; 13:14–17; 15:1–16; 17:1–21; 22:15–18). Fue tal la fuerza de este juramento que es imposible que Dios abandone las promesas de su pacto (Heb. 6:13–18). Este pacto juramentado es más permanente que los cielos y la tierra (Neh. 9:6, 7; Isa. 40:8; Jer. 31:36, 37; 33:25, 26; Mat. 24:35; 1 Ped. 1:23–25). El mismo pacto fue renovado con Isaac y con Jacob (Gén. 26:3–5; 28:13–15). Al repetirse el pacto, emerge una fórmula que contiene cuatro promesas principales.

1. La relación con Dios. “Yo establezco mi pacto como pacto perpetuo entre yo y tú, y tu descendencia después de ti por sus generaciones, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti” (Gén. 17:7; cf. Gén. 15:1; 26:3; 28:13, 15). Dios atrajo a Abraham y a sus descendientes a una relación con él por medio de un pacto perpetuo (Luc. 20:37, 38; Rom. 8:35–39). Esa relación recibe varios nombres en las Escrituras: Compañerismo, hijos, ser el pueblo de Dios y vida eterna (1 Jn. 1:3, 6–10; Rom. 9:4–6; 1 Ped. 2:9, 10). Dios es nuestro Padre celestial. La relación es la meta fundamental de toda la historia redentora; es el interés fundamental en toda la Biblia.

2. La tierra. “Levántate, anda a lo largo y a lo ancho de la tierra, porque a ti te la daré” (Gén. 13:17). A veces se demarcan los límites de Canaán (Gén. 15:18–21), pero en otras ocasiones la tierra prometida sólo se describe de manera general como “la tierra que te mostraré” (Gén. 12:1) o “las ciudades de sus enemigos” (Gén. 22:17). No hay duda de que Canaán es lo que específicamente estaba en mente. Jacob y José dejaron instrucciones de que se les enterrara allí (Gén. 50:5, 12–14, 24, 25). El NT indica que la promesa era más amplia: “Porque la promesa a Abraham y a su descendencia, de que sería

heredero del mundo... ” (Rom. 4:13). Gén. apoya esto. En la creación, Dios le dio a la humanidad el dominio sobre la tierra. Los profetas y los apóstoles hablaron de una nueva tierra y una nueva Jerusalén descendiendo a esa nueva tierra. De esta manera, Abraham “esperaba la ciudad que tiene cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb. 11:10), y los santos del AT “anhelaban una patria mejor” (Heb. 11:16; cf. Juan 14:1–4; Heb. 4:1–6).

3. El pueblo. Los descendientes de Abraham vendrían a ser una inmensa multitud. “Yo haré que tu descendencia sea como el polvo de la tierra” (Gén. 13:16), “Yo haré de ti una gran nación” (Gén. 12:2), “...en gran manera multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la orilla del mar” (Gén. 22:17). Esta inmensa multitud incluye a los redimidos de toda la humanidad (Gén. 17:4). Juan vio que esto se cumpliría al final de todos los tiempos, exactamente como se le prometió a Abraham: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud de todas las naciones y razas y pueblos y lenguas, y nadie podía contar su número. Están de pie delante del trono y en la presencia del Cordero...” (Apoc. 7:9). Repetimos, el pacto tiene un alcance universal en relación con todas las naciones, aunque no así en cuanto a todo individuo.

4. Las naciones bendecidas en la simiente de Abraham. El término hebreo para “simiente” (“descendencia”, Gén. 22:18) puede referirse tanto a todos los descendientes como a un solo hijo. Todas las naciones compartirán las bendiciones prometidas a Abraham; su descendencia logrará esto. Aquí se encuentra la promesa de Cristo Jesús, la simiente de Abraham y luz del mundo (Juan 1:9; 9:5; Gál. 3:16). Su vida y obra en la tierra fueron el medio para atraer a los hombres a Dios (Juan 3:14–16; 12:32). Pero más que eso, todos los hijos de Abraham, que son los hermanos de Cristo, deben compartir su obra; ellos vienen a ser el medio para bendecir a otros de diversas naciones. Esto es lo que Cristo quiso decir cuando expresó: “Vosotros sois la sal de la tierra” y “vosotros sois la luz del mundo” (Mat. 5:13–16).

*Sacerdocio.* “Número” contiene instrucciones relacionadas con el sacerdocio. El principal interés parece ser la jerarquía. Aarón era el sumo sacerdote, sus hijos eran sacerdotes juntamente con él, y los levitas servían bajo la

supervisión de ellos (3:1–10). La jerarquía determinaba el servicio (4:1–33), teniendo los sacerdotes las responsabilidades más santas (sólo ellos podían entrar al lugar santísimo, pero aun así, no todo sacerdote, ni en cualquier tiempo). Esta jerarquía también determinaba el sistema de diezmos (18:8–32). Israel pagaba los diezmos a los levitas quienes a su vez pagaban los propios. La familia de Aarón recibía una porción de los diezmos de los levitas. La doctrina del sacerdocio es un medio para enseñar la santidad de Dios y su misericordia. Por un lado, la santidad de Dios se magnifica con la distancia establecida entre él e inclusive la mayoría de los sacerdotes. Se enfatiza por la necesidad de mediación. Por otro lado, la provisión de mediadores que hizo Dios es una muestra de su misericordia. El provee los medios para tratar con los pecados. De esta manera, Israel podía continuar siendo su pueblo.

Cuando sus oponentes desafiaron el sumo sacerdocio de Aarón (y el liderazgo de Moisés), Dios defendió a sus siervos (caps. 16–17). La razón es obvia. Su oposición desafiaba la autoridad misma de Dios quien era el que había apartado a sus siervos.

## USO EN EL NUEVO TESTAMENTO

La influencia de Núm. sobre el NT es extensa y profunda.

1. Provee principios que influyen en el orden y ministerio de la iglesia. El ordenamiento del campamento (2:1–34) muestra que Dios requiere orden, no desorden, en las iglesias (1 Cor. 14:33). La jerarquía de los sacerdotes y los levitas (3:1–4:49; 17:1–13) muestra que los ministros no deben funcionar sin autoridad, pero tampoco deben pensar demasiado alto de sí mismos sino estar sujetos uno al otro (Rom. 12:3–8; ver 27:12–23; cf. 1 Cor. 14:32). El hecho de que no había herencia para los levitas (26:57–62) muestra que los siervos de Dios no deben tener intereses terrenales sino dedicarse al servicio a Dios (2 Tim. 2:4). El diezmo (18:8–32) es lo que está detrás de la enseñanza que los ministros del evangelio tienen el derecho de sostén económico (1 Cor. 9:3–14; Gál. 6:6; 1 Tim. 5:17, 18). Los 70 ancianos (11:16–30) proveen un modelo para los concilios de la iglesia (Hech. 15), la asociación de las iglesias locales, unidad en la práctica y ayuda mutua (Col. 4:15, 16; 1 Cor. 11:16; 2 Cor. 8–9). La rebelión de Coré (16:16–35) también se yergue como una advertencia (Stg.

5:9; Jud. 11). Las ofrendas diarias (28:1–8) son un modelo para la oración continua (1 Tes. 5:17).

2. Se traza un paralelo entre el viaje a Canaán y el peregrinaje cristiano (esta es la base de 1 Cor. 10:1–13; 2 Cor. 5:1–10; Heb. 3:1–4:13). Por ejemplo, la común experiencia de Cristo y la promesa (1 Cor. 10:3, 4; Heb. 4:2), las quejas por el pan del cielo (11:4–15; *cf.* Juan 6:1–65, especialmente el v. 41), el rehusar creer el mensaje haciendo a Dios mentiroso (14:11; *cf.* 1 Jn. 5:10), el pecado deliberado que no puede perdonarse (15:22–31; *cf.* Mat. 12:22–32), la imposibilidad de arrepentimiento (14:39–45; *cf.* Heb. 6:4–20; 12:17) y el pecado por el cual no debemos orar (1 Jn. 5:16). En esencia, el NT toma la generación que cayó en el desierto como una seria advertencia en contra de la apostasía.

3. El sumo sacerdocio de Cristo se compara y se contrasta con el sumo sacerdocio de Aarón (Heb. 4:14–5:10; 6:13–8:13). Es difícil interpretar el libro de Heb. aparte de su trasfondo en Núm. De igual manera, el sacrificio de Cristo se presenta teniendo como trasfondo los sacrificios del tabernáculo (Heb. 9:1–10:18); por ejemplo, la referencia a las cenizas de la vaquilla (19:1–22; *cf.* Heb. 9:13, 14).

4. El NT extrae varias imágenes de Núm.: La serpiente alzada (21:4–9; *cf.* Juan 3:14), el llamado de la trompeta (10:1–10; *cf.* Mat. 24:31; 1 Cor. 14:8; 15:52; 1 Tes. 4:16; Heb. 12:19), la nube y el tabernáculo (9:15–23; *cf.* Juan 1:14) y el sacrificio de los corderos (28:1–8; *cf.* Juan 1:29).

5. Las tres fiestas principales (28:16–29:38) proveen el trasfondo para los tres eventos principales de la salvación. La Pascua, la fiesta de las semanas y de los Tabernáculos corresponden a la resurrección, Pentecostés y la segunda venida de Cristo. Así, la fiesta de los Tabernáculos simboliza la cosecha al final de los tiempos. El Evangelio de Juan también está orientado alrededor de las fiestas.

6. Otros elementos de la enseñanza del NT están influenciados por Núm. El día de la Expiación (29:7–11), celebrada unos cuantos días antes de la fiesta de

los Tabernáculos, enfatiza la necesidad de arrepentimiento, sin el cual la persona será excluida. De igual manera, el arrepentimiento es necesario antes de que Cristo venga: “si no os arrepentís, todos pereceréis de la misma manera” (Luc. 13:5; cf. Mar. 1:1–8). Balaam (caps. 22–24) se presenta como una advertencia para no ambicionar ganancias derivadas de la maldad (2 Ped. 2:15, 16; Jud. 11; Apoc. 2:14). La purificación del campamento ilustra la pureza requerida en las iglesias. La bendición de Aarón influye en los saludos en todas las cartas de Pablo y también al final del libro de Apocalipsis.

## DEUTERONOMIO

El título del libro viene de *deuteronomion* (que quiere decir «segunda ley» o «repetición de la ley»). Sin embargo, el texto hebreo no dice «repetición», sino copia, como se traduce en Reina-Valera (revisión de 1960). El significado griego, propiamente, “segunda ley”, aplicado al presente libro, no cabe entenderlo en el sentido de una ley diferente de la “primera” (la mosaica), sino de una repetición de ella. Esta es la mejor manera de pensar sobre este libro. No es tanto una “segunda ley”, más bien es como una predicación o reaplicación de ciertas leyes dadas en los libros precedentes del Pentateuco.

## FECHA Y PATERNIDAD LITERARIA

Debido a que las palabras de Moisés conforman la mayor parte del libro, tradicionalmente se le ha considerado a él como el autor. Sin embargo, es obvio que alguien más debe haber sido responsable por la última parte del libro, ya que Moisés se menciona como “él” (en lugar de “yo”) en varios lugares (p. ej., 1:1), incluyendo el relato de su muerte (Dt. 34). Es mejor ver este libro como un fiel registro de sus palabras, puestas por escrito en algún tiempo después de su muerte. Entonces, ¿cuándo fue escrito? Varios eruditos creen que fue escrito tanto como seis siglos después de Moisés, en el siglo VII aJC. Este punto de vista se basa sobre el relato del descubrimiento (en el año 621 aJC) del llamado “libro de la ley” en el templo en Jerusalén durante el reinado del rey Josías, cuando estaba llevando a cabo una reforma religiosa después de muchos años de adoración idólatra (2 Rey. 22:8). (Ver 28:61 para el nombre “en el libro de esta ley” según se aplica a Deuteronomio; cf. 31:24

## TEOLOGIA

Deuteronomio describe con detalle ambos lados del pacto, los mismos que se observan en los otros “libros de Moisés”; es decir, la promesa de Dios y la necesidad de que Israel sea obediente a sus mandatos. Por un lado, Deuteronomio frecuentemente hace referencia a la promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob (los “padres”; p. ej. 1:8); y por el otro lado, claramente repite los Diez Mandamientos (5:6–21) como una especie de introducción a las otras leyes que expone a continuación. En la revelación del pacto de Dios se captan con claridad las ideas básicas del libro en cuanto a Dios.

Primera, Dios es “uno” (6:4). Israel no debe adorar otros dioses, o adorar al Señor juntamente con otros dioses (5:7).

Segunda, se puede conocer a Dios. Él se comunicó con su pueblo cuando se reveló a ellos en el monte Sinaí (siempre identificado como Horeb en Deuteronomio), y les habló en palabras, a fin de que pudieran entenderle.

Tercera, Dios es espíritu. No puede hacerse ninguna imagen de él, porque no puede ser reducido a una parte material de su misma creación, y/o controlado por el adorador (5:8–10).

Cuarta, él controla tanto la historia como la naturaleza. El libro muestra que el Señor no sólo los había sacado de Egipto sino que él también controlaba la fertilidad y las estaciones del año (7:13) y, por supuesto, que ambas cosas son inseparables (16:9–12).

Quinta, hay la posibilidad de una vida ordenada y feliz delante de Dios. El texto insiste en que hay un balance entre “justicia” (lealtad a las normas de la relación con Dios) y lo “bueno” (nos fuera bien, en la RVA), o prosperidad (6:24, 25). Esto se elabora más claramente en las “maldiciones y bendiciones” del cap. 28.

*Este quinto libro es firmemente sobre la gracia de Dios.* El libro acentúa el hecho que Israel debe toda su existencia a Dios, porque él los sacó de Egipto, y los llevaría a una tierra donde serían ricamente bendecidos (p. ej. 8:7–10).

Incluso sus mandamientos son parte de su gracia, porque al observarlos Israel experimentaría la verdadera libertad. Las leyes están diseñadas para que cada uno de los israelitas pudiera gozar completamente las dádivas de la tierra, y proteger a cada uno de posibles explotaciones a manos de otros. Los israelitas son “hermanos y hermanas” en la comunidad que Dios está formando. Todos, desde el rey (si decidían tener uno; 17:14–20) hasta el “esclavo” (15:12), son “hermanos” en Israel. Esto marcaba una profunda diferencia en relación con la idea que otros tenían de lo que era una sociedad en aquel entonces; sociedades en las cuales la mayoría de la gente no eran mejores que siervos. Por lo tanto, contiene una visión de una sociedad en armonía, en la cual el conocimiento que la gente tiene de Dios los capacita para vivir juntos de la mejor manera posible.

La situación histórica.

La llegada de los israelitas a tierras de Moab es el hecho que prácticamente señaló el final del recorrido iniciado en Egipto cuarenta años atrás (1.3). Las llanuras de Moab, al este del Jordán, fueron la última etapa de aquel larguísimo recorrido, en el curso del cual fueron cayendo, uno tras otro, los miembros del pueblo que habían vivido los tiempos de esclavitud y que luego, colectivamente, habían protagonizado el drama de la liberación (1.34–39; cf. Nm 14.21–38). Ese fue el castigo de la pertinaz rebeldía de Israel: que, «exceptuando a Caleb hijo de Jefone y a Josué hijo de Nun», ninguno de quienes pertenecían a la generación del éxodo entraría en Canaán. Ni siquiera el propio Moisés, el fiel guía, legislador y profeta (1.34–40; 34.1–5; cf. Nm 14.21–38).

En Moab, frente a Jericó, comprendiendo que ya estaba muy cerca el término de su vida, «resolvió Moisés proclamar esta ley» al pueblo (1.5). Lo reunió, pues, por última vez, para entregarle lo que podría llamarse su “testamento espiritual”. Ante «todo Israel» (1.1), Moisés evocó los años vividos en común, instruyó a los israelitas acerca de la conducta que habían de observar para ser realmente el pueblo de Dios y les recordó que su permanencia en la Tierra prometida dependía de la fidelidad con que observaran los mandamientos y preceptos divinos (8.11–20).

El *Deuteronomio* (=Dt), al igual que otros textos de carácter normativo recogidos en el Pentateuco, pone de manifiesto lo que Dios requiere de su pueblo escogido. Y lo hace disponiendo concretamente el mandamiento que Jesús calificó de “principal”: «Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón, de toda tu alma y con todas tus fuerzas» (6.5; cf. Mc 12.30). Estas palabras son la médula espinal de todo el discurso mosaico, que ahora asume un carácter más personal que cuando el pueblo lo escuchaba en el Sinaí (llamado «Horeb» en Dt, salvo en 33.2), porque allí Moisés se limitó a transmitir lo que recibía de Dios, mientras que en Moab se expresa en primera persona, para, en su calidad de profeta (18.15–18), revelar al pueblo la voluntad del Señor (4.40; 5.1–5, 22–27; 28.1). El Deuteronomio pone de relieve esta imagen de Moisés mediante frases introductorias como: «Estas son las palabras que habló Moisés a todo Israel» (1.1; cf., p.e., 1.3, 5; 4.44; 5.1). Un lugar destacado ocupa en el libro el llamado “código deuteronomico” (cap. 12–26), que comienza con una serie de «estatutos y decretos» (12.1) relativos al establecimiento de un solo lugar de culto, de un solo santuario, al que todo Israel estaría obligado a acudir: «El lugar que Jehová, vuestro Dios, escoja entre todas vuestras tribus... ese buscaréis, y allá iréis» (12.5; cf. V. 1–28). A este núcleo de carácter legal, que aparece precedido de los dos grandes discursos de cap. 1.6–4.40 y 5.1–11.32, lo siguen algunas disposiciones complementarias (p.e., en cap. 31, el nombramiento de Josué como sucesor de Moisés), y también advertencias y exhortaciones de índole varia (cap. 27–31). Los últimos capítulos contienen el “cántico de Moisés”, las “bendiciones a las doce tribus” (cap. 32–33), la muerte de Moisés (34.5) y su sepultura en un ignorado lugar de Moab (34.6).

### *El mensaje.*

Deuteronomio define por primera vez en el Antiguo Testamento la doctrina de la elección de Israel (4: 20, 34; 7: 6ss; 8: 17s; 9: 4s; 10: 15, etc.), basada en la gracia de Yahveh. Por primera vez en el Antiguo Testamento, encontramos en Deuteronomio un monoteísmo explícito (4: 35, 39; 32: 39, etc.). En esto se basa lo que Jesús llamó «el primer mandamiento» (6: 4, 5; cf. Mc 12: 29, 30). Como sabía bien que las provisiones del viejo pacto no bastaban (31: 1, 22, 26–29), Moisés habló de un profeta venidero (18: 15–19) cuya enseñanza

produciría obediencia. En su propia muerte Moisés simbolizó la del nuevo Siervo que sufriría en lugar del pueblo la ira penal de Yahveh (1: 37; 3: 26; 4: 21; 34: 4; cf. Is 53; Ga 3: 10–14).

Deuteronomio se cita unas ciento noventa y cinco veces en el Nuevo Testamento. De aquí tomó Cristo toda su defensa contra el tentador y la primera parte de su resumen de la Ley y los Profetas. Según Pablo, Deuteronomio, bien entendido, implica la justificación por la fe (Rm 10: 6–8; cf. Dt 30: 12–14; 1: 32). Mas no se trata de una fe meramente intelectual, sino de un entregarse absolutamente a Dios, de una confianza cabal en Él para toda bendición presente y futura, que redunde en una obediencia completa (cf. 1: 32 y 1: 26).

Temas teológicos.

Un Dios, un santuario, un pueblo, una elección, una alianza, una ley, una tierra: éstos son los siete temas más sobresalientes que forman el tejido teológico del Dt. Uno de los acentos más constantes es su preocupación por la unidad, sobre todo la referida a Dios, a la Fe, al culto, al santuario y al pueblo. Hasta el momento, Israel no poseía una tradición religiosa plenamente unificada. Existían diferencias, sobre todo, entre las tradiciones religiosas y políticas de las tribus del norte y las del sur.

Un Dios.

Se suele pensar que el primer monoteísta es Moisés; se le presenta incluso como su fundador. Desde la revelación del Yahvismo, dentro del pueblo elegido no se admitían más dioses que Yahvé, pero no se excluía que los demás pueblos tuvieran también sus dioses. Se tenía la convicción de que cada pueblo tenía su dios. En Israel, han sido los profetas los que más han profundizado en el Dios único, llegando a la conclusión de que los dioses paganos no son más que vacío, troncos de madera y bloques de piedra (Dt 4: 28).

Según los estudiosos, es a partir de la reforma de Josías (2R 23) cuando ya se puede hablar de monoteísmo en el sentido estricto de la palabra. Se suele citar a Os 13: 4 como primer texto bíblico abiertamente monoteísta: *—Yo soy Yahvé, Dios tuyo desde Egipto. No conocerás ningún otro Dios fuera de mí.*

*No hay más salvador que yo”.*

En el reconocimiento de esta unicidad radicaba la esencia de la vida religiosa de Israel. Una prueba de la radicalidad de la Fe del Dt en la unicidad de Yahvé es la intransigencia que muestra respecto de las religiones paganas, haciendo desaparecer incluso a los pueblos cananeos que las profesan, para cortar de raíz toda contaminación (Dt 7: 1-6, 16, 25, 26; 12: 29-31). Las duras acusaciones contra la idolatría, repetidas una y otra vez, son otra manera de esa afirmación (6: 14; 8: 19-20; 13).

Un santuario.

La ley más innovadora y hasta revolucionaria de Dt es seguramente la referente a la centralización del culto en Jerusalén, y el reconocimiento del templo de Salomón como único santuario legítimo en todo el territorio de Israel (Dt 12: 5-6). Hay muchos otros textos en esa misma dirección (14: 22, 29; 15: 19-23; 16; 17: 8-13; 18: 1-8; 26: 2-15). La centralización del culto en un solo lugar equivalía a afirmar, por lo menos implícitamente, que el Señor es uno y único. La reforma de Josías hizo desaparecer todos los santuarios esparcidos por el país, tanto los paganos como los yahvistas. Esto explica la profunda conmoción que sacudió al pueblo cuando vio destruidos y convertidos en un montón de ruinas la Ciudad Santa y el Templo.

Un pueblo.

*"Esta son las palabras que dijo Moisés a todo Israel al otro lado del Jordán..."*(Dt 1: 1). El destinatario del Dt es todo el pueblo considerado como una unidad. Según F. García, a diferencia de la tradición sacerdotal, el Dt no distingue entre tribus y familias, ni siquiera entre clases sociales. Al contrario, el ideal consiste en que todos, desde el rey hasta el último esclavo, sean hermanos.

Cuando se hable de la elección y de la alianza, veremos que Israel no es un pueblo cualquiera, sino que es el pueblo de Dios, el pueblo santo, consagrado, separado, reservado al Señor. Como dice Éxodo 19: 5-6, también en Nm 23: 9 se maneja la misma idea. El Dt lo dice en estas palabras: *"El Señor se compromete a aceptar lo que tú le propones: Que serás su propio pueblo, que*

*guardarás todos sus preceptos, que él te elevará en gloria, nombre y esplendor por encima de todas las naciones que ha hecho, y que serás el pueblo santo del Señor” (c. 26: 18-19).*

Una elección.

Lo que más destaca en el Dt es la elección de Jerusalén. También habla de la elección del rey y del sacerdocio Levítico (17: 15; 18: 5; 21: 5). El Dt pone mucho énfasis en la gratuidad de la elección. Israel no ha sido elegido por ser el pueblo más numeroso ni por ser el mejor, siendo así que es el más pequeño de todos y una nación de dura cerviz (9: 4-6). Ha sido elegido por puro amor, por el amor que Dios le viene mostrando desde que eligió a sus padres hasta el día de hoy.

El amor de Dios como principio de la elección y garantía de salvación fue introducido en la historia de la revelación por el profeta Oseas. A través de sus experiencias matrimoniales, Oseas cayó en la cuenta de que Dios es el esposo que ama a su esposa, a pesar de las infidelidades de ésta. Lo mismo que Gomer le fue infiel a él, también Israel le ha sido infiel a Dios una y mil veces, pero así como él continúa amando a Gomer, Dios también continúa amando a Israel y está dispuesto a empezar siempre de nuevo por puro amor. En general, la afinidad y dependencia del Dt respecto de Oseas son reconocidas por todos los autores. La elección compromete a Dios con Israel, pero también compromete a Israel con Yahweh. La elección tiene una vertiente de favores y otra de exigencias.

Una alianza.

Dado que en el AT se distinguen tres alianzas principales: la alianza de Abraham (Gn 15; 17), la del Sinaí (Ex 19-34) y la de David (2Sm 7); hay que decir que el énfasis del Dt recae sin duda en la alianza del monte Horeb (Monte de Dios), nombre con que se designa aquí al Sinaí. Ese es también, a su vez, el sentido, como ya habíamos apuntado de la palabra Deuteronomio (Segunda Ley).

El Dt no silencia a los patriarcas ni se olvida de su alianza. Según el Dt, Yahvé es el "Dios de los padres"; fue a ellos a quienes prometió bajo juramento la

donación de la tierra; ha sido por amor por lo que Dios eligió y liberó a Israel; sólo por amor hizo alianza con él. Con todo, la alianza patriarcal aparece referida a la del monte Horeb, como la promesa hace referencia al cumplimiento. La alianza patriarcal no representa una tradición autónoma, sino que está en relación directa a la alianza del Horeb, la única que se alza con personalidad propia en el centro del Dt. Aquí radica también la relevancia de Moisés, mediador de la alianza y gran legislador. Es él quien ocupa el centro del escenario; los patriarcas pasan a segundo plano.

Una ley.

Por lo dicho hasta aquí, queda claro que el Deuteronomio es, ante todo, el libro de la Ley. Así lo llamaron los sacerdotes cuando lo encontraron en el templo de Jerusalén. Es el documento legal e institucional con el cual se llevó a cabo la reforma de Josías. Es la carta magna de la alianza, en la que se consignan las cláusulas y estipulaciones que han de regir las relaciones del pueblo elegido con su Dios. Es el testamento en el que Moisés expone el programa que ha de presidir la vida del pueblo, una vez que se haya establecido en la tierra prometida. Desde todos los puntos de vista, el Dt aparece siempre como un ordenamiento legal e institucional.

Es el libro de la Ley, pero no es un libro legalista ni juricista. La ley o, mejor dicho, la Torá, como la llaman la Biblia, no son ni carga ni freno. La finalidad de la ley bíblica no es imponer obligaciones caprichosas ni restricciones arbitrarias, sino señalarle a Israel el camino de la felicidad y de la vida. De manera reiterativa, el libro invita al pueblo a la observancia de la Ley para que le vaya bien y pueda prolongar sus días en la tierra que el Señor le otorga (4: 40; 5: 33; 6: 2, 18, 24; 11: 9; 12: 28; 13: 17, 18; etc.). Esto quiere decir, no tanto que Dios premiará el buen comportamiento del pueblo, cuanto que las leyes son como hitos y señalizaciones que indican el camino del bienestar y prosperidad de los israelitas (6: 24).

Comparado con la legislación de los pueblos vecinos, el código del Deuteronomio defiende mejor el honor y la dignidad de la persona humana. Mejor, incluso, que el código hitita, que es el más humanitario de los códigos medio-orientales.

Un texto que refleja bien la devoción, el amor y hasta la pasión que el Deuteronomio siente por la ley es el del c. 30: 11-14 *«Porque estos mandamientos que yo te prescribo hoy no son superiores a tus fuerzas, ni están fuera de tu alcance. No están en el cielo, para que hayas de decir: ‘¿Quién subirá por nosotros al cielo a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?’ Ni están al otro lado del mar, para que hayas de decir: ‘¿Quién irá por nosotros al otro lado del mar a buscarlos para que los oigamos y los pongamos en práctica?’ Sino que la palabra está bien cerca de ti, está en tu boca y en tu corazón para que la pongas en práctica».*

Una tierra.

De todos los libros de la Biblia, el Dt es el que más espacio dedica al tema de la tierra. Al hablar de la elección, se habla de su carácter gratuito. La misma gratuidad acompaña al don de la tierra. En realidad, el dogma de la gracia y la gratuidad están entre los principios teológicos que informa todo el libro. Sobre él gira la historia de Israel, y es, a la vez, una de las grandes motivaciones que determinan la formulación de las leyes. Por lo que se refiere a la tierra, su carácter de don gratuito de Dios se afirma en 26: 5-10 y 6: 20-25: *... "El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con terribles portentos, con signos y prodigios, y nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, una tierra que mana leche y miel..."*. En el fondo, se desea afirmar y reconocer que la tierra es un don gratuito de Dios. Y no sólo la tierra, sino todo lo que crece en ella, está presentado como el producto de la historia providencial que ha conducido a Israel hasta este momento (Pedagogía de Dios).

El único título es el amor y la fidelidad que Dios viene mostrando a su pueblo desde la elección de los patriarcas, y también la perversidad de las naciones que la habitaban, que se hicieron indignas de seguir en ella (c. 8: 7-20).

Pero esta tierra no es buena por sus características naturales, sino porque es un don de Dios en calidad de herencia. Es buena porque su posesión es el cumplimiento de una promesa, refrendada con juramento (8: 10; 9: 6). Es buena porque es un espacio de libertad y descanso, en el que el pueblo ha

encontrado reposo después de la travesía del desierto (12: 10); en la que Israel puede desarrollarse como pueblo elegido y cumplir en ella la misión que le ha sido confiada. Pero Israel no podrá permanecer y disfrutar de esta tierra buena si no es a condición de mantenerse fiel al servicio de aquél que se la ha otorgado (4: 25-26; 8: 19-20; 28: 15-68).

Para el Deuteronomio Ley y Tierra son un binomio inseparable: quien pierde la una, pierde la otra. En los últimos estratos de este libro, el incumplimiento de la Ley es ya un hecho consumado, de ahí que la pérdida de la tierra y el destierro sean presentados como acontecimientos pertenecientes al pasado.

## La historia bíblica primitiva en sus primeros capítulos.

### Un comentario exegético

A manera de mostrar que una exégesis de las Sagradas Escrituras exige conocimiento amplio de la Historia y de la naturaleza del hombre y de que Dios, al inspirar al escritor sagrado e impulsarle a escribir para los demás hombres su mensaje salvífico, no sacrificó en absoluto su estilo ni los matices diversos de sus expresiones culturales, transcribimos a continuación comentarios que Jordi Mas i Antó expuso en su obra “Los Orígenes según la Biblia, Gn 1-11” (Central Catequética Salesiana, Alcalá, 164 - Madrid 28; Barcelona, 1981), comentarios que hemos querido unir con lo que, en la introducción a los cinco primeros libros del AT, nos presenta la Biblia de Jerusalén.

## Las Tradiciones del Pentateuco.

A uno le cuesta entender por qué en el libro del Génesis aparecen dos relatos de la creación (1-2 y 2-3), así como también dos historias entrelazadas del diluvio (6-8), con unas genealogías de carácter diferente (4: 17s y 5: 12-17), dos presentaciones de la Alianza con Abraham (15 y 17), dos despidos de Agar (16 y 21), dos historias combinadas de José y sus hermanos, dos relatos de la vocación de Moisés, dos milagros de las aguas de Meribá, cuatro calendarios litúrgicos y así muchos ejemplos más. Este fenómeno se repite en

el Pentateuco y provoca espontáneamente la pregunta: ¿Cómo se explica esto? La respuesta más adecuada y aceptable es: por el interés en recoger y agrupar las tradiciones. Aunque no hayan sido acordes en algunos puntos, todas eran venerables y se debían conservar. Los estudios más persistentes se han dedicado a rehacer la historia de las tradiciones que configuran el Pentateuco, desde su nacimiento hasta su incorporación definitiva en la redacción que nosotros conservamos.

La primera sería la fuente Yahvista (normalmente expresado con la sigla “J”), que provendría de Judá en la época de David o de Salomón, o sea, en torno a los años 1,000-950 antes de Cristo (alrededor del S IX, aJC). Su nombre deriva del uso del término Yahveh al referirse a Dios, que es quien determina el destino de todos los pueblos y especialmente la relación particular con Israel. Con una mezcla de nacionalismo y de universalismo, esta fuente, a pesar de los antropomorfismos y una cierta ingenuidad narrativa, no sólo se constituiría como el fundamento de todo el Pentateuco, sino que sobresaldría por su densidad teológica. Esta tradición Yahvista tiene un estilo vivo y pintoresco. De una manera figurada y con real talento para la narración, da una respuesta profunda a los graves problemas que todo hombre se plantea o enfrenta, y las expresiones humanas que emplea para hablar de Dios encubren un sentido muy alto de lo divino. Como prólogo a la historia de los antepasados de Israel introduce un resumen de la historia de la humanidad desde la Creación de la primera pareja.

La fuente Elohista (por la utilización del nombre divino de Elohim), designada con la sigla “E”, no es tan fácil de discernir y algunos autores la niegan. Su lugar de procedencia sería el reino del Norte o de Israel, por la importancia y relieve atribuidos a las tribus septentrionales o a algunos de sus personajes, y se habría redactado antes del exilio y destrucción del reino de Samaría, seguramente en tiempos de Jeroboam II (hacia el 750 antes de Cristo). Después habría sido llevada a Jerusalén y unida a “J” formaría el conjunto yehovista (“JE”). Los rasgos teológicos más significativos son la distancia entre Dios y el Hombre, una mayor sensibilidad y exigencia moral y la separación de los otros pueblos, así como la insistencia en el temor de Dios.

Tiene un estilo más sobrio y monótono. Esta tradición no comienza hasta Abraham, faltan los relatos de los orígenes. Hay críticos que no aceptan esta tradición como independiente y consideran que son complementos incorporados a la Yahvista o que simplemente es una revisión de la obra escrita en Judá con anterioridad. Sin embargo, además de las particularidades de estilo y doctrina, la diferencia de los ambientes de origen y la continuidad de los paralelos, y también de las divergencias, con la tradición Yahvista, desde la historia de Abraham hasta la muerte de Moisés, favorecen la teoría de una tradición y de una redacción previamente independiente.

La tercera fuente es la Deuteronomista (porque se encuentra casi únicamente en el Deuteronomio y por esto se suele citar con la sigla “D”). Contrariamente a las anteriores es sustancialmente un código que ha sido usado en la reforma de Josías y se ha convertido en el punto de partida de la denominada historia deuteronomista, que comprende los libros de Josué, Jueces, I-II Samuel y I-II Reyes. Su teología y estilo ardorosos son muy peculiares y giran en torno a tres ideas fundamentales: un sólo Dios, un sólo lugar legítimo de culto (Templo de Jerusalén) y un sólo pueblo (Israel).

Las tradiciones “J” y “E” contienen muy pocos textos legislativos, el más importante es el “Código de la Alianza”. Por el contrario las leyes constituyen la parte principal de la llamada tradición Sacerdotal. Es la fuente más tardía, la Sacerdotal (designada con la sigla “P”, del alemán Priesterkodex = código sacerdotal), ya que hay que situarla en el exilio babilónico; se distingue por un vocabulario preciso y estereotipado pero en un estilo un tanto abstracto y redundante. Presenta una preocupación muy marcada por la cronología, las genealogías, las cifras y los cálculos, que corresponde a las inquietudes de los círculos sacerdotales de los que proviene. El Dios que nos presenta es absolutamente trascendental y sólo se manifiesta a través de su gloria en los cielos, que a la vez que lo revela, lo oculta. Las disposiciones y narraciones de “P” contienen el programa para la restauración de la comunidad post-exílica, legitimada por todo un pasado de conducción divina. La tradición, que procede de los sacerdotes de Jerusalén ha conservado elementos antiguos, pero no quedó constituida hasta el destierro, y no se impuso hasta después del

regreso. Pone un especial interés en la organización del Santuario, en los sacrificios y en las fiestas, en la persona y en las funciones de Aarón y sus descendientes y contiene también partes narrativas cuando sirven para expresar el espíritu legalista o litúrgico que las anima.

En el Génesis se sigue con bastante facilidad el hilo de las tres tradiciones “J”, “E” y “P”. Después la corriente sacerdotal puede aislarse sin dificultad, especialmente al final del Éxodo, en todo el Levítico y en gran parte de Números, pero resulta difícil separar la “J” de la “E”. Después de Números y hasta los últimos capítulos del Deuteronomio, las tres corrientes desaparecen y una tradición única las sustituye, la del Deuteronomio.

Debemos significar aquí que las únicas fuentes que habrían sido responsables de los once primeros capítulos del libro del Génesis serían “J” y “P”, que nos ofrecerían la historia primitiva como la más remota introducción al Pentateuco, antes incluso que la de los patriarcas, con el fin de identificar al Dios de Israel con el Creador del mundo y de la humanidad.

Indudablemente estas distintas corrientes reflejan los cambios de vida nacional y religiosa de Israel. Las tradiciones narrativas se remontan a sus orígenes, a la época en que se estaba formando el pueblo de Israel. Pero a pesar de todo ello se observa una continuidad, continuidad que tiene un fundamento religioso: la fe en Yahweh fue la que forjó la unidad del pueblo, la misma fe unificó el desarrollo de la tradición. Los comienzos del Yahvismo están dominados por la personalidad de Moisés. Éste fue el iniciador religioso del pueblo y su primer legislador, Las tradiciones anteriores que en él desembocan y el recuerdo de los acontecimientos que él dirigió se convirtieron en la epopeya nacional; la religión de Moisés marcó para siempre la fe y las prácticas del pueblo. La Ley de Moisés quedó como norma suya.

La unidad de la Biblia solo se puede referir a dos principios, la Biblia es testimonio de la historia de un pueblo, reúne los textos que conserva ese pueblo como recuerdo de su identidad histórica, sus momentos fundacionales, sus hechos históricos relevantes y su literatura religiosa y sapiencial. El segundo principio es de carácter religioso: la identidad de Israel se basa en que

se sabe el pueblo elegido por Dios. La conciencia de ser el pueblo de la Alianza ha intervenido en la redacción, selección, recopilación e interpretación de los textos. Ese criterio precisamente es el que ha hecho que la Biblia en su conjunto se considere una Escritura Sagrada (J. L. Lorda; “Antropología Bíblica. De Adán a Cristo”, Ediciones Palbra, S. A.; España; 2005).

Las Genealogías.

Para los hombres de hoy, que vivimos en una sociedad urbana e industrializada, las genealogías no sólo se nos hacen pesadas, sino casi incomprensibles. El marco original de las genealogías nos remite a otro tipo de sociedad, concretamente la nómada, reunida en torno al clan y la tribu. Para esta clase de sociedad nómada sólo contaba la familia y los principales acontecimientos de la vida humana eran los que afectaban a este ámbito: el nacimiento de un niño, las bodas y la muerte. En la actualidad, cuando nos referimos a la historia lo más frecuente es que digamos: ...“me acuerdo que cuando era presidente de la República... (y se cita a un fulano de tal)”, o sea, el fondo de la historia gira en torno a la política, a las formas de gobierno. Para la sociedad nómada, el marco de referencia de la historia es de carácter hogareño. El nacimiento de un niño, por ejemplo, constituía un grandioso acontecimiento. Eso explica la proverbial dimensión que se le asigna, en todo el Antiguo Testamento, a la profecía del nacimiento de Jesús, y que definirá el hilo conductor de la Historia de Salvación del pueblo de Israel. Dios ata su eterno amor a este momento especial de la historia de la humanidad de manera dinámica y abre las puertas a otra dimensión de carácter escatológica para el futuro del hombre.

El nómada resume todo su mundo en una genealogía o en un árbol de familia. Si el tiempo se concibe como una sucesión de padres a hijos, el espacio se considera como el lugar de convivencia de los hermanos. La proximidad física o geográfica proviene de los vínculos de la sangre; por esto los pueblos vecinos son pueblos parientes. La acomodación de las experiencias a un marco genealógico comporta también una cierta capacidad de fabulación. Así, el individuo que, procediendo de una tribu determinada, se casa y se establece en otra tribu queda genealogizado en ella, es decir, recibe los antepasados de esta

tribu y se le considera de la misma sangre. Todos estos fenómenos tienen aplicación concreta en la Biblia. La vecindad de los moabitas, los amonitas y los edomitas hace que los israelitas los consideren parientes, y por tanto originarios de un antepasado común de la época patriarcal.

El ámbito original de las genealogías en el mundo bíblico es la época patriarcal, ya que la forma de vida de los patriarcas, como consta claramente en la propia Biblia, es la nómada. Pero las genealogías no son exclusivas de este período, sino que de una forma u otra las encontramos desparramadas por toda la Escritura: genealogías de los reyes y de los sacerdotes, genealogías de Jesús, etc. que en la historia bíblica tienen una gran importancia; Todo denota que los ordenamientos genealógicos han configurado el pensamiento de Israel y han perdurado tenazmente incluso cuando las formas de vida que las habían producido ya se habían extinguido.

Las genealogías constituyen la columna vertebral y el motor de la historia bíblica primitiva, se presentan sin interrupción desde Adán hasta Abraham y las mismas narraciones se originan y mueren en ellas.

## Capítulo 6

Los Jueces y Los Reyes.

Se llamaron Jueces a los hombres que Yahweh levantó para liberar a su pueblo antes del período de los Reyes humanos de Israel. Normalmente se considera que el período de los Jueces comenzó con Otniel, de la tribu de Judá, poco después de la muerte de Josué. Este período duró alrededor de 300 años, hasta Samuel el profeta, a quien no se le incluye dentro de los Jueces. Según el registro bíblico se mencionan a doce jueces, sin incluir a Débora. El libro de Los Jueces narra este período entre la conquista de Canaán por Israel y el comienzo de la monarquía. Las palabras de apertura de este libro lo enlazan con el que lo precede: “Y después de la muerte de Josué”, aunque se considera que muchos de los acontecimientos que se narran en él son anteriores. A los

libros de Josué, Jueces, Samuel y Reyes se les llama en la Biblia hebrea los “Profetas anteriores”, como acota la Biblia de Jerusalén en su introducción. Todos estos libros tienen como tema principal las relaciones del Pueblo elegido con su Dios, su fidelidad y sobre todo su infidelidad a la palabra de Yahvé, cuyos portavoces son los Profetas, los que intervienen con frecuencia.

## LIBROS HISTÓRICOS

A continuación del Pentateuco se encuentran los libros históricos. En el canon de la Biblia hebrea, al conjunto de los siguientes seis libros se le denominan genéricamente *Profetas anteriores*: *Josué*, *Jueces*, *1 Samuel*, *2 Samuel*, *1 Reyes* y *2 Reyes*. El título responde a una antigua tradición, según la cual esos libros fueron compuestos por algunos de los profetas de Israel. En cuanto al calificativo de “anteriores”, parece deberse al lugar que se les asignó en el canon, para diferenciarlos de los “profetas posteriores”: *Isaías*, *Jeremías*, *Ezequiel* y los doce *Profetas menores*.

La fe del pueblo israelita descubrió en estos libros los estrechos vínculos existentes entre la historia que se narra y el mensaje profético que en ella se proclama. Personajes como Josué, Samuel, Débora, Gedeón, Saúl, David y Salomón, principales protagonistas de los hechos registrados en estos libros, forman parte del plan de salvación dispuesto por Dios a favor del ser humano. A todos ellos, hombres y mujeres pertenecientes a diversas etapas de la vida de Israel, los contempló el judaísmo desde la doble perspectiva de su realidad histórica y de haber sido escogidos como instrumentos para cumplir un designio divino de salvación. En esta doble perspectiva estriba la consideración profética. Por eso, junto con ellos en cuanto personas, los textos que se les atribuyeron se hicieron también acreedores del carácter profético.

Actualmente suele titularse como *historia deuteronomista* el conjunto de los *Profetas anteriores*. Esta denominación se debe a la influencia que la teología del *Deuteronomio* ha ejercido sobre la interpretación de la historia: influencia que se aprecia de modo especial en el enjuiciamiento de los comportamientos humanos, considerados tanto en el ámbito de lo individual como de lo colectivo (cf. p.e. Dt 12.2–3 y 2 R 17.10–12).

## JOSUÉ

*Josué* (=Jos) es el primero de los seis escritos que integran la serie de los *Profetas anteriores*. En las historias narradas en este libro, el protagonista no es propiamente Josué. Esa función le corresponde, más bien, al escenario donde tienen lugar los nuevos actos del drama de Israel: el país de Canaán, en el que penetra el pueblo cuarenta años después de haber sido liberado de su cautividad en Egipto. Canaán es la meta, el punto final de aquella inacabable peregrinación.

Una primera lectura del libro de *Josué* puede dar la impresión de que la conquista de Canaán consistió en un rápido movimiento estratégico; que los israelitas, dirigidos por Josué, penetraron con facilidad en el país, y que una serie de acciones militares de prodigiosa eficacia les permitió apoderarse en poco tiempo y por completo del territorio que de antemano tenían por suyo. En realidad, el asunto no fue tan simple, pues ni ellos lograron conquistar rápidamente los territorios cananeos, ni los anteriores habitantes del país fueron del todo exterminados. De hecho, muchos de ellos se mantuvieron firmes en sus posiciones (15.63; 17.12–13); e incluso establecieron a veces alianzas con los invasores, y entonces unos y otros tuvieron que aprender a convivir en paz (9.1–27; 16.10).

Josué tomó la dirección del pueblo de Dios inmediatamente después de la muerte de Moisés. Como preparativo para su labor, envió espías a Jericó, quienes le trajeron informes alentadores para invadir la tierra. Después de entrar en la tierra de Canaán, Dios ordenó a Josué circuncidar a los hijos de Israel que no se habían circuncidado después de la salida de Egipto (cap. 5). La ciudad de Jericó cayó en manos de Josué y su pueblo (cap. 6). Luego capturaron la ciudad de Hai, donde Josué mostró gran astucia militar, al emboscarse y tomar la ciudad (cap. 8). Después de conquistar toda la tierra prometida, Josué y Eleazar efectuaron la repartición (caps. 13–21). Para culminar su labor, Josué invitó al pueblo a temer y servir a Dios con integridad y verdad.

La vida de este gran líder del pueblo de Dios no revela falla alguna en las labores que se le encomendaron. En su juventud aprendió a designar responsabilidades como hombre; como ciudadano, buscó lo mejor para su patria; como militar, fue honorable e imparcial. A lo largo de sus días, Josué mostró obediencia al trabajo que Dios le asignó y lo desempeñó orgullosamente. Las palabras «yo y mi casa serviremos a Yahveh» expresan el lema de su vida (Jos 24, 15).

El libro es tan específico en su narración que si el autor no fue Josué mismo, él contribuyó en gran manera al contenido total. Evidentemente el autor debió ser testigo ocular de los acontecimientos del libro. Ciertas secciones del libro se atribuyen directamente a Josué (18, 9; 24, 26). De igual manera, hay otras secciones que no pudieron haber sido escritas por él, tales como el relato de su muerte (24, 29–31). El libro debe haberse completado poco después de la muerte de Josué (1375 aJC). El libro de Josué abarca como veinticinco años de uno de los períodos más importantes de la historia de Israel: la conquista y colonización de la tierra que Dios había prometido a Abraham y sus descendientes siglos antes. La conquista debe haberse producido entre 1400 y 1375 aJC (Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia, W. M. Nelson, BECA, 1998).

Aporte a la Teología.

Josué contiene elementos de gran importancia para los cristianos. Los principales son la demostración inequívoca de la fidelidad de Dios con su pueblo al darle la tierra prometida, los detalles en cuanto al propósito de Dios con Israel, la obediencia y las bendiciones de Dios para aquellos que le escuchan y obedecen con fidelidad. Pero lo más importante e interesante es ver el propósito de Dios al preparar el camino para la venida de Cristo por medio de Israel. Las varias referencias hechas a Josué en el Nuevo Testamento demuestran su importancia para los creyentes de la iglesia naciente y desde luego para los creyentes de hoy día (Hch 7, 45; Hb 4, 8; 11, 30; St 2, 25).

El libro de Josué es primordialmente un escrito teológico. Es la escenificación de la doctrina de la Alianza, presentada en forma de relatos, discursos, ritos y acciones de guerra. Si el pueblo se mantiene fiel a la Ley, Dios se muestra

propicio, y la conquista avanza. Si el pueblo incumple sus compromisos, viene el acto punitivo de la Alianza, y el ejército retrocede.

Durante la vida de Josué, la respuesta del pueblo fue predominantemente positiva, de ahí que el Señor diera rienda suelta a su acción salvadora, y llovió sobre el pueblo toda suerte de donaciones y bendiciones. Entre todos ellos se destaca el don de la tierra.

Para los Padres de la Iglesia la figura de Josué puede prefigurar la figura de Jesús, no sólo lleva el mismo nombre “Salvador”, sino que el paso del Jordán, que con él al frente, es la entrada a la Tierra Prometida, es el bautismo en Jesús, que nos da acceso a Dios, y la conquista y el reparto del territorio son la imagen de las victorias y de la expansión de la Iglesia (Biblia de Jerusalén).

## JUECES

Con el nombre de *jueces* (hebreo, *shofetim*) se designa en el AT a una serie de personajes que se esforzaron por dirigir al pueblo y mantenerlo a salvo de la hostilidad y el dominio de sus vecinos. (Véase la *Tabla cronológica*.) Estos personajes vivieron durante el período comprendido entre la muerte de Josué y los años inmediatamente anteriores al inicio de la monarquía de Israel (s. XIII-XI aJC). Más que *jueces* en el sentido estricto de administradores de la justicia, eran *héroes* que de modo ocasional guiaron a las tribus israelitas en su lucha por permanecer en los territorios conquistados (2.16).

De hecho, la raíz verbal de donde procede el sustantivo hebreo traducido por *juez* encierra también los significados de *guía*, *dirección* y *gobierno*. Y es muy probable que la idea de gobernar sea la original, y que de ella se haya derivado la de juzgar, dado que la judicatura es una responsabilidad inherente al gobernante o al aparato de gobierno.

El libro de *Jueces* (=Jue) narra algunas de las acciones de guerra en las que aquellos héroes acaudillaron a una o más de las tribus de Israel. En situaciones difíciles, cuando enemigos externos hicieron peligrar la supervivencia del pueblo en Canaán, «Jehová levantó un libertador a los hijos de Israel y los

libró» (3.9). Aunque el carácter militar de estos *jueces* es evidente, el libro pone de relieve que todos ellos actuaron como instrumentos del Señor, suscitados y movidos por su Espíritu para llevar a cabo una misión especial, en un preciso momento y por un tiempo limitado. En las hazañas que realizaron se reveló siempre el poder de Dios, que, pese a las frecuentes actitudes reprobables de los israelitas, nunca dejó de cuidarlos con solicitud paternal y de sostenerlos para que no sucumbieran víctimas de sus vicisitudes.

En la descripción de estos personajes no existe un patrón común de identificación. Así, Débora se distingue como una profetisa que, al pie de una palmera, gobierna al pueblo y atiende a quienes solicitan su mediación en casos de litigio (4.4–5); Gedeón es un campesino de humilde extracción social (6.11); Jefté, hijo de una prostituta, capitaneó, al parecer, una banda de malhechores (11.1,3); y Sansón, el joven celebrado por su excepcional fortaleza física (16.3), no sabe resistirse a los encantos de una mujer filisteo (16.17).

Durante unos 200 años los israelitas viven divididos en tribus, bajo la guía de los ancianos. En todo se ven inferiores a los antiguos habitantes de la región. Su organización y costumbres favorecen la atracción por la idolatría. No destruyeron los altares cananeos, como se lo había ordenado Yahweh, y cayeron en la trampa de la idolatría (Jc 2: 2s).

Por no contar con una autoridad central, seguido son víctimas de la revancha de los antiguos cananeos, que los vencen y los oprimen. En los momentos de mayor necesidad, Dios hace surgir a líderes populares que organizan al pueblo y lo llevan a la victoria. A estas personas se les da el nombre de "jueces", en el sentido de que se hacen instrumentos de la justicia de Dios. Con el tiempo, se reinterpretará toda esta historia, dando un sentido religioso a todos estos acontecimientos, al estilo de la liberación de Egipto y la conquista de la Tierra Prometida.

Las historias de los Jueces llenan todo el período que transcurrió entre la muerte de Josué y los comienzos del ministerio de Samuel, dándole un sentido religioso que sirva de marco a las grandes historias que contiene: los israelitas

han sido infieles a Yahvé, Él los ha entregado en manos de los opresores; los israelitas han implorado a Yahvé, Él les ha enviado a un salvador, el Juez.

El libro de Jueces puede dividirse en tres partes. La primera nos habla del deterioro de Israel y el error de no completar la conquista de Canaán (1: 1 – 3: 6). Presenta un breve relato de dos expediciones de las tribus del sur para ocupar el territorio adjudicado a ellas por sorteo. En estas expediciones, sin embargo, no se logró expulsar por completo a los cananeos de las ciudades y los valles y presenta el listado de las ciudades que dejaron de arrebatarse a los cananeos idólatras. Se señala particularmente la descomposición religiosa del pueblo, que hizo necesaria la intervención divina, la consecuente miseria como castigo por la apostasía, el arrepentimiento y el levantamiento de jueces como salvadores.

La segunda parte (3: 7 – 16: 31) contiene la historia de los jueces, liberadores de Israel, después de la muerte de Josué y hasta la muerte de Sansón. Episodios más o menos detallados acerca de seis jueces (Otniel, Ehúd, Baraq y Débora, Gedeón, Jefté y Sansón) y breves alusiones sobre los otros seis (Šamgar, Tolá, Yaír, Ibsán, Elón y Abdón).

La parte final (17–21) describe la depravación de Israel, la historia del culto idolátrico practicado por Micaía y su instauración entre los danitas que emigraron al norte, incluso la instalación de un santuario en Dan (17 y 18) y el hecho abominable de los benjamitas en Gabaa y su castigo (19–21). Se señala la descomposición política de aquel tiempo, con una frase típica: «En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía» (17: 6; 18: 1; 19: 1; 21: 25).

El pasaje de Jueces 2: 1-23 presenta de manera integral el objetivo del libro: *“enseñarnos que dejar al Señor tiene como resultado la servidumbre y el juicio, en tanto que el arrepentimiento conduce a la liberación y a la restauración”*. En la carta a los hebreos los éxitos de este período son presentados como la recompensa de la fe y por tanto son testigos que animan a los cristianos a rechazar el pecado y a soportar con valor las pruebas a las que serán sometidos (Hb 11: 32-34; 12: 1).

Este período, cuya cronología es difícil de precisar, puede decirse que ayudó a forjar el alma nacional y prepararon al pueblo de Israel para unirse, ante un peligro general, contra el enemigo común. Ya en Eclesiástico se alaba a los Jueces por su fidelidad a Yahvé (Si 46: 11-12).

Aporte a la Teología. Jueces señala el problema de Israel cuando no tenía rey. Pero el establecimiento de un reino no los llevó a un estado de perfección. Solo cuando David ascendió al trono pudo Israel soltarse de sus trágicos ciclos de desesperación y deterioro. David, el escogido de Dios, fue tipo del Rey que un día llegaría: *Jesucristo*. Jueces habla también de la necesidad de un libertador o salvador. La liberación que lograban aquellos jueces humanos era siempre temporal, parcial e imperfecta. El libro apunta a *Jesucristo*, el eterno gran Juez (Sal 110: 6), Rey y Salvador de su pueblo.

Pecado.

La primera fase se presenta como la infidelidad del pueblo a las cláusulas de la Alianza. Se emplean tres fórmulas:

- a. Los israelitas hicieron lo que es malo a los ojos de Dios (2: 11; 3: 7, 12; 4: 1; 6: 1; 10: 6; etc.).
- b. Abandonaron al Señor y dieron culto a Baal y Astarté (2: 11, 13; 3: 7; 10: 6).
- c. Se prostituyeron ante otros dioses (2: 17; 8: 27, 33).

Castigo.

En los libros sagrados, siempre se presentan los males físicos y morales como castigos de Dios. En este libro se ven estas expresiones:

- Se encendió contra Israel la ira de Dios (2: 14; 3: 8, 14; 10: 7).
- El Señor los entregó en manos de sus enemigos (4: 2; 6: 1; 10: 7).
- La prosperidad de los pueblos vecinos y sus incursiones contra Israel se describen como permitidas por Dios para probar la fidelidad del pueblo (3: 4).

Conversión.

La pedagogía del castigo y la gracia divina hacían que los israelitas se arrepintieran y se volviesen a Dios:

- Los israelitas claman a Dios (3: 9, 15; 4: 3; 6: 6; 10: 10).
- El Señor se compadecía al oírlos gemir bajo la tiranía de sus opresores (2: 18; 10: 16).

### La Salvación.

El Señor responde a las súplicas del pueblo enviándole jueces (2: 16) y libertadores (3: 9, 15) que lo salven. Pero la conversión del pueblo es efímera, de ahí el empleo de expresiones como éstas: “el enemigo permaneció humillado bajo la mano de Israel” o el país estuvo en paz durante cuarenta, ochenta o veinte años, es decir, múltiplos o submúltiplos de cuarenta, Número que corresponde a los años de una generación (3: 11, 30; 5: 31; 8: 28).

<i>JUECES DE ISRAEL (Principales datos biográficos y Referencias)</i>		
<i>Otoniel</i>	<i>Conquistó una ciudad cananea llamada Debir</i>	<i>(Jc 1.12–13; 3.7–11)</i>
<i>Aod</i>	<i>Mató a Eglón, rey de Moab, y venció a los moabitas</i>	<i>(Jc 3.12–30)</i>
<i>Samgar</i>	<i>Mató a 600 filisteos con una quijada de buey</i>	<i>(Jc 3.31)</i>
<i>Débora</i>	<i>Convenció a Barac para que dirigiera al ejército israelita al triunfo en la batalla contra Sísara</i>	<i>(Jc 4–5)</i>
<i>Gedeón</i>	<i>Derribó el altar de Baal y recibió el nombre de Jerobaal. Con 300 hombres derrotó a 135.000 madianitas</i>	<i>(Jc 6–8)</i>
<i>Tola</i>	<i>Juzgó durante 23 años</i>	<i>(Jc 10.3–5)</i>
<i>Jefté</i>	<i>Echado de su casa por sus hermanastros, fue luego nombrado juez de Israel. Vence a los amonitas y cumple su promesa de ofrecer su hija a Jehová</i>	<i>(Jc 11.1–12.7)</i>
<i>Ibzán</i>	<i>Juzgó durante 7 años</i>	<i>(Jc 12.9.10)</i>
<i>Elón</i>	<i>Juzgó durante 10 años</i>	<i>(Jc 12.11–12)</i>
<i>Abdón</i>	<i>Juzgó durante 8 años</i>	<i>(Jc 12.13–15)</i>
<i>Sansón</i>	<i>Mató a 1.000 filisteos con una quijada de burro; fue engañado por Dalila; destruyó un templo filisteo; juzgó durante 20 años</i>	<i>(Jc 13–16)</i>
<i>Samuel</i>	<i>Dedicado desde su nacimiento a Dios, quien lo llamó directamente, fue el último de los jueces de Israel y el profeta que ungió al primer rey</i>	<i>(1 y 2 S)</i>

### SAMUEL

SAMUEL, LIBROS 1 Y 2. Dos libros del Antiguo Testamento que en el canon hebreo eran uno solo y formaba parte de los «Profetas Anteriores». La

SEPTUAGINTA lo dividió en dos libros que en la Biblia hebrea y en nuestras versiones se llaman 1 y 2 Samuel por la importancia que este profeta tiene en la narración histórica. A Samuel se le llamó el último de los jueces (1 S 7.15; Hch 13.20) y el primero de los profetas (Hch 3.24). A tierna edad fue llevado al tabernáculo en Silo y presentado al sacerdote Elí, quien lo crió (1 S 1 y 2). Su madre lo consagra al servicio de Dios, desde antes de nacer (1 S 1-2); <sup>1:</sup> <sup>11</sup>...“¡OH Yahweh de los Ejércitos! Si es que te dignas mirar la aflicción de tu esclava, te acuerdas de mí y no me olvidas, dame un hijo varón. Yo te lo entregaré por todos los días de su vida y la navaja no pasará por su cabeza”. Estando con el sacerdote Helí en una habitación cerca de la tienda de las citas, donde se guarda el Arca de la Alianza, Dios empieza a comunicarse con él, dándole la misión de hablar en su nombre (<sup>3:</sup> <sup>4</sup> “Yahweh llamó a Samuel, él respondió: Aquí estoy”).

La tentación de autonomía y autosuficiencia acechaba especialmente al régimen monárquico, pues se corría el riesgo de confiar más en el ejército profesional y en la política de alianza, que la monarquía llevaba consigo, que no en Dios. Samuel fue entonces el juez y el profeta que organizó el reino y fue instrumento directo de Dios para la elección (unción) de Saúl y posteriormente de David como reyes del pueblo israelita.

¿Quién fue Samuel? Fue un líder de Israel durante el crítico período de transición entre los jueces y la monarquía, y primer reformador religioso después de Moisés. Fue hijo de Elcana, levita (1 Cro 6: 23ss) que vivía en el monte de Efraín (nordeste de Jerusalén), y de Ana, quien había pedido fervientemente a Dios un hijo. A tierna edad fue llevado al tabernáculo en Silo y presentado al sacerdote Elí, quien lo crió (1 S 1 y 2). Cuando Elí y sus perversos hijos murieron, Samuel todavía era demasiado joven para dirigir al pueblo. Los filisteos capturaron el arca, destruyeron Silo y dominaron la parte sur de Israel. No fue sino veinte años más tarde que Dios levantó a Samuel para encabezar un gran avivamiento religioso (1 S 7: 2–6). Dios le concedió la victoria sobre los filisteos (1 S 7: 5–14) y desde entonces fue líder del pueblo (1 S 7: 15–17). Samuel desempeñó un papel importante en el establecimiento de la monarquía. Ya estaba viejo, sus hijos andaban mal y el pueblo clamaba

por un gobierno más fuerte. Aunque la petición no agradó al principio a Samuel (1 S 8: 6ss), Dios le pidió que ungiera a Saúl como «príncipe» (1 S 9, 17ss). Se ha sugerido al respecto que el uso de *nagid* (príncipe) en vez de *melec* (rey) indica que Samuel no miraba en Saúl a un rey al estilo de las demás naciones, sino a un líder militar que habría de unir al pueblo y salvarlo de los filisteos. Samuel entristeció, por tanto, cuando Dios rechazó a Saúl a causa de su desobediencia.

El respeto del pueblo por Samuel se puso de manifiesto cuando todo Israel lamentó su muerte (1 S 28, 3). También fue Samuel el que estableció el movimiento profético. De acuerdo con 1 S 19, 20–22, presidía un grupo de profetas. Fue fundador de las escuelas de Profetas que ejercieron mucha influencia religiosa y educativa durante la monarquía. Su énfasis en la obediencia de corazón en vez de en los ritos exteriores (1 S 15, 22ss) presagia el mensaje de los grandes profetas que surgirían más tarde. La importancia de Samuel se reconoce en Sal 99, 6, donde se le compara con Moisés y Aarón; en Jr 15, 1, donde se le reconoce como intercesor y en Hb 11, 32 donde se elogia por su fe.

### *Estructura Del Libro.*

Samuel contiene la historia de Israel desde el fin de la época de los jueces hasta los últimos años del rey David. Consigna el desarrollo histórico desde la opresión bajo los filisteos hasta el establecimiento del imperio conquistado y organizado por David. En la historia de Samuel se destacan tres grandes personajes: Samuel, Saúl y David.

### *Autor Y Fecha.*

Según la tradición judía, Samuel escribió la parte del libro que termina con su muerte y el resto lo escribieron Natán y Gad. Sin embargo, el libro parece obra de un solo autor. Según 1 S 9.9, fue escrito mucho después de los sucesos relatados (a menos que 9.9 sea una interpolación). El uso de «Israel» y «Judá» indica que había transcurrido un tiempo después de la división del reino en 931 aJC. (1 S 27.6).

### *Aporte a La Teología.*

Destacados historiadores modernos han considerado los libros de Samuel una de las mejores historias antiguas. La mención de libros escritos por profetas (1 Cr 29.29; 2 Cr 9.29), el hecho de pertenecer a los «Profetas Anteriores» en la Biblia hebrea, la actividad cultural de los círculos proféticos y la interpretación dada a la historia de Israel indican en estos libros, una estrecha relación entre el profetismo y la historia bíblica. Israel veía la historia como el desarrollo del plan de Dios, quien actúa y se revela en la historia. Moisés era profeta y en él se ve este sentir profético de la historia.

El libro de Samuel desempeña un papel importante en la historia del Antiguo Testamento. Explica el tiempo crucial en el principio de la monarquía. Muestra la importancia de un rey fiel y obediente a Dios, que a la vez señala al Rey perfecto que ha de venir. El capítulo 7 de 2 Samuel es un capítulo clave para el resto del Antiguo Testamento, puesto que da la promesa a la línea davídica. En Samuel se ven, por los actos de Dios en su tratamiento con su pueblo escogido, las grandes doctrinas de la elección, la revelación, la providencia de Dios, la justicia divina, el perdón de Dios y el Reino de Dios.

#### PRIMER LIBRO DE SAMUEL

Historia.

Una mirada panorámica a los dos libros de *Samuel* descubre al punto la presencia sobresaliente de tres nombres de la historia de Israel: *Samuel*, *Saúl* y *David*, y de un acontecimiento que no por efímero resulta menos importante: la integración de las tribus israelitas en un cuerpo nacional gobernado por un único soberano. La época a la que corresponden los hechos aquí narrados se puede situar aproximadamente entre la primera parte del S XI y la primera del S X aJC. Comienza con el nacimiento de Samuel y concluye con los últimos tiempos de la vida de David.

Con Samuel se cierra la etapa de los *jueces* o caudillos de Israel. Él fue el último representante de los tiempos de anarquía en que las tribus carecían de cohesión entre sí, y las “juzgó” a lo largo de toda su vida (1 S 7.15). Sin embargo, Samuel no solo significó el punto final de aquel período, sino que, al iniciar la serie de los grandes profetas de Israel con el ungimiento (es decir, la consagración) de sus dos primeros reyes, Saúl y David (1 S 9.27–10.1; 16.13),

dio paso a la institución de la monarquía y a la dinastía davídica.

Los comienzos del reinado de Saúl (c. 1040–1010) quedaron felizmente señalados con una fulgurante victoria sobre los amonitas, antiguos enemigos de Israel (1 S 11); pero no pasó mucho tiempo sin que la imagen de fortaleza y valor del Saúl joven empezara a desvanecerse. El rey se hizo inestable y pusilánime. En su derredor, especialmente a causa de David, veía continuas amenazas contra su autoridad y, sin duda, contra su propia vida (1 S 18.6–11). En tales circunstancias, mermada la capacidad de Saúl para gobernar a su pueblo, el Señor lo desestimó (1 S 15.23, 26), y envió al profeta Samuel a ungir a David como nuevo rey de Israel (1 S 16.12–13).

A David (c. 1010–972 aJC), que representa para los israelitas el monarca ideal, es a quien en verdad se debe la unidad y la independencia de la nación. Valeroso, decidido y dotado de clara inteligencia, combatió más allá de sus fronteras para consolidar y extender el reino y, dentro de ellas, para sofocar conjuras contra su gobierno, como la promovida por su propio hijo Absalón (2 S 15–18). La religiosidad profunda de David es una constante de su biografía (cf. 2 S 6.14, 21–22; 7.18–29), como también lo es su preocupación por asentar sobre bases firmes la administración de justicia y la organización del reino (2 S 8.15–18). De ahí que la personalidad de David resultara idealizada entre el pueblo de Israel, aun cuando tampoco dejara de reconocérsele flaquezas y pecados, como el adulterio con Betsabé y la muerte de Urías (2 S 11.1–12.25). Pero, en todo caso, lo cierto es que, tanto el reinado como la persona misma del rey David dejaron una huella profunda en el mundo israelita, que en él vio prefigurado al Mesías, al Ungido por el Señor para hacer realidad las grandes promesas y esperanzas del pueblo de su elección.

Ampliando sobre el contenido y composición de los libros.

Las particularidades del nacimiento de Samuel y de su relación desde niño con el sacerdote Elí se hallan recogidas en 1 S 1.1–2.11. Asociados a Elí en el servicio del santuario de Silo, estaban sus hijos, Ofni y Finees, igualmente sacerdotes (1 S 1.3); pero «los hijos de Elí eran hombres impíos, que no tenían conocimiento de Jehová» (1 S 2.12). En uno de los muchos enfrentamientos con los filisteos, Israel resultó vencido, «el Arca de Dios fue tomada y

murieron los dos hijos de Elí» (1 S 4.11; cf. 4.1b—5.2). El conocimiento de estas desgracias precipitó la muerte del anciano sacerdote (1 S 4.18). Entonces Samuel, a quien Dios ya había llamado a ser profeta (1 S 3), comenzó a dirigir a Israel también como juez (1 S 7.2–17), lo cual hizo hasta que el pueblo expresó el deseo de tener «un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones» (1 S 8.5).

La institución de la monarquía se presenta en *1 Samuel* como una concesión de Dios a este deseo popular, pero en ningún modo significa que él renunciara a ejercer la autoridad última sobre Israel, del cual es el verdadero y definitivo Rey. Por eso, a renglón seguido de aquella concesión, las palabras del profeta Samuel exhortan con vehemencia al pueblo: «Si teméis a Jehová y lo servís, si escucháis su voz y no sois rebeldes a la palabra de Jehová, si tanto vosotros como el rey que reina sobre vosotros servís a Jehová, vuestro Dios, haréis bien» (1 S 12.14).

Saúl, el primer rey de Israel, fue presa de un fuerte desequilibrio emocional, manifestado de modo violento en la persecución de que hizo objeto a David, tan encarnizada que obligó a este a convertirse en fugitivo y hasta a ofrecerse como mercenario a los filisteos (1 S 16–30). La historia de Saúl, de David y de las abruptas relaciones entre el uno y el otro, se presenta como un cuadro lleno de contrastes, luminoso al evocar la espléndida trayectoria ascendente del joven David, y sombrío cuando considera la figura de Saúl, con la imparable decadencia de su personalidad y la tragedia que rodea su muerte y la de sus hijos en la batalla de Gilboa (1 S 31).

El relato del dramático final del rey, con que se cierra el *Primer libro de Samuel* (=1 S) prosigue al comenzar el segundo. Aquí se muestra a un David emocionado que, en homenaje póstumo a Saúl y a su hijo Jonatán, pronuncia una endecha donde resuena vibrante el estribillo: « ¡Cómo han caído los valientes! » (2 S 1.19, 25, 27; cf. v. 17–27). Más tarde, pasados esos acontecimientos, David se dirigió a Hebrón, donde fue proclamado «rey sobre la casa de Judá» (2 S 2.1–4), y más tarde sobre Israel (2 S 5.1–5). Según el autor de 1 y 2 de *Samuel*, David contaba «treinta años cuando comenzó a reinar... Reinó en Hebrón sobre Judá durante siete años y seis meses, y reinó

en Jerusalén treinta y tres años sobre todo Israel y Judá» (2 S 5.4–5; cf. v. 1–5). El resto de *2 Samuel* está enteramente dedicado a los hechos ocurridos durante el reinado de David y a las circunstancias en que este se desarrolló: la recuperación del Arca del pacto, los aciertos y desaciertos del monarca, sus campañas militares y las sublevaciones que hubo de reprimir. Los capítulos finales son como apéndices, en los cuales figura una reproducción del Salmo 18 (cap. 22) y la reseña de un censo nacional ordenado por David (2 S 24.1–9).

**a) Saúl y David (1 S 16 - 2 S 1).**

En su lugar, Dios escoge a David. El mismo Samuel lo consagra (1 S 16). Es un joven de buen aspecto, buen corazón y valiente. Se enfrenta al gigante Goliat y lo vence. Su fama se extiende por todo el reino. Saúl se pone celoso y lo persigue a muerte. Jonatán (hijo de Saúl) lo protege. David sigue respetando a Saúl, por tratarse de una persona consagrada por Dios. Después de la muerte de Saúl y su hijo, la tribu de Judá reconoce como rey a David, mientras las demás tribus de Israel reconocen como rey a Isbaal, hijo de Saúl. Es la guerra civil (2 S 2), que dura siete años y medio. David tiene por capital Hebrón.

**b) David, Rey (2 S 2-8).**

Después de una larga actividad de alianzas y el asesinato de Isbaal, David es reconocido como rey por todas las tribus de Israel y toma posesión de Jerusalén. Estamos en el año 1000 aJC. Dios favorece a David y le promete un reino eterno. El pacto de Dios con David y su dinastía es el aval y el argumento que mantienen alta la moral y viva la esperanza del pueblo en los momentos difíciles. La profecía de Natán (2 S 7: 1-17) constituye el punto de arranque del llamado “mesianismo regio”, es decir, la promesa desborda a Salomón, primer sucesor de David y se proyecta hacia el futuro en espera del rey ideal (Is 7: 9, 11; Mi 4-5). Jesús será el descendiente del rey David y dará inicio a un reino eterno, el reino de Dios. Mientras tanto David, mediante una guerra sistemática, doblega a todos los pueblos de Canaán, haciendo efectivo su dominio sobre ellos.

**c) La sucesión de David (2 S 9-20).**

La curiosidad por saber quien va a ser el sucesor de David es la interrogante

que mantiene viva la atención del lector a través de estos capítulos. Van siendo descartados todos los posibles candidatos, hasta que al fin se alza con el reino Salomón, hijo de David y Betsabé, la mujer de Urías. Con todo, el núcleo principal de la historia de la sucesión de David, lo forma la sección de la rebelión de Absalón.

**d) Apéndices (2 S 21-24).**

Son como paréntesis que interrumpe la historia de la sucesión de David, que se continuará en 1 R 1-2.

## SEGUNDO LIBRO DE SAMUEL

El *Segundo libro de Samuel* (=2 S) continúa el relato iniciado en el primer libro, pues en realidad forman una sola obra. Comienza con el poema en el que David lamenta la muerte de Saúl y Jonatán (cap.1). Después la narración se concentra en la historia del reinado de David, primero sobre la tribu de Judá (cap. 2-4) y luego sobre todo Israel (cap. 5-24).

Aunque Samuel revela una unidad de propósitos, muchos críticos lo consideran una amalgama de varios documentos que corren como dos hilos paralelos por todo el contenido. Sugieren que en sí se trata de dos o tres documentos que son la continuación de los documentos del Pentateuco. Tal teoría se basa en los relatos repetidos o «dobles», de los cuales los más señalados son: dos anuncios de la caída de la casa de Elí (1 S 2, 21ss; 3, 11ss), dos relatos del rechazo de Saúl (1 S 13, 14; 15, 23), dos explicaciones del dicho « ¿Saúl también entre los profetas? » (1 S 10: 10-12; 19: 18-24), dos menciones de la presentación de David a Saúl (1 S 16: 21; 17: 58), dos menciones de la fuga de David de la corte de Saúl (1 S 19, 12; 20, 42), y dos versiones opuestas de la institución de la monarquía (desfavorable, 1 S 8; 10: 17 - 24; 12; favorable, 1 S 9: 1 - 10: 16; 11).

### Significado Institucional y Teológico de 1/2 Samuel.

En la Biblia, todos los libros son teológicos, porque la historia bíblica es sagrada, o sea, está escrita desde y para la Fe. Juntamente con su valor teológico, estos dos libros son ricos desde el punto de vista institucional, dado

que tienen como tema principal la fundación de la monarquía, con las demás instituciones que la acompañan. El libro de Samuel desempeña un papel importante en la historia del Antiguo Testamento. Explica el tiempo crucial en el principio de la monarquía. Muestra la importancia de un rey fiel y obediente a Dios, que a la vez señala al Rey perfecto que ha de venir. El capítulo 7 de 2 Samuel es un capítulo clave para el resto del Antiguo Testamento, puesto que da la promesa a la línea davídica. En Samuel se ven, por los actos de Dios en su tratamiento con su pueblo escogido, las grandes doctrinas de la elección, la revelación, la providencia de Dios, la justicia divina, el perdón de Dios y el Reino de Dios.

David, Rey ideal.

Como persona, como rey y como padre de la monarquía, David ha seguido una trayectoria siempre ascendente a lo largo de la historia bíblica, hasta convertirse en el prototipo del Mesías, el futuro rey ideal, que ha de nacer de su sangre. David aparece en 1/2 de Samuel con todo el atractivo de un héroe de leyenda: bello de presencia, fiel en la amistad, justo y noble con los enemigos, poeta y músico.

David fue el segundo rey de Israel (1000–962 aJC). Se menciona unas ochocientas veces en el Antiguo Testamento y sesenta en el Nuevo Testamento. No se sabe con certeza el significado de su nombre. Fue el menor de ocho hermanos (1 S 17: 12ss) y su padre, Isaí, era nieto de Rut y Booz. Desde muy joven demostró tener valor y ternura como pastor de ovejas. Se alude a David por primera vez después de la desobediencia de Saúl, durante la campaña contra los amalecitas, cuando Samuel informó a éste que Dios le había quitado el reino (1 S 15: 28). Es notable que, habiendo fracasado el primer reino, no se haya pensado en la posibilidad de volver al sistema de jueces. Antes bien, Samuel es enviado a Belén con el mandato divino de escoger al sucesor de Saúl. La elección de David, en lugar de uno de sus hermanos mayores, llama la atención al igual que una serie de casos en que se ha dado preferencia al hermano menor (por ejemplo, Isaac, Jacob y José), casos estos que constituyen una violación del derecho de Primogenitura y que ilustran, por tanto, la soberanía de Dios en el desarrollo de los sucesos que

culminan en nuestra redención. Más adelante ungen a David, y a Saúl se le priva del poder carismático.

Rara vez se encuentran en una sola persona la habilidad, la virtud y la fuerza de voluntad que vemos en David, aunque haya pasado por momentos de debilidad. Ciertamente hubo ocasiones en que a su corazón lo endureció la pasión o el orgullo, pero jamás quiso vengarse de la crueldad de Saúl, y la genuina sinceridad de su lamento por su muerte, las de Jonatán y de Absalón, patentiza nuevamente la gran ternura que le era característica. Repetidas veces se manifiesta su grandeza como poeta, músico y compositor (Juan Bosch, "David: Biografía de un rey", Santo Domingo, 1963, referencia tomada del Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia, W. M. Nelson, BECA, 1998).

La grandeza de David es, sobre todo, de orden religioso. Se muestra respetuoso con Saúl y le perdona la vida porque es el ungido del Señor. Conoce lo que es el pecado, porque es hombre como los demás, pero también ha experimentado lo que es el perdón. Su piedad y virtudes religiosas se ponen de manifiesto en la traslación del arca, en su deseo de construir el templo, y en el respeto hacia los profetas, los sacerdotes y demás instituciones sagradas. A partir de la profecía de Natán, la esperanza mesiánica se ha alimentado de las promesas hechas a la casa de David. El NT se referirá a ella en tres ocasiones: Hch 2 30; 2 Co 6: 18; Hb 1 5. Jesús es descendiente de David, y el nombre de "hijo de David" que le da el pueblo es el reconocimiento de su título mesiánico. De ahí que los Padres de la Iglesia hayan establecido un paralelo entre la vida de David y la de Jesús, el Cristo, el Ungido, elegido para la salvación de todos, rey del pueblo espiritual de Dios y, sin embargo, perseguido por los suyos (Nueva Biblia de Jerusalén).

Monarquía.

La monarquía era una de las instituciones más importantes en todos los pueblos del antiguo oriente próximo. Los reyes eran los que garantizaban la estabilidad moral, material, social y política del pueblo. Los más beneficiados de la misión salvadora y tutelar de los reyes eran los pobres y necesitados. En Egipto, los faraones eran considerados como dioses. En Mesopotamia y Anatolia se concedían a los reyes atributos divinos, aunque no los divinizaban. Los hititas divinizaban a los reyes después de muertos. En Israel no era posible

la divinización de los reyes, puesto que chocaba frontalmente con la Fe monoteísta. Con todo, los reyes, a partir de Salomón, son proclamados hijos adoptivos de Dios 2 S 7: 14. Mediante la unción, los reyes se convertían en personas sagradas y nacían a una nueva vida. Junto a la imagen de la filiación adoptiva se encuentra el paradigma de la Alianza, otra metáfora empleada por la Biblia para expresar las relaciones entre Dios y la dinastía davídica (2 S 23: 5; Sal 89: 4, 40; Jr 33: 20-21; 2 Cro 7: 18).

Jerusalén.

En la historia y en la teología del AT, Jerusalén se halla estrechamente relacionada con David y la dinastía davídica. La elección de Jerusalén (Sión) como capital del reino y sede del arca, y la elección de David y su descendencia como dinastía eterna, son los dogmas recientes del credo israelita, que forman el binomio "David – Sión", paralelo al binomio "Moisés – Sinaí", compendios y resumen al mismo tiempo de los dogmas antiguos: (patriarca – éxodo – Sinaí – tierra).

Jerusalén era a un tiempo la ciudad de Yahweh (Ciudad Santa) y la ciudad de David (Capital del Reino). Políticamente, la importancia de Jerusalén sigue una curva descendente; las grandes potencias se hicieron sentir sobre Palestina, y Jerusalén pasa a ser tributaria sucesivamente de Egipto, Asiria, Babilonia, Persia, Grecia y Roma. En cambio, como ciudad religiosa, su importancia ha ido siempre a más. Está levantada sobre la cima de los montes y hacia ella confluyen naciones y pueblos numerosos, incluso los paganos, porque de "Sión sale la Ley" y ahí "resuena la palabra del Señor" (Is 2: 1-5).

A partir del destierro, Jerusalén ha ido perdiendo incluso realidad histórica y geográfica, para convertirse en categoría teológica. Se empieza a hablar de la Jerusalén celestial y escatológica, tema que alcanza su culminación en el NT (Ap 21-22).

## LIBROS DE LOS REYES

Lo diferente de la posición del rey en Israel y la de los reyes de otras naciones del mundo antiguo se debía a la relación entre el rey israelita y Jehová. Algunas naciones (por ejemplo Egipto) creían que su rey era la encarnación de

un dios y otras lo exaltaban como sacerdote por excelencia. En Israel los profetas no permitían al pueblo creer en la deidad del rey (nótese el significado pertinente de las palabras de Natán a David: «Tú eres aquel hombre», 2 S 12 7); y los sacerdotes limitaban las funciones religiosas del rey (por ejemplo el caso de Uzías, 2 Cro 26 16–21, y el de Saúl, 1 S 13 9–14), aunque éste era el encargado de proveer los sacrificios, etc. (Ez 45: 17). Así que la prioridad histórica de Moisés y Aarón moldeó la forma de la monarquía en Israel, y limitó su papel a lo político y guerrero. Sin embargo, el rey no podía considerarse funcionario meramente secular, porque reinaba como intermediario de Jehová, el verdadero Rey de Israel (no solo antes del establecimiento de la monarquía, Jc 8: 23; 1 S 12: 12, sino también después, 1 Cro 28: 5; cf. Sal 74: 12). El rey entraba en una relación especial con Dios por ser ungido, y recibía poder divino para el desempeño de su papel en la historia del pueblo teocrático (Saúl siguió siendo respetado como «el ungido de Yahveh» a pesar de sus pecados, 1 S 24: 6; cf. 2 S 1: 16).

El plan de Dios siempre fue hacer sentir su soberanía sobre Israel por intermedio de reyes humanos, en preparación para la venida del Mesías. Con este fin escogió el linaje de David (1 Cro 28: 4; Sal 89: 3, 4). Pero el concepto de la monarquía teocrática tuvo que militar contra el concepto conocido de la función del rey (cf. «*Mira, tu te has hecho viejo y tus hijos no siguen tu camino. Pues bien, ponnos un rey para que nos juzgue, como todas las naciones*», 1 S 8: 5, concepto que, en efecto, rechazaba a Jehová como el verdadero Rey de Israel, 1 S 8: 7). Por tanto, antes de establecer el trono de David, Dios se propuso demostrar, por medio del reinado de Saúl, los peligros del concepto común. Previendo que los israelitas pedirían un rey (1 S 8: 20), Dios había declarado de antemano las condiciones para aceptarlo (Dt 17: 14–20):

- (1) Dios mismo lo escogería.
- (2) No debería ser extranjero.
- (3) Poseería riquezas limitadas.
- (4) Se sometería a la Ley de Yahveh.

Los libros de Reyes, 1 y 2 registran la historia del pueblo de Dios durante

cuatro turbulentos siglos, desde 970 a 586 aJC. La narración en estos libros de historia está organizada alrededor de los varios reyes que gobernaron durante ese período, y de ahí el nombre por el que se conocen. En el Canon hebreo estos libros son uno solo y se les llama *Melaquim* (Reyes). En la Septuaginta, donde se hizo la división en dos, se les llamó 3 y 4 Reyes (en la Septuaginta 1 y 2 S se llamaban 1 y 2 R).

El autor del libro, tal como lo tenemos hoy, podría haber sido un contemporáneo de Jeremías, quien tenía la misma preocupación por la desobediencia de Israel.

*Aporte a la Teología.* En Reyes se ve un fenómeno extraordinario: una preocupación por los datos históricos exactos, que hace que esta obra sea quizás la mejor historiografía de aquellos remotos tiempos. Los datos tienen un propósito didáctico: demostrar la acción de Dios en la historia y la relación que Dios tiene con su pueblo. El autor demuestra que el destino de la nación hebrea depende de su fidelidad a Dios y que todos los males que han venido sobre Israel y Judá son efecto de su infidelidad (2 R 23: 27). Con un enfoque semejante al de Deuteronomio, enseña que el camino de la prosperidad y la bendición es la obediencia a la Ley de Dios. Juzga a cada rey según su fidelidad a la Ley Mosaica y al culto en Jerusalén. El libro de Reyes es una interpretación teológica de la historia de Israel y Judá.

En la teología de Reyes hay la tensión dialéctica entre el juicio y la salvación, entre una visión pesimista y otra esperanzada de la historia. La única vía de salvación consistía en la aceptación de lo justo del castigo divino mediante el arrepentimiento de la nación. En definitiva, el énfasis sobre el arrepentimiento, como lo señala G. von Rad, es un índice para la esperanza del pueblo, al describirse cuarenta y cinco ejemplos de profecías cumplidas, basadas en promesas hechas a David y su descendencia.

## PRIMER LIBRO DE REYES

Historia.

A manera de introducción al *Primer libro de Reyes* (1 R), el autor narra la última etapa de la historia de David desde el punto en que la había dejado 2

*Samuel*. La avanzada edad del rey hace prever la proximidad de su muerte, y la monarquía de Israel ha de encarar el problema de la sucesión al trono. Requerido por Betsabé, David dispone que se unja y proclame rey a su hijo Salomón (1 R 1–2), quedando así establecida la dinastía davídica. De esta forma, la historia del pueblo de Israel entra en una nueva fase, la sucesión monárquica, que cubre el período entre el comienzo del reinado de Salomón (c. 970 aJC) y la caída de Jerusalén en tiempos de Sedequías (586 aJC).

En contraste con las espléndidas realizaciones del reinado de Salomón, *1 Reyes* descubre algunos aspectos personales que desdoran su imagen. Entre ellos, la conducta apóstata y poco ejemplar del monarca y su actitud permisiva ante la penetración en Israel de cultos paganos e idolátricos. Porque Salomón, a fin de consolidar su poder, y conforme a los usos y costumbres de la época, estableció acuerdos políticos y comerciales con naciones vecinas tomando por esposas a princesas extranjeras (1 R 7.8; 11.1–3); de modo que tuvo muchas mujeres no israelitas, «las cuales quemaban incienso y ofrecían sacrificios a sus dioses», y cuando llegó a la vejez, «sus mujeres le inclinaron el corazón tras dioses ajenos», de modo que adoró ídolos y les erigió santuarios (1 R 11.4–8).

También informa *1 Reyes* acerca del alto costo de las construcciones promovidas por Salomón. Para sufragarlas se recurrió a la imposición de tributos públicos, que convirtieron en realidad las advertencias de Samuel acerca de la institución de una monarquía en Israel (cf. 1 S 8). Considerados por muchos como cargas en extremo onerosas, dieron lugar a un clima de tensión que no tardó en extenderse por todo el país. Aquel descontento, agravado con el renacer de viejas desavenencias entre los territorios del norte y del sur (cf. 2 S 20.1–2), pronto quebró la frágil unidad política alcanzada en el reinado de David (cf. 2 S 2.4; 5.1–3).

La situación política de Israel padeció siempre de gran inestabilidad. En sus algo más de dos siglos de existencia (929–721 aJC), el reino contó nueve dinastías para un total de diecinueve reyes, muchos de los cuales llegaron al trono usando medios violentos. En Judá, por el contrario, los reyes que se sucedieron durante los tres siglos y medio de permanencia del reino (929–586

aJC) fueron todos descendientes de David, a excepción de la reina Atalía, que, habiendo usurpado el trono, logró mantenerse en él durante seis años.

La última parte de *Reyes* (2 R 18–25) está dedicada a los tiempos siguientes a la caída de Samaria y la desaparición del reino del norte. Se distingue en estos capítulos la época de Josías, a causa de la reforma religiosa que él impulsó, pero que, pese a su importancia, no bastó para contener la desintegración moral y política de Judá (2 R 23.26–27). Después de Josías, la sucesión monárquica se encaminó directamente hacia su dramático final con la destrucción de Jerusalén y el exilio babilónico.

Inscrita en el marco histórico de *Reyes*, corre también la vida de algunos profetas. Objeto de singular atención son Elías (1 R 17–2 R 1) y Eliseo (2 R 2.1–8.15; 13.14–20), los dos grandes representantes del profetismo; pero a su lado figuran también los nombres de otros profetas, que van de Natán (1 R 1.45) a Hulda (2 R 22.14–20) pasando por Ahías de Silo (1 R 11.29–40), Semaías (1 R 12.21–24) e Isaías (2 R 19.20–20.19). Dado el carácter narrativo de los libros de *Reyes*, el autor tiende especialmente en mostrar la actitud de los profetas en momentos de importancia decisiva para la historia de Israel. No se limita, pues, a recoger y transmitir el mensaje profético como tal, sino que presenta a los profetas en su personal relación con el acontecer histórico. De particular significación son los pasajes en que un profeta se enfrenta con un rey para echarle en cara su conducta y su falta de fidelidad al Señor (1 R 18.16–19; 21.17–29; 2 R 1.15–16). En la Biblia hebrea, los libros de *Reyes* están integrados en el grupo de los denominados *Profetas anteriores*. Esto significa que, aun cuando en principio sean catalogados estos escritos como género narrativo, su propósito, más allá de lo puramente histórico, es proyectar una reflexión profética desde la base de una etapa de la historia de la salvación. Aquí es evidente la influencia de la teología del Deuteronomio, que insiste en la fidelidad a la *Torah* como fundamento necesario para que se cumplan, en el pueblo de Dios, las promesas recibidas de paz y prosperidad (Dt 28.1–14; cf. 2 R 21.8).

Lo mismo que *Samuel* y *Crónicas*, también *Reyes* es una sola obra compuesta de dos volúmenes. Esta división del texto no se debe a ningún plan previo,

sino que es más bien artificiosa, hecha en el S III a JC por los traductores de la Septuaginta.

Como ya apuntamos, el o los autores de *Reyes* se sirvió de diversas fuentes, p.e. los archivos del Templo, y también de un número desconocido de narraciones contemporáneas relativas a los profetas. De modo expreso, el texto alude a algunos documentos perdidos hasta hoy para la investigación histórica:

Libro de los hechos de Salomón: 1 R 11.41.

Libro de las historias de los reyes de Israel: 1 R 14.19.

Crónicas de los reyes de Judá: 1 R 14.29.

El mensaje.

Ciertamente, la historia de los dos reinos, Judá e Israel, se deja ver como una interminable serie de fracasos, delitos y flagrantes infidelidades al Señor, de los cuales fueron responsables inmediatos y principales los propios monarcas. El gobierno del pueblo de Dios se les había confiado para que lo ejercieran con sabiduría —la que para sí mismo pedía Salomón (1 R 3.9) —, no arbitrariamente o con despotismo, sino como un auténtico servicio de guía y protección (1 R 12.7). Pero aquellos reyes se dejaron arrastrar por la corrupción, cayeron en la idolatría y condujeron su nación al desastre y a la pérdida de la libertad y la independencia. Como paradigmas de depravación y de impiedad se describen los reinados de Oseas sobre Israel (2 R 17) y de Manasés sobre Judá (2 R 21.1–18).

El *Segundo libro de Reyes* (=2 R) continúa la historia que comienza en el primero, termina la narración de la vida del profeta Elías e introduce algunos episodios de la vida de Eliseo, su discípulo y sucesor. Presenta la historia de los dos reinos, hasta la caída de Samaria, capital del reino del norte, en el 721 aJC, y finalmente incluye la última etapa del reino del sur y la destrucción de Jerusalén.

Los dos libros de los Reyes, que originalmente eran uno solo, cubren la historia de los reyes de Israel y de Judá, desde la muerte de David (hacia el 970 aJC) hasta el destierro de Babilonia (año 587 aJC), o sea, un espacio

aproximado de cuatro siglos.

Historia sincrónica de los dos reinos.

A la muerte de Salomón se produce la división del reino o, mejor dicho, se retorna a la situación anterior, cuando el pueblo estaba dividido en tribus o reino del Norte (Israel) y tribus o reino del Sur (Judá). De ahí que, a partir de este momento, ambos libros, 1/2 Reyes, se conviertan en la historia sincrónica de los dos reinos.

División del reino. La división del reino se interpreta como un castigo de Dios por los pecados de Salomón (1 R 11). En realidad, entre el norte y el sur existían diferencias y tensiones de orden teológico, político y económico, que venían ya de antiguo. Las tribus del norte estaban enraizadas en las tradiciones mosaicas, mientras que las del sur sentían preferencias por las tradiciones davídicas.

A las tribus del norte les parecía que David y Salomón habían introducido en la corte y en el templo de Jerusalén algunos elementos ambiguos, tomados de las monarquías paganas del entorno, que no se ajustaban del todo a la ortodoxia yahvista y al espíritu tradicional. Además de entender que esos reyes (preocupados por la construcción del Templo y de ciudades fuertes) las habían sometido a presiones fiscales y prestaciones personales, que ellas juzgaban desorbitadas y abusivas (1 R 5: 27-32; 9: 15-21 a pesar de lo que digan 9: 22 y 11: 28). Tenían la convicción de que se les exigía una contribución mayor para el estado, superior a la de las del sur, por lo cual se sentían agraviadas y discriminadas. La irritación debió alcanzar su punto más álgido cuando Salomón cede a Jirán, rey de Tiro, veinte ciudades del reino del norte a cambio de materiales y personal técnico para la construcción del Templo.

Historia del reino de Judá.

Esta parte cubre la historia del reino del sur (Judá) cuando ya se quedó solo, una vez que el reino del norte fue dominado por Salmanasar V. Son 135 años de historia, el espacio de tiempo que se extiende entre la caída de Samaria (722/21 aJC) y la destrucción de Jerusalén, junto con el destierro de Babilonia (587 aJC).

Si se exceptúan a Ezequías y Josías, que llevan a cabo sendas reformas religiosas, los demás reyes dejan mucho que desear. El reino de Judá camina hacia una ruina que ya se presiente próxima. Donde hay un rey como Ezequías que confía en Dios, que ora, que es fiel a la Alianza, que se deja guiar por las palabras de los profetas y lleva a cabo una reforma religiosa, el éxito está asegurado. Esta es la teología que preside y determina las actuaciones y acontecimientos del reinado de Ezequías.

De todos los reyes, el que recibe una calificación más elogiosa y laudatoria es Josías: “Ni antes ni después hubo un rey como él, que se convirtiera al Señor con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, conforme en todo con la ley de Moisés” (2 R 23: 25).

Son varias las razones que están detrás de estos elogios:

- 1ª. Durante su reinado tiene lugar en el templo de Jerusalén el descubrimiento del Libro de la Ley;
- 2ª. Dicho libro se convierte en el código o programa de una reforma de gran alcance, y;
- 3ª. Es posible que la primera edición de la Historia del Deuteronomio haya sido compuesta en este momento, con el fin de apoyar y potenciar la reforma. En el c. 6 vv. 4 y 5 del Dt. aparecen las mismas palabras de este elogio: «*Escucha Israel: Yahweh, nuestro Dios, es Yahweh-único. Y tú amarás a Yahweh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Graba en tu corazón los mandamientos que yo te entrego hoy, repítelos a tus hijos,...*».

Palabras similares a éstas encontraremos en el Evangelio según San Marcos como respuesta de Jesús a uno de los maestros de la Ley cuando le preguntó: Mc 12: 28-30 «*¿Cuál de los mandamientos encabeza a los demás?*» Jesús le contestó: «*El primer mandamiento es: Escucha, Israel: El Señor, nuestro Dios, es un único Señor. Al Señor tu Dios amarás con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas*».

Historias de los principales personajes.

a) *Historia de Salomón*. Los dos primeros capítulos de la historia de Salomón son la continuación y el desenlace final de la crónica de la Sucesión de David. La sucesión al trono no estaba aún regulada, dado que la monarquía era una institución recién estrenada en Israel. De ahí que, al acercarse la muerte de David, se forman, para sucederle, dos candidaturas apoyadas por sus correspondientes grupos, la de Adonías y la de Salomón. Gana Salomón, apoyado por el profeta Natán, el general Benayas y Betsabé, su madre.

La larga narración del reinado de Salomón (1 R 3-11), detalla la excelencia de su sabiduría, el esplendor de sus construcciones, especialmente del Templo de Jerusalén, y lo abundante de sus riquezas. Es, por tanto, una época gloriosa y llena de esplendor para el pueblo judío, pero el espíritu conquistador del reino de David ha desaparecido, solo se organiza, se conserva y sobre todo se saca partido de los triunfos de David (Biblia de Jerusalén).

El gran espacio dedicado a esta historia puede deberse a tres razones:

- 1ª. Subrayar la importancia del templo de Jerusalén, como único santuario legítimo;
- 2ª. Dejar constancia de que en Salomón se han cumplido las promesas hechas a David, y;
- 3ª. Dejar entrever el esplendor y la grandeza que hubiese alcanzado Israel si los reyes se hubieran mantenido fieles a la Alianza.

Salomón (del hebreo: *el pacífico*) fue por tanto el tercer rey de Israel (ca. 971–931 aJC) y segundo de los cinco hijos que David tuvo de Betsabé (1 Cro 3: 5; 14: 4; 2 S 5: 14; 12: 24). No figura en la historia bíblica sino hasta los últimos días de David (1 R 1: 10ss), a pesar de haber nacido en Jerusalén en el inicio del reinado de David (2 S 5: 14), bajo un pacto eterno de Dios (2 S 7: 12–15). Antes de su nacimiento Dios lo había designado sucesor de David (1 Cro 22: 9, 10). Aunque David prometió a Betsabé que Salomón sería su sucesor (1 R 1: 13, 17), la sucesión no se anunció oficialmente sino hasta después del intento de Adonías de proclamarse rey, por ser el mayor de los hijos sobrevivientes (2 S 3: 4; 1 R 1: 5–10, 24–27). En respuesta a las instancias de Natán y Betsabé, David pronto intervino y mandó que Salomón fuese ungido y puesto en el trono (1 R 1: 32–52). Salomón fue de nuevo proclamado y ungido

rey por David, formal y públicamente, poco antes de la muerte de éste; tenía entonces apenas veinte años (1 Cro 28: 1; 29: 22; 1 R 2: 1–12; 3: 7). David le dio instrucciones solemnes en cuanto a su trabajo como sucesor y edificador del Templo. Aunque Salomón subió al trono como primer rey de una dinastía sin el «carisma» de sus antecesores (por ejemplo, los jueces, Saúl y David), Dios le dio sabiduría especial por haber pedido «un corazón entendido para juzgar y gobernar a este pueblo tan grande» (1 R 3: 3–28). Por haber sobrepasado en sabiduría a sus contemporáneos de Egipto, Arabia, Canaán y Edom, Salomón fue reconocido como el gran impulsor de la literatura de sabiduría israelita.

En ningún otro tiempo de la monarquía hubo tanta oportunidad de contactos internacionales, ni tanta abundancia y paz como para inspirar obras literarias. Salomón tomó la iniciativa en este movimiento, coleccionando y componiendo miles de proverbios y cánticos (1 R 4: 29–34). Además de sabiduría, Dios le dio honores y riquezas; a su corte llegaban representantes de otras naciones, entre los cuales figuró la reina de Sabá (1 R 10: 1–15; 2 Cro 9: 1–12, 23).

b) *Historia de ELÍAS* (Datos importantes de su vida y Referencias).

Profetiza al rey Acab una sequía de tres años (1 R 17.1).

Va al arroyo de Querit; los cuervos le llevan comida (1 R 17.2–7).

Al secarse el arroyo de Querit, va a Sarepta. Allí se aloja en casa de una viuda. La pequeña ración de harina y aceite de la viuda se multiplica milagrosamente mientras dura la sequía. El hijo de la viuda enferma y muere; Elías lo resucita (1 R 17.8–24). Al pasar los tres años, Elías vuelve a presentarse ante Acab. Reta a los profetas de Baal. El Señor prueba que solo él es Dios. Acaba la sequía (1 R 18).

Huye para escapar de la venganza de Jezabel, esposa de Acab (1 R 19.1–4)

En el monte Horeb, Dios lo anima, le da una nueva visión y nuevas instrucciones (1 R 19.5–18).

Consagra a Eliseo como su sucesor (1 R 19.16, 19–21).

Acab desea la viña de Nabot. Jezabel arregla el asesinato de este para obtenerla. Elías pronuncia el juicio de Dios sobre Acab (1 R 21).

Ocozías, sucesor de Acab, es herido. Elías le anuncia que va a morir (1 R 1).

Elías y Eliseo van a diferentes lugares. Elías es llevado al cielo en un torbellino, dejando a Eliseo como profeta en su lugar (2 R 2.1–12).

Otras referencias (Mal 4.5 (3.23); Mt 11.14; 17.3–4; 17.10–12; Rm 11.2; St 5.17).

### *ELÍAS Profeta de Israel del siglo IX.*

El *TM* sugiere que aunque Elías residía en Galaad, el lugar de su nacimiento era otro (quizás Tisbé de Neftalí). La LXX tiene como su lugar de nacimiento a Tisbé de Galaad. Aparentemente Josefo está de acuerdo con esto (*Ant.* 8. 319). Tradicionalmente se lo ha considerado como un lugar ubicado unos 13 km al N del Jaboc. El ministerio profético de Elías está registrado en 1 R 17–19; 21; 2 R 1–2. Estas narraciones están escritas en el hebreo clásico más puro “de un tipo que difícilmente pueda encontrarse después del siglo VIII” (W. F. Albright, *From the Stone Age to Christianity*, pp. 307 [trad. cast. *De la edad de piedra al cristianismo*]). No podrían haber durado mucho tiempo en forma oral. Describen su ministerio en el reino del N durante la dinastía de Omri. Elías era contemporáneo de Acab y Ocozías, y por la posición de la narración del arrebatamiento (2 R 2) y la respuesta a la pregunta de Josafat en 2 R 3.11, llegamos a la conclusión de que su arrebatamiento se produjo probablemente en la época del comienzo del reinado de Joram en Israel aproximadamente.

Elías aparece en el primer episodio (1 R 17) sin introducción, y después que hizo llegar a Acab el oráculo anunciándole una sequía se aleja de la jurisdicción de este rey, primero al uadi Querit, al E del Jordán, y de allí a Sarepta (la actual Sarafend debajo de Sidón todavía preserva el nombre y domina las ruinas de este antiguo puerto sobre el Mediterráneo). Elías se mantuvo en forma milagrosa en ambos lugares, y mientras se encontraba en Sarepta hizo un milagro de curación (1 R 17.17–24). El segundo episodio, tres años más tarde (1 R 18.1; cf. Lc 4.25; St 5.17, que siguen la tradición judía), narra el cese de la sequía una vez eliminado el culto a Baal en el monte Carmelo. La sequía impuesta y retirada por la palabra de Yahvéh fue un reto a la soberanía de Baal sobre la naturaleza 1 R 17 mostraba a Elías en el propio centro de Baal-melcart, mantenido por Yahvéh mientras el país languidece (1 R 17.12; cf. Jos., *Ant.* 8. 320–4). 1 R 18 pone de manifiesto el desafío, y la

supremacía de Yahvéh queda espectacularmente demostrada.

En referencias posteriores (p. ej. 2 R 10.18–21) puede verse que el culto a Baal en el monte Carmelo no fue totalmente exterminado por cierto. Para la presencia de un altar de Yahvéh en este monte, Keil sugiere que probablemente lo construyeron adoradores piadosos de Yahvéh después de la división del reino. Algunos comentaristas omiten 1 R 18.30b completamente, mientras otros omiten los vv. 31–32a. El tercer episodio (1 R 19), que describe la huida de Elías a Horeb a fin de librarse de la ira de Jezabel, es particularmente significativo. Horeb era el monte sagrado en el que se manifestó el Dios del pacto de Moisés, y el viaje de Elías a este lugar representa el retorno de un profeta leal, pero descorazonado, a la fuente misma de la fe por la cual había luchado. Aparentemente la comisión final en 1 R 19.15–18 fue sólo parcialmente cumplida por Elías. Los reinados de Hazael y Jehú en Siria e Israel, respectivamente, están registrados en el ciclo de Eliseo.

El incidente de Nabet (1 R 21) ilustra y justifica el principio arraigado en la conciencia religiosa de Israel, el principio de considerar que la tierra que poseía una familia o clan israelita era un don de Yahvéh, y que no reconocerlo y no respetar los derechos del individuo y la familia en el seno de la comunidad del pacto traería como consecuencia el juicio. Elías surge como el campeón de las poderosas demandas éticas de la fe mosaica que tan significativamente faltaban en el culto a Baal. El quinto episodio en 2 R 1 continúa ilustrando el choque entre Yahvéh y Baal. La dependencia de Ocozías del dios de la vida de Siria, Beelzebú (Beel-zebul en los textos de Ras Shamra, cf. Mt 10.25; Beel-zebú, que significa “Señor de las moscas”, probablemente fuera una forma de ridiculizar a la deidad siria), provoca el juicio de Dios (2 R 1.6, 16). Un juicio de fuego también cae sobre los que trataron de resistir la voz de Yahvéh atacando a su profeta (2 R 1.9–15). El arrebatamiento de Elías en un torbellino le da un toque dramático al final de su espectacular carrera profética.

La exclamación de Eliseo (2 R 2.12) se repite en 2 R 13.14 con referencia a sí mismo. Se pueden hacer dos observaciones sobre la importancia de Elías. Primero, que sigue la tradición veterotestamentaria de la profecía extática que

proviene de los días de Samuel, y también que es un precursor de los rapsodistas o profetas escritores del siglo VIII. Su nexa con la tradición anterior se ve en que, en primer lugar, es un hombre de acción, y sus movimientos determinados por el Espíritu desafían la predicción humana (1 R 18.12). En el fondo de la obra de Elías siguen existiendo las escuelas proféticas de la época de Samuel (1 R 18.4, 13; 2 R 2.3, 5, 7).

c) *Historia de ELISEO* (Datos importantes de su vida y Referencias).

Elías lo llama para ser su sucesor (1 R 19.19–21).

Está con Elías cuando este es llevado al cielo. Se le asegura el poder para continuar con el trabajo de Elías (2 R 2.1–12).

El poder se manifiesta inmediatamente por medio de milagros (2 R 2.13–25).

Profetiza que reyes de Judá, Israel y Edom vencerán a los moabitas (2 R 3).

Ayuda a una viuda proveyéndole aceite milagrosamente (2 R 4:1–7).

Profetiza el nacimiento de un hijo a una mujer de Sunem. Años después, cuando el niño muere, Eliseo lo resucita (2 R 4.8–37).

Eliseo provee comida, milagrosamente, para un grupo de profetas (2 R 4.38–44)

Sana a Naamán; el pecado de Giezi es castigado (2 R 5).

Recupera el hacha de un profeta (2 R 6.1–7).

Previene al rey de Israel de los planes de los sirios. El rey sirio intenta capturarlo, pero Dios interviene (2 R 6.8–23).

Los sirios sitian Samaria y hay una gran hambruna. El rey de Israel culpa a Eliseo de la desgracia e intenta matarlo. Eliseo predice el fin del sitio. Dios interviene y los sirios huyen (2 R 6.24–7.20).

Predice la muerte del rey sirio Ben-adad, y que Hazael lo sucederá en el trono de Siria (2 R 8.7–15).

Envía a un joven profeta a consagrar a Jehú como rey de Israel, en lugar de Joram (2 R 9.1–13).

Eliseo muere, después de profetizar que Jehú derrotará a los sirios. Un muerto lanzado dentro de la tumba de Eliseo, resucitó al rozar los restos del profeta (2 R 13.14–21).

*ELISEO Profeta de Israel en el siglo IX.*

Su nombre aparece en el AT griego como Eleisaie, en Josefo como Elissaios, y en el NT como Elisaios. Significa “Dios es salvación”. Su padre se llamaba Safat. Todo lo que puede saberse sobre el origen de Eliseo se encuentra en 1 R 19.16, 19–21. No se nos dice su edad ni su lugar de nacimiento, pero podemos suponer que había nacido en Abelmehola (Tell Abu Sifri [?]), en el valle del Jordán, y que todavía era joven cuando Elías lo buscó. También se desprende que provenía de una familia de poder adquisitivo regular. Su ministerio, si nos guiamos por la fecha de su llamamiento, abarcó los reinados de Acab, Ocozías, Joram, Jehú, Joás, y Joacaz, en total un período de más de 50 años. El ministerio de Eliseo se narra en 1 R 19; 2 R. 2–9; 13, y comprende una serie de aproximadamente 18 episodios. Eliseo aparece como un tipo de vidente de la tradición de Samuel, a quien acuden en busca de ayuda tanto campesinos como reyes por igual.

Los libros de los Reyes como historia teológica.

Al autor de 1/2 Reyes no le interesa tanto los aspectos políticos, sociales y económicos de la historia, como su dimensión religiosa, tal y como sucede con reinados tan importantes como los de Omri y Jeroboán II, que marcan los momentos de mayor esplendor del reino del norte. En cambio, a los acontecimientos religiosos les concede una extensión desmesurada. En este sentido ya hemos afirmado que la historia de la monarquía es primordialmente una teología. El exegeta está interesado en demostrar que el trágico final de los dos reinos es la consecuencia lógica de la progresiva degradación de los reyes, infieles casi todos ellos a las cláusulas de la Alianza, especialmente al primer mandamiento (monoteísmo) y a la ley del único santuario.

## Capítulo 7

### LOS ANALES Y LA RECONSTRUCCIÓN

El nombre hebreo de estos dos libros se traduce como “Actas de los días”, que pudiera entenderse como “Anales”. El nombre actual proviene de “Cronicón”, que Jerónimo dio a estos dos libros, considerándolos como una crónica de toda la historia sagrada. Aunque aparecen como dos libros en el AT, es evidente que

son de un solo autor, presentando tanto unidad de plan como de propósito. En el antiguo Canon hebreo formaban una sola obra. En la LXX (Septuaginta) quedó dividida en dos, división que finalmente quedó admitida para las ediciones impresas posteriores.

Se divide en:

- a) Las genealogías, sobre todo de Judá, Benjamín y Leví, desde la Creación hasta el regreso de los exiliados en Babilonia (1 Cro 1-8) con una lista de los que moraban en Jerusalén, probablemente desde antes del exilio (1 Cro 9: 1-34). La genealogía de Saúl y Jonatán, y el relato de su muerte (1 Cro 9: 35-10: 14) forman la transición entre ambas secciones.
- b) La historia de los israelitas, y más especialmente la de Judá, desde la consagración de David hasta el retorno de los exiliados (2 Cro 11-36).

La Biblia Griega y la Vulgata llamaban a estos libros de las Crónicas: Paralipómenos, es decir, los libros que refieren las “cosas omitidas”, que añaden un complemento. Se consideran obra del Judaísmo postexílico, privado de independencia política, pero bajo la dirección de sus sacerdotes, según las reglas de su ley religiosa. Sin embargo, como puntualiza la Biblia de Jerusalén, este marco legalista y ritual recibe vida de una corriente de piedad personal, de las doctrinas sapienciales, del recuerdo de las glorias o de las debilidades del pasado y de la confianza en las promesas de los profetas.

Para el autor, o los autores, de Crónicas la santificación del clero, es decir de los sacerdotes del Templo, se extiende a los seglares mediante su participación en los sacrificios de comunión, y dicha comunidad no se restringe exclusivamente a los de Judá, sino que se imagina las Doce Tribus unidas bajo el cetro de David, de manera que ni aún los paganos quedan excluidos de la oración del Templo. Israel es todo el pueblo fiel, con el que Yahveh había concertado en otro tiempo una Alianza y con el que ha renovado aquella Alianza en la persona de David. El centro de interés de esta larga historia es el Templo de Jerusalén y su culto, desde los preparativos bajo David hasta la restauración llevada a cabo por la comunidad vuelta del Destierro. Crónicas concluye con la autorización dada por Ciro para la reconstrucción del Templo.

El autor, o los autores, escriben para sus contemporáneos, les recuerdan que la vida de la nación depende de su fidelidad a Yahveh y que esta fidelidad hay que expresarla mediante la obediencia a la Ley y a la regularidad de un culto animado por la verdadera piedad. Quiere hacer de su Pueblo una comunidad santa. Su enseñanza sobre la primacía de lo espiritual y sobre el gobierno divino de todos los acontecimientos del mundo tiene un valor permanente. Enseñanzas estas que deberíamos meditar en una época como la nuestra, en que la invasión de lo mundano y lo material parece retrasar indefinidamente el establecimiento del Reino de Dios (Biblia de Jerusalén).

## PRIMER LIBRO DE CRÓNICAS

### Historia.

En los dos libros de *Crónicas* (que en realidad son una sola obra compuesta de dos tomos) se reproduce la mayor parte de los acontecimientos que se narran en los de *Samuel* y *Reyes*. Este hecho puede llevar al lector a la idea equivocada de hallarse ante la simple repetición de esos mismos episodios históricos. Sin embargo, *Crónicas* lo hace dentro de determinados márgenes de libertad narrativa, requeridos por las nuevas circunstancias en que hubo de desenvolverse el pueblo judío en los años siguientes al retorno de los exiliados a Jerusalén.

La situación no era por entonces la misma que antes de la cautividad babilónica. La monarquía, inaugurada en la segunda mitad del siglo XII aJC con la proclamación de Saúl como rey, había llegado a su fin junto con la destrucción de Jerusalén (586 aJC), y las condiciones de vida de los judíos no eran ahora las mismas que antes del destierro. La comunidad constituida por los repatriados ya no formaba parte de un estado independiente, sino de una nación sometida, vasalla del imperio persa. Y aunque es cierto que, en términos generales —y a diferencia de las precedentes dominaciones de Asiria y Babilonia—, los gobernantes persas se mostraron benévolo y practicaron una política de tolerancia religiosa con los judíos, también lo es que otras gentes de la vecindad geográfica se les manifestaron totalmente hostiles.

En aquella nueva etapa, el pueblo judío estaba llamado a reconsiderar su historia desde un punto de vista que les permitiera comprender mejor el presente y los orientara respecto del futuro. Y esto es precisamente lo que el autor de *Crónicas* ofrece a la comunidad postexílica: una reflexión sobre el pasado de Israel y una lección de fidelidad al Señor, a su Ley y al culto en el santuario de Jerusalén.

Los libros de *Crónicas* son una expresión típica del judaísmo postexílico. Para su composición, el autor recurrió a materiales recogidos de *Génesis*, *Éxodo*, *Números*, *Josué* y *Rut*, de los cuales extrajo, p.e., las genealogías de 1 Cr 1–9. Pero fue sobre todo en los libros de *Samuel* y *Reyes* donde encontró una rica fuente de información, que él incorporó a *Crónicas*, reproduciéndola a veces literalmente, o bien redactándola de nuevo.

El primer libro de *Crónicas* (=1 Cr) contiene una larga serie de genealogías que se extienden desde Adán hasta Saúl (cap. 1–9), y en las que ocupan importantes espacios las líneas sucesorias de David (cap. 3), Aarón (6.49–81) y Saúl (9.35–44). La exposición de estos linajes introduce al lector en el resto del libro, que presenta la historia del rey David (cap. 10–29) hasta su muerte, ocurrida «en buena vejez, lleno de días, de riqueza y de gloria» (29.28).

El segundo libro (*2 Crónicas*) consta de dos partes, más un apéndice a modo de conclusión. La primera de ellas (cap. 1–9), dedicada íntegramente al reinado de Salomón, concluye con su muerte. En la segunda parte (10.1–36.21), el Cronista relata la historia del reino de Judá, desde Roboam hasta la destrucción de Jerusalén y la deportación a Babilonia. La conclusión (36.22–23) es una referencia a Ciro, el persa, y a su decreto autorizando el regreso de los judíos exiliados. Estos versículos finales de *2 Crónicas* reaparecen al comienzo del libro de *Esdras* (cf Esd 1.1–3).

En la sección dedicada al reinado de David, el cronista se detiene con singular minuciosidad en el traslado del Arca del pacto a Jerusalén, la organización del culto, las funciones de los levitas y los preparativos y acopio de materiales para construir el Templo (véase, p.e., 1 Cr 15.1–17.27; 21.28–22.19). Salomón había recibido de su padre David el encargo de ejecutar este proyecto de

«edificar una Casa en la cual reposara el Arca del pacto de Jehová» (1 Cr 28.2); así lo había dispuesto el Señor: «Salomón, tu hijo, él edificará mi Casa y mis atrios» (1 Cr 28.6). Esto no obstante, el Cronista, desde su peculiar análisis histórico y teológico, ve en David al verdadero fundador del Templo y de su ceremonial, por cuanto fue David quien, delegando en Salomón todas las responsabilidades, le entregó los planos para la edificación del santuario único donde un día el pueblo de Israel habría de adorar a Dios (1 Cr 28.1–29.25).

En su mayor parte, la historia de Salomón, el rey sabio entre los sabios, gira en torno a la construcción del Templo. El Cronista incluye la oración pronunciada por el rey en la solemne ceremonia de dedicación, y la respuesta de Dios a su plegaria. Otros monarcas después de Salomón estuvieron también relacionados con los cuidados del Templo y del culto, así como con importantes reformas religiosas que siguieron a algunas etapas de apostasía del pueblo. De esos reyes da testimonio *2 Crónicas*: Asa (cap. 14–16), Josafat (cap. 17–20) y, sobre todo, Ezequías (cap. 29–32) y Josías (cap. 34–35).

Temas como los mencionados los expone el Cronista más ampliamente que *Samuel* o *Reyes*. Sin embargo hay otros asuntos que él prefirió pasar por alto. Tal es el caso de ciertos sucesos de la historia de David que podían ensombrecer la memoria del gran rey de Israel: sus conflictos con Saúl, algunos injustificables comportamientos anteriores a su ascenso al trono, el lamentable episodio de Betsabé y Urías, los dramas familiares y la rebelión de Absalón. Tampoco se interesa el Cronista por la historia del reino del norte, al que alude pocas veces y más bien con acentos peyorativos (p.e., 2 Cr 10.19; 13.1–20). Para él, solamente el reino de Judá y la dinastía de David ostentaban la legitimidad; el reino de Israel, nacido de la ruptura de la unidad nacional (cf. 1 R 12) y mancillada su fe por la idolatría, no podía representar al genuino pueblo de Dios.

El mensaje.

En el marco histórico en que se desarrolla la narración de *Crónicas*, no solamente debe considerarse la reconstrucción del Templo y las murallas de Jerusalén. También se pretende restaurar el espíritu de la comunidad judía postexílica. El Cronista rememora para sus lectores el principio inamovible de

que la vida del pueblo de Israel dependía de su fidelidad al Señor: una fidelidad de orden individual y colectivo, testificada por la obediencia a la Ley y por una vida de piedad sincera. Esto es lo que había alentado a David a impulsar la edificación del Templo y a trazar las líneas esenciales de su ritual cúlctico; y esto es lo que también había tratado de inculcar en su pueblo. David sabía que, en tanto la comunidad israelita fuera fiel a la elección con que había sido distinguida de las demás naciones, Dios no dejaría de mostrarle su favor y de cumplirle todas sus promesas.

#### ESDRAS – NEHEMÍAS.

Los libros de Esdras y Nehemías formaban en la Biblia Hebrea y en la Septuaginta un solo “Libro de Esdras”. Esta última retenía un libro apócrifo “Esdras I” que lo antecedía y por ello a éste lo llamaba “Esdras II”. En la época cristiana el libro fue dividido en Esdras y en Nehemías, aunque en la Vulgata recibiera los nombres de Esdras I, Esdras II el libro de Nehemías y Esdras III al apócrifo griego. Por tanto los títulos de Esdras y de Nehemías son más recientes y se ha introducido en ediciones impresas de la Biblia masorética.

El libro de Esdras se divide en dos secciones fundamentalmente:

- a)** Los judíos de Babilonia retornan a Judea conducidos por Zorobabel, se restablece el altar y el servicio divino y se reconstruye el Templo, a pesar de la oposición de los samaritanos (Esd 1-6).
- b)** Después de un silencio de 58 años se reanuda el relato con el retorno de una segunda expedición de exiliados, bajo el liderazgo de Esdras (458-457 aJC). El texto relata también las enérgicas acciones desarrolladas por Esdras para evitar los matrimonios de los israelitas con mujeres extranjeras (Esd 7-10).

El libro contiene además copias de documentos y actas oficiales que en su mayoría están escritas en arameo, empleado durante años como lengua comercial y diplomática. El resto del libro, redactado en hebreo, relata la historia interna de Judea y entre tales escritos se encuentra el “Edicto Real de Ciro” a favor del pueblo judío (Esd 1: 2-4), una relación de los utensilios del Templo (Esd 1: 7-11), copia de archivos judíos (Esd 2: 1-67; 8; 10: 18-44),

entre otros.

La actividad de Esdras se desarrolló durante el reinado de Artajerjes (465-424 aJC). El descubrimiento de los papiros de Elefantina del Siglo V aJC, escritos en arameo, se corresponden exactamente con las fórmulas oficiales empleadas por Esdras y presenta un cuadro casi idéntico, al que encontramos en Esdras y Nehemías, sobre las dificultades que presentaban los judíos de Jerusalén con sus adversarios.

### TEMPLOS EN JERUSALÉN

Templo	Época	Información
I. Templo de Salomón (Primer Templo)	c. 957–587 a JC	Edificio de esplendor legendario construido por el rey Salomón. Símbolo de la unidad nacional y religiosa del pueblo, fue destruido por los ejércitos de Nabucodonosor en el año 587 aJC. Véase 1 R 6–8; 2 Cr 3.1–7.10; y 2 R 25.1–21
II. Templo de Zorobabel (Segundo Templo)	c. 520–20 aJC	Reedificado por Zorobabel después del retorno de los judíos exiliados en Babilonia. Véase Esdras 5–6
III. Templo de Herodes (segunda etapa del Segundo Templo)	c. 20 aJC–70 dJC	Herodes el Grande reconstruyó el templo de Zorobabel. Inició las labores en el 20 aJC. Al finalizar las obras, en el 63 dJC, era uno de los edificios más importantes del mundo antiguo; fue totalmente destruido por los ejércitos romanos en el año 70 d.C. Véase

## ESDRAS

### Situación histórica.

El rey persa Ciro, a quien Isaías se refiere llamándolo “pastor” y “ungido” de Jehová (Is 44.28; 45.1), promulgó en el primer año de su reinado (538 aJC) un edicto, por el cual los judíos exiliados en Babilonia quedaban en libertad de regresar a su patria llevando consigo el encargo expreso de edificar «la Casa a Jehová, Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén» (2 Cr 36.22–23; Esd 1.3).

Contenido del libro. La primera sección de las dos en que se divide el libro de *Esdras* (cap. 1–6) ofrece una detallada información sobre el tiempo que siguió al retorno a Jerusalén de los judíos exiliados. Bajo la supervisión y la dirección de Sesbasar y Zorobabel, los repatriados llevaron importantes riquezas (2.66–69) y, lo que es más significativo, «los utensilios de la casa de Jehová que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén» (1.7). Sin embargo, la alegría del regreso fue efímera, pues no tardó mucho en verse ensombrecida con problemas y dificultades. En cierto momento llegó a cundir tanto el desánimo entre los trabajadores, que hasta la reconstrucción del Templo quedó suspendida (4.24). Finalmente, la personal decisión de Zorobabel y de otros responsables, unida a la palabra profética de Hageo y Zacarías (5.1; cf. Hag 1.1, 12–15; Zac 4.6–9), posibilitaron que el año 516 aJC se celebrara la dedicación del santuario único de Jerusalén.

La segunda parte del libro (cap. 7–10) se refiere a la actividad desarrollada por el propio Esdras hijo de Seraías, un sacerdote y escriba (cf. 7.6, 10, 21) descendiente de Aarón por la línea de Sadoc, hombre piadoso e ilustrado, que gozó de gran prestigio incluso en la corte real de Babilonia. Lo demuestra la confianza que en él depositó el rey Artajerjes al comisionarlo para «visitar a Judea y a Jerusalén» y transportar allá los utensilios destinados al servicio del Templo, además de oro, plata, ganados y provisiones (7.10–26). Y que el rey se sintió identificado con la misión de Esdras, resulta evidente por el

entusiasmo con que ordenó: «Todo lo que es mandado por el Dios del cielo, sea hecho puntualmente» (7.23).

El cumplimiento de aquella misión supuso para Esdras hacer frente a arduos problemas. Probablemente el más grave de ellos fue conducir a Israel a una profunda reforma de sus valores éticos y religiosos, encaminada a evitar que su fe en Dios se contaminara con elementos extraños e impuros. Para esto, Esdras hubo de imponer normas extremadamente rigurosas y dramáticas, como, por ejemplo, la expulsión de las mujeres extranjeras casadas con judíos (9.1–2, 12; 10.3–4, 10–11).

## NEHEMÍAS

Contenido del libro.

El libro de *Nehemías* (=Neh) contiene sus memorias relativas a la misión que le fue oficialmente encomendada por el rey persa Artajerjes I: viajar a Jerusalén y encargarse de la restauración de sus murallas (cap. 3–7). Las tareas de Nehemías se desarrollan de acuerdo con un gran proyecto de reconstrucción de la ciudad y de reforma religiosa y moral del pueblo, cuya fe y costumbres habían estado expuestas, durante los muchos años del exilio, a influencias externas que a menudo lo habían desviado de la recta obediencia a la ley de Dios. Por eso, Nehemías recoge también en su escrito la lectura pública de la Ley, realizada por el sacerdote y escriba Esdras, que produce la solemne renovación de la alianza suscrita por los representantes del pueblo (cap. 8–10). En sus últimos capítulos (11–13), el libro incluye una detallada información sobre el personal del Templo, la consagración de los muros y algunas reformas llevadas a cabo por el propio Nehemías.

En las escrituras hebreas se encuentra en la tercera división, la de los hagiógrafos, inmediatamente después de Esdras y antes de Crónicas. En el Canon judío, los libros de Esdras y Nehemías forman una unidad, como ya fue mencionado.

El libro narra cómo Nehemías obtiene permiso de Artajerjes, rey de Persia, para ir a Jerusalén como delegado del monarca (Ne 1, 2). Se emplea para Nehemías el título “*Tirshatha*”, que es el vocablo persa empleado para

“gobernador”. A su llegada a Jerusalén pone al pueblo a reconstruir las fortificaciones y tiene que armar a los obreros voluntarios a causa de la oposición de los samaritanos (Ne 4). A continuación intenta incrementar la población residente en Jerusalén reuniendo a los nobles y príncipes del pueblo para efectuar un censo y examinar sus genealogías, así como para designar quiénes tendrán que irse a vivir a Jerusalén. Para el registro genealógico se sirve de los que habían venido primero con Zorobabel (Ne 7: 6-73) que es la lista que figura en Esdras 2.

## Capítulo 8

### LOS LIBROS DE LOS MACABEOS

MACABEOS (quizás del hebreo, *cabeza de martillo*). Sobrenombre dado a la familia de los asmoneos que dirigieron el movimiento independentista judío durante los dos últimos siglos a JC.

*La Revuelta de Matatías*. Después de la muerte de ALEJANDRO MAGNO, su imperio se repartió entre sus generales. Palestina quedó entre la dinastía de los ELÉUCIDAS, cuya base estaba en Siria, y el de los TOLOMEOS, que reinaban en Egipto. Durante varios siglos, Egipto y Siria se disputaron el territorio de Judea, aunque por lo general fue Siria la que lo gobernó. Cuando uno de los seléucidas (ANTÍOCO) trató de imponer una cultura uniforme sobre todas sus posesiones, los judíos se rebelaron, pues se intentó destruir varios de los fundamentos de su religión. El jefe de esta rebelión fue el sacerdote Matatías, padre de Judas Macabeo. Aquel mató a un oficial del rey y después huyó a las montañas con sus cinco hijos. Allí organizó la resistencia al poder de los seléucidas, y pronto reunió numerosos seguidores que periódicamente bajaban a los lugares poblados a matar a quienes apoyaban la política siria, destruir altares y circuncidar por la fuerza a quienes permanecían incircuncisos por temor a las autoridades.

*Judas Macabeo*. A Matatías, luego de su muerte, le sucedió su hijo Judas, hábil general que repetidamente derrotó a enemigos mucho más numerosos que sus propias fuerzas. Gracias a varias dificultades que las autoridades de Siria tuvieron que enfrentar, entre ellas la guerra civil, Judas logró cierta independencia para su país, recuperó y purificó el templo de Jerusalén e hizo

un pacto con el creciente poder de Roma. Pero por fin Siria logró derrotarlo y matarlo en 162 a JC.

*Jonatán Macabeo.* Cuando murió Judas, le sucedió su hermano Jonatán. Al principio, parecía que la rebelión había terminado y que sólo un puñado de fieles seguiría a Jonatán. Pero poco a poco este mostró su habilidad, no solo militar, sino política. En una nueva guerra civil que sacudió a Siria, usó sus fuerzas de tal modo que pronto los judíos volvieron a ser un sector respetado. En el año 142 aJC lo capturaron y asesinaron mediante una artimaña.

*Simeón Macabeo.* Simeón, sucesor y hermano de Jonatán y de Judas, se mostró tan hábil como ellos. Los judíos por fin tomaron las riendas de su propio destino y dieron a Simeón y a sus sucesores el gobierno hereditario de la región. Simeón organizó el país y pactó con Roma y con Esparta, a fin de garantizar su independencia frente a las ambiciones de los reyes de Siria. Con todo, los sirios invadieron sus territorios y los derrotaron, dándole muerte a él y a dos de sus hijos.

*Los Asmoneos Posteriores.* Juan Hircano, hijo de Simeón, logró escapar y por fin llegó a ser gobernador de Judea y sumo sacerdote, aunque bajo la tutela del rey de Siria. En ese momento comenzó a cambiar la tónica del movimiento, hasta ahora religioso, que los macabeos dirigían. Si los judíos se habían rebelado era porque habían visto amenazada su religión y no por ambiciones políticas. Los líderes contaban con el apoyo de las clases bajas, cuya más preciada posesión era la fe de sus antepasados, mientras que muchos de los aristócratas estaban dispuestos a amoldarse a las nuevas tendencias helenistas.

Juan Hircano y sus sucesores se apartaron cada vez más de la tradición judía, y trataron de gobernar el país al estilo de otros reyes de la época; contaron para esto con la aristocracia ambiciosa. Juan Hircano cambió incluso los nombres judíos de sus hijos por nombres griegos, y sus sucesores se amoldaron cada vez más al helenismo. Se desató la persecución contra quienes insistían en regresar a la vieja fe por la que habían muerto los primeros macabeos. Esto dio origen a dos partidos entre los judíos: los FARISEOS y los SADUCEOS. El primero insistía en la antigua fe, y sospechaba de las ambiciones políticas como una

negación de esa fe; el último era más bien aristócrata y mucho menos estricto en cuanto a las innovaciones que paulatinamente se introducían en el judaísmo.

Fidelidad a la Torá. En ambos libros, la *Torá* o *Torah* (la Ley) constituye el eje teológico central. La Ley es la que divide a los protagonistas en dos campos enfrentados entre sí: los enemigos de la Ley, y los fieles a ella. A partir del destierro y a lo largo del período persa, la Ley se había ido codificando en el Pentateuco, que fue proclamado como la carta magna del judaísmo postexílico. Fue proclamado como canónico o “medida de Fe” y de la ética del “pueblo elegido”. Contra la Ley y sus instituciones se dirigían los ataques de persecución griega, y la defensa de la Ley fue, a su vez, la bandera que enarbolaron los Macabeos para alzarse contra los griegos. Los libros de los Macabeos, sobre todo el segundo, son una proclamación viviente de la fidelidad a la Ley:

- Fidelidad al Templo (profanado y purificado).
- Fidelidad al sacerdocio sadoquita, expuesto a las ambiciones y a las intrigas de las familias poderosas.
- Fidelidad a las prácticas de la Ley (circuncisión, sábado de reposo, pureza ritual, especialmente en los alimentos).

Teología del martirio. Los dos libros, así como el libro de Daniel, ofrecen numerosas historias y ejemplos de mártires, que constituyen una auténtica teología del martirio. Entre los más conocidos tenemos:

- Los tres jóvenes enviados al horno ardiente: Ananías, también llamado Sidrac; Misael, llamado Misac y Azarías, el de Abdénago (Dn 2-3).
- Daniel en el foso de los leones (Dn 6).
- Eleazar, golpeado hasta la muerte, siendo ya un anciano, por negarse a comer carne de cerdo (2 M 6: 18-31).
- Los siete hermanos, junto con su madre, por no querer quebrantar la Ley (2 M 7).
- Razis, uno de los ancianos de Jerusalén, que por su buena fama y bondad era llamado “padre de los judíos”, prefirió la muerte antes que caer en las manos de Nicanor y sufrir ultrajes indignos de su noble

origen judío (2 M 14: 37-46).

Entre los rasgos teológicos que configuran el martirio podemos señalar tres:

- Su valor como testimonio de la Fe (2 M 6: 24-25).
- Su valor de intercesión (2 M 6: 32-33).
- Valor de purificación y expiación (2 M 6: 14-15).

Teología de la vida. Viendo a los creyentes dar la vida por Dios y por la Ley, e iluminados por la “Luz de lo alto”, tanto 1/2 M como Dn, llevaron al convencimiento de que ni siquiera la muerte podía romper la comunión de la vida entre Dios y sus fieles. O sea, por primera vez en la historia de la revelación del AT, hizo su aparición la creencia en la resurrección de los muertos (2 M 7: 9; 12: 38-46; Dn 12: 2-3). La experiencia y el ejemplo de los mártires le llevó también al autor de 2 M a profundizar en el misterio de la creación, y llegó a formular este dogma con mayor rigor teológico (la creación ex nihilo) (2 M 7: 28 “*Te pido, hijo mío, que mirando al Cielo y a la Tierra y a cuanto hay en ella, conozcas que de la nada hizo Dios todo esto y también el género humano fue hecho así*”).

## Capítulo 9

LOS PROFETAS

LIBROS PROFÉTICOS

*Los profetas y su mensaje.*

Profeta es especialmente alguien a quien Dios escoge y envía como su portavoz, sea ante el conjunto del pueblo, sea ante una o varias personas en particular. No se trata, pues, en la Biblia, de adivinos, magos, astrólogos o futurólogos entregados a predecir acontecimientos venideros, sino de mensajeros del Dios de Israel, enviados a proclamar su palabra en precisos

momentos históricos. En ocasiones, el mensaje profético se refería a algún evento futuro, pero vinculándolo siempre a la situación concreta e inmediata en que surgía la profecía (cf. p.e., Is 7.1–17). A reseñar el hecho histórico están destinados ciertos pasajes que en la mayoría de los libros contemplan acontecimientos bien conocidos y datados (p.e., Jer 1.3, la conquista de Jerusalén; Ez 1.1–3, la deportación a Babilonia; Is 1.1, Os 1.1, cronologías reales). Para comprender el sentido profundo de la palabra de Dios transmitida por los profetas es menester prestar la máxima atención al contexto histórico en el que fue originalmente proclamada. Solo de esta forma será también posible actualizar el mensaje profético y aplicar su enseñanza a las necesidades y circunstancias del momento actual.

*El mensaje de los profetas.* Los profetas introducen habitualmente sus mensajes mediante fórmulas expresivas como «Así dijo Jehová», «Palabra de Jehová que vino a...» u otras semejantes; y a menudo se presentan a sí mismos como enviados de Dios e investidos de autoridad para proclamar su palabra. Esta personal certidumbre de haber sido divinamente elegidos para comunicar determinados mensajes, es un signo característico de la conciencia profética. Así Isaías, que responde al llamamiento de Jehová: «Heme aquí, envíame a mí» (Is 6.8); o Jeremías, que escucha la voz de Jehová: «He aquí, he puesto mis palabras en tu boca» (Jer 1.9); o Ezequiel, que oye el mandato de Dios: «Ve y entra en la casa de Israel y háblales con mis palabras» (Ez 3.4); o Amós, que se siente separado de sus tareas pastoriles y transformado en portavoz de Dios: «Ve y profetiza a mi pueblo Israel» (7.15).

*La influencia de los profetas.* Los profetas ejercieron una influencia decisiva, lo mismo en la religión de Israel que posteriormente en el cristianismo. Sin embargo, fueron más bien pocas las ocasiones en que los primeros destinatarios del mensaje prestaron la atención necesaria (cf. Hag 1.2–15). Por el contrario, según el testimonio de los propios textos bíblicos, al principio se hacía oídos sordos a la voz de los profetas, sus palabras caían en el vacío o eran rechazadas sin haber obtenido la respuesta requerida. Más aún, cuando la comunicación profética resultaba molesta a oídos de sus receptores, estos trataban a menudo de hacer callar al mensajero de Dios. Así lo manifiesta

Isaías: «Porque este pueblo es rebelde, son hijos mentirosos, hijos que no quisieron oír la ley de Jehová; que dicen a los videntes: “No tengáis visiones”, y a los profetas: “No nos profeticéis la verdad, sino decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras;... quitad de nuestra presencia al Santo de Israel”» (Is 30.9–11); y Amós acusa a Israel: «A los profetas mandasteis diciendo: “No profeticéis”» (Am 2.12; cf. 7.10–13).

Cuando los intentos de acallar el mensaje profético se estrellaban contra la fidelidad del profeta a la palabra de Dios (cf. Jer 20.9), los ataques se dirigían contra los propios mensajeros, alegando que sus anuncios tardaban mucho en cumplirse. Por eso Isaías reprocha el escepticismo de sus oyentes, que exclamaban: «Venga ya, apresúrese su obra y veamos; acérquese y venga el consejo del Santo de Israel, para que lo sepamos» (Is 5.19; cf. 28.9–10); y lo mismo hace Ezequiel a los que decían: «Se van prolongando los días, y desaparecerá toda visión» (Ez 12.22; cf. 2.3, 7; 12.26–28; 33.30–33).

Jesús conocía los valores y el significado profundo del profetismo de Israel, y también las dificultades de que estaba rodeada la existencia de los profetas enviados por Dios. Por eso dio testimonio de que el profeta no tiene honra en su propia tierra (Jn 4.44), y lo declaró en cierta ocasión al explicar que “nadie es profeta en su propia tierra”, ni entre sus parientes, ni en su casa (Mc 6.4). Pero el mensaje profético sigue vigente y no deja de apelar a la conciencia humana, porque es palabra de Dios. (2 P 1.19; cf. v. 20–21).

PROFETAS DE LA BIBLIA		
Profeta	Fecha aproximada de su actividad profética	Referencias
Abraham	c. 1850 aJC	Gn 20.7
Moisés	c. 1350–1220 aJC	Nm 12 ; Dt 18.15–22
María, hermana de Moisés		Ex 15.20
Débora	c. 1130 aJC	Jc 4–5
Samuel	c. 1040 aJC	1 S 3.20; 9.9

Gad	c. 1010–970 aJC	1 S 22.5; 2 S 24.11
Natán	c. 1010–970 aJC	2 S 7.2–16; 12.1–14; 1 R 1.10–14
Ahías	c. 940 aJC	1 R 11.29–39
Semaías	c. 927 aJC	2 Cro 12.5–8
Iddo		2 Cro 12.15
Azarías	c. 896 aJC	2 Cro 15.1–8
Jehú	c. 886 aJC	1 R 16.7
Elías	c. 865 aJC	1 R 17.1–2 R 2.12a
Eliseo	c. 850 aJC	1 R 19.19–2 R 13.25
Jonás, hijo de Amitai	c. 785 aJC	2 R 14.25
Amós	c. 750 aJC	
Oseas	c. 750 aJC	
Isaías	c. 740 aJC	
Miqueas	c. 740 aJC	
Obed	c. 737–732 aJC	2 Cro 28.9–11
Sofonías	c. 630 aJC	
Jeremías	c. 627 aJC	
Hulda		2 R 22.14–20
Urías	c. 622 aJC	Jr 26.20
Nahum	c. 612 aJC	
Habacuc	c. 605 aJC	
Ezequiel	c. 593 aJC	
Hageo	c. 520 aJC	
Zacarías	c. 520 aJC	
Jonás		

Malaquías	c. 450 aJC	
Abdías	c. 450 aJC	
Joel	c. 450 aJC?	
Juan el Bautista	c. 30–31 dJC	Mt 11.29; Lc 7.26
Agabo	c. 60 dJC	Hch 11.28; 21.10

Los contenidos proféticos son muy variados, pero pueden resumirse en dos:

- a)** Denuncia del pecado, y
- b)** Anuncio de la salvación.

La idea fundamental que se desprende de la complejidad de los hechos y de los textos tocantes al profetismo parece ser, según la Biblia de Jerusalén, la siguiente: “el profeta es un hombre que tiene una experiencia inmediata de Dios, que ha recibido la revelación de su santidad y de sus deseos, que juzga el presente y ve el futuro a la luz de Dios y que es enviado por Dios para recordar a los hombres sus exigencias y llevarlos por la senda de la obediencia y de su amor”.

Según el P. Amatulli Valente, hoy en día, por una limosna que alguien da a la Iglesia o un pequeño servicio que presta en la catequesis, ya se vuelve intocable. No importa cómo trata a sus sirvientes o a sus trabajadores, si les paga, o no, lo correcto. Hay que callarse. De otra manera, hay peligro de que ya no siga dando la limosna o prestando el servicio. Hay que callarse porque pueden abandonar la Iglesia y pasarse a una que otra secta, donde lo traten mejor. Por tanto resulta más conveniente, para los tibios en la fe, no adoptar la postura del Profeta porque “la Palabra crea problemas”.

Los Profetas han desempeñado un considerable papel en el desarrollo religioso de Israel. Han mantenido y guiado al Pueblo por la senda del Yahvismo auténtico, pero además han jugado un importantísimo papel en el desarrollo y en el progreso de la Revelación. Cada uno de ellos ha aportado, según su propia función, su contribución al edificio doctrinal. Pero sus contribuciones se conjugan y combinan siguiendo tres líneas maestras, las mismas que caracterizan la religión del AT: el monoteísmo; el moralismo y la espera de la

salvación (Biblia de Jerusalén).

Para establecer este Reino sobre la Tierra, Yahveh tendrá un representante al que la unción le hará su vasallo: será el “ungido” de Yahveh, el Mesías. Este Mesías será del linaje de David (Is 11 1; Jr 23 5 – 33 15) y como él, saldrá de Belén-Efratá (Mi 5 1). Recibirá los títulos más grandiosos (Is 9 5), y el Espíritu de Yahveh reposará en Él con todo el cortejo de sus dones (Is 11 1-5). Para Isaías, Él es el *Emmanuel* «Dios con nosotros» (Is 7 14), para Jeremías, *Yahveh sidqênu* «Yahveh, justicia nuestra» (Jr 23 6), nombres que resumirán el verdadero ideal mesiánico.

## ISAIAS

*El profeta y su medio.* Isaías hijo de Amoz ejerció su actividad profética en Judea, desde «el año en que murió el rey Uzías» (6.1), el 738 aJC, hasta probablemente los albores del S VII; un período que conoció los reinados de Jotam, Acaz y Ezequías (1.1). Se sabe que a la esposa de Isaías se la llamaba «la profetisa», quizá porque su marido era profeta, y que tuvo por lo menos dos hijos, que recibieron sendos nombres simbólicos: *Sear-jasub* (que significa «un remanente volverá», 7.3) y *Maher-salal-hasbaz* (o «muy pronto llegarán saqueo y destrucción», 8.3). Ciertos datos dispersos entre los capítulos 1 y 39 del libro revelan a Isaías como un hombre influyente, miembro quizá de la clase aristocrática de la Jerusalén del S VIII y dotado de autoridad. Su alta posición social se revela en la libertad con que se movía en los medios cortesanos (7.3–17; 39.3; cf. 37.2) e intervenía en asuntos de estado (cf., p.e., 37.5–7) o se relacionaba con sacerdotes y altos cargos de la capital del reino (8.2).

*El libro y su mensaje.* Los 66 capítulos de este libro de *Isaías* (=Is) pueden agruparse en tres grandes secciones, formadas respectivamente por los cap. 1–39, 40–55 y 56–66. En la primera sección, Isaías condena con dureza los pecados y la infidelidad de su pueblo, que con su conducta ofende a Dios, el Santo de Israel. Porque el Señor, cuya gloria y santidad ensalzan los serafines (6.1–3), es un Dios justo, que exige justicia de parte de quienes le tributan adoración; pero mientras no deje de oírse en el pueblo el clamor de los

oprimidos (5.7), mientras las manos de los que ofrendan y sacrifican estén manchadas de sangre inocente (1.15–17), el culto del Templo no será otra cosa que un mero ceremonial insincero y vacío de contenido.

En esta primera sección aparecen mezclados algunos mensajes que corresponden a diversos contextos históricos. Es el caso de los oráculos contra naciones paganas recogidos en los cap. 13–23, o el «apocalipsis de Isaías» en 24–27, o los poemas de 34–35, o los relatos de 36–39.

Los capítulos 40 a 55 constituyen la segunda sección. Son como un vibrante discurso de consuelo, dirigido a los israelitas exiliados en las lejanas tierras de Babilonia. La esperanza de un próximo retorno a la patria es el anuncio con que el Señor, mediante la palabra del profeta, pone alegría en el corazón de los desterrados.

Pasajes importantes de esta sección son los cuatro conocidos «Cánticos del Siervo de Jehová» (42.1–9; 49.1–6; 50.4–11; 52.13–53.12), que consideran la figura del auténtico creyente, de aquel que, aun a costa de duros sufrimientos personales, se mantiene fiel al Señor y proclama públicamente su fe en él. Quien así sea, «será prosperado, será engrandecido y exaltado, será puesto muy alto» (52.13). La iglesia cristiana, desde sus primeros pasos, ha interpretado estos cánticos como un anuncio de los padecimientos, la muerte y la glorificación de Jesucristo, el Siervo del Señor por excelencia.

La tercera gran sección del libro (cap. 56–66) consta de una variada serie de mensajes, dirigidos sin duda a los judíos repatriados de Babilonia. Las condiciones históricas que se describen aquí parecieran indicar que esta parte de la profecía de Isaías se refiere a una época posterior a las que hacen referencia las dos grandes secciones anteriores. El profeta trata aquí de luchar con el desánimo que se había apoderado de quienes, faltos de medios y soportando la enemistad de las naciones vecinas, trabajaban por reconstruir la suya y devolver a Jerusalén su antiguo esplendor. La causa de los males, proclama el profeta, está en el pecado. La salvación definitiva no alcanza a Israel porque se lo impiden los graves pecados en que incurren el pueblo y sus malos gobernantes (56.9–12): corrupción del derecho y la justicia (59.14–15),

perversión de los valores y las prácticas de la religión (57.4–5, 9; 58.1–14; 59.12–13; 65.3–5; 66.3) y comportamientos inmorales (59.3, 6–7).

Es el más importante de los profetas, con un contenido muy amplio. Su nombre significaba “Jehová ha salvado”. Algunos de los aspectos tocados por sus mensajes son: La falsa religión (1: 11-20): No basta el culto exterior (1: 11-15). Dios quiere la justicia (1: 16-17) y la obediencia (1: 19-20). Más adelante (en c. 29, 13) expresa que una falsa religión es la de puros ritos, sin fe ni compromiso: “...se acerca a mí tan sólo con palabras, y me honra sólo con los labios, pero su corazón sigue lejos de mí. Su religión no es más que de costumbres humanas y lección aprendida.”

A los caciques les expresa: Dueños de vida y hacienda, hacen lo que les dé la gana, pero llegará la hora del castigo.

Isaías fue profeta de Judá, bajo los reinos de Uzías, Jotán, Acaz y Ezequías (Is 1: 1; 6: 1; 7: 3; 14: 28; 20: 1, 2; 36: 30). Era hijo de Amoz (no confundir con Amós el profeta). Aunque no se dan muchas indicaciones de su personalidad, se advierte en Is 6: 5; 16: 9; 21: 3; 65: 2 que era de un carácter humilde y compasivo.

## JEREMIAS

*El profeta y su medio.* Hacia mediados del S VII aJC, probablemente entre los años 650 y 645, nació en el seno de una familia sacerdotal de Anatot, pequeño lugar cercano a Jerusalén, el niño que más tarde sería conocido como el profeta Jeremías (1.1). Siendo todavía muy joven (1.6), el Señor lo llamó a su servicio; corría por entonces el año 626, decimotercero del reinado de Josías (1.2), poco más de un siglo después de la época en que había vivido y ejercido su ministerio el profeta Isaías (véase Is 1.1).

*El libro y su mensaje.* El libro de *Jeremías* (=Jer) es una de las colecciones más extensas de escritos proféticos. Puede dividirse en tres secciones: la primera comprende del cap. 1 al 25; la segunda, del 26 al 45, y la tercera, del 46 al 51. Cierra el libro el cap. 52, que es como un epítome del relato de la

caída de Jerusalén.

La primera sección, poética en su mayor parte, corresponde a los dos primeros decenios del ministerio de Jeremías, quien dirige su predicación especialmente a Judá y a la ciudad de Jerusalén, a fin de que sus habitantes tomen conciencia de sus propios pecados. Propone al pueblo el ejemplo de la maldad de Israel (cap. 2.1–4.2), lo exhorta a cambiar de conducta (4.3–4) e insiste en denunciar la mentira, la violencia, la injusticia y la terquedad de corazón de la gente de Judá, males cuya raíz se halla en la infidelidad al Señor, en haberlo abandonado para ir tras dioses ajenos (2.13, 19, 27; 3.1; 7.24; 9.3 11.9–13; 13.10; 16.11–12). La infidelidad al pacto de Dios había de implicar, como inevitable consecuencia, el juicio condenatorio contra Judá; y así, el profeta anuncia sin ambages la inminencia del desastre, y hasta se atreve a predecir abiertamente la destrucción del templo de Jerusalén (7.14).

En la segunda sección predomina el género narrativo; por lo tanto, casi toda ella está redactada en prosa. El autor centra su atención en el relato de ciertos incidentes de su propia vida, entre los cuales introduce algunos resúmenes de sus mensajes proféticos. Estos capítulos (26–45) describen los dramáticos ataques de que Jeremías fue hecho objeto, y el valor con que los soportó sin claudicar en su misión. También esta sección contiene datos que permiten reconstruir el proceso de redacción del texto de Jeremías (36.1–4, 27–32); además, en ella se hace referencia a Baruc hijo de Nerías, compañero del profeta y quien, a su dictado, escribió «en un rollo en blanco... todas las palabras que Jehová le había hablado» (36.4).

Pero Jeremías no solamente había sido enviado para arrancar, destruir, arruinar y derribar, sino también «para edificar y plantar» (1.10). Por eso, la serie de relatos de carácter histórico se interrumpe en los capítulos 30 a 33, para dar lugar a diversas promesas de esperanza y salvación. Son consoladores discursos emplazados junto a los relatos de la caída de Jerusalén y la descripción de los padecimientos de Jeremías, que ponen de relieve la necesidad de que el pueblo, aún en medio de las más desdichadas circunstancias, mantenga firme su confianza en el Señor y en su misericordia.

La tercera parte del libro de Jeremías (cap. 46–51) está formada por un conjunto de mensajes contra las naciones paganas del entorno palestino, mencionadas esencialmente en el mismo orden, de Egipto a Babilonia, en que a manera de introducción aparecen en 25.15–38. Sin embargo, también incluyen anuncios de salvación para algunas de esas naciones (cf. 46.26; 48.47; 49.6, 39). Ciertamente es que la actividad del profeta tenía a Judá y Jerusalén como primer término de su compromiso, pero en su predicación no podía olvidar la realidad de los pueblos vecinos y el importante significado de su presencia en el transcurso de la historia de Israel (27.1–3).

Por las pruebas que tuvo a causa de su misión, es el profeta que más se parece a Cristo sufriente. Y en 1: 4-10, denota que ser colaborador de Dios en la obra de la salvación, corresponde a un plan que arranca desde la eternidad. Frente a una misión tan grande, el hombre se siente débil e incapaz. Pero, si es Dios que llama, ¿Por qué tanto miedo? Sin embargo, más adelante (15: 10-21; 20: 7-13) sostiene que la verdad no peca, pero incomoda; y es lo que pasa con el profeta. Por denunciar el pecado, se vuelve antipático para todos, objeto de humillaciones. Solamente la Palabra de Dios lo llena de alegría. Dios es mucho más fuerte y gana siempre. No obstante el desaliento que pueda venir por las pruebas, Dios sigue siendo el vencedor y el profeta vuelve a su misión.

## EZEQUIEL

*El profeta y su medio.* En 2 R 24.8 leemos: «Joaquín tenía dieciocho años cuando comenzó a reinar, y reinó en Jerusalén tres meses». Tan brevísimo reinado terminó en el 597 aJC, cuando el rey Nabucodonosor penetró en Jerusalén, la despojó de todas sus riquezas y deportó a Babilonia a gran parte de sus habitantes: a Joaquín, rey de Judá, a los aristócratas, a los militares y a los artesanos cualificados; a todos ellos junto con sus familias (cf. 2 R 24.8–17). Es muy probable que en aquel entonces, entre los componentes de aquella primera deportación figurara también el sacerdote Ezequiel hijo de Buzi, el cual fue a residir a orillas del río Quebar, entre sus compatriotas cautivos, y a quien allí mismo llamó el Señor a ejercer el ministerio de la profecía (cf. 1.1–3).

Su vocación le llegó en medio de una visión que cambió por completo su vida. A partir de aquel momento, Ezequiel se convirtió en el portavoz de Dios cerca de los exiliados (3.10–11), actividad que desempeñó por lo menos hasta el 571 aJC, año al que corresponde el último de los datos cronológicos contenidos en el libro. En una época de grandes convulsiones y cambios políticos como fue la suya, el profeta, desde la dura realidad del momento que vivía (cf. 18.2, 31–32), miraba con tristeza la historia de las infidelidades de Israel: «Se rebeló contra mí la casa de Israel en el desierto» (20.13; caps. 16, 20 y 23). Sin embargo, veía con esperanza un futuro de salvación: «Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios» (36.28; caps. 36–37).

El profeta Ezequiel fue sin duda una de las personas que más contribuyeron a mantener vivo entre los judíos del destierro el anhelo del retorno. Esas ansias de regreso eran necesarias para emprender la reconstrucción de la ciudad y del Templo. Además, eran indispensables para evitar que el pueblo llegara a perder su identidad nacional a causa de la permanencia durante un tiempo excesivo en un lugar tan lleno de atractivos como era entonces Babilonia, el más brillante centro político y cultural del Medio Oriente (cf. Sal 137).

*El libro y su mensaje.* En la primera etapa de su ministerio, antes que Jerusalén fuera destruida, como se indica en el libro de *Ezequiel* (=Ez), el profeta ya había anunciado que la ruina de la ciudad se acercaba irremisiblemente (9.8–10).

Ezequiel quería dar vigor al mensaje que predicaba, para hacerlo calar más hondo en el corazón de sus oyentes, a menudo rebeldes y escépticos. Como poseía una voz hermosa (33.32), los sorprendía a veces con extrañas dramatizaciones, con gestos simbólicos (caps. 4–5) que los invitaban a preguntarle: « ¿No nos enseñarás qué significan para nosotros estas cosas que haces? » (24.19).

La caída de Jerusalén vino a demostrar la autenticidad de las predicciones de Ezequiel (33.21–22). Ezequiel veía en el destierro babilónico una especie de regreso al éxodo de Egipto, a aquel desierto que Israel hubo de atravesar antes

de entrar en Canaán. Y ahora, del destierro en Babilonia, había de salir, purificado, el nuevo pueblo de Dios (20.34–38). Los temas de la predicación de Ezequiel en aquel período de su actividad encierran una gran riqueza doctrinal, basada en la esperanza de la salvación que había de llegar. Él anuncia que el pueblo disperso había de ser reunido de nuevo y conducido a la Tierra prometida (34.13; 36.24). Como el pastor apacienta sus ovejas, así lo apacentará el Señor y lo guiará a lugares de descanso: «“Yo apacentaré a mis ovejas y les daré aprisco”, dice Jehová, el Señor» (34.15).

La predicación de Ezequiel en cuanto se refiere primero al exilio y después a la restauración de Judá y Jerusalén está contenida en las respectivas secciones de los caps. 4–24 y 33–39. Entre ellas se intercala una serie de profecías dirigidas contra ciudades y naciones paganas relacionadas con Israel (caps. 25–32); porque si bien en algún momento Dios se sirvió de los paganos como instrumentos de su ira, la soberbia y la crueldad con que se condujeron los hizo acreedores al castigo que habrían de sufrir.

Se dice que en la persona de Ezequiel conviven el profeta y el sacerdote, el hombre contemplativo y el de acción, el poeta y el razonador, el anunciador de males y el heraldo de salvación. Tal riqueza de personalidad se revela en su mensaje profético, igualmente rico y complejo. En su condición de profeta, Ezequiel estaba persuadido de haber sido llamado a ejercer de centinela sobre Israel en uno de los períodos más críticos de la historia nacional: «... vino a mí palabra de Jehová, diciendo: “Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel”» (3.16–21; 33.1–9); al mismo tiempo, en su condición de sacerdote anhela el retorno de la gloria de Jehová al templo de Jerusalén (43.1–5; cf. 10.18–22), y revela un gran horror hacia cuanto significa impureza ritual (4.14) y una extrema minuciosidad en la distinción entre lo sagrado y lo profano (43.6–46.24).

Ezequiel está considerado como el padre del Judaísmo postexílico, a él le tocó denunciar toda la amargura del pecado y gritar la indignación de Yahweh. Después que Jerusalén fue desolada debió morir su pueblo, desterrado en Babilonia, una nación más próspera, donde los ancianos vivieron echando de menos a su patria, pero los jóvenes pensaron aprovechar las oportunidades de

su nueva situación. Ezequiel entonces, con sus enseñanzas exigentes, formó la conciencia de los que algún día volverían a Judea para reconstruir el nuevo “Reino de Dios”, porque Dios no quiere que muera su pueblo. Su aporte al pensamiento israelita y bíblico reside en su enseñanza espiritual. Mientras que otros escritores sagrados representan a Dios como el “Pastor del Pueblo” (Gn 48: 15; Sal 23; 28: 9), reuniendo al rebaño disperso de Israel (Jr 23: 3; 31: 10), pastoreándolo con ternura (Is 40: 11), Ezequiel muestra a Dios buscando a sus ovejas extraviadas, librándolas de sus enemigos, restableciéndolos en su país (Ez 34: 11-31).

Uno de los grandes temas de la predicación de Ezequiel: “Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (cap. 18). Al reflexionar sobre este aspecto, se hace difícil aceptar la pena de muerte, ya que ésta quita al culpable la posibilidad de reparar lo malo que hizo.

La palabra convertirse significa “volver a Dios después de haberse alejado de Él”. Ello es realizado primero por un cambio en el corazón, es decir, en lo más íntimo del ser. Después viene un cambio de mentalidad y de actitud. Dios, en realidad, es el que convierte al hombre, al amarlo, atraerlo e infundirle su Espíritu. Es Dios el que lo transforma en un hombre nuevo. Es Dios quien perdona y restaura: “*Yo les quitaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne*”. Esa será la Nueva Alianza.

## OSEAS

*El profeta y su medio.* Oseas hijo de Beerí ejerció su actividad profética aproximadamente entre los años 750 y 730 aJC, durante los reinados «de Uzías, Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá, y en días de Jeroboam hijo de Joás, rey de Israel» (Os 1.1). Inició su ministerio público poco después de Amós, aunque lo desempeñó durante bastante más tiempo que él (cf. Os 1.1; Am 1.1) y predicando en el mismo escenario: Israel (cf. Am 7.12), de donde Oseas procedía.

*El libro y su mensaje.*

El comienzo del mensaje de Oseas es de un extraordinario vigor dramático. Desde la consideración de su propia vida conyugal y de las circunstancias que la rodean, el profeta denuncia la infidelidad de Israel hacia Jehová, quien a pesar de todo sigue teniéndolo por su pueblo escogido. Quizás el rasgo más notable del discurso sea su expresión de las relaciones entre Dios e Israel como una relación de amor y frustración entre marido y mujer. Y ese es también el núcleo de la predicación profética: Israel ha sido infiel a Dios, pero Dios no ha dejado de amar a Israel.

Del cap. 4 en adelante, el profeta pasa revista a la perversión en que se halla sumida la sociedad israelita. Todo en ella está deteriorado o trastocado: el culto, el sacerdocio, la justicia, la moral y la política, e Israel sufrirá las consecuencias de su desvío. Con todo, aún queda lugar para la esperanza, evocada en el cap. 11 con acento emocionado: «Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor» (v. 4), por más que «Mi pueblo está aferrado a la rebelión contra mí» (v. 7). Luego, en el cap. 14, habiendo suplicado: «Vuelve, Israel, a Jehová, tu Dios» (v. 1), el profeta anuncia: «Yo los sanaré de su rebelión, los amaré de pura gracia» (v. 4). Nadie antes había proclamado con tan patética intensidad que es mayor la profundidad del amor divino que los abismos del pecado; que sobre el enojo causado por la ofensa, prevalecen en Dios la compasión y el perdón.

La lucha de Oseas contra la idolatría se desarrolla en un marco bien definido. Los israelitas habían sucumbido a la tentación de ofrecer culto a dioses extraños, especialmente a dioses de la fertilidad propios de otras gentes pobladoras de Canaán (8.4–14). Eran rituales politeístas en súplica de ayuda y protección para los ganados y las cosechas; ceremonias idolátricas que Oseas denuncia y combate.

También caracterizan a este libro el respeto y aun la veneración con que se refiere al ministerio profético, cuyos orígenes se remontan a Moisés, pues por medio de él Dios «hizo subir a Israel de Egipto» (12.13). En Moisés y en el ministerio profético ve Oseas el principal instrumento del que Dios se sirve para hacerse oír de Israel (cf. 6.5; 9.8; 12.10, 13).

En cuanto a temas de orden político, Oseas afirma que Israel no debe buscar salvación en alianzas con Egipto o Asiria (12.1; 14.3; cf. Is 30.1–5), sino solamente en Dios.

Es el primero de los “profetas menores”, es el profeta del amor de Dios. Sus tres primeros capítulos dan la clave del libro entero. En ellos comienza con el relato del fracaso de su vida conyugal. De ahí saca una lección para Israel, infiel a Yahweh (caps. 1-3). Este libro, dirigido a la conciencia, se refuerza en buscar el arrepentimiento de Israel, infiel a Jehová a todo lo largo de su historia (Os 4: 1-5; 7; 6: 4-7; 16: 8-11). Oseas muestra la necesidad del castigo y el inmutable amor de Dios por su extraviado pueblo (Os 6: 1-3; 12-14). Dios es el esposo, y el pueblo de Israel es la esposa infiel. Los capítulos 1 a 3 evidencian, con el símil de la mujer adúltera, la infidelidad de Israel y la dilatada paciencia del Señor para con su pueblo.

El profeta afirma en 2: 9-25 que las pruebas y los sufrimientos son un medio, del que se sirve Dios para que recapitemos y regresemos a Él. En el silencio tenemos la oportunidad de escuchar su voz y tomar conciencia de su amor. Una vez en paz con Dios, la vida se hace más agradable; el mundo que nos rodea, tiene otro aspecto. Oseas ha pasado a la historia como el profeta engañado por su esposa, a la que, a pesar de todas sus infidelidades, no dejó de amar. Dios que lo llamó para hablar en su propio nombre a un pueblo materializado e idólatra, quería que su profeta hubiera experimentado el dolor y la vergüenza del esposo traicionado. Después de Oseas, varios profetas hablarán de prostitución y adulterio para designar a la idolatría. También repetirán que Israel está llamado a ser la esposa de Dios.

Sobre la falsa religión, Oseas repite y sostiene que no basta el culto exterior, que lo que más quiere Dios es el amor y conocimiento de Él (6: 1-16).

## JOEL

*El profeta.* El comienzo del libro de *Joel* (=Jl) aporta el único dato conocido acerca de la personalidad del profeta: «Joel hijo de Petuel» (1.1). Fuera de esto, no existe noticia alguna que permita saber cuándo ni dónde vivió Joel, ni

cuál fue su lugar de origen o su edad y actividad.

Tan solo algunos velados indicios puestos al descubierto por el análisis literario del texto, permiten suponer que Joel predicó en fechas posteriores al exilio en Babilonia, quizás alrededor del año 400 aJC. Se puede pensar que el desastre del año 586 aJC, con la destrucción de Jerusalén y la cautividad babilónica de sus habitantes (2 R 25.1–26), está presente en la mente de Joel cuando anuncia el castigo divino contra las naciones que «esparcieron» a Israel, «repartieron» la tierra de Judá, enviaron al destierro a los habitantes de Jerusalén y hasta los vendieron como esclavos a los griegos (3.2–6). En apoyo de esta hipótesis puede observarse también que, según Joel, la autoridad en Jerusalén está en manos de los ancianos y de los sacerdotes. Ya no la asume el rey ni descansa en los funcionarios de la monarquía, institución que este libro no menciona.

A diferencia de los profetas anteriores al exilio, Joel se une en su mensaje al dolor de los sacerdotes, porque del Templo ha desaparecido «la ofrenda y la libación» (1.9), es decir, porque se ha interrumpido la actividad cúllica junto con todo lo que ella implica (1.9, 13, 14, 16; 2.14–15). En este libro parecen resonar las palabras de algunos de aquellos profetas preexílicos: Cf. 1.15 con Is 13.6; 2.32; Abd 17; 3.16; Am 1.2; 3.18; Am 9.13.

*El libro y su mensaje.* El mensaje de este profeta está enteramente enfocado en una misma dirección: «Viene el día de Jehová,... día de tinieblas y de oscuridad,... grande y espantoso» (2.1, 2, 31). Pero sobre el telón de fondo del juicio de Dios, Joel describe lo dramático del momento presente: una terrible plaga de langostas ha caído sobre el país como un ejército bien entrenado, y ni una brizna de vegetación ha quedado después que ellas pasaran en oleadas devorándolo todo (1.4, 6–7). Pero ahí no acaban las cosas, sino que al ataque de las langostas le sigue una gravísima sequía, que deja sin agua ni alimentos a personas y a bestias. La situación llega a ser extremadamente crítica, de modo que incluso el culto en el Templo se resiente, pues por la escasez de cereales y de vino se hace necesario restringir las ofrendas y las libaciones (1.9, 13, 16). En esas circunstancias, Joel invita a los sacerdotes a que convoquen al pueblo de Judá para que se reúna en el Templo, en asamblea (1.14; 2.15–16), a fin de

ayunar y condolerse delante de Jehová y, sobre todo, de demostrar un sincero arrepentimiento (2.13).

Pese a la inmediatez de los acontecimientos narrados, el profeta no pierde de vista el objeto último y principal de su anuncio: las presentes penalidades son el prelude del momento en que Dios, Señor y Juez universal, habrá de juzgar a todos los pueblos y naciones de la tierra (1.15; 2.1–2; 3.14). Ese instante último y terrible será el día ante el cual «se pondrán pálidos todos los semblantes» (2.6). Aunque también será un día de gracia y de salvación, porque «todo aquel que invoque el nombre de Jehová será salvo» (2.32). Así, a cuantos presten atención a este mensaje se les anuncia las maravillas de Jehová, sus grandes obras en favor de ellos y su voluntad misericordiosa y perdonadora (2.21, 18–27; 3.18–24). De un modo muy especial hay que recordar aquí la promesa divina comunicada por Joel: «Derramaré mi espíritu» (2.28–32). Y el Israel de Dios, el Israel de todos los tiempos, recibirá la plenitud del don del Espíritu, como siglos más tarde habría de suceder en Jerusalén el día de Pentecostés (Hch 2.16–21).

La profecía de Joel tiene como perspectiva esencial “el Tiempo del Fin”, ya que parte de una catástrofe relativamente común en Oriente para esa época, la invasión de langostas seguida de enormes sequías, para describir cómo sería el juicio de la ira de Dios sobre su pueblo y las demás naciones (Jl 1: 15; 2: 1, 2, 11, 31). Joel habla con ocasión de una gran invasión de langostas, <sup>2: 2-4</sup>“*¡Día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y de espesa niebla!, un pueblo numeroso y fuerte, como jamás hubo otro ni lo habrá después de él, avanza y se extiende como la aurora sobre los cerros....Delante de él, un jardín de delicias, detrás de él, queda un desierto. No hay nada que se pueda salvar. Son semejantes a poderosos caballos y se lanzan como caballerías, saltan por los cerros.*” Los judíos contemplaron sus campos devastados y las cosechas perdidas, pero el profeta va mucho más allá “Yahweh hace oír su voz, ¿quién podrá soportar su venida? Joel anuncia el Día de Yahweh, término que indicaba a la vez: venida de Dios, Juicio y salvación de los elegidos. Pero a través de Joel Dios, junto con prometer la liberación de la plaga, anuncia el tiempo feliz en que no habrá ya más dolor, ni temor, el día en que Dios dará a

todos sus hijos el Espíritu de los Profetas; <sup>3: 1-2</sup>“*Después de esto, yo derramaré mi Espíritu sobre todos los mortales. Tus hijos y tus hijas hablarán de parte mía, los ancianos tendrán sueños y los jóvenes verán visiones. En aquellos días, hasta sobre los siervos y las sirvientas derramaré mi Espíritu*”.

## AMÓS

*El profeta y su medio.* Amós fue uno de los grandes profetas del siglo VIII aJC, aunque él prefería verse a sí mismo como un hombre sencillo, dedicado a sus trabajos campesinos, como «uno de los pastores de Tecoa» (1.1). Así lo manifiesta en su controversia con el sacerdote Amasías, que lo acusa de traicionar al rey de Israel: «No soy profeta ni soy hijo de profeta, sino que soy boyero y recojo higos silvestres» (7.14).

Llegó, sin embargo, un día en el que tuvo lugar la transformación de Amós en el mensajero enviado por Dios a profetizar en el reino del norte. Como él mismo dice: «*Jehová me tomó de detrás del ganado, y me dijo: “Ve y profetiza a mi pueblo Israel”*» (7.15).

*El libro y su mensaje.* Comienza el libro de Amós (=Am) con el anuncio del castigo que van a sufrir las naciones y ciudades vecinas a Israel a causa de la crueldad de su conducta en la guerra. Damasco, Bet-edén, Gaza, Asdod y otros lugares son mencionados en una serie de oráculos que preceden al de la condenación a que también Judá e Israel se han hecho acreedoras (1.3–2.16); pues no por ser ellas el pueblo escogido, dejará Dios impunes los pecados que cometieron. Muy al contrario, precisamente a causa de su elección es mayor el compromiso contraído por Israel y mayor su responsabilidad ante los ojos de Dios. En consecuencia, más severa será la sanción que merezca su conducta (3.1–2).

El mensaje central de Amós representa así una dura crítica contra la sociedad israelita de la época. Fustiga el profeta la injusticia social reinante, el enriquecimiento de muchos a costa de los débiles, explotados sin compasión (3.10; 5.11; 8.4–6); el soborno y la prevaricación de jueces y tribunales (5.12); la opresión, la violencia y hasta la esclavitud a que los más pobres son

sometidos (2.6; 8.6). El profeta proclama que el Señor no permanecerá indiferente ante tales pecados, sino que castigará a quienes los cometen (2.13–16; 4.2–3; 5.18–20; 8.3); por eso urge a todo Israel: « ¡Prepárate para venir al encuentro de tu Dios!» (4.12).

Es el profeta de la justicia social. Vean cómo arranca: Por un lado hay unos cuantos súper ricos y por el otro una masa de súper pobres. ¿Qué piensa Dios al respecto? Amós se hace intérprete de Yahvé (1, 2):

- Pisotean a los pobres.
- Sentencia de muerte dictaré contra Israel, por sus crímenes sin Número.
- Porque venden al inocente por dinero y al necesitado por un par de sandalias.
- Pisotean a los pobres en el suelo y les impiden a los humildes conseguir lo que desean (Am 1: 6-7).

Recapitulando, alrededor del siglo octavo antes de Cristo, el reino de Israel era rico y próspero. La pequeña propiedad iba desapareciendo y las riquezas se concentraban en las manos de unos pocos. El lujo de unos insultaba a la pobreza y la miseria de muchos.

Sobre el culto exterior también afirma que no es suficiente, como los demás profetas. Se necesita una auténtica conversión, es decir "Volver a Dios". Sobre los sobornos en los tribunales, acaparamiento de las cosechas e intimidaciones, asegura que si no se restablece la justicia, Dios intervendrá con dureza.

Aunque Amós fue de la misma época que Oseas, y ambos profetizaron acerca de los pecados de Israel, hay una gran diferencia entre ambos estilos. Oseas es más ferviente, agitado por una justa indignación por los pecados del pueblo. Amós en cambio, presenta, con una gran calma, su declaración de los juicios de Dios. Si las profecías de Oseas se limitan a los pecados de Israel y Judá, Amós nos habla de los juicios que iban a caer sobre las naciones vecinas que habían perjudicado a Israel, especialmente sobre aquellas que retenían alguna parte de la tierra que había sido prometida a Abraham.

ABDÍAS

*El profeta.* Aun cuando la investigación histórica no ha logrado aportar datos fehacientes acerca de la persona y las actividades del profeta Abdías, sí que da como probable que este libro, el más breve del AT, fuera redactado en Judá; e incluso se apunta al S V aJC como posible época de su composición.

*El libro y su mensaje.* La profecía de *Abdías* (=Abd) es una apasionada diatriba contra Edom, un anuncio del juicio y del castigo que habían de caer sobre aquel pueblo a causa de la violencia con que se volvió contra su «hermano Jacob» (v.1), contra la nación israelita. Porque Edom, que primeramente se había unido con otros pueblos a Israel en alianza bélica contra Babilonia, después, traicionando el acuerdo, cuando el ejército de Nabucodonosor sitió a Jerusalén se pasó al bando de los vencedores, para entrar a saquear la ciudad y repartir con ellos tierras y botín (v. 11–14).

Estos hechos reavivaron la enemistad que ya de antiguo enfrentaba a los descendientes de Esaú con los de Jacob, o sea, a Edom con Israel (Gn 25.30; 32.28; cf. 25.23); enemistad que se manifiesta especialmente en algunos textos pertenecientes a los períodos exílico y postexílico (cf. Sal 137.7; Is 34; Lam 4.21; Ez 25.12–14; 35).

Cuarto de los profetas menores, escribió probablemente después del año 500, antes de la conquista de Edom (312 aJC), durante el reinado de Acaz de Judá, cuando Edom y los filisteos se unieron en batalla contra Judá. Anunció la destrucción de Edom, nación hostil a Israel. La conclusión escatológica se compone de dos partes: una en poesía (vers. 15 al 16) y otra en prosa (vers. 18 al 21). En ella anuncia la venida del Día de Jehová, quien triunfará sobre todos los enemigos de Israel y establecerá su Reino en la Tierra. Hay una nota de esperanza, Israel será restaurado entre las naciones. Si bien es cierto que sus poemas están llenos de gritos de venganza, en el fondo demuestran su Fe inquebrantable en la justicia de Dios.

## JONÁS

*El profeta y el mensaje.* La mención de Amitai, el padre de Jonás (1.1), es la

única noticia que el libro de *Jonás* (=Jon) facilita para la identificación personal del profeta. Es la misma información que se halla en 2 R 14.23–25, donde se añade que Jonás vivió en tiempos de Jeroboam II, rey de Israel (783–743 aJC). Sin embargo, de un modo diferente al habitual de prestar a la figura del profeta una atención meramente circunstancial (cf., p.e., Is 6.5; Jer 7.1–15; 26.1–19; Os 1.2–3.5; Am 7.10–17), el libro de Jonás, escrito probablemente mucho más tarde, consiste de principio a fin en una especie de relato biográfico.

La narración propone a Nínive como paradigma del pecado. A los ojos de Dios, la maldad ha crecido allí (1.2) hasta el punto de que su inminente castigo ya ha sido decretado. La gravedad del asunto convierte en sumamente delicada la misión del profeta. Este, consciente del problema, busca en la huida la manera de zafarse de su responsabilidad, y en vez de emprender hacia oriente el camino que conducía por tierra a la capital de Asiria, se embarca en una nave rumbo a Tarsis, hacia occidente, para escapar «de la presencia de Jehová» (1.3).

Desde la perspectiva de su negativa a cumplir el mandato divino, Jonás puede ser comparado a otros profetas del AT que igualmente se resistieron a aceptar la misión que Dios les encomendaba. Moisés, Elías, Jeremías y otros, apelando a posibles razones de incompetencia, debilidad o temor, trataron, lo mismo que Jonás, de evitar la responsabilidad que Dios cargaba sobre sus hombros.

Pero probablemente fue Jonás el profeta que con mayor tenacidad mantuvo su resistencia. Y cuando se vio forzado a ir a Nínive y comunicar el mensaje de que era portador, lo hizo con enojo, llegando al extremo de lamentar amargamente la salvación de la ciudad a la cual había él anunciado la inminencia del desastre. Le dolió que los ninivitas se convirtieran de su mala conducta, y que Dios se volviera atrás «del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo» (3.10). Porque Jonás, que no había tenido miedo de confesar su nacionalidad y su fe (1.9), e incluso que no había dudado en ofrecer su vida para que otros se salvaran (1.11–12), temía en cambio la pérdida de su prestigio de profeta, temía quedar mal ante los ojos de los demás. Y prefería la

muerte a seguir viviendo tras lo que él consideraba el fracaso de su misión (4.1–3).

Por otra parte, en la figura de Jonás se descubre al israelita estrecho de miras, para quien la salvación es un privilegio otorgado por Dios en forma exclusiva al pueblo judío. Pero precisamente el desarrollo del relato conduce a la conclusión opuesta de que Dios no hace diferencias entre un ser humano y otro. Esta es la actitud que el profeta no entiende en Jehová, en «su Dios», al que él oraba «desde el vientre del pez» (2.1).

Este libro tiene un notable valor simbólico, recogido por el NT en las palabras de Jesús acerca de la «señal de Jonás». Al pedirle algunos escribas y fariseos que hiciera una señal milagrosa, Jesús, relacionando su propia muerte con la historia del profeta, les responde que ya no habrá otra señal que la de Jonás (Mt 12.40).

Aunque este libro pueda ser considerado como una narración simpática, en ella se enfatiza, con mucha claridad, algunas verdades que se estaban olvidando en aquella época. La narración critica, no a los idólatras o a los impíos, sino a los mismos judíos piadosos que, al encerrarse en su nacionalismo, se olvidan con facilidad que Dios, es el Dios de todos los hombres. Dios, por ser el Creador de todas las cosas, se siente responsable de todos y por tanto quiere salvar a los hombres, e incluso a los animales (Jon 4: 11), sin mirar la raza ni la religión. Jonás, en cambio, representa a aquellos creyentes que, aún conociendo a Dios, conservan un espíritu mezquino y rencoroso, y calumnian el bien que hacen los hombres sin religión, porque quizás teman que la gente pueda hacer una comparación desfavorable para los creyentes.

## MIQUEAS

*El profeta y su medio.* El encabezamiento del libro (1.1) dice que Miqueas, natural de Moreset (o Moreset-gat, cf. 1.14), lugar situado a unos 40 km. al sudoeste de Jerusalén, vivió «en los días de Jotam, Acaz y Ezequías, reyes de Judá». Fue, por tanto, uno de los profetas del siglo VIII aJC, contemporáneo

de Isaías (Is 1.1), Oseas (Os 1.1) y Amós (Am 1.1).

Miqueas, lo mismo que Isaías, ejerció su actividad en Judá; pero dirigió también sus proclamas a Israel, el reino del norte. Y su talante, lo mismo que el de Amós —«uno de los pastores de Tecoa» (Am 1.1) —, está marcado con el signo de la existencia campesina. En este profeta se descubre un interés inmediato por problemas característicos de la sociedad agrícola. En medio de ella, sin duda, se había desarrollado su personalidad, puesto que las labores del campo eran las propias de la Sefela, región a la que Moreset pertenecía, la zona de monte bajo que se extiende entre las montañas de Judá y las llanuras de la costa del mar Mediterráneo. Una tierra buena, de suaves y fértiles colinas, donde Miqueas vivió desde niño las amarguras del campesino humilde y sometido a la prepotencia de quienes «codician campos..., oprimen al hombre y a su familia, al hombre y a su heredad» (2.2).

#### *El libro y su mensaje.*

El libro de *Miqueas* (=Miq) consta de tres partes. La primera está formada por los caps. 1–3, y en ella predominan los temas de índole social, con el mismo trasfondo crítico propio del profetismo de aquella época. En la voz de Miqueas se perciben tonos extremadamente duros cuando reprende a «Samaria y a Jerusalén», es decir, a Israel y a Judá. Porque en ambas se fomenta la maldad de los gobernantes y los poderosos (3.1–3), la injusticia de los jueces (3.9–10) y la corrupción de los sacerdotes y los profetas (3.5–7, 11); de modo que por causa de todos ellos, «*Sión será un campo arado, Jerusalén se convertirá en montones de ruinas y el monte de la Casa se cubrirá de bosque*» (3.12). Este terrible anuncio de la destrucción de Jerusalén y del Templo impresionó tan profundamente a los habitantes de la ciudad santa, que un siglo después lo recogió íntegramente Jeremías en su profecía (Jer 26.18).

Los caps. 4–5 componen la segunda sección del libro. Todavía se escucha en ella el eco de las anteriores amenazas, pero en el pensamiento de Miqueas predomina ya la esperanza de un tiempo último (4.1) en el que Judá e Israel andarán «*en el nombre de Jehová, nuestro Dios, eternamente y para siempre*» (4.5). Entonces habrá salvación, Jerusalén será restaurada y acudirán a ella las naciones, diciendo: «*Venid, subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de*

*Jacob*».

El texto de Miqueas, en su tercera sección (cap. 6–7), se dirige particularmente a Israel. Hay un intenso acento de amargura cuando el profeta reprocha la infidelidad con que el pueblo responde a la bondad de Dios: «*Pueblo mío, ¿qué te he hecho o en qué te he molestado?*» (6.3); porque en Israel triunfa la maldad (6.10–7.6), y es tanta la corrupción moral, que la amistad se desvanece, la justicia se compra y se vende, la desconfianza separa incluso a los cónyuges y la recíproca falta de respeto destruye la convivencia familiar (7.1–6). Pero, no obstante, en la profecía prevalece la esperanza sobre todos estos males, la seguridad de que todavía el Señor tendrá misericordia de los suyos, del pequeño «remanente de su heredad» que haya quedado limpio de pecados e infidelidades tras la prueba purificadora que el Señor traerá sobre Israel (7.18; cf. 2.12; 4.6–7; 5.7–8). Miqueas, al fin del libro, expresa su confianza en que el Señor, el cual «*se deleita en la misericordia*» (7.18), cuidará a Israel también en el futuro, lo pastoreará como ya hizo «*en el tiempo pasado*», cuando lo sacó de Egipto y le mostró sus maravillas (7.14–20).

Es el sexto libro de los profetas menores, su estilo es sencillo, elegante, directo. El profeta, hombre de campo, denuncia abiertamente el pecado (Mi 1: 5; 2: 1, 2; 6: 10-12). En el Evangelio de Mateo se va a destacar sobremanera la profecía de Miqueas que aparece en el capítulo 5: <sup>1</sup>«*Pero tú, Belén Efrata, aunque eres la más pequeña entre todos los pueblos de Judá, tú me darás a aquel que debe gobernar a Israel; cuyo origen se pierde en el pasado, en épocas antiguas.* <sup>2</sup>*Por eso, si Yahweh los abandona es sólo por un tiempo, hasta que aquella que debe dar a luz tenga su hijo. Entonces volverán a su familia el resto de los hijos de Israel.* <sup>3</sup>*Él se pondrá de pie y guiará su rebaño con la autoridad de Yahweh, con la gloria del Nombre de Dios, vivirán seguros, pues su poder llegará hasta los confines de la Tierra.* <sup>4</sup>*Él mismo será su Paz.*».

## NAHUM

*El profeta y su medio.* Lo que hasta el día de hoy se conoce en relación con la vida de Nahúm es exclusivamente lo que el propio libro aporta: que nació en

Elcos (1.1). Pero incluso este dato es poco significativo, ya que no se ha logrado identificar la población así llamada ni existe acuerdo respecto a su emplazamiento.

La actividad de Nahúm parece corresponder al período entre el 663 y el 612 aJC, y es probable que el libro fuera compuesto poco antes del 612 aJC, año en que los aliados medo-caldeos atacaron y destruyeron la ciudad de Nínive.

### *El libro y su mensaje.*

La caída de aquella gran capital, centro vital del poder imperial de Asiria, constituye el objeto único de la profecía de Nahúm. Alrededor del tan anhelado acontecimiento gira su mensaje, que es un vibrante poema lleno de pasión. La profecía tiene como preludeo una especie de poema alfabético (1: 2-15), donde el autor se sirve de una secuencia fonética para introducir los temas en lugar de estrofas. De las tres partes en que puede dividirse el libro de *Nahúm* (=Nah), la primera (1.2–10) se presenta en forma alfabética: hasta el v. 8, la letra inicial de cada verso sigue el orden del alfabeto hebreo. El texto canta aquí la gloria de Jehová, el «Dios celoso y vengador», cuyo poder supera a cualquier poder humano y aun a las más violentas manifestaciones de la naturaleza (1.3b-6). Jehová, el Dios de Israel, protegerá a los suyos y los librá de sus enemigos los asirios (1.8–10); él, que es el Señor de la historia y tiene en sus manos el destino de las naciones, «consumirá a sus adversarios» (1.8) y hará que cambie la suerte de Judá y de Israel.

Los siguientes versículos (1.11–15) son un pasaje de transición en el que se entremezclan las promesas de paz y restauración dirigidas al pueblo elegido, con la amenaza de los males terribles que han de caer sobre Nínive.

Por último, en la tercera sección del libro (2.1–3.19), el profeta describe con acentos patéticos el asalto a la ciudad odiada, la cual ha de arrastrar en su derrota el hundimiento definitivo del imperio asirio. Ahora el ritmo poético del lenguaje de Nahúm, el dramatismo de sus metáforas y la sonoridad de sus palabras evocan el rodar de los carros de guerra, el galopar de los caballos y el furioso fragor de la batalla. Y hasta parece escucharse, como brotando de ese fondo de desastre y de muerte, el clamor victorioso del pueblo de Dios. Según

uno de los críticos de este libro «el lenguaje es intenso y brillante, el ritmo, vigoroso y oscilante, centellante como los carros y los jinetes que describe».

El tema principal del libro y de la profecía de Nahum, como apuntamos antes, es el destino de Nínive (Na 1: 1). El profeta declara con vigor que Yahweh es un Dios celoso, vengador, pero también refugio para aquellos que se confían en Él (Na 1: 2-8). Exhorta al pueblo a apartarse de los blasfemos y detractores de Jehová. Proclama el inmutable objetivo de Dios: “la liberación de su pueblo” (Na 1: 12-14).

## HABACUQ

*El profeta y su medio.* De este personaje bíblico solamente sabemos que fue profeta y que se llamaba Habacuc (1.1; 3.1). Su libro, octavo entre los doce denominados “profetas menores”, no incluye el menor dato personal, ni en parte alguna del Antiguo o del Nuevo Testamento se vuelve a mencionar su nombre.

*El libro y su mensaje.* A partir del título del libro de *Habacuc* (=Hab), en 1.1, la profecía consta de tres secciones bien diferenciadas. La primera de ellas (1.2–2.4) es una especie de diálogo entre Dios y el profeta. Habacuc clama a causa de la violencia y la injusticia practicadas ante sus propios ojos por las gentes de su nación (1.2–4); y el Señor le responde afirmando que la maldad será castigada y que los caldeos serán el brazo ejecutor del castigo (1.5–11). Pero con esta respuesta crece la confusión del profeta, que no comprende cómo Dios puede valerse de los crueles caldeos para invadir y arrasarse el país: « ¿Por qué... callas cuando destruye el impío al que es más justo que él? » (1.13).

En la segunda parte (2.5–20), Dios invita al profeta a poner en él toda su confianza. Vendrá un día en que también los caldeos serán abatidos. Su propia soberbia los consumirá cuando llegue el momento del triunfo de la justicia, cuando el malvado recibirá el pago merecido, en tanto que «el justo por su fe vivirá» (2.4; cf. Ro 1.17; Gal 3.11; Heb 10.38).

El capítulo 3 constituye la tercera sección del libro. Es una oración en forma de salmo, compuesta para cantar la gloria de Jehová y para expresar con un vibrante lenguaje poético la seguridad del profeta en la protección que le dispensará el Dios de su salvación, el Señor que es su fortaleza (3.18–19).

SOFONÍAS

*El profeta y su medio.*

El título de este escrito (1.1) incorpora los nombres de los ascendientes de Sofonías hasta su tatarabuelo Ezequías, en el que algunos creen ver al rey de Judá a quien se refiere 2 R 18.1–20.21 (cf. 2 Cr 29.1–32.33; Is 36.1–39.8). Y ciertamente el nombre es el mismo, y el tiempo en que vivió el antepasado del profeta parece corresponder también al del gobierno de aquel monarca (721–693 aJC); sin embargo, tales coincidencias no bastan para llegar a la conclusión de que se trata de la misma persona. El dato biográfico transmitido por el libro de Sofonías es que el profeta desarrolló su actividad durante el reinado de Josías sobre Judá (640–609 a JC).

*El libro y su mensaje.*

El mensaje profético de *Sofonías* (=Sf) comienza con el anuncio de un desastre de dimensiones universales. Jehová afirma que, a causa de los pecados de Judá, va a destruir «todas las cosas de sobre la faz de la tierra», lo mismo a seres humanos que a bestias. Solo se salvarán –«quizás»– los «humildes de la tierra» y los que de veras buscan actuar con justicia (1.2–2.3). En una segunda sección (2.4–3.8), el oráculo del profeta se proyecta más directamente sobre los enemigos de Judá. El juicio de Dios alcanzará a las naciones paganas, desde los filisteos habitantes de las costas mediterráneas hasta los asirios de la Mesopotamia. En tercer lugar (3.9–20), la voz de Sofonías proclama un mensaje de esperanza dirigido al pequeño resto, al «resto de Israel» (v. 13), al «pueblo humilde y pobre» (v.12) que habrá sobrevivido a la catástrofe. A este le anuncia el profeta «pureza de labios» para invocar el nombre de Jehová (v. 9), y liberación definitiva de toda cautividad (v. 19).

El tema central del mensaje de Sofonías es el anunciado «día grande de Jehová» (1.7, 10,14), tema que ya había despertado el interés de otros profetas

(cf. Am 5.18–20). Sofonías lo describe con sombrías pinceladas: «Día de ira aquel día, día de angustia y de aprieto, día de alboroto y de asolamiento, día de tiniebla» (1.15). En él habrá clamor, castigo y saqueo, y en él gritarán los valientes (1.8–13). Pero también ese día terrible pondrá fin al dominio de la maldad sobre la tierra y a la indiferencia de quienes piensan que Dios permanece ajeno al drama de la existencia humana (1.12). Es el noveno de los profetas menores. El mensaje esencial del libro es: “Dios juzgará al mundo entero”.

## AGEO (HAGEO)

### *El profeta y su medio.*

El profeta Hageo manifiesta, en el libro que lleva su nombre (=Hag), un especial interés por la precisión de los datos históricos que aporta. Repetidamente incluye en el libro fechas y noticias (1.1, 15; 2.1, 10, 20) que permiten señalar con exactitud el tiempo en que comenzó a ejercer su actividad: el año 520 aJC, «segundo del rey Darío», que gobernó entre el 521 y el 485 aJC.

### *El libro y su mensaje.*

La profecía de Hageo consiste básicamente en una exhortación a reanudar sin demora la reconstrucción del Templo, el cual no podía permanecer más tiempo en estado de ruina, sino que debía ser restaurado para gloria de Dios (1.8). La orden procede de Dios, y no puede ser ignorada sin que de ello se deriven graves perjuicios para todos: la sequía, la pérdida de cosechas y la pobreza, que serán los signos del enojo divino (1.9–11). En cambio, Dios bendecirá y traerá una pronta y definitiva salvación a su pueblo, si con el esfuerzo común el Templo es reconstruido (1.8; 2.6–9; 2.20–23).

Es el décimo de los profetas menores. Se compone de cuatro profecías dadas en un período de cuatro meses, en el segundo año del reinado de Darío Histaspes (520 aJC).

- a.) Primera profecía. El profeta dirige sus reproches a aquellos que se han construido casas artesonadas, pero que han dejado en ruinas el Templo de Dios (Ag 1).

- b.)** Segunda profecía. Da palabras de aliento a los que lamentan la pobre apariencia del nuevo edificio, al compararla con el esplendor del antiguo Templo. Predice que la gloria postrera del mismo será mucho mayor que la primera.
- c.)** Tercera profecía. En ella da la secuela de la primera. De la misma manera que lo impuro contamina a lo que es puro, la negligencia anterior de los judíos ha contaminado sus esfuerzos. Dios ha retirado su bendición.
- d.)** Cuarta profecía. Es la última y fue pronunciada el mismo día que la tercera, «cuando el Señor haga temblar los cielos y la tierra, y trastorne las naciones, Él establecerá a Zorobabel, representante de la línea real de la casa de David.

El mensaje de Ageo (Hageo) tiene aplicación práctica permanente. De ahí la afirmación de Jesús (Mt 6: 33) “«*Por lo tanto, busquen primero el Reino y la Justicia de Dios, y esas cosas vendrán por añadidura*»”. Dios quiere de su pueblo lealtad sin reservas, subordinando todo al cumplimiento de su voluntad. Entonces, Él cuidará fielmente de los suyos.

## ZACARÍAS

Libro del Antiguo Testamento que describe la futura gloria del MESÍAS. Muchos eruditos describen a Zacarías como el más mesiánico de todos los libros del Antiguo Testamento porque contiene ocho referencias claras al Mesías en sus breves catorce capítulos.

*Autor y fecha.* La mayoría de los eruditos conservadores concuerdan en que el libro entero lo escribió un profeta de ese nombre, quien se identifica como hijo de Berequías (1.1). Pero algunos eruditos insisten que la segunda parte debe haber sido escrita por un autor desconocido. Opinan que esta sección fue añadida treinta o cuarenta años después de que el profeta Zacarías escribió los primeros ocho capítulos.

Los caps. 1-8, nos dice Zacarías, fueron profecías recibidas en el octavo mes del segundo año de Darío (1.1), y en el cuarto año del rey Darío (7.1). Estas referencias a Darío I de Persia (que gobernó del 522 al 486 aJC) sitúan las

profecías del 520 al 518 aJC. Pero los caps. 9-14 contienen una referencia a Grecia (9.13), lo que quizás indique que se escribieron después del 480 aJC, cuando el balance de poder en el mundo se inclinaba ya a favor de los griegos.

En cuanto al profeta mismo, poco se sabe aparte de lo poco que dice en su libro. Quizás era descendiente del sacerdote Iddo (1.1) que regresó de Babilonia (Neh 12.16). Esto quiere decir que Zacarías probablemente era sacerdote además de profeta, circunstancia poco común, porque la mayoría de los profetas hablaban contra la clase sacerdotal. Como era joven cuando comenzó a profetizar en 520 aJC, Zacarías puede haber nacido en Babilonia.

#### *El libro y su mensaje.*

El libro de *Zacarías* (=Zac) está compuesto de dos partes bien diferenciadas como ya fue mencionado. Los primeros versículos del escrito (1.2–6) son un llamamiento dirigido a los repatriados de la cautividad babilónica, a quienes el profeta exhorta al arrepentimiento y a la conversión: «*Volveos a mí, dice Jehová de los ejércitos, y yo me volveré a vosotros*» (v. 3).

Los textos que forman la primera parte del libro son básicamente comprensibles, a pesar de las dificultades a que da lugar la proliferación de figuras simbólicas. De manera destacada se encuentran presentes aquí temas como el del amor y la misericordia de Dios para con Jerusalén (1.14, 16), la humillación de las naciones («*cuernos*») que causaron la dispersión de Judá (1.21), la eliminación del pecado en el pueblo de Dios (5.3–4,8) y la esperanza mesiánica (4.1–14).

La segunda parte del libro apunta hacia una situación histórica distinta. Determinadas diferencias de enfoque del mensaje profético, unidas a algunos indicios de carácter cultural (p.e., el uso del nombre de Grecia en 9.13) corresponden mejor con otra época que la vivida por Zacarías.

#### *Aporte a La Teología.*

Una de las grandes contribuciones del libro de Zacarías es la fusión de los mejores elementos sacerdotales y proféticos de la historia de Israel. Zacarías comprendió que estos elementos eran necesarios en una fe genuina. Exhortó al pueblo a apartarse del pecado. Comprendió también que el templo y los ritos

religiosos jugaban un papel importante en mantener al pueblo cerca de Dios. Como conjugó estos elementos en su propio ministerio, Zacarías contribuyó a preparar el camino para que la comunidad cristiana pudiera entender a Cristo como sacerdote y profeta.

Zacarías llama la atención por su desarrollo de un estilo apocalíptico profético, cargado de simbolismos y lenguaje visionario relacionado con los días postreros. En esto, sus escritos se parecen a Daniel y a Apocalipsis. La visión de candelabros y olivos, jinetes y carrozas, cordeles de medir y cuernos coloca al libro, y los otros dos mencionados, en una clase aparte. Zacarías también dijo mucho en cuanto al concepto de Dios como guerrero. Si bien esta era una imagen utilizada a menudo por los escritores bíblicos, Zacarías unió esta idea al concepto del Día del Señor (Jl 2).

#### *Otros Puntos Importantes.*

Zacarías 12.10 es un versículo interesante que habla del reconocimiento por parte de Israel de Jesucristo como Salvador y Señor. Describe el día futuro en que el pueblo judío (la casa de David y los habitantes de Jerusalén) reconocerán la importancia de la muerte de Cristo. Esto los llevará a lamentarse, arrepentirse y salvarse (cf. Ro 11.25–27). Pero la frase más sorprendente en este versículo es: «*Mirarán a mí, a quien traspasaron*». Hablando a través del profeta, el Señor se identifica como el que será traspasado. Junto con el Sal 22 e Is 53, estas palabras son una maravilla de inspiración al describir los resultados de la muerte de Cristo y también la manera en que murió para librarnos de nuestros pecados.

## MALAQÚÍAS

### *El profeta y su medio.*

Malaquías, el nombre que encabeza este breve escrito, es un derivado del término hebreo *malají*, que significa «mi mensajero». Y dado que un profeta es propiamente un mensajero de Dios, «*Malaquías*» puede interpretarse no solo como nombre de persona, sino también como título de aquel a quien Dios encomienda un ministerio profético.

### *El libro y su mensaje.*

Con el libro de *Malaquías* (=Mal), último de los doce que forman el grupo de los llamados *Profetas menores*, concluye el bloque de la literatura profética de la Biblia y se pone punto final a la última página del AT.

El texto de Malaquías se caracteriza por el tono polémico con que aborda los diferentes temas. La propia armazón literaria del mensaje es una especie de discusión retórica, de diálogo con sus destinatarios, a cuyas preguntas y objeciones responde el profeta. La fórmula discursiva es la siguiente:

- (a) Jehová establece un principio general o condena una práctica reprobable habitual en el pueblo;
- (b) los interpelados responden planteando sus dudas y haciendo preguntas, introducidas a veces de manera irónica por el profeta;
- (c) Jehová interviene de nuevo, confirma y amplía lo que antes había dicho, añade más reproches y anuncia el castigo de los culpables.

Objetivo inmediato de la reprobación profética de Malaquías son los sacerdotes que con su negligencia permiten que el pecado se instale en el propio Templo (2.11), y que son los responsables de que se cometan abusos en la celebración de los sacrificios (1.6–2.9); pero también censura duramente a los malvados, los injustos, los impíos, los que repudian a su esposa para unirse a una extranjera (2.10–16) y los que dejan de pagar sus diezmos defraudando así al Señor. El juicio condenatorio de Malaquías se extiende a todos los que no tienen temor de Dios (3.5).

Comentarios adicionales.

Los profetas se dividen en Mayores y Menores, teniendo en cuenta la extensión de su obra. Los Profetas Mayores son: Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel. Los Profetas Menores son: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuq, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. Elías y Eliseo.

Profeta y Apóstol no es lo mismo. El profeta habla en nombre de Dios a una comunidad de creyentes. El Apóstol predica a gente que no pertenece al pueblo de Dios.

Hoy en día no se leen ni se dan los profetas porque siguen siendo estorbos para muchos; porque se trata de una misión difícil, llena de riesgos. Mejor quedarse callados. Los profetas atacaban al culto y a las fiestas religiosas por tratarse de actos puramente exteriores, sin una verdadera participación interior.

Las fiestas religiosas sirven para realizar un encuentro más profundo con Dios y los hermanos, en un clima de sano esparcimiento. ¡Cuánto necesitamos aún, hoy en día, de todos estos consejos y advertencias de aquellos profetas judíos! Nosotros que, ¡a pesar de haber recibido estos mismos mensajes con la claridad meridiana de las parábolas y de la pedagogía del Padre, a través de Jesús!, transformamos la semana mayor, ¡la Semana Santa!, en días de vacaciones con abundancia de bebidas embriagantes. *«Pero vosotros os habeis apartado del camino, y habeis pervertido el pacto de Leví, dice Yahvé de los ejércitos. Por tanto, también yo os he hecho a vosotros despreciables y viles para todo el pueblo, a la medida en que vosotros no habeis seguido mis caminos, ni habeis tenido en cuenta mi Ley»* (Mal 2: 8-9).

## Capítulo 10

### TRES HISTORIAS EJEMPLARES

Los libros de Tobías y Judit aparecen en la Vulgata después de los libros históricos, muchos manuscritos griegos siguen ese mismo orden, pero otros los colocan a continuación de los libros o escritos sapienciales. Estos libros se distinguen por varias características particulares: a.) No tienen un texto del todo seguro en cuanto a su origen; b.) Entraron tarde en el canon de las Escrituras y c.) Tienen en común un determinado género literario en el que se trata con mucha libertad la historia y la geografía.

### TOBIAS

La intencionalidad de este libro es didáctica y teológica. Se dirige de manera especial a los judíos de la dispersión que viven en medio del mundo pagano, de ahí que haya elegido como protagonistas de su relato a dos familias deportadas emparentadas entre sí, encabezadas por Tobít y Sarra respectivamente. Entre las enseñanzas más importantes podemos señalar:

- Providencia de Dios y angelología. Muestra cómo la Providencia de Dios está en medio de las adversidades y las pruebas; son claves los textos Tb 3: 16-17, que declara que la oración de Tobít y Sarra ha llegado al cielo y ha sido despachada favorablemente; Tb 12: 11-15, donde el ángel Rafael,

encarnación de la providencia divina, da a conocer su identidad.

Los mediadores del designio providente de Dios son ángeles. Los nombres de “*Rafael*” (“= medicina de Dios”) y de “*Asmodeo*” (“= que hace perecer”) son significativos. El uno cura y el otro mata.

- La ética de las buenas obras. La vida de Tobít ha estado marcada por el cumplimiento riguroso de la ley de Moisés y sus preceptos concretos, y por su firme piedad en la práctica de las buenas obras, entre las que destacan la oración, la caridad y la limosna. La imposibilidad de poder llegar hasta el Templo para tomar parte en la liturgia cultural y sacrificial le lleva al autor de Tobías a poner el acento en los deberes personales y privados hacia Dios y hacia el prójimo (limosna, asistencia, hospitalidad, justa retribución y dar sepultura a los muertos).
- Familia y Matrimonio. Tras la crisis de las instituciones nacionales, la familia se convierte en el ámbito privilegiado donde se vive y transmite la herencia espiritual del judaísmo (Tb 1: 8; 4: 9; 14: 3, 8-9). Un momento importante en la vida familiar es el matrimonio, que asegura la continuidad de las sucesivas generaciones y garantiza el porvenir. Se comprende, por tanto, la importancia que el autor concede al matrimonio de Tobías con Sarra (Tb 6-8). En la Vulgata la redacción sobre la entrega de Sarra a Tobías por Ragüel ha servido de inspiración a la bendición litúrgica actual de los esposos: “*«<sup>15</sup>Y tomando a su hija de la mano derecha, la colocó en la mano derecha de Tobías, diciendo: El Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob sea con vosotros. `Que Él os una y os llene de bendición.`»*. Tobías ante el lecho nupcial ora a Yahveh con Sarra diciendo: «*“<sup>8: 6-8</sup> Tu hiciste a Adán y le diste por ayuda y auxilio a Eva, su mujer; de ellos nació todo el linaje humano. Tú dijiste: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sexual, sino del amor de tu ley, recibo a esta mi hermana por mujer. Ten misericordia de mí y de ella y concédenos a ambos larga vida. Ella respondió: `Amén`»*».

Este libro depende de un origen semítico que se ha perdido. Aparentemente

San Jerónimo se basó, para la Vulgata, de un texto caldeo (arameo) escrito probablemente en Palestina alrededor del año 200 aJC que ya no poseemos. Sin embargo en las cuevas de Qumrán se han descubierto los restos de cuatro manuscritos arameos y de uno hebreo de Tobías que confirman la antigüedad de sus orígenes.

## JUDIT

Emocionante romance religioso que deriva su nombre de la heroína, una viuda judía, rica y hermosa. Cuenta acerca del rey asirio Nabucodonosor -quien, según se dice, reinaba sobre Nínive-, éste derrota a Arfaxad, rey de los medos en Ecbátana. Luego envía a su comandante en jefe, Holofernes, para castigar a los judíos, único pueblo que se atreve a desafiarlo en el oeste al rehusar prestarle ayuda en la conquista de los medos. De acuerdo con el libro, recientemente habían regresado de su cautividad. Mediante su habilidad, valor y astucia, la bella viuda judía, Judit salva a su pueblo al cortar la cabeza de Holofernes con su propia espada mientras duerme totalmente ebrio, y así salvó a los israelitas.

En el trasfondo de la historia de Judit está subyacente la doctrina de la Gracia, que el Salmo 20 formula en estos términos: *"Unos confían en sus carros, otros en sus caballos; nosotros, en el nombre del Señor somos fuertes"* (v. 8). Coincide esta doctrina con la teología de la Alianza, que el autor pone en boca de Ajior (Jdt 5: 5-21), y que hace suya Judit (c. 11: 9-19). Frente a la tesis de la teología de la Alianza, Holofernes contrapone la tesis materialista de la autosuficiencia humana, en la que lo único que cuenta son los efectivos humanos y la fuerza de las armas (c. 6: 2-3).

La historia de Judit demuestra la equivocación, el error y la mentira de la tesis pagana con el fin de fortalecer la Fe yahvista de sus lectores, judíos seducidos por la cultura griega. Es una invitación a seguir firmes en la tradición recibida, que ponía la salvación en la fidelidad y obediencia a Dios y a su Ley. Hay que practicar el retiro, la oración, el ayuno, la mortificación, etc., virtudes todas ellas propias del judaísmo tardío (c. 8: 4-8).

La Fe en Dios no excluye la colaboración humana. De hecho la derrota de los asirios y la liberación de Betulia no es el resultado de milagros espectaculares, sino fruto de la habilidad y energía de una mujer que, cuando invoca a Dios, es para pedirle que le ayude en el buen uso de ellas. Se diría que Judit abusa de su astucia, como buena hija de su padre Simeón (c. 9: 2). A lo largo del libro afloran otros motivos teológicos; por ejemplo: la idea de que el sufrimiento no es siempre, ni necesariamente, expresión de castigo por los pecados del pueblo (c. 8: 18-20), si no prueba y enseñanza pedagógica para el pueblo, e invitación a crecer en la virtud (c. 8: 21-24); la apertura y el respeto a los extranjeros, representados en Ajior, escuchado y aceptado en la ciudad.

La falta de exactitud tanto histórica como geográfica parece ser tomadas con la intención de sacar este drama religioso, y su desenlace, de cualquier contexto (Betulia por ejemplo no aparece en el mapa). Es una narración que guarda cierto parentesco con el Apocalipsis. Holofernes es una síntesis de las fuerzas del mal. Judit (nombre que significa “la judía”) representa la causa de Dios, identificada con la nación. La causa parece condenada al exterminio, pero Yahvé cuida de su triunfo a través de las débiles manos de una mujer y el Pueblo Santo sube a Jerusalén. El libro presenta también relación con los libros de Daniel, Ezequiel y Joel. La llanura de Esdrelón, donde tiene lugar la escena, esta cerca de la llanura de Harmagedón donde San Juan situará la batalla escatológica (Ap 16: 16). El libro parece haber sido escrito en Palestina a mediados del S II aJC, probablemente en hebreo, o arameo, en una atmósfera de fervor nacional y religioso creada por la sublevación de los Macabeos.

En la conducta de Judit hay cosas que la moral cristiana no justifica. Santo Tomás dijo de ellas: *«Se recomiendan algunos de la Sagrada Escritura no por la perfección de su virtud, sino por cierta índole virtuosa, es decir, por cierto afecto laudable, que nos movía a hacer cosas ilícitas. Así, es alabada Judit, no por haber mentido a Holofernes, sino por afecto que a ello la indujo, es decir, el amor a su pueblo, por el cual se expuso al peligro»* (Suma teológica 2-2 q.110 a.3 ad 3; cita de la Biblia Nácar-Colunga).

## RUT

Con esta pequeña joya de la literatura bíblica, el género narrativo hebreo se remonta a una de sus más elevadas cotas artísticas. El libro lleva al lector a la época violenta y convulsa de los “jueces” de Israel (1.1); pero, en contraste con el clima inquieto que caracteriza la historia de aquellos héroes guerreros, *Rut* (=Rt) se presenta como un delicioso canto a la paz y a la serenidad de la vida campesina.

Junto a la rica personalidad de Rut, entra en juego la de Noemí, mujer generosa y sabia en sus consejos (1.8–13; 2.22; 3.1–4), que con plena confianza en el Señor se enfrenta decidida y valerosamente a un destino por demás doloroso.

El tercero de los personajes principales del libro es el hacendado Booz, hombre afectuoso, bien impuesto de sus derechos y decidido a hacerlos valer. Se muestra, además, cumplidor de todos los compromisos a que lo obliga su condición de pariente de Elimelec, entre los cuales está el matrimonio con Rut (4.3–12).

*El mensaje.* La historia, escenificada sobre todo en la pequeña aldea de Belén de Judá, está contada en términos de la vida diaria de gentes sencillas y de noble corazón. Frente al rigor de las concepciones étnicas sustentadas por el pueblo de Israel recién implantado en Canaán -entre ellas, la oposición a la unión de judío y extranjera (cf. Esd 9–10; Neh 13.23–27)-, *Rut* ofrece un panorama abierto a la amistad y a la relación pacífica con el forastero. Muy lejos del punto de vista de este relato queda cualquier forma de racismo o de nacionalismo cerrado. La narración es como un puente tendido en el AT hacia el mensaje del NT, hacia la predicación cristiana de la igualdad de todos los seres humanos ante los ojos de Dios (cf. Dt 23.3, 6 con Mt 28.16–20; Hch 1.8). Es un puente afirmado sobre una constancia histórica: la genealogía que se inicia en Rut la moabita y que llevará finalmente al nacimiento de Jesús (cf. Mt 1.5). Así, con su presencia en el AT, Rut prefigura, en dimensión profética,

el valor universal de la obra redentora de Jesucristo.

Este libro pertenece a los llamados “cinco pequeños rollos” (*Meguilloth*), y era leído en la llamada “fiestas de las semanas” o “fiestas de Pentecostés”.

**a) Canto a la Providencia.**

Es la historia de Rut la moabita que, tras la muerte de su marido, un hombre de Belén emigrado a Moab, vuelve a Judá con su suegra Noemí y se desposa con Booz, pariente de su marido, en cumplimiento de la ley del levirato; de este matrimonio nace Obed, que será el abuelo de David. La protagonista del libro pasa por la contrariedad y la prueba, pero todo termina bien. Rut, la joven viuda, sería una encarnación de la providencia divina. Se presenta en intervenciones sobrias y discretas, que en principio parecen más bien obra de la casualidad, pero que vistas en su conjunto no se explican si no es porque Dios está detrás.

Coincide que las dos mujeres llegan a Belén precisamente cuando empieza el tiempo de la siega (c. 1: 22). Rut tiene la suerte de ir a caer en los campos de Booz, pariente de Elimélec (c. 2: 3), justamente cuando Booz llega de Belén (c. 2: 4). Cuando llegó la hora de desgranar las espigas, Rut se quedó sorprendida por la enorme cantidad de grano. Booz subió a la puerta de la ciudad justo en el momento preciso en que acertó a pasar por allí el pariente que interesaba (c. 4: 1). El Dios escondido actúa con discreción y sin hacer ruido, pero con puntualidad y eficacia. Y todo ello sin mediaciones celestiales (ángeles) o instituciones (profetas, sacerdotes, prácticas culturales), sino a través de unas relaciones personales y familiares fluidas y espontáneas (la oración, la alabanza...).

**b) Una Historia de Consolación.**

Otros ven en el libro de Rut una historia de consolación escrita hacia finales del destierro con el fin de levantar los ánimos de los exilados en Babilonia. Como muchas veces los judíos se vieron obligados a descender a Egipto apretados por la sequía y el hambre, así pasó con esta familia de Belén, quienes tuvieron que buscar asilo en la región de Moab.

c) Interés dinástico.

Otros creen que el centro del interés del libro se encuentra en la incorporación de Rut dentro del seno de una familia judía. Parece que existía en Israel una tradición según la cual David era de ascendencia moabita, cosa que hería la sensibilidad del pueblo. El libro tendría la finalidad de embellecer y ennoblecer esta tradición. El origen moabita de David, viene a decir el autor de Rut, no debe entenderse como si el rey de Israel perteneciera a una familia moabita. No, la familia de David era oriunda de Belén, pero se vio obligada a emigrar a Moab. San Mateo ha incluido el nombre de Rut en la genealogía de Cristo (Mt 1: 5).

d) El Evangelio de la Mujer.

Dentro del AT, el libro de Rut, es, sobre todo, el evangelio de la mujer, una mujer que no pone su talento al servicio de la guerra y de la sangre, sino al servicio de la vida y de la paz. Rut es una de las figuras más humanas y entrañables de la Biblia, encarnación de los mejores valores naturales y sobrenaturales. Rt 1: 16-17, por Ej., es una de las profesiones de amistad más bellas que se puedan formular y, al mismo tiempo, una profunda confesión de Fe: «<sup>16</sup>No insistas más en que me separe de ti. Donde tú vayas, yo iré; donde tú vivas, viviré; tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios es mi Dios; <sup>17</sup>donde tú mueras, moriré y allí me enterrarán. Juro hoy solemnemente ante Dios que sólo la muerte nos ha de separar»».

## Capítulo 11

### LOS CINCO ROLLOS (Meguilloth)

Este grupo de libros recibió el nombre de *Meguilloth* (*Meguil-lôt*), es decir los cinco pequeños rollos (en franca analogía con los “Cinco grandes rollos”, o Pentateuco). Cada uno de estos cinco libros era leído en las cinco grandes fiestas del pueblo hebreo. De esta forma: El cantar de los cantares era leído en la Pascua; Rut, como ya vimos en el capítulo anterior, era leído en las fiestas

de las semanas; Lamentaciones, en el aniversario de la destrucción del Templo; Eclesiastés en la fiesta de los tabernáculos y finalmente Ester, se leía en la fiesta del Purim.

## EL CANTAR DE LOS CANTARES

El título *Cantar de los Cantares* (=Cnt) comúnmente dado a este breve pero bellissimo libro, es una expresión que se corresponde literalmente con la inicial del texto hebreo de la Biblia, se trata de una fórmula idiomática muy condensada, cuyo sentido puede explicarse con propiedad como: “el más hermoso de los cantos” o “el poema más sublime”. *Cantares* es un poema distribuido en estrofas, en las que, alternativamente, dos enamorados manifiestan sus recíprocos sentimientos en un lenguaje apasionado, de alto nivel literario y brillante colorido. Todo en este poema cuajado de símiles y espléndidas metáforas se orienta a la exaltación del amor entre el hombre y la mujer, de esa irresistible y mutua atracción que inspira las palabras y determina las actitudes de los enamorados. En *Cantares*, el esposo mira a la esposa como a un dechado de perfecciones, la contempla a través del cristal de cuanto él tiene por más apetecible, sea viña o fuente, jardín o «nardo y azafrán» (1.6; 2.15; 4.12–14; 5.1; 8.12). La belleza de los enamorados y las delicias del amor son como los frutos de la tierra, los lirios, el vino, la leche o el panal de miel (4.3, 11; 5.1, 13; 6.2, 7; 7.7–9; 8.2). También, desde las más altas cumbres de la lírica, el poema expresa a veces la angustia por la ausencia del ser amado (1.7; 3.1–3; 5.8), la felicidad del encuentro (2.8–14; 3.4) y, sobre todo, anhelo de la mutua entrega (1.2–4; 8.1–3).

*El autor.* La mención de Salomón (1.1) induce a pensar que aquel rey, hijo de David y sabio entre los sabios, fue el inspirado poeta a quien debemos el *Cantar de los Cantares*. Pero a este respecto debe señalarse que la frase hebrea traducida por «de Salomón», tanto puede significar que él fue el autor del poema, como que el poema le fue dedicado o, simplemente, que Salomón es el personaje a quien el poema hace referencia. En uno u otro caso, el hecho indudable es que el nombre del rey pesó de modo definitivo en favor de que *Cantares* se incluyera entre los libros sapienciales del pueblo de Israel.

*Composición del poema.*

En el momento actual, la gran mayoría de los especialistas está de acuerdo en que el *Cantar de los Cantares*, tal y como ha llegado a nosotros, no es la obra de un único y determinado poeta. Más bien se trata de una colección de canciones de los siglos V y IV aJC, compuestas por personas desconocidas para que el pueblo cantara, y compiladas probablemente hacia principios del S III aJC. Por tanto, no cabe suponer ninguna especie de estructura establecida de antemano como preparación de la obra poética. La unidad literaria de *Cantares* y la coherencia de su pensamiento no proceden de ningún plan previo, sino de la idea general que en su día presidió la recopilación de los cantos.

Último de los cinco libros poéticos del AT. El Cantar era leído el octavo día de la Pascua, siendo interpretado alegóricamente con relación al tema histórico del Éxodo. Su título tiene un significado superlativo, indicando que la obra es de carácter muy elevado.

Como los otros libros sapienciales *Cantar* se preocupa de la condición humana, enseña a su manera la bondad y la dignidad del amor que acerca al hombre y a la mujer, destruye los mitos y lo libera de las ataduras del puritanismo, como también de las licencias del erotismo. Esta lección no debe perderse para nuestra época.

En este libro no se nombra a Dios, a diferencia del resto de los libros de la Biblia donde se nombra constantemente, directa o indirectamente. Sin embargo, *Cantar* es todo un “canto al amor”, es el mensaje religioso de toda la Biblia al expresar en forma poética la búsqueda del amor. Como lo pregunta la Biblia Latinoamericana en su introducción de este libro: ¿no consideran los enamorados que el amor es algo divino?, ¿no será ésta una manera de hablar de Dios?,... ¡pues todo el amor verdadero viene de Dios y es algo de Dios!

## LAMENTACIONES

El título procede de la versión griega del AT llamada “Septuaginta”. Allí se denomina *Zrénoi* (“cantos fúnebres”, “lamentaciones”, “endechas”). Por su parte, la Biblia hebrea lo titula *Eijah* (“¡Qué...!”), conforme al uso judío de nombrar los libros por el vocablo inicial de cada uno de ellos.

*Los motivos del libro.* El trasfondo histórico de los cinco poemas que componen *Lamentaciones* (=Lm) es la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor en el 586 aJC (2 R 5.1–21). Este triste episodio comenzó algún tiempo después a ser recordado por el pueblo, que mostraba su aflicción con oraciones, ayunos y otras expresiones de duelo (cf. Jer 41.5; Zac 7.3; 8.19). Además, junto a las ruinas del Templo celebraba determinadas ceremonias para mantener despierta la memoria de aquella gran tragedia y, al propio tiempo, la esperanza de la restauración nacional anunciada por los profetas (cf. Jer 30.1–31.40).

*El libro y su mensaje.* Este libro está constituido por cinco poemas que recogen el espíritu y los sentimientos que animaban tales luctuosas celebraciones. Jerusalén, “la ciudad populosa”, “la grande entre las naciones”, se representa en ellos como una mujer que se ha quedado viuda (La), como una madre que ve desfallecer y morir de hambre a sus hijos, niños todavía (2.19, 22). Pero *Lamentaciones* no se reduce a llorar el desastre de Judá y de Jerusalén, sino que una y otra vez lleva al pueblo a reconocer su propia responsabilidad y a confesarse culpable delante de Jehová: “*Gravemente ha pecado Jerusalén, por lo cual ha sido movida de su lugar; cuantos la honraban, la desprecian al ver su vergüenza, y ella suspira y se vuelve atrás*” (1.8; véase también 1.14, 20; 3.42; 4.6). Sobre todo, el pueblo reconoce que Judá y Jerusalén merecieron la severidad con que las trató el Señor y que él nunca dejó de actuar con perfecta justicia (1.18).

Ahora bien, *Lamentaciones* contiene no solo expresiones de dolor personal o colectivo (cf. 1.12–16; 3.43–47; 5.1–22), sino también otras que dan testimonio de la profunda fe del poeta que las creó y de su total confianza en el Señor (3.21–24, 26). A ellas se unen cánticos de alabanza (5.19), acciones de gracias (3.55–57) y exhortaciones a reconocer con sinceridad de corazón que los acontecimientos adversos que nos sobrevienen son, a menudo, la consecuencia ineludible de nuestras propias rebeldías (3.40–42).

El libro de las *Lamentaciones* fue escrito probablemente sobre las ruinas humeantes de Jerusalén, hacia el año 585 – 587 aJC. Parece obra de un solo

autor que describe en términos patéticos el duelo de la ciudad y de sus moradores, pero de estos dolorosos lamentos brota un sentimiento de invencible confianza en Dios y de hondo arrepentimiento que constituye el valor permanente de la obra (Biblia de Jerusalén).

## ECLESIASTÉS (Qohélet)

Eclesiastés es el título que en la Septuaginta recibe el libro llamado *Kohéleth* (*Qohélet*) en el texto hebreo de la Biblia. Ambos vocablos, el griego y el hebreo, significan prácticamente lo mismo: “predicador”, “moralista”, “orador”, “persona encargada de convocar un auditorio y dirigirle la palabra”. Y en ambos casos se trata de términos derivados: *Qohélet* procede de *gahal* (*kahal*), raíz hebrea que con la idea de “reunión” o “asamblea” quedó representada en griego por el sustantivo “*Ekklesiates*”, del cual, a su vez, se deriva *Eclesiastés* (=Ec). Aunque su autor ha sido muy discutido, se considera como más probables dos versiones:

- a) El mismo Salomón, en su vejez, escribió este libro y, aunque no es nombrado, a él se refieren las alusiones a la sabiduría, los placeres, las construcciones, los servidores, las riquezas y las mujeres, que habían estado antes que él en Jerusalén (Qo 1: 16; 2: 1-9). La tradición cristiana hasta Lutero, ha admitido también su origen salomónico.
- b) Que sea un descendiente posterior de David pero no Salomón, aunque esta versión tiene varias objeciones.

### *El contenido de Eclesiastés.*

Más que un discurso pronunciado ante una asamblea, este libro parece un soliloquio. Es una especie de discusión del autor consigo mismo, interna, en la que frecuentemente considera realidades opuestas entre sí: la vida y la muerte, la sabiduría y la necedad, la riqueza y la pobreza. En esta contraposición de conceptos, los aspectos negativos de la realidad aparecen subrayados y como teñidos de un tono de hondo pesimismo. Sin embargo, en ningún momento llega *Eclesiastés* al extremo de menospreciar o negar cuanto de valioso tiene la vida; nunca deja de reconocer los aspectos positivos que forman parte de la existencia y la experiencia del ser humano; trabajo, placer, familia, hacienda o sabiduría (2.11, 13). Pero tienen un valor relativo, de modo que ninguno de

ellos (ni cada uno de por sí, ni todos juntos) llega a satisfacer los anhelos más profundos del corazón.

Se interroga el Predicador por el sentido de la vida. Con absoluta sinceridad se plantea la cuestión que más le preocupa y que él reduce a términos concretos preguntándose: « ¿Qué provecho obtiene el hombre de todo el trabajo con que se afana debajo del sol?» (1.3). Lo que equivale a: ¿Qué debe conocer, saber y hacer el ser humano para vivir de manera plenamente satisfactoria?

En busca de la respuesta que mejor convenga a esta pregunta fundamental, el escritor analiza y critica con sistemática atención los diversos caminos que podrían conducirle a su objetivo: el placer (2.1), la sabiduría (1.13) o la realización de grandes empresas (2.4). Pero descubre que al término de todos sus esfuerzos le espera idéntica decepción, la que él resume en las pocas palabras de su célebre aforismo: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (1.2; 12.8). Porque, en fin de cuentas, la actividad de Dios en el mundo es un misterio impenetrable para la sabiduría humana, incapaz ella misma de descender el velo que lo envuelve. *Eclesiastés* trata de descifrar el enigma de la existencia y de penetrar el sentido de las cosas apoyándose tan solo en su experiencia personal y en sus propios razonamientos. Esta actitud crítica lo distanció del sereno optimismo que revela el libro de *Proverbios*, y le impidió compartir la gran esperanza de los profetas del pueblo de Israel; sin embargo, concluye con la afirmación de que «el todo del hombre » (12.13) se halla en la relación de este con Dios.

Este libro es la requisitoria más implacable contra el orgullo humano y su pretensión a prescindir del Señor. Detrás de la desesperanza humana, en *Eclesiastés* aparece incesantemente la presencia del Creador, a quién todos deberán dar cuenta (caps. 3: 11, 17; 5: 2; 12: 9). El libro nos da una lección de desprendimiento de los bienes terrenos y, al negar la felicidad de los ricos, prepara el camino para oír en el Evangelio que son «<sup>Lc 6 20</sup> *bienaventurados los pobres*».

En el NT, en Juan 4: 13-14, conoceremos que es en Jesucristo en quién todos los enigmas de la vida humana hayan su solución. El hombre, habiendo

gustado todas las fuentes terrenas, sigue teniendo sed, por cuanto ¡todo es vanidad!; es ¡en el Redentor en quién encontrará el agua viva, que apagará su sed para siempre jamás!

## ESTER

El origen de *Ester* puede probablemente remontarse a finales del período persa, más o menos hacia la primera mitad del s. IV aJC. Es posible que el libro se escribiera fuera de Palestina y que respondiera al deseo de demostrar que la fiesta de *Purim* se basaba en una historia de liberación del pueblo judío, del mismo modo que la Pascua tenía por fundamento la historia de su liberación de la esclavitud en Egipto.

*La lectura del libro.* Este relato es de lectura fácil, pero plantea problemas de difícil solución. El hecho de que nunca se mencione a Dios explícitamente — aunque pueda sobrentenderse su presencia (4.13–14) — tiñe la historia de un tono profano, que el carácter dado a la fiesta contribuye a intensificar incluso en nuestros días. Se habla del “pueblo judío” y, más concretamente, de “los judíos”; pero nada se dice de Israel, ni como nación ni como país. Los personajes principales son de gran entidad, pero la acción dramática no se ajusta completamente a los actuales conocimientos de la historia de Persia y del carácter tolerante de sus reyes. En último lugar, aunque no menos importante, el libro sorprende por su atmósfera vengativa y revanchista (cf. Sal 58.6–11 y otros salmos imprecatorios). Los hechos narrados en *Ester* pueden interpretarse como una enseñanza acerca del poder de Dios y de la fuerza con que el Señor a veces cambia los designios humanos, por firmes, inmodificables y definitivos que estos parezcan.

La principal enseñanza espiritual es que Dios está vigilando y cuidando a su pueblo durante el cautiverio, independientemente de su fidelidad hacia Él, o del deseo de volver a la “Tierra Prometida”. El libro de Ester, como el de Judit, refiere ambos una liberación de la nación judía por medio de una mujer. Los judíos establecidos en Persia se ven amenazados por el odio del visir Aman, y se salvan gracias a la intervención de Ester, joven que ha llegado a reina dirigida por su tío Mardoqueo.

Aunque el nombre de Dios no aparece abiertamente, en la versión aceptada por el Canon hebreo, sí aparece escondido de manera notable y digna de señalarse, tal y como lo reseña el Diccionario Bíblico Ilustrado en CD-Rom, Editorial CLIE, Macromedia Inc. de 1996. En efecto el nombre “YHWH” (Yahweh) se haya en forma acróstica, de tal manera que evidencia haber sido puesto así de manera intencionada. Por ejemplo:

- Est 1: 20 “Y todas las mujeres darán” «*Hi´Wekhol Hannashim Yitem*» Aquí el nombre de Yahweh aparece en las primeras letras de las palabras tomadas en orden inverso HWHY ⇒ “YHWH”.
- Est 5: 4 “Vengan hoy el Rey y Amán” «*Yabó Hammelekh Wehaman Hayyom*» Las primeras letras de cada una de las palabras en orden directo “YHWH”.
- Est 5: 13 “Pero todo esto de nada me sirve” «*Wekhol-seH´eyennW (u) shoH liY*» Tomando las últimas letras en orden inverso HWHY ⇒ “YHWH”.
- Est 7: 7 “que estaba resuelto para el mal” «*kiY kalethaH´ela (y) W hara´aH*» En este caso se toman las últimas letras de cada palabra en su orden directo “YHWH”.

Es decir, todas las posibles combinaciones, lo que ilustra la presencia divina en sucesos del libro de forma no-manifiesta o velada.

## Capítulo 12

### LIBROS SAPIENCIALES Y DEMÁS ESCRITOS

La Biblia hebrea, después de sus dos primeras secciones, conocidas respectivamente como *la Ley y los Profetas*, contiene una tercera, llamada de modo genérico *los Escritos (ketubim)*. Consiste esta tercera sección en un conjunto de trece libros, que se caracterizan por su diversidad temática y formal. Seis de ellos son de índole histórica y narrativa: *Rut, 1 y 2 Crónicas, Esdras, Nehemías y Ester*; otros seis son poéticos: *Job, Salmos, Proverbios,*

*Eclesiastés, Cantar de los Cantares y Lamentaciones*; y uno, *Daniel*, es de evidente concepción profética y apocalíptica.

*Géneros literarios.* Amalgamando temas y estilos, los *ketubim* conceden un lugar destacado al género “sapiencial” (del latín *sapientia*, o sea, “sabiduría”), especialmente representado por *Job, Proverbios y Eclesiastés*, por ciertos salmos y por algunos pasajes de otros libros.

La sabiduría es esencialmente un don de Dios desarrollado luego por la experiencia y la reflexión. Porque la experiencia de lo cotidiano es también, a su vez, fuente inagotable de sabiduría para el que anda con los ojos bien abiertos y no se complace en su propia ignorancia.

Junto a estas fórmulas proverbiales, la Biblia recoge otros modelos didácticos utilizados por los sabios para la trasmisión de sus enseñanzas: el *poema sapiencial* (Pr 1–9), el *diálogo* (Job 3–31), la *digresión* en el discurso (característica de *Eclesiastés*), la *alegoría* (Pr 5.15–19) y también la *oración* y el *cántico de alabanza* (formas características de los *Salmos*).

*Carácter y temas.* Mediante la comunicación de sus conocimientos, de su experiencia y de su fe en Dios, los sabios de Israel se proponen que sus discípulos, a los que ellos suelen llamar *hijos* (cf. Pr 1.8), aprendan la importancia de desarrollar determinados aspectos prácticos de la vida. Entre estos aspectos pueden citarse el autodomínio personal, especialmente al hablar (Job 15.5; Pr 12.18; 13.3), la dedicación al trabajo (cf. Job 1.10; Pr 12.24; 19.24; Ec 2.22) y el ejercicio de la humildad, que no es debilidad de carácter, sino antítesis de la arrogancia y del exceso de confianza en sí mismo (Job 26.12; Pr 15.33; 22.4). También los sabios valoran altamente la amistad sincera (Job 22.21; Pr 17.17; 18.24), al paso que condenan la mentira y el falso testimonio (Job 34.6; Pr 14.25; 19.5). Exhortan además a preservar la fidelidad conyugal (Pr 5.15–20), a actuar generosamente con los necesitados (Job 29.12; 31.16; Pr 17.5; 19.17; Ec 5.8) y a practicar la justicia (cf. Pr 10.2; 21.3, 15,21).

Como libros sapienciales se conocen cinco libros del AT: *Job; Proverbios; Eclesiastés o Qohélet; Eclesiástico o Sirácida y Sabiduría.*

## JOB

El libro de *Job* (=Job) es el primero de los cinco llamados con absoluta propiedad *poéticos y sapienciales*. La prosa narrativa ocupa en él un espacio muy reducido; tan solo se encuentra en el prólogo (cap. 1–2), en el epílogo (42.7–17), en un breve pasaje de transición (32.1–6) y en algunos versículos introductorios del diálogo. El resto, prácticamente la totalidad del cuerpo del escrito, es poesía.

El autor de esta obra cumbre de la literatura universal se revela en ella como un consumado estilista. Con notable destreza maneja los recursos del idioma, combinando de manera extraordinaria la profundidad de pensamiento con la belleza de un lenguaje poético, sonoro y lleno de ritmo, rico en paralelismos e imágenes de singular plasticidad.

*El prólogo.* El prólogo consiste en la presentación de las circunstancias en que se desarrolla el drama y de los personajes que en él intervienen. El protagonista, Job, es un rico hacendado (1.3) que vive con su familia en Uz, población situada, según se cree, en la región aramea que se extendía hacia el sudeste de Palestina. Hombre de fe, descrito como «*perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal*» (1.1), Job es víctima de una cadena de desdichas que lo dejan bruscamente sin hijos y sin hacienda, enfermo y reducido a una condición miserable (7.4–5). A pesar de todas las desgracias, él confía en Dios y lo bendice (1.21), no deja que sus labios pequen contra el Señor, y aun sale al paso de las quejas de la esposa preguntándole: «*¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?»* (2.10).

*El mensaje.* El cap. 3 da entrada al primero de los poemas. Job se lamenta de su desgracia en términos que revelan una amargura profunda, muy distante de aquel ánimo sereno con que en el prólogo hacía frente a la adversidad. Ahora predominan en Job las quejas y los acentos apasionados, y sin cesar se pregunta por qué Dios envía sufrimientos a alguien que, como él, siempre lo ha servido con fidelidad y nada malo ha hecho.

Es evidente que este libro no pretende establecer una teoría general acerca del sufrimiento humano, ni tampoco una particular en torno a la infelicidad de que también son objeto quienes aman al Señor y actúan con rectitud. Lo que el libro ofrece es el planteamiento dialogado de dos puntos de vista sobre la causa de la desgracia: el tradicional según el cual Dios premia en este mundo al bueno y castiga al malo; y el que Job representa negándose a admitir que su infortunio personal se deba a un castigo divino. En esta doble y contradictoria perspectiva, la voz de Dios se deja oír finalmente para llevar a los dialogantes al reconocimiento de la incapacidad humana de comprender lo misterioso de los designios divinos.

Es un drama total de una conciencia pura que afronta una suerte humanamente incomprensible, y en medio de toda su perplejidad, brilla ya la luz profética del pasaje de la vida nueva en resurrección proveída por el Redentor (c. 19: 25-27). Luz que alumbra al sufriente Job en medio de lo más negro de la tormenta, y que es un eco anticipatorio de las proclamaciones del Evangelio de la Salvación.

En el c. 2 vv. 9 y 10 pueden notarse la intervención de la esposa de Job:

« ¡Maldice a Dios y muérete! ». Los que acusan a Dios por el mal existente, no solucionan los problemas y, en realidad, cierran el paso a la esperanza. Al igual que en esta intervención, muchos hacen preguntas tales como: ¿Por qué nacen niños lisiados y ciegos, o destinados a una muerte atroz?, ¿Para qué dar vida al desesperado, al que se le esconde el camino?, ¿Vale la pena vivir?, ¿No sería mejor no haber existido? El libro de la historia de Job es una clara y definitiva respuesta a estas interrogantes: Frente a las injusticias de la vida, la sabiduría humana no tiene una respuesta adecuada. Job acusa a esos sabios que pretenden justificar a Dios olvidando la realidad (c. 13: 1-16) ¿Acaso quieren defender a Dios con argumentos falsos? Mejor callar y reconocer nuestra ignorancia. Job entonces prefiere acusar, prefiere enjuiciar, prefiere exigirle a Dios una respuesta, con ello se intenta corregir esa imagen, demasiado difundida tal vez, del creyente que prefiere aceptar resignado sin comprender, ni tratar de comprender nada. Y Job no se postra ante Dios como un siervo, sino como una criatura libre, consciente de su dignidad a los ojos de

su Hacedor. Job pide y exige una explicación. La continuación de la Biblia nos dirá precisamente que Dios quiere dar a los hombres lo que Job exige. La lección religiosa del libro de Job es que el hombre debe persistir en la fe incluso cuando su espíritu no encuentra sosiego.

## PROVERBIOS

Consta de una serie de colecciones que, en forma de máximas, refranes, dichos y poemas, transmiten la antigua herencia de la sabiduría de Israel. El contenido, en su conjunto, está encabezado por el título «*Los proverbios de Salomón hijo de David, rey de Israel*» (1.1), razón por la cual la obra completa se ha atribuido a menudo a aquel monarca, célebre por su sabiduría y autor de tres mil proverbios y mil cinco cantares (1 R 4.29–34).

En efecto, una lectura atenta del libro pone pronto de relieve la complejidad de su composición, que es mayor de lo que pudiera apreciarse a primera vista. Aparte de Salomón, se cita como autores o recopiladores de dichos y sentencias a Agur hijo de Jaqué (30.1) y al rey Lemuel (31.1), ambos, según se cree, oriundos de la tribu Massa, descendientes de Ismael (Gn 25.14). En tres ocasiones se especifica que Salomón es autor de los proverbios que siguen (1.1; 10.1; 25.1); en otras dos se atribuyen a “los sabios” (22.17; 24.23), y en una se menciona la colaboración de los copistas al servicio de Ezequías, rey de Judá (25.1).

### *Los proverbios y la sabiduría popular.*

La más genuina sabiduría popular se basa en la experiencia, acumulada y transmitida de padres a hijos, frecuentemente en forma de máximas sencillas que, por lo general, son como lecciones morales brevísimas y fáciles de retener en la memoria. La validez de algunas de ellas queda a veces ceñida a un grupo humano de determinadas características de raza, nación, religión, idioma o costumbres; pero también las hay que pasan de un pueblo a otro y de una a otra época. Se trata, en este segundo caso, de pensamientos de valor universal que pueden integrarse de inmediato en culturas ajenas a la de origen. Así sucede en buena medida en *Proverbios*, donde, por otra parte, también se aprecian reflejos de sabiduría popular no israelita: mesopotámica, egipcia y de

otros pueblos del antiguo Oriente medio; por ejemplo, las dos colecciones de refranes atribuidas respectivamente a Agur y a Lemuel (30.2–33 y 31.1–9), o el paralelismo existente entre Pr 22.17–23.12 y un famoso texto del escriba egipcio Amenemope, de alrededor del año 1000 a JC.

### *La sabiduría en el libro de los Proverbios.*

La sabiduría de *Proverbios* se centra sobre todo en los ámbitos de la vida no regulados por ordenanzas cúllicas ni mandamientos expresos del Señor. Por esta razón, la mayor parte del libro no se refiere a temas propiamente religiosos. Se refiere, más bien, a los que son específicos de la existencia humana, ya sea en su dimensión personal (el individuo) o colectiva (la familia y la sociedad en general): la educación (13.24), la familia (12.4; 19.14; 21.9; 31.10–31), el adulterio (6.24; 23.27), la relación entre padres e hijos (10.1; 28.24; 30.17), la relación entre el rey y sus súbditos (14.35; 22.29; 25.6; cf. 16.12), y la honradez en los negocios (11.1; 20.10, 23).

El libro está formado por dos colecciones: Proverbios de Salomón (375 sentencias); Proverbios transcritos por los hijos de Ezequías (128 sentencias) y varios apéndices como son: Palabras de los Sabios (inspiradas en las máximas egipcias de Amenemopé, escritas al comienzo del primer milenio aJC); Colección de los Sabios; Palabras de Agur; Proverbios numéricos y Palabras de Lemuel.

La enseñanza de Proverbios está sin duda superada por la de Cristo, Sabiduría de Dios, pero algunas de las máximas anuncian ya la moral del Evangelio. Se ha de recordar también que la verdadera religión únicamente se edifica sobre una base de honradez humana, y el uso frecuente que el NT hace de este libro (14 citas y más de 20 alusiones) impone a los cristianos el respeto al pensamiento de estos antiguos sabios de Israel (Biblia de Jerusalén).

## SABIDURÍA

Representa quizá el momento culminante de la literatura sapiencial judía. Sus raíces se hunden en la corriente de la literatura sapiencial que encontramos en el AT y en los llamados apócrifos, pero aquí, bajo la influencia del

pensamiento griego, adquiere mayor formalidad y precisión que otros ejemplos de este tipo literario. Aunque insinúa que su autor fue Salomón, en realidad lo escribió en griego un judío helenizado. El autor parece tomar en cuenta diferentes clases de lectores: judíos tibios y apóstatas (caps. 1–5) y judíos fieles pero desanimados por las persecuciones (caps. 10–12 y 16–19). A posibles lectores gentiles les ofrece una apología a favor de la verdad del judaísmo y señala la insensatez de la idolatría (caps. 6–9 y 13–15). Recalca la creencia en la inmortalidad del alma (rasgo típicamente helenista en esa época) y ensalza el papel de la Sabiduría, que se identifica con Dios en el gobierno del mundo (7, 22 – 8, 1). Es considerado por los protestantes como un tratado político-religioso que combina conceptos teológicos del AT con ideas filosóficas alejandrinas derivadas del platonismo y del estoicismo, de ahí que le nieguen su canonicidad.

El autor, que pretende ser Salomón, explica cómo, después de haber sido elegido divinamente como rey (9: 7), es dotado de Sabiduría en respuesta a la oración (7: 7-14). El libro estimula a los judíos a apoyar la Sabiduría y la justicia, y muestra la necedad del paganismo.

Sb 1: <sup>1</sup>“Amen la justicia, ustedes que gobiernan la tierra, conozcan al Señor según la verdad y búsqúenlo con sencillez de corazón. <sup>2</sup>Porque Él se deja hallar por los que no lo ponen a prueba y se revela a los que no se resisten a creer en Él. <sup>3</sup>Pero los pensamientos solapados alejan de Dios, y su poder confunde a los insensatos que lo han provocado. <sup>4</sup>No, la Sabiduría no entrará en un alma perversa, no habitará en un cuerpo instrumento del pecado.” Así comienza este libro que fue el primer esfuerzo por expresar la Fe y la Sabiduría del Pueblo judío, no sólo en griego, sino en forma adaptada a la cultura griega. Trata de dar una respuesta al siempre angustioso problema que nos plantea el mal, el dolor y la muerte. Ante las nuevas formas griegas de entender la libertad, la nobleza del espíritu, el sentido de la belleza corporal y el interés por la búsqueda científica, este libro esboza una prueba de la existencia del Dios verdadero y muestra que su misericordia se extiende a todos los seres sin excepción. Son de destacar especialmente los capítulos del 3 al 5, sobre la muerte del justo y la esperanza de la vida eterna.

El verdadero cristiano considera que su unión con Dios es más preciosa que la vida misma y procura compartir, sin envidia, esa sabiduría con los que lo rodean. No es más sabio el que más conocimientos tiene, sino el que mejor lo transmite a los demás, especialmente si lo que trasmite es su amistad con Dios.

El libro termina de forma abrupta pero con la esperanza de que el Pueblo de Dios jamás será abandonado, <sup>19: 22</sup>“*De cuántas maneras, Señor, has asistido a tu pueblo, haciéndolo grande y glorioso. Y con él estuviste siempre, y en todo lugar.*”

### SIRÁCIDES o SIRACIDA (Eclesiástico)

Este libro forma parte de la Biblia Griega, pero no de la Hebrea. Es un libro deuterocanónico admitido por la Iglesia cristiana. Sin embargo fue originalmente escrito en hebreo, San Jerónimo lo conoció en su lengua original y era citado por los rabinos. Alrededor de las dos terceras partes del libro fueron encontrados en 1896 en los restos de varios manuscritos de la Edad Media que se encontraban en una antigua sinagoga del Cairo (manuscritos de la *Guenuzáh* [aposento o bodega donde se guardaban, excluidas del uso público libros y otros materiales] de esa sinagoga). Pequeños fragmentos aparecieron también en una cueva de Qumrán y en 1964 se descubrió en Masada un largo texto en escritura de comienzos del S 1 aJC que contiene desde 39: 27 hasta 44: 17.

Su autor dice ser un judío de Palestina llamado Jesús (en hebreo, Josué), hijo de Sirac. Unos cincuenta años después el nieto del autor llevó un ejemplar a Egipto, donde lo tradujo al griego. La fecha más probable para Ben-Sirá mismo es ca. 180 aJC, por cuanto su nieto aparentemente emigró a Egipto en el reinado de Tolomeo VII Evergetes (170–117 aJC). Este libro recalca que la Sabiduría es la ley que Moisés proclamó como herencia para dejarla «*por generaciones de siglos*» «*para todos aquellos que la buscan*» (24: 33, 34). Una recopilación muy variada de máximas la encontramos en 1, 1 – 42, 4. Aquí se ensalzan sobre todo la prudencia y la autodisciplina.

En la introducción de este libro, la Biblia Latinoamericana nos aclara que el mismo fue escrito dos siglos antes de Jesucristo como una síntesis de las tradiciones y las enseñanzas de los sabios. Jesús, hijo de Sirá, un hombre acomodado y de buena educación confiesa que los libros sagrados son los que le enseñaron los secretos del éxito, y que con este libro quería compartir con otros lo que había leído en aquellos y, además, comprobado por su propia experiencia. En este libro, el autor quiso dar una nueva presentación de la Fe de Israel, debido a que sus contemporáneos se estaban dejando atraer por la cultura griega, y, a causa de ello, les parecía que la religión judía, la de sus antepasados, resultaba anticuada y obsoleta. Con este libro el autor trata de demostrar que en ninguna otra nación hay una sabiduría superior a la del pueblo de Dios, que es en la Ley, los Profetas y los Escritos (como era denominada la Biblia por los judíos de la época) donde, por orden divina, la Sabiduría ha venido a habitar.

En este libro se muestra como la Ley de Dios lleva a una vida personal y social más humana, más inteligente y más responsable. En el mismo se pueden encontrar dos secciones:

- De los capítulos 1 al 42 aparecen siete series de sentencias, cada una comienza con un elogio a la sabiduría.
- Los capítulos del 43 al 51 comienzan alabando a Dios, cuya Sabiduría brilla en el orden del Universo, posteriormente continúa describiendo la sabia actuación del Creador a través de los grandes personajes de la historia del Pueblo hebreo.

Sobre la naturaleza misma de la Sabiduría divina prolonga las intuiciones de los Proverbios y Job, pero es innovador cuando identifica a la Sabiduría con la Ley de Moisés (24: 23-24) como también lo hace el poema sapiencial de Baruc (Ba 3, 9 – 4, 4) es decir, que integra la sabiduría a la corriente legalista. También, a diferencia de los antiguos, medita sobre la Historia Sagrada (44, 1 – 49, 16) analizando a los grandes personajes del AT. Es muy conocido el «elogio de los hombres ilustres o de los antepasados» (44: 1 – 50 21), que empieza con Henoc y termina con el sacerdote Simón II, hijo de Onías II (220–195 aJC) el sumo sacerdote, conocido también por la Misná (*Aboth* 1.2)

y por Josefo (*Antigüedades* 12. 224).

## BARUC

Se cree que este libro fue escrito en el último siglo antes de Cristo. Tal vez en una de las comunidades judías que vivían en medio de los pueblos paganos, es decir, fuera de Palestina, durante el exilio de Judá en Babilonia. Probablemente fuera escrito en el quinto año del cautiverio (583) para contrarrestar el culto a los ídolos y exhortarlos a penitencia y arrepentimiento por no obedecer la Ley. El libro reúne varios textos que pudieron ser de ayuda a los judíos dispersos. Como varias partes del texto presentan un estilo muy similar a los escritos proféticos de Jeremías se le atribuye a Baruc, quien fuera su secretario (Jr 36). Está ausente de la Biblia Hebrea, es uno de los libros deuterocanónicos. La Biblia Griega lo coloca entre Jeremías y Lamentaciones y la Vulgata, que viene de la Ítala y reproduce el texto griego, después de Lamentaciones. La Iglesia cristiana lo recibió de los apóstoles con la Biblia griega. Aunque no parece haber dudas de que originalmente fuera escrito en hebreo, sólo se conserva la traducción griega de la LXX. Una de las versiones siríaca parece provenir del original hebreo.

Entre los textos que este libro reúne podemos encontrar:

- a.)** Oración de los desterrados. Histórica, es una plegaria de confesión y esperanza. (1: 15 – 3: 8).
- b.)** Un hermoso poema sobre la Sabiduría (3: 9 – 4: 4), que en algunas de sus partes recuerda al capítulo 28 de Job. Le advierte a los creyentes, impresionados por la cultura y las riquezas de los paganos, que la auténtica sabiduría del hombre no es el conocimiento técnico puro, ni el arte de ganar dinero, ni la pura reflexión humana. La sabiduría verdadera es saber ¿qué se propone Dios al crear este mundo y qué es lo que Dios pide al hombre? Identifica a la Sabiduría con la Ley.
- c.)** Varios textos inspirados de los profetas del destierro y una pieza profética donde Jerusalén es personificada. y apostrofa a los desterrados y donde el profeta la anima con la evocación de las esperanzas mesiánicas (4: 5 – 5: 9).
- d.)** Carta a Jeremías, que la Biblia Griega conserva aparte pero que la

Vulgata la integra a este libro con un título especial. Texto polémico en contra de los ídolos y la idolatría. En esta parte del libro, en c. 6: 9ss nos pone en guardia también a nosotros, los actuales cristianos, contra las formas desordenadas del culto a los santos y el demasiado interés por las imágenes religiosas. También es de destacar los versículos 37 y 38 del capítulo 6 que hablan de los ídolos: <sup>37</sup>*“No se compadecerán de la viuda ni serán bienhechores de los huérfanos. <sup>38</sup>Son semejantes a las piedras del monte esos dioses de madera, de piedra, de oro, de plata. Los que los adoran serán confundidos”*, a causa de los cuales la Biblia Latinoamericana hace la conclusión siguiente: “una religión que no se preocupa por el huérfano y la viuda es una religión falsa-”.

Muchos eruditos lo consideran una obra mixta redactada originalmente en hebreo, por 2 o más autores, y publicada en griego en su forma final en el S I dJC. Su objeto es interpretar la terrible calamidad que cayó sobre los judíos. Las secciones en prosa, posiblemente escritas en hebreo (1: 1 - 3: 8), describen a los exiliados tan profundamente afectados por el mensaje que se les lee que se arrepienten de sus pecados y envían dinero a Jerusalén para ofrecer sacrificios sobre el altar de Dios. La oración de confesión y la súplica por misericordia divina que sigue es puesta en boca de todo Israel. La 2ª mitad del libro (3: 9 - 5: 9) sigue un modelo poético que recuerda vivamente porciones de Isaías. Israel ha abandonado a Dios, la fuente de la Sabiduría (3: 9 - 4: 4), por lo que le han sobrevenido las calamidades del exilio. La sección final (4: 5 - 5: 9) promete la restauración de Israel y predice la humillación de sus opresores.

## SALMOS (El Salterio)

El libro de los *Salmos* (=Sal) contiene cánticos, poemas y oraciones nacidos de la experiencia religiosa de una comunidad que adora. El adorador, en los salmos, toma la palabra para dirigirse a Dios y compartir las experiencias y las aspiraciones más profundas del alma: luchas y esperanzas, triunfos y fracasos, adoración y rebeldía, gratitud y arrepentimiento; particularmente, el clamor que surge de la enfermedad, la pobreza, el exilio, la injusticia y toda suerte de calamidades y miserias que afectan a la humanidad.

Nuestro Señor Jesucristo utilizó los *Salmos* durante su ministerio. Así lo vemos, por ejemplo, con ocasión de la tentación en el desierto (Mt 4.6; cf. Sal 91.11–12) o en las enseñanzas del Sermón del Monte (Mt 5.7, cf. Sal 18.25; Mt 5.35, cf. Sal 48.2; Mt 7.23, cf. Sal 6.8). Además, los evangelios relatan que, en sus últimas palabras en la cruz, Jesucristo citó dos veces los *Salmos* (Mt 27.46 y Sal 22.1; Lc 23.46 y Sal 31.5).

A través de la historia, los *Salmos* han servido de inspiración tanto para la comunidad judía como para la cristiana. El pueblo de Israel dio expresión a su fe entonándolos en el templo de Jerusalén, y el judaísmo los hizo parte esencial del culto en la sinagoga. La iglesia los adoptó tal como estaban y, al recibirlos, los incorporó a la fe cristiana dándoles un sentido cristocéntrico. Las expectativas mesiánicas, originalmente centradas en el rey de la línea de David, fueron identificadas con Jesucristo (Hch 2.30). En ocasiones se da al libro el nombre de “Salterio”, derivado del griego, “*psalterion*”, que es el nombre del instrumento de cuerdas o “lira” que se usaba en la antigua Grecia para acompañar el canto.

El estilo de la poesía hebrea no se semeja al nuestro. Sus estructuras son similares a las de los otros pueblos semitas de la antigüedad. Posiblemente, de todas las formas peculiares del género poético hebreo, el “paralelismo” sea la más fácil de reconocer en una traducción al castellano. La estructura paralela era una de las formas favoritas de crear belleza literaria. La poesía hebrea carece de rima a la usanza de la castellana; en su lugar, el paralelismo ofrece una especie de “rima de ideas”.

En general suelen distinguirse tres formas de paralelismo:

- (a) Paralelismo sinónimo, que consiste en expresar dos veces la misma idea con palabras distintas, como en Sal 15.1:

*Jehová, ¿quién habitará en tu Tabernáculo?,  
¿Quién morará en tu monte santo?*

- (b) Paralelismo antitético, que se establece por la oposición o el contraste de dos ideas o imágenes poéticas; p.e., Sal 37.22:

*Porque los benditos de él heredarán la tierra y los malditos de él serán destruidos.*

(c) Paralelismo sintético, que se da cuando el segundo miembro prolonga o termina de expresar el pensamiento enunciado en el primero, añadiendo elementos nuevos, como el Sal 19.8:

*Los mandamientos de Jehová son rectos: alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro: alumbra los ojos.*

A veces, el paralelismo sintético presenta una forma particular, que consiste en desarrollar la idea repitiendo algunas palabras del verso anterior. Entonces suele hablarse de paralelismo progresivo, como en el caso de Sal 145.18:

*Cercano está Jehová a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de veras.*

Podemos distinguir en el *Salterio* las siguientes categorías de salmos:

- a)** Himnos, utilizados en la alabanza a Dios (8; 15; 19.1–6; 24; 29; 33; 46; 47; 48; 76; 84; 93; 96–100; 103–106; 113; 114; 117; 122; 135; 136; 145–150). Se incluyen dentro de esta categoría dos subtipos de salmos: los himnos de entronización, que celebran a Dios como Rey de toda la creación (47; 93; 96–100), y los cantos de Sión, que expresan la devoción a Jerusalén y su santuario (46; 48; 76; 84; 87; 122).
- b)** Lamentos o súplicas, tanto individuales, en petición de auxilio ante alguna aflicción física o moral (3–7; 9–10; 12–14; 17; 22; 25; 26; 28; 31; 38–39; 41–43; 51; 54–59; 61; 63; 64; 69–71; 77; 86; 88; 94; 102; 109; 120; 130; 139–143), como colectivos, cuando todo el pueblo implora ayuda en momentos de calamidad nacional (44; 60; 74; 79; 80; 83; 85; 90; 123; 125–126; 129; 137).
- c)** Cantos de confianza, en los que se expresa la certidumbre de la ayuda inminente de Dios (11; 16; 23; 27; 62; 131).
- d)** Acciones de gracias, expresiones de gratitud por la ayuda recibida (30; 32; 34; 40:1–11; 63; 65; 67; 75; 92; 103; 107; 111; 116; 118; 124; 136; 138).
- e)** Relatos de historia sagrada, que narran las intervenciones redentoras de Dios (78; 105; 106; 135; 136).

- f)** Salmos reales, que pueden ser de diversos géneros y que se usaban en ocasiones especiales de la vida del monarca: (2; 18; 20; 21; 28; 45; 61; 63; 72; 84; 89; 101; 110; 132; 144).
- g)** Salmos sapienciales o didácticos: (1; 37; 49; 73; 91; 112; 119; 127; 128; 133).
- h)** Salmos de adoración y alabanza (15; 24; 50; 66; 68; 81; 82; 108; 115; 118; 121; 132; 134).
- i)** Salmos de peregrinaje, que entonaban los peregrinos camino de Jerusalén o a su regreso de la Ciudad Santa (84; 107; 122).
- j)** Salmos de género mixto (36; 40).
- k)** Salmos acrósticos, que utilizan estructuras poéticas basadas en el alfabeto hebreo; cada verso comienza con una letra sucesiva del alfabeto (9–10; 34; 119).
- l)** Imprecaciones. (Véase más adelante: Salmos imprecatorios).

*Estructura y numeración de los Salmos.* El Salterio está dividido en cinco libros, quizás para acoplarlos a la tradicional división del Pentateuco. Cada uno de estos libros termina con una doxología: «*Benedictus Dominus. Amén. Amén*».

Algunos críticos consideran que la mayoría de los Salmos fueron escritos en un período posterior al Exilio, en realidad la poesía religiosa existía ya mucho antes de David. De hecho, existen semejanzas entre la forma de expresión de ciertos salmos y la poesía épica de las tablillas encontradas en Ugarít (Ras-Shamra).

La numeración de los salmos en el texto hebreo difiere de la utilizada en las versiones griega (LXX) y latina (Vulgata). Esta diferencia se debe a que algunos salmos han sido divididos y otros fusionados. Así, por ejemplo, los salmos 9 y 10 del hebreo corresponden al salmo 9 de las versiones griegas y latina, mientras que los salmos 114 y 115 de la LXX corresponden al 116 del texto hebreo.

## DANIEL

*El mensaje de Daniel.*

Este género apocalíptico se distingue tanto por sus rasgos formales como de contenido. Los mensajes se presentan revestidos de un rico ropaje simbólico y son comunicados en forma de visión al autor literario, al vidente. Este recibe a veces, a causa de la visión, un fuerte impacto emocional (cf. 7.28; 10.8, 17) que puede llevarlo hasta el desvanecimiento o a sufrir alguna clase de trastorno o dolencia física de importancia (8.27; 10.9; cf. Ap 1.17). Así Daniel, que ve a «uno con semejanza de hijo de hombre», le dice: «... con la visión me han sobrevenido dolores y no me queda fuerza. ¿Cómo, pues, podrá el siervo de mi señor hablar con mi señor? Porque al instante me faltaron las fuerzas y no me quedó aliento» (10.17).

En términos generales, los mensajes apocalípticos hacen referencia a la historia humana como si se tratara de un drama resuelto en dos actos. El primero de ellos se desarrolla en el momento actual y en el mundo presente; el segundo, dado en una perspectiva escatológica, revela lo que habrá de acontecer al final de todos los tiempos.

*Las dos partes de que consta el libro de Daniel (=Dn).* La primera parte (caps. 1–6) es esencialmente narrativa y tiene un propósito didáctico, orientado a demostrar que la sabiduría y el poder de Dios están infinitamente por encima de toda posibilidad y comprensión humanas. La segunda parte (caps. 7–12) contiene una serie de visiones simbólicas que vienen a ampliar y desarrollar ciertas nociones esbozadas ya en la primera sección; pero ahora el lenguaje de la exposición es decididamente apocalíptico.

La primera visión, de cuatro seres monstruosos que suben del mar, es como una síntesis de los futuros acontecimientos. Se trata de «cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra» (7.3), representativas de los grandes imperios que sucesivamente dominan el mundo, que devoran y arrasan la tierra (7.23), pero a las que el Señor, a la postre, dejará sin poder y destruirá

por completo (7.26). Consecuencia de esta intervención divina será el cambio radical de situación del mundo presente y de la condición humana: a partir de ese instante, nada podrá ya oponerse a la soberanía universal y definitiva de Dios. Pues si en nuestro mundo de hoy la maldad y la injusticia se muestran a menudo victoriosas, en el día señalado y en el momento preciso Dios se revelará como Señor de la historia y soberano del reino eterno. Entonces, todo el orbe reconocerá su voluntad, y lo corruptible se vestirá de incorrupción (cf. 1 Co 15.53), «y los que enseñan la justicia a la multitud» resplandecerán para siempre como las estrellas (12.3).

Es evidente que el libro de Daniel fue redactado con el fin inmediato de alentar al pueblo en medio de todas las desdichas y persecuciones sufridas. No obstante, de acuerdo con el sentido general de la literatura apocalíptica, puede afirmarse que el mensaje de esperanza contenido en el libro, así como las enseñanzas que se desprenden de él, son totalmente aplicables a cualquier momento y a cualesquiera circunstancias en que se encuentre el pueblo de Dios.

De acuerdo a la Biblia Nácar-Colunga, el texto de la LXX y el de la Vulgata incluyen dos grandes secciones: a) protocanónica escrita en hebreo y arameo que comprende los doce primeros capítulos, excepto el fragmento de 3,24-90, y b) deuteroconónica, que incluye este fragmento y los capítulos 12 y 13. La parte protocanónica se divide a su vez en dos: 1) histórica (1 1-6,29) y 2) profético-visionaria (7,1-12,13). Las perspectivas históricas de esas dos grandes secciones difieren grandemente, mientras que la primera tiene por fondo hechos de la época del imperio babilonio y persa, y se desarrollan en Mesopotamia, la segunda (profética) supone el trasfondo histórico de los tiempos de los seléucidas (S II aJC), época de persecución del pueblo hebreo durante la sublevación de los Macabeos. Las repetidas alusiones a la profanación del templo de Jerusalén (9.27; 11.30–35) pueden relacionarse con la persecución promovida por Antíoco IV Epífanes.

Cinco Visiones de Daniel.

Los caps. 7-12, juntamente con el c. 2, contienen cinco visiones de la historia. En las tres primeras, la historia está presentada en forma de figuras: la estatua

en el c. 2, y las bestias en los caps. 7-8. En las dos siguientes, está presentada en forma de meditación de carácter cronológico (c. 9), y en forma de predicción profética (caps. 10-12).

i. Visión de la estatua.

Según la interpretación de Daniel, la cabeza de oro corresponde al imperio Babilónico de Nabucodonosor (2: 37-38); el pecho de plata, al imperio meda (2: 39); el tercero de bronce es el persa (2: 39), y el cuarto de hierro, el griego (2: 40). La mezcla de hierro con bronce (2: 41-42) alude a la división del imperio griego a la muerte de Alejandro Magno de Macedonia, cuando los Tolomeos se quedaron con Egipto, y los seléucidas con Siria. La piedra que se desprendió y vino a caer sobre la estatua reduciéndola a polvo es el reino mesiánico (2: 44ss).

Jesús de Nazaret se aplicará a sí mismo la imagen de la "piedra angular" y la "piedra de fundación" (Mt 21: 42; 16: 18) aludiendo a esta piedra de Daniel, y también a la de Is 28: 16, junto con el Sal 118: 22-23.

ii. Visión de las cuatro bestias.

Las cuatro bestias y el misterioso ser que tenía forma de "*Hijo de Hombre*" corresponden a los mismos cuatro imperios, por una parte y a los "santos del Altísimo", por otra, es decir, al pueblo santo de Dios. El mismo Jesús se aplicaría también a sí mismo el título de "*el Hijo de Hombre*". Por lo que se refiere a la bestia de diez cuernos, éstos representan posiblemente a los reyes seléucidas, y el cuerno pequeño, a Antíoco IV Epífanes, que persiguió a los judíos un tiempo, dos tiempos y medio tiempo, o sea, tres años y medio, que corresponden a 168-165 aJC. En este último año, el reino pasó a los judíos.

iii. Visión del carnero y del macho cabrío (c. 8).

El carnero representa al imperio medo-persa, y el macho cabrío al imperio griego. El cuerno grande es Alejandro Magno (v. 21). Los otros cuatro cuernos corresponden a los "diáconos" (los herederos del imperio de Alejandro, es decir, los cuatro generales que se dividieron el Imperio). El cuerno pequeño es Antíoco IV, el que proscribió el culto judío entre 168-165 aJC (v. 23-27). En estos capítulos se destaca que cesarán los sacrificios continuos, se profanará el

santuario y habrá oposición al Príncipe de príncipes (8: 13 y 25).

iv. Meditación de carácter cronológico (c. 9).

En este capítulo Daniel se prepara ante el próximo fin de los primeros 70 años de cautiverio, confiesa los pecados de su pueblo e implora el perdón de Yahweh. Aparece también la visión de las 70 semanas. Después de meditar y reflexionar sobre la profecía de Jeremías de los setenta años y haber implorado la luz de lo alto, Dios envió al ángel Gabriel para explicar a Daniel el sentido de la profecía. He aquí la explicación:

1. v. 25 a: Desde la salida del oráculo (año 587, Jr 19: 10) hasta un príncipe ungido (Ciro, año 538 aJC) 7  
semanas
2. v. 25 b: 62 semanas: desde 538 hasta la muerte de Onías que murió asesinado en 171 aJC (2 M 4: 34) 62 semanas.
3. v 27: Consolidará alianza con muchos en una semana, y a la mitad de ésta  
cesará el sacrificio (Dn 11: 30-32; 1 M 1: 12-26) 1 semana  
Total 70 semanas.

Reducido a Números, tendríamos el siguiente diagrama:

587.....538.....171.....167.....165 aJC  
7            62            1/2            1/2 semanas.

A partir del 165 aJC empezaría el reino judío o reino mesiánico. Las semanas no son de días, sino de años.

v. Predicción profética. (c. 10-12).

La quinta visión tiene lugar en el tercer año de Ciro (el fundador del Imperio persa), y se refiere fundamentalmente al mismo período de tiempo de las visiones anteriores, pero el autor centra su atención casi exclusivamente en la dominación griega. Es tan perfecto el conocimiento que tiene de la dominación griega que ello induce a pensar que ha sido testigo ocular de la misma. Es decir, que el autor de Daniel vive probablemente en el período griego, durante la crisis Macabea. En esta visión Daniel percibe que este Imperio caerá, que cesará la persecución sobre el pueblo de Dios, y que los

santos serán finalmente liberados y levantados en gloriosa resurrección (caps. 10-12).

Sobre la autenticidad, unicidad y la época en que fue escrito el libro de Daniel, existen numerosos críticos que niegan la unicidad del mismo alegando que en los primeros 7 capítulos el autor habla en tercera persona y en ocasiones en términos elogiosos (Dn 1: 19, 20; 2: 14; 5: 11, 12; 6: 3), mientras que a partir del octavo capítulo habla en primera persona. De la misma forma alegan que del capítulo 2 al 6 los escritos están en arameo y fueron redactados de 2 a 3 siglos antes de la época de los Macabeos, mientras que los demás fueron escritos alrededor de los años 168 a 167 aJC, en la propia época Macabea. Esos exegetas basan sus alegatos en el hecho de que en el libro de Daniel se emplean palabras persas y griegas y que el hebreo empleado es posterior al S VI aJC, lo que implicaría que su autor vivió necesariamente en el período de dominación griega y a que, además, se encuentran varias inexactitudes históricas que demostrarían que el autor no fue testigo ocular de los acontecimientos que describe de la época del reinado de Nabucodonosor. Por otra parte, el autor del Eclesiástico, en el elogio a los padres del AT, no menciona a Daniel mientras que cita a Ezequiel, Isaías y Jeremías.

El historiador judío Flavio Josefo afirma, en sus escritos, que las profecías de Daniel existían ya antes de la época de Alejandro de Macedonia, es decir antes del 330 aJC, e incluso antes del rey Artajerjes I Longímano (465-424) que gobernaba cuando Esdras y Nehemías llegaron a Jerusalén (Esd 4: 7; 6: 14; 7: 1; 8: 1; Ne 2: 1; 5: 14; 13: 6).

El libro de Daniel y las profecías que en él se encuentran, han sido empleados por muchos para demostrar, con cálculos extravagantes, que en Daniel se anuncia el fin del mundo. Con ello, como afirma la Biblia Latinoamericana, se verifica el error de los que se apoyan en textos confusos de la Biblia para cuestionar las verdades más seguras, en vez de partir de las bases más firmes de la fe, para tratar de aclarar los textos confusos.

Para el autor de Daniel, todos los acontecimientos por él narrados en los capítulos 10-11, parecen ser hechos pasados, son los mismos que nos cuentan

el segundo libro de los Macabeos. Pero aquí se cuentan como si los hubiera anunciado Daniel con cuatro siglos de anticipación. Esto pudiera ser simplemente una figura de estilo. En realidad, lo único que importa es el final del relato (Dn 12: 1-3) donde por primera vez se habla de Resurrección. Con este pasaje el autor quiere enseñar a sus contemporáneos perseguidos, que acaban de vivir todos esos sucesos, que sus pruebas desembocan en una pronta venida del Reino de Dios y en el día de la Resurrección.

Contra lo que pudiera parecer, entonces, los libros apocalípticos no tienen una visión catastrófica de la historia, sino todo lo contrario. La apocalíptica es una literatura de consolación. La finalidad primordial de los Apocalipsis es consolar y alimentar las esperanzas del pueblo en momentos de crisis. El Apocalipsis de Juan, fue escrito durante las persecuciones romanas y, el de Daniel, probablemente durante la persecución griega en tiempos de los Macabeos.

Los Apocalipsis apoyan la Fe y la esperanza en la experiencia histórica. Sus reflexiones y meditaciones sobre el pasado los llevan a concluir que la historia es como un drama en el que actúan dialécticamente las fuerzas del bien y del mal. La experiencia demuestra que el bien es más fuerte que el mal. En el libro de Daniel, las fuerzas del mal están representadas por los grandes imperios: Babilonia, Media, Grecia, Persia. El bien está simbolizado por el Reino mesiánico.

Según la Biblia Latinoamericana, Daniel debió ser uno de los maestros de la Ley que, en tiempos de la gran persecución de la generación de los Macabeos, animó la resistencia espiritual de su pueblo, ya que, mientras los Macabeos encabezaban la resistencia armada contra el opresor, estos maestros de la Ley preferían, a la política y las armas, dar el ejemplo de la fidelidad a la Alianza de Dios y a sus leyes. Daniel recibe el nombre de profeta (Mt 24: 15) y además es considerado de “los mayores”, sin embargo, de acuerdo a su libro difirió del resto de los profetas por el hecho de que fue funcionario estatal del reino de Babilonia. La mayor parte del libro está escrito en hebreo, pero aparece un fragmento (desde la mitad del v. 4 del c. 2 hasta el v. 8 del c. 7) en arameo como ya fue mencionado. Este fragmento es precisamente el que narra

la vida de los judíos en tierra extraña, las acciones de los reyes gentiles y las profecías respecto a los imperios paganos.

## Capítulo 14

### ESPERANZAS MESIÁNICAS

A partir de la profecía de Natán (2Sm 7), sobre David y su dinastía gravitaban promesas salvíficas proyectadas hacia el futuro. Los salmistas y los profetas elaboraron toda una teología mesiánica cimentada sobre el oráculo de Natán. Hablan de la permanencia y estabilidad eternas de la dinastía davídica (Sal 89; 132; Is 7; 9; 11), su filiación divina, su dominio universal y su entronización a la derecha de Dios (Sal 2: 110).

En medio de la crisis que supuso la destrucción de Jerusalén, la desaparición de la monarquía y el destierro, los israelitas no sólo no perdieron su Fe mesiánica, sino que reduplicaron sus esperanzas en la reaparición de un rey ideal, descendiente de la dinastía davídica (Jr 23; Ez 37: 23-24; Is 55: 3). Después del destierro, los persas no permitieron la restauración de la monarquía, pero la esperanza mesiánica del pueblo seguía viva, con los ojos siempre puestos en los descendientes de David (Ag 2: 23; Za 6: 12-14).

Colocados en esta perspectiva, es muy difícil resignarse a creer que se haya

escrito una obra pensando en el pasado, es decir, con el fin de saborear la historia de la monarquía davídica y reconstruir la restauración de la comunidad postexílica. Cuando en estas obras se idealiza a David, no se hace por motivos puramente estéticos, sino con la mirada puesta en el rey ideal del futuro reino mesiánico. Se habla de la monarquía davídica y de la Jerusalén histórica, pero se piensa en la teocracia mesiánica y en la Jerusalén escatológica.

En estas historias se respira un aire de optimismo, que nace de la esperanza y del deseo de ver consolidada a perpetuidad la casa de David. Junto a David se destaca el esplendor de la Ciudad Santa, sin mancha ni arruga, después de la transformación que conoció Israel con motivo del destierro y de la consiguiente restauración al comienzo del segundo Templo: Jerusalén representa la sublimidad de la pureza cultural, el lugar propio para la ofrenda, la joya de la tribu de Leví, la ciudad levantada en lo alto del monte hacia la cual se vuelven los ojos de todos los creyentes.

La historia se cuenta en estilo narrativo, a través de sus relatos, lo mismo que canta la lírica sagrada, especialmente los salmos mesiánicos y los cánticos de Sión. Sobresale entre ellos el Sal. 132, puesto que en él se hallan presentes simultáneamente los dos temas: la elección de la dinastía davídica y la elección de Sión como Ciudad Santa y morada del Señor.

Para Nácar-Colunga, el fin del libro de Daniel es consolar y exhortar, presentando un modelo de virtud y fidelidad a las leyes de Israel en medio de la corte corrupta de Babilonia. La sucesión de los imperios está dirigida por Yahweh, que gobierna la historia de los pueblos. Este “determinismo” de la Providencia aparece en el esquema histórico en que el autor sagrado nos presenta la lucha entre los designios mesiánicos de Israel y los poderes que se oponen a la instauración, libre ya del pecado, del Reino de los Santos.

COMPARACION SOCIO-CULTURAL Y CRONOLOGÍA			
AÑO	HISTORIA CIVIL	HISTORIA BIBLICA	ACTIVIDAD LITERARIA
I. PREHISTORIA			
3500	UTILIZACIÓN DE LOS METALES. Inicio de la Cultura del Cobre	Marco cultural que corresponde a los relatos bíblicos populares sobre los primeros oficios y manifestaciones artísticas: Gn 4, 21-22	Comienzos de la escritura.
II. EPOCA PATRIARCAL			
3000	CULTURA DEL BRONCE ANTIGUO. En Egipto: Imperio Antiguo (la época de las grandes pirámides), con Menfis como capital. Abarca la dinastía I-XI En Mesopotamia: sumerios y akadios En Palestina: Hacen su aparición cananeos	Los antepasados de Abraham viven como nómadas en Mesopotamia Gn 11, 10-16	Se extiende y consolida la escritura. En Egipto florece la escritura jeroglífica.
2200	Período intermedio entre el Bronce antiguo y el Bronce medio. En Egipto: Comienza el imperio Medio que abarca las dinastías XII-XVII En Mesopotamia: Renacimiento sumerio con la dinastía de Ur. Ulterior aparición y Consolidación de los amorreos.		Se escriben en Egipto los llamados Textos de execración.
1900	CULTURA DEL BRONCE MEDIO Primera dinastía de Babilonia	Llegan a Palestina (hacia el 1800) los primeros clanes patriarcales encabezados por ABRAHAM (Gn 12,1-9)	Poemas akadios sobre la creación: ENUMA ELIS, y sobre el diluvio: EPOPEYA DE GIL_GAMES
1750	Reinado de HAMMURABI en Babilonia	Historias Patriarcales	Código de Hammurabi

1725	Antiguo Imperio Hitita		
1700	Los HICSOS invaden Egipto	Grupos pre-israelitas procedentes de Palestina se instalan en Egipto	
1550		Llegada a Egipto de nuevos grupos patriarcales: Gn 39-50	
<b>III. EXODO Y ASENTAMIENTO EN CANAAN</b>			
1550	CULTURA DEL BRONCE NUEVO. Comienza en Egipto el Imperio nuevo. Su capital fue Nínive	Estancia de los israelitas en Egipto: Ex 1, 1-7	Tablillas escritas descubiertas de Taanac
1500		En Palestina se mencionan unas gentes llamadas HABIRU	
1400			Cartas de EL AMARNA
1364	Amenofis IV = Akenatón. Instaló su capital en Tel el Amarna y rindió culto exclusivo al dios Atón		
1350	Se extienden los hititas por Asia Menor y norte de Siria		Tablillas alfabéticas Ugarit (= Ras Shamra) con relatos de mitos y leyendas
1304	Reinado de RAMSES II en Egipto. Lucha contra los Hititas y luego se alía con ellos	Los israelitas son duramente oprimidos por los faraones egipcios. Ex 1, 8-22	Estelas descubiertas en Betsán.
1250	Gran actividad constructora de RAMSES II	Grupos de israelitas acaudillados por MOISES escapan de Egipto a través de las marismas y el desierto Ex 13, 17-15,27	Puede remontarse a esta época el origen oral del cántico de María que se conserva Ex 15, 1-21
1238	Reinado de MERNEFTA en Egipto (al 1209)	Los israelitas cruzan el desierto del Sinaí y tras numerosos avatares llegan a las puertas de Canaán	Estela de Merneftah o Merneptah en la que se menciona una victoria del faraón sobre reyes enemigos que gritan Shalom y el grupo de gente al que se denomina Israel
1220		Con Josué como jefe, los grupos de israelitas procedentes de Egipto comienzan la ocupación de Canaán	Las más antiguas formulaciones orales del DECALOGO (Ex 20, 1-17) y las otras leyes israelitas, tales como el Código de la Alianza (Ex 20-23).

1200	CULTURA DEL HIERRO ANTIGUO. Reinado de RAMSES III en Egipto (al 1163) Los pueblos del mar (filisteos) intentan invadir Egipto, pero son rechazados y se instalan en la costa meridional de Palestina.	Comienza el período de los JUECES. Hacia el año 1130 Débora y Barac derrotan en Tamac a los cananeos mandados por Sísara.	Comienzan a formarse las primeras tradiciones orales sobre la historia del pueblo israelita. Redacción de las antiguas colecciones de cantos épicos conocidas como "Libro del Justo" (Jos 10,12-13) y "Libro de las guerras del Señor (Nm 21, 14-18) y del Cántico de Débora en Jc 5, 1-31.
1100	Asiria con TEGLATFALASAR I (al 1077) ejerce un fuerte control sobre toda Mesopotamia. Nacen los reinos arameos (Damasco, Sobá, Jamat) que poco a poco van sacudiéndose el yugo asirio.	Diversas historias de los jueces liberadores (Jc 3,7-16, 31) que contribuyeron a mantener vivas la fe y las tradiciones de Israel durante más de cincuenta años.	
1050	En Egipto ocupa el trono la dinastía XXI con capital en Tanis. Los grandes sacerdotes de Tebas controlan el gobierno del país.	Los filisteos derrotan a los israelitas en Afec. Muere ELI y el tiempo de los jueces toca a su fin.	
1040		Comienza la actividad de Samuel, profeta y juez, con el santuario de Siló como centro religioso de las tribus israelitas.	
<b>IV. EPOCA MONARQUICA: EL REINO UNIDO</b>			
1030		Saúl, primer rey israelita.	Primera redacción de: Poemas de Nm 23-24, Bendiciones de Jacob (Gn 49). Bendiciones de Moisés (Dt 33)
1010		Los filisteos derrotan a Saúl en la batalla de los montes Gelboé. Muerte de Saúl.	
1000	Reinado de SIAMON en	Comienza el reinado de	Probable

	Egipto	David. Primeros siete años. Sobre la tribu de Judá en Hebrón, y después 33 años sobre todo Israel con Jerusalén conquistada como capital del reino.	composición, al menos oral, de algún SALMO. Cabría pensar en Sal 2 y 10.
990		Victorias de David sobre filisteos, moabitas, adomitas, amalecitas y arameos.	
970	Reinado de REZON en Damasco	Reinado de SALOMON sobre toda la nación israelita. Se prolonga hasta el año 931 aproximadamente. Intensa actividad constructora y comercial. Destaca sobre todo la construcción del TEMPLO DE JERUSALEN.	Primera redacción escrita de: Las antiguas tradiciones orales sobre la historia israelita. La historia de la sucesión al trono de David y de la ascensión al mismo de su hijo Salomón (2 S 9-20; 1 R 1-2). Las primeras colecciones de proverbios.
<b>V. EPOCA MONARQUICA: REINO DIVIDIDO</b>			
931	En Egipto reina el faraón SESAC I (al 925), que en los últimos años de su reinado lleva a cabo una campaña militar en Palestina.	ASAMBLEA DE SIQUEM. La nación israelita se divide en dos reinos: el de Israel, y el de Judá. El faraón Sesac I ataca Jerusalén y saquea el Templo y el Palacio real. JUDA - ISRAEL Roboán 931 Jeroboán Abías 914 Asá 911 910 Nadab 909 Basá	Estela de Sesac en Meguido.
900	CULTURA DEL HIERRO NUEVO. Reinado de Ben-Adad I en Damasco	Asá se alía con Ben-Adad contra Basá 885 Elá 884 Zimrí 884 Omri	

883	ASURBANIPAL II (al 859) hace resurgir a Asiria	Fundación de Samaria, que pasa a ser capital del reino del norte (1 R 16, 24).	
880	Ben-Adad II, rey de Damasco	847 Ajab	
875	Egipto en decadencia	Ciclo profético de ELIAS en el reino del Norte (1 R 17, 1 - 2 R 1, 18). Guerras de Ajab contra Ben-Adad II. Victoria de Afec y derrota en Ramot de Galaad.	
870		Josafat 870	Composición de SALMOS
858	Reinado de SALMANASAR II en Asiria (al 824). Comienza la expansión asiria. En el 853 vencen a Ben-Adad II y a Ajab de Israel. En los años sucesivos vuelve a derrotar a los reyes de Damasco.	853 Ocozías 852 Jorán Jorán 848 Ciclo profético de ELISEO en el reino de Israel (2 R 2, 1-13, 21). Jehú da muerte a la familia entera de Jorán, rey de Israel. Ocozías 841 Jehú	Estela de MESA, rey de Moab, en la que se celebra su victoria sobre Israel.
840	Salmanasar derrota a Jazael y Ben-Adad III rey de Damasco	JUDA - ISRAEL Atalia 841 Joás 835 813 Joacaz 797 Joás Amasías 796 782 Jeroboán Prosperidad material en el reino del norte Ozías 767 753 Zacarías 753 Salún	Redacción independiente de los ciclos proféticos de ELIAS y ELISEO (1 R 17,1-2 R 13, 21) El profeta AMOS proclama su mensaje en el reino del norte. Probable redacción escrita de algunos de sus oráculos. Oseas proclama su mensaje profético en el reino del norte
745	Reinado de TEGLATFALASAR III en Asiria (al 727). Aumenta el esplendor asirio. Hacia 732 vence a Rezón, rey de Damasco y acaba con la independencia de su	752 Menajén 741 Pecajías 740 Pecaj Jotán 739 Acáz 734	Comienza la actividad de ISAIAS (Is 6, 1). Actividad profética de MIQUEAS. El libro actual es el resultado de una compleja actividad redaccional.

	reino. En los países conquistados practica la política de intercambiar poblaciones.		Oráculos sobre el Emmanuel en el marco de la guerra siro-efraimita (Is 7-12)
731		731 Oseas	
727		Ezequías 727	
726	Reina SALMANASAR V en Asiria ( al 722)		
722	SARGON II, rey de Asiria (al 705)	Samaria, capital del reino de Israel, es sitiada por el ejército asirio. Con su caída desaparece Israel.	
721	En Babilonia, MERODAC BALADAN (al 711) trata de independizarse de Asiria	Continúa el reinado de Ezequías (al 698) en Judá.	
713		Según 2 R 18, 13, Senaquerib, hijo de Sargón II y general del ejército asirio, invade Judá, y Ezequías es sometido a tributo.	
704	Reinado de Senaquerib en Asiria (al 681)		Isaías alcanza su apogeo
701	Diversas campañas militares contra los reinos vecinos.	Senaquerib invade de nuevo Palestina, pero tiene que interrumpir bruscamente su campaña (2 R 18-19).	Inscripción del canal de Siloé Colecciones de PROVERBIOS (Pr 25,1) y composición de otros salmos. Primer estrato escrito del PENTATEUCO a base de las tradiciones yahvista y elohista.
698		Reinado de Manasés en Judá (al 643). Vive sometido a Asiria, y en Jerusalén proliferan los cultos idolátricos.	
681	Senaquerib muere asesinado en Nínive. Le sucede ASARADON (al 669), que hacia 671 se apodera del norte de Egipto	Según 2 Cro 33, 11, habría sufrido un cautiverio en Babilonia.	
669	Reinado de		Biblioteca de

	ASURBANIPAL III en Asiria (630)		Asurbanipal III en Nínive.
663	El faraón PSAMETICO I (609) expulsa a los Asirios de Egipto		Oráculo profético de NAHÜN
643		Reinado de AMON en Judá (al 640)	
640		Reinado de JOSIAS en Judá (al 609)	Actividad profética de SOFONIAS
625	NABOPOLASAR sube al trono de Babilonia		Actividad profética de JEREMIAS (Jr 1,1-10)
622		Reforma de Josías (2 R 22-23)	Hallan el "Libro de la Ley". Primera edición de DEUTERONOMIO. Se preparan los materiales de lo que será la gran HISTORIA DEUTERONOMISTA, e imprimen sus huellas en los estratos yahvista y elohista del PENTATEUCO. Oráculo profético de HABACUC.
612	Caída de Nínive		
609	Derrota del faraón NECAO por Nabopolasar	El ejército de Neco aplasta a Josías (2 R 24, 28-30) Reinado de JOACAZ en Judá (609). Depuesto a los tres meses por Neco, muere cautivo en Egipto. Reinado de JOAQUIN en Judá (al 598)	Según algunos, ministerio de JOEL. La actividad profética de Jeremías y Baruc alcanza su apogeo y se prolonga hasta la caída de Jerusalén.
605	NABUCODONOSOR ocupa el trono de Babilonia (al 562), derrota a Neco en Cárquemis.		
598		Reinado de JECONIAS en Judá (al 597)	Posible actividad de EZEQUIEL en Palestina
597	Nabucodonosor sitia a Jerusalén	Rendición de Jerusalén y primera deportación a Babilonia, en la que probablemente iba Ezequiel. Nabucodonosor nombra rey de Judá a Matanías (hijo de Josías) y	Actividad profética de EZEQUIEL entre los desterrados de Babilonia.

		le pone el nombre de SEDECÍAS (al 587).	
589	El faraón JOFRA (al 566) intenta inútilmente hacer frente a Nabucodonosor.	Sedecías se rebela contra Babilonia. Nabucodonosor invade Judea y cerco de Jerusalén.	
587	Sitio de Tiro, que se prolonga durante trece años (Ez 26: 1-27, 36)	Caída de Jerusalén. Ciudad y Templo son arrasados. Segunda deportación a Babilonia. Fin de monarquía.	
<b>VI. PERIODO EXILICO Y POSTEXILICO</b>			
570		Comienzo del destierro babilónico	Finaliza la actividad de Jeremías y Ezequiel
562	EVIL-MERODAC (al 560) sucede a Nabucodonosor	En el 561, Jeconías, es indultado por Evil-Merodac	Redacción final del DEUTERONOMIO y de la HISTORIA DEUTERONOMISTA Formación del "estrato sacerdotal" e incorporación del mismo a los estratos ya existentes del PENTATEUCO. LIBRO DE LAS LAMENTACIONES, SALMOS de "El Señor es Rey"
549	CIRO es proclamado rey de medos y persas (al 529)		Segundo Isaías (Is 40-50). El libro actual debió ser redactado en gran parte por el propio profeta.
539	Ciro conquista Babilonia	EDICTO DE CIRO, que supone el fin del destierro	
538		Regresa de Babilonia el primer grupo de cautivos con Zorobabel y el sumo sacerdote Josué al frente. Se reconstruye el altar de los holocaustos y comienza la reconstrucción del templo, que pronto ha de ser interrumpida.	
530	CAMBISES (al 522), hijo de Ciro, sucede a su		Composición del libro de JOB

	padre y conquista Egipto.		
522 520	DARIO I (al 486). Divide el imperio persa en satrapías: Siria y Palestina constituyen la quinta, Egipto la sexta.	Zorobabel y Josué reanudan la construcción del Templo	Ministerio profético: AGEO y 1er ZACARIAS
515		Dedicación del SEGUNDO TEMPLO	Ministerio de JOEL
490	Darío es derrotado por los griegos en la batalla de Maratón		
486	JERJES I (al 464) ocupa el trono de Persia. En el 480 es derrotado por los griegos en la batalla de Salamina.	El libro de ESTER da a Jerjes el nombre de ASUERO y en su tiempo coloca la historia ejemplar narrada de forma novelada en dicho libro.	Ministerio profético del Tercer ISAIAS Profecía de ABDIAS
465	ANTAJERJES I (al 423) rey de Persia		Ministerio profético de MALAQUIAS.
445		Sucesivas misiones del gobernador NEHEMIAS en Palestina. ¿También de ESDRAS?	Sigue componiéndose SALMOS
423	JERJES II (423) y DARIO II (al 404), reyes de Persia.		Redacción del libro de JONAS y MEMORIAS de Nehemías
404	ANTAJERJES II (al 359), rey de Persia		
400	Egipto se independiza de Persia. Dinastía XXVIII en Egipto		
398		Probable misión de ESDRAS en Palestina	Redacción final del PENTATEUCO
359	ANTAJERJES III (al 338), rey de Persia	Judea se constituye en estado teocrático bajo el dominio de Persia, pero con cierta autonomía	MEMORIAS DE ESDRAS y probable redacción del libro de RUT
336	DARIO III (al 331), rey de Persia		Redacción de la HISTORIA CRONÍSTICA (1/2 Crónicas, Esdras y Nehemías).
333	ALEJANDRO MAGNO (al 323), rey de Macedonia, inicia sus conquistas en el Oriente Próximo y Medio		Probable redacción final del libro de los PROVERBIOS
VII. EPOCA HELENISTICA Y LEVANTAMIENTO MACABEO			

331	Batalla de ARBELAS. La victoria de Alejandro Magno pone fin al imperio persa.		CANTAR DE LOS CANTARES (Probable). Se completa el libro de los SALMOS.
323	Muerte de Alejandro Magno en Babilonia. Sus generales se reparten el Imperio: LAGIDAS en Egipto; SELEUCIDAS en Siria	La nación israelita vive bajo el dominio y control de los lagidas egipcios, si bien con cierta autonomía.	Oráculo profético del SEGUNDO ZACARIAS
275	Hasta el año 200, hegemonía lagida		La Biblia hebrea es traducida al griego en Alejandría de Egipto: Versión de los LXX.
200	TOLOMEO V de Egipto (al 180) es derrotado en Panión por ANTIOCO III el GRANDE de Siria (al 187). Comienza la hegemonía de los seléucidas sirios.	Judea pasa a estar bajo el dominio y control de los seléucidas sirios.	Libro del ECLESIASTES (probable) Libro de TOBIAS (original hebreo o arameo que se ha perdido; pronta traducción al griego.
189	ROMA inicia su intervención en Oriente Próximo. Los escipiones vencen en Magnesia a Antíoco III, retienen como rehén en Roma a su hijo (más tarde Antíoco IV).		
187	SELEUCO IV (al 175), reina en Siria	SIMON II el justo y ONIAS III ejercen el sumo sacerdocio en Jerusalén y su gestión es muy apreciada por el pueblo (2 M 3, 1-2). Por estos años, HELIODORO, general de Seleuco IV, intenta saquear el templo de Jerusalén (2 M 3, 13-40).	Libro de BARUC (probablemente). Comienza el ciclo de los libros apocalípticos de HENOC (apócrifos de AT). Probable composición de CARTA DE JEREMIAS
180		Los sumos sacerdotes JASON Y MENELAO siembran de intrigas la vida de la nación israelita.	
175	ANTIOCO IV EPIFANES (al 164), rey sirio	El helenismo se apodera de Jerusalén (1 M 1, 10-15). En el verano del 170, Menelao manda a asesinar a Onías III (2 M 4, 30-38)	Composición del libro ECLESIASTICO (texto original hebreo).
169	Campañas militares contra Egipto	La persecución socio-religiosa contra los judíos	Probable composición del texto

		por parte de Antíoco IV alcanza su momento álgido con la profanación del templo de Jerusalén y el martirio de muchos israelitas fieles a la Ley (1 M 1, 21-64; 2 M 5, 15-7, 42)	hebreo y arameo del libro de ESTER.
167	Los romanos intensifican su intervención en Oriente.	LEVANTAMIENTO MACABEO. Matatías y sus hijos se sublevan contra la opresión siria (1 M 2, 1-70)	
166		JUDAS MACABEO (166-60) obtiene una serie de importantes y decisivas victorias sobre generales de Antíoco IV y Antíoco V.	Probable redacción del libro de DANIEL.
163	ANTIOCO V EUPATOR (al 162) sucede a su padre en el trono Antíoco IV, muerto lejos de Siria víctima de una extraña enfermedad (1 M 6, 1-13 y 2 M 9, 1-29)	Purificación y dedicación solemne del templo (1 M 4,36)	
161	DEMETRIO I (al 150), rey de Siria.	Alianza entre Judas Macabeo y los romanos	Libro de los JUBILEOS (apócrifo del AT).
160		Muerte de Judas Macabeo. Le sucede su hermano JONATAN (al 143)	Composición del libro de JUDIT (probable).
152		Jonatán es nombrado sumo sacerdote.	
150	ALEJANDRO BALAS (al 145) sucede a Demetrio I, muerto en combate.		
148	Macedonia pasa a ser provincia romana		
147	Alejandro Balas y Demetrio II se disputan el trono de Siria		
145	DEMETRIO II (al 140), rey de Siria	Se renuevan las alianzas de la nación judía con Roma y Esparta (1 M 12, 1-23)	
144	ANTIOCO IV y TRIFON disputan el trono a Demetrio II y se proclaman reyes		
142		Jonatán es apresado víctima de traición (1 M12, 39-53) y muere poco	

		después asesinado (1 M 13,23). Le sucede su hermano SIMON (143-134)	
138	ANTIOCO VII SIDETES (al 129) derrota a Trifón que huye y encuentra la muerte (Flavio Josefo) o se suicida (Estrabón)	Simón conquista la ciudadela de Jerusalén en el 141 y pone fin a la ocupación seléucida (1 M 13, 49-52). Comienza la dinastía asmonea. Renovación de las alianzas con Roma y Esparta (1 M 14, 16-24)	Comienzos de la literatura de QUMRAN. Primeras redacciones de la REGLA DE LA COMUNIDAD (o Manual de Disciplina). HIMNOS procedentes de la literatura qumránica
134		Simón, junto con sus hijos, muere asesinado en la fortaleza de Dor. Sólo su hijo JUAN (Hircano) escapa a la matanza.	TESTAMENTO DE LOS DOCE PATRIARCAS (apócrifo del Antiguo Testamento).

FUENTE: LAS TRADICIONES HISTORICAS DE ISRAEL, de Antonio González Lamadrid.

# NUEVO TESTAMENTO

## PRESENTACIÓN

Los cristianos ven en el Nuevo Testamento la culminación de toda aquella Historia de Salvación en la que Dios se dio a conocer progresivamente al pueblo de Israel en los hechos de cada día.

El Antiguo Testamento (AT) es un camino pedagógico que nos conduce hacia el Nuevo Testamento. También la lectura y el estudio del AT nos ayudan y preparan para comprender mejor los escritos neo-testamentarios. La Pedagogía de Dios no ha variado sus métodos: Dios continúa hablando a través de los hechos. Ahora, en el acontecimiento de Jesús de Nazaret, el Verbo de Dios se hace carne. Dios se nos revela en la existencia histórica de Su Hijo encarnado. Su tienda está plantada en medio de nuestra historia y de nuestro mundo por siempre jamás.

Esta irrupción del Reino de Dios constituye el evangelio, la Buena Noticia, que proclama el Nuevo Testamento. Todos sus escritos giran alrededor de esa buena noticia. Los llamados "evangelios" no son otra cosa que cuatro testimonios de fe que anuncian lo que ha acontecido en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo. Pero en ellos no se puede buscar el relato acucioso

y cronológico de la biografía del hombre más grande de todos los tiempos. Cuentan la vida y obra de Jesús, pero no para narrarnos su biografía paso por paso, sino para compartir con nosotros el impacto que esta vida y esta obra causó en ellos, sus discípulos, sus seguidores, y quizás lo más importante, para darnos la posibilidad de elegir, ¡voluntariamente!, ser nosotros también sus discípulos, sus seguidores, sus ¡pescadores de hombres!.

Para Henrietta C. Mears (Lo que nos dice la Biblia), la historia bíblica nos transporta del pasado desconocido de la eternidad y sus profecías hacia un futuro también desconocido. El AT constituye el fundamento, el NT la sobreestructura. Los cimientos no tienen valor alguno si sobre ellos no se edifica, pero es imposible levantar un edificio sin los cimientos correspondientes, por lo que el AT y el NT se necesitan mutuamente, ambos constituyen una biblioteca divina, una sublime unidad, con los orígenes en el pasado relacionados con asuntos en el futuro.

El libro de los Actos o Hechos de los Apóstoles, y las diversas cartas, nos relatan los primeros pasos de la Iglesia, de aquellas primeras comunidades que nacen y viven de esta misma Buena Noticia esparciéndola por todo el mundo. Buena noticia que nos dice que, aunque seamos muchos, formamos un solo cuerpo en Cristo, y todos necesariamente tenemos que ser miembros los unos de los otros. Aceptando el apoyo y la provocación, que vienen de los demás, es la única manera de aceptar plenamente la Buena Noticia, pues no hay forma de ser discípulo del Señor si uno se encierra en sí mismo.

Como nos señala Alain Patin, La Biblia, en general los escritos neotestamentarios y en particular los Evangelios, está ahí para ayudarnos a descifrar las señales que Dios nos presenta cada día a través de los acontecimientos, de las personas con quienes nos encontramos y de los proyectos que hacemos. Por tanto es necesario buscar juntos, en comunión con otros, la luz que aporta a nuestra vida. Ello no se puede comprender en su verdadero sentido si no se lee, se trabaja, se penetra en compañía de otros, de nuestros amigos, de nuestros hermanos en la Fe, de nuestra comunidad, de nuestra Iglesia. En aquel día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles que, reunidos en torno a la Madre de Jesús, analizaban juntos lo

vivido al lado del Maestro.

Si el Espíritu santificador les dio la necesaria comprensión a los, en esos momentos, desconcertados Apóstoles mientras estaban reunidos, indudablemente que el estudio de las Sagradas Escrituras será mucho mas esclarecedor y comprensible en comunión con los hermanos que nos rodean. De ahí que a este esfuerzo nuestro de buscar, recopilar y agrupar lo que, creemos, pueda facilitar la comprensión de este camino de fe y esperanza, le hemos denominado “APUNTES AVANZADOS PARA UN CURSO BÍBLICO”. No pretendemos que sea un texto, o un manual, o un compendio, sino solamente ¡apuntes!, apuntes que, confiamos en Dios, puedan servir a un grupo de hermanos que sientan la necesidad, como nosotros, de entender más a fondo la palabra de Dios. Apuntes que les permitan intercambiar opiniones, razonar en grupo, compartir dudas, aclarar confusiones, en fin, juntos pedir de todo corazón, que una vez más el Espíritu Santificador, el Paráclito, nos lleve a nuestro propio Pentecostés y, llenos de ese Espíritu de santificación, propaguemos con convicción y amor la Buena Nueva del Reino de Dios.

## Capítulo 1

### RESUMEN HISTORICO DE LOS ULTIMOS AÑOS DEL PUEBLO DE ISRAEL ANTES DE LA VENIDA DE CRISTO

A estas alturas, ya debemos recordar que Palestina estuvo dividida por dos reinos: el Reino del Norte o Reino de Israel y el Reino del Sur o Reino de Judá. En el año 722 antes de Jesucristo (aJC) cae el Reino del Norte, conquistado por Asiria. Nunca volverá a resurgir. Se llevan a la gente más capacitada y en su lugar traen a otra gente pagana. Se mezclan, y forman un nuevo pueblo con creencias y costumbres israelitas y paganas. Por eso en el Nuevo Testamento vemos como los judíos desprecian tanto a los samaritanos, precisamente por tratarse, para ellos, de una raza contaminada por el paganismo.

En el año 587 aJC cae el Reino del Sur. Jerusalén, con su Templo, queda destruida y las élites son desterradas a Babilonia. En adelante seguiremos los pasos de la tribu de Judá, que representa la casi totalidad del Reino del Sur.

En el año 538 aJC, Ciro, al conquistar Babilonia, da libertad a los israelitas para que regresen a su tierra. Perteneciendo en su mayoría a la tribu de Judá, de hoy en adelante los israelitas se llamarán judíos.

En el año 445 aJC, Nehemías llega de Persia y reconstruye las murallas de Jerusalén, superando muchas pruebas.

Con el regreso de los desterrados a Jerusalén, no renace el Reino del Sur. Judea se queda como una Provincia, bajo un gobernador que depende del extranjero. Entonces nace una nueva forma de organización religiosa, llamada judaísmo. La participación y el rigorismo de Esdras afianzarán esta nueva organización. El Templo de Jerusalén y la Ley (Moisés y los Profetas) representan el centro de la vida religiosa y cultural del pueblo de Israel. En el pueblo está la Sinagoga, como centro cultural y cultural del pueblo judío.

Los sacerdotes se dedican al culto e instruyen al pueblo. El Sumo Sacerdote es la suprema autoridad, reconocida al interior de la comunidad judía. Los escribas se dedican a profundizar la Ley de Dios, interpretándola. Los sabios observan la realidad y tratan de aplicar la Ley a las situaciones concretas. Se llegó a la exageración: en lugar de fijarse en lo más importante, se hace hincapié en las interpretaciones, los detalles y el culto exterior. Así surge el Fariseísmo. Es la reacción natural a la falta de compromiso, que causó el destierro en Babilonia. Se piensa que con cumplir estrictamente la Ley de Moisés, Dios se apiadará de su pueblo y enviará el Mesías, un hombre elegido, ungido y enviado por Dios para liberar al pueblo de Israel de la opresión extranjera y restablecer el Reino de Judá, que será el Reino de Dios.

Otros piensan de otra manera, son los pobres de Yahvé. Estos confían totalmente en Dios y nada más. Él sabrá cómo y cuándo salvará a su pueblo.

En el año 333 aJC, Alejandro Magno conquista el Medio Oriente y difunde la cultura griega, como medio de progreso y de unificación de los distintos pueblos. A su muerte, sus generales se reparten el inmenso Imperio. Egipto y Palestina tocan a los Ptolomeos, que son comprensivos y respetuosos de las

costumbres y creencias de cada pueblo.

En el año 197 aJC, los Antíocos de Siria vencen a los Ptolomeos y les quitan Palestina, queriendo imponer a los judíos la cultura griega que es pagana. Muchos claudican. Otros resisten hasta lograr un levantamiento de todo el pueblo, encabezados por la familia de los Macabeos. La guerra dura desde el año 170 al 130 aJC. Por fin logran su independencia política y se establece una alianza con Roma. Así resurge el Reino de Judá. Como siempre, la mayoría sigue al más fuerte, tratando de ver qué provecho puede sacar de la situación. Son pocos los que actúan por convicción. Sin embargo, son éstos los que a la larga hacen la historia.

En el año 63 aJC, Pompeyo toma Jerusalén e impone la dominación romana, más disfrazada bajo el Reino de Herodes el Grande (años 40-4 antes de Jesucristo) y más abierta después. En este clima de opresión, se hace más fuerte el deseo del Mesías como libertador político y militar.

¡Y es cuando nace Jesús!...

## LA EXPECTACION DEL MESIAS

Todos los actos salvíficos llevados a cabo por Dios en el AT constituyen la “prehistoria de Cristo”. Todos esos actos tenían significación de precursores. En el AT está Cristo presente, con una presencia de expectación y anhelo. Hay una tensión dirigida hacia la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas y que se concreta en la actitud llamada mesianismo.

- Los hechos del AT: la Alianza de Dios con el pueblo de Israel, el mismo pueblo elegido, los hechos de su historia, anuncian «*la nueva alianza y el nuevo pueblo de Dios*», abierto a todas las gentes. Dios va preparando la Iglesia, su nuevo pueblo.
- Los constantes anuncios de los profetas dirigen la atención hacia “*el que ha de venir*” al que dan muchísimos nombres:
  - “*Ungido*” (Mesías en hebreo o Cristo en griego): se ungía con aceite a reyes y sacerdotes como símbolo del paso del Espíritu de Yahvé a sus elegidos. Las bendiciones a los patriarcas atestiguan una línea

privilegiada que terminará en el Mesías, el Ungido del Señor por excelencia.

- “*Siervo de Yahvé*”: que destaca el carácter doloroso y las humillaciones del futuro Mesías (cfr. Is 52, 13-53, 12: el impresionante poema del siervo de Yahweh)
- “*Hijo del hombre*”: que quiere decir entre los hebreos lo mismo que “hombre”, subraya la humanidad, sencillez y pobreza del futuro Mesías. Al mismo tiempo que su carácter de juez de los hombres.
- “*Salvador*” (“*Yahweh Salva*”: Jesús en hebreo): que subraya la acción del futuro Mesías que libraría y redimiría al pueblo esclavizado y paganizado.
- “*Hijo de Dios*”, “*Señor*”, “*Dios con nosotros*” (*Emmanuel*), “*Dios fuerte*”, etc., que anuncia el carácter misterioso y divino del futuro Mesías.

Las personas mismas: Adán, Noé, Abraham, Melquisedec, Moisés, David, Jeremías, etcétera, son figuras de Cristo, en los diversos aspectos de su misterio.

*“Todo el Antiguo Testamento es un ansia de mayor intimidad entre Dios y los hombres. Esta ansia está toda dirigida por Dios para hacer su aparición salvadora en Cristo”.*

En 1987, cuando se le preguntó al Papa Juan Pablo II sobre el problema de la humanidad que más le preocupaba exclamó: *<...pensar en los hombres que aún no conocen a Cristo, que no han descubierto la gran verdad del amor de Dios. Ver una humanidad que se aleja del Señor, que quiere crecer al margen de Dios o incluso negando su existencia. Una humanidad sin Padre y, por tanto, sin amor, huérfana y desorientada.* En ese mismo año el Papa invita a buscar, encontrar y mirar a Jesús con profundidad y por ello expresó: *<...no podemos contentarnos con una simpatía simplemente humana por legítima y preciosa que sea, ni es suficiente considerarlo como un personaje digno de interés histórico, teológico, espiritual, social o como fuente de inspiración artística* (prólogo de Jesús Urteaga al libro de Pedro Beteta “Jesucristo, ¿historia o leyenda? Una confidencia histórica de Juan Pablo II en la Capilla

Sixtina”; Ediciones Palabra S. A., España; 1999).

No se puede buscar a Jesucristo si no es a través del amor y por amor. Por ello en su primera encíclica del 2005 el actual Papa Benedicto XVI expresó: «*Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la *Primera carta de Juan* expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana: «*Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él*». *Hemos creído en el amor de Dios*: así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. [...] La fe cristiana, poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud. En efecto, el israelita creyente reza cada día con las palabras del *Libro del Deuteronomio* que, como bien sabe, compendian el núcleo de su existencia: «*Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es solamente uno. Amarás al Señor con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas*» (6, 4-5). Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el *Libro del Levítico*: «*Amarás a tu prójimo como a ti mismo*» (19, 18; cf. *Mc* 12, 29- 31). Y, puesto que es Dios quien nos ha amado primero (cf. 1 Jn 4, 10), ahora el amor ya no es sólo un «*mandamiento*», sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro (Carta Encíclica *Deus Caritas Est* del Sumo Pontífice Benedicto XVI).

#### EL CONTEXTO DE LA EPOCA

##### 1. Su aspecto económico.

El país de los judíos es un territorio pequeño. Le rodea el desierto por todas partes. Se distinguen en él dos regiones: Galilea, al norte, con más agua y, por tanto, más fértil; produce sobre todo cereales. Judea, al sur, árida y montañosa, cubierta de viñas y olivares; en los sitios en que es posible se desarrolla la

ganadería, sobre todo de ovejas; en las orillas de los lagos y al borde del mar se practica la pesca.

Como ha sido presentado por Patin en “La Aventura de Jesús de Nazaret”, una buena parte de la población vive agrupada en pequeñas aldeas donde los habitantes viven de sus propios productos: cada cual fabrica sus propios instrumentos rudimentarios, construyen también las pobres edificaciones que necesitan. En algunos pueblos, un poco mayores, se desarrolla el comercio y el artesanado: éstos viven de sus oficios y el dinero sirve para el intercambio de productos.

Este último modo de vida está mucho más desarrollado en Jerusalén, la capital; está en la región sur y es la única ciudad de importancia y contaba con alrededor de 100,000 habitantes. En Jerusalén toda la actividad tenía su eje en el "Templo", lugar del encuentro del pueblo judío con su Dios. Económicamente, la importancia del Templo ha llevado consigo todo un comercio de “objetos de piedad”, todo un tráfico de compra-venta de animales para los sacrificios, toda una organización de cambio de moneda (pues en el Templo sólo se puede comprar con moneda especial).

Las riquezas del país provienen tanto de los productos de la tierra como del comercio religioso y son acaparadas por una casta de notables que obtienen grandes ganancias. Los propietarios sacan sumas enormes de sus fincas y acumulan tierras. Los dignatarios religiosos exigen "los diezmos": todo judío mayor de edad debe pagar el 10% de sus ingresos. Además, recogen los donativos y regalos que los peregrinos llevan a Jerusalén. Unos y otros son la clase dominante y fuera de ellos nada hay organizado en el plano social.

Entre los trabajadores se pueden distinguir a aquellos que tienen un oficio: alfareros pescadores, carpinteros, herreros, constructores, pastores, etc. Frecuentemente, se trata de oficios familiares: el padre enseña a los hijos lo que él sabe: Jesús pertenecía a este medio social.

Había otro grupo de trabajadores que se alquilaban para trabajar; eran gentes sin ninguna calificación profesional; eran “temporeros” que se contrataban

para la temporada de la siega del trigo, o de la vendimia.

Más explotados todavía estaban los esclavos, hombres y mujeres que habían perdido su libertad o porque habían nacido esclavos, o por endeudamiento progresivo. Su amo disponía de ellos como le viniera en ganas; unos eran esclavos domésticos vinculados al servicio de las grandes familias, otros estaban vinculados al trabajo de la tierra: campesinos reducidos a la esclavitud.

El conjunto de esta situación engendraba gran cantidad de parados a los que no les quedaba más posibilidad que mendigar su sustento. Peor era todavía la situación de los disminuidos físicos o mentales, pues a la pobreza material se añadían motivos religiosos para rechazarles.

Para completar este cuadro general, hay que mencionar a la casta de los prestamistas de dinero, de los recaudadores de los diversos impuestos (Publicanos en el Evangelio). Estos últimos nacieron con la ocupación romana y contribuían a acrecentar la injusticia entre la minoría dominante y la mayoría explotada. Ésta era su manera de proceder: cuando un particular, un pueblo e incluso una provincia, debían sumas de dinero al poder romano en concepto de impuestos, o a los grandes propietarios, ellos pagaban esas sumas en nombre de los deudores, y luego tenían todos los poderes para recuperar por la fuerza esas cantidades, sacándoselas a la población o a los deudores particulares.

## 2. Su aspecto político.

El país de los judíos llevaba por entonces unos 50 años ocupado por los romanos; le habían dividido en provincias. Algunas eran directamente administradas por ellos como Judea y Samaria: un gobernador romano representaba en ellas al poder central; en la época de Jesús era Pilatos, que fue administrador desde el 26 hasta el año 37 dJC. Era él quien gobernaba directamente e incluso quien nombraba al sumo sacerdote. Otras provincias como Galilea, estaban en manos de reyes-fantoches que sobrevivían gracias a su afán de aplicar escrupulosamente las consignas de Roma: así sucedía con Herodes, que reinaba en Galilea y Perea.

Como nos dice A. Patin, la dominación romana se traducían sobre todo en la opresión económica: además de todos los gravámenes indirectos (peajes, aduanas, tasas innumerables), las provincias ocupadas pagaban a Roma el "tributo", una suma impuesta que luego los dirigentes recuperaban sacándola de cada uno de los miembros del pueblo judío (exceptuados niños y ancianos). ¿Hay que pagar ese impuesto o no?, pregunta que dividía los ánimos de la población y que luego harán también a Jesús.

A pesar de ello, los pueblos disponían de cierta autonomía: administrados por consejos de ancianos. En realidad, el Imperio Romano era una gran Federación de ciudades y pueblos sometidos. En Jerusalén ese consejo recibía el nombre de "Sanhedrín", conformado por 70 miembros, se reunía en el Templo. Lo componían tres grupos: personas allegadas al sumo sacerdote, ancianos (sobre todo ricos propietarios) y escribas (personas que sabían escribir). Los mismos deberes tenían los que vivían fuera de Jerusalén o dispersos en otras regiones.

Ante esta ocupación son varias las posturas observadas: los colaboracionistas, los situados en las resistencias y los indiferentes. Entre los primeros se citan a los herodianos y saduceos, gente próxima al poder o al sumo sacerdote. Para ellos el mejor medio para seguir gozando de libertad religiosa y política consiste en guardar silencio, en ser discretos y en reconocer el poder de los romanos. A la resistencia pertenecen los zelotas; su pretensión consiste simultáneamente en liberar al país de la dominación extranjera y en reformar radicalmente el culto del Templo y el sistema de los sumos sacerdotes. Jesús tuvo contacto con ellos, ya que eligió de entre ellos al menos uno de sus discípulos. Su movimiento irá tomando cada vez mayor extensión y desembocará, en el año 66, en una revuelta general; la represión romana será terrible; cuando en el año 70 dJC los romanos vuelven a tomar Jerusalén destruirán para siempre el Templo.

Entre los que trataban de sobrevivir está la gran mayoría del pueblo y con ellos el grupo religioso de los fariseos. Verían con buenos ojos que se marcharan los romanos, pero ellos esperan la liberación del pueblo, más por una intervención directa de Dios que como fruto de la acción humana.

### 3. Su aspecto religioso.

El pueblo judío era el único que había mantenido indómitamente su Fe y esperanza en un Dios único. Ello lo diferenciaba como pueblo de los demás del Imperio Romano. Sostenían que Dios se les había dado a conocer en su propia historia: con Abraham, unos 1800 años antes, los antepasados de su pueblo habían comenzado a descubrir el rostro del Dios único. Por medio de Moisés, hacia el 1250 aJC, Dios había liberado al pueblo de Israel de la esclavitud que sufría en Egipto. En tiempos de David, Dios le había dado aquella tierra en que habitaban. En tiempos de Jesús, los judíos llevaban varios siglos de persecuciones, lo que explica su intensa vinculación a esta Fe por la que han tenido que pagar tan altos precios.

El Mesías y la Ley. Desde largo tiempo atrás esperaban un liberador; le daban el nombre de "Mesías" (según la palabra hebrea; en griego se traducía por Cristo). Mesías o Cristo como ya habíamos apuntado quiere decir: "uno que es consagrado", "uno que es elegido" y puesto aparte para una misión. Esta misión consistía en liberar al pueblo y en establecer el Reino de Dios, un Reino de justicia y paz.

Con particular interés estudian la "Ley de Moisés": tenían el convencimiento de que Dios había dictado esta ley a Moisés de forma que le sirviera como de Constitución nacional; en ella recordaban cómo Dios había liberado al pueblo para hacerlo su predilecto. Muchos profetas habían surgido, sobre todo, en épocas de desolación, para reanimar la Fe del pueblo y para invitarle a responder mejor a las palabras que Dios les había comunicado. La "Ley", los "Profetas" y los "Escritos" eran los documentos constitutivos de las escrituras. Eran el alimento espiritual de aquellas gentes, ya que todas las semanas, en las asambleas del sábado, se leía un pasaje de la Ley y otro de los Profetas. Para estas reuniones, cada pueblo o ciudad había construido una "Sinagoga". Casi siempre a la par de la Sinagoga funcionaba una escuela en la que enseñaban los "especialistas" de la Ley. En las "Fiestas Sagradas", que conmemoraban hechos significativos de su historia, leían parte de los "Escritos". De esta forma la Biblia era el elemento base de toda la cultura de aquel pueblo y a través de ella los judíos entraban en comunión con la historia de su pueblo y descubrían el rostro de Dios.

Un grupo de prescripciones de la Ley hace de los judíos un pueblo aparte entre

los demás pueblos. A los niños varones los circuncidaban a los 8 días de nacer, como señal de pertenencia al pueblo. Los incircuncisos eran considerados impuros: no se puede tratar con ellos; no se puede entrar en sus casas y, sobre todo, no se puede compartir con ellos la comida, ya que ¡la comida en común supone también una comunión profunda de pensamiento y estilo de vida!; de esa manera llegaron a fijar determinadas prescripciones relativas a los alimentos. Otro de los mandamientos más importantes es el referente al sábado (*Sabbath* o *Shabbath*), séptimo día de la semana, que comienza después de la caída del sol el viernes y finaliza cuando cae nuevamente el sol en el sábado, se ve como el día que santifica la semana, día para asistir a la Sinagoga, orar y leer las Escrituras.

El Templo. El Templo de Jerusalén ocupa también un puesto importante en la fe judía: es el lugar del encuentro con Dios. En otros tiempos, allí estuvieron las tablas de piedra en que estaba grabada la Ley de Moisés. Hay algunas celebraciones que ofrecen la ocasión de reunirse en el Templo: la gran fiesta de la Pascua (*Pésaj*) para recordar la liberación del pueblo de la esclavitud de Egipto (1513 aJC), 14 de Nisán según el calendario judío, por lo general a principios de abril o fines de marzo, donde se leía el Cantar de los Cantares; la fiesta de Pentecostés, 50 días después, para celebrar la entrega de las Tablas de la Ley y ofrecer los primeros frutos de la cosecha y leer el libro de Rut, y, finalmente, en Septiembre-Octubre, la fiesta de la Tiendas, que es la fiesta del fin de la cosecha: acampaban y vivían en Tiendas durante siete días, lo que dio su nombre a esta fiesta (o fiesta de los tabernáculos), durante las mismas era leído el libro de Eclesiastés. A estas conmemoraciones se le unieron posteriormente la llamada "*Purim*" o "Fiesta de las suertes" finales de febrero o principios de marzo, donde era leído el libro de Ester y en la que se conmemora la liberación de los judíos del Imperio Persa (S V aJC) y la de recordación de la destrucción del Templo, donde se leería el libro de las Lamentaciones.

El Templo de Jerusalén resume en sí los poderes económicos, políticos y religiosos; acaparados por la clase dominante. Como lugar de poder económico es el centro más importante de comercio e intercambio monetario; tras sus muros se encierra el tesoro de las finanzas públicas. Como lugar de poder político, ofrece sede a las convocatorias del Sanedrín (*Sanhedrín*); es también la sede del sumo sacerdote; y como lugar de poder religioso, hacia él suben todos los judíos al menos una vez al año; es el único sitio en el que, según la ley de Moisés, se pueden hacer los sacrificios prescritos.

4. El medio de Jesús. Nazaret era menos apreciada por las gentes de Jerusalén, porque en ella la raza es menos pura, porque allí se censan más incircuncisos y porque allí se habla el arameo con acento. Jesús es carpintero, es uno de aquellos trabajadores que han aprendido un oficio en la familia y que saben practicarlo. El oficio de carpintero englobaba el conjunto de los trabajos de la construcción: no es probable que Jesús trabajara solo; en la construcción se

trabajaba en equipo; esta necesidad de trabajar en común, alimentó su experiencia de hombre. Jesús creció en medio de este pueblo de trabajadores: por su trabajo, por sus relaciones, por las cosas que va aprendiendo y descubriendo con los demás, se va haciendo un hombre de manos expertas.

Como puede leerse en “La Aventura de Jesús de Nazaret”, su formación no fue intelectual y conservará siempre ese modo concreto de abordar los problemas. Más tarde evocará todas esas realidades cotidianas: el taller donde siempre se corre el riesgo de que una viruta se te meta en el ojo, la torre que hay que construir haciendo bien los cálculos, los cimientos que hay que echar sólidamente, los graneros que hay que ensanchar cuando hay buena cosecha, todas las demás cosas que ve y comparte con las gentes de su alrededor: el trabajo de la siembra, de la recolección, de la vendimia, el hilo de la pesca, el salario que se recibe por la tarde en la plaza, etc. La vida de Nazaret le ha marcado profundamente: siempre seguirá siendo un carpintero de pueblo. Allí aprendió también la Ley de Moisés y sus prácticas concretas; descubrió las esperanzas de que era portadora; comulgó en la espera del Mesías. Sube con todos a Jerusalén y el templo le parece magnífico, pero también ve el gran tráfico de dinero alrededor del altar. En los caminos ve a los enfermos y a los disminuidos, despreciados y reducidos a estado infrahumano. Capta la miseria del pueblo, aplastado por los impuestos, las deudas y la dominación romana; conoce a los zelotas y, aún cuando no se compromete políticamente, trata con ellos, adquiriendo mayor profundidad en la esperanza de ese pueblo.

A través de su familia, de su pueblo y de los problemas de su pueblo, el hombre Jesús va siendo formado por la comunidad judía: ésta le da su manera de ser, su manera de hablar, su esperanza. Muy cerca de Él, María, su madre, le ha comunicado toda esta esperanza colectiva: Ella ha guiado sus primeros pasos; le ha cantado poemas de la Biblia que han hecho que tomara cuerpo en Él la esperanza de un mundo nuevo, de un reino de justicia y de paz. Ella le ha ido ayudando a traducir a lo concreto los hallazgos que ha ido haciendo y a poner en práctica las llamadas que sentía en su interior. Ella le ha facilitado llegar a ser el hombre que está llegando a ser.

En todo esto nada de superhombre, de un ser excepcional, nada de un

especialista; sencillamente un hombre del pueblo, sin añadidos, feliz de compartir su vida con el pueblo. Nada le distingue; hasta tal punto que sus convecinos se van a quedar atónitos y desconcertados ante lo que va a pasar: Mt 13: 54s “...de tal manera que la gente maravillada se preguntaba « ¿De dónde le ha llegado tanta sabiduría y ese poder de hacer milagros? ¿No es el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre?...»”.

## HECHOS DE LOS APÓSTOLES

Quinto libro canónico del Nuevo Testamento y segundo tomo de la obra extraordinaria de Lucas que presenta la vida de Jesús, prolongada luego en la vida de la Iglesia hasta el año 61 (F.F. Bruce, *Los Hechos de los Apóstoles*, Nueva Creación, Buenos Aires, 1987). Comenzaremos presentando el libro de los Hechos de los Apóstoles, por la sencilla razón que los escritos neotestamentarios hunden sus raíces y nacen en el seno de la Iglesia primitiva. El Nuevo Testamento (NT) es el testimonio que de Jesús nos dan aquellas primeras comunidades. Y el libro de los Actos o Hechos de los Apóstoles nos habla de los primeros pasos de la Iglesia. Su lectura puede convertirse, por tanto, en una buena puerta de entrada para adentrarnos después en la lectura de los otros libros.

Este quinto libro del NT, nos narra los primeros pasos que da la Iglesia, testimoniando el Evangelio de Jesucristo. Hay que tener en cuenta que el libro de los Hechos es la segunda parte del Evangelio de San Lucas. El médico, discípulo de Pablo, ha querido mostrarnos cómo los tiempos del anuncio del Evangelio hecho por Jesús de Nazaret, se continúan ahora en el tiempo de la Iglesia que, con la fuerza del Espíritu Santo, difunde la Buena Noticia por todo el mundo. La aventura humana de Jesús ha revelado a los hombres un secreto, como nos dice A. Patin, “...este mundo nuestro está habitado por un amor infinito que se ofrece a cada hombre para que pueda vivir realmente, y a todos para que puedan desarrollarse juntos indefinidamente y puedan construir un mundo nuevo: acoger a Jesús, su mensaje, su vida y su Espíritu, es adherirse

*conscientemente a este significado del mundo, es abrirse a una vida que desborda por todas partes, es aceptar la amistad de Dios como compañía para construir un mundo de hermanos”.*

*Estructura del Libro.* Hechos de los Apóstoles es como un drama con dos personajes principales: Pedro y Pablo. Este drama representa el esparcimiento del evangelio desde Jerusalén, la ciudad donde crucificaron a Cristo, hasta Roma, capital del Imperio Romano.

Lucas comienza su narración donde la había dejado en el Evangelio, el que identifica como «*el primer tratado*» (1.1), y describe los acontecimientos que precedieron la ascensión del Señor (1.9–11). Tal como les pidió el Señor, los discípulos esperaron hasta la llegada del Espíritu Santo, hecho que marcó el establecimiento de la Iglesia (1.12–2.47). La iglesia comenzó a progresar y a multiplicarse en Jerusalén (3.1–8.3). Los discípulos predicaban con valentía, y el Señor los respaldaba con grandes milagros (3.1–5.16). Esto trajo problemas que culminaron con la muerte del primer mártir (6.8–7.60) y la primera persecución, que obligó a los creyentes a dispersarse (6.8–8.3).

Fiel a su promesa, Dios hizo que todo redundara en bien de su Iglesia. No solo la Iglesia se vio obligada a ir por todo el mundo, sino que uno de sus más encarnizados perseguidores, Saulo de Tarso, abrazó la fe que perseguía (9.1–31). Con el tiempo se convertiría en el gran apóstol Pablo.

Pedro siguió muy activo con un ministerio de gran alcance (9.32–11.18). Comenzaron a surgir grupos de creyentes que formaron iglesias. Una de estas, la de Antioquía, habría de tener una gran influencia en el desarrollo de la obra misionera (9.32–12.24). Fue precisamente esta iglesia la que impulsó el primer viaje de Pablo por Asia Menor y Grecia (12.25–14.28). Pablo se convirtió en el personaje principal del libro. El primer viaje de Pablo fue un éxito, pero la conversión de los gentiles amenazó con crear problemas. Se celebró entonces el primer concilio de la iglesia en Jerusalén, en el que Pablo relató lo que el Señor estaba haciendo entre los gentiles. La iglesia, dirigida por el Espíritu Santo, tomó decisiones sabias (15.1–35).

El resto del libro es el relato de la obra que Dios fue realizando a través del apóstol Pablo. Este realiza dos viajes más (15.36–18.22 y 18.23–21.14). Por todas partes van quedando iglesias. Pero en un viaje a Jerusalén, Pablo cae preso y lo llevan prisionero a Roma, viaje que aprovecha para dar testimonio del amor de Dios (21.15–28.31).

*Autor y Fecha.* La fecha de Hechos tiene que caer después del Evangelio de Lucas, o sea, entre 75 y 85 dJC; pero muchos lo fechan en 62 dJC. Aunque los dos tomos son anónimos, los padres de la iglesia los atribuyen a Lucas, compañero de Pablo (cf. Flm 24; Col 4.14; 2 Ti 4.11). A veces se discute el significado de los pasajes en que el autor cambia repentinamente de tercera persona a primera persona y dice «*nosotros*» (Hch 16.10–17; 20.5–15; 21.8–18; 27.1–28.16), sugiriendo así que era testigo ocular. En realidad, no hay impedimento insuperable para que Lucas fuera el compañero de viaje de Pablo. Lo que el texto sí revela de Lucas es su control de diferentes estilos literarios, su preparación helenista, su conocimiento vasto del Antiguo Testamento, su talento como narrador y su imaginación como tejedor de un relato conexo y complejo.

Lucas ha sido protagonista y testigo directo de algunos de los hechos que recoge; de los otros se ha informado bien. Con unos y otros compone una obra que será al mismo tiempo una crónica histórica y una visión teológica de la vida y de la misión de la Iglesia. Su lectura nos ayuda a situarnos en ese clima en que la Iglesia dio sus primeros pasos y en el contexto vital en que surgió la literatura neo-testamentaria. Salvador y Finita nos comentan en “¿Cómo Leer el Nuevo Testamento?” que en este libro, se nos cuenta las dificultades, los éxitos, las luchas, los sufrimientos, las penalidades y avanzadas, así como la forma en que los primeros cristianos aplicaron en sus vidas y transmitieron con su testimonio y con su propia vida el Mensaje de Jesús. “*Con la venida del Espíritu Santo sobre vosotros, recibiréis una fuerza, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y la Samaria, y de un extremo a otro de la tierra*” (Act. 1, 8). Estas palabras que Lucas pone en boca del Señor resucitado sintetizan el contenido de todo el libro y señalan el esquema y la intención de fondo con que ha sido escrito. El libro entero no será otra cosa que el

despliegue de este programa, la realización concreta e histórica de esta promesa y de esta tarea que Jesús confía a los suyos.

*Marco Histórico.* Aunque históricamente las buenas nuevas se difundieron por muchos caminos a partir de Jerusalén, Hechos se concentra en el camino que conduce a través de Antioquía a Roma. Sabiendo perfectamente que han transcurrido los martirios de Pedro y de Pablo, Lucas celebra la victoria del mensaje en la capital del mundo conocido. Quiere dar a entender que el fin “abrupto” de Hechos obedece al plan teológico de la obra.

El verdadero objeto del libro es el de mostrar la expansión del cristianismo entre los paganos o gentiles, expansión en la que los apóstoles fueron el instrumento bajo la dirección del Espíritu Santo. Testigos de Jesús por la fuerza del Espíritu Santo: en cada página del libro se nos va mostrando cómo la Iglesia realiza este testimonio. Comenzando en Jerusalén y hasta los confines de la tierra: abriéndose en círculos concéntricos cada vez más amplios, la proclamación del Evangelio llegará desde Jerusalén hasta Roma, capital y corazón del Imperio. Esta llegada la ve Lucas como la coronación de este dinamismo. Con ella concluirá su libro.

Leyendo los Hechos de los Apóstoles vemos la actuación de las primeras comunidades y de los primeros misioneros del evangelio. Pedro, Pablo, Bernabé, Esteban, Felipe... son los principales actores y protagonistas. Pero, sin ningún género de dudas, el gran actor del libro es el mismo Espíritu Santo. Lucas destacará a menudo su presencia detrás de los hechos y acontecimientos que relata. Nos presentará a la iglesia buscando y encontrando en Él la luz para saber el camino que se ha de emprender y la fuerza necesaria para recorrerlo. El impulso del Espíritu está constantemente presente en la vida cotidiana de las comunidades y en los momentos claves de su historia. Lucas nos marca así otra de sus intenciones de fondo: la Iglesia no se puede entender al margen de esta presencia activa del Espíritu en ella y, al mismo tiempo, la Iglesia no se puede desatender de la escucha atenta de su voz que constantemente resuena en su interior. Fiel al Espíritu que actúa en ella ha de recorrer los caminos que Éste le muestra. Es por ello que podemos leer en la constitución dogmática “Lumen Gentium” del Concilio Ecuménico Vaticano

II: “La Iglesia, acogiendo en su seno a los pecadores, «es santa y a la vez tiene necesidad de purificación» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. Lumen Gentium, sobre la Iglesia, 8).

*Aporte a la Teología.* Además de ser hábil historiador y literato, Lucas ha producido una obra eminentemente teológica. A diferencia de Pablo y Marcos, cuya expectativa frente a la pronta venida de Jesucristo deja huellas profundas en el Nuevo Testamento, Lucas prevé un período nada corto de misión universal de la iglesia antes de la parusía. El acontecimiento salvífico, pues, abarca no solo la carrera terrestre de Jesús, sino la historia de la iglesia guiada por el mismo espíritu. La expansión de la iglesia está siempre bajo el signo de este Espíritu de la profecía, que toma la iniciativa en encrucijadas importantes (por ejemplo, 8.29; 10.44; 11.16; 13.2), sea para inhibir un plan de acción (16.6), sea para fomentar otro.

Hechos presenta a la primerísima iglesia (1–7) como un Israel restaurado. Tanto es así que la venida del espíritu tiene que aguardar la elección de un nuevo apóstol, para que haya doce líderes exactamente (1.12–26). Las promesas hechas a Abraham tienen que cumplirse, pero esto sucede precisamente en Jesús (al decir de Pedro, 2.14–36). Más tarde, en su misión que por definición se dirige a los gentiles, Pablo también buscó comenzar su predicación en la sinagoga de cada ciudad de la diáspora (Lucas repite esta pauta siete veces), a pesar del rechazo que sufre a manos de la vasta mayoría de los judíos (por ejemplo, 13.45s). La iglesia producto de esta misión procura mantener el contacto con la iglesia madre en Jerusalén, más apegada a las demandas de la Ley; pero la relación se hace tensa. La ofrenda, por ejemplo, ideada por Pablo como pieza central en su plan de misión entre los que no son judíos, es destinada a esta iglesia madre y no al Templo. Los últimos versículos del libro (28.28–31) sugieren que el futuro de la fe cristiana no se halla en el conservadurismo de Jerusalén, sino en el evangelio de la salvación gratuita abrazado por los gentiles.

Un momento clave de este abrirse progresivo a todo el mundo es el salto del Evangelio al mundo de los gentiles, rebasando la matriz judía. Precedido por tímidos intentos, este paso se decidirá colectivamente y de forma solemne en

el Concilio de Jerusalén. Una fecha muy importante en la historia de la Iglesia y que ha de situarse en los años 49-50 dJC. La importancia de esta decisión nos permite seccionar el libro de los Hechos de los Apóstoles en dos grandes bloques: Desde los orígenes hasta el Concilio de Jerusalén (Act. 1, 1-15, 35; es decir, c. 1, del v. 1 al c. 15, v. 35); y desde el Concilio hasta la llegada del Evangelio a Roma (Act. 15, 36-28, 31; o como debe leerse: Cap. 15, del vers. 36 al Cap. 28, vers. 31). Dejando claro que no hacía falta que los paganos convertidos al cristianismo se convirtieran previamente en judíos, el Evangelio quedaba abierto a todos. No cuesta ver la intención de Lucas que quiere mostrarnos cómo el Espíritu empuja constantemente a la Iglesia a abrirse y ensanchar sus fronteras, renunciando a cualquier especie de enfrentamiento.

Otra clave de lectura muy importante e interesante de esta crónica de la vida de la Iglesia son los diferentes discursos que Lucas pone en boca de los distintos protagonistas como mencionamos anteriormente. Aunque a menudo se trate de reconstrucciones libres del redactor, nos dan a conocer el contenido esencial de la predicación apostólica, ¡el Kerigma primitivo!: en ella descubrimos la síntesis del mensaje que anuncia la Iglesia, el corazón y el núcleo principal de la Fe cristiana. Jesús había resucitado de entre los muertos, de esta convicción nacieron los cristianos. La victoria era posible, el manantial de vida existe, el Reino de Dios, el Universo nuevo no es una ilusión; Jesús resucitado es su garantía. Hechos de los Apóstoles nos relata cómo los discípulos se transformaron en hombres nuevos, cómo, hasta los más encarnizados perseguidores, se pueden transformar en hombres nuevos. Cómo el contacto personal con un Jesucristo resucitado, ¡vivo!, puede llegar hasta niveles de profundidad nunca alcanzados ni por sus seguidores más cercanos. Cómo la confianza, el ánimo, el espíritu de iniciativa de Jesús pudo, y puede, penetrar hasta en los de corazón más duros y convertir a sus portadores en animadores de ¡un movimiento que ya nadie podrá parar!, Ni las persecuciones, ni los fracasos, ni las divisiones. Este encuentro personal con el Espíritu enviado en Pentecostés por el resucitado, fue un hecho histórico, hecho que fue capaz de cambiar la historia y el curso de los acontecimientos del mundo.

*Otros puntos importantes.* Casi una quinta parte de Hechos consiste en discursos, principalmente de Pedro, Esteban y Pablo, que constituyen una proclamación básica que se puede bosquejar así:

1. Las promesas de Dios en el Antiguo Testamento ya están cumplidas.
2. Jesús de Nazaret es el Mesías prometido.
  - a. Jesucristo realizó obras buenas y poderosas con poder divino.
  - b. A Cristo lo crucificaron conforme al propósito de Dios.
  - c. Dios levantó a Cristo de entre los muertos.
  - d. Ahora Cristo reina por el poder de Dios.
  - e. Cristo volverá a juzgar y a restaurar las cosas conforme al propósito de Dios.
3. Todo el que oye debe arrepentirse y bautizarse.

El libro está dedicado a Teófilo, probablemente un cristiano prominente procedente de los gentiles. El autor cita una relación que había escrito anteriormente de la vida y enseñanzas de Jesús. Es el tercer evangelio, ya que éste está también dirigido a Teófilo y tiene como tema la vida y doctrina de Cristo hasta su ascensión (Lc 24: 51). Insiste en la misión universal del ministerio de Cristo, igual que lo hace en Hechos. Ambos presentan numerosas analogías en su vocabulario.

El primer capítulo relata los últimos encuentros del Señor Jesús con sus discípulos durante los cuarenta días que siguieron a su muerte y resurrección, su promesa de enviar al Espíritu Santo, su orden de anunciar el Evangelio a todo el mundo (c. 1: 8), su ascensión, y las acciones de sus discípulos hasta Pentecostés. A continuación la historia de la Congregación cristiana de Jerusalén describiendo los hechos más característicos (Hch 2: 1-8: 3), las primeras conversiones, la primera oposición, el primer acto de disciplina eclesiástica, el primer mártir. Cada uno de estos relatos es seguido de una breve exposición de la situación de la Iglesia posterior a los mismos (2: 41-47; 4: 23-37; 5: 11-16, 41, 42; 6: 7; 8: 1-3). En todos estos hechos Pedro tiene un papel destacado, hasta el primer mártir, Esteban, con quien se introduce el siguiente período. Después viene el relato de la transformación de la Iglesia en “Iglesia misionera”, ofreciendo la Salvación a todos los hombres únicamente por la fe en Jesucristo (8: 4-12: 25). En esta sección son descritos cinco

acontecimientos importantes:

- a.)** La obra de Felipe en Samaria y la conversión del funcionario etíope (8: 4-10)
- b.)** La conversión de Saulo y sus primeras predicaciones (9: 1-30)
- c.)** La actividad misionera de Pedro, en Siria, que llevó a la conversión de Cornelio, dando a la Iglesia la certidumbre de que el Evangelio era también para los gentiles (9: 31-11: 18)
- d.)** La fundación de un nuevo centro de expansión entre los gentiles, la Iglesia de Antioquía, compuesta mayormente de cristianos surgidos de la gentilidad (11: 19-30)
- e.)** La persecución desatada por Herodes, por la cual las autoridades políticas rechazan el cristianismo de una manera definitiva (c. 12)

A continuación el libro relata el establecimiento de la Fe cristiana en los principales centros del Imperio, sobre todo por acción de Pablo (c. 13), lo que tiene lugar en el curso de tres grandes viajes. El primero a Chipre y al interior del Asia menor (13-14) que lleva al Concilio de Jerusalén, en el que se reconoce formalmente la posición de los gentiles en el seno de la Iglesia (15: 19, 20, 23-29). El segundo viaje llevó a Pablo a Macedonia y a Grecia (18: 23-20:3), finalizando en su última visita a Jerusalén (20: 4-21: 26), donde fue arrestado. Pablo sigue su propia defensa ante los judíos, ante Félix, Festo y Agripa, pasa dos años de cautiverio en Cesarea (21: 27-26: 32), y después de ello fue enviado a Roma por haber apelado al César (27: 1-28: 16). Estando en Roma sabemos que anunció el Evangelio durante dos años en la propia ciudad imperial (28: 17-31).

## Capítulo 2

### LOS CUATRO EVANGELIOS

Primeros libros del Nuevo Testamento, en su orden canónico, que llevan los nombres de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y contienen narraciones sobre la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Hablar de «los cuatro Evangelios» no ha sido siempre común como lo es hoy. Antes del siglo IV se denominaban en conjunto «el evangelio» (el único e inimitable evangelio de Cristo) y las partes se distinguían por la adición de las

palabras «según Mateo», «según Marcos», etc. Sin embargo, Ireneo, al escribir ca. 180 dJC, insistió en la cifra cuatro y la consideró un axioma universal. No puede haber más Evangelios, ni menos. Este dogmatismo, respaldado por dos documentos contemporáneos, el *Canon de Muratori* y el *Diatessaron*, revela un acuerdo general entre las iglesias de la época, forjado durante varias décadas. Es probable que la colección tetramorfa se remonte hasta poco después de 150 dJC

*El Evangelio Oral.* Para reconstruir la historia de estos cuatro escritos en el siglo I, hay que volver a los sucesos clave del año 30: la pasión, resurrección y ascensión de Jesucristo, y el día de Pentecostés. Es más, Jesús y sus seguidores ya habían pregonado «*las buenas nuevas del Reino de Dios*», pero el impacto pleno de tales nuevas no se hizo sentir sino después de los mencionados acontecimientos. Los testigos de lo que Dios hizo a través de Jesucristo se impusieron la tarea de proclamar esta «*buena nueva*» de la magna redención. En dos partes del Nuevo Testamento podemos captar la esencia de esa proclamación (en griego, *Kerygma*): en las cartas, paulinas y otras, y en las prédicas primitivas narradas en Hechos.

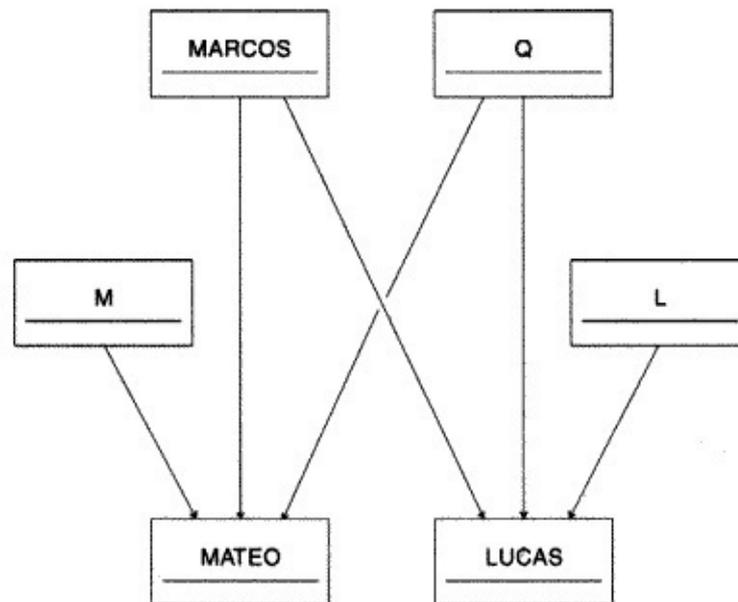
### *Los Evangelios Escritos*

*Los Sinópticos.* En los años 60–70 dJC una serie de crisis, especialmente el martirio de varios apóstoles, alertó a la Iglesia. Con la desaparición de muchos testigos, fue necesario escribir las tradiciones a pesar de que los judíos preferían la transmisión oral. Con la autorización de la iglesia en Jerusalén, Juan Marcos escribió en Roma las tradiciones sagradas, y así nació un nuevo género literario: el Evangelio. No es posible considerarlo como biografía pura ni como tratado ético (aunque incluye ambos elementos), pero su propósito es convencer al lector de que Jesús es el Mesías e Hijo de Dios, digno de nuestra fe.

Al divulgarse el primer Evangelio, aproximadamente en 69 (Evangelio de San Marcos), otras comunidades, poseedoras de tradiciones complementarias, quisieron escribir sus propios Evangelios.

Pronto los primeros tres Evangelios recibieron el epíteto de «Sinópticos»,

porque su semejanza facilita colocarlos en tres columnas paralelas (sinopsis) para estudiarlos comparativamente. De manera que, según muchos estudiosos, es posible reconstruir las relaciones entre los Evangelios Sinópticos de la manera siguiente:



Sin embargo, este esquema no expresa toda la complejidad del proceso que ha preocupado a muchos eruditos por más de un siglo. Por ejemplo, no toma en cuenta la tradición oral que influyó en la composición de todos los Evangelios. En esta línea, algunos estudiosos llegan al extremo de negar toda dependencia literaria, y atribuyen cualquier semejanza entre un Evangelio y otro a la espléndida memoria de los predicadores testigos. Así, atribuyen las diferencias a variaciones en la traducción del arameo que hablaron los testigos originales. Otros eruditos insisten en la prioridad de Mateo o de un Mateo primitivo en arameo. Muchos de ellos desaprueban el hipotético «Q».

La debilidad más importante del esquema, sin embargo, es que da la impresión de una actividad literaria simplemente mecánica. Y lo cierto es que cada evangelista es un teólogo y escritor con derechos propios. Cada Evangelio tiene su genio particular, con énfasis cristológicos que aportan algo indispensable al cuadro total de Jesucristo. Cabe corregir ciertos énfasis unilaterales de los formistas, que a veces parecían describir a evangelistas de tijeras y goma que «componían» obras por plagio.

Sobre la formación de los evangelios.

En este proceso de redacción se recorren diversos estadios. Un primer estadio es la predicación y la actividad del mismo Jesús: todo el movimiento que se pone en marcha a partir de la aparición pública del profeta galileo.

El Jesús histórico es el fundamento primero de nuestros evangelios; la vida de un personaje real. Su muerte en la cruz apareció como una especie de veredicto irrevocable que venía a desmentir todas las ilusiones que algunos se habían forjado a propósito de Él. Son muy significativas con respecto a esta decepción las palabras de aquellos discípulos de Jesús que, alejándose del escenario de los hechos, le dicen al misterioso peregrino camino a Emaús: "Nosotros esperábamos...pero, sin embargo, ha sido asesinado y reposa en el sepulcro".

De este final de una ilusión difícilmente podría nacer una literatura, al menos del tipo de la de los evangelios. Pero he aquí que poco después aquellos seguidores suyos, con una mezcla de alegría y de azoramiento, comienzan a difundir un anuncio sorprendente: Jesús ha resucitado y se les ha aparecido viviente.

La Buena Noticia continúa en pie y aún con más fuerza. Todo queda trastocado a partir de este anuncio. De este anuncio de Pascua nacerá la Iglesia y de la Iglesia nacerán los evangelios. La vida entera de Jesús se aclara de súbito a la luz de su resurrección. Cuando se redacten los evangelios, se nos hablará de aquél Jesús desde la perspectiva de su resurrección. Este sería un segundo estadio en este proceso del nacimiento de los evangelios.

Hay un tercer estadio que lo podríamos denominar estadio formacional, previo a la redacción. Las comunidades que se reúnen bajo el nombre de Jesús comienzan a celebrar su Fe, a profundizarla, a vivir en la vida ordinaria, a defenderla de los que la atacan, a anunciarla a los que no la conocen. Los problemas con los que se encuentran, cada nueva situación y necesidad, les obliga una y otra vez a recurrir al recuerdo de lo que hacía y decía Jesús cuando estaba entre ellos. Los que habían sido testigos directos lo transmitían a los otros. De esta manera y al amparo de la vida de la Iglesia, fue naciendo una tradición oral y viva sobre Jesús.

En función de necesidades prácticas, aquella tradición oral se debía ir cristalizando en pequeños escritos, agrupados temáticamente: relatos de curaciones y milagros asombrosos, un grupo de parábolas, controversias con los fariseos, el relato de la pasión... Se van formando de esta manera los materiales con los cuales, al cabo de los años, se redactarían los evangelios.

Por esta razón, el lazo que une diversos relatos es a menudo impreciso y superficial: "*aquel mismo día*", "*saliendo de allí*", "*después de esto*"... Son unos lazos de tipo literario y no cronológico para unir cosas originalmente independientes. Por este motivo resulta del todo improcedente buscar una biografía de Jesús, y todos los intentos que se han realizado a veces han resultado infructuosos.

Y llegamos a la última fase de este proceso: es lo que llamamos "proceso redaccional". Cuatro relatos, nacidos en diferentes lugares y épocas diversas que, recogiendo estos materiales previos y proveyéndose de estas tradiciones orales de las iglesias, ofrecen cuatro versiones, cuatro evangelios, de esta única "Buena Nueva" de la cual nacen.

Los evangelistas redactores, pues, no han partido de cero; sin embargo, esto no anula su creatividad. Su tarea no es un trabajo meramente mecánico e impersonal. Los evangelios, aunque recogen los mismos materiales, no son intercambiables. Todos tienen su propia teología y cada uno de ellos nos presenta su visión particular del mismo Jesucristo y además, van dirigidos a creyentes de diferentes orígenes y nacionalidades. Al principio el término sólo denotaba "el mensaje, la buena nueva" y no libro alguno. Posteriormente comenzó a emplearse el vocablo "*Euangelión*" para designar a todos aquellos escritos de los apóstoles que daban testimonio de Jesús. Finalmente, la palabra "*Evangelio*" quedó para designar al conjunto de estos cuatro escritos.

Más sobre la cuestión sinóptica.

Los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas son conocidos como evangelios "sinópticos", ya que pueden ser contemplados juntamente (del griego "*synopsis*": visión de conjunto). Estos tres primeros evangelios presentan una

gran cantidad de analogías, presentan la vida de Cristo bajo el mismo aspecto y son de un carácter totalmente distinto del Evangelio de Juan. El tema principal de los sinópticos es el ministerio de Jesús en Galilea, el de Juan, en cambio, presenta y destaca su actividad en Judea. No obstante ello, la traición; el arresto; juicio; crucifixión y la resurrección, son de tal importancia, que aparecen en los cuatro libros. El único episodio anterior que también aparece en los cuatro es la multiplicación de panes para alimentar a las 5,000 personas reunidas oyendo la palabra de Jesús. Por otra parte, los sinópticos se refieren poco a la divinidad de Cristo, mientras que Juan recalca el testimonio del mismo Jesús a este respecto.

Los sinópticos presentan sobre todo las obras de Jesús, así como sus palabras acerca del Reino de Dios, las parábolas, las enseñanzas dadas al pueblo, etc. Juan cita lo que Jesús dijo de sí mismo, generalmente en discursos bien comprensibles. Dando datos concretos: Marcos, el Evangelio más breve, tiene 661 versículos y, exceptuando 30 de estos versículos, todo el resto de su Evangelio se encuentra también en los de Mateo y Lucas o, por lo menos, en uno de los dos. Mateo tiene 1,068 versículos que contienen casi todo el Evangelio de Marcos y añade por su cuenta el contenido de 330 versículos más. Lucas, el más largo de los tres, tiene 1,149 versículos; de éstos, 548 recogen información propia de Lucas, pero coincide en el contenido de 235 versículos con el Evangelio de Mateo y recoge aproximadamente la mitad del Evangelio de Marcos. El cuarto Evangelio supone e implica la existencia de los otros tres, que a su vez, se hacen inteligibles gracias a los hechos relatados en el Evangelio de Juan. Por ejemplo: Jn 1: 15 supone el conocimiento de Mt 3: 11; Jn 3: 24 el de Mt 4: 12 y Jn 6: 1-7: 9 supone el de todos los relatos sinópticos del ministerio en Galilea. Por otra parte, solamente los acontecimientos relatados en los caps. 1 y 2 de Juan explican la acogida que dieron a Jesús en Galilea, y la buena disposición de Pedro, Andrés, Santiago y Juan a dejarlo todo para seguir a Jesús. Asimismo, la repentina controversia acerca del sábado que se presenta en los sinópticos (Mc 2: 33, etc.) no se comprende adecuadamente sin el relato del capítulo 5 de Juan.

También, por lo que respecta al orden de las diferentes secuencias, nos

encontramos con coincidencias muy destacables en los sinópticos. Mateo por ejemplo escribía para los judíos y destaca sobre todo la “condición regia” de Jesús, el Mesías. Se apoya constantemente en citas del AT, y expone la enseñanza de Cristo sobre el verdadero Reino de Dios, en oposición a las opiniones erróneas que se daban en el seno del judaísmo. Marcos escribía dirigiéndose primero a los gentiles, y recalca el poder de Cristo para la “salvación”, manifestado en sus milagros. Lucas, por su parte, que fue durante largo tiempo compañero de Pablo, muestra al Señor en su carácter salvador lleno de gracia, ocupándose de una manera muy especial de los caídos, los marginados y de los destituidos.

Aunque no hay datos históricos que permitan dudar que los sinópticos hayan sido redactados entre el Pentecostés santificador y la destrucción del Templo (entre los años 30 y 70 dJC) por los autores cuyo nombre llevan estos relatos, y que originalmente hayan sido escritos en griego, la crítica ha intentado asignar una fecha tan tardía como sea posible, de manera que perdieran su valor testifical e histórico. Existe por ejemplo, una cita de Papías (principios del S II dJC) donde se dice que Mateo ordenó las sentencias (gr. “*logia*”) en lengua hebrea, pero que cada uno la tradujo como mejor podía. Basándose en esta cita, y a pesar del absoluto desconocimiento sobre la existencia real de estas “logia” en lengua hebrea, se ha afirmado que:

- a. Mateo no escribió el Evangelio en griego, sino en hebreo, y
- b. Que el Evangelio de Mateo, escrito mucho tiempo después por algún desconocido, incluye probablemente extractos de esas “logia en hebreo”, pero que las mismas han quedado entremezcladas con relatos procedentes de otras fuentes.

Ireneo (Contra Herejías, 3: 1, 1), entre otros, considera firmemente a Mateo como autor de este Evangelio y afirma que se trata de un sólido y permanente testimonio histórico frente a unas opiniones personales muy condicionadas por una filosofía, en principio hostil, a la factualidad de la revelación divina. Con relación al Evangelio de Marcos, algunos afirman que él no fue su autor, sino que está basado en un documento imaginario, que nadie ha visto jamás: “el proto-Marcos”, y que la redacción del Evangelio hubiera implicado diversas

fuentes que permitirían postular ciertas “incoherencias”. Sin embargo, las evidencias internas del segundo Evangelio revelan una estrecha relación con Pedro y su testimonio.

La identificación de fragmentos de papiro, escritos en griego en la llamada Cueva 7 de Qumrán, fechados entre los años 50 y 100 (dJC), como pertenecientes al Evangelio de Marcos, hace desvanecer definitivamente las dudas que se habían arrojado sobre la fecha de su redacción.

El Padre José O’Callaghan, quién participó en la identificación de los nueve

JESUS

Hechos y Palabras

## Iluminados por su Misterio Pascual

Predicación Apostólica

### Tradición Oral

Configuración pre-literaria

Las obras del Señor

Las palabras del Señor

(Texto griego) (¿Texto

arameo?)

¿PROTO -MARCOS?

¿PROTO -MARCOS?

(¿Traducción griega?)

**MARCOS**  
**MARCOS**

FUENTE Q

**MATEO**  
**MATEO**

## LUCAS LUCAS

fragmentos pertenecientes al Evangelio de Marcos dice: - “Creo que me he encontrado con la evidencia innegable de que ciertos libros claves del NT circulaban ya en vida de aquellos que habían caminado y hablado con Jesús” – (J. O’Callaghan, S.I. “Los papiros griegos de la Cueva 7 de Qumrán”, Madrid, 1974, citado en el Diccionario Bíblico Ilustrado en CD-ROM CLIE-Macromedia INC, 1996).

Se observa, además, que cuando Mateo y Lucas no siguen a Marcos se encuentran también coincidencias muy notables entre ellos dos. Estas coincidencias se dan especialmente cuando se trata de las "palabras" de Jesús, recogidas por los dos evangelistas casi de la misma forma.

Esto ha llevado a pensar que Mateo y Lucas dependerían de una segunda fuente común que se ha llamado la fuente "Q" (del alemán “Quelle” que significa “fuente”), formada probablemente por una colección de palabras del Señor. Todo lo que hemos dicho lo podríamos esquematizar gráficamente de esta manera:

Para explicar, o tratar de explicar la relación, y dependencia, de los tres primeros evangelios (sinópticos) existe la hipótesis llamada "teoría de las fuentes" que, con pequeñas variantes, es aceptada comúnmente. Esta teoría defiende que el texto de Marcos constituiría la base de los otros dos evangelios. Vemos, como presenta el esquema anterior, que, en efecto, Mateo y Lucas tienen el hilo de Marcos. De cuando en cuando lo abandonan para incorporar materiales propios, pero al terminar la inclusión, retoman de nuevo el hilo conductor de Marcos. Tal como hemos dicho, Mateo recoge casi todo el Evangelio de Marcos, y Lucas más de la mitad. Así pues, Marcos sería la primera fuente, y contiene, sobre todo, relatos de los hechos de Jesús.

## EVANGELIO SEGÚN SAN MARCOS

Marcos. Judío de Jerusalén mencionado en Hechos, en las cartas de Pablo y 1 Pedro, e identificado tradicionalmente con el autor del segundo Evangelio. Llevaba dos nombres: «Juan», nombre hebreo, y Marcos, sobrenombre

romano (Hch 12.12, 25; 13.5, 13; 15.37, 39). Era hijo de una viuda rica llamada María, cuya casa era centro de reunión para los primeros cristianos en Jerusalén (Hch 12.12–17), pero no se sabe cuándo Marcos abrazó el cristianismo. Llevado a Antioquía por Bernabé y Pablo (12.25), Marcos los acompañó también en el primer viaje misionero en calidad de ayudante (13.5), encargado probablemente de los arreglos del viaje (comida, hospedaje, etc.). Por razones que se desconocen (¿disensiones en algunos puntos de vista?), se separó de Bernabé y Pablo y volvió solo a Jerusalén (13.13), lo cual dio lugar a una desavenencia entre Pablo y Bernabé cuando estaban a punto de salir para el segundo viaje (15.36–41).

El Marcos de Hechos y el que se menciona en Col 4.10; Flm 24 y 2 Ti 4.11 son una misma persona, como lo demuestra el hecho de que Pablo en Col 4.10 transmita a los colosenses el saludo de «Marcos, el primo de Bernabé». Este parentesco explica que Bernabé haya intervenido a favor de Marcos y lo haya acompañado a Chipre (Hch 15.39). A pesar de las divergencias relatadas en Hch 15, Marcos debía haberse reconciliado ya con Pablo cuando este escribió a los colosenses, puesto que se encontraba a su lado. La petición de 2 Ti 4.11 confirma la utilidad de Marcos en el ministerio de Pablo.

En 1 P 5.13 leemos: «La iglesia que está en Babilonia... y Marcos, mi hijo, os saludan». Si admitimos que se trata de un mismo Marcos y que el autor de 1 Pedro es Pedro o un secretario allegado a él, Marcos debe haber trabajado con este apóstol en Roma, además de colaborar con Pablo. Hechos 12.12 y Papías, quien lo llama «intérprete de Pedro», evidentemente confirman esto. La expresión «mi hijo» es una muestra del cariño que unían al apóstol y su discípulo. Se ha conjeturado que el joven que «huyó desnudo» (mencionado solo en Mc 14.51s), fue Marcos. Según la tradición, Marcos fue el fundador y el primer obispo de la iglesia de Alejandría y, años después, los venecianos se apoderaron de sus restos y los llevaron a Venecia, ciudad que ahora lo tiene como su santo patrono.

Segundo libro del Nuevo Testamento y el más antiguo de los cuatro Evangelios. El Evangelio de Marcos describe más a la persona de Jesús por lo que hace que por lo que dice. Se caracteriza por un estilo vívido y directo.

### *Estructura del Libro.*

El libro puede dividirse en dos secciones. En la primera sección el eje geográfico es Galilea, región que despreciaban los judíos por estar poblada en parte por gentiles. Allí es donde Jesús predica y hace milagros públicamente. Pero sus enseñanzas y actos siguen siendo incomprensibles aun para los discípulos. El período de la predicación en Galilea termina con la confesión de Pedro y la Transfiguración, donde se revelan la identidad de Jesús y el misterio de su destino.

En la segunda sección, Jesús va camino de Jerusalén, y cuando llega concentra allí su ministerio por varios días. La hostilidad contra Jesús culmina con su crucifixión en la capital misma de la religión judía.

### *Autor y Fecha.*

Aunque el Evangelio es anónimo, a su autor se le llama Marcos; y desde el siglo IV se le ha identificado con el Marcos mencionado en el Nuevo Testamento, que por cierto no era apóstol como Mateo o Juan. Varios cristianos antiguos se refieren a este Evangelio y a las circunstancias en que éste fue escrito. El testimonio más antiguo (Papías, ca. 110 dJC) dice así: «Marcos, quien fue intérprete de Pedro, escribió exactamente, aunque sin orden, todo lo que recordaba, tanto las palabras como las acciones del Señor». De éste y otros documentos se desprenden varios datos que concuerdan con los estudios modernos. En una época cuando la tradición cristiana tendía a atribuir la redacción de los Evangelios a los apóstoles, es improbable que Marcos haya sido designado como autor sin razones históricas fehacientes.

Si bien Marcos no siguió a Jesús en su vida terrestre, como «intérprete de Pedro» pudo transcribir con fidelidad las enseñanzas del Maestro. Su dependencia de Pedro se recalcó tanto en la tradición eclesiástica que el segundo Evangelio llegó a considerarse una simple transcripción de las memorias de Pedro. La realidad es más compleja, como veremos. Desde fecha muy temprana, el Evangelio recibió críticas por su falta de orden y por incompleto (posiblemente por los círculos en que se escribieron Mateo y Juan). Sufrió en particular la comparación con Mateo, ya que este Evangelio se atribuía a un apóstol, era más extenso y ordenado, y retrataba a Cristo en

forma más comprensible y atractiva. De ahí el escaso interés de los comentaristas en Marcos hasta el siglo pasado.

Para determinar cuándo se redactó este Evangelio, existen varios testimonios antiguos. Los mejores (por ejemplo, Papías, allá por el 110 dJC e Ireneo, allá por el 180) afirman que Marcos escribió después de la muerte de Pedro, ocurrida entre 64–68 dJC. Además, el discurso escatológico de Marcos 13 refleja probablemente una situación anterior a la destrucción de Jerusalén por los romanos en el 70 (Mc 13.14; cf. Lc 21.20). Así que podemos fechar la composición de Marcos entre el 65 y el 70 dJC Otros lo datan diez años antes.

#### *Marco Histórico.*

La tradición antigua según la cual Marcos escribió en Italia se confirma por indicios como la traducción al latín de algunas expresiones griegas (12.42; 15.16) y la alusión al romano Rufo (15.21). No obstante, los latinismos (5.9; 6.27, 37, etc.) no constituyen un argumento decisivo ya que casi todos son palabras técnicas de uso común en todo el imperio. La rápida difusión y aceptación de un Evangelio bastante deslucido comparado con los otros, y sin patrocinio apostólico directo, se entendería mejor de haberse editado en una iglesia de gran prestigio como la de Roma. Además, parece estar dirigido a un público de cristianos procedentes de otras tradiciones religiosas (y no del judaísmo) por la explicación y traducción de las palabras arameas (3.17; 5.41; 7.11, 34; 14.36; 15.22) y de ciertas costumbres judías (7.3, 4; 14.12; 15.42), y en explicar muchos detalles geográficos (1: 9; 3: 17; 5: 41; 7: 3, 4, 11, 34; 12: 42; 14: 12, 15; 22: 42, etc.) y que, en cambio, a diferencia de Mateo, no muestra mayor interés en vincular la figura de Jesús con el Antiguo Testamento, la Ley mosaica y las esperanzas de los judíos, haciendo sólo algunas alusiones al cumplimiento de las profecías. Con todo, no se puede descartar la posibilidad de que una primera versión de este Evangelio (o parte de sus elementos) provenga de otro medio (como Palestina).

#### *Aporte a la Teología.*

El Evangelio de Marcos es una obra literaria original y obedece a un propósito determinado. Este propósito no es en primer término biográfico, aunque sí hubo curiosidad en la iglesia sobre la vida de Jesús, sino teológico. Se ha llegado a llamar el Evangelio de Marcos un tratado de capacitación para

equipos misioneros. Marcos quiere edificar a la comunidad cristiana ofreciéndole una serie de enseñanzas puestas en el molde de un relato de la vida terrenal de Jesús. No siendo un historiador moderno, le interesa menos la precisión cronológica y geográfica de su relato que la significación que tiene. Para él, el pasado y el presente se confunden; el Jesús que predicaba y curaba a los enfermos en Palestina se identifica totalmente con el Señor resucitado que habla y actúa en la iglesia contemporánea de Marcos.

Un rasgo muy original del retrato de Jesús en Marcos es el llamado «*secreto mesiánico*». Jesús rehúye la publicidad y procura ocultar su identidad de Mesías o de Hijo de Dios (1.24s; 34, 44; 5.43; 7.36, etc.); prefiere enseñar privadamente a sus discípulos (4.10–12; 7.17–30, etc.), quienes, sin embargo, no entienden el verdadero sentido de sus dichos y milagros (6.52; 8.17ss). Algunos autores ven en el secreto mesiánico una invención de Marcos o de su comunidad, pero este aspecto del Evangelio tiene bases históricas. Jesús impulsó el silencio para evitar un entusiasmo popular de tipo revolucionario, o porque la naturaleza misma de su misión se lo exigía. No quería discípulos que le siguieran únicamente por los milagros que Él hacía. Se puede aceptar perfectamente que el secreto mesiánico sea una formulación teológica de la comunidad primitiva y afirmar a la vez que se apoya en una realidad histórica. Jesús, al vincular la predicación de la inminencia del reino de Dios con su propia persona, dio a su vida un significado implícitamente mesiánico. Con la sistematización del secreto, Marcos quiso destacar el carácter misterioso de Jesús, y especialmente de la necesidad de su pasión y muerte (cf. 10.45). Para él, ningún título ni ninguna confesión de fe abarcaban totalmente la significación de la vida, cruz y resurrección del Señor. Más importante aún que la creencia recta es la acción recta, el seguimiento de Jesús: «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame*» (8.34).

Esta tendencia antidogmática y activista de Marcos se expresa también en su concepción de la Iglesia y en el entusiasmo misionero que llena su obra. Su Evangelio es la historia del compañerismo de Jesús con los suyos (cf. 3.14) que perdura en la iglesia contemporánea del evangelista. El Resucitado es el

único jefe de la Iglesia, y nadie puede arrogarse una autoridad universal en la comunidad. De ahí la marcada reserva de Marcos hacia los discípulos, cuya incompreensión, ambición y exclusivismo señala varias veces (8.33; 9.38–41, etc.), y sobre todo hacia la familia de Jesús. Algunos han concluido que los pasajes 3.20s, 31–35 constituyen una censura indirecta de la hegemonía de Jacobo, considerado como hermano de Jesús, sobre la iglesia de Jerusalén.

El evangelista enfatiza a lo menos cinco «contradicciones» en la vida y misión de Jesucristo: (1) entre su divinidad y humanidad, (2) entre el Jesús victorioso y el Cristo de la cruz, (3) entre la levadura de muerte y el pan de vida, (4) entre la docencia ortodoxa y el discipulado vivencial y (5) entre la religiosidad eclesiocéntrica y una visión hacia el mundo. A partir de estos rasgos polémicos, se puede vislumbrar el tipo de iglesia que Marcos encomia: abierta, sin límites rígidos, popular, sin preocupación intelectual y apologética exagerada, y movida totalmente por la exigencia dinámica de la conquista misionera.

La división del Evangelio en dos períodos y en dos zonas geográficas no obedece tanto a un desarrollo psicológico en la personalidad de Jesús, ni a una sucesión cronológica de acontecimientos, como a la expresión de una verdad teológica: el misterio de la salvación en Jesús no se entiende sino después de la resurrección.

¿Quién es Jesús para Marcos? ¿Cómo ve su persona y su obra? Comparado con los otros Evangelios, Marcos es moderado en el uso de los títulos relativos a Jesús. En ochenta y un casos lo llama sencillamente «Jesús». El término «Cristo» aparece solo siete veces, y nunca dicho por Jesús. En Marcos, Jesús suele designarse «Hijo del hombre», mientras que Marcos prefiere el título de «Hijo de Dios» que aparece en momentos claves del relato: al principio, en el relato del bautismo de Jesús (1.11), en el centro, dicho por la voz divina que se escucha en la transfiguración (9.7) y al final, en la confesión del centurión gentil al pie de la cruz (15.39). Según algunos más antiguos, Marcos lo incluyó también en el título de su libro (1.1).

*Otros puntos importantes.*

Las distintas escuelas de crítica bíblica llegan a una misma conclusión: el

Evangelio de Marcos no es una obra enteramente original, nacida toda de la mente del evangelista, sino que éste se valió de tradiciones orales o escritas que no se han conservado. El léxico y el estilo de Marcos son típicos del habla popular. Su vocabulario contiene más diminutivos, más palabras arameas o hebreas y más transcripciones de palabras latinas que cualquier otro libro del Nuevo Testamento. La sintaxis es sencilla: las oraciones se coordinan solo mediante la yuxtaposición o la conjunción «y» y los adverbios «después», «entonces», «en seguida» y frases similares. El análisis textual más reciente reconoce que lo que antes se consideraba como señal de un estilo poco refinado y artístico (como las frecuentes expresiones redundantes y parentéticas que interrumpen la narración) son artificios editoriales que Marcos usa en forma genial para destacar hechos o palabras con aplicación teológica (por ejemplo, 3.20–35 5.21–43). Lo mismo ocurre con las anticipaciones (*analepsis*, cf. 3.9 y 4.1; 11.11 y 15–19; 14.54 y 66–72), repeticiones (*prolepsis*, cf. 1.32, 35; 4.2, 39; 5.39; 14.61; 15.25; 16.2) frecuentes paralelismos y estructuras concéntricas (*quiamos*, cf. 1.16–20 [21/28] 29–31; 14. 53–54 [55–65] 66–72). Marcos, además, usa palabras («pan», «levadura») y espacios físicos («camino», «mar», «monte», «desierto», «ciudad», «casa», «templo») en forma simbólica y con intención teológica. Lejos de ser un narrador ingenuo, a Marcos se le considera hoy un teólogo profundo.

Una teoría muy antigua afirma que Marcos se inspiró en otro Evangelio anterior. Desde San Agustín, prevalecía la opinión de que Marcos no era sino una imitación y abreviación de Mateo, pero se dejó de subestimarle en el siglo XIX al reconocerse que en realidad Marcos no solo era anterior a Mateo y Lucas, sino que les había servido de fuente a los dos. El evangelista Marcos creó el género literario «evangelio», combinando por primera vez los dos aspectos de la tradición anterior relativa a Jesús: los dichos y las narraciones. Para descubrir las fuentes de Marcos, es indispensable estudiar la tradición evangélica que le precede en su estado oral. A continuación se dan algunos ejemplos de la agrupación de las unidades, aisladas en un principio.

Marcos 2.1–3.6 contiene cinco narraciones breves que enmarcan y ponen de

relieve ciertas sentencias de Jesús (2.10, 17, 19, 27, 28; 3.4). Esas historias carecen de detalles realistas y de indicaciones temporales y geográficas. No fueron agrupadas para contar una serie de acontecimientos, sino para dar a conocer la opinión de Jesús sobre problemas de importancia vital para la comunidad cristiana (el perdón de los pecados, el ayuno, la actitud respecto al sábado, etc.).

Marcos 4.35–5.43 es de un carácter muy distinto. Contiene cuatro narraciones de milagros donde el interés principal es el relato del acontecimiento mismo. En contraste con 2.1–3.6, están vinculadas por anotaciones de lugar y de tiempo, y ofrecen detalles concretos. Las narraciones de milagros, construidas según un mismo esquema, ocupan un lugar importante en Marcos (1/5 de la totalidad del Evangelio), y recalcan el poder de Jesús sobre los demonios y la naturaleza, o bien para manifestar su misericordia para con los desdichados.

Una tercera clase de material utilizado por Marcos son los dichos y parábolas de Jesús. En 8.34–9.1 y en 9.33–50, por ejemplo, tenemos dos colecciones de sentencias primitivamente aisladas y luego recopiladas en relación con un tema para facilitar su aprendizaje.

Por último, Marcos incluye un cuerpo de tradición independiente, el relato de la Pasión. El enfoque principal del evangelista es la muerte y resurrección de Jesús como fundamento de la vida y misión de la Iglesia. Por eso algunos dicen que Marcos es un relato de la Pasión de Jesús (14.1–16.8a) con una larga introducción (1.11–3.37).

La tradición de la Iglesia primitiva atribuye, unánime, este Evangelio a San Marcos. Es el segundo Evangelio por su orden canónico, y es el más corto de los cuatro. Sin embargo, a pesar de su brevedad, es abundante en detalles y nos presenta, en rápida sucesión, escenas poderosamente evocadoras. Este discípulo de San Pedro habría puesto por escrito la predicación del apóstol. En este sentido, el testimonio del obispo Papías de Hierápolis, de comienzos del siglo II (130 dJC), es una de las fuentes más valiosas (repetido posteriormente por Ireneo, Tertuliano, Justino Mártir y Clemente de Alejandría). El autor de este Evangelio se suele identificar con el joven Juan Marcos que mencionan

diferentes textos neo-testamentarios (Act. 12, 12-13; 15, 36-40; Col 4, 10; 1 P 5, 13...). Según una tradición sólo atestiguada en Eusebio, y que apenas merece fe, Marcos habría sido el primer Obispo de Alejandría.

Aunque su orden cronológico es más ajustado que el de Mateo y Lucas, el Evangelio de San Marcos tiene un gran dinamismo. Los hechos predominan por encima de las palabras. Discursos propiamente tales, sólo contiene dos: el de las parábolas, 4, 1-34, y el de la Parusía, 13, 1-37 (se le llama Parusía en los evangelios a la segunda venida de Jesucristo). Sólo cita 4 parábolas, pero relata 18 milagros y nos brinda íntegramente el discurso más largo de Jesús (c. 13). El Jesús de Marcos no pronuncia grandes discursos, sino que fundamentalmente actúa. Marcos nos da más los gestos y actos de Cristo que sus palabras. Insiste en el poder de Cristo, hijo de Dios (1: 11; 5: 7; 9: 7; 14: 61 y también en 8: 38; 12: 1-11; 13: 32; 14: 36), el Salvador triunfante. El estilo del evangelista no es muy pulido; es un relato popular, lleno de viveza y de frescor. A menudo el relato está sazonado por detalles concretos, del todo innecesarios desde el punto de vista del contenido esencial, pero que contribuyen a darle un tono de realismo y de proximidad, haciendo que el lector se sitúe dentro de la escena misma. Sólo Marcos sabe el nombre del ciego (10, 46), dice que David comió los panes de la proposición "en tiempos del sumo sacerdote Abiatar" (2, 26) y cuenta que Jesús dio a los dos hijos de Zebedeo, Jacobo y Juan, el sobrenombre de "*Boanerjes*", palabra aramea: "*bene-regesh*" que significa: "hijos del trueno" (3, 17). Según Mc 4, 38, durante la tormenta del lago, Jesús estaba en la popa de la nave y dormía sobre un almohadón. Las escenas se nos describen en presente y están adornadas por detalles visuales propios de un testigo presencial de los hechos que se relatan.

Pertenece también a la narración popular el hecho de que Marcos habla frecuentemente de los estados de ánimo de las personas interesadas (por Ej. Mc 10: 24, 32) y también de Jesús mismo 1, 41 (compadecido), 1, 43 (le conminó); 3, 5 (los miró en torno con ira, doliéndose del endurecimiento de su corazón); Cf. Además 8, 12; 10, 14. 16. 21.

Los temas centrales del libro son: el ministerio en Galilea (1: 14-9: 51) y la última semana en Jerusalén (11: 1-16: 8); ambas conectadas por un breve

relato del período intermedio (10: 1-53).

El relato de Marcos comienza directamente con el ministerio público de Jesús. No se hace ninguna alusión a su infancia. Ni siquiera se nos da el nombre de su Padre (legal). Todo el interés del Evangelio se cifra en la predicación de Jesús como Hijo de Dios y Mesías. Un prólogo breve que nos presenta a Juan el Bautista, el bautismo de Jesús y las tentaciones del desierto, nos introducen de inmediato en los inicios de la predicación de Jesús que empezó en Galilea.

Aunque claramente se observa una posible división geográfica del Evangelio (Galilea; fuera de Galilea; subida a Jerusalén), no parece que éste haya de ser el único criterio posible de subdivisión de este Evangelio. Otros criterios nos permiten ver más claramente la intención teológica del escritor.

Jesús da comienzo a su actividad en Galilea y tiene de pronto gran éxito en la masa del pueblo, que le rodea con entusiasmo. Su lucha contra la tutela del pueblo por escribas y fariseos le atrae el odio de estos poderosos sectores, lo que le obliga a trasladarse al campo gentil, al norte y este de Galilea.

Un día en Cesarea de Filipo, Pedro contestó a la pregunta que le hizo Jesús: “...Y ustedes, ¿quién dicen que soy yo? Pedro le contestó: «Tú eres el Mesías»”. (8, 29). Todo el Evangelio de Marcos es una pregunta abierta: ¿Quién es este Jesús? Todo el Evangelio de Marcos parece querer conducirnos a que también nosotros nos planteemos esta interrogante, rehaciendo el itinerario recorrido por sus discípulos hasta la confesión de Cesarea. Al final del Evangelio, Marcos pondrá en boca de un pagano, el centurión romano al pie de la cruz, una verdadera confesión de Fe: "*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*".

Al lado de este suspenso que recorre todo el evangelio, se descubre también un creciente dramatismo. La actuación pública de Jesús va suscitando esta interrogante. Todos se definen frente a Él. El rechazo y la incompreensión son, sin embargo, la tónica generalizada. Toda la primera parte del evangelio, hasta la confesión de Cesarea, nos va presentando cómo el círculo de Jesús se estrecha progresivamente. Jesús, que comenzó su ministerio rodeado por

grandes multitudes, se irá ciñendo cada vez más a sus discípulos y finalmente a los doce, forzado por esta incomprensión y rechazo que se van haciendo cada vez más evidentes.

La confesión de Cesarea marca el final de una etapa y el relato del Evangelio realiza un giro importante. Las palabras de Pedro hacen patente que, a pesar de que ha reconocido el carácter mesiánico de Jesús, está lejos de imaginar y aceptar el camino de cruz que el Mesías habrá de recorrer. A partir de este momento vemos cómo Jesús intentará pedagógicamente mostrar que su mesianismo no tiene el aire triunfal que sus discípulos esperaban, sino que el camino del Mesías es un camino hacia Jerusalén donde será entregado a manos de sus enemigos que lo crucificarán.

Marcos subrayará constantemente con una gran fuerza dramática la incomprensión de los hombres ante el misterio de Jesús: la gran mayoría no reconoce su mesianidad y los suyos no reconocen el camino que el Mesías ha de emprender y lo abandonan en el momento de la cruz.

El plan que el autor sigue en este Evangelio es:

- a.)** Preludio del Evangelio de Jesucristo: ministerio de Juan el Bautista, bautismo y tentación de Jesús (1: 1-13)
- b.)** Inicio del ministerio galileo: lugar, mensaje y vocación de los primeros cuatro apóstoles; milagros en Capernaum y Galilea (1: 14-15)
- c.)** Triunfo de Cristo sobre la oposición que se iba articulando. Curación del paralítico; banquete en casa de Leví; discurso sobre el ayuno; controversia acerca del sábado (2: 1-3: 6)
- d.)** A pesar de la creciente oposición, se va extendiendo la obra de Cristo entre las multitudes; elección de los doce; réplicas a los fariseos; intervención de la madre de Jesús; parábolas del sembrador, de la semilla que crece secretamente y de la semilla de mostaza; grandes milagros: el apaciguamiento de la tormenta, la curación del endemoniado gadareno, de la mujer con flujo de sangre, resurrección de la hija de Jairo; segundo rechazo en Nazaret; misión de los doce; investigación de Herodes acerca de Jesús y ejecución de Juan el Bautista; primera multiplicación de panes; Jesús andando sobre las

aguas; ataque de Jesús al tradicionalismo de los fariseos (3: 7-7: 23)

- e.) Período de relativo retiro, correspondiente al ministerio galileo posterior; curación de la hija de la mujer siro-fenicia en las regiones de Tiro y de Sidón; de un sordomudo en Decápolis; segunda multiplicación de los panes; rechazo de dar una señal a los fariseos y advertencia a los discípulos de guardarse de ellos; curación de un ciego cerca de Betsaida; visitas a pueblos de la demarcación de Cesarea de Filipo; confesión de Pedro; anuncio de la pasión de Jesús; transfiguración; curación de un endemoniado; Jesús predice de nuevo su muerte; retorno a Capernaum o Cafarnaún; nuevas recomendaciones a los discípulos (7: 24-9: 50). Este período aparece particularmente detallado en Marcos
- f.) En Perea, fin del ministerio de Cristo; pregunta de los fariseos sobre el divorcio; bendición de los niños; el joven rico; respuesta de Jesús a sus discípulos; subida de Jesús a Jerusalén; tercera predicción de su muerte; petición de Jacobo y Juan; restitución de la vista al ciego Bartimeo (c. 10)
- g.) La última semana: entrada triunfal en Jerusalén; maldición contra la higuera; segunda purificación del Templo; pregunta de los delegados del Sanhedrín; parábola de los viñadores; preguntas capciosas de los fariseos, herodianos, saduceos y de un escriba; Jesús los interroga a su vez acerca del tema del hijo de David, breve acusación contra los fariseos y escribas (c. 23); la ofrenda de la viuda; discurso pronunciado en el Monte de los Olivos; traición de Judas y cena en Betania; breve descripción de la última tarde con los discípulos e Institución de la Cena; la agonía en Getsemaní; el arresto; la comparecencia nocturna de Jesús ante el Sanhedrín; negaciones de Pedro; Jesús ante Pilato; crucifixión; sepultura; un ángel anuncia a las mujeres la resurrección de Cristo (11: 1-16: 8)

Los doce últimos versículos del Evangelio de Marcos han sido, y son, tema de controversia textual. Hay una parte de comentaristas que opina que no pertenecen al original. Sin embargo, no hay razones de verdadero peso para dudar de la genuinidad de Mc 16: 9-20, y sí buenas razones para aceptar su paternidad, ya que aunque Eusebio de Cesarea omite el pasaje, y también los

manuscritos Vaticanus y Sinaíticus, además de otras copias, aparece en los más antiguos y más acreditados manuscritos, en todas las colecciones de evangelios, y en todas las versiones clásicas de la Biblia (excepto en la edición romana del árabe). A favor también está una gran proporción de los Padres de la Iglesia mucho más anteriores y dignos de confianza. Desde mediados del S II dJC este Evangelio era ya bien conocido y estaba muy difundido por la Iglesia cristiana. Algunos exegetas opinan que Marcos, sobrino de Bernabé, redactó este Evangelio antes del 60 dJC, y creen que fue el primero de los evangelios sinópticos. El descubrimiento de antiguos fragmentos del mismo, en la Cueva 7 de Qumrán, parece apoyar esta opinión.

¿Quién era Marcos?

Marcos en realidad es un sobrenombre (Lat.: *Marcus* que significa “gran martillo”), en Hechos se le designa sólo por su primer nombre: Juan (Hch 12: 12, 25; 13: 5, 13). Su madre, una de las Marías, tenía casa en Jerusalén, donde se reunían los cristianos (Hch 12: 12-17). Marcos acompaña a Bernabé, su tío (Col 4: 10), y a Pablo de Jerusalén a Antioquía de Siria (Hch 12: 25) y después en su viaje misionero (Hch 13: 5). Por una razón, que se desconoce, Juan Marcos los dejó en Perge (Hch 13: 13) y se volvió sólo a Jerusalén. A causa de ello probablemente, Pablo rehusó dejar que Marcos los acompañara en el segundo viaje (Act 15, 38). Entonces Bernabé separándose de Pablo, se embarcó con Marcos para proseguir la evangelización en Chipre. A partir de ahí no se sabe nada de Juan Marcos durante un período de diez años. Se le vuelve a hallar en Roma, uniendo sus saludos a los de Pablo en las cartas a los colosenses y a Filemón (Col 4, 10; Flm 24). Sus probables diferencias con el apóstol Pablo habían desaparecido y Pablo habla de él en términos elogiosos: “*Solamente Lucas está conmigo. Llama a Marcos y dile que venga contigo, porque me será muy útil para el ministerio*” (2 Tm 4: 11), sugiriendo con ello que Marcos había estado en Asia menor, lo que concuerda con 1 P 5: 13.

Pedro menciona a Marcos como hijo suyo, lo que pudiera significar que pudo ser convertido por Pedro. No sabemos con exactitud si Juan Marcos había llegado a ser discípulo de Jesús. Sobre este punto la tradición no es unánime, pero algunos afirman que el joven que escapó dejando la sábana con que se

cubría en manos de sus perseguidores, durante el arresto de Jesús, era Marcos (Mc 14: 51s). Ninguno de los otros evangelistas menciona este episodio, por lo que podría ser una reminiscencia personal. No se conoce ni la fecha, ni el lugar exacto de la muerte de Marcos. Una tradición muy antigua lo presenta como el “intérprete de Pedro”. Entre los testimonios del S II, Papías de Hierápolis escribe (140 dJC), citando las palabras de un “antiguo Marcos”, que vino a ser el intérprete de Pedro, y que redactó con cuidado, pero sin orden, todos los recuerdos de Pedro acerca de lo que el Señor había dicho y hecho. Esta alusión a Marcos puede significar que lo acompañó hasta el final de su apostolado itinerante y que le sirvió de portavoz ante audiencias paganas. Indudablemente que la formación de Juan Marcos, y su estrecha relación con los principales apóstoles, lo habían preparado admirablemente para la redacción de su Evangelio.

#### EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO

Mateo (griego: Maththaios o Matthaios; hebreo: Mattithyāh que significa “Don de Jehová” o “*Regalo de Dios*”). Uno de los doce apóstoles de Jesús, aunque su nombre no aparece en todas las listas de estos (Mt 10.3; Mc 3.18; Lc 6.15; Hch 1.13). Solo Mateo 10.3 informa que era publicano. Según Mt 9.9, Mateo se encontraba sentado en el puesto del cobrador en Capernaum cuando el Señor lo llamó. En los pasajes paralelos, sin embargo, a este apóstol se le llama Leví y Marcos añade la frase «hijo de Alfeo» (Mc 2.14; Lc 5.29). Sin duda se ha de ver en Mateo/Leví un nombre doble.

La cena ofrecida después del llamamiento de Mateo parece haber tenido lugar en la propia casa de éste (Mt 9.10 indica sencillamente «en la casa»; Mc 2.15 y Lc 5.29 rezan: «en su casa», que difícilmente podría referirse a la de Jesús). Cabe notar que como aduanero sabría escribir y que además del arameo, conocía también el griego. Fuera de los textos mencionados no hay otra referencia personal a Mateo en el Nuevo Testamento. Papías (siglo II dJC) dice que Mateo «compiló los oráculos [del Señor] en lengua hebrea [o sea, arameo], y cada uno los traducía [o interpretaba] luego como podía». Por tanto, la iglesia primitiva creía que Mateo era el autor del Evangelio que lleva su nombre, a pesar de que este Evangelio se escribió en griego.

En los primeros siglos de nuestra era, Mateo se distinguía como el más leído e influyente de los cuatro Evangelios. En la mayoría de las listas de los libros del Nuevo Testamento Mateo aparece en primer lugar. De esto hay tres posibles explicaciones: (1) fue el primer Evangelio escrito; (2) lo escribió un apóstol y esto se creía firmemente en aquel entonces y (3) fue muy apreciado en la iglesia debido a su forma literaria y didáctica.

### *Estructura del Libro.*

Una de las razones de la inmensa popularidad de Mateo es la forma ordenada, concisa y cuidadosa en que fue escrito. El evangelista procede según un plan bien trazado a recopilar su materia según temas, aunque no siempre en forma cronológica. Reúne en cinco grandes discursos didácticos mucha materia que se encuentra dispersa a través de los otros sinópticos (aunque véase el Sermón del Llano en Lucas 6.17–49).

Los cinco discursos presentan diversas facetas del tema central del Evangelio, que es el Reino de los cielos: (1) Mt 5–7, el Sermón del monte; (2) Mt 10, el discurso misionero; (3) Mt 13, las parábolas del Reino; (4) Mt 18, el discurso sobre los pequeños y sobre los disgustos entre hermanos; (5) Mt 24 y 25, el discurso escatológico. Estos discursos forman la espina dorsal del Evangelio. Señala su importancia la fórmula concluyente: «*Y cuando terminó Jesús estas palabras*» u otra frase semejante (7.28; 11.1; 13.53; 19.1; 26.1). Aunque algunos eruditos consideran como otro discurso la diatriba contra los escribas y fariseos (Mt 23), ésta omite la fórmula concluyente y no trata de una enseñanza específica sobre el reino como los otros discursos. Entre un discurso y otro, Mateo ha intercalado muchas narraciones del ministerio de Jesús. Esta manera de presentar el mensaje integral de Jesús demuestra la relación íntima que debe haber entre los hechos de la vida de Jesús y la enseñanza del reino con su ética correspondiente.

Otra manera de bosquejar el Evangelio es a partir de la frase «*desde entonces*», que se halla en 4.17 (al principio del ministerio de Jesús, cuando va creciendo su popularidad) y en 16.21 (en la declinación de su ministerio que culmina en su muerte).

La composición de Mateo tiene sus raíces en el mismo universalismo del mensaje de Jesús, porque desde el principio fue necesario explicar a los judíos que su fe, tradicionalmente limitada a Israel, iba a ser compartida con los gentiles. Al comienzo los judíos no comprendieron las implicaciones de esto, y aún después de iniciada la misión a los gentiles, pensaron que éstos tendrían que satisfacer todos los requisitos del judaísmo para entrar en el Reino. Así que el problema de Mateo es el de explicar cómo el Reino de los cielos, claramente profetizado en el Antiguo Testamento, se da, no a los que rechazan al Mesías, sino a todos los que reciben a Jesús como Señor y producen los frutos del Reino (21.43).

Además, puesto que Jesús se constituyó en Señor del cielo y de la tierra (28.18), era preciso proclamar su señorío universal a todo el mundo (28.19). Aunque la necesidad de escribir este Evangelio existía desde el tiempo de Jesús, no fue sino hasta poco después de iniciada la misión a los gentiles y aun hasta más tarde en el siglo I, al agudizarse la oposición judía hacia el cristianismo, cuando se halló verdadera ocasión para su composición. Por eso se han sugerido fechas que se extienden desde la quinta década hasta la novena; no hay consenso al respecto.

Algunos aseguran que 22.7 se refiere a la destrucción de Jerusalén ya acaecida, lo cual favorecería una fecha posterior a 70 dJC. Pero como no hay referencia clara a esta destrucción se podría admitir una fecha de la sexta o séptima década (en todo caso, después de la publicación de Marcos).

#### *Marco Histórico.*

Es creencia casi universal que Mateo se escribió para los judíos. Esto se basa en los siguientes hechos:

- (1) La genealogía de Mateo 1.1–17 comprende únicamente la historia de Israel, desde su fundador Abraham, hasta Jesús (la genealogía de Lucas 3.23–38 se remonta hasta Adán).
- (2) Las muchas citas del Antiguo Testamento tienen por objeto mostrar que en Jesús se cumplen las esperanzas mesiánicas; de especial interés son las once citas precedidas por la frase «*para que se cumpliese lo dicho por el profeta*» (1.22s; 2.17s, 23; 4.14ss; 8.17; 12.17ss; 13.35; 21.4s; 26.56; 27.9s; cf.

26.54).

### *Aporte a la Teología.*

La estructura literaria de Mateo encierra también una estructura teológica, porque en los cinco discursos enseña lo fundamental acerca del «reino de los cielos»:

- (1) en el Sermón del Monte, versículos 5–7, nos da las leyes básicas del Reino; una especie de programa de Jesús que, en forma de pórtico, describe la justicia del Reino y la novedad absoluta del evangelio.
- (2) El discurso misionero, versículo 10, presenta la imperiosa necesidad de proclamar el mensaje del Reino a los demás.
- (3) las parábolas del Reino, versículos 13, declaran el desarrollo del Reino y su concepto total desde el punto de vista cronológico;
- (4) el discurso de Mateo 18 enseña las relaciones personales y la comunión que deben prevalecer dentro del Reino; y
- (5) el discurso escatológico, versículos 24 y 25, destaca el desenlace de todo el proceso del Reino en la Segunda venida de Cristo.

### *Otros puntos importantes.*

Mateo es el único Evangelio que usa la palabra «*iglesia*» (16.18; 18.17), y por eso se le llama el «*Evangelio eclesial*». Sin embargo, la frase «*pueblo de Dios*» describe mejor la iglesia en nuestros días, y este concepto se encuentra repetidamente en los Evangelios. Únicamente Mateo usa la frase «*Reino de los Cielos*», aunque también emplea cuatro veces el sinónimo «*Reino de Dios*».

Se caracteriza por algunas tensiones y paralelismos interesantes: (a) entre el señorío del Padre (11.25) y el de Jesús (28.18); (b) entre el cielo (o *Dios*) y la tierra (o *el hombre*) (6.1–20; 7.11; 10.32s; 16.17, 19; 18.18s; 21.2ss); (c) entre la presencia física de Jesús (1.23) y su presencia espiritual durante su ausencia física (18.20; 28.20); (d) entre el castigo de los judíos por su rechazamiento del Mesías (8.11s; 21.43; 24.3–13, destrucción de Jerusalén) y el castigo de los gentiles que no fueran fieles a la voluntad de Jesús (25.31–46).

La tradición atribuye unánimemente al apóstol Mateo la composición del primer Evangelio desde el mismo inicio del período post-apostólico. El más

antiguo testimonio acerca del Evangelio de Mateo procede de Papías de Hierápolis (130 dJC), luego continúa Ireneo y Orígenes. Teniendo en cuenta estos testimonios, todo parece indicar que este Evangelio fue escrito en un ambiente cercano a la primitiva comunidad cristiana de Palestina y dirigido a los cristianos que procedían del judaísmo. Por lo que respecta a la fecha de composición, hay que situarla con toda probabilidad más allá del año 70 d JC, fecha en que tuvo lugar la caída de Jerusalén.

Dejando aparte los relatos de la infancia de Jesús, la gran mayoría de los hechos que cuenta Mateo se encuentran ya en el Evangelio de Marcos. Lo que a menudo hace Mateo es suprimir los detalles accesorios, dejando el relato en su estructura fundamental. Fruto de esto, aquella viveza que era característica de Marcos, se convierte en el Evangelio de Mateo en un cierto hieratismo.

Ahora bien, donde el Evangelio de Mateo resulta más original es justamente en aquellas partes en que se recogen las palabras de Jesús. La imagen que de Jesús nos proporciona este Evangelio es la de un Jesús que habla y enseña. Este Evangelio no quiere ser tanto una exposición histórica cuanto un escrito didáctico. Lo esencial para el evangelista no es la narración sino la exposición sistemática. Este carácter se manifiesta con la mayor claridad en que el autor, siempre que puede, agrupa las palabras transmitidas de Jesús en grandes unidades que giran en torno a un tema determinado. Las palabras de Jesús están recogidas y organizadas bajo la forma de cinco grandes discursos, muy bien trabajados, y que sirven para indicarnos un criterio muy válido de subdivisión del relato evangélico.

Otro de los rasgos característicos y peculiares de Mateo, como ya mencionamos, es el tono eclesial de su Evangelio. Muy a menudo en su Evangelio se hace patente el ambiente vital de la polémica de la “Iglesia naciente” con la Sinagoga. El Mesías se encuentra con el rechazo mayoritario de su pueblo, de aquellos que más fácilmente deberían haber acogido su mensaje viendo en Él, la realización de la Promesa que había acompañado toda su historia, la profética historia del Mesías. Ahora la Iglesia es el nuevo y verdadero Israel, porque ella es este “nuevo pueblo” que ha reconocido al Mesías y se ha reunido alrededor de su palabra. Y este Nuevo Pueblo tiene un

alcance universal: es enviado al mundo de los paganos. Por ello Mateo deja ver que el Evangelio es también para los gentiles (8: 10-12; 10: 18; 21: 9; 24: 14; 28: 19).

El Evangelio de Mateo, de la misma manera que el de Lucas, incluye una serie de relatos de la infancia de Jesús. En esto se diferencia de Marcos. Estos relatos vienen a cumplir la función de una especie de prólogo que nos presenta, de una manera sintética, el misterio de Jesús: el misterio de su personalidad humana y divina (la genealogía de Jesús y su concepción virginal) y una primera y breve indicación de lo que será su misión (*despreciado y perseguido por los suyos será reconocido y adorado por extranjeros*). Resulta perfectamente claro que el redactor intenta presentarnos en los relatos de la infancia de Jesús cómo Él, y no otro, es el nuevo Moisés, el “*ungido esperado*” por todos.

De modo *análogo*, Mateo reúne en la primera parte de su libro 9 relatos de milagros (con un total de 10 milagros: caps. 8-9), y este ciclo de milagros, que está dividido por dos pares de fragmentos de discurso (3+2+3+2+3), lo hace seguir inmediatamente al Sermón de la Montaña. Aquí, Sermón de la Montaña y ciclo de milagros forman en el plan del evangelista un todo, el Sermón muestra a Jesús como maestro; los milagros, como taumaturgo mesiánico: Primero se presenta la doctrina; los hechos vienen después, en conformidad con todo el Evangelio de Mateo, cuyo centro de gravedad descansa en las palabras de Jesús.

También, fuera de las cinco grandes composiciones de discursos, se ve en Mateo el interés por reunir materias iguales o afines. Así, en la disputa sobre las espigas que arrancan los discípulos (12, 1-8), intercala un segundo ejemplo de violación inculpable (o culposa) de un precepto del culto (servicio sacerdotal en sábado), juntamente con dos palabras del Señor (muy particulares de Mateo); el mismo caso se da en la disputa con ocasión de la curación de la mano seca, 12, 9-14 (el buey que ha caído al pozo; Cf. Lc 14, 5). Mateo concluye la perícopa del Centurión de Cafarnaún (Capernaum) (8, 5-13) con una promesa de Jesús sobre la entrada de los gentiles en el reino de Dios, que procede de otro contexto (Cf. Lc 13, 28-30).

Teológicamente, el evangelista ha colocado íntegramente su libro a la luz de esta tesis: Jesús es el Mesías o Hijo de David prometido en el AT y esperado con ansias por los judíos, pero su misión se frustró por culpa de su pueblo, particularmente de sus dirigentes. El desprecio del pueblo hacia Jesús, y hasta la abierta hostilidad de los piadosos judíos y de los círculos dirigentes, aparece en todos los evangelios, pero Mateo expresa con singular relieve la reprobación del Mesías por su propio pueblo en un breve episodio de la pasión: Pilato, presionado por los judíos para que pronuncie la sentencia de muerte, aparta de sí solemnemente toda culpa, mediante la acción simbólica de lavarse las manos, y la descarga sobre ellos. Y entonces todo el pueblo asume sobre sí la responsabilidad de la ejecución de su rey mesiánico gritando: "*Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos*", y pronuncia así la maldición sobre sí mismo (27, 24-26).

La prueba de que Jesús es el Mesías la ve Mateo en el hecho de que en Él se cumplieron las profecías. Ningún otro Evangelio cita y aprovecha el AT tan copiosamente como Mateo, usando la fórmula de comprobación "*Para que se cumplieran lo que fue dicho por el profeta*", "*Así se cumplió...*".

Ningún otro Evangelio concede tanto espacio, como Mateo, a la polémica de Jesús con los escribas y fariseos, es decir, nos muestra a Cristo oponiéndose al judaísmo de su época (5: 20-48; 6: 5-18; 9: 10-17; 12: 1-13, 34; 15: 1-20; 16: 1-12; 19: 3-9; 21: 12-16, etc.). Su autor se muestra tan familiarizado con el AT (prueba escrituraria), con la religión, piedad y costumbres judaicas, que hay que suponer en él alguna previa formación rabínica. Sólo por Mateo conocemos algunos pormenores de la práctica de religión y piedad judaicas.

También Marcos y Lucas hablan de la actitud de Jesús frente a la ley judaica; pero como ésta tenía poca importancia para sus lectores gentiles, sólo traen unas cuantas sentencias al respecto. Mateo, en cambio, dedica toda la primera parte del Sermón de la Montaña a la cuestión de la actitud fundamental que Jesús adopta frente a la ley de Moisés y su carácter obligatorio para el nuevo pueblo de Dios: Jesús no ha venido a abolir la Ley y los Profetas, sino a cumplirlas, a completarlas (5, 17), al presentar la caridad, y la caridad aún con

los enemigos, como el trasunto de la voluntad de Dios (Ga 5, 14; Rm 13, 8-10). Partiendo de esta idea, propiedad de Mateo, el evangelista ha colocado el Sermón de la Montaña al comienzo de la vida pública de Jesús, que aparece como un nuevo legislador, como nuevo Moisés, y proclama la ley del AT, nuevamente interpretada, como obligatoria para el “Nuevo Pueblo de Dios”.

Se ha notado, seguramente no sin razón, que para este fin sube Jesús al monte como antaño lo hizo Moisés al Sinaí. En las llamadas antítesis, de las que algunas han recibido sin duda su forma por obra del escritor, se ilustra seguidamente en qué sentido debe entenderse ya el cumplimiento de la Ley (5, 21-48):

- No sólo es pecado matar (5º mandamiento), sino también la ira contra el hermano.
- No sólo está prohibido el adulterio (6º mandamiento), sino también la mirada deshonesto a la mujer del prójimo.
- No hay que jurar absolutamente, hay que amar aún a los enemigos, etc.

Los contrastes terminan con el imperativo: "*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*" (5, 48). Hay que observar no la Ley ritual judaica, sino la Ley moral.

¿Quién era Mateo?

Mateo era un cobrador de impuestos (publicano). Así denominaban a los judíos que estaban al servicio de Roma o de Herodes. Fue llamado por Cristo en Cafarnaum para que fuera su discípulo, lo obedeció de inmediato, abandonando sus funciones (Mt 9, 9; Mc 2, 14; Lc 5, 27). Jesús lo eligió como uno de los doce (Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 15). En Marcos 2, 14 y Lucas 5, 27 figura bajo el nombre de Leví, hijo de Alfeo. Aunque después de la resurrección de Jesús se encuentra con los otros apóstoles (Hch 1, 13) no vuelve a ser mencionado en el NT. La tradición afirma que predicó entre los judíos, lo que es muy posible debido al carácter marcadamente judaico de su Evangelio.

Antes de Ireneo, fue el Evangelio de Mateo el que ejerció, de entre todos los escritos de NT, la más profunda y extensa influencia sobre la Iglesia y la literatura cristiana que entonces nacía. De él, sobre todo, se tomaron las palabras de Jesús particularmente estimadas por la más antigua cristiandad. Cuando hacia el 150 dJC Justino Mártir quiere reunir "los bellos consejos de Cristo" a los que los cristianos conforman su vida, cita las sentencias de Cristo en Mateo: *"Sobre las enseñanzas de Cristo, tomadas de Mateo, se funda el cristianismo común. Mateo poseyó este carácter normativo en la época de los apologistas, hacia fines del siglo II"*. En cambio, los milagros de Jesús no llamaron en especial la atención de los escritores primitivos. Lo que ellos buscaban en los evangelios era la doctrina de Jesús que fundamentaba la nueva religión y contenía su regla de conducta. Mateo, aunque judío, y escribiendo para judíos, hace ver que el Evangelio es también para los demás pueblos. Las explicaciones de ciertos términos (1: 23; 27: 33), de nombres geográficos (2: 23; 4: 13), de creencias y costumbres judías (22: 23; 27: 15) demuestran que Mateo escribía también para todos los creyentes.

## Una pequeña reflexión en relación al concepto de Mesías.

*El Mesías. Mantener la esperanza de los pobres.* Para Jon Sobrino, en tiempos de Jesús existían muchas expectativas sobre la figura del Mesías, del "Ungido de Dios". La necesaria victoria sobre los enemigos de Israel la iría a efectuar el mismo Dios o el Mesías con acciones prodigiosas. El Mesías sería sacerdote o rey, si fuera rey ¿sería un rey guerrero? (como es cantado en los salmos de Salomón 17 y 18), o ¿sería un rey justo y pacífico como lo describió Zacarías en el c. 9: 9s? Independiente de esas expectativas es importante recalcar dos aspectos fundamentales. En primer lugar, como apunta Sobrino, el Mesías esperado sería descendencia de David; sería, por lo tanto, un ser histórico, no una figura mítica, cósmica, celestial. En segundo lugar, realizaría su misión sobre la tierra e instauraría un reinado histórico - expresión más exacta que la de un reinado político-. Como lo expresa con mayor claridad Jon Sobrino en el capítulo homónimo de su libro "La Fe en Jesucristo": *"... en el comienzo 'el unguido' se aplica al rey de Israel, y especialmente al rey, en cuanto representante de Dios, al que se le promete un reinado eterno. Como la historia desmiente esa promesa, el Mesías se va convirtiendo, poco a poco, en figura escatológica, es decir, en objeto de esperanza para el futuro. En el exilio y cuando ya no había trono de David, se forjó, al parecer, la idea de que aparecerá un rey liberador de Israel que restaurará el reino, triunfará sobre los gentiles e internamente promoverá la verdadera religión. En conclusión, el Mesías esperado sería una figura pública, y en ese sentido, podía ser pensado también como una figura histórico-política, pero lo decisivo es que respondía a las esperanzas del pueblo, e iba a actuar para transformar la situación de Israel"*. Por lo que toca al mismo Jesús, continúa Sobrino, es un hecho que aparece en medio de expectativas mesiánicas, tanto que la gente se preguntaba si él era *"el que tenía que venir"* ( Mt 11, 3; cfr. Dt 18, 15. 18). El título de la cruz *"rey de los judíos"*, muestra que la gente pensaba, o que Jesús se tenía por tal, o que esperaban que lo fuese. En aquel tiempo, la palabra más adecuada para describir esa esperanza popular era la de *"Mesías"*.

En conjunto, los evangelios muestran, por una parte, que Jesús no se entendió a sí mismo como Mesías-Rey, pero, por la otra, que el pueblo sí lo relacionó, de alguna forma, con las esperanzas que solía poner en un Mesías. ¿Cómo llegaron los primeros cristianos a esta conclusión, si no queda claro que Jesús se comprendiese a sí mismo como Mesías? Se puede pensar en varios momentos. En primer lugar, el título se le habría aplicado a Jesús al ahondar

en la reflexión sobre el Hijo del Hombre, que vendrá en la Parusía. En segundo lugar, El Mesías habría sido relacionado con el "*exaltado*" después de la resurrección; el título ayudaría a expresar lo que de "poder" tiene ya ahora el resucitado. El paso decisivo -por lo novedoso y aún escandaloso- se habría dado en un tercer estadio, cuando el título fue relacionado con la pasión -llamado por Pilato "*rey de los judíos*"-. Esto les habría movido a repensar lo que significa ser Mesías, operándose así un cambio espectacular en la comprensión del Salvador y también en la comprensión de la salvación que éste trae (de manera insospechada): a través de la cruz y la muerte. Por último, el título fue usado para describir e interpretar la obra terrestre de Jesús, especialmente su actividad de milagros. Al parecer, habría sido la comunidad helenista la que produjo este cambio: al comprender a Jesús en su actuación terrestre como un nuevo Moisés, o como el profeta escatológico, le aplicaron el título de Cristo también para describir su vida. Con el título de Mesías se pudo describir toda la realidad de Jesús, su futuro, su presente y su vida terrestre.

Después de la resurrección se comprende a Jesús como Salvador, y por eso se le puede denominar Mesías. Pero más fundamental todavía nos parece recalcar el hecho crudo de que el Mesías acaba en una cruz por ser consecuentemente Mesías, es decir, por anunciar la esperanza a los pobres y denunciar a sus opresores. Desde esta perspectiva hay que hablar del misterio mesiánico: el verdadero Mesías, defensor de la esperanza de los pobres, acaba en una cruz. Hoy como ayer, Mesías y mesianismo no resuelven mágicamente los problemas de la historia. Y no sólo eso. Quienes ofrecen lo mejor de la esperanza y de la práctica mesiánicas tienen que escuchar la sentencia "*reo es de muerte*". Mesianismo y crucifixión se relacionan, pues, en el Nuevo Testamento y en la historia, y por ello es importante recordar, que el Mesías es un crucificado y que el crucificado es Mesías.

Al decir de Jon Sobrino, al quedar unido el nombre de Jesús con el de Mesías (Cristo), el título de "el Ungido, el Esperado" también se convirtió en nombre propio "Jesucristo" y el significado "mesiánico", tal y como era interpretado por los judíos comenzó a desaparecer. Fue el Apóstol Pablo quien lo convirtió

nuevamente en título excluyendo la connotación judía de rey terrestre y político e introduciendo el nuevo significado, para la cristiandad, de Salvador y Redentor.

El mesianismo judío es radicalmente la certeza de que el Dios de la Alianza es el Dios de los desesperanzados; Él asume la causa de los desposeídos de todo poder. Jesús no rehúsa de modo alguno este movimiento; al contrario, lo radicaliza expresando prácticamente que un poder, aunque sea religioso, indiferente ante la desesperanza, la opresión o incluso la desviación, es un poder perverso.

#### EL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS

Lucas (Lucas viene del griego Loukas, que probablemente sea un diminutivo de Lucanus o de Lucius, pueblo al sur de Italia). Autor del Evangelio que lleva su nombre y de los Hechos de los apóstoles. Se supone que era gentil, y único escritor no judío entre los autores del Nuevo Testamento, porque Pablo lo distingue de «*los de la circuncisión*» en Col 4.11–14. Fue médico y compañero íntimo de Pablo (v. 14). La tradición lo identifica como sirio de Antioquía y, en efecto, Hechos está repleto de datos acerca de la congregación antioqueña.

La fecha y el lugar de su conversión al evangelio se desconocen, pero sí es auténtica la variante personal en Hechos 11.28 («*Y mientras nosotros nos hallábamos reunidos, uno de ellos*») prueba que Lucas se identificó muy pronto como cristiano. Si no es auténtica, en Hch 16.10 el narrador usa por primera vez el pronombre «*nosotros*», lo cual indicaría que Lucas se juntó con Pablo en Troas (ca. 51 dJC) y le acompañó hasta Filipos. Pero no sufrió la persecución allí ni salió cuando Pablo continuó su viaje. El «*nosotros*» del relato desaparece cuando Pablo vuelve a Filipos al final de su tercer viaje (20.5), de lo que se infiere que Lucas permaneció en la ciudad o cerca de ella durante los seis años que intervienen, pero más tarde acompañó a Pablo a Jerusalén (20.5–21.18) y Roma (27.1–28.16). Las referencias en Colosas (Col 4, 14) y Filemón (Flm 24) manifiestan que siguió colaborando con el apóstol durante el primer encarcelamiento de éste. Y en 2 Ti 4.11, durante el segundo

encarcelamiento, poco antes de su martirio, Pablo escribió: «*solo Lucas está conmigo*». El médico amado fue su compañero fiel hasta el fin. Médico y evangelista, amigo y compañero de Pablo, con quien se une en los saludos de las epístolas escritas desde Roma. Aunque la tradición lo hace originario de Antioquía de Siria, no se conocen ni la fecha, ni las circunstancias de su muerte.

Su estilo literario y el carácter del contenido de su obra indican que Lucas fue un griego culto. Sin ser testigo ocular «*desde el principio*», Lucas afirma en su prefacio (Lc 1.1–4) haber indagado cuidadosamente todos los datos disponibles. Su contacto íntimo durante muchos años con Pablo y otros como Felipe, Timoteo, Silas, Marcos, Bernabé y Santiago, y su presencia en Jerusalén y Cesarea le dieron oportunidad de conseguir amplia información de la vida del Señor y de la iglesia primitiva. La mayoría de los eruditos imparciales lo reconocen como uno de los mejores historiadores de la antigüedad. Además, de su obra se desprende que Lucas tenía un espíritu amplio y bondadoso, caracterizado por gozo y piedad genuinos, humildad y cortesía. Según la tradición posterior, trabajó en Acaya después de la muerte de Pablo y murió en Bitinia (o Beocia) a los 74 años sin haber contraído matrimonio. Una leyenda del siglo VI lo llama pintor.

Primer tomo de la obra escrita por Lucas en dos volúmenes; el segundo (Hechos de los apóstoles) continúa el relato de este evangelio (cf. Lc 1.1–4 con Hch 1.1s). En su Evangelio, Lucas está más interesado en las personas, especialmente las que están en problemas, que en las ideas. Como Lucas es un diestro escritor, la calidad literaria de su Evangelio es superior a la de los otros tres. Pero Lucas es también historiador, y coloca a Jesús dentro del contexto de la historia universal. Además, Lucas presenta a Jesús y la Iglesia como la culminación de la historia de la salvación.

### *Estructura del Libro.*

La estructura del Evangelio de Lucas gira principalmente alrededor del ministerio de Cristo en Galilea y Jerusalén. Los primeros dos capítulos pudieran muy bien titularse «Introducción e infancia». Aquí Lucas declara cuál es su propósito al escribir su Evangelio (1.1–4), y nos presenta los

inmortales relatos del nacimiento de Juan el Bautista y Jesús. En el capítulo 3 Lucas comienza nombrando a los gobernantes romanos de aquel tiempo. Después, relata la predicación de Juan el Bautista y el bautismo, la genealogía y la tentación de Jesús (3.1–4.13).

Entre su tentación y su transfiguración (4.14–9.28), Jesús tiene su ministerio en Galilea. Convencido de la proximidad de su muerte (9.21–27, 43–45), se dirigió sin vacilaciones a Jerusalén (9.51) donde, como los profetas antes que Él, aceptaría lo que le estaba deparado (9.51–19.27). El lector se mantiene en dramática tensión a medida que Jesús se acerca a Jerusalén y la sombra de la cruz oscurece su camino. Pero «*el Hijo del Hombre va según lo que está determinado*» (22.22) a cumplir el plan divino.

Como Moisés, Jesús logró la liberación de su pueblo: lo libró de las consecuencias definitivas del pecado. Los hechos de la postrera semana en Jerusalén (19.28–24.53) constituyen la última parte de este Evangelio, y la Ascensión sirve como transición entre la última parte de Lucas y el comienzo de Hechos.

#### *Autor y Fecha.*

Es evidente que Lucas y Hechos tuvieron un mismo autor porque (1) ambos se dirigen a Teófilo; (2) el segundo tomo hace referencia al primero (Hch 1.1), y (3) entre los dos existen notables semejanzas de lenguaje, estilo y teología, así como paralelos estructurales. Aunque los escritores mismos son anónimos, el autor se refiere a sí mismo (por ejemplo, Lc 1.3; Hch 1.1). Era un personaje conocido tanto para el destinatario como para la iglesia primitiva. Una misma prueba interna demuestra que Lucas fue autor tanto del Evangelio que lleva su nombre como de los Hechos. La prueba externa que atribuye sin vacilación este primer tomo a Lucas se remonta a la segunda mitad del siglo II: tanto el Canon de Muratori como Ireneo hacen tal afirmación.

La fecha del Evangelio tampoco puede determinarse sin recurrir a la de Hechos. Algunos, siguiendo una conjetura que se halla en Eusebio y Jerónimo, y que se deduce del final de Hechos, fechan este segundo tomo ca. 63 y el primero, por tanto, ca. 58–61. Otros, basándose en tradiciones que se remontan

a Ireneo y el “Prólogo a Lucas contra los marcionitas”, afirman que Lucas no compuso su obra sino hasta después de la muerte de Pablo (ca. 65–67) y proponen una fecha entre 67 y 72. Esta opinión se apoya en el hecho de que Lucas utilizó el texto de Mc como una de sus fuentes. Algunos estudiosos opinan que Lc 19.43s; 21.20–24 y 23.28–30 indican una fecha posterior a la caída de Jerusalén (70), pero existen otras explicaciones para estos textos. Pudiera ser que en 1Ti 5: 18, se esté citando a Lc 10: 7, en cuyo caso se habría escrito antes del año 66 dJC. Independientemente de ello, no hay razón para situar su redacción en una fecha posterior a la caída de Jerusalén, pues habla de este acontecimiento en tiempo futuro (21: 20-24, compárese con Mt 24: 15 y Mc 13: 14).

Para algunos, es probable entonces que Lucas redactara su Evangelio en Palestina, y no en Gracia, hacia los años 57 al 59 dJC, durante el encarcelamiento de Pablo en Cesarea. Pero también es factible que, durante esos años, recopilara todo el material con el cual lo redactaría después en Roma entre el 58 y el 65 dJC. Para ese entonces ya, al parecer, el autor tenía el proyecto de continuar esta obra con otra, acerca de los orígenes del cristianismo, por cuanto, en su prefacio, menciona a la vez la vida de Cristo y la obra de los Apóstoles (1: 1, 2). También, debido al poco espacio que dedica a las instrucciones de Jesús en su último capítulo, denota su proyecto de reanudar el tema más adelante, como sucede en el primer capítulo de Hechos. De cualquier manera, la Iglesia del S II consideraba al Evangelio de Lucas con gran autoridad. Marción, el hereje gnóstico (segundo cuarto del S II), reconocía ya la autoridad de Lucas. Justino Mártir cita a Lc 22: 44 y 23: 46. El fragmento de Muratori (de alrededor del año 170 dJC) da el nombre de Lucas al tercer Evangelio. Además de los anteriormente citados, Hegesipo, Taciano y Tertuliano se refieren todos a Lucas en sus escritos.

### *Marco Histórico.*

Según 1.4 el propósito inmediato del Evangelio fue confirmar la fe de Teófilo, cristiano representativo de muchos gentiles que vivían fuera de Palestina (cf. el uso de «Judea» que significa toda Palestina en 1.5; 7.17, etc.). Además, Lucas se propuso escribir un Evangelio ordenado basado en una cuidadosa

investigación y dirigido especialmente a la mentalidad griega (1.1–4). No quiso insinuar (v. 3) que los demás Evangelios no fueran ordenados, sino que su propio plan era presentar los datos en un orden generalmente cronológico y dentro de un marco geográfico preciso, en vez de seguir un plan doctrinal o didáctico.

El método del historiador se ve en su deseo de relacionar la historia redentora con la historia secular (2.1). Lucas se interesa más en la biografía del Salvador que los demás evangelistas (por ejemplo, los detalles en los capítulos 1 y 2 que solo se encuentran en Lucas), aunque se vale de estos datos para aclarar la obra redentora más que para satisfacer la curiosidad histórica. Con todo, su insistencia en la investigación esmerada (1.3), en base a testimonios orales y escritos, nos inspira confianza en la historicidad de su obra.

#### *Aporte a la Teología.*

Lucas presenta a Cristo como el Hijo del Hombre (19.10), es decir, el Mesías de Dios y el Hombre ideal que vino a identificarse con la humanidad y a ser Salvador de ella (2.32; 3.6). Se traza la experiencia de Jesús a través de toda una vida normal, desde su genealogía, la cual Lucas remonta hasta Adán (3.23–28), su nacimiento (2.1–20), infancia (2.21–39) y niñez (2.40–52) hasta su madurez. Jesús participa plenamente de la vida humana. Es Salvador de toda clase de personas: judíos, samaritanos (9.52–56; 10.30–37; 17.11–19) y quienes tenían otras religiones (2.32; 3.6, 8; 4.25–27; 7.9); hombres y mujeres; publicanos (3.12; 5.27–32; 7.37–50; 19.2–10), y fariseos (7.36; 11.37; 14.1); ricos (19.2; 23.50), y pobres (1.53; 2.7; 6.20; 7.22). Es a la vez Salvador universal e individual.

Lucas da prominencia a la oración. Relata nueve oraciones de Jesús, de las cuales solo dos se encuentran en los otros Evangelios. Dos de sus parábolas particulares tratan de la oración (11.1–13; 18.1–8). Solo Lucas nos informa que Jesús intercedió por Pedro (22.31, 32), que exhortó a los discípulos a orar en Getsemaní (22.40), y que oró por sus enemigos (23.34).

El Espíritu Santo es otro tema importante (4.1, 14; 10.21; 11.13; 24.49). La humanidad del Señor se revela en su dependencia del Padre en la oración, y del Espíritu Santo. El gozo y la alabanza ocupan un lugar especial (1.14, 44,

47; 6.21, 23; 10.21; 15.23, 32; 24.52s); solo en Lucas figuran los cuatro himnos: el Magnificat (1.46–55), el Benedictus (1.68–79), el Gloria in Excelsis Deo (2.14) y el Nunc Dimittis (2.29–32).

#### *Otros Puntos Importantes.*

Los escritos de Lucas revelan destreza literaria, tanto en su estructura como en su redacción. Puede componer períodos griegos de sabor clásico (1.1–4), pero generalmente escribe con sencillez y pureza de estilo y pinta fascinantes cuadros de personas y circunstancias. Muestra simpatía, cultura, amor a la poesía y un interés de médico en las aflicciones físicas. Incluye dieciocho parábolas que no se encuentran en los otros Evangelios. Destaca la pobreza y la riqueza en relación con la vida espiritual (6.20, 24). Muchas de las parábolas tratan de asuntos financieros, y aun Juan Bautista se nos presenta predicando sobre los pecados al respecto (3.13ss).

Las mujeres figuran con frecuencia en Lucas. Se mencionan trece que no aparecen en los otros Evangelios. Son prominentes sobre todo en los relatos del nacimiento y de la resurrección. Lucas conocía la degradación de la mujer y quiso hacer hincapié en la actitud del Señor hacia ella.

Este Evangelio se dirige al griego culto como Teófilo. Lucas fue compañero de Pablo, quien fundó la iglesia en el mundo helénico, y seguramente los dos vieron la necesidad de un Evangelio con carácter cosmopolita y cierta pretensión literaria. Por eso contiene menos citas del Antiguo Testamento y menos referencias a la profecía; evita el uso de palabras hebreas como rabino y amén.

Lucas se interesa en los niños. Solo él se refiere a la niñez de Juan y de Jesús. En 7.12; 8.42; y 9.38 menciona hijos (o hijas) únicos. Finalmente Lucas destaca más al carácter repentino de la Segunda Venida que la cercanía del fin (17.20ss) y la consecuente necesidad de la vigilancia (21.34).

La comparación del Evangelio de Lucas con el libro de los Hechos refuerza lo que la tradición afirma unánimemente: que Lucas, el médico discípulo de Pablo, es el autor de los dos libros. Los principales testimonio son: Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes, Eusebio y Jerónimo. Por otra parte, el

vocabulario con los que describe los casos clínicos es propio de un médico como Lucas, y además, no aparecen ni en Marcos ni en Mateo (Lc 8: 26-36 vs. Mt 8: 28-34 ó Mc 5: 1-16).

Lucas, que procede del mundo de los gentiles, era posiblemente miembro de la comunidad cristiana de Antioquía. Acompañó al Apóstol Pablo hasta la ciudad de Filipos en su segundo viaje. Allí estuvo mucho tiempo, hasta que a la vuelta del tercer viaje de Pablo lo acompañó hasta Jerusalén. Cuando Pablo apele al César y sea conducido hacia Roma a fin de ser juzgado por la máxima autoridad del imperio romano, nuevamente tendrá a Lucas como compañero. Durante la cautividad de Pablo en la ciudad de Roma, Lucas tendrá ocasión de establecer contactos con aquella comunidad y de una manera concreta con Marcos. La tradición afirma que posteriormente se trasladó al sur de Grecia donde escribió su Evangelio.

No hay dudas de que Lucas es el autor neo-testamentario de más altas pretensiones literarias. Sus escritos los redactará con mucho cuidado. El mismo nos informa que se ha documentado bien, acudiendo a diversas y variadas fuentes, incluso al testimonio directo de los apóstoles. El estudio de sus escritos nos hace ver cómo Lucas trata sus fuentes con un gran respeto y fidelidad, pero sin caer en un servilismo meramente repetitivo. Detrás de los cambios y retoques de dichas fuentes, se descubre a menudo la motivación de su constante preocupación estilística y literaria. Mateo y Marcos representan escritos de la comunidad destinados al uso litúrgico; Lucas, en cambio, se presenta como una obra literaria destinada a lectores cristianos y antepone a su libro un proemio y lo dedica a un personaje distinguido, en este caso a Teófilo, al estilo de los historiadores helenísticos.

Pero nada es tan significativo como que fuera el primer y único hombre del cristianismo primitivo que emprendió la audaz empresa de narrar, en los Hechos, la propagación de la Iglesia cristiana hasta el año 60 dJC. Se ha llamado a Lucas "el historiador entre los evangelistas" por razón de la abundante materia propia que incorporó a su evangelio, colocando la historia de Jesús en el marco de la gran historia; llega incluso a dar una fecha determinada, el año 15 del imperio de Tiberio, indica la edad de Jesús al

iniciar su vida pública ("como de 30 años") y cuenta que una de las mujeres que servían y seguían a Jesús, Juana, era mujer de Cuza, mayordomo de Herodes. Lucas quiere dar la enseñanza de una verdad indiscutible, basada en una investigación profunda, documentada, y con el testimonio de testigos oculares de los hechos que narra.

Para captar los acentos peculiares de Lucas, hay que hacer hincapié en la lectura de aquellos textos donde no sigue a Marcos y que tienen un sello más propio: en este sentido hay que tener en cuenta el Evangelio de la infancia de Jesús y un par de inserciones dentro del esquema de Marcos donde Lucas ha agrupado sus materiales. Estas inserciones las encontraremos en Lucas 6, 20-8,3 y 9,51-18, 14.

Lucas afirma que su exposición de los hechos es "por orden" (1: 3). El empleo de esta fórmula (Hch 11: 4; 18: 23; Lc 8: 1) demuestra que no se trata necesariamente de un orden cronológico riguroso, sino que a veces, sigue un orden temático. Siguiendo el mismo método en Hechos para los primeros pasos de la Iglesia, Lucas ofrece un registro preciso y sistemático de la carrera del fundador del cristianismo. Afirma expresamente no haber conocido personalmente a Jesús, pero basa su obra en el relato de testigos oculares (principalmente los apóstoles), habiendo investigado todo con el mayor cuidado. Aporta a este Evangelio el espíritu de un verdadero historiador, lo que se evidencia en la manera en que habla acerca de los orígenes de Juan el Bautista y de Jesús, así como en las fechas del inicio de la actividad de Juan con la cronología de la historia profana (2: 1, 3; 3: 1, 2). Al presentar el ministerio de Jesús, pone en evidencia las principales ideas religiosas del maestro, su triunfo sobre la oposición, y el fundamento histórico del cristianismo.

*¿Cuáles serían los rasgos más específicos de Lucas?:* Jesús se nos presenta sobre todo como el Profeta. Como el nuevo Elías enviado a predicar a los gentiles. Muchos autores destacan cómo Lucas ha querido recalcar intencionadamente los paralelismos entre el ministerio de Jesús y el ministerio de la Iglesia (entre su Evangelio y el libro de los Hechos). El ministerio profético de Jesús encuentra entonces su pleno cumplimiento en el ministerio

de la Iglesia que se abre a los gentiles; pone fuertemente de relieve el valor universal del mensaje de Jesús (*"paz a los hombres de buena voluntad"* 2, 14). Y Simeón dice: *"este niño dará cumplimiento a las predicciones de los profetas sobre la conversión de los gentiles"* (2, 32).

Se muestra en este Evangelio la predilección de Lucas por las enseñanzas y las acciones que revelan la naturaleza, a la vez humana y divina del Salvador. Según Lucas, el Evangelio de Cristo está destinado a: Todas las naciones (2: 32; 3: 6; 4: 24-27; 24: 47, etc.); Las almas perdidas; Los humildes (7: 36-50; 15; 19: 1-9, etc.); Los pobres y Los afligidos (6: 20-26; 7: 11-18; 12: 32).

Lucas nos muestra la gracia de la que estaba impregnado el carácter de Jesús. Su piedad, su misericordia, caridad, vida de oración, santidad y la delicadeza de sus sentimientos. Con relación a lo que el Señor dice de las riquezas, Lucas emplea términos más duros que los otros evangelistas (1: 52, 53; 6: 24, 25; 16: 25, etc.). Se tiene que observar por ello, que Cristo no estigmatiza a los privilegiados a causa de sus riquezas, sino solamente a los que depositan su confianza en sus posesiones y no son ricos para con Dios (12: 21). Las alusiones a los Samaritanos vienen a ser la premonición de la desaparición próxima de las barreras étnicas (10: 33; 17: 16). Este tercer Evangelio presenta a Cristo en su revelación de un Dios que quiere buscar y salvar a los hombres sufrientes y pecadores.

La llegada del Evangelio a Roma, con que se cierra el libro de los Hechos, es en la perspectiva de Lucas el fin del principio (la plena eclosión del ministerio profético que inició Jesús) y, al mismo tiempo, el principio del fin (pues el reino se va realizando gradualmente hasta llegar a su resplandor final, cuando se harán plena realidad todas las promesas y esperanzas en la Parusía).

Tal vez podrían englobarse los grandes temas de Lucas en una sola frase que nos mostrase la unión interna que hay entre ellos. Podría formularse así: En Jesús ha hecho irrupción la acción misericordiosa de Dios, como una oferta de salvación para todos los hombres y de una manera especial para los más pobres y sencillos. Esta salvación es el don gratuito de su Espíritu que ha hecho estallar de alegría el corazón de los que lo reciben y los conduce a vivir

una vida teologal y al seguimiento radical de Dios.

Ahora desglosemos esos grandes temas. La dimensión universal de la salvación se pone de relieve a menudo en la obra de Lucas. Puesto que en Jesús ha aparecido el Salvador de toda la humanidad, al exponer su predicación moral pone particular importancia el amor al prójimo. El “Sermón de la Montaña” contiene como punto capital el amor a los enemigos (6, 27 ss), y con el ejemplo del buen samaritano se le enseña al doctor de la ley que el amor al prójimo exigido por Dios consiste en estar dispuesto a ayudar al que sufre, sin perdonar sacrificio alguno ni mirar para nada a su nacionalidad. Hace remontar la genealogía de Jesús más allá de Abraham, hasta Adán, destacando así el entronque del Salvador con todo el linaje humano. El anuncio de su nacimiento es el cumplimiento de su Promesa hecha al pueblo de Israel, pero es al mismo tiempo un anuncio de paz a la humanidad amada de Dios.

Si el amor de Dios se dirige a todos, no hay dudas que el Evangelio de Lucas acentúa su predilección por los más pobres y marginados. Ya en su nacimiento lo vemos rodeado por la gente más sencilla y esta predilección se mantendrá constante a lo largo de su vida. Este Evangelio plantea con toda claridad las exigencias que comportan el seguimiento de Jesús y la opción por el reino. Y la pobreza se destaca con fuerza como una de estas opciones primordiales. Las bienaventuranzas se dirigen a los pobres, a los hambrientos y a los que lloran (6, 20ss). El pobre Lázaro va después de su muerte al seno de Abraham y el rico glotón al infierno (16, 19ss). La parábola del labrador rico tiene por fin mostrar lo que le pasa a un hombre que acumula riquezas pero que no es rico delante de Dios (12, 13ss). Hay que usar los bienes de la tierra de manera que con ellos se consiga un tesoro en el cielo (16, 1ss; 18, 18ss). También los otros sinópticos condenan la riqueza y codicia desenfrenada: Cuán difícilmente entrarán los ricos en el reino de Dios; más fácilmente pasará un camello por el ojo de una aguja (Mc 10, 23-25; Mt 19, 23). Que Lucas se sintiera hostil a la riqueza y amigo de la pobreza lo prueba su pintura de la Iglesia primitiva, en que todos los creyentes consideraban sus bienes como comunes (Act 2, 44; 4, 32).

Sin embargo, todo este Evangelio es rodeado de una atmósfera de alegría. La irrupción del anuncio del Reino hace estallar los corazones de los que los acogen favorablemente. Tomemos, por Ej., a los “Evangelios de la infancia” y fijémonos en las veces que sale la palabra alegría o cualquier equivalente. Nos daremos cuenta que se trata de una alegría desbordante, es la reacción lógica de quien reconoce que ha sido objeto de un favor gratuito y totalmente inesperado, favor que no es ni más ni menos que la salvación. *"Había que celebrarlo y alegrarse"* -dice el padre de la parábola del Hijo encontrado al hermano mayor-. Sólo la alegría, y no la tristeza, nos sitúa en sintonía con el gozo *"que hay en el cielo por un solo pecador que se convierte"*.

Destaquemos, finalmente, el tema de la oración. La vida entera de Jesús es una vida orientada de cara a Dios. En los momentos más decisivos de su vida, Lucas tiene el cuidado de mostrarnos a Jesús orando. El ejemplo mismo del maestro moverá a sus discípulos a pedirle que les enseñe a orar. La plegaria y una vida vivida en un clima teologal es para Lucas una característica distintiva de la existencia de un cristiano. Una vida que es posible porque el Espíritu que llenaba del todo al hombre Jesús de Nazaret ha sido dado como don por excelencia a sus seguidores. De una manera muy significativa, donde Mateo dice: *"¿Cómo vuestro Padre no os concederá toda clase de cosas buenas si se lo pedís?"*, Lucas pondrá: *"¿Cómo no concederá el Espíritu Santo a los que se lo pidan?"*.

Como introducción a la lectura completa del Evangelio de Lucas nos atreveríamos a recomendar la lectura del Evangelio de la infancia, totalmente diferente del mismo relato según Mateo. Allí encontraremos todos estos grandes temas que hemos ido señalando y es, en miniatura, un resumen del Evangelio entero. Es bueno leer también desde esta perspectiva el discurso programático de Jesús en la Sinagoga de Nazareth, que Lucas sitúa al comienzo de su ministerio (4, 14-30): es la síntesis de cómo Lucas entiende la figura y la misión de Jesús: *¡Ungido por el Espíritu y lleno de este Espíritu, ha sido enviado a llevar un mensaje gozoso a los desventurados, a proclamar un año de gracia del Señor!*

### Capítulo 3

#### EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Cuarto de los Evangelios canónicos, y el último en escribirse. Como el «evangelio espiritual» (Clemente de Alejandría), fue el libro más influyente en la elaboración del dogma cristiano. Según Jn 20.30s, este Evangelio intenta evangelizar por medio de la presentación de las obras y palabras de Jesús, permitiendo que el lector perciba la naturaleza de su persona.

*Estructura del Libro.* El cuarto Evangelio pudiera bien dividirse en dos partes: un libro de «señales» y un libro de «gloria». Las señales revelan la persona de Jesús (caps. 1–12), y la gloria resulta de la pasión del Señor (13–20). Un prólogo (1.1–18) y un epílogo (cap. 21) sirven como introducción y conclusión. Dentro de esta estructura de dos partes, el Evangelio sigue el patrón que se presenta en el prólogo: revelación (1.1–5), rechazo (1.6–11) y recepción (1.12–18); mientras que las correspondientes divisiones del libro son: revelación (1.19–6.71), rechazo (caps. 7–12) y recepción (caps. 13–21).

*Autor y Fecha.* El Evangelio de Juan existió en Egipto ca. 135 dJC (cf. el descubrimiento del Papiro Rylands 457) y se aceptó como autoritativo al lado de los Sinópticos (cf. Papiro Egerton 2, ca.140 dJC; Diatessaron). Sin embargo, permaneció relativamente desconocido (entre cristianos ortodoxos, pues los gnósticos sí lo usaban) hasta fines del siglo II. Las tradiciones que atribuyeron este Evangelio anónimo a Juan el apóstol se repiten en Ireneo (ca.

190), el Canón Muratoriano (ca. 195) y Clemente de Alejandría (ca. 200). Lo sitúan en Éfeso. Pero el silencio de Papías y Policarpo al respecto (un «asociado de Juan» que sí cita las Epístolas de Juan) es difícil de explicar. Papías parece distinguir entre el apóstol y un tal «Juan el Anciano». A este último muchos exégetas quieren atribuir el Evangelio; otros abogan por Lázaro de Betania.

Es digna de todo crédito la tradición predominante (hasta el siglo XIX) que tiene por autor del Evangelio de Juan al hijo de Zebedeo. Como fuente originaria de la tradición, Juan pudo (1) haber dictado el Evangelio a un amanuense para luego retocarlo, quizá repetidas veces, o (2) haber dejado memorias a las que un discípulo suyo diera forma definitiva (R. Brown, *La comunidad del discípulo amado*, Salamanca, 1983). Las hipótesis de múltiples redactores, no obstante, no son convincentes. La identificación del autor con «el discípulo amado» parece segura (19.35; 21.24; cf. 18.15s).

La fecha más probable de este Evangelio cae a finales del siglo I d JC.

*Marco Histórico.* Es difícil determinar a quién el autor dirigió este Evangelio, pero es bien fácil saber por qué lo escribió: «Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre» (20.31). De todos modos, para Juan, Jesucristo va más allá del judaísmo: es para el mundo entero. Por eso es que el Evangelio de Juan ha tocado profundamente la vida de todos los cristianos de todas las edades y en todas partes del mundo.

En cuanto al lugar donde se escribió, Éfeso es el más probable, aunque hay quienes abogan por Alejandría y Antioquía. Hubo un largo período en que el Evangelio de Juan se interpretaba como un libro helenístico, cuyos paralelos más instructivos se hallaban en el judaísmo helenizado, las religiones de misterio y aun en la filosofía griega. Actualmente, sin embargo, se redescubre el fondo esencialmente judaico del Evangelio. No solo es semítico el estilo, sino también lo es el pensamiento mismo. Aunque cita el Antiguo Testamento solo diecisiete veces, las alusiones a él son un sinnúmero, y las más de las palabras claves (por ejemplo, Verbo, vida, luz, pastor, Espíritu, pan, viña,

amor, testigo) proceden de allí. Juan se muestra conocedor de muchos conceptos rabínicos y otras tradiciones palestinas (Qumrán). Si bien utiliza un vocabulario parecido al del Gnosticismo, no es menos cierto que combate muchas de sus ideas.

*Aporte a la Teología.* Está claro que, sin desentenderse por completo de la historia, Juan escribe con un interés más teológico que histórico. Los demás Evangelios se esfuerzan en presentar a Cristo como el cumplimiento de las promesas de salvación vetero-testamentarias. Juan comienza con la preexistencia de Jesucristo (1.1). Jesús es divino (1.1), pero también es humano, porque «*aquel Verbo fue hecho carne*» (1.14). Solo así podía ser el que nos revelara al Padre.

En el mismo comienzo, Juan nos presenta a Jesucristo con siete títulos claves: Verbo, Cordero de Dios, Rabí, Mesías, Rey de Israel, Hijo de Dios e Hijo del Hombre. Solo en Juan encontramos el «*Yo soy*» que afirma ser el pan de vida (6.35), la luz del mundo (8.12), predecesor de Abraham (8.58), la puerta de las ovejas (10.7), etc. También lo hallamos diciendo: «*Yo y el Padre uno somos*» (10.30) y «*Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí*» (14.6). En cada una de estas afirmaciones, el «*Yo*» es enfático. Nos recuerda el nombre de Dios: «*YO SOY*» (Éx 3.14).

En el Antiguo Testamento las palabras de Dios había que aceptarlas reverentemente. Lo mismo con Jesús. En Juan Él comienza sus mensajes diciendo: «*De cierto, de cierto te digo*», Así como en el Antiguo Testamento a Dios es al único al que se debe adorar, Jesús es el único en quien se debe creer. Para Juan, la fe que salva es un verbo que expresa acción: la acción de creer en Jesús. En Juan Jesús no entra en cuestiones de orar, ayunar, matrimonio, riquezas, como lo hace en otros Evangelios. En vez de eso, las relaciones de uno con Dios, los demás y el mundo se resumen en la palabra amor. El amor que Dios siente por su Hijo (3.35; 15.9) pasa a través de su Hijo a los que son suyos (13.1). Como recipientes del amor de Dios, los cristianos deben amar a Dios amándose unos a otros (13.34). Este amor que une a los creyentes es también un testimonio al mundo. Juan 3.16 expresa la verdad teológica básica del evangelio: «*De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo*

*unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna».*

*Otros puntos importantes.* La mayoría de los eruditos opinan que el Evangelio de Juan contiene un relato que probablemente Juan no escribió: el relato de la mujer sorprendida en adulterio (7.53–8.11). Este relato tiene un estilo diferente al del resto de Juan, y no aparece en los más antiguos y mejores manuscritos. Probablemente alguien lo añadió por inspiración divina para expresar una verdad importante sobre Jesús y su actitud hacia el que peca.

Juan se caracterizó por su profunda intuición espiritual y su viva sensibilidad, fue un discípulo por el que Jesús sintió un afecto particular. Fue uno de los tres discípulos a los que se les permitió ver la resurrección de la hija de Jairo (Mt 5, 37; Lc 8, 51); Contemplar la transfiguración (Mt 17, 1; Mc 9, 2; Lc 9, 28); y la agonía del huerto de Getsemaní (Mt 26, 37; Mc 14, 33). Fue el más cercano a Jesús durante la última cena (Jn 13, 23). Siguió a Jesús hasta el interior de la residencia del Sumo Sacerdote Caifás cuando el arresto. Asistió a la crucifixión. Desde lo alto de la cruz, Jesús le confió a Su madre y él la tomó consigo a partir de ese momento (Jn 18, 15; 19, 27). Cuando él y Pedro son informados de que el cadáver del Maestro no estaba en el sepulcro, se dirigió corriendo a constatar que el Señor estaba vivo (Jn 20, 1-10). Esa misma tarde, en compañía de otros discípulos vio al resucitado, el que se les apareció una semana más tarde nuevamente (Lc 24, 33-43; Jn 20, 19-20; 1 Co 15, 5). Fue a Galilea como Jesús le indicó con otros discípulos y allí volvió a ver al Señor resucitado (Mt 26, 32; 28, 10. 16; Jn 21, 1-7). Al día siguiente de Pentecostés se une a Pedro en una gran obra misionera (Hch 3, 1). Ambos fueron encarcelados y confesaron valientemente su Fe (Hch 4, 19).

Juan fue uno de los apóstoles que se quedaron en Jerusalén durante las primeras persecuciones que se lanzaron contra los cristianos. Como “Columna de la Iglesia” estaba todavía allí cuando Pablo acudió, después de su Primer viaje misionero (Act 15, 6; Ga 2, 9). Se le atribuyen cinco libros del NT. El cuarto Evangelio, tres epístolas y el Apocalipsis. La tradición dice que su ministerio finalizó en Éfeso. Es probable que Juan tomara el cuidado de las Siete Iglesias del Asia (Ap 1, 11). Policarpo, Papías e Ignacio siguieron sus

enseñanzas. Ireneo, discípulo de Policarpo, afirma que Juan se quedó en Éfeso hasta su muerte, que se produjo bajo el gobierno de Trajano, cuyo reinado se registró desde el 98 hasta el 117 d JC.

Este cuarto Evangelio nos hace entrar profundamente en la intimidad de Cristo, e insiste más que los otros en la divinidad del Salvador, el ¡Verbo eternamente existente! (Jn 1: 1-2, 18; 8: 58), Creador y Luz (Jn 1: 3-12).

El evangelista, según su primer epílogo (20, 30s), quiere afirmar y dar profundidad a la Fe de sus lectores en Jesús como Mesías y verdadero Hijo de Dios y conseguir así que, por su Fe, tengan la vida eterna. El Evangelio no fue, pues, escrito para ganar a los judíos o gentiles a la Fe cristiana, sino que se dirige a todos los creyentes en Cristo a fin de darles un sólido fundamento a su creencia. Sin embargo, llama, ante todo, la atención a la declarada posición de guerra del 4<sup>to</sup> Evangelio contra el judaísmo. Los judíos son los verdaderos adversarios de Jesús, que niegan que sea Hijo de Dios y tenga origen celeste (5, 18; 8, 40-59), no sólo acechan contra su vida, sino que expulsan de las sinagogas a todos los que lo confiesan (9, 22; 12, 42) y hasta creen hacer un servicio a Dios matando a los discípulos (16, 2). La ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la verdad vino por Jesucristo (1, 17). Él es también el fin del ritualismo judaico (2, 1-10), lo mismo que del Templo y del culto en este ejercicio (2, 13-22; 4, 21-23). Moisés no pudo dar el verdadero pan del cielo; éste lo da el Padre al enviar a su Hijo al mundo (6, 32s). Los judíos no son en realidad verdaderos hijos de Abraham, sino del diablo (8, 39-44).

El cuarto Evangelio también toma posición contra la falsa estimación de Juan Bautista por la secta de los discípulos de Juan. Juan no era la Luz, sino que vino sólo a dar testimonio de la Luz (1, 6-8). Toda su grandeza consiste en señalar a Aquel que, como Cordero de Dios, quita el pecado del mundo (1, 29).

Según Ireneo, Victorino de Pettau, Jerónimo y otros, Juan compuso su Evangelio a ruegos de los Obispos de Asia, contra la herejía del gnóstico Cerinto (niegan que Jesús sea el Cristo. Como el primitivo cristianismo no distingue entre mesianidad y filiación divina, esto significa juntamente la

negación de la encarnación del Hijo eterno de Dios). Como resultado del trabajo de Juan contra las falsas doctrinas y los ataques judaizantes que tuvieron que enfrentar las primeras generaciones de cristianos, la Iglesia recibió un retrato integral de su Señor bajo su aspecto a la vez humano y divino.

Pasar de los sinópticos al Evangelio de Juan es realmente entrar en otro mundo. Comparado con los sinópticos, el 4º Evangelio posee un carácter fuertemente marcado que afecta: 1) a la materia narrada, 2) a la forma de exposición y 3) al fondo teológico. Todo es diferente. La multiplicidad de escenas de los sinópticos se convierte ahora en un relato mucho más unitario: pocas escenas pero trabajadas con mucha más detención. Sólo 7 relatos de milagros-signos; largos discursos donde se trata a fondo un solo tema; relatos que desembocan en una reflexión sobre el misterio de la personalidad de Jesús.

1. Ya desde la antigüedad se ha dicho que el Evangelio de Juan vendría a llenar los huecos dejados por la tradición sinóptica. Si exceptuamos el relato de la pasión, Juan repite muy pocas cosas de los sinópticos y, en cambio, recoge tradiciones desconocidas para ellos. Como si partiera de allí donde terminan los sinópticos, da por supuestas muchas cosas muy importantes: el bautismo de Jesús, la elección de los doce, entre otros.

2. El fondo principal del 4º Evangelio lo constituyen los discursos de Jesús. Característica particular de estos discursos es que el orador con frecuencia es interrumpido por preguntas y objeciones de los oyentes, cosa que no ocurre con los sinópticos. Dos de ellos representan más bien un diálogo que un discurso (las conversaciones con la samaritana, 4, 7-26, y con Marta, 11, 21-27). En varias ocasiones los discursos se enlazan con milagros y aclaran así el sentido simbólico más profundo (de allí que se llamen signos): el discurso sobre el pan de vida (6, 25ss); la conversación con el ciego curado (9, 8ss) y con Marta (11, 20ss).

Más que un relato exhaustivo de lo que Jesús predicó y realizó, Juan parece una meditación y un testimonio de lo que Jesús es para nosotros. Su

Evangelio, más que ningún otro, tiene un tono teológico. En esta intención que lo anima habría que buscar la explicación, y la razón de fondo, de la forma concreta que toma el Evangelio de Juan. Hace una selección de los rasgos más significativos y se adentra, a partir de ellos, en la contemplación del misterio de Jesús. Alguien dijo que el mejor comentario de Juan es la centésima lectura de Juan, como queriendo indicar que es muy difícil explicarlo o reducirlo a un esquema desde fuera y que la única forma de comprenderlo es a base de releerlo una y otra vez, descubriendo en cada lectura aspectos nuevos o más profundos que se nos habían pasado por alto.

El Evangelio de Juan está penetrado de simbolismos. Las palabras verdaderamente claves e importantes del Evangelio tienen una densidad extraordinaria. Encontramos, incluso, una fina ironía en los diálogos de Jesús con sus interlocutores, porque éstos entienden las cosas en su nivel más superficial y terreno, cuando de hecho tienen un sentido mucho más profundo. Se quedan en el símbolo y no captan el significado. Poco a poco Jesús les ayuda a ir más adentro, a un nivel de significación más verdadero. Veamos, por Ej., en el agua viva que Jesús promete a la samaritana y que ésta interpreta como una fuente desconocida por ella; o bien cuando Nicodemo entiende el nuevo nacimiento del que le habla Jesús de una manera meramente biológica como un volver de nuevo al vientre materno. Jesús habrá de conducirlos a la verdadera significación de lo que les está diciendo.

También aparece este recurso al simbolismo en expresiones que tienen un significado que va más allá de su significación primera y espontánea: "*seguir*" a Jesús es una ejemplificación de "*creer*" en Él; "*subir*" a Jerusalén es un simbolismo que insinúa "*la ascensión hacia el Padre*"; el gesto de "*subir*" a la cruz apunta a la "*exaltación*" de Jesús por medio de su muerte aparentemente ignominiosa.

Brevemente, las siete señales, con su significación, son éstas:

- Conversión del agua en vino: 2, 1-11; poder de Jesús sobre la cualidad.
- Curación al hijo del funcionario: 4, 46-54; poder de Jesús sobre la distancia.

- Curación de un enfermo en la piscina: 5, 1-15; poder sobre el tiempo.
- Multiplicación de panes: 6, 1-15; poder sobre la cantidad.
- Caminar sobre las aguas: 6, 15-21; poder sobre las leyes y todo mal.
- Curar ciego de nacimiento: c. 9; poder sobre la impotencia, tinieblas y oscuridad.
- Resurrección de Lázaro: 11, 1-44; poder sobre la muerte.

Algunas características importantes del Evangelio de Juan son:

- La "ironía joánica": dar agua viva 4, 10.
- Los "diálogos joánicos": 3 y 4.
- La expresión "Yo soy": aparece ella sola, 8 veces (6, 20; 8, 28. 58; 8, 24; 13, 19; 18, 5. 6. 8).
- La expresión "Yo soy" aparece acompañada de otras palabras: el que habla, (sobre el agua), el Pan de vida, el Pan vivo, La luz del mundo, la puerta, el Buen Pastor, el Hijo de Dios, la Resurrección, el camino...
- La expresión "*la hora*".

Gran importancia y belleza singular tiene en Juan el doble plano: Destruir el Templo, diálogo con Nicodemo, con la samaritana, comer su carne, cuando anuncia que se va, la verdad os hará libres, el que guarda la Palabra vive, anuncio de la Pasión, Judas.

Los mismos milagros de Jesús -que el Evangelio de Juan llama signos- son también gestos significativos. Su finalidad principal no es tanto la de maravillar, como la de "*hablar*"; son gestos que significan lo que Jesús es para nosotros. La curación del ciego de nacimiento hay que conectarla con la afirmación de Jesús que se proclama "*Luz*" del mundo; la resurrección de Lázaro es el gesto o signo que nos muestra lo que Jesús dice a su hermana: "*Yo soy la resurrección y la vida*".

3. Y en este simbolismo que penetra el Evangelio de Juan no podemos olvidar el simbolismo sacramental. Los signo de Jesús significan, y anticipan,

lo que llegará a ser realidad en su misterio pascual y que continúa haciéndose realidad en los sacramentos de la Iglesia: el agua es el sacramento de la nueva vida que el creyente inaugura con el bautismo: el pan que es Jesús mismo que se da como alimento santificante en la Eucaristía.

El Evangelio de Juan nos muestra a Jesús, ante todo, como el enviado del Padre encargado de revelárnoslo. Él es ¡*Verbo preexistente de Dios!*, Su ¡*Hijo Único!* quien ha plantado su tienda entre los hombres, "*Quien me ha visto a mí ha visto al Padre*" (14, 19). Creer en Él nos incorpora en un dinamismo que nos hace participar de su misma vida. Jesús viene del Padre y vuelve hacia Él y en este dinamismo se incorporan los que creen en su palabra, "*dio poder de llegar a ser hijos de Dios a los que creen en su nombre*" (1, 12). La Pascua de Jesús es el momento supremo -su hora- de "*retornar*" al Padre.

El Evangelio de Juan está encabezado por un prólogo muy conocido donde queda sintetizado el contenido entero del evangelio. En este mismo prólogo (c. 1: 1-8), el apóstol resume la gran verdad manifestada por la vida de Cristo: la existencia de una Segunda Persona divina que revela a Dios y que, por este motivo, recibe el nombre de "el Verbo". Fuente universal de vida y de Luz, en la creación, esta Palabra eterna se encarna en Jesucristo, revela a Dios a los creyentes, y le transmite la Salvación. Posteriormente, en el cuerpo del relato, se pueden descubrir dos partes muy diferenciadas, literariamente muy marcadas. La separación de las dos partes, la marca el comienzo del capítulo 13: "*Antes de la fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre...*".

A los doce primeros capítulos se les suele llamar el "Libro de los signos": Jesús se da a conocer y manifiesta con signos lo que será realizado plenamente "*cuando llegue su hora*". De vez en cuando se nos va recordando que no ha llegado aún esta "hora suprema". Estos capítulos son como testamento a los que no aceptan, y los demás, como testamento a los que sí lo aceptan. Los primeros testimonios están dados por Juan el Bautista, y por Jesús mismo a sus primeros discípulos (1:19-2: 11). Después Juan nos narra lo que Cristo revela de su propia persona en una serie de acciones y, sobre todo, de discursos, dirigidos tanto a los requerientes como a los adversarios (2: 12-12: 50) entre

los que destacan:

- a.) El testimonio que Jesús da de su propia persona, la primera vez que interviene durante la Pascua (2: 12-15); la conversación con Nicodemo (3: 1-21); el reiterado testimonio de Juan Bautista (3: 22-36).
- b.) La conversación con la mujer samaritana (4: 1-42).
- c.) La contestación de Jesús a los judíos que negaban su divinidad y su autoridad (c. 5).
- d.) El discurso en el que Jesús se presentó como el pan de vida (c. 6).
- e.) La afirmación renovada de su autoridad y de su filiación divina durante la fiesta de los tabernáculos (7-8).
- f.) La curación de un ciego y la parábola del buen pastor (9: 1-10: 21).
- g.) El último testimonio de Cristo a los judíos (9: 22-42).
- h.) La resurrección de Lázaro y sus consecuencias.
- i.) Las declaraciones de Jesús durante la unción en Betania; durante la entrada triunfal en Jerusalén y la entrevista con los griegos (c. 12).
- j.) La revelación de Cristo acerca de sí mismo en relación con Su muerte y resurrección (13: 1-21: 25) Esta sección incluye:
  - i. Las últimas palabras de Jesús con sus discípulos (13-17).
  - ii. Su arresto, juicio, crucifixión: durante lo cual testificó acerca de su divinidad y misión, en particular ante Pilato (18-19).
  - iii. Su resurrección y en cierto número de testimonios (20-21). El autor parece haber añadido el c. 21 como un apéndice a su obra, que en principio hubiera tenido su final en el c. 20.

Sus obras revelan que Él es el Mesías, el cumplimiento de la esperanza judía. Pero más allá de esta esperanza, sus obras testimonian que Él es uno con su Padre. Esta revelación que Jesús nos hace es acogida, y aceptada de formas muy diversas, por parte de los que escuchan sus palabras y ven sus signos; hay quien ve y cree; hay quien nada más ve el signo, pero no ve más allá; hay quien ve y se niega a creer en Él. Juan nos dice que su Evangelio lo ha escrito para dar testimonio de Jesús, para que también nosotros creamos en Él. Todo el Evangelio quiere llevar a los lectores a la confesión de Fe, a fin de que se le pueda llamar ¡bienaventurados!, tal como lo anuncia Jesús resucitado al final del Evangelio en la aparición a Tomás: "*¿Por qué me has visto has creído?*".

*“Felices los que creerán sin haber visto”* (20, 29).

El comienzo del capítulo 13 marca el comienzo de la *“hora de Jesús”*. Él realiza y lleva a término todo lo que había sido prefigurado en sus signos. Su muerte en cruz, que aparentemente es el triunfo arrollador de las tinieblas, es de hecho, y nos es presentada, como el retorno de Jesús al Padre, la ¡hora suprema de la exaltación y glorificación de su Hijo! Juan nos muestra que Jesús no es sólo el *“Hijo del Hombre”*, sino también el ¡*Hijo eterno de Dios!* Su persona, sus enseñanzas, su obra redentora han servido para revelar a Dios y les da vida eterna a aquellos que le reciban.

En el Evangelio de Juan, el relato escueto de los hechos de la pasión está precedido del largo discurso de despedida de Jesús en la última cena con los suyos. Este discurso (13-17), de una gran densidad de contenido, es la lectura creyente de los hechos que sucederán, su interpretación con detenimiento. La lectura atenta de estos capítulos nos abre las puertas para entender la visión que del misterio de Jesús nos quiere dar el evangelio. Juan nos presenta la misión de Jesús como punto culminante de la *“auto-revelación de Dios”*, y Cristo comunica a los creyentes esta luz, por medio de la cual, llegan al conocimiento de las verdades más sublimes. Así, nos es otorgada la comunión espiritual con Dios, que constituye la vida eterna, la plenitud, el bien supremo, la salvación perfecta.

La Palabra, Verdad y Buena Noticia.

Hablar de la Palabra es sinónimo de hablar del *“Logos”*, término que sólo aparece en los escritos de Juan y, de forma más específica, en el prólogo del Evangelio. Por lo que toca a su origen, hoy está asegurado que, tanto en el helenismo como en el judaísmo, existían numerosas reflexiones sobre el *“logos”*. En el helenismo, el logos es una realidad fundamental. Con él se afirma y se hace hincapié en que tras la realidad empírica existe una razón, un sentido. En los comienzos del pensamiento griego, el *“logos”* es considerado como la ley del universo, que todo lo gobierna. Sin embargo, no se llega a especular sobre si ese logos pueda convertirse en una realidad sustancial en sí misma. En Filón, el logos aparecerá ya, como esencia intermedia entre Dios y los seres humanos, emparentado con la sabiduría, ya personificada, de la que

habla el Antiguo Testamento. Sea cual fuere la forma de pensar y personificar al logos, lo fundamental para la teología consiste en la convicción de que la realidad está transida de racionalidad y sentido.

También en el judaísmo existía una honda reflexión sobre esta palabra, que proviene de dos tradiciones distintas. Una versa sobre la palabra creadora de Dios, y la otra sobre la *"Sabiduría"*. En los primeros capítulos del Génesis, el modo en que acaece la creación es descrito a veces en forma artesanal (Dios trabaja el barro de la tierra), pero, programáticamente, la creación acontece a través de la palabra: *"y dijo Dios"*, y todas las cosas fueron creadas (Gn 1, 3; Cf. Sal 33, 6, etc.), y todas eran *"buenas"*. Esta palabra creadora va cobrando entidad propia. *"Dios envía su palabra"* (Sal 107, 20; 145, 13). Pero es en el judaísmo de la diáspora, donde comienza el movimiento para personificar la palabra. *"La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios en el cielo"* (Si 1: 1-5), y se comienza a hablar de la *"palabra"* sin más, sin tener que mencionar ya que es *la palabra de Dios*. *"Tu palabra sana todas las cosas"* (Sal 107, 20), *"todas las obras del Señor fueron hechas por su palabra"* (Si 42, 15<sup>b</sup>).

La otra tradición vetero-testamentaria sobre la palabra se centra en la sabiduría, que es personificada como anterior a todo lo creado. *"Yahvé me creó la primera de sus obras"* (Si 24, 9), *"Yahvé me creó primicia de su camino antes que sus obras más antiguas"* (Pr 8, 22). *"Yo salí de la boca del Altísimo y cubrí toda la tierra"* (Si 24, 3ss). Esta sabiduría está presente en la historia, y *"planta su tienda en el pueblo"* (Si 24, 12). Es identificada con la Ley (Si 24, 23).

Se dan dos características de la palabra en el Antiguo Testamento. La primera es, que la palabra es vehículo necesario de interpelación de Dios, siendo esa dimensión la que hace presente a Dios para nosotros. *"El Dios de la Biblia no se capta como neutro; deja de ser Dios en el momento en que la intimación cesa"*. Por esa razón, Dios no tiene imagen, sino sólo palabra, su voz. Así dijo Dios a Moisés: *"entonces te habló el Señor en medio del fuego; tú escuchabas sonidos de palabras, pero no veías forma alguna: sólo había voz"* (Dt 4, 12). Aceptar la relación con Dios es, entonces, estar dispuestos a dejarse interpelar por su palabra; y, a la inversa, neutralizar esa interpelación es dejar de

relacionarnos con Dios.

La segunda es que el ser humano no sólo puede ignorar la palabra, sino rechazarla. Y ese rechazo no sólo expresa una pecaminosidad humana genérica, sino la pecaminosidad específica de la creatura ante un Dios que le habla y le conmina, que argumenta, y hasta le ruega, recordando los beneficios que ha hecho a su pueblo. Rechazar la palabra de Dios es otra forma que toma el *mysterium iniquitatis*, nuestra necia y persistente tendencia a equivocarnos como Adán.

En el Nuevo Testamento, la palabra, como término para designar a Cristo en sentido absoluto, sólo aparece en el prólogo del Evangelio de Juan (1, 1). No se aplica a Jesús en vida ni es de esperar que lo fuera, pues llamar a Jesús “Logos” supone ya una elaborada cristología, y supone, de alguna forma, Fe en su encarnación y preexistencia.

Los cuatro evangelios y sobre todo la “Fuente Q” presentan muchas palabras de Jesús, pero en el Evangelio de Juan -aún prescindiendo del prólogo- la palabra de Jesús tiene una significación especial. Palabra es lo que se oye fonéticamente con los oídos (2, 22; 19, 8), pero es sobre todo lo que hay que oír con Fe y esperanza: *"Yo les aseguro: si alguno guarda mi palabra no verá la muerte jamás"* (8, 51; cfr. 8, 31; 5, 24).

La palabra de Jesús no sólo se relaciona con Dios porque aquél se remita a éste para su justificación, sino que es palabra de Dios: *"Yo les he dado tu Palabra"* (17, 14); es palabra de verdad (17, 17). Jesús no aparece como quien trae la palabra, la verdad y la vida, sino como quien *¡es la Palabra, la Verdad y la Vida!*

Esa palabra hecha carne es lo que Juan presenta en el prólogo. En un apretado resumen, expone la realidad del logos, según un esquema temporal lleno de contenidos: su preexistencia, su papel mediador en la creación, su función reveladora radicalmente superior a cualquiera otra revelación anterior, su encarnación, el rechazo de unos y la acogida de otros, y su función salvífica.

El libro como un todo, teniendo por objeto “*demostrar que Jesús es el Hijo de Dios*” contiene numerosas demostraciones de su divinidad:

- a.) La eternidad de Cristo (1: 1-2; 8: 58; 12: 34; 17: 5).
- b.) Su omnipotencia manifestada en la creación (1: 3, 10) y en sus milagros (5: 36; 10: 25, 37-38).
- c.) Su omnisciencia (1: 46-50; 4: 17-19).
- d.) Su santidad absoluta (8: 13, 46).
- e.) Su igualdad con Dios (5: 18; 10: 30, 31).
- f.) Su sabiduría perfecta (7: 45, 46).
- g.) Su omnipresencia (3: 13; 17: 11-26).
- h.) Las afirmaciones de las Escrituras (5: 39).
- i.) Los testimonios dados acerca de Él (1: 29-34, 45-49; 5: 31, 33, 37).
- j.) Su resurrección (20: 8, 27-28; cfr. Hch 2: 24, 36; 5: 30, 31, entre otros).
- k.) Su glorificación (13: 32; 16: 10; Cf. Hch 9: 3; 26: 13).

Frente a un Salvador así, bien puede el creyente prorrumpir con Tomás: «*Señor mío y Dios mío*» (20: 28).

Pequeña reflexión sobre: “Hijo de dios - Hijo del Hombre”.

*El hombre que venia de Dios y el Dios que venía en el Hombre.*

Este título es empleado por Jon Sobrino en el capítulo 12 de su libro “La Fe en Jesucristo”. En dicho capítulo Sobrino trata de analizar la relación personal de Jesús con Dios, pues, como él mismo apunta: “*En cuanto sacerdote, Jesús expresa lo humano que media entre Dios y los seres humanos; en cuanto Mesías, es el ungido de Dios, que recoge la esperanza de salvación; en cuanto Señor, actúa con poder –a la manera de Dios- para configurar al creyente y a la comunidad.*”

La idea de una filiación divina no es específica de Israel. En las religiones del antiguo oriente se consideraba que los reyes eran engendrados por los dioses (en Egipto, el Faraón era hijo del dios “*Ra*” o “*Amón-Ra*”) y lo mismo se pensaba del emperador romano, en tiempos del NT. Desde los conquistadores griegos no sólo a los reyes, sino a cualquier personaje extraordinario -aquellos que hacían los milagros, por ejemplo- podían ser considerados como hijos de Dios, seres divinos, pues tenían poderes divinos. No obstante ello, la estricta

filiación divina del Nazareno será un verdadero escándalo para los judíos, debido a su monoteísmo radical, pero la filiación de Jesús a manera de siervo y de cordero expiatorio será también escandalosa para los griegos y romanos, pues Jesús es un crucificado, y el «crucificado no era para los hombres helénicamente cultos de la antigüedad más que expresión de la necedad, la vergüenza y la fealdad». Si es cierto que el paganismo acepta la filiación (divina) de seres humanos bajo el presupuesto del poder que éstos tienen, no hay lugar para la filiación (preferencial) de huérfanos y viudas. Sin embargo, como nos dice Jon Sobrino, el mundo helénico aporta la idea importante de la "comunicabilidad" de la divinidad, lo cual será decisivo cuando se elabore una comprensión más a fondo de la divinidad de Jesucristo.

El judaísmo, precisamente por su monoteísmo a ultranza, consideraba como absoluta la trascendencia de Dios, y es por ello que no entendió, ni pudo entender, la expresión "Hijo de Dios" como producto de la comunicabilidad de la divinidad. Al AT le es totalmente ajena la noción de que Dios "engendre" o comunique su propia realidad a otros seres humanos. La frase del Salmo 2, 7: «*Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy*», tan citada después en el NT, no tenía -ni podía tener- un sentido literal, sino que se refería a la entronización real. Significa que una persona o un pueblo son elegidos por Dios para una misión especial. Como recalca Sobrino, «La consecuencia para la cristología es que la aplicación del título "Hijo de Dios" a Jesús no hay por qué retrotraerla al mundo pagano, pues no era del todo ajena a los judíos de la Palestina, tampoco las ideas de la pre-existencia, mediación creadora, etc. Pero tampoco el significado de este título en el judaísmo es suficiente para aplicarlo a Jesús, algo debió de existir en él que no es derivable de ninguna tradición».

*La Tradición del "Hijo de Dios": "El hombre que venía de Dios"*. Este subtítulo también lo hemos tomado del capítulo 12 del libro citado de Jon Sobrino, donde nos explica que en el NT, el título de Hijo de Dios es aplicado a Jesús tempranamente. En San Pablo aparece en contextos importantes que, en la práctica, cubren toda la realidad y la obra de Jesús: "envío, la entrega y la muerte". El Padre envía al Hijo (Ga 4, 4), no perdonó al Hijo (Rm 8, 32), "el Hijo de Dios me amó y se entregó por mí" (Ga 2, 20). En segundo lugar, el

título aparece también relacionado con la exaltación de Jesús (Rm 1, 4). En tercer lugar, en textos posteriores, el Hijo aparece como "mediador" de la Creación (1 Co 8, 6), lo cual apunta a la pre-existencia, y como imagen del Padre (Col 1, 13 ss). Por último, la salvación es conceptualizada desde el Hijo: la entrega del Hijo es causa de la "reconciliación con Dios" (Rm 5, 10). Finalmente, en el contexto de la historia de la salvación, el Hijo volverá al final de los tiempos (1 Ts 1, 10) con la función específica de someterse al Padre para que Dios sea todo en todos (1 Co 15, 28).

Pablo titula a Jesús también con el nombre de Señor, el cual expresa la relación entre el resucitado y la comunidad, el título de Hijo de Dios expresa la relación del resucitado con Dios Padre. El título expresa una buena noticia: "en Jesús el propio Dios viene a los hombres" y, simultáneamente, se acepta una verdad: "que el resucitado está del todo vinculado con Dios". Lo que dio pie para aplicar el título de Hijo de Dios a Jesús fueron dos razones: La interpretación de la experiencia de la resurrección, no sólo como afirmación de Jesús como "Mesías", sino de alguien cuya realidad "está de parte de Dios". La segunda, más histórica, es el recuerdo de la relación de Jesús de Nazaret con Dios-Padre: su confianza y disponibilidad ante Dios, su oración confiada al "Abba" y su obediencia a Él. Jesús tenía una manera singular de situarse él mismo frente a Dios, y eso llevó a los cristianos, por una parte, a afirmar que Jesús venía de Dios, a proclamarlo Hijo de Dios. Y llevó, por la otra, a la convicción de que "Dios venía en el hombre Jesús". En realidad, como nos lo aclara Sobrino, Pablo empleó 15 veces el título de "Hijo de Dios" pero al mismo tiempo utilizó 184 veces el título de "Señor".

*Un contrapunto: la tradición del "Hijo del Hombre".*

El término "*Hijo de David*" (Mt 1, 20; Lc 3, 31) se aplicó repetidas veces a Jesús (Mt 1, 1; 9, 27; 15, 22; 20, 30. 31; 21, 9. 15), indudablemente con motivo de las profecías del AT, que anunciaban el dominio firme y glorioso de un descendiente de David (Is 9, 7; Jr 23, 5; Am 9, 11), uno de los dictados más usuales del Mesías (Mt 12, 23; 22, 41. 42; Mc 12, 35; Jn 7, 42).

El término "*Hijo del Hombre*", comenzó a emplearse para designar al ser humano y diferenciarlo, a la vez, tanto de la Deidad como de los animales

(Nm 23, 19; Jb 25, 6; Sal 8, 5; Is 51, 12). Gabriel, dirigiéndose al atemorizado Daniel, le dice: “*Hijo de Hombre*” (Dn 8, 17). Ezequiel, abrumado por una visión, oyó las palabras: “*Hijo de Hombre, ponte de pie*” (Ez 2, 1). A partir de entonces esta expresión se repite 92 veces para dirigirse al profeta. Daniel predijo (Dn 7, 13. 14) que la potencia mundial hostil, simbolizada por las bestias feroces, sucumbirá ante el “*Anciano de días*”, uno como “*Hijo de Hombre*”, viniendo con las nubes del cielo, recibirá entonces el dominio universal.

Los sinópticos aplican el título de “*Hijo de Dios*” a Jesús, y, sin embargo, el mismo Jesús nunca lo menciona abiertamente, mientras que sí habla repetidamente del “*Hijo del Hombre*”, evocando deliberadamente a Daniel 7, 13. 14 (cfr. Mt 24, 30; Mc 14, 62, etc.): 69 veces en los sinópticos y siempre en boca de Jesús, y 13 veces en el Evangelio de Juan. Esteban también designa a Jesús con este título (Hch 7, 56 cfr. Hb 2, 6; Ap 1, 13; 14, 14). Marcos presenta a Jesús como “*Hijo de Dios*” a la manera de escondimiento; al comienzo de la vida pública son los demonios los que lo proclaman “*Hijo de Dios*” (3, 11), pero Jesús exige a los discípulos que no lo digan. Sólo al final, cuando Jesús ya ha muerto, el evangelista formula su clara confesión de Fe: “*verdaderamente éste era el Hijo de Dios*”. La realidad de Jesús fue formulada según una totalidad dual: “*Hijo de David según la carne, Hijo de Dios según el Espíritu*” (Rm 1, 3).

Veamos qué de hombre hay en Jesús: En primer lugar, si se convierte en título honorífico el término “*Hombre*”, se está queriendo decir que la dignidad no le vendrá a Jesús, y al ser humano, de nada añadido a su realidad humana, sino de la profundización de lo humano, de lo concretamente humano. Jesús empleó constantemente el título de “*Hijo del Hombre*” en relación con su misión. Se identifica con los hombres perdidos, los que viene a buscar y a salvar (Lc 19, 10). Da su vida en rescate por muchos (Mc 10, 45), por ello es entregado, crucificado, sepultado y resucitado (Mt 12, 40; 20, 18; 26, 2). Volverá también en Su cuerpo glorificado para juzgar y reinar (Mt 24, 30. 39; 25, 31; Ap 1, 13-16). En segundo lugar, las funciones de juzgar y congregar al pueblo de Israel, no se encomiendan de parte de Dios a un ser humano

cualquiera, sino a aquél que es verdadero ser humano. Este es el que puede juzgar no arbitrariamente y desde fuera, sino desde lo verdaderamente humano. Queda lo suficientemente claro en pasajes como Mt 26, 63. 64 y 16, 13. 16-17, que el “*Hijo del Hombre*” y el “*Hijo de Dios*” son la misma persona. Según Jn 5, 22. 27, Dios mismo no juzga a nadie, sino que todo el juicio lo ha dado a Cristo, por cuanto es el “*Hijo del Hombre*”. En tercer lugar, si el que puede salvar no lo hace porque posee un poder, que se le ha concedido desde fuera, sino porque es verdaderamente humano, entonces la noción de “poder” pierde lo que tiene de arbitrario y opresor. En lugar de castigarnos, como hubiera podido hacer, el Padre envió al Hijo para salvarnos. Y es que la aparición de lo verdaderamente humano siempre es salvífica, y, a la inversa, lo salvífico hace aparecer lo verdaderamente humano. Por este acto de Dios, el Hombre no se pierde porque sea pecador, sino porque rehúsa el perdón divino (Jn 3, 16-19). En cuarto lugar, por ser verdaderamente humano, el “*Hijo del Hombre*” está sujeto a la pasión y a la cruz, y, a la inversa, la resurrección lo confirmará como Hombre verdadero, como quien ha vivido la verdadera vida.

Escuaín y Vilá afirman que al elegir un título como el de “*Hijo del Hombre*”, Cristo no sólo quiere afirmar Su fraternidad con los hombres, ni insistir en Su condición humana, pues al mismo tiempo reivindica constantemente los atributos de la Deidad (Lc 5, 24). Con este título opta por un término que le define como un representante típico de la humanidad, el “*último Adán*”; el “*segundo hombre*” venido del cielo, en tanto que el primero era de la tierra (1 Co 15, 45. 47); el cabeza de la nueva raza salvada por Su sacrificio (Rm 5, 12-19).

## A MODO DE RESUMEN

Creemos oportuno retomar algunos aspectos que ya hemos tocado para brindar un poco más de luz acerca de lo que representa para el mundo cristiano el conjunto de los evangelios. Queda claro que los mismos derivan de una predicación oral que se remonta a los inicios de la comunidad cristiana primitiva, que tienen como base la garantía de testigos oculares, que ni los

apóstoles, ni los predicadores evangélicos de la época, trataron de hacer historia, sino de convertir y edificar, de ilustrar e inculcar la Fe, para defender su experiencia personal y su mensaje trascendental contra los adversarios. Pero lo hicieron basándose en testimonios verídicos y controlables que no permitieran refutaciones hostiles de ninguna índole. Por tanto, como se afirma en la Introducción a los Evangelios Sinópticos de la Biblia de Jerusalén, “...si los evangelios no son «libros de historia», no es menos cierto que no tratan de ofrecer nada que no sea histórico”. “...El Espíritu Santo, que debía inspirar a los autores evangélicos, presidía ya todo este trabajo de elaboración previa y lo conducía hacia la consumación de la Fe, garantizando sus resultados con esa verdadera inerrancia que, más que en la materialidad de los hechos, recae en el mensaje espiritual que en sí llevan.”

Alain Patin, en su libro: “La Aventura de Jesús de Nazaret”, nos resume el accionar de Jesús que tan bellamente nos legaron los cuatro evangelistas de la forma siguiente: “...Juan esperaba a las gentes a la orilla del río; Jesús, por el contrario, despliega una gran actividad para salir al encuentro de las personas, para conectar con ellas, y especialmente para relacionarse con aquellas a las que la sociedad de entonces rechazaba; le vemos con leprosos, con prostitutas, con publicanos..., trata con samaritanos heréticos, acoge a los niños..., acepta la invitación de los fariseos porque no teme la confrontación... siempre en camino; no tiene tiempo de comer, se duerme de fatiga en una barca... Tenía una palabra que transmitir, una Buena Noticia que comunicar, y no pierde ocasión de hablar... le gusta servirse de comparaciones sacadas de la vida diaria, quizás porque sus «parábolas» sugieren más que afirman; dejan a cada cual la libertad de emprender o no el camino de búsqueda... Devuelve la vista a los ciegos, la palabra a los mudos, la flexibilidad de sus miembros a los paralíticos, la salud y la dignidad a los leprosos, libra a muchas gentes de sus obsesiones, de los «malos espíritus», a algunos incluso les devuelve la vida. Pero para realizar estas curaciones hace falta que encuentre, en los mismos enfermos o en quienes le rodean, una esperanza, un espíritu abierto, una confianza: sanar debe estar en correspondencia con anhelar...”.

En este contexto cabría agregar lo que nos escribe Romano Guardini en su libro “Jesucristo, palabras espirituales”: *“El curar de Jesús es un orar desde Dios. Es revelar a Dios y conducir a Dios. El curar está siempre en él en contexto con la fe. El curar pertenece a la fe, como pertenece a la fe la predicación. También el curar revela, sólo que obrando. Ahí realiza la realidad del Dios vivo. Y el verdadero sentido de sus curaciones es que los hombres se percaten de la realidad del Dios vivo.”*

Se percibe en Jesús un gran dominio sobre su persona, su propia vida y sobre los elementos de la naturaleza. Sabe a donde va, solo entra en acción a «su hora». Forma a sus discípulos, les enseña a todos y a cada uno a admirarse, a gozar con la belleza de la creación, con la Fe del prójimo, con la generosidad de aquélla mujer pobre, les muestra que entre todos ellos debe regir la fraternidad y el servicio mutuo y... Finalmente, les confía un gesto que ellos han de renovar, de manera que sea la base sobre la que asienten todas sus reuniones: <...“*compartir el pan y el vino, celebrando su recuerdo, para que su vida y su presencia continúen siendo como el alma de toda su vida; de esta forma su Cuerpo y su Sangre, entregados por el mundo, estarán siempre presentes para alimentarles y conducirles hacia adelante*”> (Alain Patin, “La Aventura de Jesús de Nazaret”; Editorial Sal Terrae, Santander; Traducción para la edición española: María G. Fernán-Gómez; España; 1997).

El paso de Jesús de Nazaret no deja a nadie indiferente, perturba: uno no es el mismo antes y después de haberlo conocido de cerca. Es totalmente inútil invocar los derechos de una raza en particular o de alguna posición social o religiosa para formar parte del pueblo cristiano; lo único que se requiere es la respuesta del corazón, la voluntad de cambiar. Como nos lo dice A. Patin: *“Con una gratuidad, con una generosidad absoluta Dios ofrece su amor y su presencia: la única respuesta posible es escoger ese regalo de Dios y vivirlo... Dios da gratis a todos y cada uno la posibilidad de vivir una vida nueva, de construir un mundo nuevo; al hombre le queda responder con la misma gratuidad.*

*Hay que elegir. Efectivamente, acoger el amor cercano del Padre, no puede hacerse sin elegir con radicalidad: Hay que nacer de nuevo, entrar por la*

*puerta estrecha, acoger el Reino como si uno fuera un crío pequeño, cambiar en la práctica, no de palabra,... hay que dar frutos como los sarmientos injertados en una viña fecunda... hay que considerar bien la opción que reclama la Buena Noticia. Porque seguir este camino requiere tomar la cruz, vender todos los bienes y regalarles, amar más allá del estrecho círculo familiar. No se puede volver la vista atrás cuando se ha puesto la mano en el arado... no se puede servir a dos señores a la vez... Todos los sectores de la vida quedan afectados: Las relaciones entre el hombre y la mujer, el matrimonio, la sexualidad, todo hay que volverlo a pensar en función del Reino... Puesto que Dios da gratuitamente, no hay que hacer exhibiciones, ni pretender que los demás nos vean, hay que vivir en verdad,... hay que hacer el bien a todos, incluso a los enemigos,... Pero, hacer estas opciones radicales es imposible al hombre solo; Sólo se pueden hacer situándose en el dinamismo del Padre” y en comunión con el Padre y con nuestros hermanos todos.*

En su libro, “Jesús de Nazaret”, el Santo padre Benedicto XVI nos dice: <... hay que leer el final del Prólogo del Evangelio de Juan: «A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer» (1, 18). En Jesús se cumple la promesa del nuevo profeta. En Él se ha hecho plenamente realidad lo que en Moisés era solo imperfecto; Él vive ante el rostro de Dios no sólo como amigo, sino como Hijo; vive en la más íntima unidad con el Padre. Sólo partiendo de esta afirmación se puede entender verdaderamente la figura de Jesús, tal como se nos muestra en el NT; en ella se fundamenta todo lo que se nos dice sobre las palabras, las obras, los sufrimientos y la gloria de Jesús. Si se prescinde de este auténtico baricentro, no se percibe lo específico de la figura de Jesús, que se hace entonces contradictoria y, en última instancia, incomprensible. [...] Para entender a Jesús resultan fundamentales las repetidas indicaciones de que se retiraba “al monte” y allí oraba noches enteras, “a solas” con el Padre.

*Estas breves anotaciones recorren un poco el velo del misterio, nos permiten asomarnos a la existencia filial de Jesús, entrever el origen último de sus acciones, de sus enseñanzas y de su sufrimiento. Este “orar” de Jesús es la*

*conversación del Hijo con el Padre, en la que están implicadas la conciencia y la voluntad humanas, el alma humana de Jesús, de forma que la “oración” del hombre pueda llegar a ser una participación en la comunión del Hijo con el Padre*> (Joseph Ratzinger, Benedicto XVI; “Jesús de Nazaret”; Editorial Planeta Mexicana S.A. de C.V.; tercera reimpresión; 2008).

Consideramos que, para finalizar estos dos capítulos relacionados con los evangelios, nada hay más oportuno que la conclusión que nos legara el apóstol San Juan <sup>Jn 20: 30-31</sup>“*Muchas otras señales milagrosas hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Éstas han sido escritas para que crean que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; crean, y, por su Nombre, tendrán vida.*”

## Capítulo 4

### LOS ESCRITOS DE SAN PABLO

Al principio «epístola» y «carta» eran sinónimos, pero con la publicación (siglo IV aJC) de colecciones de las cartas de Isócrates y Platón, comenzó a surgir un estilo y una forma epistolares. La epístola llegó a ser el escrito extenso destinado a muchas personas, con valor didáctico y duradero. Como en tiempos antiguos no se conocía el papel, solían usarse tablas de arcilla y otros materiales. Desde el descubrimiento de las cartas de la biblioteca de Mari, esta clase de literatura extrabíblica ha apoyado e iluminado los datos bíblicos.

En el Nuevo Testamento la epístola llega a su apogeo como vehículo de revelación e incluso viene a ser un nuevo género literario. Veintiuno de los libros del Nuevo Testamento son “epístolas generales o católicas”, atribuidas a distintos apóstoles. Las epístolas ocupan un lugar en el canon porque han comprobado su poder inspirador en las iglesias. Cada una responde a necesidades concretas. Se leían en los cultos y casi desde su composición se aceptaron como *Palabra de Dios* (1 Ts 2.13; 1 P 1.12; 2 P 3.15ss).

Dentro del conjunto de estos escritos neo-testamentarios, las epístolas del Apóstol Pablo ocupan un lugar destacado. Un lugar que está en consonancia

con el papel igualmente destacable que tuvo el apóstol en la historia de la Iglesia primitiva.

Según A. Patin algunos especialistas bíblicos han situado la composición y la cronología de los libros del nuevo testamento de la siguiente forma:

- Entre los años 50 y 67 los responsables de las comunidades cristianas primitivas como Pedro, Santiago, Pablo, escriben cartas (epístolas) para animar a los hermanos o para precisar algunos puntos en conflicto, y ello les lleva a hacer frecuentemente referencias a la vida y a la persona de Jesús.
- Del 70 al 90, algunos de esos cristianos Marcos, Mateo, Lucas, ponen por escrito lo que se decía de Jesús en sus comunidades. Lucas, además, añade un libro de las experiencias que estaban viviendo esas comunidades y los discípulos directos de Jesús (Hechos de los Apóstoles). En este libro dibuja los principales rasgos de cómo se fue extendiendo el mensaje de Cristo.
- Finalmente, alrededor del año 100, en los círculos en los que se desenvolvía Juan, el discípulo amado, aparece el cuarto evangelio, tres cartas y el libro de la revelación (Apocalipsis).

Todos estos libros llevan la marca de las comunidades en las que se originaron:

- En las comunidades compuestas por judíos, en Jerusalén y sus alrededores, encontramos las cartas de Santiago, Judas y el Evangelio según San Mateo;
- En la actual Turquía, entonces Asia Menor, y en Grecia, aparecen las cartas de Pablo y el Evangelio según San Lucas con los Hechos de los Apóstoles;
- De Roma provienen las cartas de Pedro y el Evangelio según San Marcos;
- Más tarde, de la región de Éfeso, Juan escribe sus cartas, su Evangelio y el Apocalipsis.

¿Quién es Pablo?

Pablo (en griego, *Paulus*, cf. en latín, *pequeño*). «Apóstol a los gentiles» (Ro

11.13) llamado también Saulo. Probablemente llevaba ambos nombres desde la niñez, pero comenzó a usar el nombre grecorromano al iniciar su ministerio entre los gentiles. Su conversión al evangelio fue una prueba contundente de la veracidad del mensaje cristiano. Sus enseñanzas han contribuido grandemente a la formación del pensamiento cristiano. Como autor, solamente lo supera Lucas en la extensión de su contribución al Nuevo Testamento. Fundó iglesias en Asia Menor, Macedonia y Grecia durante tres viajes misioneros. Trabajó ministrando en Roma y posiblemente viajó hasta España predicando el evangelio.

En el capítulo 22 de los Hechos, Lucas nos narra como Pablo, que ha sido arrestado, se defiende y hace una síntesis de lo que ha sido su vida y la suma de factores que le han llevado hasta donde está ahora. Conocer la vida de un hombre nos ayuda a comprender mejor lo que escribe. Nacido en Tarso de Cilicia, de padres judíos, de la tribu de Benjamín, año 10 dJC. Tarso es una ciudad universitaria y un lugar de cruce de civilizaciones diversas. Pablo será un hombre de la gran ciudad, de la misma manera que Jesús era un hombre del campo. Su origen urbano le ha concedido el dominio de la discusión, un dejo polémico e irónico y la agudeza de la respuesta rápida. El espíritu de Pablo es un espíritu cosmopolita. Cuando se lance a predicar el evangelio, sabrá moverse con soltura por los lugares más diversos y sabrá encontrar los puntos neurálgicos del gran Imperio romano donde procurará implantar el Evangelio.

Educado en Jerusalén, a los pies de Gamaliel, se convierte en fariseo (Hch 22: 3) de la más estricta observancia y sólida formación religiosa y teológica; radical en su manera de pensar y de actuar y apasionado por las cosas que defiende. Su teología es comprometida y se convierte en perseguidor decidido de aquel "camino" que él considera una desviación herética y blasfema que hay que extirpar de raíz (Episodio de Damasco).

Gamaliel fue uno de los más célebres maestros rabínicos de su tiempo. Un discurso de Gamaliel (Hch 5: 34-39) convenció al Sanhedrín, del cual era miembro activo, a no condenar a los apóstoles a muerte. Este doctor de la Ley, de gran prestigio entre los judíos, dio el consejo de no perseguir a los seguidores de Jesús, alegando que si la obra que habían emprendido era

humana, desaparecerían, en tanto que, si venía de Dios, la oposición sería inicua y en vano (Hch 5: 34-39).

Saulo, probablemente uno de los judíos helenistas mencionados en Hch 6: 9-14 como uno de los instigadores del martirio, fue probablemente el joven a quien los falsos testigos encargaron guardar las ropas de Esteban después de haberlo lapidado (Hch 7: 58). Fue precisamente después de la muerte de Esteban que se organizó la persecución contra los cristianos (Hch 8: 3; 22: 4; 26: 10, 11; 1 Co 15: 9; Ga 1: 13; Flp 3; Tt 1: 13). En estos episodios Saulo actuó como un encarnizado inquisidor y pidió al Sumo sacerdote cartas que lo autorizaran para ir a Damasco a buscar judíos cristianos para llevarlos encadenados a Jerusalén (Hch 9: 1, 2).

Incorporado a la Iglesia de Antioquía, el antiguo perseguidor de la fe cristiana se convertirá en el apóstol que recorre con entusiasmo todo el mundo. En el Primer Concilio celebrado en Jerusalén, vemos a Pablo defendiendo la tesis de que no era necesario que los paganos que abrazaban la fe cristiana hubiesen de someterse a la observancia de la Ley judía, en contra de la tesis de los grupos judeo-cristianos que defendían lo contrario. Como él mismo afirma su conversión se debió al poder y la gracia soberana de Dios, que sin saberlo el mismo Pablo (gr.: Paulos; Lat.: Paulus = pequeño), lo había preparado para tan importante misión. Su condición de ciudadano romano, la educación rabínica y sus dotes intelectuales, unidas todas, hacían de él un instrumento calificado. Se cree con razón, que Saulo, a pesar de su celo, no había hallado en el judaísmo la paz que necesitaba su corazón (Rm 7: 7-25).

Lo repentino de su conversión debió hacerle consciente de que la salvación se debe totalmente a la gracia de Dios manifestada en Cristo. Su misma experiencia religiosa contribuyó a hacer de él el gran intérprete del evangelio, a proclamar que sólo por la Fe personal en la obra expiatoria de Cristo justifica Dios al pecador. Y Pablo se convirtió en ¡Apóstol de los gentiles!. La palabra “apóstol” proviene del vocablo griego “apostelo” que significa “enviar en pos de sí” o “de parte de”. En el NT se aplica a Jesucristo, que fue enviado por Dios para salvar al mundo (Hb 3: 1), aunque se aplica más a las personas o discípulos que fueron enviadas en comisión por el mismo Salvador, es decir a

cada uno de los doce escogidos por Jesús para formar Su cuerpo especial de mensajeros: Pedro, Andrés, Juan, Santiago hijo de Zebedeo, Felipe, Bartolomé, Tomás, Mateo o Leví, Simón Zelote, Judas Lebeo o Tadeo, Santiago hijo de Alfeo, Judas Iscariote.

En Hechos se dan tres versiones de la conversión de Saulo: el relato de Lucas (Hch 9: 3-22), el de Pablo a los judíos (Hch 22: 1-16), y por último, su testimonio ante Festo y Agripa (Hch 26: 1-20). En las epístolas, Pablo hace frecuente alusión a su conversión, que él atribuye a la gracia y al poder de Dios (1 Co 9: 1, 16; 15: 8-10; Ga 1: 12-16; Ef 3: 1-8; Flp 3: 5-7; 1 Tm 1: 12-16; 2 Tm 1: 9-11). Así, los testimonios más convincentes dan prueba de esta conversión; ésta se produjo gracias a la obra del Espíritu en el corazón de Saulo, hecho por ello capaz de comprender y aceptar la verdad, que había sido revelada (cfr. Ga 1: 15ss).

### *Ministerio.*

Después de pasar algunos días con los discípulos damascenos, Pablo se dirigió a Arabia (Hch 9.19; Gl 1.17s). Al regresar a Damasco, predicó con tanta eficacia que los judíos se levantaron en su contra y los creyentes tuvieron que ayudarlo a escapar de la ciudad (Hch 9.20–25; 2 Co 11.32s). A los tres años de su conversión, fue a Jerusalén para entrevistarse con Pedro y Jacobo (Gl 1.18s). Aquí los creyentes desconfiaron de Pablo, y para que lo aceptaran fue necesario que Bernabé les confirmara la autenticidad de su conversión (Hch 9.26ss). Predicó con poder, pero volvió a surgir la oposición y los discípulos le encaminaron a Cesarea y Tarso, donde quizás estableciera iglesias (9.29ss; Hch 15.23, 41; Gl 1.21–24). Al cabo de varios años, Bernabé, enviado a ministrar en Antioquía de Siria, fue a Tarso en busca de Pablo y juntos regresaron para realizar después un fructífero ministerio en Siria (Hch 11.19–26). Con ocasión de una gran hambre en Judea, viajaron a Jerusalén (44 dJC) llevando limosnas de la iglesia de Antioquía (Hch 11.27–30), como también ya habíamos mencionado.

A continuación distinguimos tres viajes misioneros de Pablo. La iglesia en Antioquía separó a Pablo y a Bernabé para un nuevo ministerio, acompañados de Juan Marcos, salieron en el primer viaje misionero (ca. 47–48) del puerto de Seleucia hacia Chipre, patria de Bernabé, donde ya se habían fundado iglesias (4.36; 13.4). Luego navegaron a Perge de Panfilia y de allí Marcos regresó a Jerusalén (13.13; 15.36–41). Haciendo una gira por Galacia del sur, establecieron iglesias en Antioquía de Pisidia, Iconio, Listra y Derbe (13.14–

14.20). Regresaron por las ciudades de Asia y volvieron a Antioquía de Siria, donde informaron a la iglesia (14.21–28). Su estrategia durante esta misión en Asia fue predicar primero en la sinagoga de cada ciudad. Los judíos que aceptaban el evangelio iniciaban una iglesia. Cuando los judíos inconversos se oponían con violencia, anunciaba el evangelio a los gentiles, y así se añadían a la iglesia muchos miembros más (13.42–52).

Por esta misma época se planteó la cuestión de la actitud que debían adoptar los creyentes gentiles respecto de las leyes y costumbres judías. Algunos creyentes judíos opinaban que los gentiles tenían que circuncidarse y guardar la Ley Mosaica para ser salvos (Judaizantes). Viendo que esta doctrina contrariaba el evangelio de gracia, Pablo se opuso a los judaizantes e incluso le reprochó públicamente a Pedro el haberse separado del compañerismo de mesa con los cristianos incircuncisos (15.1, 2; Gl 2.11–14). (Algunos piensan que fue entonces cuando Pablo escribió Gálatas, a las iglesias recién establecidas en la provincia política de Galacia). Para resolver esta cuestión que hacía peligrar la unidad de la iglesia, un grupo de los apóstoles y ancianos se reunió en Jerusalén (49 dJC; Concilio de Jerusalén). Según Hch 15.23–29 en dicho concilio se decidió apoyar la doctrina paulina que eximía a los gentiles de observar la Ley de Moisés.

En el segundo viaje misionero (*ca.* 49–51) Pablo se hizo acompañar de Silas, y visitó de nuevo las iglesias de Asia; en Listra invitaron a Timoteo a unirse a ellos (15.36–16.5). Después de predicar en Frigia y Galacia del norte llegaron a Troas, donde Pablo tuvo la visión del varón macedonio y donde se les juntó Lucas el médico (16.6–10). Atravesaron Macedonia y fundaron iglesias en Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto (16.11–18.17). Desde Corinto Pablo escribió 1 y 2 Ts (*ca.* 51) a la joven iglesia donde había tenido un breve pero eficaz ministerio hacía pocos meses (1 Ts 1.2–2.20). Después de un año y medio en Corinto, regresó a Antioquía de Siria pasando por Éfeso y Cesarea (18.18–22).

Habiendo permanecido un tiempo en Antioquía, Pablo comenzó su tercer viaje volviendo a las regiones de Galacia y Frigia, donde confirmó a los discípulos y les instruyó respecto de la ofrenda (18.23; 1 Co 16.1). Este tercer viaje

misionero (ca. 53–58) tiene especial interés por el prolongado ministerio del apóstol en Éfeso: «*Todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús*» (19.1–41; 20.31). Seguramente el alcance del ministerio de Pablo se extendió a través de los que se convirtieron en este importante centro comercial y cultural de la provincia de Asia (Aunque en Hechos no consta que Pablo haya estado preso en Éfeso, hay quienes opinan que sí lo estuvo [basándose en 1 Co 15.32; 2 Co 1.8; 6.5; 11.23 y otros textos] y que allí se escribió Filipenses y tal vez otras epístolas de la prisión).

No cabe dudas que, durante su ministerio en Éfeso, Pablo se escribió con los cristianos en Corinto, comenzando con una carta que se ha perdido (1 Co 5.9). Cuando llegó a Éfeso la noticia de la discordia entre la congregación de Corinto, escribió 1 Co para tratar este problema y contestar las preguntas que una comisión de Corinto le había traído por carta (1 Co 7.1). Según 1 Co 16.5, Pablo pensaba pasar por Macedonia rumbo a Corinto y dirigirse después a Jerusalén. Sin embargo, parece haber cambiado de idea (2 Co 1.15ss; cf. Hch 19.21). Optó por hacer un viaje directo y breve a Corinto movido por los problemas que aquejaban a la iglesia de dicha ciudad (2 Co 5.9; 13.1). Esta visita fue infructuosa (2 Co 2.1; 12.13–13.2), por lo que, al regresar a Éfeso, envió con Tito una carta fogosa que desafortunadamente no se conserva (2 Co 2.3s, 9; 7.8–12).

Pablo esperaba encontrarse con Tito en Troas para saber de la reacción de los corintios, pero continuó a Macedonia donde probablemente se reunió con Tito en Filipos (2 Co 2.12s). Una vez que Pablo recibió el informe de Tito, escribió 2 Co y la envió con él y otros dos hermanos (2 Co 8.16–24). Después se dirigió a Corinto, donde ministró durante tres meses (Hch 20.1–3). Gálatas quizás se escribiera en Corinto; por lo menos el énfasis que en esta epístola se pone en la salvación por gracia hace creer a muchos que se escribió poco antes de Romanos, epístola que trata de temas similares. La epístola que sí se escribió en Corinto fue Romanos (Ro 16.1, 23; 1 Co 1.14). Luego Pablo volvió a Macedonia donde se reunió con Lucas, quien evidentemente se había quedado en Filipos en el segundo viaje (Hch 20.5 «nos»). Pasaron por Troas, Mileto, Tiro, Tolemaida y Cesarea, antes de llegar a Jerusalén (20.6–21.8).

### *Arresto y prisión.*

En Jerusalén Pablo quiso identificarse con los judíos (Hch 21.21–27); algunos judíos de Asia alborotaron a los de Jerusalén, quienes, acto seguido, procuraron matarlo (21.28–31). Las tropas romanas intervinieron para salvarlo, y Pablo se exculpó ante la multitud y ante el concilio judío (21.37–23.10). Al descubrirse que se tramaba una conspiración contra Pablo, se le trasladó a Cesarea (ca. 58). Allí presentó dos veces su defensa ante el gobernador Félix, ante su sucesor, Festo, y ante el rey Agripa (24.2–26.32). Al fin (ca. 58–60) apeló al emperador romano (25.10–12). Después de un viaje azaroso en el que naufragó la nave en que viajaba, llegó a la capital del imperio y permaneció prisionero durante dos años en una casa alquilada (ca. 61–63; Hch 27.1–28.31). Durante esta reclusión recibió visitas, pudiendo así continuar su ministerio; en este lapso es probable que escribiera Efesios, Colosenses, Filemón y Filipenses.

### *Características Personales.*

Las cartas de Pablo no son discursos impersonales, sino llevan la impronta de las muchas y ricas facetas de su personalidad. Por otro lado, en cuanto a su apariencia física hay poca información en el Nuevo Testamento. De 2 Co 10.10 quizás se pueda deducir que su presencia personal no era muy imponente. *Los actos de Pablo* (obra apócrifa del siglo II) lo describen como pequeño de estatura, calvo y gordo, con cejas espesas, nariz aguileña y constitución física vigorosa, rebotante de “gracia y atractivo”. En 2 Co 12.7ss Pablo insinúa que padecía de una enfermedad debilitante (cf. Gl 4.13ss), y los sufrimientos físicos que experimentó (2 Co 11.24–29) nos llevan a conceptuarlo como un hombre de enorme resistencia. No era solo teólogo teórico, sino también misionero experimentado y probado en peligros y persecución.

En lo que respecta a su personalidad, era un hombre acostumbrado al conflicto que conocía, tanto antes como después de su conversión, una vida de lucha y tensión entre principios opuestos. En Ro 7, Gl 5 y Ef 4.17–5.20 se nos demuestra cómo ponía de relieve el contraste entre carne y espíritu, ley y gracia, fe y obras, hombre nuevo y viejo, luz y tinieblas, Dios y mundo,

justicia y pecado, espíritu y letra, primer y último hombre. En todas las cartas lo vemos oponerse al legalismo, al libertinaje, a la vana filosofía y a la apostasía. No entra en el conflicto por motivos personales ni por rivalidad, sino porque las tensiones involucradas afectaban la naturaleza misma del Evangelio. Su humildad se ve en su manera de tratar el problema de las divisiones entre hermanos (1 Co 1.12s; 3.4–6). No obstante lo anterior, no se puede decir de Pablo que, por estar en continuo conflicto, fuera un hombre confundido e inseguro. Manifestó la tranquilidad de corazón propia de quien está completamente integrado en su personalidad, confiado en su relación «*en Cristo*» y contento en cualquier circunstancia (Ro 8.28, 35–39; Flp 4.4–13).

Otra faceta de su personalidad es su capacidad para crear la amistad y para prodigar su amor y cuidado al pueblo de Dios. Manda, reprocha y exhorta solo por su afecto hacia el creyente. La lista de veintisiete nombres en Ro 16 revela una pequeña parte de su círculo de amigos íntimos. En 1 Ts 2.1–12 Pablo abre su corazón para hablar de cómo había tratado con la iglesia con la ternura propia de un padre o una madre (cf. 2 Co 11.28s).

### *Teología.*

Las revelaciones que Pablo recibió y las epístolas que escribió moldearon la doctrina cristiana para todos los siglos. Muchos se han esforzado por señalar la doctrina central de la enseñanza paulina. Se han sugerido:

1. La justificación por la fe, que sin duda es una doctrina básica en Pablo.
2. Su escatología, que como esperanza y móvil de su ética, también se destaca.
3. La identificación con Cristo («*en Cristo*») que enriquece tanto su doctrina de la iglesia.

### *Doctrina de Dios.*

Pablo hace hincapié en la soberanía divina, y para ello emplea una variedad de vocablos tales como «*predestinar*», «*escoger*», «*llamar*», «*propósito*», «*voluntad*», «*beneplácito*». Esta doctrina no se basa tan solo en una palabra, un concepto o un versículo. En tres pasajes extensos lo expone. Romanos

8.28s enseña que la posición y el futuro del creyente están asegurados porque este es objeto del propósito eterno de Dios.

### *Hombre y pecado.*

Romanos comienza por comprobar la necesidad de la vida de Dios que tiene el hombre, sea gentil que no tiene excusa porque ha sabido de Dios mediante la creación (1.18–23) y la conciencia (2.12–16), o sea judío que ha sido instruido en la Ley de Dios (2.17–20) sin conformarse a sus normas (2.21–29). Cuando Adán (humanidad) pecó, todo el género humano se rebeló contra Dios (5.12).

### *Justificación.*

Como la rebelión es absoluta y universal, y la pérdida es humanamente irreparable, la solución tiene que ser divina e infinita. El evangelio que Pablo anuncia y que revela la justicia divina es «*poder de Dios para salvación a todo aquel que cree*» (Ro 1.16, 17), y su fundamento es la muerte y la resurrección (1 Co 15.3s) de Jesucristo (Ro 1.3s), cuyo sacrificio es una sustitución y nos imputa justicia (2 Co 5.21). La muerte de Cristo, entonces, es el precio de la redención que satisface y manifiesta la justicia de Dios (Ro 3.24ss).

### *Identificación y santificación.*

La vital unión del creyente con Jesucristo es un concepto central para Pablo, como vemos en la repetición de la frase «*en Cristo*» y otras frases equivalentes como «*en Él*» (por ejemplo, Ef 1.1, 3, 4, 6). Aunque esta unión se relaciona con la justificación (Ro 8.1; 2 Co 5.21; Gl 2.17), Pablo insiste en que es el motivo y la clave de una transformación creciente y completa en la vida del creyente. La unión se efectúa por el bautismo del Espíritu Santo, mediante el cual cada creyente es unido con Cristo y con todos los suyos (1 Co 12.13). Entonces somos identificados con Cristo en su muerte, su resurrección y su exaltación (Ro 6.1–5; Ef 2.5ss). La unión es tan real que «*ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios*» (Gl 2.20).

Evidentemente hay fuerzas que militan contra el cumplimiento de estas exhortaciones. Pablo habla de dos clases de creyentes, el «*carnal*» y el «*espiritual*» (1 Co 2.15–3.4). Describe en detalle las obras de «*la carne*», la cual es la naturaleza pecaminosa del hombre (Gl 5.19ss), y contrasta con ellas

el fruto del espíritu (vv. 22s). El cumplir con la ética cristiana no es un logro humano; tanto la salvación como la realización de la norma divina vienen por gracia y fe. La santidad no viene de solo luchar por obedecer una ley externa, sino de llevar el fruto de la justicia que brota de dentro del ser. El Espíritu Santo no solo nos une con Cristo, sino también mora en nuestra vida para ordenarla. La parte humana consiste en someterse a su gobierno (Ro 6.13; 12.1s) y andar en Él (Gl 5.16; Ef 5.18).

### *Iglesia.*

El mismo bautismo por el Espíritu Santo que nos identifica con Cristo también nos une con todos los creyentes en un solo cuerpo espiritual (1 Co 12.13). Pablo ilustra esta unión con varias figuras: el cuerpo del cual Cristo es la cabeza (Ef 1.22s; Col 2.19), el templo en el cual Cristo es la principal piedra angular (Ef 2.20ss), iglesia es la esposa y Cristo, el esposo (Ef 5.22–33). Cada miembro del cuerpo tiene su ministerio o don espiritual para la edificación del cuerpo (Ro 12.3–8; 1 Co 12.4–31; Ef 4.11ss).

Pablo es el mayor de todos los teólogos. Su teología se desprende de su conversión, en la que comprendió la incapacidad de sus propios esfuerzos para llegar a la salvación, la dependencia del pecador con respecto a la gracia soberana de Dios, la perfección de la obra redentora que Jesús, el Hijo de Dios, ha llevado a cabo por Su muerte y resurrección. Como consecuencia sólo puede hallarse la salvación por medio de la Fe, uniéndole mediante ella a Cristo. El pecador así justificado, unido al Señor, participa de todas las bendiciones espirituales y temporales, celestiales y terrestres, que Cristo le ha conseguido. A partir de este fundamento de la Fe, Pablo, inspirado por el Espíritu Santificador, expone todo lo concerniente a la obra y a la persona de Cristo. La teología de Pablo tiene como objeto esencial la gracia, tema inagotable cuyas profundidades sondea el apóstol a través de sus epístolas. Entre los apóstoles fue sin lugar a dudas el más brillante expositor y teólogo, y el más ardiente misionero. Dios lo escogió para que presentara a la humanidad la persona y la obra de su Salvador. Dejar de lado la interpretación que Dios nos ha dado, por medio de Pablo, de las enseñanzas y de la obra de Jesucristo, es exponernos a no comprender en absoluto qué es el cristianismo.

Los escritos de Pablo son:

- I. Las cartas escatológicas: 1 y 2 a los tesalonicenses.
- II. Grandes cartas: 1 y 2 a los corintios, romanos y gálatas.
- III. Cartas de la cautividad: Filipenses, Colosenses, Efesios y Filemón.
- IV. Cartas Pastorales: 1 y 2 a Timoteo y la de Tito.

## CARTAS ESCATOLÓGICAS

### PRIMERA CARTA A LOS TESALONICENSES

#### *Tesalónica.*

Ciudad principal de Macedonia en tiempos del NT, ubicada en la costa del golfo de Salónica y en la vía Egnatia (la carretera que unía Roma con Bizancio). Su puerto la convierte en centro neurálgico de una vasta región. El relato de la evangelización de esta ciudad está en (Hch 17, 1-10). Por haber jugado un papel importante en la política romana, Tesalónica ganó los privilegios de una ciudad libre y era la metrópoli de Macedonia, donde además había una base militar y naval de los romanos.

Por tener una sinagoga y por ser el centro más importante de la región, la visita a Tesalónica concordaba muy bien con la táctica de Pablo. En tres semanas de su segundo viaje misionero logró la conversión de algunos judíos, muchos prosélitos griegos y de «*mujeres nobles no pocas*» (Hch 17.4). Luego acusaron a Pablo de revolucionario y tuvo que abandonar la ciudad (Hch 17.5–10). Pero no olvidó a los cristianos. Estas hostilidades de los judíos obligaron a Pablo a marcharse a Corinto dirigiéndose a Berea y después a Atenas. En la primera carta aparece una alusión a este incidente en 1 Ts 2, donde afirma también que envió a Timoteo desde Atenas a Tesalónica para alentar a los cristianos perseguidos (1 Ts 3: 13). El apóstol teme que lo que había sembrado se haya echado a perder por falta de solidez o por las intrigas de los mismos judíos que le habían perseguido. Es por esta razón que mandó a su representante personal y al poco tiempo les escribió las dos cartas, 1 y 2 Tesalonicenses. Pablo admira la constancia ante la persecución de los tesalonicenses y los elogia. Para él los creyentes macedonios (de Filipos, Berea y Tesalónica) eran su corona. Contaba entre sus compañeros de viaje a los tesalonicenses Aristarco y Segundo.

Son dos cartas que Pablo escribió y que están entre las primeras de Pablo y del NT. El mayor tema teológico de estas cartas es el regreso de Cristo, aunque ambas dejan al lector pensando en las responsabilidades del presente.

#### *Estructura de las Epístolas.*

Estas epístolas, de un padre espiritual a sus hijos en la fe, se entienden solamente a la luz de la historia de la llegada del evangelio a Tesalónica (Hch 17.1–9). Por ser niños en la fe, necesitaban contacto personal y enseñanzas morales específicas. La persecución tan inesperada fue amarga hasta que Pablo los consoló contándoles sus pruebas y explicándoles por qué sufrían (1 Ts 1.6; 3.4s; 2 Ts 1.4ss). Para salir de la confusión acerca de la pronta venida del Señor, los cristianos tesalonicenses necesitaban una enseñanza más detallada (2 Ts 2). La muerte de sus seres queridos antes de la parusía había inquietado a algunos. Otros ya no trabajaban porque les parecía inútil, ya que Cristo vendría pronto (1 Ts 4.13–16, 2 Ts 3.6–12). Es necesario, dice Pablo, que primero se manifieste el hombre de pecado, por lo tanto, los santos perezosos debían comenzar a trabajar (2 Ts 2; 1 Ts 5.14).

#### *Autor y Fecha.*

No hay duda seria en cuanto a la paternidad paulina entre los eruditos modernos. La carta cuadra bien con el relato de la fundación de la iglesia en Hechos y con el resto de la literatura paulina. En cuanto a 2 Ts sí han habido dudas, a pesar de que el apoyo extrabíblico es más fuerte para 2 Ts que para 1 Ts. Algunos críticos hallan dificultades en que, según su parecer, (1) la doctrina de la parusía es diferente en las dos cartas, y que (2) el vocabulario y el estilo de 2 Ts son demasiado parecidos a 1 Ts. Argumentan que un pseudo Pablo con mucha artimaña usó expresiones paulinas para dar la impresión de genuinidad.

Los muchos que afirman que Pablo escribió las dos cartas muestran que aunque hay diferencia de énfasis en la escatología de las dos cartas, no hay contradicción. En cuanto al estilo, las dificultades desaparecen cuando se entienden las circunstancias que unen estrechamente las dos cartas, la presencia de diferentes grupos étnicos en Tesalónica y los diferentes secretarios que Pablo utilizó.

Es casi seguro que 1 y 2 Ts se escribieran a finales del año 50 y en los primeros meses del 51 porque se sabe que Galión fue procónsul de Acaya a partir de junio del 51. En cuanto Galión asumió su puesto, los judíos se quejaron de Pablo. El fallo del procónsul favoreció la predicación del evangelio, y Pablo continuó «*aún muchos días*» en Corinto antes de viajar a Jerusalén. Ya había trabajado en Corinto dieciocho meses antes de su cita con Galión y se sabe que sus cartas a los tesalonicenses se redactaron en los primeros meses de su visita.

#### *Marco Histórico.*

Pablo fundó la iglesia en Tesalónica en el año 49 ó 50 dJC, durante su segundo viaje misionero (Hch 17.1–9). La iglesia consistía en unos pocos judíos que se habían convertido y un grupo mayor de antiguos paganos (1 Ts 1.9; Hch 17.4). Aunque representaba un gran sacrificio, Pablo se ganaba la vida como fabricante de tiendas para no ser carga a la naciente iglesia (1 Ts 2.7–12), y más de una vez recibió ayuda de los fieles filipenses (Flp 4.16). La estancia de Pablo en Tesalónica se vio interrumpida, sin embargo, cuando los judíos se buscaron algunos agitadores locales y lo acusaron ante las autoridades de trastornar el mundo diciendo que había otro rey: Jesús (Hch 17.1–7). No era una acusación sin importancia, sino una cuestión de traición, que en el Imperio Romano se castigaba con la muerte. Inmediatamente Pablo salió de allí. Ya a salvo en Atenas, Pablo envió a Timoteo a Tesalónica a fortalecer y a animar a los creyentes (1 Ts 3.2).

Cuando Timoteo volvió a encontrarse con Pablo en Corinto (Hch 18.1–5), le llevó noticias del amor y la fe de los tesalonicenses. Pablo se sintió muy confortado por las noticias. En respuesta al alentador informe de Timoteo, Pablo escribió la primera epístola. Evidentemente los tesalonicenses estaban inquietos en cuanto a la segunda venida de Cristo, porque Pablo aborda el tema en las dos cartas. En la primera les dice que cuando Cristo vuelva, los muertos en Cristo resucitarán primero, y luego los que estén vivos serán arrebatados (1 Ts 4.13–18). Como la venida de Cristo sería tan repentina como la de un ladrón en la noche, los creyentes debían estar alertas (1 Ts 5.1–11). Pero algunos parecen que estaban demasiado vigilantes, dando por sentado que Cristo vendría en cualquier momento. En la segunda carta Pablo les

recuerda que antes que Cristo volviera tenían que ocurrir varias cosas, como una rebelión contra la fe y la aparición del «*inimicus*» anticristo (2 Ts 2.8–9). Mientras tanto, Pablo les pide que vuelvan a trabajar.

Pablo escribió como un verdadero pastor. Tiene gran gozo por la forma en que habían recibido el evangelio (1 Ts 1). Anhela el día en que todos comparecerán ante la presencia del Señor Jesucristo (1 Ts 2.19–20). A la vez, a Pablo le duelen las acusaciones injustas de que su evangelio es más palabras que acción (1 Ts 1.5; 2.1–8). Alejado como estaba de su rebaño, anhela su bienestar (1 Ts 2.17–3.5). Pablo se compara a una nodriza que cuida con ternura sus propios hijos (1 Ts 2.7), y a un padre que trabaja por su familia (1 Ts 2.9–12). Se había entregado de alma y cuerpo a los tesalonicenses (1 Ts 2.8) y se atreve a esperar que de igual manera ellos se entreguen a Dios (1 Ts 5.23). Es la preocupación de todo buen pastor.

*Circunstancias que motivaron la epístola:*

- a) Tendencia de los tesalonicenses a descuidar el trabajo cotidiano, posiblemente con el alegato de que, si el Señor iba a venir pronto, no valía la pena llevar a cabo deberes habituales para la subsistencia. Debilidad en el plano moral «*Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma*» (2 Ts 3.10).
- b) Perplejidad acerca de los que habían muerto. Los tesalonicenses temían que éstos no pudieran tener parte en el glorioso reinado que Cristo iba a establecer en Su Segunda Venida.
- c) Problemas en el ejercicio de los dones espirituales, particularmente la profecía

*Breve análisis de esta epístola:* El apóstol rinde aquí homenaje al fervor, paciencia e influencia de los cristianos en Tesalónica (1 Ts 1). Les recuerda que él ha actuado con perfecta rectitud con respecto a ellos y que no ha sido carga para nadie. Alaba la valentía de ellos en medio de las persecuciones (1 Ts 2). La carta muestra el gozo de Pablo al saber las buenas nuevas que Timoteo le trajo de Tesalónica (1 Ts 3).

#### SEGUNDA CARTA A LOS TESALONICENSES

Esta segunda carta fue escrita en Corinto, al igual que la primera, y

probablemente a sólo unos meses de diferencia (año 51 dJC). Nuevamente estaba acompañado por Silas y Timoteo (2 Ts 1: 1). La carta fue motivada por la aparición en la Iglesia de Tesalónica de gentes que, apelando a voces de los profetas y hasta a una palabra o una carta de Pablo, afirmaban que el Día del Señor, es decir, el “Día del Juicio” era inminente, turbando e inquietando de este modo a los restantes miembros de la comunidad (2, 1ss). Es por tanto una advertencia contra las ideas erróneas sobre la Segunda Venida de Cristo (*Parusía*). No está del todo claro si hay que entender que se refiere a una carta auténtica de Pablo o a una atribuida. Para la segunda hipótesis pudiera alegarse 3, 17. Más, contra una carta falsificada, Pablo hubiera hablado, sin duda, más enérgicamente. Así, debió querer decir que se deducían sin razón tales fantasías de la lectura de su carta anterior la “Primera epístola a los tesalonicenses”. La refutación de tales ensueños es el punto principal de la 2ª Tesalonicenses. Pero Pablo tiene también que dirigirse nuevamente contra miembros holgazanes de la Iglesia que pretendían vivir a costa de ésta (3, 6-16). No se establece ningún nexo entre los sueños de la *Parusía* y ese abandono del trabajo, pero es natural suponer que ambos fenómenos estaban relacionados entre sí. Pablo les recuerda que el cristiano vive de esta esperanza, pero que no sabe ni el cuándo ni el cómo de la venida del Señor. La actitud correcta no es un esperar pasivo, sino una actitud de vigilia activa. Es justamente la actitud que tiene la mayoría de la comunidad y que Pablo alaba: *"la actividad de vuestra Fe, el trabajo laborioso de vuestro amor y la constancia de vuestra esperanza"*. Un llamamiento constante a la fidelidad, a la actitud vigilante, al progreso constante en este caminar comunitario, que es la vida cristiana, es la exhortación de Pablo a esta comunidad que le ha dado la inmensa alegría de su perseverancia en medio de las dificultades y la persecución.

Si en la primera carta se expone la revelación de la “Segunda Venida” con los creyentes, esta segunda carta revela lo que les sucederá a los pecadores (2 Ts 1: 5-10) y exhorta a los tesalonicenses a que no se dejen llevar por el pensamiento de que el “*Día del Señor ha llegado*” (2 Ts 2: 2). Les recuerda que la *Parusía* debe ir precedida por la apostasía, predicha por el propio Jesús (cfr. Mt 24: 9-12) y por el mismo Pablo (Hch 20: 29, 30; Rm 16: 17-20; 2 Co

11: 13-45; 1 Ts 4: 1) y por la manifestación del inicuo (2 Ts 2: 3, 4; Dn 7: 25; 11: 36; 1 Jn 2: 18). A quién el Señor destruirá cuando vuelva en gloria.

En estas dos cartas se puede constatar que, desde el origen de la Iglesia, las enseñanzas de Pablo, tanto escritas como dadas en forma oral, poseían gran autoridad. Pero sus declaraciones en cuanto a la “*apostasía*” como al “*hombre de pecado*” han suscitado diversas interpretaciones. No obstante ello, partiendo del concepto de “*apostasía*”, es evidente que tendrá lugar en el seno de la cristiandad profesante y su punto culminante será la aparición del Anti-Cristo personal, del “*hombre de pecado*”. « *¿Quién al presente lo detiene?*» (2 Ts 2: 7) en masculino, se refiere a una agencia personal; en cambio, en el v. 6 «*lo que lo detiene*», el artículo empleado es neutro, y por tanto se refiere a una agencia impersonal. Sin embargo, como señalan Santiago Escuaín y Samuel Vilá en el Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado en CD-Rom de Editorial CLIE y Macromedia Inc. 1996, ambos versículos tienen una estrecha relación. La acción anti-corruptora del conjunto de creyentes en la Tierra, la Iglesia, impide que la corrupción se manifieste plenamente (cfr. Mt 5: 13). Y por su parte, la residencia del Espíritu Santo en esos creyentes (cfr. Jn 14: 16-17) energiza, y dirige en su testimonio, a la Iglesia. Esto explica la doble mención, impersonal (2 Ts 2: 6) y personal (2 Ts 2: 7). Cuando la Iglesia sea arrebatada (1 Ts 4: 13-18) será “*quitado de en medio*” (2 Ts 2: 8) aquello y aquel que impide la manifestación del inicuo (v. 8).

Esta segunda epístola es mencionada por Marción, el fragmento de Muratori e Ireneo, además parece que era conocida por Policarpo, Ignacio y Justino. Ya estaba aceptada universalmente en el año 200 d JC.

## GRANDES CARTAS

### PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS

Las cartas escritas por el apóstol Pablo a la iglesia de Corinto. Además de las dos cartas que se han conservado en el Nuevo Testamento, hubo una carta anterior a nuestra 1 Corintos, según 1 Co 5.9. En 2 Co 2.4 Pablo se refiere a otra carta suya, escrita «*con muchas lágrimas*», conservada como los capítulos 10–13 de la misma epístola de 2 Corintios.

### *Corinto.*

A la mitad de la península griega la tierra se reduce a una angosta cintura de menos de 6 km de ancho, conocida como el Istmo de Corinto. La ciudad de Corinto está ubicada sobre la parte alta del Istmo, que era un importante puente de tierra entre la parte norte y la parte sur de Grecia.

Con la expansión del Imperio Romano durante el siglo I, mucho tráfico comercial, político y militar pasaba por el Istmo de Corinto, punto de conexión entre Italia y la parte oriental del imperio. La ciudad de Corinto cobró gran importancia como un centro de comercio y transporte internacional, con negocios de transbordo o venta de mercancías, así como de recolección de tarifas e impuestos. Eventos deportivos de la envergadura de los Juegos ístmicos bienales atraían a Corinto gran cantidad de aficionados, y este turismo deportista generaba importantes ingresos para los comerciantes y artesanos de la región.

Gran número de comerciantes y hombres de negocios (más unas cuantas mujeres de negocios) viajaban a menudo entre Corinto y las otras ciudades principales del imperio. Varios miembros de la iglesia de Corinto participaban en esta actividad comercial, sea como líderes de una casa-empresa (Estéfanos, 1 Co 16.15–18), sea como representantes más humildes, quizás esclavos o libertos, como «los de Cloé» (1 Co 1.11). Cicerón la llamó "luz de toda Grecia", era un lugar de paso de mucha gente, pero, al mismo tiempo, centro principal del desenfreno moral. "Vivir a la corintia" era en aquel tiempo sinónimo de orgía, especialmente en el terreno de las costumbres sexuales. Fue también en esa época temprana que se decía que en el templo de Afrodita en Corinto había un millar de prostitutas dedicadas al aspecto erótico del culto a esta diosa de la fertilidad. Y Pablo funda allí la Iglesia de Corinto, hacia el año 51 dJC, con la cooperación del matrimonio judío Aquila y Priscila. Durante su 2º viaje Pablo hará una larga estancia en Corinto y unos años más tarde, durante el 3er viaje, sostendrá una correspondencia copiosa con esta comunidad, la que ama entrañablemente, a pesar de los quebraderos de cabeza que le produce.

La vida de la ciudad giraba alrededor de las plazas y los edificios dedicados a las funciones del gobierno y la práctica de la religión. Las excavaciones arqueológicas han puesto al descubierto numerosos bloques de locales comerciales y talleres artesanales alrededor de la plaza central, el Ágora. Con la excepción de la pequeña élite, que tenía casas amplias, los corintios habitaban locales estrechos que les servían a la vez como vivienda, taller y tienda. Según Hch 18.2–3 Pablo se estableció en Corinto como trabajador artesanal y practicaba su oficio de hacer carpas o tiendas compartiendo el local de Aquila y Priscila.

En el costado sur del Ágora se encuentra un imponente tribunal que podría ser el que se menciona en Hch 18.12, ante el cual Pablo tuvo que comparecer. Además de los templos ubicados en el corazón de la ciudad, el templo de Afrodita dominaba toda la región de Corinto desde la cima del Acrocorinto, una escarpada montaña que se eleva unos 500 m sobre el nivel de la ciudad.

La cronología de los movimientos de Pablo se construye con referencia a estos datos. Tomando en cuenta el hecho de que no se hacían viajes durante los meses de invierno, Pablo puede haber viajado desde Macedonia (Hch 16.11–17.14) hasta Corinto a mediados del año 50. Menos de dos años más tarde salió de Corinto para Éfeso y Antioquía, y en seguida regresó a Éfeso (Hch 18.18–24), donde quedó por un tiempo. Según varios indicios del capítulo 16 de 1 Corintios, se estima que Pablo redactó esta carta durante su estadía en Éfeso, entre el año 52 y el año 56.

#### *Motivo de 1ª. Corintios.*

En 1 Corintios, Pablo responde preocupado a noticias que ha recibido acerca de la iglesia en Corinto. Estas noticias provienen de dos fuentes y reflejan dos perspectivas distintas. Algunas personas se han comunicado con él verbalmente (1.11; 5.1; 11.18), y el cuadro que le presentan es de mucha tensión en el interior de la iglesia: grupos rivales, conductas escandalosas y discriminación contra los más pobres. Por el carácter de los asuntos que denuncian, parece que estas personas pertenecen al estrato social de menos prestigio en la iglesia, los más humildes, el cual era el sector más grande «*Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos*

*sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo del mundo, el desecho, lo que no es nada, lo eligió Dios para anular lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios» (1.26–29).* Por otro lado, Pablo responde también a una carta que otro grupo le ha escrito (7.1). Tal vez son personas de nivel más acomodado y de más liderazgo en la iglesia. Este grupo ha levantado preguntas sobre diversos temas: el matrimonio y el ascetismo, el consumo de carne sacrificada en templos paganos, los dones espirituales y su uso en el culto y otros. Para iniciar su comentario sobre cada uno de estos asuntos, Pablo cita algo de la opinión que este grupo le ha transmitido en su carta (7.1; 8.1; 12.1).

En esta carta pastoral dos ejes fundamentales atraviesan las respuestas de Pablo a estas situaciones: el del futuro escatológico que agudiza la conciencia e inspira la constancia; y el del amor solidario que impulsa y orienta a los cristianos a entregarse a sí mismos en bien de los demás. El conjunto se resume en la persona de Cristo Jesús (1.30) porque Él demostró en su vida y muerte esa solidaridad, y fue reivindicado por la resurrección. Este gran marco de la crucifixión-resurrección está anclado a ambos extremos de la carta (1.18–2.16 y 15.1–58), y engloba los asuntos tan heterogéneos que se encuentran entre esos dos puntos.

La ocasión inmediata para la Primera carta a los corintios la proporcionó una consulta por escrito de esta Iglesia acerca de diversas cuestiones (matrimonio y virginidad, comida de carne sacrificada a los ídolos, carisma, esperanza de la resurrección); también, por vía oral, tuvo noticias de cuatro partidos en que se había escindido la comunidad (de Pablo, Pedro, Apolo, Cefás y Cristo) y de otros abusos entre algunos miembros de la Iglesia corintia (incestos, procesos ante tribunales paganos y desprecio de los pobres en la celebración de la cena del Señor). En contraste con los otros partidos, los partidarios de Cristo, rechazaban dirigentes humanos y afirmaban que sólo respondían a la autoridad inmediata de Cristo.

La carta es, pues, un verdadero mosaico de cuestiones:

- 1º. La comunidad está dividida en "capillitas"; unas de Pedro, otras de Pablo, etc. Ante esto Pablo dice: La fe cristiana no es una filosofía y los que la predicán no se predicán a sí mismos, sino al único Señor Jesucristo. El ministerio apostólico no es una tarea competitiva sino una colaboración (1, 10-4, 28).
- 2º. En la comunidad se da un acontecimiento escandaloso: un caso de incesto. Reflexión sobre lo que es la Iglesia y la incoherencia que supone mantener levadura vieja dentro de la nueva pasta.
- 3º. Cuando entre los cristianos surgen pleitos, no se ponen de acuerdo entre sí y recurren a los tribunales paganos (6, 1-11).
- 4º. Algunos piensan que la libertad cristiana autoriza a hacer cualquier cosa. "Cristo nos ha liberado, todo me está permitido" (6, 12-20).

1ª Corintios nos presenta de una manera ordenada las cuestiones prácticas con respecto a la vida de la Iglesia, y los puntos de doctrina que preocupan a los fieles. Está redactada con gran esmero, nos brinda argumentos irresistibles con respecto a la enseñanza y resuelve con gran sabiduría los problemas morales y eclesiásticos. Derrama mucha luz sobre el estado de las iglesias establecidas entre los paganos.

*Contenido:* Después de los saludos (1 Co 1: 1-9) se abordan importantes temas como:

- a.) Las divisiones dentro de la Iglesia (1 Co 1: 10-4: 21). Pablo les declara que todos tenían que depender de Cristo crucificado, les recuerda la autoridad inspirada con la que el Evangelio les había sido anunciado y muestra el papel secundario de cada predicador, incluso tratándose de un apóstol. No se debe hacer de nadie una "cabeza de facción" sino que se debe glorificar a Dios únicamente a través del nombre de Cristo.
- b.) El sagrado deber de ejercer y de hacer observar la disciplina eclesiástica (1 Co 5; 6), sobre todo en los casos de pecados de inmoralidad. La Iglesia estaba tolerando en su seno un ejemplo humillante.
- c.) Instrucciones con respecto al matrimonio y al divorcio (1 Co 7).
- d.) La libertad cristiana y las restricciones voluntarias en cuanto a los

alimentos sacrificados a los ídolos (1 Co 8-11: 1). Pablo había renunciado libremente a sus privilegios para conseguir ganar el mayor número posible de almas (1 Co 9). La libertad no debe transformarse en licencias, ya que todo debe hacerse para la Gloria de Dios (1 Co 10-11: 1).

- e.)** Advierte contra ciertos abusos en el culto público, y sobre el comportamiento de las mujeres sobre la base de la posición relativa de Dios, Cristo, el varón, y la mujer misma (1 Co 11: 2-34), y en cuanto a la manera de celebrar la Cena del Señor.
- f.)** Instrucciones con respecto a la apreciación, el ejercicio, y la disciplina en la utilización de los dones espirituales, y el valor supremo del amor (12-14).
- g.)** Instrucciones tocantes a la doctrina de la resurrección de los muertos, acerca de la cual había algunos inclinados a la duda (1 Co 15).
- h.)** Forma de actuar en cuanto a las colectas hechas para los cristianos de Judea y conclusión a propósito de los viajes del apóstol y de sus circunstancias personales (1 Co 16).

La atribución de esta carta a Pablo está abundantemente atestiguada después del primer siglo. Clemente de Roma, la Didaché, Ignacio, Policarpo, Hermas, Justino Mártir, dan todos ellos testimonio de su autenticidad. Ireneo la cita más de 60 veces, Clemente de Alejandría 130, Tertuliano alrededor de 400 veces. El Canon de Muratori sitúa a 1ª Corintios en el encabezamiento de las epístolas de Pablo. La epístola se corresponde con el relato de los Hechos y con lo que conocemos de una parte de la Iglesia y de la ciudad de Corinto, y por otra parte, de la vida y enseñanzas del apóstol.

#### SEGUNDA CARTA A LOS CORINTIOS

Esta carta es más unitaria que la primera. Pablo comparte con la comunidad el gozo y el sufrimiento de su ministerio. Las relaciones de Pablo con la comunidad de Corinto han pasado por momentos difíciles. Su actuación no siempre ha sido comprendida y sus intenciones no siempre se han representado con ojos limpios. Por la carta intuimos, incluso, que algunos han promovido una campaña de descrédito contra Pablo. Por eso esta 2ª carta tiene

un aspecto apologético (de defensa). Defiende su ministerio apostólico (cc, 1-7); y tiene otro aspecto polémico (cc, 10-13), en que Pablo descubre su personalidad, la elevación de su vida espiritual.

En 1 Corintios se revelan varias tensiones entre Pablo y la congregación que fundó, sobre todo el cuestionamiento de su apostolado (1 Co 9.1–6). Esta situación se deterioró y la visita a Corinto que Pablo propuso en 1 Co 16.5–8 resultó toda una desilusión (2 Co 2.1). En su angustia Pablo se defendió por medio de una fuerte carta, escrita «*con muchas lágrimas*» (2 Co 2.4). La mayoría de los estudiosos concuerdan en que los capítulos 10–13 de 2 Corintios, de gran tono polémico, constituyen esa carta. En ella Pablo responde vehementemente a los nuevos maestros que se han adueñado de la iglesia. Frente a estos «*superapóstoles*» (2 Co 12.11), Pablo se vio obligado a reivindicar su propio apostolado, con el fin de recuperar un espacio de ministerio entre los corintios. En este proceso desenmascara a sus adversarios como «*obreros fraudulentos*» y «*falsos apóstoles*» (2 Co 11.13).

La carta, junto con el envío de Tito a Corinto, parece haber logrado un cambio en la actitud de la iglesia. Pablo da testimonio de su gran alivio al encontrarse con Tito en Macedonia y recibir la buena noticia de una reconciliación (2 Co 7.6–7). Aunque aparece al principio de 2 Corintios, la sección 1.1–2.13 refleja este desenlace final, junto con la sección 7.5–16.

Incluidas en 2 Corintios se encuentran dos cartas sobre el importante proyecto de la colecta para los pobres de Judea. Tanto el capítulo 8 como el 9 versan sobre la administración de este significativo esfuerzo de Pablo por demostrar la solidaridad de las iglesias gentiles con la iglesia originaria en Palestina.

La epístola fue redactada en Macedonia (2 Co 2: 13; 7: 5; 9: 2, 4), poco después que Pablo hubiera salido de Éfeso (Hch 20: 1), quizás en el mismo año en fuera escrita 1ª Co, o en el otoño del año siguiente. Timoteo volvía a estar con el apóstol (2 Co 1: 1), Tito y otro cristiano habían vuelto después de que fueran enviados de Éfeso a Corinto (2 Co 2: 13; 7: 6, 7, 13, 14, 15; 12: 18) con instrucciones para que la Iglesia tomara en el acto medidas disciplinarias contra un hombre culpable, probablemente de incesto (1 Co 5: 1). Este hombre

había desafiado públicamente la autoridad del apóstol, obstinándose en su pecado, y comprometiendo el equilibrio de la Iglesia. Tito tenía que reunirse con Pablo en Troas, no habiéndolo encontrado allí, el apóstol se inquietó y por ello partió para Macedonia. Allí Tito le dio la buena noticia de que los corintios habían actuado con firmeza contra el culpable, quien había reconocido humildemente su pecado.

Ahora se han aclarado los malos entendidos y Pablo comparte con ellos la alegría de la reconciliación y el recuerdo de los malos momentos pasados. La carta sin embargo revela el tormento del apóstol ante la idea de que los corintios puedan mostrarse desleales, lleva la impronta de la terrible tensión a que estuvo sometido debido a los peligros espirituales que les acosaban. El sufrimiento no ha sido en balde y habrá servido para hacer más estrechos los lazos que le une a ellos. Pablo les abre el corazón: su actuación no se debe a motivos ocultos ni inconfesables; sólo le ha movido el interés del Evangelio. La 2ª carta a los corintios nos ofrece una magnífica visión de lo que es el ministerio apostólico: Pablo aprovecha los hechos para hacer una reflexión teológica de la misión de un apóstol y del papel de los pastores de la Iglesia. Tito es el encargado, junto a otros dos discípulos de llevar la carta a Corinto (2 Co 8: 16-24).

Curiosamente, a partir del capítulo 10, cambia el tono de las palabras; parece que Pablo vuelve a estar enemistado. Se hace difícil entender un final de esta clase. Por eso algunos estudiosos han hecho la suposición que nos encontramos ante dos cartas independientes que se han unido. Sabemos que Pablo escribió a los corintios más cartas de las que conservamos. Entre la 1ª y la 2ª habría existido otra carta (que se ha perdido, a no ser que sea justamente 2 Co 8-13) en la que Pablo habría tenido que poner las cosas en su lugar y que, por lo que parece, entristeció mucho a los corintios y que sirvió para hacerles reflexionar y cambiar de actitud (7, 8-13). Si los últimos capítulos fuesen esta carta de la que se nos habla se podría explicar muy bien este cambio de tono.

Grandeza y debilidad del apóstol (vaso de tierra portador de un gran tesoro). Fecundidad del sufrimiento. Alegría y cruz del anuncio del Evangelio. Solidaridad íntima del pastor con sus comunidades. Estos son los grandes

temas que se van desgranando a lo largo de esta confesión en voz alta.

### *Contenido.*

La carta tiene tres secciones esenciales:

- 1.) En los capítulos 1 a 7 Pablo rinde homenaje a la bondad de Dios que le ha librado de la prueba (2 Co 1: 1-14); Rechaza la acusación de ligereza (2 Co 1: 15-2: 4); ordena a los corintios que no sobrepasen los límites de la disciplina ejercida contra el culpable (2 Co 2: 5-11) y después describe el ministerio que le ha sido encomendado: éste es un ministerio espiritual (2 Co 3), sincero (2 Co 4: 1-6), acompañado de sufrimientos (2 Co 4: 7-18), pero también de esperanza (2 Co 5: 11-17), es esencialmente de reconciliación (2 Co 5: 18-6: 2). Pablo resume lo que ha significado para él este ministerio (2 Co 6: 3-10), y sobre esta base apelaba a los corintios (2 Co 6: 11-18). El apóstol se alienta y se goza (2 Co 6) por cuanto los corintios han reconocido lo bien fundado de su ministerio.
- 2.) En los caps. 8 y 9 Pablo habla de la colecta organizada a favor de los cristianos de Judea, y desarrolla el tema de la liberalidad.
- 3.) En los caps. 10 al 12 Pablo defiende de nuevo, de una manera conmovedora pero firme, la autoridad de su apostolado. Termina volviendo a poner en guardia a los corintios contra sus pecados habituales, y declara que, durante su próxima visita, no los va a tratar con miramiento alguno si persisten en su anterior manera de conducirse.

En esta segunda carta son evidentes los elementos esenciales de la teología y de la escatología de Pablo. Defiende su apostolado y subraya el carácter glorioso del ministerio cristiano. Esta segunda carta se difundió menos rápidamente que la primera. No es mencionada por Clemente de Roma al final del primer siglo, pero sí la menciona Policarpo hacia el año 115 dJC y Marción (140). Figura en el Canon de Muratori (hacia el año 170), también es confirmada por Ireneo, Teófilo, Atenágoras, Tertuliano y Clemente de Alejandría.

Una de las más enérgicas cartas de Pablo. Estuvo dirigida a los cristianos de Galacia. Es pequeña, pero su importancia es grande. Ofrece información valiosa sobre la vida de Pablo entre su conversión y sus viajes misioneros (1.11–2.14). Además de esto, es una de las grandes epístolas del apóstol a los gentiles, quizás sobre todo porque en ella proclama la doctrina de la justificación por la fe.

Esta carta, escrita alrededor de los años 54-57 dJC, fue escrita por Pablo para:

1. Defender el carácter divino del Evangelio (cc 1 y 2).
2. Demostrar la justificación por la Fe (cc 3 y 4) Amor.
3. Proponer la santidad moral de la libertad cristiana (cc 5 y 6).

Algún tiempo después de la 2ª visita de Pablo a las iglesias de Galacia (4, 3; Act 18, 23), fueron infiltrándose agitadores judaizantes que, desoyendo las decisiones tomadas en el Concilio de Jerusalén, atacaron duramente el Evangelio, libre de la Ley que él les predicó y, en relación con ello, trataron de minar su autoridad de apóstol. El Evangelio, tal como Pablo lo predicaba, sería un error peligroso. La Ley no había sido abolida por Cristo. La salvación era ciertamente también accesible a la humanidad no judaica, pero sólo a condición de aceptar la circuncisión y someterse a la Ley. Si Pablo los absolvía de sus exigencias, es que trataba de agradar a los hombres (1, 10). Pablo no era en absoluto verdadero apóstol, no había visto a Jesús ni tratado con Él, sólo los doce eran auténticos apóstoles. Según los judaizantes, éstos no enseñaban nada acerca de la abolición de la Ley y el cese de la posición privilegiada de Israel por razón de la muerte de Cristo. Pablo no habría recibido misión alguna de Jesús y sólo sería un delegado de los primeros apóstoles, por cuya escuela había pasado y de cuyas instrucciones dependía. Acaso, afirmaron también los intrusos, que Pablo había reconocido en Jerusalén la necesidad de la circuncisión y la predicaba él mismo, pero que no la exigió a los gálatas a fin de ganárselos más fácilmente. Lo cierto es que los judaizantes se presentaban como los heraldos del cristianismo auténtico que procedía de la Iglesia madre, que era predicado por los primeros apóstoles y que se remontaba a Jesús mismo.

El éxito de la agitación fue notable. Los cristianos gálatas todavía no había

apostatado a Pablo, pero sí están vacilantes en su fidelidad a él (1, 6; 3, 1s). Parece que los judaizantes sólo exigían de los gálatas que se sometieran a la circuncisión y a algunos preceptos indispensables de la Ley; pero Pablo les declara que, si aceptan la circuncisión, están obligados a la observancia de toda la Ley (5, 1-3). El reconoció que una intervención enérgica e inmediata era un imperativo y manda una carta en que entra implacablemente en polémica con sus adversarios, pero tampoco trata muy suavemente (3, 1) a sus queridos gálatas (4, 10). Ninguna de sus cartas está tan dominada por el fuego de la ira y la pasión como ésta.

En la discusión de Pablo con los judaizantes de Galacia se trata de la cuestión fundamental y del meollo de la religión cristiana. Según Pablo, lo que procura la salvación a los hombres es la muerte en cruz de Cristo; según los judaizantes, la circuncisión y la observancia de la Ley de Moisés. Según la creencia de éstos, sólo el judío, por nacimiento o elección, puede alcanzar la salvación. La consecuencia del judaísmo es la total desvalorización de la muerte redentora de Cristo: si para salvarse hay que obedecer a la Ley quiere decir que la Fe en Jesucristo es insuficiente. Pablo intuyó en todo su alcance y emprendió con energía y llevó inexorablemente a cabo la lucha contra este error radicalmente subversivo del cristianismo. Pablo venció, pero su victoria le costó su libertad (Act 21, 20ss). Sin el resultado victorioso de esta lucha, el cristianismo se hubiera quedado en una secta judía mesiánica y jamás habría llegado a ser una religión universal. ¡Esta carta es en realidad la “Carta Magna” de la libertad cristiana!.

#### *Autor y Fecha.*

Nadie duda hoy que Pablo sea el autor, pero aún se debate quiénes sean los destinatarios. También se discute con cuáles viajes de Pablo a Jerusalén mencionados en Hechos se identifican las visitas aludidas en Gálatas.

La carta fue dirigida por Pablo a las iglesias de Galacia (1: 2), de ello no hay duda, pero, si se entiende por Galacia toda la provincia romana de ese nombre, englobando todas las iglesias fundadas por Pablo durante su primer viaje en el año 47 dJC (Hch 13: 14), la carta fue entonces redactada antes del Concilio de Jerusalén (Hch 15). En este Concilio se trató precisamente el problema de la

circuncisión, y es necesario señalar que Pablo no hace alusión en la carta de una confirmación tal de su posición (Hch 16: 4). Muchos entendidos, basándose en el supuesto silencio respecto al Concilio de Jerusalén, fechan a Gálatas antes de 49 dJC, convirtiéndola en el primer escrito del Nuevo Testamento. Antioquía de Siria sería el lugar de origen en este caso. Ahora bien, si se entiende por Galacia tan sólo el distrito propiamente gálata, que no fue evangelizado hasta el segundo viaje de Pablo, la epístola no hubiera podido ser escrita antes de la visita del apóstol a Éfeso. Hechos 18: 23 mencionaría su segunda visita a esta región (Ga 4: 13). Por otra parte, las alusiones a la acogida que recibe Pablo, y la omisión del nombre de Bernabé (Ga 4: 13-20) no parecen concordar con lo que sabemos del primer viaje (en el que Bernabé tomó parte). En este caso, los entendidos suponen que Pablo estableció en la región de Galacia las iglesias en cuestión (Gl 1.2 «*y todos los hermanos que conmigo están, a las iglesias de Galacia*») al comienzo de su segundo viaje misionero (Hch 16.6) y que volvió a visitarlas al iniciar su tercer viaje (Hch 18.23). Según esta tesis, quizás más tarde desde Éfeso (Hch 19) o Macedonia (Hch 20.1s), en alguna ocasión entre 53 y 55 dJC, al enterarse de que estaban a punto de abandonar el evangelio, escribió esta carta con gran pasión y afecto. Las congregaciones estaban compuestas de gentiles (4.8s). La semejanza de la carta a los gálatas con la de romanos ha dado ocasión a sostener que las dos fueron redactadas en la misma época, hacia el año 56 o 57 d JC.

### *Marco Histórico.*

Habían aparecido algunas personas de afuera que querían «*pervertir el evangelio*» (1.7) y perturbar a las congregaciones (1.7; 5.7, 10, 12). Pablo arremete contra estos intrusos: los maldice (*sea anatema*) por predicar otro evangelio, aunque no puede haber uno diferente (1.6ss); los acusa de tener motivaciones ilegítimas (4.17; 6.13) y de no guardar la Ley (6.13); sarcásticamente les invita que vayan más allá de la circuncisión (que se castren; 5.12). Se trata de judeocristianos (judaizantes) que predicaban la circuncisión y el cumplimiento de la Ley y las instituciones mosaicas (4.10.) como requisitos para la salvación.

### *Contenido.*

La epístola fue provocada por las intrigas de ciertos maestros judaizantes que se enfrentaron a la autoridad de Pablo. Después de la introducción (1: 1-10), en la que habla de la complacencia de los gálatas hacia los falsos maestros, afirma vigorosamente la inspiración divina de la buena nueva que ha proclamado, defendiendo su autoridad apostólica (1: 1-2). Cristo se la ha conferido directamente. El apóstol no depende de los hombres, ni lo aprendió de los hombres. Muestra asimismo que la Iglesia de Jerusalén y los doce había admitido su apostolado (2: 1-10). En cuanto a su enseñanza, ésta no había variado nunca (2: 11-21), ni siquiera cuando Pedro, en Antioquía, parecía oponerse con su comportamiento.

En el Cap. 3 Pablo defiende la doctrina de la justificación sólo por la Fe, experiencia que los mismos gálatas habían tenido (3: 1-5), se refiere a las Escrituras para demostrar que éste es el camino que había seguido el mismo Abraham para alcanzar la salvación (3: 6-9).

En el c. 4 el apóstol da a sus lectores razones adicionales para mostrar la genuinidad de su Evangelio: la adopción y herencia del Hijo de Dios (4: 1-11), el afecto de los gálatas hacia Pablo (4: 12-20) y el paralelismo que presenta la historia de Agar, Sara y los hijos de ellas, con el pacto del Sinaí y el pacto de la gracia (4: 21-31).

De Gá 5: 1 al 6: 10 el apóstol ilustra la doctrina de la libertad acerca de la Ley: exhorta a los gálatas a que salvaguarden esta libertad, y a practicar «*la Ley de Cristo*», que es del amor y de la ayuda mutua. El pasaje de Ga 6: 11-18, que Pablo probablemente escribió de su puño y letra, es la conclusión, recapitula allí la esencia de su enseñanza.

#### *Aporte a la Teología.*

Al enterarse de que algunos perturbadores querían pervertir el evangelio de Cristo (1.7), Pablo se preocupó y decidió salirles al frente. Los judaizantes, que eran los perturbadores, habían sugerido que Pablo era un apóstol inferior, si es que se le podía llamar apóstol, y que sus enseñanzas carecían de autoridad. Pablo contrató presentando una apasionada defensa de su apostolado. El evangelio no lo había recibido ni aprendido de nadie, sino que

lo había recibido por revelación de Jesucristo mismo (1.11–12). Los que estaban tratando de cambiarlo estaban interfiriendo con el plan de Dios (1.7–8).

#### *Otros puntos importantes.*

Para Pablo lo más importante no era que una persona fuera circuncidada o no, sino que se hubiera convertido en una nueva creación (6.15). Gracias a Dios porque lo guió a poner por escrito sus pensamientos. Si no, probablemente el cristianismo hubiera seguido siendo una secta del judaísmo, en vez de convertirse en el medio universal de salvación. Por eso, Gálatas es la epístola de todo cristiano que está agradecido a Dios por el don de la gracia.

#### *Concilio de Jerusalén.*

Nombre dado a la reunión de los líderes de las iglesias en Jerusalén y Antioquía, la cual se relata en Hch 15.2–29. Ocurrió ca. 49–50 dJC, como consecuencia de acaloradas discusiones acerca del carácter que el cristianismo debía mantener entre los gentiles. La Iglesia, que se consideraba como el verdadero Israel, esperaba que el cristianismo continuara según las normas del Antiguo Testamento. Sin embargo, la conversión de multitudes de gentiles hizo surgir al menos dos inquietudes. Por un lado, quedaban por aclarar las implicaciones que tenía para la iglesia el pacto que Dios había hecho con Abraham, un pacto que había de permanecer para siempre e incluía la circuncisión (Gn 17.9–14). Por el otro, había una serie de factores anexados a las relaciones permisibles entre gentiles y judíos.

Las inquietudes mencionadas cristalizaron en dos preguntas básicas: 1) ¿Era legítimo el directo acercamiento de Pablo y Bernabé a los paganos si estos no cumplían los requisitos del judaísmo? 2) ¿Cuál debía ser el reglamento en el futuro? ¿Debía procederse en base a una norma conveniente o en base a la Ley de Dios? La práctica de comer juntos judíos y gentiles en las iglesias de Antioquía y Galacia escandalizaba a los hermanos en Jerusalén, y hacía cada vez más difícil la evangelización de los judíos de esta ciudad. Sin embargo, basándose en la aprobación evidente de Dios con respecto a los gentiles, el concilio (Hch 15.10) determinó no exigir que éstos pasaran por el judaísmo como medio para obtener la salvación de Dios. Este nuevo acceso de gentiles a

la comunidad mesiánica se vio como el cumplimiento de una profecía (Am 9.11s).

Es interesante notar que unos siete años después Pablo mismo hizo caso omiso del decreto del concilio respecto a la carne (Ro 14.1ss). Esto quizás indica que por aquel tiempo la proporción de gentiles y judíos había cambiado tanto que los decretos ya no tenían vigencia.

### *Circuncisión.*

Rito religioso en el que se corta el prepucio que cubre el glande del miembro viril. Entre estas naciones paganas la circuncisión era un rito de pubertad o consagración al matrimonio, que se efectuaba al llegar a la edad necesaria (Gn 17.25). Los filisteos, asirios, elamitas, sidonios y los habitantes preisraelitas de Canaán, no la conocían (1 S 14.6; Ez 32.17–30).

La circuncisión en el Antiguo Testamento no era un rito de pubertad, como en las naciones paganas. Se circuncidaban a los bebés de ocho días (Gn 17.12), por su necesidad de los beneficios del pacto y su participación en ellos (Lv 12.3; Sal 51.5; Ro 5.12, 18; 1 Jn 2.12).

La circuncisión implicaba obediencia a Dios (Ro 2.25–29; 1 Co 7.17–19), no solo para los creyentes adultos (Gn 17.1), sino también para los hijos (Gn 17.9; 18.19; Sal 103.17, 18; Ef 6.4; Col 3.20; Tit 1.16). Era señal de una relación especial, íntima y santa con Dios (Gn 17.1) y de plena comunión con el pueblo (Gn 17.14). Confería derechos y obligaciones de la misma manera que lo hacía la identificación de cada familia con su patriarca (Gn 17.7, 8, 12, 13, 23; cf. Ro 5.12–20 y el bautismo en Hch 2.39; 16.15, 31, 33; 18.8). Como señal del pacto era el requisito para participar dignamente de la Pascua (Éx 12.48) y de los sacrificios (Ez 44.7).

La práctica común en Israel era muy contraria a la alta enseñanza divina sobre la circuncisión. Casi desde el principio (Gn 34; cf. 21.4), Israel convirtió lo espiritual en algo carnal e hipócrita. En vez de tener la circuncisión por señal de bendición universal, la cambió en una distinción nacionalista que redundó en maldición (Gn 12.2; 17.6, 12; cf. cap. 34).

En el Nuevo Testamento:

La circuncisión se practicó, como correspondía a la cultura judía de la época, en los casos de Juan el Bautista y Jesús (Lc 1.59; 2.21). La imposición del nombre acompañaba a la circuncisión. Sin embargo, para mediados del siglo I la circuncisión perdió mucho de su sentido confesional de la época del regreso.

## BAUTISMO.

La acción del bautismo que se expresa en el Nuevo Testamento significa introducir en el agua, sumergir o lavar con agua. El bautismo en el Nuevo Testamento es la puerta de entrada a la comunidad del nuevo “Pacto”, que permite a los que pasan por ella experimentar los beneficios de dicho pacto. Juan el Bautista insistió en que se bautizaran los judíos. Cristo se sometió al bautismo con el que inició su identificación pública con los pecadores, identificación que culminó en la cruz (Mt 3; Mc 1.9–11; Lc 3.1–22; Jn 1.19–34; cf. Mc 10.38, 39).

### *Importancia de la carta a los gálatas.*

Ofrece gran cantidad de detalles de la vida del apóstol. Demuestra que los doce apóstoles estaban de acuerdo con Pablo y él era el comisionado de evangelizar a los gentiles. Es más concisa y vehemente que la epístola a los romanos, y por medio de ejemplos particulares da el mismo plan de salvación y la misma estimación de la dispensación hebrea. Todos los hombres, por lo que respecta a la Ley, se hallan bajo condenación como transgresores, por lo que es imposible la salvación por las obras de la Ley. Solamente Cristo puede salvar, por cuanto Él, por su muerte, ha dado satisfacción a las exigencias de la Ley con respecto a aquellos que creen. La Ley nunca fue destinada a salvar, sino a ser tutor o pedagogo (que entre los griegos era nada más que un esclavo que llevaba a los niños a la escuela) para llevarnos a Cristo. Ahora ya no estamos bajo ese pedagogo. Es por la Fe que fue salvado Abraham, es por la Fe, y sólo por ella, que nosotros venimos a ser hijos de Abraham, participantes de la bendición y herederos de la promesa. El judaísmo, como método de salvación, constituye una interpretación errónea del AT. La distinción entre judíos y gentiles ha quedado abolida. La proclamación de estas verdades pone

de manifiesto que el cristianismo es una Fe de alcance universal, y no una secta del judaísmo.

Los primeros escritores cristianos se sirvieron mucho de esta epístola. La usó Policarpo en su epístola a Diognetes (primera mitad del S II). En la segunda mitad de ese mismo siglo la empleó Justino Mártir, Obispo de Sardis, y después Ireneo y Clemente de Alejandría. Tertuliano la menciona en sus citas, Figura además en la versión Vetus Latina, y en el fragmento de Muratori.

#### CARTA A LOS ROMANOS

##### *Roma.*

Capital y eje de la Roma monárquica, republicana e imperial. Se hallaba en la costa occidental de Italia, unos 16 km al nordeste de la desembocadura del río Tíber. Tuvo un principio humilde como centro del pequeño reino romano, pero se fue engrandeciendo a medida que crecían el poder y la extensión de la nación. Llegó a ser una ciudad magnífica con un conjunto de edificios públicos quizá nunca igualado en la historia: el espléndido Foro, el Teatro de Pompeyo, que daba cabida a 40.000 personas; el Circo Máximo, que Nerón completó, donde cabían 150.000; el Coliseo, construido por Vespasiano, con lugar para 50.000, etc. Los ricos vivían en casas suntuosas en las colinas de la ciudad o en las áreas suburbanas. Pero la gran mayoría de los habitantes vivían apretados en los grandes edificios multifamiliares rodeados de calles angostas, sucias y bulliciosas. En la época de Augusto, la ciudad contaba con casi un millón de habitantes. De estos, unos 400.000 eran esclavos y 300.000 eran ociosos que el gobierno sustentaba con “pan y circos”. Huelga decir que la condición social de Roma era anormal y lamentable.

Naturalmente, una ciudad como Roma atraía a gentes de todo el mundo, y entre ellas había muchos judíos (Hch 18.2; 28.17). En tiempos de los macabeos ya había judíos allí y el número aumentó cuando Pompeyo conquistó a Palestina, pues llevó a Roma muchos cautivos judíos. El número siguió aumentando hasta alcanzar la cifra de cerca de 30.000. Vivían en cuatro barrios y tenían trece sinagogas: su religión era «lícita» ante los ojos del

gobierno. Algunos eran celosos en propagar su fe y ganaron prosélitos de entre los romanos. Los judíos gozaban del favor de Julio César y Augusto, pero tuvieron dificultades con Tiberio y Claudio (Hch 18.1).

Cuando Pablo llegó a Roma en 61 dJC, ya existía allí una comunidad cristiana (Hch 28.14s), a la cual tres años antes él había enviado una carta (Romanos). El NT no informa sobre el origen de esta comunidad. Antiguamente, los católicos romanos aceptaban la tradición (atribuida a Jerónimo, 340–420) que afirmaba que Pedro llegó a Roma en 42 dJC, fundó la iglesia allí y fue obispo de ella hasta 67. Hoy en día, después del notable avance en los estudios bíblicos y arqueológicos, esta tradición ha sido casi totalmente abandonada.

Se ha conjeturado que, de los judíos romanos que asistieron a la fiesta de Pentecostés según Hechos 2.10, algunos se convirtieron y llevaron el mensaje a Roma. Pero quizás la iglesia la fundaron los diversos creyentes que llegaron a la capital desde otras partes del mundo. Los numerosos saludos de Romanos 16, enviados antes de que Pablo conociera la ciudad, indican la movilidad de los creyentes; el versículo 5 sugiere que al menos uno de los creyentes de Roma había hallado a Cristo en una provincia del imperio.

Por siglos se ha discutido la cuestión de la estadía de Pedro en Roma. El NT solo proporciona datos indirectos al respecto. La frase «*la que está en Babilonia*», en 1 P 5.13, se ha interpretado en ocasiones como indicio de que Pedro escribió esta carta desde Roma. Pero otros alegan que no había razón para emplear términos místicos o crípticos al referirse a Roma en los saludos, y suponen que «*Babilonia*» debe entenderse literalmente.

Hechos 12.17 afirma que en 44 dJC Pedro, que había estado desde el 30 en Jerusalén, «*se fue a otro lugar*» desconocido. Con todo, Hch 15.6s lo coloca de nuevo en Jerusalén (*ca.* 49); sus actividades posteriores nos son desconocidas. En 58, al escribir su carta a Roma, Pablo no menciona nada respecto a Pedro. En 61 Pablo llega a Roma, pero en el relato (Hch 28) no hay referencia a Pedro (cosa muy extraña si este hubiera sido obispo de la ciudad). Pablo estuvo en Roma dos años (Hch 28.30), durante los cuales escribió cuatro epístolas (Ef, Col, Flm, y Flp), en las que no figura Pedro en absoluto. De ahí

concluimos que es sumamente dudoso que Pedro haya llegado a Roma antes de 63 dJC.

Sin embargo, los escritos patrísticos del siglo II son casi unánimes en afirmar que Pedro sí llegó a Roma y allí sufrió el martirio. De modo que, si bien tenemos que rechazar la tradición de Jerónimo, también debemos aceptar esta otra como fidedigna, respaldada por convincentes pruebas arqueológicas. Es muy probable que tanto Pedro (¿en 64?) como Pablo (¿en 67?) fueran martirizados en Roma.

Los orígenes de la Iglesia romana están envueltos en profunda oscuridad; sin embargo, hay que dar por seguro que el cristianismo llegó muy pronto a la capital del Imperio, adonde confluían hombres de todos los países. La formación de la Iglesia local apenas puede decirse que fuera obra de actividad misional regular, sino resultado de la inmigración de cristianos de Palestina y Siria que se unían en comunidad.

#### *Epístola a los romanos.*

Carta que Pablo escribió a los creyentes de Roma. Como en nuestro Canon las epístolas paulinas dirigidas a iglesias están ordenadas según su tamaño, ésta, la más larga del Nuevo Testamento, encabeza a las demás. Expone casi formalmente la doctrina paulina de la salvación.

#### *Estructura de la Epístola.*

La epístola a los Romanos consiste en dos mitades, una doctrinal (1–8) y otra práctica (12–16), separadas por tres capítulos sobre la posición de Israel en la historia de la salvación (9–11). Pablo revela su tema principal en el primer capítulo. El evangelio es poder para salvación del que cree (1.16–17). Esta declaración entonces se guarda en suspenso hasta el versículo 3.21, mientras Pablo se aparta un tanto del tema para mostrar que todas las personas necesitan la salvación: los gentiles porque quebrantaron la ley de la conciencia y los judíos porque quebrantaron la Ley de Moisés (1.18–3.20).

Pablo vuelve entonces al tema inicial. En una declaración clásica del evangelio de Cristo, explica que la justicia se obtiene solo por la gracia de Dios cuando uno deposita su fe en la obra redentora de Jesucristo (3.21–31). El caso de

Abraham es testimonio de que la promesa de Dios se alcanza por la fe (4.1–25). Los beneficios de la justificación son paz y confianza ante Dios (5.1–11). La capacidad de Cristo para salvar es superior a la capacidad de Adán para corromper (5.12–21).

Pablo aborda entonces el problema del pecado en la vida cristiana. Más que como un incentivo para que pequemos, la gracia nos acerca a una unión leal con Cristo (6.1–14). Cristo nos ha liberado de la esclavitud del pecado para que seamos esclavos de la justicia (6.15–7.6). Pablo reconoce que la Ley saca el pecado a la luz, pero el pecado nos convence de que necesitamos un Salvador (7.7–25). Pablo concluye la parte doctrinal con uno de los más triunfantes capítulos de la Biblia. Los creyentes no están bajo la condenación de Dios, sino que el poder del Espíritu Santo los levanta para enfrentar la adversidad a través del amor redentor de Dios (8.1–39).

En los caps. 9–11, Pablo discute la cuestión de por qué Israel rechazó al Salvador que se les envió. Luego presenta una serie de consecuencias prácticas del Evangelio. Una adecuada respuesta nuestra sería el sacrificio de nuestra vida entera a la causa del evangelio (12.1, 2). Los dones de gracia a la iglesia son complementarios, no competitivos ni uniformes (12.3–8). Presenta una lista de recomendaciones para la conducta cristiana (12.9–21). A los cristianos se les instruye en cuanto a la actitud que deben tener ante los gobernantes (13.1–7), el prójimo (13.8–10), la Segunda Venida (13.11–14) y el juicio a que a veces se somete a los demás (14.13–15.13). El apóstol concluye hablando de sus planes de viaje (15.14–33) y una larga lista de saludos (16.1–27).

#### *Autor y Fecha.*

No hay dudas razonables hoy día en cuanto a la autenticidad de Romanos. Aun los críticos más escépticos la incluyen entre las cuatro “epístolas columnares” (con Gl y 1 y 2 Co) escritas indiscutiblemente por Pablo. Hay pruebas de que otros autores cristianos, dentro del mismo siglo I, la citaron en sus obras, e Ireneo (siglo II) la cita como paulina. Todas las listas canónicas la incluyen. Además, esta fuerte prueba externa está corroborada por el testimonio interno de la carta misma. Al escribir, Pablo considera terminado su quehacer en el Oriente (15.23–27) y quiere continuarlo entre los gentiles de Occidente; pero

antes proyecta un viaje a Jerusalén, para llevar la colecta hecha en Macedonia y Acaya (15.25ss; cf. 1 Co 16.1–14; 2 Co 8.1–9.15; Hch 19.21). De esto se deduce que Romanos fue escrito durante el tercer viaje misional; y decir que data de a principios del año 58 concuerda bastante con los documentos.

#### *Marco Histórico.*

Aunque ciertos manuscritos posteriores omiten de las frases «*en Roma*» (1.7, 15), los mejores unciales respaldan aquí la tradición externa: Pablo escribió a los cristianos, en su mayoría todavía desconocidos por él, que vivían en la ciudad más importante del mundo. No se sabe quién llevó el evangelio a Roma en 15.20. Es probable que ningún apóstol la hubiera visitado en el momento del despacho de la carta. Pablo mismo no la visitaría sino tres años después (61, Hch 28.14ss). Es evidente que la comunidad cristiana adolecía de desunión. La sección ética de la carta (12.1–15.13), que exhorta a guardar la caridad y la paz, y la sección doctrinal (1.8–11.36) señalan los antídotos para este mal. Tal parece que los cristianos gentiles, que constituían la mayoría de la comunidad, se sentían superiores a los de origen judío; por tanto, las secciones sobre la pecaminosidad universal (1.18–5.21) y el significado de la vocación de Israel (9.1–11.36) les servirían de correctivo.

Dos factores favorecen a Corinto como ciudad de origen: 16.1ss recomienda a Febe, diaconisa al servicio de la iglesia en Cencrea; y 16.23 menciona a Gayo, hospedador de Pablo, probablemente el mismo de 1 Co 1.14.

*Aporte a la Teología.* Pablo tenía la intención de ir pronto a España pasando por Roma y respaldado económicamente por los romanos (15.24, 28s; cf. 1.9–15). Así que esta carta pretendía disponerlos para acoger su evangelio; o sea, su manera cristocéntrica de presentar las buenas nuevas. La carta anterior a los gálatas había sido un ensayo sobre el mismo tema, pero en el tono polémico que le imponían las actividades de los judaizantes. El tono de “Romanos” es más tranquilo y noble, aunque siempre enérgico y vivaz.

Esta epístola, que parece ser una presentación casi sistemática, no es un simple tratado de teología. Como las demás epístolas, se origina en las necesidades de sus destinatarios. En este caso Aquila y Priscila pueden haber sido fuente de la información precisa que parece traslucirse en ciertas alusiones. Pablo, siempre

fascinado en los últimos años de su apostolado por la significación del Imperio Romano, intuyó quizá la importancia de la comunidad cristiana de la ciudad capital y quiso dejar con ella esta comprensible exposición de la predicación primitiva. Su tema es: *«la salvación divina, aportada por el esparcimiento del evangelio, primero a los judíos y después a los gentiles»*, el poder de Dios apropiado por la fe (1.1s, 16s). Romanos es el escrito de Pablo más extenso, sistemático y teológicamente más importante, el más rígidamente dispuesto y más cuidadosamente elaborado. Indudablemente el apóstol está consciente de la importancia del testimonio dado en la capital del Imperio.

Esta carta repite algunos temas tratados en la carta a los gálatas y fue destinada a combatir a agitadores judaizantes introducidos en la Iglesia. Romanos polemiza con el judaísmo sobre la relación entre la justicia y la Ley. En 14, 1-15, 13 exhorta a los "fuertes" a la consideración fraterna respecto de los "débiles". Pero realmente la finalidad de su carta era exponer ampliamente su Evangelio, porque Pablo no estaba seguro de la fidelidad con que los romanos habían sido informados, ya que por todas partes se había trabajado contra él. Era natural exponer la cuestión, tan importante para su obra, acerca de la relación entre la Ley y la Fe, y del destino del pueblo judío, que en su mayoría había permanecido incrédulo; cuestiones de la más viva actualidad en todas las comunidades cristianas con elementos judíos. Mientras que la carta a los gálatas constituye la Carta Magna de la libertad cristiana, la de los romanos expone los principios fundamentales de la Fe. El Evangelio... *“esta Buena Nueva, que es fuerza de Dios, con el fin de salvar a todo aquel que cree,... esta Buena Nueva nos revela como Dios hace justos a los hombres, por la Fe y para la vida de la Fe, como lo dijo la Escritura: El justo por la Fe vivirá”* (Rm 1: 16, 17).

Pablo comienza la parte doctrinal mostrando cuál era la situación de la humanidad, tanto de los judíos como de los paganos, antes de Jesucristo. Unos y otros estaban irremisiblemente perdidos, esclavos del pecado y faltos de fuerza para hacer el bien. Pablo quiere mostrar que el hombre solo es incapaz de ganarse la salvación (Rm 1: 18-3: 20). La situación de los judíos no es mejor: conocen y tienen la Ley, pero no la cumplen y, en consecuencia, se

hacen merecedores de un castigo más severo (Rm 2). La salvación no depende de las "obras de la Ley", sino de "la Fe en Cristo Jesús". La Ley dice a dónde hay que ir, pero no proporciona la fuerza para hacerlo. La Ley no es un poder de salvación (1, 18-3, 20). Pablo refuta la objeción de que ello equivale a la pérdida de los privilegios de Israel, y afirma que el privilegio consiste en que son depositarios de la revelación (3: 1-19). Las propias Escrituras los declaran pecadores, pero Dios justifica a todo creyente a causa de la obra redentora llevada a cabo por Jesucristo (Rm 3: 21-30).

El apóstol se apoya en el AT (Rm 3: 31-4: 25) para afianzar estos criterios y demostrar que la salvación por medio de la Fe es la base de la experiencia cristiana (Rm 5: 1-11). Hace incluso un paralelo entre Adán y Cristo, establece que Dios siempre ha actuado sobre la base de los mismos principios (Rm 5: 12-21). <sup>3: 21</sup>*"Pero ahora se nos hizo manifiesto eso mismo que anunciaban la Ley y los Profetas: Dios nos hace justos y santos sin valerse de la Ley.* <sup>22</sup> *Dios nos hace justos mediante la Fe en Jesucristo, y eso vale para todos los que creen, sin distinción de personas"* (Rm 3, 21. 22). En contraste con aquel "antes" ennegrecido por el pecado, destaca luminosamente el "ahora" del tiempo de la gracia; destaca esta nueva humanidad inaugurada en Jesús, el nuevo Adán, ¡*primogénito de una Nueva Creación!*

Rm 3, 21-8, 39 es la descripción de este nuevo estado de los que se adhieren a la salvación ofrecida por Dios y manifestada en la muerte-resurrección de Jesús. Una pluralidad de temas entrelazados por Pablo la van destacando y definiendo. Así, se ve el modelo de Abraham, justificado como nosotros por la Fe y al margen de la Ley. Habla del "*Bautismo*" como el signo que asocia nuestro destino al destino mismo de Jesús por lo cual describe la necesidad de alzar un canto de acción de gracias a Dios que nos ha librado gratuitamente del dominio del pecado y nos ha situado bajo la acción del Espíritu que nos introduce en un clima de libertad y de filiación.

En Rm. 8 demuestra que la obra redentora de Cristo provee la renovación espiritual, la santificación completa, y el definitivo triunfo de aquellos que están en Cristo y que, escogidos y llamados por Dios, tienen parte en la manifestación total de Su amor. Toda la carta adquiere el tono de una

rebotante acción de gracias. Es la actitud propia de quien sabe que ha sido sacado y liberado de un pozo sin fondo y colocado en una nueva situación en la que ningún contratiempo nos podrá hacer perder lo esencial: "*Estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes espirituales, ni el presente, ni el futuro, ni las fuerzas del universo, sean de los cielos, sean de los abismos, ni criatura alguna, podrá apartarnos del amor de Dios, que encontramos en Cristo Jesús, nuestro Señor*" ( 8, 38-39).

*Otros puntos importantes.*

Con los últimos capítulos de "Romanos" se presentan pequeños problemas. Marción eliminó 15 y 16 en su Canon particular, pero todos los manuscritos existentes los incluyen. Sí es discutible la doxología final (16.25ss), que en algunos manuscritos se halla al final del cap. 14. Algunos comentaristas consideran que 16.1–24 (que consta en su mayor parte de saludos a conocidos y Pablo no había estado aún en Roma) es un fragmento de una supuesta carta dirigida a Éfeso. Señalan también como dudosa la inclusión en esta lista (v. 3) de Aquila y Priscila, expulsados de Roma en 49 dJC por el emperador Claudio.

En defensa de la autenticidad del capítulo 16, sin embargo, se puede responder que el evangelio había alcanzado a las clases extraordinariamente móviles y no es improbable que Pablo conociera en otra parte más de veinte cristianos que después fueron a radicarse en la capital. Y respecto a Aquila y Priscila, es probable que volvieran a Roma después de la muerte de Claudio en 54.

Romanos, según se desprende de los saludos (Rm 16: 23 cfr. 1 Co 1: 14; 2 Tm 4: 20) fue escrita durante la última estancia de Pablo en Corinto, a su paso por Grecia (Hch 20: 2, 3) en el invierno de finales del año 57 y comienzos del año 58 dJC. Según 15, 19ss el apóstol ha concluido su actividad en la mitad oriental del Imperio y está justamente pensando en emprender viaje a Jerusalén para entregar a la Iglesia madre el producto de la colecta organizada en su territorio de misión. Por Act 20, 2ss sabemos que, después de su marcha a través de Macedonia, se detuvo tres meses en Grecia y de aquí, poco antes de la Pascua que celebró en Filipos, emprendió el viaje a Jerusalén.

Según 1, 10-15; 15, 14-33, la carta tiene por fin anunciar y preparar la próxima visita de Pablo a la Iglesia romana, donde deseaba detenerse antes de su proyectado viaje a España (Rm 15: 25, 26). Como apóstol de los gentiles, Pablo se siente obligado a procurar la "obediencia al nombre de Cristo en todas las naciones" (Rm 1, 5). Una vez terminado su trabajo evangelizador en Oriente (v. 23), quiere ahora buscar en España un nuevo campo a su apostolado y, aprovechando ese viaje, llevar a cabo su proyecto, de tiempo atrás acariciado, de visitar la comunidad romana. Más, como tiene por principio no trabajar en campo ajeno, es decir, predicar el Evangelio sólo allí donde aún no es conocido el nombre de Cristo, en Roma sólo quiere anunciarlo "de paso" y recibir de la Iglesia de Roma su viático para España. Para su proyectada misión en España, Roma le es absolutamente necesaria como punto de apoyo. Por eso tiene que ganarse la benevolencia y protección de la Iglesia de allí, desconocida para él hasta la fecha, pero donde tenía muchos amigos (cfr. Rm 16). A este fin les escribe la carta. La epístola fue probablemente llevada a Roma por Febe, diaconisa de la Iglesia de Cencrea (Rm 16: 1), uno de los puertos de Corinto (Hch 18: 18).

Vale destacar nuevamente que en esta carta Pablo refuta magistralmente tres objeciones relativas a la doctrina de la Salvación recibida exclusivamente por la Fe, en virtud del sacrificio de Cristo por nosotros:

- a.)** La doctrina de la Salvación por la Fe no incita a los creyentes a pecar, por cuanto la Fe en Cristo implica la unión con el Salvador, lo que lleva al creyente a una nueva vida con una nueva naturaleza moral (Rm 6: 1-14).
- b.)** La doctrina de la liberación del yugo de la Ley no dispensa al creyente de una actuación moral, lo que sucede es que la Ley ya no es más el principio de su actuación. Sus motivos derivan del hecho de que se ha consagrado totalmente a Dios para hacer Su voluntad en el contexto de una vida nueva (Rm 6: 15-7: 6).
- c.)** Pablo replica además que ello no implica que la Ley sea algo malo, sino que la Ley en sí, no puede salvar. El hombre es pecador e incapaz de observarla, de ahí la necesidad de salvación (Rm 7: 7-15).

Antes de pasar a la parte de la exhortación a la vida cristiana, Pablo aborda sin rodeos el problema espinoso del rechazo generalizado del Evangelio por parte del pueblo judío. Son ellos los que tendrían que haber acogido con más facilidad esta salvación ofrecida a todos. Y las cosas no han ido por ahí. La situación hace sufrir a Pablo. No olvidemos que el pueblo judío es su pueblo. Pablo trata el tema señalando, por una parte, la responsabilidad de los judíos (no es que Dios le haya hecho una mala pasada) y, por otra, confiando en que este rechazo no será definitivo ni la última palabra. Quizá su rechazo, que ha servido para abrir las puertas del Evangelio a los paganos, servirá para encelarlos y preparará un nuevo retorno del pueblo judío hacia Dios. No debe olvidarse que la promesa de la salvación sólo había sido dada a los descendientes de Abraham, escogidos por Dios (Rm 9: 1-13).

Por tanto el rechazamiento de parte de los judíos proviene de que rechazan sus propias Escrituras con respecto a la salvación misma (9: 30-10: 21). Pero Israel no está totalmente rechazado, porque el “resto” prometido, los judíos elegidos, sí han creído (11: 1-10) y llegará el momento en que la nación judía se convertirá y aceptará al Redentor, al Mesías, como lo hacen los creyentes surgidos de la gentilidad (11: 11-36). Pablo acaba la carta con una exhortación a la vida cristiana. Toda ella se resume en una actitud de amor al hermano. Amor que se concreta en cada una de las diversas situaciones vitales (12, 1-15, 13).

Desde la época de Ireneo la epístola está reconocida unánimemente como paulina y canónica. Se encuentran citas y alusiones a la misma en los escritos de Clemente de Roma, Ignacio, Justino Mártir, Policarpo, Hipólito, Marción, los fragmentos de Muratori, las versiones Vetus Latina y Vetus Siríaca, entre otros. Ha jugado un importantísimo papel en la historia de la Iglesia. Su influencia fue inmensa en Agustín de Hipona, en los reformadores, y cada vez que ha habido un despertamiento, genuinamente bíblico, esta epístola ha sido un centro pivotal, como afirma el Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado en CD-Rom de Editorial CLIE y Multimedia Inc de 1996.

## CARTA A LOS FILIPENSES

Una de las cuatro epístolas cortas escrita por el apóstol Pablo desde la prisión. Las otras tres son Efesios, Colosenses y Filemón. Pablo fundó la iglesia en Filipos (Hch 16.12–40). Durante toda su vida, los filipenses ocuparon un lugar especial en el corazón de Pablo. Su carta la escribe con amor, y en toda ella se respira un aire de gozo. Cuando Pablo fue por primera vez a Filipos, lo echaron en la cárcel. Bien avanzada la noche, azotado y encerrado, cantaba a Dios (Hch 16.25). Diez años después fue de nuevo a prisión y allí sentía el gozo del cristiano en medio del sufrimiento: «*Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez digo: ¡Regocijaos!*» (Flp 4.4).

La ciudad de Filipos es una fundación del rey Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno, en el lugar de la antigua Crenides o “Ciudad de las fuentes”. Como muestran las inscripciones, la mitad por lo menos de los habitantes eran de origen y lengua romana. En la ciudad se hallaba también una pequeña comunidad judía, la cual poseía un lugar de oración. En su 2º viaje misional, Pablo llegó a Filipos viniendo de Tróade o Troas, con Silas (Silvano) y Timoteo (y Lucas), por los años 50-51 y allí fundó una iglesia cristiana, la primera que fundó en Europa; compuesta esencialmente de pagano-cristianos. Filipos fue la Iglesia europea más antigua, y más querida por Pablo y con ella mantuvo vivas y muy cordiales relaciones. De ella recibió ayuda con bastante regularidad.

### *Estructura de la Epístola.*

La epístola se dirige a «*todos los santos en Cristo Jesús*» (1.1; 4.21), pero menciona expresamente a los obispos y diáconos (inspectores y ayudantes), y se compone de tres partes casi separadas: informaciones, exhortaciones y saludos (1.1–2.30; 4.4–7, 21–23), un grito de alarma con lágrimas (3.1b–21), y un acuse de recibo de las donaciones (4.10–20).

Pablo comienza hablando de su intercesión por todos, agradece la participación activa de los filipenses en la evangelización y pide que el amor siga inspirando los pensamientos y la acción (1.3–11). Informa sobre su proceso y su esperanza de ser liberado, como respuesta a la oración de los filipenses. Pero está dispuesto también a morir por Cristo en beneficio de la

obra misionera (1.12–26). Exhorta a una conducta digna del evangelio predicado, aun en medio de sufrimientos (1.27–30), y a la unidad en humildad de acuerdo con el ejemplo de Cristo, quien fue exaltado por su humillación hasta la muerte de cruz (2.1–11). Es su anhelo que los filipenses sean «*luminares en el mundo*» (2.12–18). Acto seguido, el apóstol informa sobre sus ayudantes: Epafrodito y Timoteo. Habla de ambos con ardiente afecto y fina delicadeza (2.19–30).

En 4.2s Pablo pide a varias personas que sean de un mismo sentir en el Señor. La unidad y la paz entre los filipenses (1.27; 4.7, 9) peligraban por el deseo que algunos tenían de ser perfectos para «*conocer así el poder de la resurrección*». La reacción del apóstol es tan fuerte como en el caso de los gálatas (3.1–11). Advierte del riesgo de poner la confianza en esfuerzos religiosos, a la manera del fariseísmo, y presenta el ejemplo de su propia conversión, la cual produjo el deseo de «*ser hallado en Cristo*». Esto se logra, no por llevar una vida legalista, sino al ser aceptado por Dios mediante la fe en Cristo. Señala el alcance futuro del cristiano (3.12–21) y concluye pidiendo unidad entre todos los que son maduros en la fe. Advierte que la fe en la resurrección no debe excluir la cruz, y señala que los privilegios actuales de los creyentes garantizan el porvenir (4.1–9). La pretensión de la perfección divide la iglesia en imperfectos y perfectos, orgullosos y tímidos; Pablo en cambio, piensa siempre en «*todos*» (3.15; 1.1).

Refiriéndose finalmente a las donaciones de los filipenses, Pablo disimula su extrañeza por no haber recibido ayuda durante algún tiempo. Alude a su propia disciplina en Cristo, agradece la ayuda y es su oración que los filipenses sean recompensados por Dios (4.10–20).

En 2.5–11 se halla un pasaje especialmente notable: un cántico al Siervo que es a la vez el Señor. Este salmo, que exalta al crucificado, quizás lo cantaron los filipenses.

«<sup>5</sup>*Tened entre vosotros los mismos sentimientos de Cristo:*

<sup>6</sup>*El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios.*

<sup>7</sup>*Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre;*

<sup>8</sup>y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte en cruz.

<sup>9</sup>Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre.

<sup>10</sup>Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra  
y en los abismos,

<sup>11</sup>y toda lengua confiese que Cristo Jesús es SEÑOR para gloria de Dios  
Padre»

*Autor y Fecha.* Existe un poco de duda sobre si Pablo escribió la Epístola a los Filipenses. Sin embargo, toda la epístola lleva el sello de su lenguaje y estilo; el escenario es la prisión de Pablo; y los destinatarios están en correspondencia con lo que sabemos de la iglesia en Filipos.

Durante su segundo viaje misionero, en 49 dJC, Pablo sintió el llamado de Dios a visitar Macedonia (Hch 16.6–10). En Filipos fundó la primera congregación cristiana en tierra europea (Hch 16.11–40). A partir de ese momento se desarrollaría una relación de ayuda mutua entre los filipenses y Pablo que duraría para siempre (Flp 1.5; 4.15). Durante su tercer viaje misionero, Pablo volvió a visitar la iglesia (Hch 20.1, 6).

Cuando escribió Filipenses, Pablo estaba en una prisión (1.7, 13s, 30) mientras esperaba la decisión de su juicio (Flp 1.5). La fecha de la carta depende de identificar la prisión en que se encontraba Pablo en ese momento. Los lugares más probables son: Roma (61–63) y Éfeso (55–56), pero cada hipótesis tropieza con dificultades.

Los filipenses habían demostrado un interés permanente en la obra y persona de Pablo, lo sostenían en sus viajes con donaciones y provisto de un ayudante, Epafrodito. Pablo, por su parte, deseaba informarles de sus experiencias. Para ello, aprovechó un viaje de Timoteo y Epafrodito. Este último había enfermado y la iglesia sentía gran pesar por él (2.25–30). Para calmar esta inquietud, Pablo lo envió con esta epístola, en la cual también prometió una próxima visita personal (2.24).

#### *Marco Histórico.*

El lugar de la prisión de Pablo se ha debatido durante mucho tiempo. Muchos creen que fue en Éfeso o Cesarea, pero la mayoría opina que fue en Roma.

Pablo hace referencia a *«todo el pretorio»* (1.13) e incluso envía saludos de *«los de la casa de César»* (4.22). Estas referencias sugieren a Roma, así como la descripción de sus prisiones en 1.12–18. Esta descripción es similar a la de Clemente sobre el encarcelamiento de Pablo en Roma escrito a finales del primer siglo. Además, Pablo considera la posibilidad de su muerte (1.23). Esta probabilidad fue más hacia el final de su vida en Roma que a principio. La epístola, por tanto, podría fecharse con más probabilidad alrededor del 60 dJC *Aporte a la Teología*. En esta epístola el apóstol describe el *«progreso del evangelio»* (1.12), exhorta a la iglesia (1.27) y narra la situación de su vida de fe (3.12, 14). Pablo siente *«gozo en el Señor»* (1.14, 18; 2.2; 3.1; 4.4; etc.) porque *«el que comenzó entre [los filipenses] la buena obra [de la comunión en la evangelización], la perfeccionará hasta el día de Jesucristo»* (1.6). Exhorta a acabar con las *«murmuraciones y contiendas»* en la iglesia (2.3, 14) y exalta la unidad gozosa en Cristo (1.7, 8, 27, etc.), ya sea que él esté presente o ausente (1.27).

El enfoque de Pablo en Filipenses es la vida centrada en Cristo, adornada por el gozo de pertenecer a la familia de Dios. Pablo lo ha entregado todo a Cristo, y puede decir con la frente en alto que es siervo (esclavo) de Cristo (1.1), que para él el vivir es Cristo (1.21) y que lo ha perdido todo, y lo tiene por basura, para ganar a Cristo (3.7–8). Su única pasión es glorificar al Señor (3.8–9). Su anhelo es que lo que él siente, lo sientan también los cristianos filipenses. Ora que abunden en el amor de Cristo (1.9), que tengan el mismo sentir de Cristo (2.5–11) y que conozcan bien lo que pasó Cristo: sufrimiento, muerte y resurrección (3.10–11). El cristiano, como es la experiencia de Pablo, puede siempre declarar por la fe: *«Todo lo puedo en Cristo que me fortalece»* (4.13).

La relación con Cristo, sin embargo, no debe ser teórica. Debe ser real y debe manifestarse en hechos concretos en nuestra vida. Ante la oposición al cristianismo, el cristiano debe mantenerse firme, en un mismo espíritu (1.27). Las diferencias entre los cristianos se eliminan cuando estos son de un mismo sentir en el Señor (4.2). Pablo exhorta a los creyentes a seguir adelante hasta alcanzar aquello para lo cual nos tomó el Señor (3.14–15), a pensar solo en las cosas que agradan a Dios (4.8). Uno es como Cristo cuando ve la vida desde la

perspectiva de Cristo y actúa con los demás como Jesucristo hubiera actuado.

*Otros puntos importantes.*

En ninguna otra parte se presenta el sentir de Jesucristo como en Filipenses 2.1–11. Los cristianos debemos imitarlo en todo, sobre todo en su amor (2.2). Debemos imitarlo en su humildad, demostrada al no tener a menos dejar su gloria para venir a este mundo (2.6–7). En la mayor demostración de amor de la historia del universo el Señor se humilló y marchó a la muerte por salvarnos (2.8). Por eso Dios «*lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra*» (2.9–10).

Los filipenses se enteraron de la prisión del apóstol y le enviaron un donativo en dinero por medio de Epafrodito, miembro de su iglesia. Éste, durante su permanencia junto al apóstol prisionero, cayó en una grave enfermedad que le llevó a las puertas de la muerte. Los filipenses tuvieron noticias de ello y estaban inquietos por su suerte. Epafrodito, que lo supo, pidió volver a Filipos a fin de que sus paisanos no tuvieran pena por él. Esto obligó a Pablo a despedirlo antes de lo que había pensado. Epafrodito, evidentemente, les entregó la carta. La carta por tanto fue redactada por Pablo desde el cautiverio (Flp 1: 7, 13, 14, 17), bajo vigilancia de la guardia pretoriana (Flp 1: 13), por ello trasmite los saludos de los santos pertenecientes a la casa del César (4: 22). Pablo no tiene nada esencial que reprocharles; sólo tiene que exhortarles a la unidad (1, 27ss) y reprender por su discusión a dos mujeres, Evodia y Sintique (4, 2s). Fue escrita también como acuse de recibo del don que le habían enviado los filipenses y aprovecha la ocasión para darles noticias suyas y ponerlos en guardia contra los errores doctrinales. Por tanto esta carta constituye el mensaje de un pastor a su grey.

Se debate y apenas si puede decidirse quiénes sean las gentes contra las que Pablo polemiza tan vivamente, previniendo a los filipenses contra ellas. En 3, 2-3 no se trata probablemente de cristianos judaizantes, sino de agitadores judíos (Dibelius, Benoit) que combatían por todas partes al apóstol en sus viajes de misión (cfr. 1 Ts 2, 15). Ciertamente que hasta entonces no han penetrado en la iglesia ni la han inquietado, pero los filipenses han de estar en guardia

contra ellos. Los verdaderos enemigos de la iglesia no hay que buscarlos en Filipos. Más actual es para Filipos el peligro de desunión interna, que Pablo combate con singular energía.

No es una carta demasiado difícil de leer y comprender. La escribe desde la prisión, es un prisionero por el Evangelio, su carta es una especie de canto de alegría. La comunidad de los filipenses tiene un título de gloria: es la única comunidad de la que Pablo aceptó una ayuda económica. La norma de Pablo era vivir de su trabajo, renunciando gustosamente al derecho que podría tener de vivir del Evangelio por miedo de que esto pudiese alguna vez ser mal interpretado. Muy seguro debería estar de la solidez de los filipenses para hacer con ellos una excepción a su norma habitual.

Toda la carta parece una glosa de la carta a los romanos: "*nada nos puede separar del amor de Dios*". Y convencido de esto, en una situación incierta - ¿Cómo terminará su encarcelamiento?- proclama su alegría. El sufrimiento asociado y leído desde la cruz de Cristo no es un absurdo total. No es un sufrimiento falto de sentido. Aunque haya de perder la vida, lo que nunca perderá es el amor de Dios, fuente de su alegría más profunda.

Contenido:

- a.) Introducción (Flp 1: 1, 2).
- b.) Pablo agradece a los filipenses, asegurándole su afecto, sus oraciones para el avance de ellos en la santificación (1: 3-11). Afirma que su encarcelamiento contribuye al progreso del evangelio, se goza en que Cristo sea predicado, a pesar de la oposición que tiene que sufrir, desearía mejor partir para estar con Cristo, pero sabe que será preservado para serles aún más útil, los exhorta a que permanezcan en la Fe (1: 12-30).
- c.) Apelación a la unión espiritual, basada en la abnegación y en el amor, en el seguimiento del ejemplo de Cristo, que debería incitarles a llevar a cabo su servicio hasta el fin (2: 1-18).
- d.) Pablo espera poder enviarles a Timoteo, y dirigirse él mismo a Filipos, mientras tanto, delega en Epafrodito (Flp 2: 19-30).
- e.) Exhortación a seguir gozosamente la peregrinación terrestre, en

sometimiento en Cristo, sin perder de vista el galardón celestial, tal y como él mismo hace. Pone a los filipenses en guardia frente a los enemigos del evangelio (3).

- f.) Recomendaciones finales a ciertas personas y a toda la Iglesia. El tema es el gozo, la serenidad de ánimo, la santidad (4: 1-9).
- g.) Última alusión al gozo que le había venido del don y el afecto de los filipenses. Últimos saludos (4: 10-23).

*Autenticidad y mensaje espiritual.* Es indiscutiblemente una carta de Pablo, el contenido, tono, estilo, detalles personales, etc. lo confirman. Hay además numerosos testimonios: Clemente de Roma (90 dJC) conocía la epístola e Ignacio (110 dJC) la cita. La carta posee un mensaje de gran riqueza espiritual, y se pueden mencionar aquí dos temas particularmente relevantes:

- 1.) El gozo (1: 5), el apóstol puede gozarse en medio de todas las circunstancias (1: 18) y se goza en el gozo de los demás (1: 25). Su gozo perfecto es ver el amor y la unidad de los creyentes (2: 2). La misma perspectiva del martirio le lleva a gozarse y a pedir a los filipenses que se gocen y regocijen con él (2: 17, 18). El “*siervo de Dios*” tiene un gozo y una corona permanentes: *¡las almas de aquellos a los que ha llevado la salvación!* (4: 1). Pablo no puede dejar de insistir en ello: «*Otra vez digo ¡Regocijaos!*» (3: 1; 4: 4).
- 2.) El otro tema es el de “*lo mejor*” que debemos discernir (1: 10). ¿Qué es lo mejor? El testimonio fiel rendido a Cristo en la cárcel es mejor que la misma libertad en sí (1: 12-14). La muerte es más excelente que la vida, por cuanto «*es estar con Cristo*» (1: 21-23), Seguir al Señor en Su anonadamiento es el camino de la mayor gloria (2: 5-11). Todo lo que es bueno desde el punto de vista de los valores meramente humanos viene a ser como basura en comparación con la «*excelencia del conocimiento de Cristo Jesús*» (3: 4-8). La humillación, la escasez, la angustia, la abundancia, no son nada, lo excelente es estar satisfechos y fortalecidos en Cristo (3: 11-14). Dios mismos, nuestra plenitud, suplirá a todas nuestras necesidades conforme a sus riquezas en Cristo Jesús (3: 19).

## CARTA A LOS COLOSENSES

La ciudad de Colosas estaba situada al sur de la antigua Frigia. En tiempos de la redacción de Colosenses, albergaba una considerable comunidad cristiana. Uno de sus miembros, Filemón, tenía una Iglesia doméstica. La Iglesia de Colosas se componía principalmente de cristianos de la gentilidad (2, 13; 1, 21-27); sin embargo, no hubo de faltar judeocristianos, pues el judaísmo estaba muy difundido en Frigia.

La epístola fue escrita (alrededor del año 62 dJC) por Pablo, probablemente mientras estaba preso (Col 4: 3, 10, 18) durante su primer cautiverio de dos años en Roma (Hch 28: 30, 31), aunque algunos historiadores piensan que fue escrita en Cesarea (Hch 23: 35; 24: 27). La ocasión de escribir Pablo la carta a los colosenses fue una herejía que amenazaba a la comunidad. Epafras, el presunto fundador de ésta (Col 1: 7), había dado cuenta al apóstol de la riqueza de vida cristiana en ella desarrollada (1, 8s); él, pues, le informaría más puntualmente acerca del peligro de la herejía. Probablemente, Epafras fue a buscar para este fin al apóstol y le pediría luz y avisos para la comunidad. Tíquico fue el mensajero encargado de llevar la carta (Col 4: 7, 8), a quien se le confió también la destinada a Éfeso (Ef 6: 21) redactada en la misma época. Onésimo, que acompañó a Tíquico, llevaba la carta dirigida a Filemón, habitante de Colosas y probable padre de Arquipo, mencionado en Flm 2 y en Col 4: 17.

Sobre el carácter de la herejía, se trata de un movimiento sincretista de carácter judeo-gnóstico que tenía secuaces en Colosas. Dos puntos son característicos suyos:

- 1º. Una especulación sobre los "*elementos del mundo*", (2, 8-20), por lo que hay que entender potencias angélicas, y por ello se habla también de culto de los ángeles (Col 2: 18). Estos elementos del mundo representan una serie escalonada de seres intermedios en los que se manifiesta "*la plenitud de la divinidad*", el "*pleroma*" (1, 19; 2, 9). Ellos han realizado la creación (1, 15-17). Según la concepción de los herejes, ejercen poder sobre los hombres, que les están sometidos por el nacimiento y el destino. Para lograr la reconciliación con Dios no basta adorar a Cristo, sino que

hay que tributar también culto a estos seres. Ello obviamente atentaba contra la supremacía y todo-suficiencia de Cristo.

2º. La obligación de guardar determinadas prescripciones de pureza, celebrar ciertos días y abstenerse de ciertos alimentos y bebidas (2, 16-21ss). Esta ascesis (práctica y ejercicio de la perfección espiritual), exigida y practicada sin duda por respeto a las potencias angélicas, está determinada por influencias judeo-legales; sin embargo, en ninguna parte se exige expresamente la circuncisión y la observancia de la Ley mosaica, aún cuando una y otra se tienen en alta estima.

Tanto si los colosenses habían caído en la trampa de esta retahíla de observancias religiosas, como si únicamente corriesen el peligro de caer en ella, Pablo les escribe situando claramente su tesis: ni Cristo es uno de esos poderes “semi” divinos, ni la vida cristiana es una variante más de estas supersticiones religiosas. La peligrosidad de la herejía, que hacia peligrar la fidelidad de los cristianos colosenses, consistía en que por ella se negaba la posición de Cristo como mediador y redentor único. De ahí que tenga Pablo que destacar enérgicamente en su escrito la unicidad de Cristo, y así lo hace en dos secciones cristológicas, 1, 15-20 y 2, 9-15, que presentan a Cristo crucificado, resucitado y glorificado como reconciliador y consumidor del universo, y acentúan su posición de cabeza y señor sobre toda potestad y dominación. Se insiste en que Cristo es el primero en todo, superior a todo, por encima de todo, y que todo ha sido creado por y para Él (1, 15-19). Se explica en ésta, mejor que en otras, la doctrina de la Persona de Cristo: Dios-Hombre. Juntamente con la Cristología se profundiza también la Eclesiología. Cristo es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia que vive de la vida misma de Cristo.

Estos seductores diferían de los judaizantes a los que se opuso Pablo en su epístola a los gálatas. Representaban en sí, con su filosofía mística (Col 2: 8), una nueva forma de error y puede, que en algunos aspectos, fueran precursores de los gnósticos. Unían al ritualismo la tendencia a la teosofía característica del pensamiento oriental. Tales errores demandaron del apóstol una refutación inmediata.

La carta a los colosenses puede dividirse en cuatro partes:

- a.)** Introducción y acción de gracias (1: 1-8).
- b.)** Sección doctrinal (1: 9-3: 4).
- c.)** Exhortaciones prácticas (3: 5-4: 6).
- d.)** Saludos finales (4: 7-18).

La parte doctrinal, como ya habíamos apuntado, es sumamente importante. Pablo empieza con una oración para que aumente en los creyentes de Colosas el conocimiento de la voluntad de Dios de cara a una vida santa y fructífera. Después describe la pre-eminencia de Cristo, imagen del Dios invisible, Señor supremo del universo y cabeza de la Iglesia. En el c. 2 confronta a los propagadores del error presentando la evidencia de la plenitud que los creyentes tienen en Cristo, habiendo triunfado definitivamente sobre todos sus enemigos espirituales. Afirma a los cristianos que solamente la unión con Cristo, mediante el bautismo del Espíritu Santo y la Fe, les permitirá experimentar el hecho de la plena salvación. Les exhorta a la práctica de una vida conforme a las exigencias de la moral y del orden social en respuesta al ascetismo.

El tema está esencialmente centrado en Cristo, reafirma la doctrina de la salvación enseñada en las cartas precedentes, pero desarrolla de una forma más plena la primacía de la persona de Cristo, y la total suficiencia de su obra. La forma y el contenido de esta epístola tienen muchos puntos en común con las dirigidas a los creyentes de Éfeso, aunque ambas presenten también diferencias notables entre sí.

#### CARTA A LOS EFESIOS

Más que una epístola simplemente, este escrito es un tratado epistolar, quizás dirigido a los creyentes de toda el Asia Menor, especialmente a los gentiles (2.11, 19; 5.7s). Se escribió si no juntamente, al menos muy cerca de la epístola a los colosenses, y es muy probable que la llevara un mismo correo, Tíquico (6.21, 22; cf. Col 4.7–9). A diferencia de las demás cartas paulinas, no contiene exhortaciones de carácter personal ni soluciones para problemas concretos, indicio de su carácter encíclico.

## *Éfeso.*

Ciudad del occidente de Asia Menor, y centro importante en la historia de la iglesia primitiva. Estaba situada entre Mileto y Esmirna, en el valle del río Caistro, a 5 km del mar Egeo y entre las montañas de Koresos. Su excelente acceso al mar la convirtió en el principal puerto de Asia durante el Imperio Romano. Compartió con Alejandría y Antioquía la supremacía en el Mediterráneo oriental, y llegó a ser la más importante gracias a su posición geográfica y actividad industrial.

### *Historia General.*

Como ciudad, probablemente Éfeso se fundó en el siglo XII aJC, cuando los colonizadores griegos se mezclaron con los indígenas de la región, descendientes de habitantes de Anatolia en el centro de Asia Menor. En 560, Creso, rey de Lidia, conquistó a Éfeso. Este restauró el famoso templo de Artemisa y benefició de gran manera a la ciudad. Tres años después la capturaron los persas. Lisímaco, uno de los sucesores de Alejandro Magno, la reconstruyó más tarde (322) y además de embellecerla la inundó con la influencia helenista. En 133 aJC, Atalo III, rey de Pérgamo, entregó la ciudad a Roma y así se mantuvo hasta el 262 dJC, cuando los godos destruyeron tanto al templo como a la ciudad. En la era apostólica, Éfeso era el centro administrativo y religioso de la provincia romana de Asia; algunos de sus oficiales se llamaban asiarcas (Hch 19.31).

El templo de Diana, considerado una de las siete maravillas del mundo, estaba situado al nordeste de la ciudad. Se terminó al principio del siglo III aJC. Daba renombre a Éfeso quien se jactaba de ser “*guardiana del templo de la gran diosa Diana*” (Hch 19.35). Fueron impresionantes la superstición y el ocultismo que florecieron a la sombra del culto a esta diosa, cuyas características eran semejantes a las de la diosa oriental de la fertilidad.

### *Historia Sagrada.*

Según Hechos, Pablo visitó a Éfeso dos veces: a finales de su segundo viaje misionero, cuando iba de prisa hacia Jerusalén (18.19–21), y durante el tercero (19.1–41). Había en Éfeso una numerosa colonia judía donde Pablo y sus compañeros, Aquila y Priscila, fueron bien acogidos al llegar por primera vez.

El apóstol deseaba estar en Jerusalén para cierta fiesta y esto acortó su visita, pero sus compañeros permanecieron allí. Sin duda, fundaron la iglesia ayudados por Apolos (Hch 18.24–26). La segunda visita de Pablo duró tres años (19.8, 10; 20.31), pero esta vez la situación fue diferente. Al principio, los judíos lo recibieron bien, pero después de predicar tres meses en la sinagoga surgió la oposición (quizás por desacuerdo en cuanto a lo que es el «Reino de Dios», 19.8, 9). Por tanto, trasladó su centro de actividades a la «escuela de uno llamado Tiranno». Con este punto como cuartel, Pablo llevó a cabo una obra extensa, ayudado por sus compañeros y convertidos como Típico, Epafras y Filemón (Hch 19.10). Seguramente durante esta época nacieron «las siete iglesias... en Asia» (Ap 1.11) y otras como Colosas e Hierápolis (Col 4.13). Su ministerio lo acompañaron «milagros extraordinarios» (Hch 19.11). Tantos se convirtieron, que los fabricantes de ídolos vieron en peligro su negocio y provocaron el tremendo alboroto relatado en Hch 19.23–41.

Éfeso llegó a ser un centro importante de la iglesia primitiva. Timoteo permaneció allí para cuidar de la iglesia después de la ida de Pablo (1 Ti 1.3). La tradición (escritos postapostólicos) afirma que el apóstol Juan se trasladó a Éfeso a finales del siglo I para supervisar y ayudar a las iglesias de Asia. Esto explica por qué les dirigió los mensajes escritos en Ap 2 y 3 durante su destierro en la isla de Patmos. Desde la época postapostólica hasta la invasión musulmana, Éfeso fue un centro eclesiástico importante. Aquí se celebró, en 431, el tercer concilio ecuménico donde se condenó la cristología nestoriana. La carta habría sido dirigida a un grupo de Iglesias territorialmente vecinas entre sí, pero desconocidas personalmente del apóstol. Como “Efesios” y “Colosenses” están íntimamente emparentadas por su fondo, y ambas fueron llevadas por Tíquico (Ef 6: 21; Col 4: 7-8), sólo puede tratarse de Iglesias vecinas a Colosas, y consiguientemente, Iglesias de Frigia o del Asia Menor. Pablo dirigió esta carta a “los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso”, sin embargo, algunos manuscritos muy antiguos como el Códice Sinaítico y el Códice vaticano omiten la palabra Éfeso. Lo mismo ocurre con el papiro de Chester Beatty de inicios del S III, el más antiguo que se posee de las epístolas de Pablo. Por ello, la explicación más plausible es que la carta

fuera una circular enviada a todas las iglesias de la provincia de Asia. Éfeso era la ciudad principal, y tal vez por ello quedó así su nombre en ella. Se trata, en resumen, de un tratado de doctrina y moral, bajo la forma de una epístola.

Pablo la redactó estando preso (Ef 3: 1; 4: 1; 6: 20), probablemente en Roma, en el año 62 dJC ya que la guardia pretoriana y la casa del César de que habla, se encuentran evidentemente en Roma (Fil 1: 13; 4: 22). Por otra parte, tenía suficiente libertad para predicar el Evangelio (Hch 28: 30; Ef 6: 19, 20; Col 4: 3, 4) y esperaba ser dejado pronto en libertad como expresara a los filipenses (Flp 2: 23, 24) y a Filemón (Flm 22), a quienes les escribió en la misma época. Esta esperanza no se hubiera dado en Cesarea, donde algunos consideran que redactó esta carta, pues en esa ocasión había apelado al César y estaba esperando su respuesta. Además, la frase «*soy embajador*» (Ef 6: 20) nos sugiere su presencia en la capital del Imperio. La analogía de lenguaje y de pensamiento que se observan en estas epístolas revela que fueron escritas en la misma época. El paralelismo llega a tal punto, que algunos críticos afirman que de los 155 versículos de “Efesios”, se hallan 78, con más o menos modificaciones, que aparecen en “Colosenses”. Lo que hace evidente que el apóstol las redactó bajo la presión de las mismas circunstancias. La de “Efesios” parece haber sido escrita inmediatamente después de la de “Colosenses”, siendo de mayor alcance que la anterior.

El centro de la parte doctrinal lo constituye la idea de la Iglesia y, más particularmente, 1) su universalidad y 2) su misteriosa relación con Cristo glorificado. Según 2, 13ss y 3, 5s, la obra redentora de Cristo tuvo por finalidad unir en el solo hombre nuevo, Cristo, y en el solo Templo de Dios, la Iglesia, los dos grupos hostiles de la humanidad: Israel, el pueblo de la promesa, y el mundo gentil, paganos alejados de Dios. Esta idea de una Iglesia, una y universal, integrada por judíos y gentiles, se halla ya claramente en las epístolas paulinas capitales, aunque no se había expresado con tanta amplitud (Ga 3, 27-29; 1 Co 12, 12; Rm 3, 21ss; 11, 11ss). Esta Iglesia universal, formada por judíos y gentiles con igualdad de derechos, constituye, según Ef 1, 23; 4, 12-16; 5, 30, el cuerpo de Cristo y, según 1: 22; 4: 15; 5: 23, tiene a Cristo glorificado por cabeza. Se da, pues, un progreso en la idea e

imagen que hay que atribuir en primer término a Pablo mismo.

### *Autor y Fecha.*

Desde los primeros años del siglo II, la tradición concuerda en que esta carta la escribió Pablo quizás entre 50–60 dJC Sin embargo, durante los últimos años, la alta crítica ha puesto en duda o tela de juicio tal tradición. Los argumentos en contra de la paternidad paulina tienen carácter subjetivo y se relacionan con el estilo, el vocabulario, la doctrina y los paralelos íntimos con otras cartas de Pablo. Según Barth, Efesios contiene 80 palabras que no se encuentran en otras cartas paulinas, además del aumento en el uso de verbos en proporción con los sustantivos; además, contiene 231 verbos y 158 sustantivos, mientras que Gálatas 139 verbos y 202 sustantivos. También ciertas palabras típicamente paulinas (misterio, servicio, herencia, plenitud, por ejemplo) parecen tener un sentido diferente en Efesios. En ningún momento estos han sido argumentos decisivos. Las diferencias internas, comparadas con las otras cartas, pudieron deberse a que fueron distintas las circunstancias que dieron motivo a la epístola.

### *Marco Histórico.*

Tradicionalmente la iglesia ha aceptado que la carta se escribió en un inicio para la iglesia de Éfeso. De los escritores de los primeros siglos solo Marción, Orígenes y Basileo daban cabida a otra tradición; a saber, que la carta era la mencionada en Col 4.16, «*la de Laodicea*», o bien que no tenía destinatarios fijos. Y es cierto que las palabras «*en Éfeso*» no se hallan en los tres manuscritos griegos más importantes (aunque en su lugar se deja un espacio en blanco), y que en el contexto de Efesios 1.1 causan problemas gramaticales. Además, la evidencia interna (la falta total de saludos personales, por ejemplo) pareciera negar que se escribiera a una iglesia con la que Pablo convivió casi tres años (Ef 1.15; 3.2; 4.21; cf. Hch 19; 20.31).

La mayoría de los eruditos concluyen que debiera encontrarse otra explicación. Se han sugerido las siguientes:

1. La epístola se envió a Laodicea, una iglesia que Pablo no conocía personalmente.
2. Se envió como carta circular a varias iglesias a través de Tíquico (Ef 6.21;

Col 4.7s). Esta teoría presupone que el nombre de las iglesias destinatarias no aparecía en el manuscrito original, sino que se añadía en cada caso cuando la epístola llegaba a ellas.

3. Tenía como propósito ser el mensaje póstumo del anciano apóstol a la iglesia universal. Así se explican las diferentes referencias a personas y la amplitud de la visión cósmica (1.10, 14, 20–23; 2.14–16; 3.14–21; entre otros).
4. Se envió para impedir que se extendiese la herejía combatida en la epístola a los colosenses.

No se puede, pues, precisar con seguridad ni los destinatarios ni el propósito original de la carta, pero es posible sugerir que se escribió inmediatamente después de Colosenses. Constituye una meditación sobre la grandeza del misterio de Cristo (1.9; 3.4s) y la responsabilidad de la Iglesia en Él (2.10; 4.17ss), temas ya analizados en Colosenses, y se envió a varias iglesias, quizás al mismo tiempo que Colosenses (61–62 dJC, durante la cautividad del apóstol en Roma).

#### *Estructura del Libro.*

La Epístola desarrolla muchas de las doctrinas contenidas en Colosenses y las recapitula. Se puede decir que la forma es más bien homilética que epistolar. Matiza con tonos especiales las más fundamentales doctrinas cristianas:

- A. La predestinación divina de los santos antes de la fundación del mundo (1.3–6, 11s).
- B. La redención en Cristo (1.7; 2.1–10; 5.2).
- C. La recapitulación de todas las cosas en Cristo (1.10).
- D. El Espíritu Santo (1.13s; 2.18, 22; 3.16; 4.30; 5.18; 6.17).
- E. El poder de Dios operante en la resurrección de Cristo (1.19s; 3.20s).
- F. Cristo la cabeza de la Iglesia (1.22s; 5.23).
  1. Unida en un solo cuerpo (2.11–22; 3.1–9; 4.3–6).
  2. Fundamentada sobre los apóstoles y profetas (2.20).
  3. Edificada como templo del Señor (2.21s).
  4. Dotada con todos los recursos necesarios para su crecimiento y perfeccionamiento (4.7–16).
  5. La Esposa de Cristo (5.25–33).

G. El modelo de la nueva vida en Cristo (4.17–6.9).

H. Los requisitos para estar firmes en el Señor (6.10–20)

*Aporte a la Teología.*

La naturaleza de Efesios hace difícil determinar las circunstancias específicas que llevaron a escribir la epístola. Está claro, sin embargo, que los destinatarios eran principalmente gentiles (3.1) que antes estaban alejados de la ciudadanía de Israel (2.11). Ahora, gracias al don de Dios, disfrutaban de las bendiciones espirituales que proporciona Cristo. El tema de Efesios es la relación entre el Jesucristo celestial y su cuerpo aquí en la tierra, la Iglesia. Cristo ahora reina «*sobre todo principado y autoridad y poder y señorío*» (1.21), «*y sometió todas las cosas bajo sus pies*» (1.22). En su estado de exaltación, no se ha olvidado de su pueblo. Al contrario, se indentifica plenamente con la Iglesia que considera su Cuerpo y la llena de su presencia (1.23; 3.19; 4.10).

La relación de esposo a esposa es una bella analogía que expresa el amor, el sacrificio y el señorío de Cristo por la Iglesia (5.22–32). El Cristo entronizado habita por la fe en el corazón de los creyentes (3.17) para que puedan disfrutar de su amor. No hay absolutamente nada que esté fuera de su alcance redentor (1.10; 3.18; 4.9).

La unión de Cristo con su Iglesia se expresa también en la unidad de los creyentes. Los que antes andaban lejos, «*apartados*» y separados de Dios han sido «*hechos cercanos por la sangre de Cristo*» (2.13). Es más, los creyentes ahora son llevados por Cristo a sentarse con Él en los lugares celestiales (2.5–6). Como los creyentes están con Él, procuran ser como Él y están «*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*» (4.3). Él mismo «*es nuestra paz*» (2.14), dice Pablo, y derriba las paredes y barreras que antes separaban a los judíos de los gentiles, y los une en un Espíritu ante el Padre (2.14–22).

Después de expresar estas maravillosas bendiciones espirituales, Pablo exhorta a los creyentes a que anden como es digno de los que han sido llamados (4.1). Este llamamiento es una útil demostración de ética cristiana. En vez de presentar leyes y regulaciones, Pablo dice, en efecto, que nuestra manera de

vivir debe honrar al que nos llamó. Cristo libera al cristiano, pero este tiene que dar cuenta a Cristo. Pablo hace varias declaraciones sobre cómo los creyentes pueden honrar a Cristo (4.17–5.9), pero la meta no es ganar mérito por medio de la moralidad. En vez de buscar personas buenas, Pablo quiere personas nuevas, el «*varón perfecto*», redificado según «*la estatura de la plenitud de Cristo*» (4.13). Esta madurez puede referirse a la deseada y todavía no alcanzada unidad de la iglesia.

#### *Autenticidad.*

Clemente de Roma, Ignacio, Policarpo, Hermas, Clemente de Alejandría, Tertuliano, Ireneo e Hipólito dan testimonio de que había sido reconocida y utilizada ya muy tempranamente de una manera constante. Incluso se afirma que es la carta más citada por los escritores de los primeros siglos. Figura en la lista de Marción y en el fragmento de Muratori (170 dJC). Es esta la epístola que marca la cumbre de la enseñanza del apóstol.

El tema principal de la epístola a los colosenses es la pre-eminencia de la persona y de la obra de Cristo, el de “Efesios”, los privilegios y responsabilidades de la Iglesia, que reúne “en Cristo” a todos los redimidos del Nuevo Testamento, a todos los que aceptan y creen en la “Buena Nueva”. La carta a los efesios resume toda la anterior enseñanza de Pablo. Desarrolla el maravilloso Plan que Dios ha puesto en marcha al enviar a su Hijo; la liberación de Sus elegidos; la redención que debe manifestar al universo entero las riquezas de Su gracia. Exponiendo la salvación por la Fe; el llamamiento a los gentiles; la divinidad de Jesús; Su obra perfectamente consumada; la santificación; la plenitud y la victoria concedidas a los santos; la epístola a los efesios constituye sin dudas, ¡un completo y verdadero Tratado Teológico!

#### *Análisis del contenido.*

El c. 1 expone la obra divina consumada a favor de la Iglesia, constituida según los designios eternos y soberanos de Dios (Ef 1: 3-6); la obra de Cristo llevó a cabo tales designios (1: 7-12), que han quedado confirmados, por los siglos de los siglos, mediante el sello del Espíritu Santo (1: 13, 14). Pablo ora para que los efesios puedan comprender cuál es la grandiosa esperanza que

ilumina la vocación cristiana, de la cual el Salvador resucitado y glorificado es, a la vez, las primicias y la garantía (1: 15-23). ¡Ojalá que ésta, su oración de intercesión a favor de los efesios, se prolongue y perdure lo suficiente y, al igual que las oraciones de Tobít y Sarra fueron escuchadas, esta oración paulina de intercesión sea atendida por el Creador para que pueda alcanzarnos a nosotros hoy, y a aquellos que vengan después de nosotros! Y que, tanto el hombre de hoy como el de mañana, podamos comprender esa grandiosa esperanza que ilumina la vocación cristiana.

El c. 2 presenta el lado humano de la experiencia de la salvación: una gracia inmerecida libera a los elegidos del pecado y de la condenación (Ef 2: 1-10). Unidos por Cristo, judíos y gentiles forman un templo espiritual (2: 11-22).

En el c. 3 el apóstol afirma su propia posición en el seno de la Iglesia: él es el revelador del misterio divino (3: 1-13); ora a fin de que los convertidos lleguen a conocer por la Fe lo que Dios les ha preparado, y sean llenados por el Espíritu en toda su plenitud (3: 14-21).

Los caps. 4 a 6 son una exhortación a caminar, en todas las circunstancias de la vida presente, de una manera digna de su sublime llamamiento. Para empezar se debe conservar la unidad del Espíritu (4: 1-3), sobre una base claramente definida: *“Uno es el cuerpo y uno el espíritu, pues, al ser llamados por Dios, se dio a todos la misma esperanza. Uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo. Uno es Dios, el Padre de todos, que está por encima de todos, y que actúa por todos y está en todos”* (4, 4-6) esta unidad comporta la diversidad de los dones y de los misterios, así como la coordinación y el crecimiento conjunto de todos los miembros del cuerpo de Cristo (4: 7-16). La Biblia Latinoamericana, a propósito de estos versículos de la carta a los efesios, hace la reflexión siguiente: «lo que tenemos en común gracias a Cristo, y por la acción de Su Espíritu, es un llamado a la unión, al amor y a la paz. Los dones que cada uno tiene, en lo particular, deben ponerse al servicio de la comunidad, como las piedras o los ladrillos de una construcción, que no es construcción cualquiera, sino el “Cuerpo de Cristo”, el “Hombre Perfecto”, formado por los millones de miembros que cuenta, y contará todavía en adelante, la humanidad».

«Ef 1, 22. 23 *“Dios, pues, colocó todo bajo los pies de Cristo para que, estando más arriba que todo, fuera cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo. Él, que llena todo en todos, despliega en ella (La Iglesia) su plenitud”*».

Pablo aborda a continuación el tema de la santificación práctica en el dominio de las acciones de las palabras y de los sentimientos, sobre el plan positivo y negativo: de la vida personal (4: 17-5: 19), comunitaria (4: 19-21), conyugal (4: 22-33), familiar (6: 1-4) y social (6: 5-9). Finalmente el apóstol muestra que la lucha contra el enemigo conduce a la victoria gracias a toda la armadura de Dios, a la Palabra y a la Oración (6: 10-24).

Debe señalarse además la enseñanza extraordinariamente precisa de esta epístola acerca del Espíritu Santo: Él sella a aquel que cree en Cristo (1: 13, 14); Él es quien alumbra acerca de la maravillosa salvación de Dios (1: 17-19); Él mora en el Templo constituido por la Iglesia (2: 22), así como en el cuerpo del creyente individual, a quien fortalece y llena más allá de toda medida (3: 16-21; 1 Co 6: 19); no hay más que un Espíritu, el cual forma y mantiene la verdadera unidad (4: 3, 4), todo pecado contrista (4: 30) y debe ser confesado y perdonado (1Jn 1: 7-9), la voluntad formal de Dios es que el Espíritu nos llene día a día: ello es posible mediante la Fe y la obediencia (5: 18; 3: 16, 19; Jn 7: 37-39).

Antes de escribir la epístola a los efesios, Pablo había visto nacer en el mundo una comunidad espiritual nueva, hecha de razas diversas. Había enseñado que la comunidad, la Iglesia, es el cuerpo de Cristo, y había insistido acerca de la importancia de la armonía entre sus miembros (Rm 12: 4-8; 1 Co 12: 12-30; Col 1: 18; 2: 19). Escribiendo ahora a las iglesias de la provincia de Asia, cuyos miembros, de las razas más diversas, estaban elaborando teorías que tendían a atribuir a Cristo un lugar secundario, el apóstol proclama la preeminencia del Salvador, cabeza de la Iglesia (Ef 1: 22, 23) *«Él (Cristo) da organización y cohesión al cuerpo entero, por medio de una red de articulaciones, que son los miembros, cada uno con su actividad propia, para que el Cuerpo crezca y se construya a sí mismo en el amor»* (Ef 4: 16; cfr. Ef 2: 11-22). Esta posición central del Señor queda magníficamente expresada

mediante la constante repetición de expresiones «*en Cristo*», «*en Él*» (26 veces), y «*en el Señor*» (5 veces). Como lo dice en otro lugar el apóstol Pablo. «*Él es la cabeza de todos los Poderes y autoridades sobrenaturales, y en Él ustedes están colmados*» (Col 2: 10).

La carta de Pablo a los romanos, dirigida del oriente a los cristianos de occidente, indica de una manera completa, el camino de la Salvación. La carta a los efesios, enviada de occidente a los cristianos de oriente, expone perfectamente todo el Plan eterno de Dios.

#### LA CARTA A FILEMON

Filemón (en griego significa, *afectuoso*). Discípulo de Pablo residente en Colosas (Flm 10; cf. Col 4.9) o en Laodicea (Col 4.16s; Flm 2). Era industrial textil y tenía obreros esclavos. Convertido por Pablo (Flm 19), Filemón era un cristiano activo que celebraba reuniones en su casa; un obrero bien conocido por cinco colaboradores de Pablo. Junto con Apia y Arquipo, Filemón recibió una breve carta personal de Pablo y Timoteo, en la que el apóstol expresa gratitud por su comunión en amor y fe con ellos (vv. 1–7). Pablo intercede por Onésimo, un esclavo escapado de Filemón, y pide a éste que vuelva a recibirlo ahora como hermano en Cristo (vv. 8–16); ruega que se cargue a su cuenta cualquier daño causado por el esclavo (vv. 17–20), avisa de una próxima visita (v. 21s) y envía saludos (vv. 23–25). La carta aplica conceptos expuestos a los colosenses (Col 3.11; cf. Flm 16; Col 4.6; cf. Flm 7). Tíquico y Onésimo llevaron la carta a Laodicea (Col 4.16) y a Colosas para que Filemón la pasara a Arquipo al que también Pablo aconsejó (Col 4.17). Si Pablo (Flm 9) estaba preso en Roma, la fecha de la carta a Filemón sería 61/62.

El mensaje central de la carta a Filemón se halla en los versículos 16, 20 (cf. Col 1.28; 2.10; 3.11): cualquier hombre puede participar en la comunidad de fe sea esclavo o amo. La esclavitud fue el medio fundamental de producción en la época de Pablo. Pero a la par de esto es importante entender que: (a) algunos esclavos podían tener altas posiciones y dinero, particularmente los que trabajaban como administradores de la riqueza del propietario; (b) el concepto de la libertad en aquella época era muy diferente al nuestro hoy; (c)

la mayoría, si no todos lo libertos, quedaban vinculados de algún modo a la casa del antiguo propietario.

Filemón:

I. La oración de agradecimiento por Filemón 1–7

II. La petición de Pablo por Onésimo 8–16

Un bosquejo para el estudio y la enseñanza

III. La promesa de Pablo a Filemón 17–25

Pablo promueve una renovación de las condiciones económicas y sociales mediante la renovación de las relaciones amo-esclavo dentro de la comunidad de fe. Sin duda hubo romanos como Plinio que perdonaron a sus esclavos por motivos humanos, pero Pablo pide perdón por amor a Cristo. Elogia los servicios que el esclavo Onésimo le prestó para la evangelización desde la prisión (v. 13) y lo devuelve para reparar el daño causado a su amo. Con toda discreción ayuda a Filemón a descubrir espontáneamente (v. 14s) que su experiencia con el esclavo ha sido obra del Señor, que los esclavos son hermanos en Cristo y que la fuente de todo bien es el gozo en el Señor.

Filemón, cristiano pudiente, convertido sin duda por Pablo (probablemente en Éfeso), que albergaba una Iglesia doméstica. A Filemón se le escapó un esclavo, Onésimo, que halló asilo en el cautivo Pablo -se ignora en qué circunstancias precisas- y fue por él ganado para Cristo (Flm 10). Antes de su fuga, hubo probablemente también de dañar a su señor (Flm 18, 19). El apóstol lo hubiera retenido con gusto para su servicio, pero no quiere disponer de él por su cuenta y se lo devuelve a su amo con una carta en que le ruega del modo más cordial acoja bondadosamente al fugitivo, y ya no como esclavo, sino como hermano querido (Flm 16). El apóstol, en forma humorística, se obliga a compensar a Filemón de todo el daño que el fugitivo pudiera haberle hecho.

La carta nos permite, en efecto, dar una profunda mirada al corazón toda bondad del gran apóstol y expone con claridad los rasgos de la más noble humanidad, maravillosamente transfigurados por la fe cristiana. La carta muestra el tacto y la cortesía empleados por el apóstol Pablo para con sus hermanos en la Fe, y revela la influencia del naciente cristianismo en las

relaciones entre personas de diferentes clases sociales. Una importante arista teológica de la carta radica en que ilustra de modo excelente la posición de principio del cristianismo primitivo frente a la cuestión de los esclavos, que constituía, entonces, un candente problema social. La carta, por tanto, está saturada del espíritu de amor y de justicia que, gracias al Evangelio, se infiltraría en la sociedad. Los portadores llevaron, además de esta carta, las destinada a los colosenses (Col 4, 7-9) y a los efesios (Ef 6, 21. 22). Las tres fueron redactadas en Roma en la misma época (año 60 al 62 d JC).

La Epístola a Filemón se halla en las versiones Siríaca y en la Vetus Latina. El fragmento de Muratori la menciona, lo mismo que el hereje Marción. Orígenes la cita como de Pablo. Eusebio la sitúa en el grupo de escritos nunca puestos en tela de juicio.

#### CARTAS PASTORALES

Último grupo de los escritos de Pablo, formado por 1 y 2 Timoteo y Tito. Su nombre obedece a que gran parte de su contenido trata del trabajo pastoral en la iglesia y de los deberes del ministerio cristiano, no van dirigidas a la cristiandad, sino a sus colaboradores. Son además los postreros documentos que nos han quedado del gran apóstol, escritos entre la primera y segunda cautividad en que acabó su vida. En ellas habla especialmente de cómo sus colaboradores han de conducirse en su labor pastoral y en el gobierno de las iglesias, de cómo han de enseñar la doctrina de la verdad, refutar a los que desean propagar errores doctrinales (falsos predicadores), cómo escoger a sus ministros e instruir a los fieles, cómo tratar a las diferentes clases de personas de la Iglesia, cómo han de gobernarse en lo que toca a sí mismos.

*Autor y Fechas.* Durante los últimos cien años, la paternidad paulina de las Epístolas Pastorales ha sido gran motivo de discusión. Algunos críticos las han atribuido a un autor desconocido del siglo II, pero esta opinión ya se desechó. Los críticos más prominentes en el NT, aunque reconocen dificultades, afirman la paternidad paulina.

Cuando escribió 1 Timoteo y Tito, Pablo no estaba preso; pero al escribir 2 Timoteo, no solo lo estaba, sino que presentía el final de su vida. De 1

Timoteo 1.3 se deduce que Pablo había estado cerca de Éfeso. Tito 1.5 indica que visitó Creta. Segunda de Timoteo 1.16s parece indicar una defensa preliminar e intercede por la familia de Onesíforo y por 4.13 se sabe que estuvo en Troas o Tróade (4.20). Todos estos hechos no caben en la narración dada en Hechos y, por tanto, no hay otra alternativa que presumir que a Pablo lo liberaron de su prisión en Roma y que desarrolló un corto período de actividad en el Oriente. Entre 63–67 dJC sí es posible colocar los acontecimientos narrados en las Epístolas Pastorales. La crítica basada en las epístolas mismas recomienda una fecha de composición entre estos cinco años.

Los argumentos más importantes a favor de la autenticidad de las Epístolas Pastorales son:

1. Hay citas de las Epístolas Pastorales en Clemente de Roma, Ignacio, Policarpo, Pastor de Hermas, todos del siglo II.
2. El libro de Hechos, la tradición que fecha la muerte de Pablo en el 67 y la alusión de Clemente a un viaje de Pablo a España dan pie para suponer que Pablo sobrevivió a su primera prisión.
3. Primera de Timoteo 3.1–7 (cf. 5.17) y Tito 1.5–9 demuestran decididamente que las Epístolas Pastorales se escribieron cuando los obispos, ancianos y diáconos no formaban una jerarquía. La separación de estos cargos ocurrió en el siglo II, según Ignacio (*ca.* 110 d JC).
4. La diferencia de tono entre el cristianismo de las Epístolas Pastorales y el del resto de las epístolas paulinas se explica porque aquellas se dirigen contra movimientos heréticos intracristianos y por su énfasis eminentemente práctico.

#### *Características.*

La homogeneidad del grupo es mucho más marcada que en las otras epístolas paulinas; los críticos concuerdan en considerarlas como un todo. Su interés es precisar la organización de las iglesias y no tanto el mensaje cristiano.

#### *Orientaciones teológicas.*

La verdadera doctrina se reconoce por su origen apostólico y por la piedad que la acompaña; no hay mucho interés en las manifestaciones pentecostales. Se mantiene la expectación escatológica, pero la tensión por la Segunda Venida

de Cristo no es tan aguda. Surgen en el ambiente doctrinas heréticas (aunque éstas no forman un movimiento como en Gálatas) cuyo carácter es difícil determinar. Subsisten las tesis fundamentales de la teología paulina, pero no hay exposiciones propiamente teológicas.

#### *Estilo y vocabulario.*

El lenguaje es menos original; las fórmulas propiamente cristianas se reemplazan por términos literarios. Faltan la deducción y la demostración; las afirmaciones sustituyen a la argumentación dialéctica.

#### *Análisis y contenido de 1 Timoteo.*

Pablo escribió a Timoteo para animarle en la fe (1.18, 19) y para que supiera cómo debía comportarse en la iglesia (3.15). Le da instrucciones sobre la oración pública, la elección de los líderes, el cuidado de las viudas, etc.; recalca la necesidad de una doctrina unida a una vida santa y lo alerta en contra de los falsos maestros.

1. Encabezamiento y saludo: 1.1, 2.
2. Lucha contra los falsos maestros: 1.3–20.
3. Gobierno de la iglesia: 2.1–3.16.
4. Polémica contra los herejes: 4.1–11; 6.3–10.
5. Timoteo y el ministerio: 4.12–5.25.
6. Conclusión: 6.20, 21.

#### *De Tito.*

Por lo que podemos deducir, la visita de Pablo a Creta fue corta y por eso dejó a Tito para consolidar y extender la obra (1.5). El propósito de esta carta, escrita poco tiempo después de la partida de Pablo, fue autorizar e instruir a Tito para la reorganización de la iglesia en Creta. Aunque la mayor parte de la carta se dedica a los asuntos prácticos del ministerio, hay tres pasajes doctrinales importantes: 1.1–13; 2.11–14; 3.3–7.

1. Encabezamiento: 1.1–4
2. Circunstancias de la carta: 1.5–16
3. Exhortaciones y consejos: 2.1–3.14
4. Saludos: 3.15

#### *De 2 Timoteo.*

Pablo se hallaba otra vez preso en Roma, esperando el final, cuando escribió esta epístola (4.6–8). Ruega a Timoteo que venga a verle trayéndole ciertos libros y su capa, pues se aproximaba el invierno (4.9–13). Toda la epístola es un llamado ferviente a la fidelidad a Cristo y a su evangelio, con nuevas advertencias sobre el peligro de índole moral y doctrinal. Por el tono emocional que embarga toda la carta, puede considerarse como el testamento de Pablo.

1. Encabezamiento y saludo: 1.1, 2.
2. Acción de gracias y entrada en el tema: 1.3–5.
3. Exhortaciones a Timoteo: 1.6–2.13.
4. Polémica contra los herejes: 2.14–3.17.
5. Despedida de Pablo: 4.1–8.
6. Conclusión: 4.9–22.

Tito.

Hijo espiritual, compañero y colaborador de Pablo (Tit 1.4; 2 Co 8.23). Sorprendentemente, no se menciona por nombre en el libro de los Hechos, aunque acompañó a Pablo y Bernabé en su viaje a Jerusalén (Gl 2.1), viaje que probablemente sea el mismo que se narra en Hch 15 (Concilio de Jerusalén). Como era griego, no lo obligaron a circuncidarse (Gl 2.3). Se ha conjeturado que Tito era hermano de Lucas y que este sea «*el hermano*» mencionado en 2 Co 8.18, 22; así se explicaría por qué Lucas modestamente calla el nombre de Tito en Hechos. Sin embargo, este tipo de explicación no deja de ser solo una ligera conjetura.

Aparentemente sirvió como representante de Pablo en Corinto (2 Co 8.6; 12.18) y posiblemente llevó la epístola que Pablo escribió a esa iglesia (la segunda de las tres) que no se ha conservado (cf. 2 Co 2.1–4; 7.6–12). En uno de sus viajes, Pablo lo esperaba en Troas para tener noticias de Corinto. Cuando Tito no llegó, se llenó de angustia (2 Co 2.12). Al fin se reunió con Pablo en Macedonia, donde le informó acerca del progreso de los corintios. Esto causó gran gozo y consuelo al apóstol (2 Co 7.5ss, 13ss) y motivó la escritura de su tercera carta a los corintios (conocida como 2 Co), la que mandó con Tito (2 Co 8.16s).

Pablo llevó a Tito a la isla de Creta, donde lo dejó para consolidar la obra y organizar la iglesia (Tit 1.5). El apóstol le escribió la epístola que lleva su nombre con el fin de instruirle y animarle en sus responsabilidades eclesiásticas. Pablo lo llamó a reunirse de nuevo con él en Nicópolis (Tit 3.12). De acuerdo con 2 Ti 4.10 es posible que lo mandara en otra gira de evangelización a Dalmacia. Según la tradición, Tito volvió a Creta y sirvió allí muchos años como obispo, y murió a una edad avanzada.

Timoteo (en griego, *temeroso de Dios*). Hijo espiritual (2 Ti 2.1), compañero y ayudante (Flp 2.19–22) de Pablo. Nació en Listra, en Licaonia, de madre judía (Eunice) y padre griego (Hch 16.1; 2 Ti 1.5). Fue altamente estimado por los hermanos en Listra e Iconio (Hch 16.2). No se sabe cuándo se convirtió pero se supone que fue durante el primer viaje de Pablo, cuando pudo presenciar los sufrimientos del apóstol (2 Ti 3.11).

Al separarse Bernabé y Pablo, este tomó a Timoteo para reemplazar a Juan Marcos (Hch 15.36ss). Pablo lo circuncidó por ser hijo de gentil y por respeto a los judíos de aquellas regiones (Hch 16.3). Cuando Pablo tuvo problemas en Tesalónica y en Berea, Timoteo se quedó allí con Silas mientras Pablo se trasladaba a Atenas (Hch 17.14). Se reunieron en Corinto (18.5) y siguieron juntos hasta Éfeso, desde donde lo enviaron con Erasto a Macedonia (Hch 19.22). Por último, aparece entre los que acompañaron a Pablo en el viaje a Jerusalén (20.4).

Pablo lo menciona como coautor de varias de sus cartas y le escribió dos cartas personales. Lo enviaron a Tesalónica a confirmar a los creyentes (1 Ts 3.1–5). Pablo lo describe como un siervo de Dios en el evangelio con algún prestigio entre los apóstoles (1 Ts 2.6; 3.2). Fue emisario personal de Pablo a Corinto con una misión delicada y lo recomienda cariñosamente (1 Co 4.17; 16.10). Pablo exhorta a los corintios a enviarlo de regreso en paz. En 2 Co es Tito el emisario, lo que insinúa que Timoteo dejó algunos problemas sin resolver en Corinto y que no tuvo éxito.

Las cartas de la cautividad de Pablo presentan a Timoteo como fiel compañero y colaborador. Pablo lo envió a fortalecer las iglesias gentiles (Flp 1; Col 1; Flm 1). En Flp 2.19 aparece llevando un informe directo del estado de la

iglesia filipense. Fue uno de los que más trabajó para levantar las iglesias gentiles. Pablo destaca el genuino interés que Timoteo tiene en los creyentes (Flp 2.20–23).

Cuando Pablo salió de la prisión y reanudó la actividad misionera en el este, dejó a Timoteo en Éfeso (1 Ti 1.3) y le encargó la reorganización de la iglesia. Más tarde, cuando Pablo volvió a caer preso, Timoteo acudió prestamente a Roma, pero es imposible fijar la fecha de su llegada. Solo sabemos que Timoteo mismo estuvo prisionero en Roma (Heb 13.23).

Las epístolas pastorales presentan a Timoteo como pastor y dan un cuadro más completo de su personalidad que las vagas referencias de 1 y 2 Co. Era muy afectivo pero tímido (2 Ti 1.4, 7). Necesitaba las amonestaciones personales de Pablo. Ninguno de los compañeros de Pablo recibió de éste tan ardientes elogios por su lealtad (Flp 2.21s). Es fácil inferir que Pablo veía en él a su natural sucesor, dados sus esfuerzos y virtudes.

#### CARTAS A TIMOTEO Y TITO

Al atardecer de su vida, Pablo hace balance y exhorta a dos discípulos suyos, pastores de las comunidades, a seguir fielmente la tarea. Los consejos dirigidos a los pastores nos indican por vía indirecta los problemas que afectan a las comunidades del momento, unas comunidades que ya no se encuentran en los años de la primera juventud, sino que llevan ya algunos años de vuelo. La tentación ahora es el desánimo, la rutina y la inercia. Se nota también la amenaza de las primeras herejías y disensiones. La lectura de las cartas pastorales nos muestra, también, cómo la Iglesia primitiva ha ido encontrando sus modelos de organización y los papeles diferenciados de los diversos ministerios de servicio pastoral.

Epístola a Tito.

Probablemente redactada en el año 65 dJC, como ya habíamos indicado, después del primer cautiverio de Pablo en Roma y su puesta en libertad. Nos presenta instrucciones análogas a la primera carta a Timoteo, de carácter personal, con relación a problemas de la Iglesia en Creta.

### *Estructura.*

Dirección, saludos, alusión a la grandeza del apostolado (Tt 1, 1-4). Instrucciones acerca de la elección de los Obispos (llamados a sí mismos ancianos o presbíteros), conducta a seguir acerca de los falsos doctores (Tt 1, 5-16). Enseñanzas que Tito debía dar a diferentes clases de personas (Tt 2). Deberes de los cristianos hacia las autoridades y la sociedad (Tt 3, 1-8). Puesta en guardia contra las falsas doctrinas (Tt 3, 9-11). Últimas recomendaciones y bendición (Tt 3, 12-15).

El pensamiento central de esta carta: Los que se llaman cristianos tienen que demostrar la realidad de su Fe con buenas obras (2, 10-14) <sup>Tt 2, 7. 8</sup> “...y preséntate tú mismo como modelo de buenas obras: con una enseñanza seria de la fe auténtica, y con una predicación sana e intachable. Con esto los de afuera se callarán al no tener pretexto para criticarnos”.

### Epístolas a Timoteo

*Primera Epístola.* Fue escrita probablemente cuando Pablo recobró su libertad, después del primer cautiverio en Roma. El apóstol, que deseaba dirigirse a Macedonia, había encargado a Timoteo la dirección de la Iglesia de Éfeso (1 Tm 1, 3). Varios exegetas opinan que Pablo redactó esta carta en Macedonia aproximadamente en el año 64 o 65 dJC. La carta trata de los problemas prácticos que Timoteo iba a encontrar en su ministerio, dándole instrucciones concretas al respecto.

### Análisis:

- a.) Instrucciones acerca de la Iglesia (1-3). Puesta en guardia contra los falsos doctores (1 Tm 1), la oración, “*Recomiendo, ante todo, que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracia por todos los hombres*” (1 Tm 2, 1), “*Estas oraciones son buenas y agradan a Dios. Pues él quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad: Único es Dios, único también es el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, verdadero hombre*”. (1 Tm 2, 3-5), el papel de la mujer en la Iglesia (1 Tm 2), deberes de los obispos y diáconos, grandeza de la misión de la Iglesia y profundidad del ministerio de la piedad (1 Tm 3).
- b.) Consejos a Timoteo (1 Tm 4-6): los errores doctrinales y aquellas prácticas que debe evitar (1 Tm 4), “*No reprendas con dureza a un anciano; al contrario, aconséjalo como si fuera tu padre; A los jóvenes, trátalos como a hermanos, a las mujeres mayores, como a madres, y a las jóvenes, como a hermanas, con gran pureza.*”(1 Tm 5, 1-2), respecto

a las viudas *“Quien no se preocupa de los suyos, especialmente de los que viven con él, ha renegado de la fe y es peor que el que no cree”* (1 Tm 5, 8), *“Si alguna mujer creyente tiene personas viudas en su familia, que las ayude”* (1 Tm 5, 16), actitud de la Iglesia (1 Tm 5, 1-6, 2). Exhortaciones finales, en particular bajo la forma de mensajes personales a Timoteo (1 Tm 6, 3-21).

*Segunda Epístola.* Data del segundo cautiverio de Pablo en Roma, poco antes de su muerte, que probablemente tuvo lugar en el año 66 o 67 dJC. Es la última escrita por el apóstol. Dice que está preso (2 Tm 1, 8. 16) y tratado como malhechor (2 Tm 2, 9). Está esperando sufrir martirio (2 Tm 4, 6). Sus amigos lo han abandonado (2 Tm 1, 15: 4, 10-12) y sólo Lucas estaba con él (2 Tm 4, 11). Con todo, algunos cristianos romanos visitaban al preso (2 Tm 4, 21). A pesar que en una primera comparecencia no había sido condenado (2 Tm 4, 16. 17), seguía detenido en un calabozo. Pablo presiente el fin de su carrera sobre la tierra, y escribe a Timoteo para exhortarlo a perseverar en el ministerio, y le pide que acuda pronto a Roma. En ese momento, Pablo demuestra su confianza total en el Señor y trata de comunicar su ánimo a Timoteo.

### Análisis:

- a.) Breve introducción; el preso manifiesta su deseo de volver a ver a Timoteo (2 Tm 1, 1-5). Lo exhorta a que se muestre valeroso en medio de las pruebas y penalidades (2 Tm 1, 6-12), a ser fiel en la Fe a pesar de la oposición (2 Tm 1, 13-18).
- b.) Timoteo debe defender con fuerza las verdades fundamentales del Evangelio, cuidar su vida espiritual, ser sufrido y puro, manteniéndose apartado de todo aquello que deshonne al Señor, *“El Señor conoce a los suyos, y Aléjese de la maldad quien invoca el Nombre del Señor”* (2 Tm 3, 19), a fin de ser instrumento para honra, *“santo, útil al Señor, apropiado para toda obra buena”* (2 Tm 2, 20).
- c.) Revelación acerca de la futura apostasía en el seno de la Iglesia *“Has de saber que en los últimos días habrá momentos difíciles (...) los hombres serán egoístas, amantes del dinero, farsantes, orgullosos, chismosos, rebeldes con sus padres, ingratos, sin respeto a la religión”* (cfr. 2 Tm 3, 5). El apóstol recomienda a Timoteo que siga el ejemplo que él le ha dado, y que ponga en práctica en su vida la palabra de Dios, sabiendo que *“Todos los textos de la Escritura son inspirados por Dios y son útiles para enseñar, para rebatir, para corregir, para guiar en el bien. La Escritura hace perfecto al hombre de Dios y lo deja preparado para cualquier buen trabajo”* (2 Tm 3).

Estas dos epístolas a Timoteo, y la dirigida a Tito, reciben el nombre de Epístolas Pastorales, como se ha referido, por tratar de una manera especial de la Iglesia apostólica y del cuidado pastoral bajo la autoridad apostólica. La autenticidad de las tres nunca fue puesta en tela de juicio por los Padres de la Iglesia primitiva. Son citadas o mencionadas en el S II por Ignacio, Policarpo, Ireneo, Tertuliano y Clemente de Alejandría.

Las epístolas pastorales parecen dar apoyo a la opinión tradicional de que Pablo fue liberado después de su primer encarcelamiento en Roma (Hch 28, 30. 31). Todavía debió ejercer la actividad misionera durante 3 o 4 años, lo que pudo permitirle ir a Creta con Tito (Tt 1, 5) y confiar a Timoteo el cuidado de la Iglesia en Éfeso (1 Tm 1, 3). Es evidente que Pablo mismo no pudo volver a esta ciudad (cfr. Hch 20, 25). La penosa despedida mencionada en 2 Tm 1, 4 pudo tener lugar en Mileto (cfr. 2 Tm 4, 20). De ahí el apóstol pudo haber pasado por Troas (2 Tm 4, 13) para dirigirse a Macedonia, desde donde probablemente escribió 1<sup>ra</sup> Timoteo. Parece que también es ese momento escribió su epístola a Tito, anunciándole su proyecto de pasar el invierno en Nicópolis (Tt 3, 12). Sin embargo, no pudo llevar a cabo su plan. Arrestado otra vez y llevado a Roma, escribió su 2<sup>da</sup> Epístola a Timoteo, desde el calabozo y poco antes de su muerte, pidiéndole que fuera a verlo con presteza (2 Tm 4, 9). Las detalladas instrucciones que el apóstol, a punto de ir al martirio, da a Timoteo, nos provee de inestimables principios en nuestra conducta en el seno de la Iglesia de Dios.

## Capítulo 5

### LAS OTRAS CARTAS DEL NUEVO TESTAMENTO

#### CARTA A LOS HEBREOS

Esta epístola del Nuevo Testamento explica cómo Jesucristo ha sustituido al judaísmo como la perfecta revelación de sí mismo. Comienza con un bello tributo a la persona de Cristo (1.1–3), y a través de sus páginas exhorta a los lectores a aferrarse a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote. Al hacerlo utiliza

ampliamente numerosas citas del Antiguo Testamento e imágenes para demostrar que Jesucristo es el todo-suficiente mediador entre Dios y el hombre.

#### *Estructura de la carta.*

A lo largo de la historia cristiana se le ha llamado epístola. Sin embargo, no tiene todas las características de una epístola, pues carece de algunos de los rasgos formales de tal género, antes bien parece un tratado. Aunque tiene una conclusión epistolar (13.22–25), no menciona su autor y no contiene saludos ni acción de gracias por sus destinatarios. Hebreos es más bien un sermón extenso o varios sermones unidos. El autor mismo le da el calificativo de «*palabra de exhortación*» (13.22).

En la primera parte de la obra (3.7–4.13), el autor demuestra que Jesucristo es el Hijo de Dios y, por ende, superior a los ángeles (1.1–2.18) y a Moisés (3.1–6). Esta parte contiene una advertencia de que no se deben perder las bendiciones («*reposo*») de Dios por incredulidad, como lo hicieron en el desierto los israelitas.

La segunda parte se extiende hasta 10.18, y en ella se demuestra que Cristo es el perfecto Sumo Sacerdote, debido a que tiene la capacidad de compadecerse de nosotros y fue completamente obediente a Dios (4.14–5.10). Advierte entonces el peligro que representa abandonar la fe (5.11–6.20), tras lo cual presenta a Jesucristo como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec (7.1–28). Este sacerdote, que se menciona en Génesis 14.18–20 y después en Salmo 110.4, es semejante a Cristo en el sentido de que, a diferencia de Aarón, surge en la historia sin predecesores ni sucesores. Era, pues, sacerdote para siempre, como Jesucristo (7.1–3). En esa calidad, Cristo inauguró un pacto nuevo y mejor (8.1–13), pues se presentó a sí mismo ante Dios como ofrenda y ofrendante, en lugar de ofrecer animales como se hacía anteriormente (9.1–10.18).

En la última sección se exhorta al lector a no renunciar a los beneficios de la obra de Cristo como Sumo Sacerdote (10.19–13.17). En un intento por detener la apostasía de algunos (10.19–39), el autor recuerda a los héroes de la fe (11.1–40), y pide que se corra con paciencia la carrera que tenemos por

delante (12.1). Termina con varias recomendaciones prácticas en cuanto a la vida cristiana (13.1–19), una bendición (13.20–21) y saludos (13.22–25).

### *Autor y Fecha.*

Hay varias conjeturas respecto a la paternidad literaria de esta epístola: Pablo (porque algunos manuscritos posteriores incluyen su nombre), Bernabé, Apolos, Priscila y Aquila, etc., pero todas son eminentemente inciertas y queda en pie la sentencia de Orígenes: que el autor sólo es conocido de Dios (Sagrada Biblia/Nácar-Colunga). Es poco probable que Pablo sea el autor de “Hebreos”, tanto su lenguaje como su teología difieren considerablemente del estilo literario y el pensamiento del Apóstol, no aparece en ella el nombre del autor y San Pablo no lo omite en sus demás epístolas, acompañándolo del de sus compañeros. Lingüística y conceptualmente, “Hebreos” es similar a Lucas-Hechos en el NT. De todos modos, el autor era un judeocristiano helenista, conocedor del idioma griego, que estaba empapado extraordinariamente en la Septuaginta, de donde proceden sus citas del AT. Así que, según algunos exegetas, podemos concluir que “Hebreos” es un documento anónimo.

Tiempo atrás esta carta se atribuyó a San Pablo, pero ha suscitado controversias desde la antigüedad. La Iglesia primitiva de Oriente afirmaba que su autor era Pablo, a pesar de que el estilo es diferente a la de sus otras cartas. Clemente de Alejandría alegaba que era una traducción de Lucas de un manuscrito hebreo de Pablo. La Iglesia de occidente de los siglos III y IV, en cambio, llegó a dudar de su inspiración y rechazó la paternidad paulina. Clemente de Roma, sin embargo, ya la había reconocido a finales del S I y Orígenes (S III), como mencionamos anteriormente, afirmaba que solamente Dios conocía a su redactor (Cf. Eusebio, “Historia Eclesiástica” 6: 25, 14). Durante mucho tiempo prevaleció la postura de la Iglesia de Oriente. Además, su estilo griego es depurado, lo que indica que no es traducción de un original hebreo.

La diferencia entre el estilo de Hechos y la de las otras epístolas paulinas puede deberse a que está dirigida a creyentes ante los cuales Pablo no había sido dirigido como apóstol, pero a los que sí podía escribir como maestro

autorizado. Tal vez por ello no presenta el carácter íntimo, espontáneo y familiar con que él les escribió a las congregaciones conocidas y pertenecientes a su campo de acción como apóstol. Está además el testimonio del mismo Pedro, que dirigiéndose a la diáspora en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia (1 P 1, 1; Cf. 2 P 3, 1) les dice de manera clara: “*Y consideren que la paciencia del Señor con nosotros es para nuestra salvación, como ya se lo escribió nuestro querido hermano Pablo, con la sabiduría que se le ha dado: y lo repite en todas las cartas donde habla de estos asuntos*” (2 P 3, 15). Es decir, Pedro le recuerda a los hebreos de la dispersión que Pablo les ha enviado un escrito. Todo esto debió impresionar a los primeros lectores y fue contada por ello entre los deuterocanónicos. Fue a fines del siglo IV y comienzos del V que vino a uniformarse la tradición sobre esta epístola, como pasó con otras de canonicidad dudosa.

La Biblia Latinoamericana afirma que la carta fue escrita desde Roma, alrededor del año 66 dJC, en los últimos meses de la vida de Pablo, encarcelado por segunda vez. Reconoce que en muchos lugares refleja su pensamiento, pero que lo más probable es que haya sido escrita por Apolo, mencionado en Hechos 18, 24-28, hombre muy conocedor y «*muy entendido en las Escrituras*» y que demostraba «*por las Escrituras que Jesús es el Mesías*». Ello coincide con lo que afirman varios exegetas acerca de un autor judeo-cristiano de influencias helenistas.

Se han propuesto también varios lugares de origen: Roma, Éfeso, Antioquía, pero ninguno se ha adoptado como definitivo. En cuanto a fecha, la relación lingüística con Lucas-Hechos señala al período pos paulino, pero antes de 1 Clemente. Esta carta, escrita probablemente en el 96, parece conocer a Hebreos pero no menciona título ni autor (17.1; 36.2-5). Timoteo, el joven compañero de Pablo, vivía todavía cuando Hebreos se escribió (Heb 13.23). Tanto el autor como sus lectores pertenecen a la segunda generación de cristianos (2.3). La referencia a sufrimientos (10.32-34) podría señalar a la época de Domiciano (81-96), solo que no ha habido martirios en la comunidad (12.4). Probablemente Hebreos se escribió entre 80 y 90, aunque no faltan partidarios de una fecha (67-69) en que la guerra estaba ya

encendida, pero antes de la destrucción de Jerusalén, cuando el templo y su culto subsistían. La carta pudo ser escrita en Italia a juzgar por las palabras 13,24 «*Saludad a todos vuestros jefes y a toos los santos. Os saludan los de Italia*».

De acuerdo a la introducción que le hace la Sagrada Biblia de Nácar-Colunga, de los padres Eloíno Nácar Fuster y Alberto Colunga, para entender el argumento y la conclusión de esta obra, hay que recordar el apego que los fieles de Jerusalén tenían a la Ley mosaica. Como sabemos de Hechos y de las otras cartas paulinas, permanecía el empeño en imponer la circuncisión a los gentiles y otras observancias legales. Precisamente la oposición de Pablo, contraria a esta actitud, fue la que le grangeó la enemistad de los judaizantes dominados por prejuicios fariseos, quienes pretendieron deshacer su obra, basada en el principio de la justicia por la sola fe en Jesucristo.

#### *Marco Histórico.*

Tradicionalmente se ha dicho que esta obra está dirigida a judeocristianos. Indudablemente esto produjo el sobrescrito «*a los hebreos*» a fines del siglo II. Pero hay quienes piensan que pudo estar dirigida a algunos esenios ex miembros de la comunidad de Qunrám. De todas formas esta obra nos permite suponer que los fieles de Judea se sentían atraídos por la suntuosidad del Templo y la solemnidad de su culto, en cuya comparación probalemente les pareciera nada la pobreza del culto cristiano, reducido a la cena del Señor, la lectura de las Escrituras y la instrucción de los apóstoles. De ahí que el autor tratara de mostrar a los fieles la superioridad de la Ley evangélica y de su culto sobre la Ley y el culto mosaicos.

La carta no va dirigida a Jerusalén. La iglesia allí era pobre y necesitaba el apoyo de otras congregaciones, mientras que los lectores de “Hebreos” repetidamente habían apoyado a otros (6.10). No es posible aplicar los versículos 2.3s y 13.7 a los miembros de la comunidad primitiva, y la persecución a que se hace referencia no coincide con los períodos de sufrimiento de los cristianos en Jerusalén.

Por lo que respecta a la fecha de su redacción, muchos defienden una fecha anterior a la caída de Jerusalén y la destrucción del templo (la carta no lo

menciona para nada, cosa que resulta extraña si tenemos en cuenta el contenido temático de la carta, y por el contrario, emplea el tiempo presente para indicar el ritual levítico, por tanto debe suponerse que implica una fecha anterior a la destrucción del Templo que se produjo en el año 70 dJC; Cf. Hb 8, 4. 5. 13; 9, 6. 7. 9. 22. 25; 10, 1. 8; 13, 11). Pero no faltan autores que defienden lo contrario.

Lo más probable es que los destinatarios fueran predominantemente cristianos en general. Y esto no se contradice con los complicados argumentos bíblicos de la epístola, ya que en Gálatas, por ejemplo, se usan argumentos igualmente complicados con congregaciones gentiles. Además, desde muy temprano la iglesia gentil conocía el AT, pues la evangelización había tenido este cuidado. El autor escribe partiendo de esta certeza (6.1ss), y no se preocupa por una aclaración más específica.

La epístola no ataca una herejía específica. La trayectoria cristiana de los destinatarios es digna de elogio (6.10; 10.32ss), pero atraviesan por un período de lasitud en la fe, temor al sufrimiento y falta de fidelidad hacia la congregación (5.11s; 10.25, 35; 12.3s, 12s; 13.17). Se trata de cristianos de segunda generación que han perdido el empuje inicial. Al describir magistralmente para ellos la salvación tan grande que poseen, el autor les advierte del peligro de apostasía en que están si no perseveran y mantienen la esperanza. El pecado mayor en Hebreos es precisamente perder la esperanza, presente y futura, en la eficacia y realidad de la salvación a través de Jesucristo. Debido al carácter escatológico de las promesas de Dios, la fe y la esperanza son casi idénticas en significado (6.18–20; 10.23; 11.1, 10, 13–16, 39, 40; 12.1–3, 22–29).

#### *Aporte a la Teología.*

La mejor manera de entender la teología de “Hebreos” es compararla con la de Pablo. Tiene algunos aspectos que recuerdan a Pablo: Cristo el Hijo, el agente preexistente de la creación; la muerte de Cristo por el pecado como punto central en la salvación; el concepto del nuevo orden de Dios (nuevo pacto 8.8ss; 9.15s; 12.24; cf. 1 Co 11.25; 2 Co 3.6, 14; Gl 4.24). Pero el autor de “Hebreos” tiene su propio pensamiento y aun cuando usa conceptos que

aparecen en Pablo, lo hace a su manera. Pablo habla constantemente de la resurrección de Cristo; “Hebreos” subraya la exaltación al cielo. Pablo resume la obra salvífica de Cristo como reconciliación; Hebreos la llama preferentemente purificación, santificación y perfección. El concepto medular de “Hebreos”, el sumo sacerdocio de Jesucristo, no aparece en Pablo. Hebreos dice muy poco de la justificación que viene por la fe y no por las obras de la Ley, o de la dicotomía carne/espíritu. No emplea la frase paulina «*con Cristo*» y no dice nada referente al lugar de los judíos y los gentiles en el plan de la salvación.

A diferencia de Pablo, quien concibe la Ley desde el punto de vista de la demanda moral y como un poder autónomo, “Hebreos” presenta la Ley básicamente en su aspecto cultural, como una institución para la expiación, acorde con la revelación de la salvación en el NT. Es una preparación imperfecta. Pablo en ningún sitio sostiene la imposibilidad de un segundo arrepentimiento, “Hebreos” sí (6.4ss; 10.26ss; 12.17). Este contraste con Pablo revela al autor de esta exhortación como un cristiano de extracción judía, sumamente brillante y original en su perspectiva teológica.

*Otros puntos importantes.*

Hebreos 6.4–6 y 10.26 han consternado a muchos cristianos. En ellos se advierte que si una persona se aparta de Cristo voluntariamente, ya no puede recibir perdón. Algunos comentaristas presentan estos versículos como prueba de que uno puede perder la salvación. Pero otros afirman que el énfasis es diferente, que más bien quieren decir que si uno cayera de la gracia no podría ser perdonado otra vez. Por lo tanto, es imposible caer de la gracia. En realidad, la intención de estos versículos es hacer que los cristianos recuerden siempre el gran costo de la gracia de Dios, y que tomen bien en serio su profesión de fe. La intención no es que los cristianos duden de su salvación. No hay ninguna prueba bíblica de que alguien que haya deseado el perdón de Cristo no lo haya recibido.

La carta a los hebreos se admite, por lo general, que está dirigida a comunidades formadas por judeo-cristianos tentadas a recaer en el judaísmo, a causa de la hostilidad ambiental (Hb 2, 1; 3, 12; 4, 1. 11; 5, 12; 6, 6; 10, 23-25).

29). Estos judíos convertidos al Evangelio (Hb 5, 12) lo habían recibido de boca de los primeros predicadores (Hb 2, 3). Las persecuciones se abatieron pronto sobre ellos (Hb 10, 32-34). Estas comunidades habían ayudado frecuentemente a los santos (Hb 6, 10; 10, 34). No hace, esta epístola, alusión alguna a los cristianos de origen pagano que pudieran haber sido miembros de las mismas iglesias. Las características de los destinatarios se corresponden más bien con las de los hebreos de Palestina, quienes probablemente se sintieron amenazados de un retorno a las ceremonias rituales más que a la Ley.

Análisis:

El autor comienza afirmando la superioridad del cristianismo por encima de toda revelación anterior, y como definitiva, porque Cristo es el punto culminante de la revelación de Dios (Hb 1). Hecho que debería servir de aliento para no abandonar el Evangelio (2, 1-4). La humillación de Cristo no debe oscurecer nuestra visión, porque es precisamente gracias a su abatimiento que ha llegado a ser nuestro Salvador y Sumo Sacerdote (2, 5-18). Cristo es superior al mismo Moisés (3, 1-6). Las advertencias que habían sido dirigidas al Israel bajo el “Antiguo Pacto” son, bajo el “Nuevo Pacto”, doblemente poderosas para poner en guardia contra el mismo pecado (3, 7-4, 13).

La carta posee una categoría teológica, cristológica y literaria notables. Utilizando argumentaciones típicas de la exégesis rabínica, que a nosotros a veces se nos hace difícil seguir, el autor del escrito intenta demostrar que en Jesucristo y en su Misterio Pascual han encontrado su cumplimiento definitivo y verdadero el culto y el sacerdocio del Antiguo Testamento.

Los destinatarios de la carta que tantas veces habrían celebrado aquellos cultos judíos, que tal vez añoraban aún su fastuosidad, incluso probables sacerdotes convertidos, han de darse cuenta de que únicamente se trataba de una *“pre-figuración”* de las realidades definitivas que se han realizado en Jesucristo y que se viven en la vida cristiana. La muerte-resurrección de Jesucristo (el único y verdadero sacrificio) es el acto supremo con que Él (único y verdadero sacerdote) nos ha obtenido el verdadero perdón de los pecados y nos ha abierto el acceso a la presencia y comunión con Dios. He aquí la tesis del escrito. La carta, por tanto, revela el valor de la posición de Cristo como Sumo

Sacerdote (4, 14-16) y desarrolla la naturaleza de este sacerdocio, mostrando que Cristo lo ha consumado en cumplimiento de la profecía (c. 5). Para defender esta tesis, el autor de la carta señala los paralelismos y a la vez las diferencias entre el sacrificio de Cristo y la liturgia judía, cuando el gran sacerdote entraba solo en el santo de los santos (Santo y Santísimo, o Sancta sanctorum, separados por una cortina), el recinto más sagrado del Templo, una vez al año y, en presencia de Dios, ofrecía la sangre de las víctimas inmoladas con el fin de implorar del Altísimo la misericordia y el perdón de los pecados de todo el pueblo. Esta liturgia es imagen y pre-figuración del sacrificio de la cruz. En él, Jesucristo, con el derramamiento de la propia sangre y con la ofrenda interior de su vida entera de obediencia al Padre, ha obtenido de una vez por todas, el perdón de nuestros pecados y nos ha abierto el acceso a la presencia y comunión con Dios.

En el c. 6 el autor reprende a los destinatarios de la carta, de una manera vigorosa pero sin dureza, a causa de su incompleto conocimiento del Evangelio. En el c. 7 destaca la superioridad del sacerdocio de Cristo, del que Melquisedec es el tipo, sobre el sacerdocio levítico, anunciando la anulación de este último y de su ritual, así como la “todo suficiencia” del sacerdocio de Jesús. Este sacerdocio de Cristo sigue ejerciéndose desde el cielo, su misterio celestial corrobora los tipos proféticos, cumple las promesas y da remedio a las imperfecciones del ritual terreno (Hb 8, 1-10, 18).

Jesucristo es, en efecto, el único mediador entre Dios y los hombres, el único pontífice que, siendo como verdadero Dios y verdadero hombre, puede levantar un puente que una la humanidad con Dios. A él nos podemos acercar con toda confianza, porque él ha compartido en todo, a excepción del pecado, las debilidades de la condición humana y es, por tanto, capaz de compadecernos. Él es superior a los ángeles, superior a Moisés. Su muerte-resurrección es el sello de la Nueva y definitiva Alianza, la cima y culminación verdadera, ante la cual todo lo anterior era sólo una imagen pre-figurativa.

La Fe es una andadura. El autor nos exhorta a mantener la esperanza y el coraje, verdaderas virtudes del caminante, a huir y evitar los peligros de la ruta

como podrían ser: desviarse del camino, quedarse atrás o verse falto de fuerzas (2, 1; 4, 1; 12, 12). Por más que el camino pueda ser difícil no estamos faltos de recursos. Por una parte el hecho de saber que el primero de la cordada ya ha llegado a la cima y que nos ayuda con su intercesión. El ejemplo de los antepasados que hicieron con coraje nuestra misma ruta, la ayuda de los compañeros, puesto que no hacemos solos el camino sino en comunidad, en Iglesia, y el recuerdo de aquel fervor nuevo cuando dábamos los primeros pasos. Todo ello nos ayuda, e invita, a proseguir la marcha (10, 19-12, 29). La cuarta sección (10, 19-12, 29) exhorta a los hebreos a vivir incesantemente por la Fe, siguiendo estas verdades. Se insiste sobre la renovación de la confianza en Cristo, y sobre la frecuente asistencia a las reuniones de las santas asambleas (10, 19-25), se exhibe la caída sin esperanza de la apostasía (10, 26-31) y se exhorta a recordar con el celo que habían actuado los antepasados (10, 32-39), dándose el ejemplo de los héroes de la fe del AT (Hb 11) y del mismo Jesucristo (12, 1-3). Hay que enunciar también un aspecto bastante importante de esta carta a los hebreos. El autor no nos presenta este cuadro fastuoso con la intención de que lo contemplemos embobados, como quien contempla una escena espectacular que tiene lugar ante nuestros ojos allá en el escenario. Esta reflexión doctrinal y teológica está estrechamente ligada con toda una serie de exhortaciones a la vida cristiana en toda su plenitud. Jesucristo ha abierto un camino seguro y eficaz y la Iglesia es un pueblo en camino, en éxodo, que avanza por esta ruta abierta. La carta exhorta a los hebreos a la consideración de que el Señor se sirve de pruebas para dirigir a sus hijos por el camino de la gloriosa salvación y crecimiento en ella (12, 4-9).

Esta carta es la única donde se da a Cristo el título de sacerdote, aunque ciertamente la esencia de esta doctrina figura en otros libros de la Biblia. La epístola presenta al cristianismo como la culminación, el objeto último del “Antiguo Pacto”, y expone con claridad el camino de la salvación, que había sido pre-anunciado por los tipos y ceremonias. La Epístola a los hebreos provee así argumentos perentorios propios para establecer esa Fe. Es evidente, afirman Samuel Vila Ventura y Santiago Escuaín en su Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado de la Editorial Clie, que sin esta carta el NT hubiera quedado incompleto. La excelencia de la salvación por la persona de Jesucristo y su

Evangelio, que es exaltado como en pocas epístolas en esta carta, es presentado aquí una y otra vez, empleando epítetos tales como «mejor», «excelente», «superior». Su sacrificio expiatorio es total e infinitamente eficaz (a diferencia de los del Antiguo Pacto, Hb 10, 1-4). El autor repite en diez ocasiones que este sacrificio fue ofrecido de una vez y por todas. (7, 27; 9, 12. 25. 26<sup>a</sup>. 26<sup>b</sup>. 28; 10, 10. 12. 14. 18).

#### PRIMERA CARTA DE SAN PEDRO

Pedro (forma masculina de *petra*, traducción griega del arameo *Cefás* que significa *piedra, roca*). Apóstol de Jesucristo que fue uno de los pilares de la iglesia primitiva.

#### *Personaje y origen del nombre.*

El Nuevo Testamento lo llama dos veces por el antiguo nombre hebreo «Simeón» (Hch 15.14; 2 P 1.1 Biblia de Jerusalén), cuarenta y ocho veces por el griego «Simón», veinte veces (casi todas en Juan) por el compuesto «Simón Pedro», y ciento cincuenta y tres veces lo llama «Pedro».

Era hijo de Jonás (Mt 16.17; cf. Jn 1.42), casado (Mt 8.14; Mc 1.30; Lc 4.38; su esposa lo acompañaba aún en la época apostólica (1 Co 9.5), hermano de Andrés y, probablemente como este, afectado por el ministerio de Juan el Bautista (Jn 1.39s; Hch 1.22). Los Evangelios lo consideran oriundo de una ciudad a la orilla del mar de Galilea (Capernaúm, Mc 1.21–29 y/o Betsaida, Jn 1.44), donde ejercía con su hermano, y algunos socios, el oficio de pescador (Mc 1.29; Lc 5.10). Quizás había tenido contactos con la cultura helénica y había aprendido el griego, pero conservaba el acento galileo de su arameo materno (Mc 14.70). Se le consideraba un hombre sin instrucción especial (Hch 4.13), aunque no hay por qué dudar de que supiera leer y escribir.

#### *Su llamamiento.*

Posiblemente Pedro conoció a Jesús a través de Andrés (Jn 1.41), antes de su llamado personal, casi al comienzo del ministerio en Galilea (Mc 1.16s). Después fue agregado al grupo íntimo de los doce (Mc 3.16ss), en cuya lista siempre ocupa el primer lugar (Mt 10.2; Mc 3.16; Lc 6.14). Jesús le llamó Cefas (que significa Pedro) desde el comienzo, con miras al cambio de su

carácter (Jn 1.42); Marcos lo llama siempre Pedro a partir de 3.16 y no hay razón para pensar que este nombre se originara en Cesarea (Mt 16.18).

### *Pedro entre los discípulos.*

Los evangelistas insisten en el lugar destacado de Pedro entre los discípulos. Forma parte del grupo de los tres más íntimos de Jesús (Mc 5.37; 9.2; 14.33). A menudo actúa en nombre de los doce (Mt 15.15; 18.21; Mc 1.36s; 8.29; 10.28; 11.21; 14.29ss; Lc 5.5; 12.41). Su confesión en Cesarea es representativa (Mc 8.27, 29) pues la pregunta se dirigió a todos. Fue testigo de la transfiguración (Mc 9.1; cf. 1 P 5.1; 2 P 1.16ss). Su jactancia en Mc 14.29ss quizás sea también representativa. Su debilidad es tan evidente como sus promesas de lealtad (Mc 14.66ss) y los Evangelios no la soslayan. El mensaje de la resurrección señala especialmente a Pedro (Mc 16.7) y él es el que recibe una manifestación especial del resucitado (Lc 24.34; 1 Co 15.5). Aunque su papel en el cuarto Evangelio sea más atenuado y el discípulo amado juegue un papel más importante, la intervención de Pedro siempre aparece decisiva (por ejemplo, Jn 6.68s; 21.15–19).

### *La confesión de Cesarea.*

Mateo 16.17ss ha sido uno de los pasajes más debatidos, particularmente la sentencia del Señor: «*Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia*». No hay razón suficiente para dudar de la autenticidad de este pasaje, como algunos han pretendido, ni para ubicarlo en otro contexto, como han hecho otros (por ejemplo, Cullmann). Dos interpretaciones, ambas muy antiguas, se nos ofrecen como verosímiles:

1. La roca es lo que Pedro ha dicho: su fe o, más propiamente, la confesión de fe (Orígenes, Agustín). La iglesia será constituida sobre esta confesión apostólica (cf. Ef 2.20).
2. La roca es el mismo Pedro (Tertuliano).

La segunda interpretación es más simple y adecuada a la letra del pasaje (Mt 16.19 aparece en singular y tiene que haber sido dirigida al mismo Pedro). Para la exégesis protestante esta interpretación (y el pasaje en cuestión) no tiene ninguna relación con la idea de una sucesión apostólica (la función que Pedro recibe es en pro de la fundación de la iglesia y por tanto irrepetible), ni con una autoridad absoluta («*el poder de las llaves*» se le atribuye a los doce,

Mt 18.18) y reside en el anuncio de Jesucristo como el Hijo de Dios; no en una autoridad jurisdiccional (cf. Is 22.22; Mt 23.13; Ap 1.18; 3-7; 21.25). Pero reconocen que no hay duda de un cierto primado de Pedro entre los apóstoles. *Pedro en la Iglesia Apostólica*. Según Hechos, Pedro toma un papel directivo en la comunidad naciente (1.15-22). Su predicación, centrada en la resurrección, es el testimonio de todo el grupo apostólico (2.14-36; 3.12-26). Es el vocero ante las autoridades (4.8-12) y agente de juicio en algunas ocasiones (5.3-11). En la primera misión de extensión también ejerce el liderazgo (8.14-25). El Espíritu Santo abre a través de él la misión a los gentiles (10.1-48) aunque esto le acarrea críticas de los propios cristianos (11.2-18). Pese a su falla cuando dejó de comer con los cristianos gentiles de Antioquía, para agradar a los judíos (Gl 2.11-14), Pedro es un defensor de la apertura a los gentiles (Hch 15.7-21).

Después de la muerte de Esteban, se desconoce la carrera de Pedro. Hay alusiones a su presencia en distintos lugares luego de su prisión en Jerusalén (Hch 12.17): Antioquía (Gl 2.11ss), Corinto (1 Co 1.12) y el norte de Asia Menor (1 P 1.1). Jacobo, a quien llaman hermano del Señor, tomó la dirección de la comunidad de Jerusalén.

Aunque sin mucha razón, se ha discutido la antigua tradición de la estadía de Pedro en Roma. Casi no cabe dudas que 1 P se escribió desde allí (1 P 5.13). Es fuerte la tradición que afirma que Pedro ofreció información para el Evangelio de Marcos, publicado allí, 1 Clemente (ca. 96 dJC) lo da por muerto bajo la persecución de Nerón y aunque las tradiciones del siglo II, sobre la forma de su martirio, no sean del todo confiables, no hay razón para dudar que sea verdadera la tradición de su estadía y posible martirio en Roma. En tal caso, habría ido allí hacia el final de su carrera (no estaba cuando Pablo escribe a Roma o llega allí) y habría estado poco tiempo. Quizás pronto hallara allí el martirio.

## PRIMERA CARTA DE PEDRO.

Carta circular que Pedro envía a los cristianos que residen en «Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia» (1.1). Estos lugares son cinco provincias de Asia

Menor (territorio que hoy pertenece a la Turquía moderna) que formaban parte del vasto Imperio Romano. No es una “*epístola general*” dirigida a cualquier congregación cristiana.

#### *Estructura de la Epístola.*

Tras el saludo (1.1–2), 1 Pedro comienza con una nota positiva, alabando a Dios por la bendición de una «*esperanza viva*» que tiene reservada para los creyentes (1.3–12). Esta doxología establece una nota triunfante para el resto de la carta, que puede dividirse en tres partes: bendiciones, deberes y pruebas.

Las bendiciones van del 1.3 al 2.10. Como tenemos «*una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible*» reservada en el cielo (1.4), Pedro exhorta a los creyentes a vivir santa e irrepreensiblemente porque somos «*nación santa*», pueblo de Dios (2.9).

La segunda parte de esta epístola (2.11–3.22) consiste en instrucciones para cumplir con los deberes sociales. La vida del cristiano debe ser un buen testimonio a los incrédulos (2.11–17); los esclavos deben obedecer a sus amos (aun a los que son injustos) y soportar las humillaciones como Cristo las soportó (2.18–25); el callado ejemplo de una esposa cristiana tendrá gran efecto sobre el esposo que no es cristiano (3.1–6); los esposos cristianos han de tratar a sus esposas como «*coherederas de la gracia de la vida*» (3.7). En todas las cosas, que la vida irreprochable que vivan avergüence a los que se oponen al evangelio (3.8–22).

La última parte de 1 Pedro aborda la cuestión de las tribulaciones (4.1–5.11). En vista de la cercanía del fin, los cristianos deben ser «*buenos administradores de la multiforme gracia de Dios*» (4.1–11). Pueden regocijarse en participar de los sufrimientos de Cristo en vista de la gloria que los espera (4.12–19). En sus deberes pastorales, los líderes de las iglesias deben seguir el ejemplo de Cristo, quien perfecciona, afirma, fortalece y establece el rebaño (5.1–11). La epístola concluye con la mención de Silvano, el secretario que escribió la carta, y con saludos de parte de la iglesia que está en «*Babilonia*» (5.12–14).

#### *Autor y Fecha.*

Según 1 Pedro 1.1, el autor de la epístola es Pedro, quien se identifica como «apóstol de Jesucristo». En 5.1, donde se dirige a los ancianos de las congregaciones cristianas, declara que es «anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo». Aparte de estas indicaciones, no hay otros detalles explícitamente autobiográficos en la epístola. Sin embargo, Pedro ha dejado muchas de sus huellas en este escrito. Notablemente, la enseñanza de Jesús empapa el pensamiento del apóstol y forma la base de mucho de su instrucción. Por ejemplo, el eco de la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia» (Mt 5.10), se oye en 1 P 3.14: «Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois».

En la iglesia antigua 1 Pedro se aceptaba como un escrito auténtico del apóstol Pedro. Eusebio (270–340 dJC) dividía los libros existentes en tres grupos; los aceptados (genuinos), los controvertidos y los falsos. Incluye 1 Pedro entre el primer grupo y dice que, «los presbíteros antiguos la usaron frecuentemente en sus obras como indudablemente genuino».

A pesar del argumento fuerte que viene de la iglesia antigua a favor de la autenticidad de la epístola, en la iglesia moderna varias voces se han levantado contra su autenticidad. Los argumentos básicos contra la autenticidad son: (1) el elevado estilo griego del escrito (no parece que Pedro, el pescador galileo, pudiera producir un documento con este estilo), (2) la naturaleza de las persecuciones que los destinatarios de la epístola sufrían (parece que refleja la situación de la iglesia a fines del siglo primero o a principios del segundo), (3) la ausencia de referencias a la vida de Jesús (hecho extraño si el autor fuera uno de sus principales apóstoles), (4) la relación de la enseñanza del documento con las epístolas de Pablo (parece que el autor no era uno de los discípulos originales sino que tenía que depender del pensamiento teológico de otro) y (5) el uso de material tradicional en la composición (lo cual parece indicar que «la carta no está en los orígenes de la tradición cristiana primitiva, sino que presupone tales orígenes» (Lohse, Introducción al Nuevo Testamento, p. 221).

Sin embargo, en respuesta a estas objeciones contra la autenticidad de la

epístola, se ha observado que: (1) Silvano era el amanuense de Pedro (5.12) y bien puede ser la persona que dio a la epístola su distintivo estilo griego, (2) la persecución que se refleja en 1 Pedro es el resultado del rechazo social que los cristianos normalmente tenían que enfrentar y no parte de un programa del estado contra ellos (2.12; 3.16; 4.4, 14), (3) hay repetidas alusiones a la enseñanza del Señor en la epístola (cf. por ejemplo, 3.14 y Mt 5.10; 4.13, 14 y Mt 5.11, 12; 2.12 y Mt 5.16), (4) podemos explicar muchos de los paralelos entre la enseñanza de Pedro y Pablo con referencia a la enseñanza básica común de la iglesia de aquel entonces (cf. por ejemplo 1 P 2.13–17 y Ro 13.1–7; 1 P 2.18–20 y Ef 6.5–8; 1 P 3.1–6 y Ef 5.22–24) y (5) Pedro era uno de los apóstoles y bien puede ser que tuvo parte en el desarrollo de esa enseñanza básica. Y aun si dependía de material originalmente desarrollado por otros, esto en sí no es argumento contra el origen apostólico del escrito. El apóstol Pablo también hizo uso de dicho material.

Pedro escribió la carta desde «*la iglesia que está en Babilonia*» (5.13). «*Babilonia*» es la ciudad de Roma (Ap 14.8; 16.19; 17.5, 9, 18; 18.2, 10, 21). La literatura judía hace la misma identificación de *Roma* con *Babilonia*. La confirmación de esta posición procede de Eusebio, quien además relata que Pedro sufrió martirio en Roma durante la persecución de Nerón. De ser todo así, la fecha de composición de esta carta sería entre los años 62 y 63 dJC.

#### *Marco Histórico.*

Pedro llama a los destinatarios «*los expatriados de la dispersión*» (1.1). Durante esa época, «*dispersión*» se refería a los judíos que vivían fuera de Palestina entre los gentiles (Jn 7.35; Stg 1.1) y por lo tanto varios opinan que los destinatarios de la epístola eran judíos convertidos al Mesías Jesús. Pero Pedro critica la vieja manera de vivir de sus lectores, denominándola «*vana*» (1.18), término conectado con la crítica de la práctica de la idolatría en la Septuaginta. Esta manera de vivir la recibieron de sus antepasados (1.18). La vida anterior de los destinatarios giraba alrededor del culto a los ídolos según 4.3, donde Pedro describe sus pecados pasados: «*Basta ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles, andando en lascivias, concupiscencias, embriagueces, orgías, disipación y abominables idolatrías*». Después del cautiverio, la comunidad judía abandonó por completo la práctica

de la idolatría. La sorpresa de sus vecinos a su falta de participación en las fiestas tradicionales y en el culto de los templos solamente se puede explicar si los convertidos eran gentiles (4.4).

El problema que los cristianos en Asia Menor tenían que enfrentar era la persecución, pero no una persecución formal y programada sino diferentes formas de discriminación social. Ellos, que antes participaban completamente en la vida social y religiosa de sus comunidades, se mantenían apartados de tales actividades (4.3, 4). Habían abandonado por completo la religión ancestral (1.18) para creer en un Dios invisible (1.21) y seguidores de un judío del Oriente que había sido crucificado (2.24). Desde luego, habían creado una nueva alianza o «hermandad» entre sí (2.17). Los incrédulos los rechazaban a causa de su conversión a la nueva religión y murmuraban contra ellos como de malhechores (2.12; 3.16), los maldecían (3.9), los calumniaban (3.16), los vituperaban (4.14) y denunciaban su fe en Dios (4.13). En el momento menos pensado los cristianos tenían que dar cuentas de su fe y de su conducta (3.15, 16).

La tensión era especialmente aguda donde existían relaciones sociales y legales muy estrechas, como entre la esposa y su marido o entre el esclavo y su amo (2.18–3.6). Siempre existía la posibilidad de encontrarse en apuros con las autoridades (2.13–17; 4.15). Aunque la persecución se manifestaba principalmente como rechazo social y abuso verbal (2.15), en ciertos casos existía la posibilidad de que la hostilidad llegara a ser física (2.20; 3.6; 4.1). Al escudriñar el efecto de la persecución en las congregaciones, descubrimos que los cristianos estaban afligidos (1.6; 2.19) y tenían profundo temor (3.6, 14). El rechazo que padecían les causaba perplejidad (4.12) y los llenaba de ansiedad (5.7).

Pero el problema que Pedro trataba de corregir no tenía que ver simplemente con su estado emocional. Habían comenzado a avergonzarse de su fe (4.16). En sus padecimientos sentían la tentación de vengarse (3.9; cf. 2.23) y de conformarse a un estilo de vida más aceptable a sus vecinos inconversos (4.2, 3; 1.14). No solamente experimentaban la tentación de volver a los pecados que habían dejado cuando se convirtieron, sino también tenían que enfrentar la

tentación máxima, la de la apostasía (5.8, 9). Por eso, el problema que Pedro enfrenta en esas congregaciones no era solamente el desánimo. La lucha era por su fe y ética evangélicas que estaban a punto de abandonar. Pedro les dice: «..., os he escrito brevemente, exhortándoos y atestiguándoos que esta es la verdadera gracia de Dios; perseverad en ella» (5.12; Biblia de Jerusalem).

#### *Aporte a la Teología.*

A pesar de la adversidad que sus lectores enfrentan, Pedro no los exhorta a separarse de los demás. Más bien, los llama a empeñarse en la sociedad, haciendo el bien en medio de los incrédulos que los han rechazado (por ejemplo 2.11–3.7). En esto, les enseña a acudir a la gracia de Dios y a todo lo que ésta implica (5.12). El mensaje de la epístola es la conducta cristiana en medio de una sociedad hostil.

#### *Otros puntos importantes.*

En la lucha contra el retroceso de los cristianos a su vieja manera de vivir, Pedro los exhorta no solamente a mantenerse santos delante de Dios (1.14–16) sino a que mantengan su buena manera de vivir para hacer callar las calumnias de sus contemporáneos (2.15). Pedro cree que si mantienen buena conducta bajo presión, sus perseguidores llegarán a avergonzarse de su trato hacia ellos (3.16). Él espera que tal conducta gane a los inconversos (3.1) y que sea el medio por el cual estos gentiles lleguen a ser glorificadores de Dios (2.12). Su mensaje es práctico y moral, pero al mismo tiempo ligado íntimamente con las grandes verdades de la fe cristiana.

A algunos ha inquietado la posible alusión de 2 Pedro al libro Asunción de Moisés. Pero esto es probablemente una referencia a los conceptos literarios de la época y al mal uso que hacían los falsos maestros de la literatura apócrifa.

Escrita por Pedro, con la ayuda de Silvano (o Silas), desde la ciudad de Roma, la moderna "Babilonia" (5, 13), la carta se dirige a diversas comunidades cristianas del Asia Menor, principalmente judíos que creyeron en el Señor Jesús, así como a escogidos forasteros de la dispersión del Ponto, Capadocia, Galacia y Bitinia. Sin embargo, por algunas alusiones (1 P 1, 17; 2, 9. 10; 3, 6; 4, 3) varios exegetas consideran que estaba dirigida a cristianos surgidos del

paganismo. En realidad el ministerio de Pedro se dirigía oficialmente a “la circuncisión” (cfr. Ga 2, 7). Las alusiones mencionadas por tanto podrían haber sido dirigidas a judíos desconocedores del Evangelio.

El pasaje que más se ha atribuido a los gentiles es 1 P 2, 10: “*Ustedes antes no eran su pueblo, pero ahora son pueblo de Dios, ustedes no habían alcanzado su misericordia, más ahora han conocido su misericordia*”, lo que pudiera ser una referencia también a la sentencia dictada por Dios sobre el pueblo judío que aparece en Oseas 1, 9 “*Y dijo Yahweh: «Ponle el nombre de “No mi Pueblo” (“No mi Pueblo” en hebreo: loammi), porque ustedes no son mi pueblo, y tampoco Yo Soy para ustedes»*”. Pedro, por tanto, querría enseñar a los judíos que sólo por su adhesión al Mesías volverían a ser “Pueblo de Dios” (hebreo: “ammi”). La Biblia Latinoamericana afirma que la carta fue redactada en Roma poco antes de la muerte del apóstol. Sin embargo, al mencionar las regiones de los destinatarios (1 P 1, 1) lo hace de este a oeste, lo que podría ser una indicación de que la carta fue hecha desde el Oriente. La alusión a la Iglesia en Babilonia, en los saludos finales, apoya esta hipótesis (1 P 5, 13). La fecha podría situarse hacia los años 64-65 dJC, debido al empleo que el autor hace de la carta de Pablo a los efesios y de la época de la muerte del apóstol.

Con razones no suficientemente convincentes, algunos han negado que la carta fuese auténticamente de Pedro. La mayor parte de los argumentos pierden, sin embargo, su fuerza si se tiene en cuenta la ayuda de Silvano, discípulo de Pablo. Pedro sería el responsable último del contenido de la carta, aunque Silvano fuese el responsable directo de su redacción. Su autenticidad queda entonces demostrada tanto por su contenido como por el testimonio de numerosos escritores del inicio de la era cristiana, además de que el autor afirma ser el apóstol Pedro (1 P 1, 1). Entre esos escritores de los primeros años de la Iglesia se encuentran Clemente de Alejandría (200 d JC). Ireneo de Lyon (180 d JC) y Tertuliano de Cartago (200 d JC). Eusebio afirma que Papías y Policarpo la conocían y la citaban.

Toda la carta se hace eco de una liturgia bautismal. Hay quien dice que no sería otra cosa que una homilía bautismal puesta por escrito. A unos cristianos

que se ven hostigados por la persecución, Pedro les dirige esta carta para consolarlos y fortalecerlos. Inspirándose en la liturgia bautismal los anima a mantenerse fieles a la vocación cristiana a la que fueron llamados por medio de su bautismo. El bautismo, en efecto, nos hace renacer a una nueva vida (2, 1-3) y nos incorpora como "*pedras vivas*" edificados sobre la "*pedra angular*" que es Cristo a la Iglesia, llegando a ser de esta forma "*un linaje escogido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las maravillas de aquél que nos ha llamado de las tinieblas a su luz verdadera*" (2, 4-10).

Vivir en esta nueva vida lleva al cristiano a vivir en el mundo dominado por el pecado como un "*forastero y peregrino*" (1, 1; 2, 11); a hacerse muchas veces sospechoso y objeto de persecución; lo mismo que sucedió con Jesús. La persecución se interpretará como una prueba, y una prueba que comienza justamente por la "*casa de Dios*". Una prueba que hay que superar con la fortaleza de la Fe. A lo largo de la carta se deja sentir este clima de persecución que resume por todas partes (hay que leer por Ej. 2, 20-24; 3, 13-17; 4, 12-19). Hay que mantenerse fieles a la vocación cristiana, incluso en plena persecución y frente a toda clase de hostilidades. Si sois perseguidos - nos dice el apóstol - que sea por causa de la justicia. Únicamente entonces mereceréis, tal como lo proclamó el Señor, ser llamados bienaventurados.

Sin embargo, la lectura de la carta deja bien claro que la vocación del cristiano no le ha de llevar a vivir en una actitud de "ghetto". Por el contrario, el cristiano está llamado a dar constantemente testimonio de la salvación con su vida entera (2, 12) e incluso, a explicar, cuando haga falta, la razón que le mueve a actuar de esa manera. Con palabras del mismo apóstol: "*siempre prontos a responder a cualquiera que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros*" (3, 15).

Esta carta de Pedro -desgraciadamente no muy conocida y a veces muy olvidada- es, no obstante, un escrito que nos da una síntesis preciosa de los grandes rasgos fundamentales que configuran el ser y la actuación del cristiano en el mundo. Huyendo de la simple elucubración doctrinal o del alegato meramente moralista, fundamenta lo que el cristiano "*ha de ser*" en

aquello que "es" de hecho gracias a su bautismo.

El estilo de esta carta es natural, patético, vehemente, salpicada de repentinas transiciones, lo que refleja admirablemente el carácter del autor. La doctrina es armónica con la de las epístolas de Pablo, con una particular insistencia en la gracia de Dios, y la gloriosa esperanza de la Parusía. La carta contiene numerosas reminiscencias de las cartas a los romanos, a los efesios y de la Epístola de Santiago (1 P 2, 6. 8: cfr. Rm 9, 32. 33; 1 P 2, 5; 3, 8. 9; 4, 7-11: cfr. Rm 12, 1. 16. 17 y 3, 6; 1 P 2, 18 y 3, 1-7: cfr. Ef 5, 22. 23 y 6, 5; 1 P 1, 1. 6. 7. 23 y 5, 6: cfr. St 1, 1-3. 18 y 1 P 4, 10). La epístola se distingue por su profundidad y por la belleza en la expresión de la enseñanza.

Pedro destaca vigorosamente:

- a.) Los sufrimientos de Cristo y su valor expiatorio (1 P 1, 11-19; 2, 21-25; 3, 18; 4, 1. 13; 5, 1).
- b.) El sufrimiento del creyente con su Señor (1 P 1, 6. 7; 2, 18-21; 3, 13-18; 4, 1-2. 12-19; 5, 9-11).
- c.) La regeneración (1 P 1, 3. 23-25; 2, 2).
- d.) La Iglesia y el sacerdocio de todos los creyentes (1 P 2, 4-10).
- e.) La resurrección y la gloriosa venida de Cristo (1 P 1, 3-5. 7-9. 11. 13. 21; 3, 18. 21-22; 4, 5. 13; 5, 1. 4. 10-11).

Todas estas doctrinas, así como las exhortaciones que las acompañan, son claras y precisas, son coherentes con el carácter práctico que tiene que rendir el cristiano, como lo hizo Pedro después de Pentecostés, un testimonio limpio acerca de su Salvador.

## SEGUNDA CARTA DE PEDRO

Según 2 Pedro 3.1, esta es la segunda carta que Pedro dirigió a las comunidades cristianas en las provincias romanas de Asia Menor (1 P 1.1). El autor se nombra como «*Simón Pedro, servidor y apóstol de Cristo Jesús*» (2 P 1, 1), afirma haber sido testigo de la transfiguración cuando recibió de Dios Padre la magnífica gloria de Su Palabra «*Éste es mi hijo muy querido, éste es mi elegido*» (2 P 1, 17) y haber recibido de Cristo la predicación profética de

su martirio (2 P 1, 14; cfr. Jn 21, 19). Se pone en un plano de igual con Pablo llamándolo «*nuestro querido hermano*» (2 P 3, 15).

El estilo de esta carta es diferente al de la primera por su falta de simplicidad y de desenvoltura, y sin bien hay diferencias de vocabulario, nada en el texto da la indicación de ser una falsificación. Las alusiones autobiográficas son exactas, no aparecen anacronismos, ni detalles imaginarios. Es totalmente diferente de otras obras consideradas apócrifas como “El Evangelio de Pedro” y el “Apocalipsis de Pedro”. Basándose en estas consideraciones Jerónimo cree que las diferencias con la primera carta pueden ser debidas a los estilos de secretarios-interpretes de Pedro. Sin embargo para muchos críticos, la carta puede ser uno de los libros más tardíos del NT y pudo ser escrita debido a tres inquietudes de la Iglesia surgidas alrededor del año 100 dJC: Mantener la Fe tal y como la enseñaron los testigos de Jesús; Luchar contra “falsos maestros” que desvirtuaban la Fe al mismo tiempo que llevaban a la inmoralidad; Explicar por qué Cristo no había vuelto todavía. Es decir, en la carta se previene a los cristianos contra los falsos doctores, que niegan a Cristo.

Los fieles deben esperar, con una vida santa, la venida del Señor (3, 8-13). Hay una preocupación para que los cristianos se mantengan firmes en la Fe que han recibido. De ser cierta esta opinión, de algunos biblistas, esta carta fue escrita mucho después de morir San Pedro, por un discípulo suyo tal vez. No obstante ello, algo asemeja a ambas cartas. En ambas se presentan una buena cantidad de palabras singulares y con frecuencia se presenta el lado negativo y el positivo de un mismo pensamiento (1 P 1, 12. 14. 15. 18 y 2 P 1, 16. 21; 2, 4. 5; 3, 9. 17). Ya en el siglo III Orígenes hace alusión al empleo en la Iglesia de ambas epístolas de Pedro y les llama «las dos trompetas de sus epístolas».

Pero lo más importante de esta epístola no son las contradicciones que existen sobre su autoría y autenticidad, sino el objetivo con que la misma fue escrita. El propósito de la carta, según 2 P 3, 1. 17. 18 es hacer recordar a los destinatarios las enseñanzas que habían recibido, a fin de prevenirlos contra las falsas doctrinas entonces en boga, y facilitar su crecimiento en la gracia y conocimiento de Jesucristo, el Señor y Salvador. Fue escrita para refutar el gnosticismo que ya se estaba infiltrando en las Iglesias, y para fortalecer a los

cristianos en la sana doctrina y en la pureza moral.

### *Estructura de la Epístola.*

Esta epístola comienza con un saludo (1.1–2), después del cual se exhorta a los cristianos a desarrollar un carácter noble como escogidos de Dios (1.3–14). Pedro sabe que la hora de su muerte se aproxima, y como fue testigo de la transfiguración de Cristo y las palabras que allí se pronunciaron, puede afirmar categóricamente que Cristo volverá (1.15–21). El capítulo 2 es una condensación de parte de la Epístola de Judas, y condena a los falsos maestros y profetas. El capítulo final habla de la futura venida del Señor y de por qué no ha regresado todavía (3.1–18).

### Contenido.

Saludos apostólicos (2 P 1, 1. 2); Exhortación solemne a crecer espiritual e intelectualmente (1, 3-11); Bases sobre las que reposa el conocimiento, y que son, también, las bases de la piedad (1, 12-21); Condena a los falsos doctores (2, 1-22); Recuerdos de las enseñanzas de Jesucristo, de los profetas y de los apóstoles en cuanto a la venida del Señor y del Fin del Mundo (3, 1-13); Exhortaciones a crecer en la santidad, prestos para recibir al Señor a Su regreso (3, 14). Alusión al valor de las epístolas de Pablo como Escritura (3, 15-16); Doxología final: “*Crezcan en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: a Él la gloria, ahora y hasta el día de la eternidad. Amén*” (2 P 3, 18).

### *Autor y Fecha.*

El autor de 2 Pedro se presenta en 1.1 como Pedro, apóstol de Jesucristo: «*Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo*». En diferentes puntos en la epístola refuerza esta identificación por medio de alusiones a su vida. En 1.17, 18 recuerda su experiencia de estar con el Señor Jesús en el monte de la transfiguración (Mt 17.1–5). Luego declara a sus lectores que morirá dentro de poco conforme a la profecía que recibió del Señor (1.14; cf. Jn 21.18, 19).

La identificación con Pedro se subraya en 3.1, donde el autor declara que ésta es su «*segunda carta*». La declaración clara del documento mismo es que la misma es una obra auténtica del principal de los apóstoles, Pedro. Aunque no

pocos en la iglesia antigua y moderna han cuestionado la autenticidad de esta epístola (los autores cristianos del siglo II hacían poco uso de ella), la evidencia demuestra que se conocía y se aceptaba como autoritativa durante ese siglo, y por eso se incluyó en el canon. En el tercer siglo, Orígenes (185–254 d JC) aceptó el libro como una obra genuina de Pedro, pero dijo que había dudas respecto a su autenticidad. En el siglo IV, Eusebio nota que la mayoría de las personas de sus días aceptaba la epístola como auténtica, si bien es cierto que él mismo tenía dudas.

En la iglesia moderna no pocas voces se han levantado en contra de esta identificación tradicional de la autoría de 2 Pedro. Los argumentos contra su autenticidad son los siguientes: (1) la dependencia literaria de la Epístola de Judas, supuestamente un documento tardío; (2) las diferencias de estilo gramatical entre 2 Pedro y 1 Pedro; (3) las afirmaciones en 3.4 («*desde el día en que los padres durmieron*»), que sugieren un tiempo después de la muerte de la primera generación de cristianos, y en 3.2 («*vuestros apóstoles*») que concibe a los apóstoles como de un grupo del pasado lejano al que el autor no pertenece; (4) la herejía que 2 Pedro combate parece ser el gnosticismo, que fue principalmente un fenómeno del segundo siglo; (5) la mención de la tardanza de la venida del Señor, situación que implica una fecha tardía de composición, y (6) el hecho de que el autor de 2 Pedro presenta su carta como el último testamento del apóstol Pedro (1.13–15).

Se puede defender su apostolicidad tomando en cuenta los siguientes criterios: (1) el hecho de que el autor usó Judas en la preparación de su escrito no es argumento en contra de la autenticidad de la epístola; (2) la diferencia de estilo entre 1 Pedro y 2 Pedro se puede explicar si se reconoce que Pedro utilizó los servicios de dos secretarios diferentes cuando escribió estas cartas, (3) «*los padres*» que durmieron no son los cristianos de la primera generación, sino los antepasados gentiles de los lectores que ya habían muerto, y «*vuestros apóstoles*» simplemente implica que no él sino otros eran los fundadores de las congregaciones a las que escribía; (4) el error que el autor combate no es el gnosticismo sino la inserción de perspectivas epicúreas en las iglesias (5) la tardanza de la venida del Señor era una preocupación que surgió durante el

primer siglo (Mt 25.1–13; Lc 12.35–48; Heb 10.36, 37; Stg 5.7, 8) y (6) aunque es cierto que muchos de los testamentos son obras seudónimas, hay que cuestionar la conclusión de que todos estos libros son espúreos (véase, por ejemplo, el testamento de Moisés en Dt, de Jesús en los Evangelios y de Pablo en 2 Ti).

### *Marco Histórico.*

El problema que los lectores de 2 Pedro enfrentaban era distinto a la persecución que llevó al apóstol a escribir su primera carta. En esta epístola Pedro corrige un error doctrinal que ciertos «*falsos maestros*» introducían en las congregaciones y que amenazaba la estabilidad espiritual de los neófitos y la fe hasta de los más maduros. Pedro escribió la carta con un sentido de urgencia (1.5, 10, 15), sabiendo que los «*falsos maestros*» pretendían atraer a los cristianos a la apostasía. Los que trastornaban la fe de los cristianos habían rechazado al Señor que los había rescatado (2.1). En 2.15 Pedro habla de los herejes que «*han dejado el camino recto, y se han extraviado*»; y en 2.20–22 explica que se han vuelto atrás, dejando el «*santo mandamiento*». Habían experimentado la salvación del Señor (2.20a, 21a), pero se habían enredado de nuevo con «*las contaminaciones del mundo*» (2.20). En 1.9 Pedro los denuncia como «*ciegos*» que «*han olvidado la purificación de sus antiguos pecados*».

Pedro detalla los pecados de los adversarios de la verdad. Habiendo abandonado la moralidad cristiana, abrazaron la inmoralidad sexual (2.2, 10, 14, 18) y se entregaron a la satisfacción inmoderada de sus deseos, incluyendo la borrachera y la glotonería (2.13). Hablaban de la «*libertad*» (2.19), pero Pedro los clasifica como los que viven sin la Ley (3.17; 2.21) y «*esclavos de la corrupción*» (2.19). Una de sus motivaciones fundamentales era la avaricia (2.3, 14), y veían a otros como medio de ganancia. Eran sumamente arrogantes en su crítica contra los seres celestiales y aun contra Dios mismo (2.2, 10, 12, 18), lo cual era especialmente evidente en su escepticismo (3.3–4).

El error de los «*falsos maestros*» era doctrinal y no solo moral. Pedro titula a los cismáticos «*falsos maestros*» que trataban de introducir en las congregaciones «*herejías destructoras*» (2.1) que ellos mismos habían

fabricado (2.3). Su principal error era un nivel alto de escepticismo respecto a la venida del Señor y el juicio divino en el día del Señor (3.3–10). Pensaban que el juicio futuro nunca sucedería, y basaban su argumento en el aparente retraso de la venida del Señor (3.4, 9; compare 2.3). Criticaban la predicación apostólica al respecto como un invento de los predicadores mismos y la clasificaban como un “mito” (1.16). Los falsos maestros ponían en duda la veracidad de la inspiración profética, diciendo que los profetas habían interpretado mal sus propias visiones (1.20–21). La negación del juicio venidero se traducía en una afirmación de la libertad de toda restricción moral (2.19).

También buscaban apoyo a su libertinaje en las epístolas paulinas, cuyo mensaje desvirtuaban (3.15, 16). Los falsos maestros eran miembros de las comunidades cristianas entre las cuales promulgaban sus errores. Participaban en los banquetes o “*cenar de amor*” de las iglesias (2.13). Pedro avisa a las congregaciones que tales personas están «*entre vosotros*» (2.1). Pero su postura en las congregaciones no era pasiva porque buscaban ganar discípulos a su causa, especialmente entre los que eran neófitos en la fe (2.18). Pedro lamenta que no pocos «*seguirán sus disoluciones*» (2.2).

Se ha argumentado que los adversarios eran «gnósticos», pero en 2 Pedro no aparecen elementos claves de esa herejía como el dualismo cósmico. Otros observan los paralelos entre el error que Pedro combate y la filosofía de los epicúreos. Los epicúreos, por ejemplo, negaban la certeza del futuro juicio divino, y basaban su creencia al respecto en el atraso del juicio sobre los malvados (cf. 3.9). Argumentaban que Dios no gobernaba el mundo ni la historia, sino que los sucesos en el mundo sucedían por suerte. Por eso, negaban la posibilidad de la profecía (cf. 3.3, 4). Enfatizaban la libertad del hombre en las decisiones respecto a su vida moral (cf. 2.19).

#### *Aporte a la Teología.*

Pedro escribió esta epístola con cierta urgencia. En 1.15 dice: «*También yo procuraré con diligencia que después de mi partida vosotros podáis en todo momento tener memoria de estas cosas*». En parte, su urgencia se debe a la entrada de conceptos heréticos en las congregaciones. La apostasía era un

peligro real y por eso pide que los lectores sean diligentes en su crecimiento moral (1.5) para «*hacer firme*» su llamado y su elección (1.10). Pero la urgencia nace también del conocimiento de su muerte inminente (1.13–15). Este es su último testamento a las congregaciones y Pedro desea fuertemente que los cristianos continúen en la verdad después de su partida. Su mensaje tiene el propósito de evitar que sus lectores cayeran en el error (1.8, 10, 12; 3.17).

*Otros puntos importantes.*

Esta epístola contiene la única referencia a otros escritos apostólicos (3.15, 16). Aparte de ratificar la autoridad de Pablo, habla de lo bien conocidas que eran sus cartas. Quizás el propósito de mencionar a Pablo haya sido refutar a los judaizantes en cuanto a que él y Pablo eran antagonistas en lo personal y también teológicamente.

#### LA CARTA DE SANTIAGO

Primera de las siete epístolas generales, así clasificada por estar dirigida a «*las doce tribus que están en la dispersión*», probablemente en referencia a las congregaciones cristianas dispersas en todo el mundo.

*Estructura del Libro.*

La carta parece ser una colección de aforismos y homilias prácticas sobre la necesidad de asociar la fe con las buenas obras, organizados según la costumbre judía de asociar palabras claves. En este sentido, el libro debe ser estudiado como un sermón más o menos representativo de su período. Esto hace difícil tratar de confeccionar un bosquejo lógico, pero a continuación se ofrece una lista de los temas que aborda:

- A. Salutación, 1.1.
- B. El problema de las pruebas, 1.2–18.
- C. La naturaleza de la religión verdadera, 1.19–2.26.
- D. El poder de la lengua, 3.1–12.
- E. Los males de este mundo, 3.13–5.6.
- F. El valor de las virtudes cristianas, 5.7–20.

Santiago utiliza el término «*fue justificado*» en 2.21 con referencia al relato de Gn 22 (donde Abraham se dispuso a sacrificar a Isaac) y afirma que así

«*demonstró públicamente su fe*», mientras Pablo, refiriéndose a la relación íntima entre Abraham y Dios (Gn 15.6), define la justicia atribuida en términos no de obras, sino exclusivamente de Fe (Ro 4.1–5; Gl 3.6–9).

Santiago hace hincapié en el Dios que no cambia, el Creador (1.17s), el Padre (1.27; 3.9), el Soberano (4.15) exento de toda influencia maligna (1.13), el Legislador, Juez, Salvador y Destructor (4.11s) que no tolera rivales (4.4s), el Dador de sabiduría (1.5), gracia (4.6) y galardones (1.12). La justicia que Dios requiere del creyente (1.20) es una piedad no fingida, síntesis de la perseverancia (1.2–18), la obediencia (1.19–27), la imparcialidad (2.1–13), la integridad (2.14–26), la disciplina (3.1–4.10), la humildad (4.11–5.6), la paciencia (5.7–11), la persistencia en oración (5.12–18) y el amor (5.19s).

#### *Autor y Fecha.*

Esta carta no recibió la aceptación de las iglesias sino hasta el siglo IV. La reserva se debía a la incertidumbre acerca de la identidad de su autor, que se describe (Stg 1.1) meramente como «*Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo*». Reconociendo que Jacobo, hijo de Zebedeo, murió prematuramente para ser autor de epístola alguna, la iglesia atribuyó la Epístola de Santiago a Jacobo de Jerusalén, quien era llamado “el hermano del Señor”. Aparentemente llevaba el título de apóstol (Gl 1.19) y así se satisfizo el requisito de paternidad apostólica que era imprescindible para la aceptación de cualquier escrito en el Canon.

Hay varios factores que apoyan a Jacobo de Jerusalén como autor. Uno es la sencillez con que el autor se designa a sí mismo (1.1), lo que hace pensar que sus lectores lo conocían muy bien. No hay en el NT un Jacobo (o Santiago) mejor conocido ni más prominente que el “hermano de Jesús” y líder de la congregación en Jerusalén. Otro factor que nos inclina a aceptar a Jacobo como autor es el tono de autoridad con que escribe, el carácter homilético de la epístola, su sabor judeocristiano y sus ecos de la literatura sapiencial (sobre la palabra clave «*sabiduría*», cf 1.5; 3.17) y de los dichos de Jesús consagrados en el Sermón de la montaña (por ejemplo, cf. 2.13 con Mt 5.7; 3.12 con Mt 7.16; 3.18 con Mt 7.20; 5.2 con Mt 6.19), lo que señalan a la persona como que tuvo una relación singular con Jesús, especialmente después

de su resurrección, con Pablo y con los demás apóstoles como líder de la iglesia en Jerusalén, y quien jugó un papel protagónico en el concilio de Jerusalén.

Un tercer factor que apoya a Jacobo de Jerusalén es que a pesar de ciertas frases de corte helenista (cf 1.17, 23; 3.6), la epístola muestra rasgos hebraicos y usa preguntas retóricas, símiles vívidos, diálogos imaginarios y aforismos didácticos que tienden a señalar como autor a Jacobo, judío cristiano bilingüe. Además, hay ciertas semejanzas lingüísticas entre el discurso de Jacobo en el Concilio de Jerusalén (cf. 1.1 con Hch 15.23; 1.27 con Hch 15.14; 2.5 con Hch 15.13; 2.7 con Hch 15.17), la carta que contenía sus resoluciones y la carta de Santiago (Hch 15.23 y Stg 1.1; Hch 15.14 y Stg 1.27; Hch 15.13 y Stg 2.5). El autor residió continuamente (se supone) en Jerusalén, desde el día de Pentecostés hasta su martirio treinta y dos años después, según lo relata el historiador Josefo. Jacobo tuvo contactos, gracias a su posición de liderazgo, con judíos y cristianos de todas partes del mundo.

Por otra parte, hay varios factores que han convencido a algunos eruditos para que le atribuyan una paternidad diferente: la falta casi completa de doctrinas específicamente cristianas y del nombre de Jesucristo (aparece únicamente en 1.1; 2.1), el lenguaje elegante que indicaría un autor cuyo idioma materno quizá fuese el griego, y la demora en la aceptación de la epístola en el canon. Según esta teoría, «Santiago» es un Jacobo desconocido o un escritor que procura dar autoridad a su carta (una homilía judía cristianizada por ciertos retoques) utilizando el nombre del primer obispo de Jerusalén. En tal caso, la fecha de composición no sería 40–60, sino 70–110. A pesar de estos criterios, la paternidad literaria tradicional de Jacobo, “el hermano de Jesús”, sigue en pie como la más probable.

### *Marco Histórico.*

Santiago dirige su carta a “las doce tribus que están en la dispersión” (1.1). Esto implica lectores judeocristianos que vivían fuera de Palestina. En otras partes, sin embargo, Santiago se refiere a jornaleros (5.4), y esto sitúa a sus lectores dentro de Palestina. En aquellos tiempos, solo en Palestina los granjeros empleaban personas que recibían paga en vez de esclavos.

*Aporte a la Teología.* El mensaje de Santiago desafía al pueblo de Dios a una fe relevante. El evangelio cristiano no es estrecho, sino que hace sus demandas sobre la totalidad de la vida humana. En la enseñanza de Pablo, vemos que la acción de Dios en Cristo (para la salvación de los hombres) resulta en la acción del creyente en Cristo en respuesta a la acción de Dios. Pero el método de Santiago es diferente. Su carta está llena de mandatos que dan por sentado que ha habido una experiencia. Santiago presenta al lector las demandas prácticas del evangelio. Por eso su escrito tiene tanto que ver con la vida diaria, y no deja lugar al escapismo moral ni a las especulaciones teológicas. Frente a las afirmaciones del autor, solo nos queda actuar, o no, conforme a las demandas del evangelio. De allí que el centro del mensaje de Santiago se encuentra en su llamado a una vida ética basada en el evangelio cristiano.

*Otros puntos importantes.*

Algunos sugieren que Santiago y Pablo no están de acuerdo en sus puntos de vista sobre el valor salvífico de la fe y las obras. Pablo dice: «*El hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley*» (Ro 3.28), mientras que Santiago dice: «*El hombre es justificado por las obras, y no solamente por la fe*» (Stg 2.24). Pero si nos fijamos bien, vemos que difieren más en la definición de fe que en su esencia. Santiago escribe a personas que están inclinadas a interpretar la “fe” como un simple conocimiento intelectual (Stg 2.29). Como consecuencia, enfatiza que una “fe” que no transforma al creyente no es una “fe” que salva; de ahí que enfatice las obras. En realidad no está lejos de la posición de Pablo. Para éste, la “fe” es confiar a Dios nuestra vida a través de Cristo, con el resultado de que nuestra vida se renueva con el «*fruto del Espíritu*» (Gl 5.22).

Las opiniones con referencia al autor y a la fecha de redacción de esta carta están muy divididas. Hay quien la sitúa en el año 45 dJC. Si así fuera, sería el primer escrito del NT. Hay otros autores que la colocan a finales de la vida de Santiago, el obispo de Jerusalén, poco antes de su muerte, en el año 62 dJC. Finalmente hay quien le niega su autenticidad situando entonces el escrito hacia el final del Siglo I. El autor no se presenta como apóstol, sino que se denomina simplemente como: “*Santiago, servidor de Dios y de Cristo Jesús el Señor*” (St 1, 1<sup>a</sup>). Dan testimonio de la antigüedad de esta carta: 1) el plan de reunión de los cristianos que lleva aún el nombre de Sinagoga (St 2, 2; en la

Biblia Latinoamericana aparece como Asamblea). 2) Los cristianos no son tajantemente distinguidos de judíos (St 1, 1<sup>b</sup>). 3) Los pecados atacados y los errores corregidos evocan una comunidad judía. 4) No se hace alusión alguna a la conferencia de Hechos 15, ni a la caída de Jerusalén (año 70 dJC). Por tanto parece más probable que haya sido efectivamente escrita alrededor del año 45 y que sea el escrito más antiguo del NT.

La carta va dirigida a las 12 tribus dispersas (gr.: Diáspora) considerados como cristianos (St 2, 1. 5. 7; 5, 7) que constituían el residuo creyente en el Señor entre los judíos fuera de la tierra de Israel (cfr. Jn 7, 35; 2 M 1, 27). La epístola se propone corregir de sus pecados o errores a los cristianos procedentes del judaísmo y alentarlos a soportar valientemente las duras pruebas que les amenazaban. Consuela a los que están expuestos a la adversidad, los exhorta a mantenerse con firmeza, y les muestra de donde proviene la tentación a apostatar (St 1, 2-21). Explica en qué consiste la auténtica fe y pone en guardia a los cristianos contra la superficialidad (St 1, 22-27). Presenta cómo se manifiesta la verdadera fe, que está muerta en sí misma sin el fruto de las obras (St 2, 14-26). Reprende la presunción de los que asumen su ministerio de enseñanza religiosa careciendo de cualidades para ello (St 3). Reprende a los envidiosos y de espíritu mezquino (St 4, 1-12). Critica a los que ponen su confianza en el dinero (4, 13-5, 6). La epístola finaliza con exhortaciones a la paciencia en las pruebas (5, 7-12) y a la oración (5, 13-18).

La carta está escrita en un excelente griego, siendo destacables tanto su lenguaje, como su redacción. Su estilo exaltado y pintoresco se asemeja al de los profetas hebreos. Contiene más imágenes sacadas de la naturaleza que todas las epístolas de Pablo juntas (St 1, 6. 23. 24; 3, 3. 4. 10-12; 4, 14; 5, 7) y ello recuerda los discursos del Señor en los Evangelios Sinópticos.

Desgraciadamente la histórica polémica con el protestantismo ha convertido a veces este escrito en arma de combate. Martín Lutero la había tratado de epístola de "paja". La clara afirmación que encontramos en la carta de que "*la Fe sin obras está muerta*" se ha contrapuesto, o se ha querido contraponer, a las afirmaciones paulinas sobre "*la justificación por la Fe en Jesucristo al margen de las obras de la Ley*". Una contraposición que, más que real, es, a no

dudar, el resultado de una incomprensión del verdadero pensamiento de uno y otro. Santiago proclama en 2, 14 (« ¿qué provecho saca uno cuando dice que tiene fe, pero no la demuestra con su manera de actuar?»), El testimonio externo debe ir justificado por una vida consecuente. Una profesión de fe, sin unas obras que sean fruto de esa fe, está carente de fundamento. De ahí la conclusión de St 2, 17: “Así pasa con la fe si no se demuestra por la manera de actuar: está completamente muerta.”. Ello, lejos de entrar en polémica con la doctrina enseñada por Pablo de la justificación por la fe, que muchos han querido ver, en realidad concuerda absolutamente con la enérgica afirmación de Pablo acerca de que el caminar del creyente evidenciará de una manera externa su fe salvadora y transformadora por medio de unos frutos acordes a la salvación recibida (cfr. Ef 2, 8-10; Ga 5, 6; Tt 2, 14. 3, 1. 5. 8. 14; etc.). Santiago por tanto, como aclaran Escuaín y Vilá, no afirma que las obras sean necesarias para la salvación, sino que la fe que salva llega a su plena madurez con aquellos frutos que la adornan y que hacen patente su existencia ante el mundo exterior (cfr. St 2, 22: “Y ya ves: la fe inspira sus obras (las de Abraham), y por las obras su fe llegó a ser perfecta”). Sin embargo, es importante hacer una distinción entre el fruto externo de las obras, que perfeccionan la fe, o le dan plenitud, y la fuente de las buenas obras, que es la nueva naturaleza del creyente ya salvado (cfr. Tt 3, 4-8).

Hay algunas declaraciones de Santiago que merecen ser destacadas además de lo anteriormente señalado. St 1, 8 “El hombre interiormente dividido será inconstante en todos sus caminos”. 1, 20 “porque la ira del hombre no cumple la justicia de Dios”. 4, 4 “¿No saben que la amistad con este mundo significa la enemistad con Dios?”. 4, 7 “Por eso, sométanse a Dios, resistan al diablo y huirá de ustedes”. 5, 16 “Confiésense unos a otros sus pecados y pidan unos por otros para que sanen. La súplica del justo tiene mucho poder con tal de que sea perseverante”.

Vale la pena que nuestra mirada no quede enturbiada por las polémicas de que ha sido objeto esta carta. Lo cierto es que también en ella podremos descubrir lecciones muy valiosas de cara a nuestra vida cristiana. En ella, las exhortaciones morales predominan por encima de las consideraciones

doctrinales. Por otra parte, la carta es un verdadero mosaico de temas que son tratados de forma muy breve. Acaso el hilo conductor que se puede descubrir sería la preocupación constante y la insistencia en recalcar que la verdadera Fe no puede quedar en algo teórico y abstracto, sino que debe ser traducida en la vida diaria (1, 26-27; 2, 14-20).

El contenido y el tono de algunos fragmentos del escrito nos hacen recordar el estilo y la temática de la transición más auténticamente profética. Son muy conocidas, en este sentido, las claras y duras palabras de Santiago vituperando y denunciando la idolatría de la riqueza y toda especie de abusos que de ella se pueden seguir de una manera nada solidaria (2, 1-17; 5, 1-6).

Al decir de S. Hernández y F. Esteban, es un libro práctico que en ocasiones nos recuerda a los Libros Sapienciales del A.T., ya que su fin es instruir y exhortar. Su sencillez evoca la predicación de Jesús, en especial el Sermón de la Montaña.

Se tienen pruebas de que la Epístola de Santiago fue usada muy tempranamente por la Iglesia primitiva. Clemente de Roma cita frases suyas a finales del Primer siglo, otros autores del S II hacen lo mismo. A principios del S III Orígenes lo nombra explícitamente. El hallazgo del fragmento de Santiago 1, 23 en la Cueva 7 de Qumrán indica forzosamente una fecha anterior al año 70 dJC.

#### LA CARTA DE SAN JUDAS

Carta dirigida a un grupo de creyentes judíos cristianos de la diáspora, radicados posiblemente en Siria. Estos creyentes quizás conocían las enseñanzas de Pablo y de los apóstoles, pero tenían la tendencia a descuidar la enseñanza de la realidad de los juicios divinos, a causa de un énfasis desmedido sobre la gracia divina.

#### *Estructura de la Epístola.*

La Epístola de Judas es una carta breve y, como tal, se presenta como una obra unificada y coherente. Su redacción es retórica y consta de tres componentes: una situación crítica, una audiencia que es impulsada a la decisión y la acción,

y las obligaciones o demandas que se plantean. Parece más bien un sermón que una obra epistolar, obra cuyo contenido hubiera sido presentado como homilía si Judas y sus lectores hubiesen podido encontrarse.

Tras una salutación (vv. 1s) y una explicación del móvil de la epístola (vv. 3s), está la primera sección principal (versículos 5–16) en la que se encuentra una amonestación contra la doctrina falsa. La situación crítica es la infiltración repentina y perturbadora (versículo 4) en la iglesia, o iglesias, de un grupo divergente en doctrina y ética. Este grupo había intentado con algún éxito ganar adeptos (versículos 19, 22–23) para su propio provecho (versículos 11, 16). Judas anuncia el juicio sobre «éstos» que provocan desórdenes típicos de los rebeldes que, al igual que los israelitas en el desierto y «*los ángeles que no guardaron su dignidad*», sobrestiman la seguridad de su salvación. No respetan el juicio de Dios, rechazan autoridades y normas, e invocan sus experiencias con el espíritu para actuar irresponsablemente en lo sensual.

En la segunda sección principal (vv. 17–23) se presenta la forma en que el creyente debe enfrentarse a los falsos maestros. La mejor defensa es recordar las palabras de los apóstoles y luchar por la salvación de los que han caído en semejantes errores.

La epístola concluye con una magnífica doxología a la gloria del Dios Salvador, la que es sin dudas una de las más hermosas alabanzas cristológicas de la Biblia «<sup>24</sup>*A aquel que puede guardaros sin caída y manteneros inmaculados ante su gloria con alegría,* <sup>25</sup>*el solo Dios, salvador nuestro por Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la magnificencia, el imperio y la potestad desde antes de los siglos, ahora y por todos los siglos. Amén*» (Sagrada Biblia Nácar-Colunga).

#### *Autor y Fecha.*

Judas (una forma del nombre Judá) era un nombre muy común entre los judíos del tiempo de Jesús. Por lo menos siete individuos diferentes aparecen con ese nombre en el NT (véanse Lc 3.30; Mt 13.55 y Mc 6.3; Mc 3.19, 14.10 y Hch 1.16, 25; Lc 6.16 y Hch 1.13; Hch 5.37; Hch 9.11; Hch 15.22–34). El libro afirma haber sido escrito por Judas, el hermano de Jacobo. Pero esto no es de

gran ayuda, ya que Jacobo o Santiago era un nombre tan común como el de Judas. Si el autor se refiere a Jacobo, el llamado hermano de Jesús y cabeza de la iglesia de Jerusalén, esto significaría que se trata también de otro de los considerados hermanos de Jesús (Gl 1.19; 2.9; 1 Co 15.7). En tal caso, uno esperaría que el autor se titulara «hermano de Jesús». Sin embargo, cabe recordar que Santiago en su epístola tampoco hace explícita su condición de hermano de Jesús. De todos modos, Judas parece haber pertenecido al círculo apostólico. Mateo en 13: 55 y Marcos en 6: 3 lo señalan dentro de los “parientes de Jesús” más cercanos. ¿No es el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre? ¿No son sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?

Puesto que, según la tradición, Judas murió antes del año 81 dJC, el tiempo de la redacción de su carta puede fijarse por conjeturas hacia el año 75 dJC.

#### *Marco Histórico.*

Es probable que Judas no haya fundado las comunidades a las que escribe, pero que sí las haya visitado en sus viajes misioneros. Sea donde fuere que estas iglesias estaban ubicadas, parece evidente que eran predominantemente comunidades judeo-cristianas en un contexto helenista en el Mediterráneo oriental.

Aunque para algunos el autor es el Apóstol Judas Tadeo, hay exegetas que lo niegan. Y consideran que tal vez haya sido escrita por un judeo-cristiano de lengua griega, dirigida a las Iglesias de Palestina, Siria y Mesopotamia ya que las comparaciones y ejemplos que emplea provienen de los libros judíos de ese tiempo. Como refiere la Biblia Latinoamericana, la Iglesia no había definido todavía cuáles eran los libros inspirados por Dios y que hoy forman parte de la Biblia y varios cristianos aprovechaban, además del AT, la literatura religiosa de los judíos (por ejemplo el Libro de Enoc, el Testamento de los Doce Patriarcas, la Asunción de Moisés, entre otros). De ahí las leyendas sobre los tiempos antiguos, que encontramos en esta carta. Con este ropaje que nos parece algo anticuado, hay un llamado vehemente a mantener íntegra la Fe de los apóstoles, lo que en aquel momento preocupaba bastante a la Iglesia. Por eso, gran parte de esta carta aparece también en la 2<sup>da</sup> de Pedro. El lugar de composición de la carta es desconocido. Se han sugerido diversos lugares,

como Alejandría y Jerusalén. Probablemente fue algún lugar en Palestina o Siria.

### *Aporte a la Teología.*

Judas escribe como un defensor de la fe (versículo 3). Los impíos no son los paganos fuera de la iglesia, sino los falsos profetas que están dentro (12). El que se relacionen con la fe no quiere decir que vivan en la fe. Los impíos no tienen al Espíritu (versículo 19) como los justos (20). El impío permanecerá eternamente en la oscuridad de las tinieblas (13), pero el justo vivirá eternamente (21). Al describir a sus oponentes, Judas utiliza alegorías hirientes, y exhorta a los creyentes a afirmarse en las enseñanzas de los apóstoles (17) y en el amor de Dios (21), y a luchar por rescatar de una destrucción cierta los que están engañados (22–23).

El autor quiere prevenir a sus destinatarios contra un pequeño grupo de gentes que últimamente se han infiltrado entre ellos y constituyen un grave peligro por su falsa doctrina y su conducta viciosa. Como toman parte en los ágapes, se trata de cristianos libertinos, sólo se guían por sus instintos sensuales, proceden según sus concupiscencias, llevan una vida de placer desordenado, etc. Por ello en la epístola se dan tres ejemplos para mostrar cómo la apostasía había sido castigada en el pasado: a) algunos de los que habían sido salvados de Egipto fueron, sin embargo, destruidos; b) los ángeles caídos son mantenidos en cadenas eternas para el juicio; c) Sodoma y Gomorra se hallan bajo el efecto del juicio. Inmediatamente después el autor avergonzará a los injuriadores con el ejemplo de la conducta del Arcángel Miguel (que significa en heb.: ¿Quién como Dios?) que cuando estaba de derecho luchando contra Satanás por el cuerpo de Moisés, no le maldijo, sino que le dijo:

« ¡Que el Señor te reprenda! » (Cf. Judas 9).

Se mencionan además tres etapas en el apartamento del camino de la verdad, con un ¡Ay! sobre aquellos que se haya en esta condición:

- a) El camino de Caín; la naturaleza y voluntad del hombre con su aborrecimiento contra el pueblo de Dios (cfr. 1 Jn 3: 12);
- b) El error de Balaam para re-compensa, o corrupción eclesiástica (cfr. Ap 2, 14).

c) La contradicción de Coré, oposición a la realeza y al sacerdocio de Cristo (cfr. Nm 16). Ellos están doblemente muertos por naturaleza y apostasía, y están reservados para las tinieblas eternas (cfr. Judas 12-13). El motivo para todas estas exhortaciones, parece haber sido una eclosión herética de tendencias inmorales y peligrosas por las que los lectores de Judas podían hallarse en peligro. Judas no sólo los pone en guardia, sino que los exhorta a perseverar en la fe cristiana, que les ha sido dada de una vez por todas. Los exhorta a resistir a aquellos que, fingiendo ser creyentes, en realidad han dejado al Señor.

*Otros puntos importantes.*

Las coincidencias con 2 Pedro (véanse las similitudes entre 3–18 y 2 P 2.1–18) suelen explicarse suponiendo que Judas se escribió primero. Según algunos eruditos, fue precisamente por su inclusión en 2 Pedro que Judas ejerció una influencia fuera de proporción a su tamaño. Es evidente que la epístola ofrece una visión singular dentro de aquellos círculos cristianos originales, quizás palestinos, en los que los propios supuestos parientes carnales de Jesús, como Jacobo, eran líderes.

La Epístola de Judas fue aceptada en el canon entre los años 170 y 367 dJC a pesar de varias objeciones que, en parte, tenían que ver con dos citas de libros apócrifos. En el siglo XVI, eruditos como Erasmo y Calvino dudaban de su autenticidad. Lutero no la tenía en buena estima, si bien la incluyó en el canon del Nuevo Testamento.

Si el autor de la carta fuera Judas y fuera uno de los “hermanos del Señor”, éstos comenzaron a creer que Jesús era el Mesías sólo después de su muerte y resurrección (Hch 1, 14; Jn 7, 5). Eso explicaría, como en el caso de la carta de Santiago, que el autor se defina como servidor (siervo o esclavo) de Jesucristo (Judas 1, 1; St 1, 1) y se dirige a los llamados, santificados en Dios Padre y guardados en Jesucristo: «<sup>Judas 1, 1</sup> “*Judas, servidor de Jesucristo y hermano de Santiago, a los que fueron llamados a la fe, amados por Dios Padre y conservados en Cristo Jesús*”». En ese caso Judas no sería el apóstol, lo que parece sugerirnos los versículos 17 y 18. Según Hegesipo (alrededor de los años 110-180 dJC) citado por Eusebio (Historia Eclesiástica 3: 20), dos nietos

de Judas, el hermano del Señor, comparecieron ante el emperador Domiciano, porque eran de linaje davídico. Fueron dejados libres como personas inofensivas. Este relato confirma la deducción lógica de 1 Co 9, 5, por la que Judas estaría casado. La cita de Eusebio implica que Judas murió antes del año 80 dJC.

El vocabulario que se emplea en esta epístola está fuertemente marcado por la terminología cristiana. Entre los cristianos de lengua griega, ciertos términos habían adquirido un sentido preciso y reconocido sobre todo gracias a las enseñanzas de los escritos de Pablo. El autor de Judas también da evidencias de conocer a fondo el lenguaje de la LXX.

En relación con la expresión “hermanos del Señor” creemos que es necesario aclarar brevemente este concepto. Entre los hebreos se llama “hermano o hermana” a cualquier pariente (Gn 14, 12-14). Para evitar posibles confusiones al respecto, se empleaban varios modismos. Por ejemplo, si al referirse a la familia de Jesús, y se tratara de verdaderos hermanos, el Evangelio dijera «Oye, tu madre y los hijos de tu madre están aquí», pero en su lugar lo que dice, tanto Mateo como Marcos, e incluso el mismo Lucas es: «*Tu madre y tus hermanos están afuera y quieren verte*». Más aún, el vers. 19 del c. 8 de Lucas comienza diciendo: «*Su madre y sus parientes querían verlo*». La Iglesia nunca dudó que María hubiera sido siempre virgen y que Jesús fuera su único hijo, como es el único del Padre. Hay que recordar además que en la primera Iglesia, en el tiempo en que fueron escritos los Evangelios, había un grupo influyente integrado por la parentela de Jesús y sus paisanos de Nazareth. A todos ellos se les llama generalmente y en forma global “los hermanos del Señor”. Uno de ellos fue Santiago, Obispo de la ciudad de Jerusalén.

Los primeros Padres de la Iglesia no mencionan esta epístola de manera formal, tal vez por su brevedad, pero hacia el final del S II, es plenamente utilizada en las iglesias, tanto griegas como latinas. Se halla en la versión Vetus Latina, en el fragmento de Muratori y fue mencionada por Clemente de Alejandría, Tertuliano y Orígenes. No hay certeza sobre su fecha de composición: unos hablan de los años 60, otros de los 80, otros dicen que no es anterior al año 90 d JC.

Como aseguran Salvador y Finita en *¿Cómo leer el Nuevo Testamento?*, lo que se afirma hoy es que va contra los falsos maestros, que corrompen la integridad de la Fe, enseñando herejías y causando divisiones por doquier, semejantes a los falsos doctores que señalara Pablo en sus cartas a Timoteo y a Tito.

#### LAS CARTAS DE SAN JUAN

Tres epístolas que tradicionalmente se atribuyen al apóstol Juan. Son cartas amorosas de un anciano que escribía basado en sus largos años de experiencia con Cristo y su mensaje. Las tres se escribieron para refutar los argumentos de la oposición que había surgido en las iglesias de Asia Menor contra la autoridad y enseñanza del autor. Aunque estas epístolas son pastorales más que polémicas, dejan entrever de qué tipo de oposición se trataba.

##### *Estructura de las Epístolas.*

En la primera carta, Juan previene contra quienes pretendían eximirse de los requisitos impuestos por la ética cristiana, en virtud de su conocimiento de Dios y su íntima relación con él (1.6, 8; 2.4, 6; cf. 4.20). Además, éstos negaban la verdadera encarnación de Cristo (2.22; 4.2), basándose evidentemente en oráculos procedentes de una falsa «*unción*» divina (cf. 2.20, 27 y la exhortación a «*probar los espíritus*», 4.1). Los herejes en cuestión habían sido miembros de la iglesia, pero la habían dejado (2.19) para buscar en el mundo una aceptación que el verdadero evangelio no les ofrecía (4.5).

La segunda carta informa a una iglesia en particular sobre la existencia de un movimiento misionero hereje que negaba la realidad de la encarnación. Exhorta a no animar a tales misioneros ni siquiera con la hospitalidad.

En la tercera carta se alude a la oposición de un tal Diótrefes, quien rehusaba reconocer la autoridad del apóstol. Se había ganado tanto apoyo entre la congregación de su iglesia que ésta ya no quería recibir a los emisarios del apóstol. Es improbable, sin embargo, que Diótrefes tuviera que ver con el partido cismático mencionado en las otras dos cartas. Dicho partido propugnaba una religión entusiasta carente de preocupación moral, la

salvación por conocimientos esotéricos y una espiritualidad que menospreciaba todo lo material. Era, pues, una etapa primitiva del movimiento que posteriormente se llamó Gnosticismo.

Otra herejía naciente que se vislumbra aquí es el docetismo, que negaba la naturaleza humana de Jesús o la consideraba como mero disfraz (1 Jn 5.1). Es difícil precisar si el gnóstico Cerinto (activo en Asia a fines del primer siglo) y sus discípulos son los opositores específicos que Juan combate aquí.

#### *Autor y Fecha.*

Muchos escritos patrísticos del siglo II atribuyen 1 Jn, una carta anónima, al apóstol Juan. Como 2 y 3 de Juan eran más cortas, tardaron más en incluirse en el canon. El autor de ambas no se identifica sino como «*el presbítero*» (anciano), pero la mayoría de los comentaristas hoy aceptan que las tres cartas son de un mismo autor. Aunque muchos niegan que este haya sido el apóstol, la teoría tradicional (según la cual el hijo de Zebedeo escribió las tres Epístolas y el Evangelio que se llaman juaninos) parece más probable.

El autor explota mucho los contrastes extremos («*luz*» y «*tinieblas*», «*vida*» y «*muerte*», etc.) sin matices intermedios; lo mismo encontramos también en los Rollos del Mar Muerto. Su manera de tratarlos, no obstante, sugiere no solo una mentalidad formada en el judaísmo palestinese, sino también una familiaridad con los moldes del pensamiento helenista. Esta perspectiva se explicaría si, como afirma la tradición, el apóstol Juan, un galileo, pasó las últimas décadas de su vida en Éfeso y escribió las cartas allí. De hecho, la procedencia efesia de estas epístolas es clara, y se pueden fechar entre 85 y 90 dJC. Con todo, es concebible que el autor haya sido un «*anciano*» desconocido; en este caso, un discípulo del apóstol Juan.

#### *Marco Histórico.*

Dentro del conjunto de escritos neo-testamentarios las tres cartas se atribuyen a San Juan. La primera carta se preocupa por el error de algunos que rechazaban el cuerpo y el mundo visible como malo y, en consecuencia, negaban que Cristo haya tenido cuerpo y fuera hombre (Cf. 4, 1-6). Es también como una instrucción doctrinal, para avisar a los fieles ante los

herejes cristianos (anti-Cristos) quienes negaban que Jesús sea el Cristo y es Dios. La carta puede resumirse así: Dios es Luz - Santidad - Amor. La primera de Juan no tiene las características comunes de las cartas griegas de la época, es decir de una verdadera epístola (no tiene saludos ni identificación del autor, y no menciona personas, lugares ni acontecimientos como era costumbre), pero su tono cálido y personal sugiere que fue escrita para una audiencia que el autor amaba y conocía bien, quizás de Éfeso. Por esta razón algunos exegetas estiman que más que una carta para las iglesias o asambleas de Asia, es en realidad una homilía.

La segunda y la tercera, dirigidas una a una Iglesia que Juan llama "la señora elegida" y a un cierto Cayo la otra; son una especie de tarjetones muy breves en los que nos exhorta a vivir cristianamente y a comportarse según la verdad en unos momentos en que se atisba la amenaza de la herejía.

Las 2<sup>da</sup> y 3<sup>ra</sup> cartas de Juan. Ambas tienen la forma de una carta privada de la época helenística y contienen exactamente el número de líneas que podían escribirse en una hoja de papiro. En ambas el autor se refiere a sí mismo como "el anciano" (este calificativo también era empleado por Pedro, 1 P 5, 1). Papías da este título a todos los apóstoles. En la Segunda el autor escribe a la señora (gr.: "*Kuria*" que significa dama o señora) elegida y a sus hijos, se siente feliz de que ellos se conduzcan piadosamente y la pone en guardia contra los propagadores de falsas doctrinas. Todo parece indicar que esta dama elegida y sus hijos se refieren a una Iglesia y sus miembros, en cuyo caso la expresión "*Te saludan los hijos de tu hermana Elegida*" (2 Jn 13) se refiere a la Iglesia desde donde escribe. Elegida y Santa es la Iglesia, como también son elegidos de Dios y santos los que la integran. Juan los invita entonces a tener una actitud firme y tajante frente a los que no aceptan la fe pura de los apóstoles y al mismo tiempo les recuerda la ley fundamental del cristiano: el amor. Como afirma la Biblia Latinoamericana en su introducción a esta carta: "*Permanecer celosamente fieles a la Verdad es amar a Cristo, que nos confió esta verdad, y servir a los hombres, que necesitan toda la verdad y no solamente la que más guste a la gente de hoy*". La Tercera está dirigida "*al amado Cayo*" y en ella Juan le expresa su gozo al saber de la excelente

hospitalidad que había ofrecido a los hermanos y apremia a su amigo para que continúe obrando así, imitando siempre lo bueno.

Las tres tienen el propósito de fortalecer la vida espiritual de las iglesias, a la vez que guardarlas de los falsos maestros. Estos estaban surgiendo en la iglesias, aunque sus enseñanzas sugerían que no eran parte de la iglesia (1 Jn 2.19; 4.4). Juan temía que ese grupo disidente desorientara a los verdaderos creyentes (1 Jn 2.26–27; 3.7; 2 Jn 7). Los llama «*anti Cristos*» (1 Jn 2.18, 22; 4.3; 2 Jn 7) porque negaban que Jesús hubiera venido en carne (1 Jn 4.1–13; 2 Jn 7; también 1 Jn 2.18–25; 4.15). Al hacerlo demostraban que, aunque decían tener el Espíritu de Dios, no eran más que falsos profetas (1 Jn 4.1–6).

*Aporte a la Teología.* Las epístolas de Juan se basan en palabras claves como amor, verdad, pecado, mundo, vida, luz y Paráclito. Enfatizan los conceptos de conocer, creer, caminar y permanecer. Estas son palabras simples al parecer, pero en labios de quien ha conocido el misterio y el significado de la existencia de Cristo en forma de hombre expresan muchas verdades profundas.

Para Juan, lo fundamental del evangelio es que Dios tomó forma de hombre (1 Jn 1.1–4). La encarnación es vida (1 Jn 1.2); por consiguiente, «*el que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida*» (1 Jn 5.12). Jesucristo nos ha llevado de muerte a vida (1 Jn 3.14) al destruir las obras del diablo (1 Jn 3.8), y es nuestro abogado ante el Padre (1 Jn 2.28; 4.17). Jesucristo es la eterna demostración del amor de Dios. Según Juan, el amor no es un sentimiento ni una actitud hacia los demás. Dios es amor (1 Jn 4.8, 16). Amor es guardar los mandamientos (1 Jn 2.2–5; 5.3). Tenemos que amar a los demás (1 Jn 2.9–11; 3.10). Es hipocresía decir que amamos a Dios mientras odiamos a otra persona (1 Jn 4.20).

La comunión con Dios se logra conociendo a Dios y permaneciendo en Él. Conocer a Dios no es saber de Él, sino ser como Él en cuanto a justicia (1 Jn 2.29), verdad (1 Jn 3.19) y amor (1 Jn 4.7–8). Permanecer en Él es experimentar las características de Dios: luz (1 Jn 2.10), amor (1 Jn 3.17; 4.12) y vida eterna (1 Jn 3.15).

Según la introducción de la primera carta (1 Jn 1, 1-4) su propósito es declarar a los hombres que la Palabra divina, es fuente de vida, Se ha manifestado, para que podamos tener en Cristo comunión y gozo con los primeros apóstoles. Más adelante enseña que el carácter de Dios, revelado por Cristo, debe determinar la vida espiritual y el comportamiento del creyente (1 Jn 1, 5-2, 6). Insiste (1 Jn 2, 28-3, 24) en la necesidad de poner en práctica los mandamientos, de andar en rectitud, de permanecer en Dios en previsión de la Segunda venida de Cristo. En efecto, nuestra filiación divina, que se hace patente por la obediencia y el amor, será entonces plenamente manifestada. Juan recuerda que la confesión de que Cristo es el Hijo de Dios, venido en carne, el seguimiento de los apóstoles, y la práctica del amor cristiano, son los criterios que permiten saber si uno tiene el Espíritu de Dios (1 Jn 4). Toda la vida espiritual y el nivel adquirido en la práctica del amor dependen de una fe auténtica en Jesús (1 Jn 5, 1-12). Toda una serie de afirmaciones de la carta lo ponen de relieve con toda claridad: *"Si decimos que tenemos comunión con Dios, pero caminamos en las tinieblas, mentimos"* (1 Jn 1, 6). *"El que dice que conoce a Dios, pero no guarda sus mandamientos es un mentiroso"* (1 Jn 2, 4). Y más aún, *"Si uno dice que ama a Dios, y odia a su hermano, miente"* (1 Jn 4, 20). Aquí tenemos, pues, la idea nuclear de toda la carta. En la última parte de la carta, se alcanza el nivel de mayor profundidad. Dios es amor; Dios nos ha amado. Este Dios Amor que nos ha amado es la fuente de nuestro amor. Sólo el amor verdadero nos sitúa en los caminos de Dios. El amor a Dios y el amor al prójimo están indisolublemente unidos. *"Todo aquél que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es amor"* (1 Jn 4, 7-8).

La carta concluirá con la misma temática con que ha empezado, llevada hasta su nivel más profundo. *"Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Quien tiene al Hijo tiene la Vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la Vida"* (1 Jn 5, 11-12).

Desde las primeras palabras se puede evocar al instante el prólogo del Evangelio joánico. La epístola pone en guardia contra el Anti-Cristo y las falsas doctrinas que minan la enseñanza acerca de la persona de Cristo. El

autor parece que se enfrenta así a una herejía gnóstica, el Docetismo, donde se considera a Cristo como una especie de fantasma, una apariencia inmaterial de cuerpo. Los pasajes 1, 1-3; 2, 22; 4, 1-3 parecen haber sido escritos para refutar esta concepción herética. El Docetismo tenía también una falsa apreciación de la moralidad, tendía a separar la fe cristiana de la piedad vivida. Por tal motivo el autor intenta aplicar a la vida cristiana la verdad, revelada históricamente por el evangelio. Habiendo vivido en contacto personal con Jesucristo (1 Jn 1, 1-3; 4, 1-14), habla con autoridad (1 Jn 1, 4; 2, 1; 4, 6. 14). Tanto Ireneo, como el fragmento de Muratori, atestiguan que Juan es el autor. Las citas más antiguas aún de Policarpo, Papías, etc., demuestran que la carta circulaba por las iglesias al inicio del S II.

*Otros puntos importantes.* Muchos cristianos se asombran de que 1 Juan diga que todo aquel que permanece en Jesucristo no peca (1 Jn 3.6). Esto no quiere decir que si alguien peca no es cristiano. En la misma epístola se nos dice que Cristo vino a perdonar pecados, y se nos exhorta a confesárselos a Él (1 Jn 1.6–2.2). Lo que Juan quiso decir fue que Cristo nos ha transferido de muerte a vida y nos ha hecho partícipes de la naturaleza de Dios. Consecuentemente, ya no estamos confinados a la oscuridad porque Cristo quebrantó el poder del pecado en nuestra vida (1 Jn 3.8).

Juan dice que los creyentes pueden orar a Dios a favor de otros (1 Jn 5.16–17), si no han cometido pecados que sean «*de muerte*». El significado de esto es incierto, aunque probablemente se refiera al pecado de rechazar a Cristo como Salvador (1 Jn 2.22; 4.3; 5.12).

Para participar de la vida divina, los cristianos debemos caminar en la luz, evitar el pecado y amar a los hermanos. La primera carta, es como la síntesis de la Teología de Juan, es un tesoro que deberían leer con frecuencia los cristianos. Es evidente que esta carta pertenece al mismo autor del cuarto Evangelio. Ambas poseen idéntica fraseología y sintaxis, ambos escritos se dirigen a las mismas iglesias.

La lectura de su primera carta, como ya apuntamos, nos recuerda muy pronto la temática y los acentos del cuarto Evangelio. La exposición de la temática avanza en círculos concéntricos que van profundizando cada vez más las afirmaciones centrales de la carta. La importancia de esta carta radica en la identificación estrecha del vivir en cristiano la vida de cada día con la experiencia mística de la comunión con Dios: «*los que creéis en el nombre del Hijo de Dios tenéis vida eterna*». Esta igualdad fundamental la irá expresando una y otra vez por medio de una larga serie de términos y expresiones sinónimas. Pues bien, nos viene a decir el autor, que esta experiencia de comunión con Dios, de participación en su misma vida se realiza y se vive en la vida ordinaria y de una manera muy concreta: el amor verdadero y concreto al hermano, el guardar los mandamientos, la ruptura con las tinieblas del pecado y la fidelidad a la Fe son los signos que hacen patente esta comunión. Nos recuerda que el camino cristiano es el de una divinización, y con esto podría fortalecer a muchos que dudan. La carta parece querer demostrar a aquellos que consideran que la fe, por hermosa y respetable que sea, es limitada y que habría algo en el hombre que Cristo no satisface, para el autor la realidad es todo lo contrario. Juan afirma que al tener al Hijo de Dios, tenemos la Verdad total, el Amor verdadero, estamos, en pocas palabras, en comunión con Dios mismo. No es necesario buscar, o pertenecer a movimientos sociales para poder amar a nuestros semejantes, ni buscar en doctrinas orientales el medio de superar los placeres engañosos de la vida y entrar en comunión con lo astral, lo cósmico, el infinito.

La visión que de las cosas nos proporciona la ciencia no está divorciada de la verdad que se nos manifiesta a través de la fe. Pero si nos engaáramos a nosotros mismos cuando pretendemos estar en Cristo, Juan nos precisa con claridad aquellos criterios que permiten verificar si realmente andamos en la Luz y vivimos en el Amor. De este modo la Primera carta de Juan completa su Evangelio, en el que había demostrado que al creer o no en Cristo tomamos la decisión más importante de la vida humana.

La 1<sup>ra</sup> de Juan, la de Santiago, Pedro y Judas son generalmente denominadas Epístolas universales, porque no se dirigen a individuos ni a comunidades en

particular, sino a gran número de ellas a la vez.

TITULOS CRISTOLOGICOS Y SUS PROBLEMAS

*Mesías.*

Título dado a Jesús (Lv 4.5; 1 S 24.11; Is 45.1). En tiempos bíblicos se ungía al rey, al sacerdote y al profeta, y de ahí el término «ungido» que se llegó a usar para mostrar que Dios había designado a una persona para algún trabajo especial (por ejemplo: Saúl, 1 S 10.1; David, 1 S 16.13; Eliseo, 1 R 19.15s; y Ciro, Is 45.1). La designación destacaba el hecho de que Dios actuaba a través del electo para la “unción”.

*El Mesías En El Antiguo Testamento.*

Si bien al principio se solía ungir a los sacerdotes, profetas y reyes, pronto la palabra Mesías fue adquiriendo otras dimensiones que trascendían la misión de dichos personajes. Con base en 2 S 7.12–16 y habiéndose visto el próspero reinado de David, y luego la decadencia bajo el gobierno de sus hijos, se esperaba la venida de un rey que tuviese su trono «*para siempre*», el cual volvería a traer paz y prosperidad al pueblo. Durante la época inmediata después de David (900–700 aJC), el pueblo hebreo esperaba que cada nuevo rey mostrara las características de un «*ungido de Dios*». Pero con el fracaso sucesivo de los distintos reyes, se comenzó a proyectar esa esperanza más hacia el futuro. Ante cada calamidad de Israel, se esperaba un pronto auxilio de Dios mediante su Mesías. La «*esperanza mesiánica*» consistía en esperar que Dios, con su Mesías como instrumento, estableciera para siempre a su pueblo. Se clamaba por un futuro glorioso donde el Mesías sería figura prominente.

Para los profetas escritores, desde Amós (siglo VIII), el Mesías esperado era un personaje con un poder sin límite que establecería definitivamente la paz y la justicia sobre el mundo (Is 9.7; 11.4; Os 14.2–9; Am 9.11–15). Con base en la profecía de Natán (2 S 7.12–16), y alentado por los profetas escritores, el pueblo hebreo esperaba durante cada crisis política a un hombre («*el ungido*»); alguien que traería la liberación y ante quien cualquier resistencia, por parte de sus enemigos, sería anulada por ser el Mesías invencible.

La esperanza de que Dios levantara a un Mesías para liberar a Judá de sus enemigos, especialmente de los babilonios, mengua cuando las tropas de Nabucodonosor destruyen a Jerusalén en 586 aJC, y la esperanza se proyecta cada vez más al futuro. Se piensa en un futuro remoto cuando el Mesías vendrá al fin de los tiempos. Así, pues, se comienza a dar un matiz escatológico al significado del título Mesías, matiz que va en aumento hasta llegar a la época de Jesús.

La segunda parte de Isaías hace hincapié en una figura que recibe el nombre de «*Siervo de Jehova*», que en lugar de dominar es oprimido y angustiado, y en vez de vengarse de sus enemigos, humildemente acepta el injusto castigo que éstos le dan (Is 53.1–9). Por otra parte, para Jeremías, el Mesías tiene más bien una función sacerdotal; es un personaje que representa a Dios dentro del pueblo escogido, y que también representa al pueblo ante Dios. Tiene el derecho de perdonar pecados y su misión es ayudar al pueblo (Jer 23.5, 6; 33.8, 15–18). Zacarías muestra al Mesías como «*justo, salvador y humilde*» (Zac 9.9).

El Mesías esperado en el Antiguo Testamento es, de una forma u otra, una figura de “*salvación*” para el pueblo, ya sea de sus enemigos políticos o de sus pecados contra Dios.

#### *El Mesías en la época Intertestamentaria.*

La literatura intertestamentaria (apócrifa) demuestra una difusa expectación en cuanto al Mesías. Se habla del Mesías de David, del Mesías de Leví, del Mesías de José y del Mesías de Efraín. Los Rollos del Mar Muerto añaden un poco de confusión al difícil problema cuando hablan del Mesías de Aarón y del Mesías de Israel. Se puede decir que la esperanza sobre el Mesías en aquel entonces estaba dividida en dos conceptos principales. El primero mostraba un Mesías político, idea que se difundió mucho por los Salmos de Salomón (17.12ss). Estos hablan de un rey que viene a aniquilar a los tiranos, a destruir los imperios y a castigar a los paganos. Este rey fundará un reino que será el prototipo del Reino que Dios establecerá al fin de los tiempos. En los Apocalipsis de Esdras y de Baruc (4 Esdras 7.26ss; Baruc 29, 30 y 40) el rey destruye a sus enemigos y establece un reino perfecto. El segundo concepto

presentaba un Mesías en parte humano y en parte divino que podría por lo tanto establecer el Reino de Dios sobre la tierra. Algunos pretenden ver una similitud entre este concepto y lo que aparece en el apócrifo Libro de Enoc (Enoc 48.10 «Habrà descanso en la Tierra el día de su aflicción, ellos caerán y nunca más se levantarán y nadie estará para levantarlos, porque han renegado del señor de los espíritus y su Elegido.» y 52.4 «Todo lo que has visto servirá para el gobierno de su Elegido, para que pueda ser fuerte y poderoso sobre la Tierra»; traducción de Florentino García M., Editorial Lectorum S.A. de C.V., México, 2006).

La tendencia en el tiempo de Jesús fue de esperar un Mesías político que vendría a liberar a su pueblo. De tal modo que la persona del Mesías y su obra habían adquirido para ese entonces en la mentalidad judía, oscurecida por prejuicios racionales y religiosos, un carácter totalmente erróneo.

#### *El Mesías en el Nuevo Testamento.*

Los diversos conceptos en cuanto al Mesías estuvieron en continua interacción; cuando Jesús aparece y comienzan a llamarlo Mesías, tiene ante sí el resultado de una mezcla de conceptos en la que predomina el del Mesías político. Repetidas veces se ha afirmado que Jesús no tenía conciencia de que Él fuese el Mesías y que este título se lo adjudicaron sus discípulos después de su muerte. Esta afirmación se debe a la reserva con que Jesús recibe el título de Mesías. A través de los Evangelios Sinópticos solo hay tres ocasiones en las que conscientemente se le da el título de Mesías (Mc 8.29; 14.61; 15.2), y en los tres pasajes se ve que, si bien no lo rechaza, tampoco lo adopta para su uso común. No lo hace, sin embargo, por no tener el derecho de usarlo, sino debido probablemente a la connotación política y vengativa que encerraba dicha distinción. Jesús prefiere llamarse el “*Hijo del Hombre*”, que es también un título mesiánico, ya que Él es el Siervo sufriente (Mc 8.31; y 10.43–45). Tenía plena conciencia de su mesianismo, y por ello toma el nombre de una de las figuras esperadas por los judíos que se adaptaba más al papel que representaría en la pasión.

Lo paradójico fue que Jesús, quien durante su ministerio manifiesta bastante reserva para usar el título de Mesías, legalmente es condenado por ser el

Mesías (Jn 19.19). Los apóstoles comenzaron a dar el título de Mesías a Jesús para mostrar a los judíos que el Mesías esperado ya había venido. En Hch 2.36, por ejemplo, no se menciona la resurrección, sino más bien se acepta que el hombre de Nazaret fue declarado Mesías por sus obras y por la profecía cumplida por Él en su ministerio.

Para los cristianos primitivos lo que más destacaba a Jesús como el Mesías no era su actuación como rey (Mt 21.1–11), sino su actuación como persona poseída por el Espíritu Santo (Lc 4.18). Entre el Espíritu Santo y el Mesías hay una íntima comunión.

Después de la resurrección, los discípulos entendieron la verdadera dimensión de la obra de Jesús, y solo entonces todas las palabras divinas les resultaron comprensibles (Lc 24.25–31). La afirmación de que Jesús es el Mesías llega a ser una fórmula de declaración de fe (1 Jn 5.1).

Cuando el título Mesías se saca del ambiente judío, pierde en parte su significado específico de Ungido de Dios y llega a ser un nombre propio de Jesús de Nazaret. Este nombre trasciende los siglos, y hoy el mundo entero conoce a su iglesia como la Iglesia de Cristo.

#### *Siervo de Jehová.*

Título que se da a la persona descrita principalmente en Is 52.13–53.12. La expresión misma no se usa en los pasajes clásicos en que se alude a esta persona, pero Jehová la llama «*mi siervo*» (Is 42.1; 49.3, 6; 52.13; 53.11); y a veces Israel, hablando de sí mismo y en relación con Jehová, se llama «*su siervo*» (p. ej., Is 49.5). La palabra hebrea que se traduce aquí por siervo es la misma que se usa para designar a un esclavo; pero en el caso de las relaciones con la deidad, expresa una sumisión obediente más que una condición social. Ser siervo de Jesús representa un privilegio; expresa una relación de íntima comunión con el Señor, establecida ésta por los lazos de una alianza mutua. Es estar dispuesto a la obediencia total, consciente de que tal obediencia conduce al sufrimiento y quizás a la muerte; pero el Señor, en virtud de la misma alianza, exalta hasta lo sumo. Por tanto, la relación entre sumisión y exaltación nace de una alianza eterna: Señor y siervo que actúan juntos, impulsados por

el amor, para consumir el plan de redención.

Todo el que adora y sirve a Jehová puede llamarse su siervo, como en efecto sucede en multitud de pasajes del AT. Inclusive a Nabucodonosor, rey de Babilonia, se le llama de esta manera (Jer 25.9; 27.6; 43.10), y a CIRO el persa se le llama «*ungido*» (Is 45.1), porque ambos sirvieron, aunque sin saberlo, para los propósitos redentores de Jehová. Pero en el caso específico que nos ocupa aquí, nos referimos al siervo de Jesús mencionado en los llamados «cánticos del siervo de Jesús» que se encuentran en Isaías, y a su correspondiente interpretación en el NT. Estos cánticos son cuatro (posiblemente cinco) y se distribuyen así: Is 42.1–4; 49.1–6; 50.4–9; y 52.13–53.12. No es de extrañar que desde la consignación de estos cánticos en la profecía de Isaías, *ca.* 550 aJC, se iniciara lo que ha venido a constituir una verdadera ciencia exegética encaminada a tratar de interpretar a quién o a quiénes se aplica este título. Los primeros cánticos parecen definir al siervo de Jesús como colectividad (la nación de Israel); después de un estrechamiento paulatino notorio a través de los cánticos, el cuarto cántico parece definirlo como un individuo. El consenso actual es que los cánticos son profecías predictivas del Mesías.

En cuanto a la interpretación que el NT ofrece, no cabe duda de que el siervo de Jesús de los cánticos de Isaías es Jesucristo. Después de desdoblar el rollo de Isaías en la sinagoga de Nazaret y leer en 61.1, 2a (pasaje que algunos consideran el quinto cántico del siervo de Jesús) Jesús enrolla el volumen y dice: «*Hoy se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros*» (Lc 4.21). El Señor mencionó con insistencia que sus sufrimientos se habían anunciado con anterioridad (Mt 26.24, 54, 56; Mc 9.12; 10.45; Lc 18.31; 24.25ss, 46), y resultaría temerario no reconocer la temática de Is 53 en sus muchas expresiones relacionadas con su misión. Para los primeros misioneros convencidos de la resurrección de Jesús esta conexión era elemental y clara: cuando el etíope formula la pregunta «*¿de quién dice el profeta esto; de sí mismo o de algún otro?*», Felipe no vacila en aplicar el pasaje a Jesucristo (Hch 8.31–35).

Pablo se hace eco de Is 53 en su magistral pasaje de Flp 2.5–11. La Epístola a

los Hebreos con su tema de humillación y exaltación de Cristo, sugiere un intento de exégesis de este mismo capítulo de Isaías. Y, finalmente, el tema vuelve a ser presentado en el último libro de la Biblia.

### *Hijo del Hombre.*

Término que aparece ochenta y dos veces en los Evangelios con referencia a Jesús, y solo tres veces en el resto del NT (Hch 7.56; Ap 1.13; 14.14). En los Evangelios solo Jesús lo usa, a excepción de Jn 12.34. Era la manera en que prefería denominarse a sí mismo y a su ministerio mesiánico.

Hay tres posibles fuentes en el Antiguo Testamento:

1. Es sinónimo de «varón» en la frase «el hombre... o el hijo del hombre» (Sal 8.4).
2. Es el nombre especial con que se designaba a Ezequiel (2.1; 3.1; 4.1) y a Daniel (8.17).
3. Es un personaje celestial y apocalíptico que desciende del cielo para tomar el poder de los reinos del mundo al final de la historia (Dn 7.13s).

También se encuentra en dos escritos judíos (apócrifos) del período intertestamentario, Enoc y IV Esdras. Muchos eruditos aceptan la referencia en Daniel como fuente del uso del término por el Señor, y creen que al usarlo, decía ser el Mesías. Pero quienes oían a Jesús se sentían perplejos al escuchar el término, ya que el Mesías tenía que venir de la línea de David (2 S 7.12ss).

### *Uso del Nombre.*

Al principio de su ministerio el Señor usaba la frase para indicar ciertos aspectos de su ministerio mesiánico. Como el Hijo del Hombre, tenía la autoridad de perdonar pecados (Mc 2.27s); pero no tenía dónde recostar la cabeza (Mt 8.20) y las personas hasta podían blasfemar contra Él (Mt 12.32). Sin embargo, serían bienaventurados todos los que fueran perseguidos y aborrecidos por causa del Hijo del Hombre (Lc 6.22). Después de la confesión de Pedro, estando los discípulos convencidos ya de que Jesús era el Mesías (Mt 16.16), el Señor empleó el término con dos significados nuevos:

1. Como título que implicaba sus sufrimientos, muerte y resurrección (Mc 9.12, 31; 10.33s, 45, etc.).
2. Como título que denunciaba su Segunda Venida en gloria y poder (Mt

16.27; 25.31–46; Mc 13.26ss; 14.62; Lc 17.24).

El segundo correspondía casi exactamente al cuadro de Dn 7.13s, pero el primero, el de sus sufrimientos y muerte, complicaba más la identidad de Jesús para sus contemporáneos.

En el cuarto Evangelio Juan agrega a este cuadro la enseñanza de que el Hijo del Hombre es juez (5.27) y el dador de la vida eterna (6.27) que será glorificado por sufrir la cruz (12.23, 34; 13.31).

*Su significado.*

Todo esto parece enigmático; los mismos eruditos luchan por encontrar el verdadero significado del término. Es posible, sin embargo, que Jesús usara esta frase poco comprensible para indicar su mesiandad, y a la vez evitar el término «Mesías» que solía interpretarse en sentido militar. Jesús no quería que lo confundieran con un Mesías militar que libertaría a Israel del dominio de Roma. Por eso, escogió un título que manifestaba su mesiandad sin el peligro de ser entendido mal.

*Hijo de Dios.*

Título mesiánico más importante que Jesús usaba en la revelación de sí mismo. Aparece a veces en forma sencilla («*el Hijo*») y a veces con otras palabras descriptivas.

*Antecedentes.*

Israel fue llamado hijo primogénito de Dios, objeto especial de su amor y cuidado (Éx 4.22). Dios mismo prometió establecer el trono de su reino eterno, sobre el cual tanto Salomón como sus descendientes se sentarían (2 S 7.13s). La promesa divina a Salomón fue: «*Yo seré su Padre, y Él será mi hijo*», pero en la distancia se podía vislumbrar al Mesías, de quien se podría decir lo mismo. Dios designa a su Ungido como su hijo (Sal 2.7). Ninguno de estos versículos usa la frase completa, pero es claro que siempre se habla de los que son hijos de Dios en una forma especial, sea Israel, Salomón o el Mesías. Los dos últimos pasajes se citan con frecuencia en el NT con referencia a Jesús (cf. Heb 1.5, donde los dos se encuentran juntos). En Job 1.6 y 2.1 la frase «*hijo de Dios*» designa los seres celestiales que están en la presencia de Dios. El título indica la creación inmediata de Dios. Adán era el

hijo de Dios, porque lo creó (Lc 3.38); y el mismo Jesús era resultado directo de la actividad creadora de Dios en la virgen María (Lc 1.35).

El título tiene también un sentido de creación espiritual: todos los que creen en el Hijo de Dios llegan a ser hijos de Dios (Jn 1.12). Este es el significado del nuevo nacimiento de que habla Jesús (Jn 3.3, 5, 7); la frase «*nacer de nuevo*» puede traducirse «*nacer de arriba*». La enseñanza de que Dios es nuestro Padre y que somos sus hijos tiene apoyo especial en los Evangelios según Mateo y Juan (cf. Ro 8.14, 15, 19; Gl 3.26; 4.5, 6).

### *Designación especial de Jesús.*

Algunos usos de este título indican la deidad de Jesús: el Hijo de Dios es realmente Dios, el Hijo. Se ve esto en el primer capítulo de Juan, donde se habla del Hijo unigénito de Dios, o sea, el único de su clase (Jn 1.14, 18); es la misma persona a la que se le llama el “*verbo*” en 1.1, que era con Dios y era Dios. Los judíos comprendieron que Jesús se igualaba con Dios al decir que el Padre y Él eran uno mismo (Jn 10.30, 33), o cuando dijo ser el “Hijo de Dios” (Jn 10.36).

En un pasaje considerado como juanino en el Evangelio según Mateo (11.27), la relación entre el Padre y el Hijo solo se explica por igualdad de esencia:

1. El Padre ha entregado en las manos del Hijo todas las cosas.
2. Hay un mutuo conocimiento entre el Padre y el Hijo solo explicable entre iguales.
3. El Hijo tiene la autoridad de revelar el Padre a quien quisiera.

En segundo lugar, el título Hijo de Dios se usa para explicar la subordinación de Jesús al Padre en la “encarnación”, el Padre es mayor que Él (Jn 14.28) y por eso Jesús se somete a su autoridad en todo, pero la armonía de ambos en propósito y acción es perfecta (Jn 5.19–38).

En tercer lugar, señala a Jesús como el Mesías. La voz del Padre en el bautismo (Mt 3.17) anuncia que Jesús es el Hijo que Dios ha escogido para llevar a cabo el ministerio mesiánico del siervo sufriente de Isaías (los textos del AT que corresponden a las palabras del Padre son Sal 2.7 e Is 42.1). Aquí

se ve la combinación de los primeros puntos arriba mencionados: Jesús es Dios, el Hijo, quien en su encarnación siendo sumiso a la voluntad del Padre, llega a ser el Mesías y a sufrir los tormentos de la cruz. Nótese que los títulos «*Hijo de Dios*» y «*Cristo*» (que significa Mesías) se encuentran juntos en pasajes muy importantes: en la gran confesión de Pedro (Mt 16.16); en el juicio ante el sumo sacerdote (Mt 26.63); y también en la declaración del propósito del cuarto Evangelio (Jn 20.31).

#### *Cordero de Dios.*

Título que se aplica exclusivamente a nuestro Señor. Aparece en el NT dos veces; Jn 1.29 y 36. Fue la proclamación que Juan el Bautista hizo de Cristo al identificarlo como el Redentor enviado de Dios. En los tiempos del AT el cordero era el animal, siempre sin mancha, que los israelitas solían usar para el sacrificio debido a su inocencia y a su carácter humilde y sumiso. Se le sacrificaba todos los días en las ofrendas de la mañana y la tarde, y en ocasiones especiales, por ejemplo, la Pascua (Éx 12.3–13; 29.38–46; Lv 4.32; Nm 6.14).

El cordero simboliza a Cristo, quien en el Calvario se ofreció a sí mismo, en sacrificio vivo, para llevar nuestros pecados sobre su cuerpo (1 P 2.24). Las palabras de Juan el Bautista (Jn 1.29, 36) son así una interpretación de Is 53.7, en donde el Siervo Sufriente aparece representado como un cordero que es llevado al matadero. También Felipe, el evangelista, explica este pasaje profético como cumplido en Cristo (Hch 8.30–35). Pablo se refiere a Cristo como nuestro cordero pascual (1 Co 5.7b). La misma idea, la del cordero sacrificado por nosotros, aparece en los escritos de Pedro (1 P 1.18, 19).

En el libro de Apocalipsis la imagen de Cristo como el cordero es prominente. Con tal epíteto se le menciona veintiocho veces. Juan lo ve como «*un cordero inmolido, que tenía siete cuernos, y siete ojos, los cuales son los siete espíritus de Dios enviados por toda la tierra*» (Ap 5.6b). Este cordero, que posee los atributos de Dios, es vencedor y redentor por su muerte, y es digno, por tanto, de recibir todo poder, honra y gloria (Ap 5.8, 12, 13); los redimidos por su sangre están delante de Él limpios y llenos de gozo y victoria (Ap 7.9); y de su trono emana el río del agua de la vida (Ap 22.1).

## *Salvador.*

Título asignado a Jesucristo, fuera del cual no hay salvación (Hch 4.12). En el AT el título «*salvador*» posee enorme sentido. El término se aplicaba como título a los capitanes y reyes que tenían éxito, y en forma muy general a los libertadores de un pueblo (Jue 3.9; 2 R 13.5; Neh 9.27). Fue Dios quien siempre levantó un libertador para su pueblo en tiempo de necesidad y en las muchas crisis históricas. Él era el Salvador de Israel (Sal 106.21; Is 43.3–11; 60.16) y comparado a Él nadie más podría con justicia llamarse «*salvador*».

En la Septuaginta la palabra se usa como título divino unas treinta veces. El nombre se repite especialmente en el vocabulario de Isaías (43.3–11; 45; 49.26; 60.16; 63.8), pero también aparece en muchos otros pasajes (Sal 24.5; Jer 14.8; Os 13.4; Miq 7.7).

El término «*Salvador*» se aplica comúnmente a Jesucristo en la teología de la iglesia cristiana. Sorprende, por tanto, que aparezca relativamente poco en el NT como título cristológico (solamente 16 veces: por ejemplo, Lc 2.11; Jn 4.42; Hch 5.31; 13.23; Ef 5.23; Flp 3.20; 2 Ti 1.10; etc.). Se ha dicho que este escaso uso del título se debe a que el mismo se usaba extensamente en los medios del mundo helénico, y por tanto los cristianos lo tenían como sospechoso. Prefirieron emplear otros títulos para expresar el mismo sentido (por ejemplo, «*Señor*» en Ro 10.9s). Cabe mencionar que el término se usa principalmente en la literatura del NT escrita con posterioridad al año 60.

Como ha sido anotado, «*Salvador*» aparece en la Septuaginta como un título de Dios y pasó a formar parte de la herencia bíblica de la iglesia. En Lc 1.47 y 2.11 se sigue el estilo del AT, con expresiones puramente hebraicas. Y en las epístolas pastorales es a Dios a quien se llama con preferencia “Salvador” (1 Ti 1.1; 2.3; 4.10; Tit 1.3; 2.10; 3.4), lo cual corresponde al uso legítimo del AT. También la doxología de Jud 25 llama Salvador a Dios Padre.

Cuando a Jesús se le dio el título de “Salvador” en forma ocasional no fue para referirse solamente a una de sus funciones (por ejemplo, sanar el cuerpo), sino a toda su obra, vista a la luz de su resurrección y glorificación. En este sentido el título «Salvador» se vincula íntimamente con el título “Señor”. Inclusive

puede considerársele como una variante de este que expresa una idea en escala menor, pues recalca la obra expiatoria de Cristo, la cual es condición esencial para su elevación al rango de Salvador divino (Flp 2.9). Aunque la palabra «Salvador» muchas veces no se encuentra explícitamente asociada con el título de «Señor», sí está asociada con el concepto cósmico del señorío; 2 P 1.11; 2.20; 3.18; Lc 2.11 («*un Salvador, que es Cristo el Señor*»); Flp 3.20 («*el Salvador, el Señor Jesucristo*»); Hch 5.31 (Dios exaltó a Jesús a su mano derecha como Jefe y Salvador para arrepentimiento a Israel y perdón de pecados); Jn 4.42; 1 Jn 4.14 (el «*Salvador del mundo*» con sentido netamente cósmico). El alcance teológico del título «*Salvador*» llegó a su plena expresión al final de la época apostólica, cuando puede asociarse con otros atributos importantes del nombre Jesús. Posiblemente los alcances especulativos y cosmológicos de «*Señor*» obligaron a los escritores a preferir cada vez más el título «*Salvador*».

*Principio* (Mt 24.8; Mc 1.1; Jn 1.1; Heb 1.10). Los autores del Nuevo Testamento y los de otras obras griegas contemporáneas a veces lo usaban para aludir a una posición más bien que al tiempo, por ejemplo, en Tito 3.1 (gobernante) y en Lucas 12.11 (magistrado). Es importante notar que aun en español «*principio*» (relativo al tiempo) y «*príncipe*» (posición) vienen de la misma raíz latina.

Josefo (2.190) afirma que Dios es el *principio* de todas las cosas y el Evangelio de Nicodemo (capítulo 23) declara que el diablo es el *príncipe* de la muerte. En estos casos la palabra tampoco se refiere a tiempo sino más bien a origen o causa.

La importancia teológica de todo lo anterior es notable. Apocalipsis 3.14 afirma que Jesucristo es «*el principio de la creación de Dios*». Si esta voz griega solo tuviera sentido de tiempo, entonces los arrianos y los “testigos de Jehová” tendrían aquí una prueba incontrovertible a favor de su cristología antitrinitaria. Pero hemos visto que se usa por lo menos con otros dos sentidos. La frase bien podría interpretarse como que Cristo es el «*príncipe de la creación*» o el «*principiador [originador] de la creación*». Y cualquiera de estos conceptos concuerda mejor con el cuadro neotestamentario de Cristo,

que el de considerarlo la «*primera cosa creada*».

Es de notarse también que Apocalipsis 21.6 afirma que el Padre eterno también es «*principio y fin*», descripción que se aplica por igual al Hijo (22.13; cf. 1.8, 11).

*Cuerpo de Cristo.*

En la Biblia se usa esta expresión en tres sentidos:

*El Cuerpo Físico*

El «tabernáculo» de su encarnación, como reza en Heb 10.5: «*Por lo cual, entrando en el mundo dice: ... me preparaste cuerpo*». Este cuerpo era humano: sentía sed, hambre y cansancio. Así que Cristo no solo tuvo solamente forma o apariencia de la humanidad, sino que era completa y perfectamente hombre (Flp 2.6–8; Col 2.9), pero sin pecado (Heb 4.15). En este cuerpo Cristo padeció, lo crucificaron y sepultaron (Mt 27.58). Resucitado, el mismo cuerpo (Lc 24.3) sufrió, según parece, cierta modificación. No dejó de ser físico, humano, pues Cristo comió y bebió para comprobarlo, y mostró sus heridas a sus discípulos (Lc 24.39, 43). Sin embargo, parece que ya no necesitaba de la comida física para sostenerse ni estaba sujeto a las leyes naturales del espacio: se apareció en cuartos cerrados (Jn 20.19), a la orilla del mar de Galilea (21.1ss), entre otros.

Tal parece que este cuerpo resucitado y glorificado fue la forma que tomó Cristo en su transfiguración (Mt 17.2). Por cuanto Pablo se refiere a la resurrección de Cristo como «*las primicias*» de la resurrección de los fieles (1 Co 15.20), se supone que el cuerpo de Cristo resucitado revela la naturaleza del «*cuerpo celestial*» (1 Co 15.40; Flp 3.21) que ha de tener el cristiano.

*El Cuerpo Simbólico.*

Al instituir la Santa Cena, Jesucristo ofreció pan a sus discípulos, diciendo: «*Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado*» (Lc 22.19). Desde entonces, el pan de la eucaristía o comunión ha simbolizado el cuerpo y la vida que Jesucristo ofreció en el Calvario para justificar y liberar a los que por la fe se identifican con su sacrificio. Cristo, como puntualiza Ratzinger, *en cuanto hombre futuro no es el hombre para sí, sino el hombre esencialmente para los demás*. El hombre para sí, que quiere permanecer en sí mismo, es el hombre

del pasado que debemos olvidar. *El hombre del futuro consiste en “ser-para”*. Cristo en la cruz se nos presenta como el hombre en quien desaparecen los límites de la existencia, como el hombre que es “paso”, “pascua”. Cuando el soldado hizo brotar sangre y agua, al atravesar su costado con la lanza (Jn 19, 34) repitió el primer acontecimiento humano. «*El costado abierto del nuevo Adán repite el misterio creador del “costado abierto del varón”*: es el comienzo de una nueva y definitiva comunidad de hombres; la sangre y el agua son los símbolos con los que Juan alude a los principales sacramentos cristianos, bautismo y eucaristía, y mediante ellos, a la Iglesia, signo de la nueva comunidad de hombres» [...] «*El futuro del hombre cuelga de la cruz; la cruz es su salvación*» (J. Ratzinger, “Introducción al Cristianismo”).

#### *El Cuerpo Místico.*

Se refiere a la Iglesia, o sea, el conjunto de cristianos que representan la «*encarnación*» actual de Cristo en el mundo. Él prometió estar con ellos mediante su Espíritu Santo, «*todos los días, hasta el fin*» (Mt 28.20). Pablo emplea esta figura a menudo para ilustrar la naturaleza vital y dinámica de la Iglesia (Ef 1.23), su expansión y crecimiento (3.6), y sobre todo su unidad en medio de una profusión y diversidad de dones (Ro 12.5; 1 Co 12; Ef 4.3–16). Apela a la figura del cuerpo para que cada cristiano comprenda la relación *de facto* y funcional que goza con los demás cristianos, sujetos todos a la cabeza directriz que es el Señor Jesucristo.

#### *Encarnación (del latín in carne).*

Acto de humillación por el cual Jesucristo siendo Dios se hizo hombre de carne y hueso (Jn 1.14). La mitología pagana está repleta de apariciones explicadas como la encarnación de una u otra deidad. Sin embargo, el cristianismo es único en cuanto a su anuncio de cómo Dios se revistió de carne humana (mediante la concepción virginal, el nacimiento y el desarrollo del niño Jesús). Cristo se identifica plenamente con el género humano (Ro 8.3; Heb 4.15) y conserva su perfecta divinidad durante su permanencia en el mundo (Col 2.9; cf. 1.19).

La palabra encarnación no aparece en la Biblia, pero el equivalente griego “en carne” se encuentra en algunos pasajes importantes relativos a la persona y obra de Jesucristo (1 Ti 3.16; 1 Jn 4.2; 2 Jn 7; cf. Ro 8.3; Ef 2.15; Col 1.22; 1

P 3.18; 4.1). En el pensamiento hebreo «carne» tiene un significado básicamente fisiológico, pero se identifica igualmente con el alma humana (Sal 63.1) y denota el carácter derivado y dependiente de la vida humana. Tal es «*la condición de hombre*» (Flp 2.8) que asumió Jesús en su encarnación. Por lo general, la Biblia se refiere a los días de su encarnación en tiempo pasado, pero el Señor resucitado y ascendido sigue siendo eternamente el Dios-Hombre (Heb 7.24; cf. 2.14, 17).

Los escritores apostólicos recalcan la realidad de la encarnación. Especialmente el evangelista Juan combate los inicios de una cristología docética (Jesucristo solo aparentaba ser humano) destacando las experiencias humanas del Redentor encarnado: cansancio (Jn 4.6), sed (4.7; 19.28) y lágrimas (11.33ss). Compárense también las referencias de Juan a la sangre y por ende a la muerte física de Cristo (1 Jn 5.6; cf. 4.1–3).

Es evidente que Jesucristo nunca dejó de ser Dios. Desde su bautismo, cuando el padre declaró: «*Tú eres mi Hijo amado*» (Mc 1.11), en ningún momento el Señor perdió conciencia de su dignidad como el Enviado del Padre. Lo afirmaba a amigos (Jn 14.6–11) y a enemigos (Mc 14.62). Sin embargo, la maravilla de la encarnación es que Dios, el Hijo, también fue plenamente hombre. Su encarnación fue total. Se despojó de su gloria y de la forma de Dios (Flp 2.6–8). El Omnipresente se limitó al cuerpo del carpintero de Nazaret. El Omnisciente tuvo que aprender la Ley en la escuela de la sinagoga e ignoraba lo que el Padre no le había revelado (Mc 13.32). El Omnipotente sufrió fatiga, hambre y sed, y finalmente flagelación y crucifixión. El Santo de Israel «*fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado*» (Heb 4.15). Como apunta J. Ratzinger en “Introducción al Cristianismo”: «*Tal filiación no significa que Jesús es mitad Dios mitad hombre, sino que para la fe siempre fue completamente Dios y completamente hombre. Su divinidad no implica disminución de la humanidad*».

Todo lo que a Él le faltó durante su encarnación lo suplió la presencia constante y fortalecedora de la tercera persona de la Deidad. Lucas relata que después de Su bautismo y tentación «*Jesús volvió en el poder del Espíritu a Galilea, y se difundió su fama por toda la tierra alrededor*» (4.14). En la

sinagoga de Nazaret Jesús aplicó las palabras de Isaías: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas... sanar... pregonar libertad*» (Lc 4.17–21). Por el poder del Espíritu Santo, Cristo realizó los milagros y las buenas obras (Hch 10.38; cf. 2.22) de su ministerio.

Cuatro puntos resumen la importancia de la encarnación de Jesucristo:

1. La encarnación es el medio supremo de revelación divina. Cristo es el verbo, la Palabra viva del Padre (Jn 1.1–14). Quien le ha visto a Él ha visto al Padre (Jn 14.9). La manifestación de Dios por medio de la flaqueza humana encierra el mismo procedimiento que entrevemos en la inspiración de los autores de las Sagradas Escrituras, y en la evangelización del mundo por medio de la Iglesia, el “Cuerpo de Cristo”.
2. La encarnación es esencial al cumplimiento del Pacto de Dios con los hombres. Jesucristo encarnado asumió el papel del «segundo Adán» representante del género humano (Ro 5.15–19; 1 Co 15.21–22, 47ss). Solo en calidad de Dios-Hombre pudo mediar entre Dios y los hombres (1 Ti 2.5), y únicamente mediante su encarnación podía morir por los pecados del mundo.
3. Por su encarnación el Salvador experimentó y comprendió nuestra humanidad, y así estuvo apto para ser nuestro Abogado y Sumo Sacerdote a la diestra de Dios (Heb 4.14–16).
4. Solamente por la encarnación el Señor experimentó la muerte física como el castigo que merecían nuestros pecados, y también resucitó de entre los muertos por el poder del Espíritu Santo (Ro 8.11). El apóstol Pablo presenta la resurrección corporal de Cristo como la primicia de nuestra resurrección, dándonos una esperanza segura (1 Co 15.12ss, especialmente v. 20; cf. Job 19.26). El cristiano en el que mora el Espíritu Santo, participa del poder moral y de la autoridad que caracterizaban a Cristo en su encarnación (Jn 14.12).

#### *Resurrección de Cristo.*

Uno de los momentos esenciales en la historia de la salvación durante el cual Jesús, pocos días después de haber muerto en la cruz y de haber sido puesto en el sepulcro en la tarde del Viernes Santo, fue levantado corporalmente para iniciar un nuevo orden de vida. Este tremendo acto del poder creador de Dios

(Ro 4.24s; 2 Co 4.14; Ef 1.20) no se produjo ante testigos ni es descrito en el NT (cf. el relato fantástico del Evangelio de Pedro 6–12, evangelios apócrifos), pero a lo largo de todo el NT se proclama como un hecho indubitable (Hch 1.3) o se propone como base innegable de muchas bendiciones actuales y futuras.

Aunque la resurrección de Cristo garantiza la de quienes creen en Él, no deja de ser única en su género, ya que es por definición la resurrección del Mesías e Hijo de Dios (Ro 1.4). Aun los milagros de Jesús al volver a la vida a la hija de Jairo (Mc 5.21–43), al joven de Naín (Lc 7.11–17), a Lázaro (Jn 11.17–44) y a otros (Mt 11.5) no se describen estrictamente como «resurrecciones», porque las personas resucitadas volvieron a morir (cf. Hch 9.36–42; 20.7–12). En cambio, Jesucristo inició por su resurrección una etapa decisiva y final en la historia humana (Ro 6.9).

#### *Enseñanza de Jesucristo.*

El Señor habló a menudo de su sufrimiento y pasión venidera, pero no dejó de incluir la nota de triunfo final. Aun el lenguaje figurado tomado del AT y del judaísmo posterior (Hijo de Hombre, Siervo de Jehová, hijo de Dios) implica que Dios a la larga iba a reivindicar públicamente al justo sufriente. Basándose sin duda en pasajes como Isaías 52.13–53.12 y Os 6.2 (en el tercer día nos resucitará), Jesús predijo su propia resurrección (Mc 8.31s; 9.31; 10.33s //; Lc 13.32s) y reivindicación en gloria (Mt 12.40; Mc 9.1; 10.35–40; 14.62; Lc 22.15–18). Pero los discípulos no comprendieron la predicción (Mc 9.9s; Jn 20.9) porque la doctrina popular colocaba la resurrección de los muertos al final de los tiempos, junto con el juicio, y no dentro de la historia.

#### *Pruebas del hecho histórico.*

Con todo, Dios hizo lo inesperado. Después de ser sepultado honorablemente y poco antes del atardecer del viernes, el cuerpo de Jesús permaneció en el sepulcro durante tres días. Según la costumbre judía de contar como día entero cualquier fracción del mismo, el primer día sería un par de horas del viernes (el sábado comenzaba *ca.* de las seis de la tarde de nuestro viernes), el segundo día correría desde las seis de la tarde del viernes hasta las seis de la tarde del sábado y el tercer día comprendería las horas restantes hasta el

momento, para nosotros desconocido, cuando el Señor salió vivo de la tumba (en todo caso, antes de que llegaran las mujeres a la tumba, en la madrugada del domingo). Esta explicación satisface las demandas aun de la expresión hebraica «*después de tres días*» (Mt 8.31).

#### *La tumba vacía.*

Hay muchas pruebas de que Jesús realmente fue sepultado (en la predicación primitiva, Hch 13.29; Ro 6.4; 1 Co 15.4; y en los relatos evangélicos, Mc 15.42–47; Jn 19.38–42) en un sitio reconocible poco después (Mc 15.47) para contrarrestar los rumores de que las mujeres se equivocaron de tumba. Y, por tanto, el hecho de hallar vacía la tumba el domingo (Día del Señor) es de gran valor como prueba; sobre este punto los Evangelios dan testimonio unánime (Mc 16.1–8; Jn 20.1–10). Sobre los nombres y el número de las mujeres que fueron a la tumba hay menos acuerdo, como también respecto a las figuras angelicales que aparecen cerca del lugar donde yacía el cuerpo. Pero tales diferencias se deben a puntos de vista y propósitos divergentes de los evangelistas.

Las mujeres hallaron rodada a un lado la enorme piedra que tapaba la entrada de la tumba y temieron que alguien hubiera robado el cuerpo (Jn 20.2, 15). Lejos de ser resultado imaginario de los fervientes deseos de los cristianos, la tumba vacía sorprendió a todos. La teoría de que los mismos discípulos robaron el cuerpo, sostenida por los judíos en la época de los evangelistas (Mt 28.13ss), es psicológicamente imposible. La mera existencia de tal teoría prueba que los opositores del evangelio no pudieron negar la realidad del sepulcro vacío ni reponer ellos mismos el cadáver. Además, uno de los evangelistas relata que durante el sábado una guardia romana fue apostada en la tumba y esta fue sellada por parte del Sanhedrín (Mt 27.62–28.15), precaución que hace inverosímil toda hipótesis de un robo (cf. también Jn 20.3–8). El énfasis de los Evangelios, pues, en la tumba vacía indica que los primeros cristianos entendían la resurrección en términos corporales; como judíos, no concebían una resurrección «espiritual» que dejara el cadáver en los lazos de la muerte.

#### *Las apariciones del Resucitado.*

Todavía más decisivas para la fe de los discípulos fueron las apariciones de Jesucristo, variadas y convincentes. He aquí una lista:

En Judea:

1. A las mujeres (Mt 28.9s).
2. A María Magdalena (Jn 20.11–18).
3. A Pedro (Lc 24.34; 1 Co 15.5; cf. Mc 16.7).
4. A los caminantes de Emaús (Lc 24.13–31).
5. A diez apóstoles (Lc 24.36–49; Jn 20.19–23; tal vez = 1 Co 15.5).
6. A once apóstoles (Jn 20.24–29).
7. A «los que se habían reunido» (Hch 1.6–9; cf. los «apóstoles» de 1.2; quizás 1 Co 15.7; Lc 24.50s; cf. v. 33).

Probablemente en Galilea:

8. A once apóstoles (Mt 28.16–20; cf. Mc 16.7).
9. A más de quinientos hermanos (1 Co 15.6).
10. A Jacobo (1 Co 15.7).
11. A siete discípulos (Jn 21.1–14).

Según Lucas, el período de las apariciones duró cuarenta días (Hch 1.3) y terminó con la “ascensión”. Pero Pablo afirmó ser también parte de la misma serie de testigos (1 Co 15.8), gracias a la aparición que le fue concedida unos tres años después (Hch 9.3–8; 22.6–11; 26.12–18). En este caso, él fue el único testigo (con posible excepción de Jacobo) que no había creído en Jesucristo antes; generalmente las apariciones no tuvieron el propósito de incitar a la fe, sino el de confirmar la de los que ya eran cristianos.

Los evangelistas se esfuerzan por mostrar que el Cristo resucitado es idéntico al Jesús terrenal, a pesar de las diferencias que embargan al principio los ojos de los discípulos para no reconocerle (Lc 24.16; Jn 21.4). El Señor come y bebe con ellos (Lc 24.41ss; Hch 10.41) y permite que lo palpén (Jn 20.27; cf. Mt 28.9 y Jn 20.17); en su cuerpo aún conservaba las marcas de su pasión (Lc 24.39s; Jn 20.20). Con todo, el Resucitado tiene nuevas condiciones que antes solamente habían sido presagiadas en la “*transfiguración*” (Mc 9.9): Jesús desaparece de la vista de sus discípulos (Lc 24.31) y pasa a través de puertas cerradas (Jn 20.19, 26). Tales condiciones solo podían pertenecer a un cuerpo

«espiritual» (1 Co 15.44) o «glorificado» (cf. 1 Co 15.43; Flp 3.21), tipo del cuerpo que el cristiano recibirá en la resurrección de los justos.

Para Ratzinger (Introducción al Cristianismo), «los relatos de la resurrección son algo diverso y algo más que escenas litúrgicas adornadas: muestran el acontecimiento fundamental en el que se apoya la liturgia cristiana. Dan testimonio de la fe que no nació en el corazón de los discípulos, sino que les vino de fuera y contra sus dudas los fortaleció y los convenció de que el Señor había resucitado realmente» porque «El que ha entrado en el mundo nuevo de Dios, es tan poderoso que puede hacerse visible a los hombres, que en él el poder del amor fue más fuerte que el poder de la muerte».

Con el inspirado discurso de Pedro ese mismo día «Los que acogieron su Palabra fueron bautizados. Aquel mismo día se les unieron unas tres mil almas. Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones.» (Hch 2: 41-42). Había nacido la Asamblea de Jesús, la Comunidad Cristiana, la Iglesia (*Ekklesia*) de la cual Pedro era su primera piedra.

Como nos afirma el Catecismo de la Iglesia Católica: «“El oficio de interpretar auténticamente la palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo, es decir, a los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, el obispo de Roma.”» (Catecismo de la Iglesia Católica, 85). Incluso en el acápite anterior (84) nos dice: «“El depósito sagrado de la fe ‘*depositum fidei*’, contenido en la Sagrada Tradición y en la Sagrada Escritura, fue confiado por los apóstoles al conjunto de la Iglesia. ‘Fiel a dicho depósito, todo el pueblo santo, unido a sus pastores, persevera constantemente en la doctrina de los Apóstoles y en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones, de modo que se cree una particular concordia entre pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida”» (Catecismo de la Iglesia Católica, 84).

Como nos lo actualiza y enfatiza el Santo Padre en la Exhortación Apostólica Postsinodal *Ecclesia in América*: “La Iglesia católica, que abarca a hombres y mujeres «de toda nación, razas, pueblos y lenguas» (Ap 7, 9), está llamada a

ser, «en un mundo señalado por las divisiones ideológicas, étnicas, económicas y culturales», el «signo vivo de la unidad de la familia humana».

#### *La experiencia del Cristo viviente.*

Para fundamentar la fe, era más importante la seguridad de que Jesucristo vivía y reinaba en la Iglesia y en el cosmos que un acontecimiento en el pasado. La certeza de que Cristo vive en uno (Gl 2.20) y en su pueblo por el poder de su resurrección (Flp 3.10) y la convicción de las señales de su señorío (Hch 2.33; 3.15s; 4.30, etc.) eran parte del testimonio apostólico de la resurrección de Cristo (Hch 4.33). Si bien es cierto que los testigos oculares eran indispensables en la predicación del evangelio (Hch 1.21s; 10.41; 13.31), la bienaventuranza es aun para quienes no vieron con sus propios ojos (Jn 20.29; cf. 17.20), porque el Espíritu Santo es también «testigo de estas cosas» (Hch 5.32). La fundación y existencia continua de la iglesia de Cristo es, por tanto, una de las pruebas más fehacientes de la realidad de la resurrección (Mt 28.18ss).

#### *Significado de la Resurrección.*

Gran parte de la doctrina del NT se basa en las implicaciones de la Resurrección. Con base en textos tales como Salmo 110.1 («*Jehová dijo a mi Señor: siéntate a mi diestra*»), los cristianos primitivos contemplaban la Resurrección como un acto de “creación” con el cual Dios Padre puso su sello de aprobación sobre el ministerio de Jesús, y en especial sobre su obra expiatoria (Ro 4.25; 8.34; Heb 2.9). La conquista del último enemigo, la muerte (1 Co 15.26) fue garantizada con la Resurrección (1 Co 15.54s); por tanto, Jesucristo es declarado Señor, Salvador y Juez victorioso sobre todas las autoridades malignas (1 P 3.21s; cf. Ef 1.21; Flp 2.9ss; Heb 2.5). Esta entronización de Jesucristo tiene grandes implicaciones para los creyentes en Él, ya que Él abrió «*el camino nuevo y vivo*» de acceso a Dios (Heb 10.20). Vive e imparte su vida a los que se unen a Él por la fe (Jn 14.19s; Ef 2.5s), lo cual es una bendición que tendrá repercusiones en el futuro (Ro 6.8, 13; 1 Co 6.14).

Como expresara Grigorieff (El Gran Libro de las Religiones del Mundo): «*Pero nuestra resurrección no es sólo para el futuro –al final de los tiempos,*

*en el pleroma, en la parusía-, ya empezó, y para todos los hombres, el mismo día de la resurrección de Cristo. Tal vez podamos decir que, llamados a la resurrección [...] la esperaremos en plenitud al final de un camino al que, viniendo del Padre, regresaremos a través del Hijo, en el Espíritu. Y aunque formados del polvo y regresando a él, a través del Hijo, en el Espíritu, Dios nos resucitará. Sin embargo, una vez más, podemos confiar porque ya hemos resucitado como “recién nacidos” a través de Cristo en el Espíritu, porque tenemos Fe en Cristo y en el Espíritu, en la resurrección.» Como lo expresara de forma tan convincente J. Ratzinger (obra citada): «Cristo lleva el ser humano a Dios, por eso lo lleva a su salvación. El acontecimiento de la cruz es, pues, el pan de vida “para todos”». «La cruz es revelación. Pero no revela algo, sino a Dios y a los hombres. Manifiesta cómo es Dios y cómo son los hombres».*

#### *Resurrección de los muertos.*

El concepto de la resurrección aparece en diversas maneras en la historia de las religiones. A veces se concibe como el despertar del alma del sueño de la muerte, a veces como la esperanza de que los muertos sean resucitados al final del mundo presente y, en ocasiones, como una resurrección colectiva de los justos luego del juicio. Hay ideas semejantes a estos conceptos de la Biblia, pero la resurrección tiene en ella un contenido y significado propios de la revelación que le son dados principalmente por la resurrección de Jesucristo. Es en este mismo contexto que Jon Sobrino, en su obra “La fe en Jesucristo”, nos describe el problema hermenéutico de la resurrección de la forma siguiente: “La resurrección de Jesús no es presentada en el NT como la vuelta de un cadáver a la vida cotidiana ni como ser arrebatado al cielo, sino como la acción de Dios en la que lo escatológico irrumpe en la historia y en la que se comienza a manifestar la verdadera realidad de Jesús. En este sentido, en el NT, la resurrección de Jesús es narrada como acontecimiento sin precedente en ningún otro acontecimiento histórico. Por ello, no es ni puede ser descrita como acontecimiento intrahistórico, pero es descrita, sin embargo, como acontecimiento percibido en la historia y que afecta – decisivamente- a la historia.”.

La idea de la resurrección no es prominente en el AT. Se le encuentra principalmente en los escritos posteriores, y tanto la medida en que se afirma en el AT como la influencia que otras religiones (babilónicas, zoroastrianismo) puedan haber ejercido son temas de discusión para los eruditos. Es posible afirmar, sin embargo, que lo primero que aparece en el AT es la esperanza de una resurrección (en sentido figurado, una reconstitución) del pueblo de Israel después del cautiverio (Is 26.19; Ez 37.1–14; Os 6.1s). Y, aun más, el profeta Isaías prevé una resurrección de los muertos para participar en la restauración del pueblo.

No hay duda de que el AT afirma que el poder del Señor se extiende también a la morada de los muertos (1 S 2.6; Job 26.6; Seol). Por ello, aunque algunos pasajes discutidos pueden referirse a la liberación de un peligro inminente de muerte (Sal 16.10s; 49.15; 86.13; Os 13.14), está ya presente en ellos la esperanza de la resurrección que en Daniel 12.2 se afirma con toda claridad. Aunque el AT no presenta una doctrina sistemática de la resurrección, afirma sin dudas el poder del Señor, cuya justicia y misericordia no pueden ser detenidas por la muerte.

El Catecismo de la Iglesia Católica, al referirse a la muerte y resurrección de Cristo nos dice: «*Hay un doble aspecto en el misterio pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida*» (Catecismo de la Iglesia Católica, 654). Ratzinger (obra citada) enfatiza además que Jesús, al entregarse a sí mismo, arrebató de las manos de los hombres las ofrendas sacrificiales y en su lugar ofreció su propia personalidad, su propio yo, como concreción del amor que dice Juan que llega hasta el fin (Jn 13, 1). «*Es expresión de la totalidad de su don y de su servicio; es encarnación del hecho de que se entregó, ni más ni menos, a sí mismo. El gesto del amor que todo lo da, fue, según la Carta a los hebreos, la verdadera reconciliación cósmica, la verdadera y definitiva fiesta de la reconciliación. Jesucristo es el único culto y el único sacerdote que lo realiza*».

En los libros apócrifos y pseudoepigráficos la afirmación de la resurrección es casi universal. Se le espera con la restauración de Israel como un fenómeno corporal, aunque las ideas griegas de la “inmortalidad” del alma también

influyen en algunas sectas judías (Esenios, Rollos del Mar Muerto). Solo los saduceos niegan totalmente la resurrección (Mc 12.18; Hch 23.8; cf. 26.8).

Según los Evangelios, el Maestro afirma la resurrección y la fundamenta en el poder y la voluntad de Dios (Mt 22.31s); por tanto, rechaza los conceptos burdos y materialistas al respecto (Mc 12.18–27). Las resurrecciones que Jesús mismo realiza (Mc 5.35–42; Lc 7.11–17; Jn 11.1–44) no son aún la resurrección definitiva, sino una señal de la presencia del Reino de Dios (Lc 7.16) en la persona de Jesucristo; manifiestan su poder sobre todas las fuerzas enemigas, incluso la muerte. En el cuarto Evangelio se destaca que el que cree en Jesucristo ya tiene una vida nueva, «resucitada», que se revelará en la resurrección final (Jn 6.39s, 44, 54; 11.17–27, etc.).

La resurrección del Señor es la manifestación cumbre del triunfo sobre la muerte (1 Co 15.25ss). Con ella comienza una nueva era, «los tiempos del fin», y el creyente, que por la fe se incorpora a Cristo, participa del poder de esa nueva vida, el poder de la resurrección y por tanto comparte la vida del Resucitado y su triunfo sobre la muerte (Jn 14.19s; Hch 26.23; Ef 2.5s; Col 1.18). El cristiano vive en la seguridad de la resurrección (1 Co 15.20–36; 2 Co 4.14; Col 1.18), ya que el Espíritu Santo es agente de la misma (Ro 8.11).

En el NT es realmente poca la especulación acerca del modo y características de la resurrección. Frecuentemente se ilustra con símbolos y figuras corrientes en el ambiente: vestiduras blancas, o fragancia y luminosidad que representan lo nuevo, puro y glorioso de la nueva vida (1 Co 15.41s, 53s; 2 Co 2.15s; Ap 3.5; 6.11; etc.), la semilla que brota o el despertar del sueño (Jn 12.24; 1 Co 15.6, 20, 43s, 51; Ef 5.14; 1 Ts 4.13–17). Es notable que el Nuevo Testamento acepta las doctrinas del judaísmo sobre un juicio final y las vincula a la Parusía del Señor (Hch 24.15; 1 Ts 4.13ss; Segunda venida). En Apocalipsis encontramos también la idea de dos resurrecciones (20.4s), pero en otros escritos se habla de una sola y un juicio (Jn 5.28s). Lo que se destaca es, en todo caso, la participación de los creyentes en la victoria de Cristo (Ro 5.17; 2 Ts 1.10; Ap 20.4).

San Pablo habla de un «*Cuerpo de Resurrección*» y en contraste con una

doctrina cruda de continuidad, señala la diferencia entre la vida futura y la vida actual (incorruptibilidad, gloria, etc.). Destaca el carácter personal, concreto y comunitario de la vida resucitada, en oposición a las ideas de una inmortalidad puramente incorpórea y aislada, individualista (Ro 8.11; 1 Co 15.35ss; Flp 3.21; 1 Jn 3.2). Y como en otros aspectos del tema, Jesucristo es el modelo y señal de la nueva vida: seremos semejantes a Él; veremos a Dios cara a cara; permanecerá el amor; esto es lo más importante acerca de la nueva vida. Dios dispone un cuerpo espiritual porque es el que mejor conviene a la expresión del Espíritu.

Con respecto a un ¡estado intermedio!, entre la muerte y la resurrección, Pablo utiliza la imagen del sueño. No se describe la naturaleza de ese estado, pero sí se afirma que el creyente está con Cristo, y por tanto, es una experiencia positiva y gozosa (Flp 1.22s). Finalmente, hay que señalar que en el NT la esperanza de la resurrección, lejos de conducir a un descuido de las tareas y responsabilidades de esta vida, les da sentido y estímulo. El creyente anticipa en esta vida, en fe, esperanza y amor, la calidad de vida que aguarda plenamente en la resurrección.

Para nosotros los católicos, como dice Ratzinger, *la muerte es la auténtica soledad, la soledad en la que no puede penetrar el amor: el infierno*. Por tanto, el verdadero significado de resurrección es *el amor que es-más-fuerte que la muerte*. Pero para que *el amor sea algo más que la muerte, antes tiene que ser algo más que la simple vida*. Para nosotros entonces, *la idea de la inmortalidad expresada en la Biblia con la palabra resurrección, indica la inmortalidad de la “persona”, del Hombre. La resurrección de los muertos tiene que ser resurrección del Hombre porque el Creador no se refiere sólo al alma, sino al hombre que se realiza dentro de la corporeidad de la historia y a quien Dios concede la inmortalidad* (J. Ratzinger, “Introducción al Cristianismo”).

## DESCENSO AL INFIERNO.

Doctrina según la cual Jesucristo, después de su muerte y antes de su resurrección, descendió a la morada de los muertos: Hades (griego) o Seol

(hebreo). Esta doctrina, si bien no se enseña explícitamente en el Nuevo Testamento, ya en el siglo II se hallaba en los escritos patrísticos y en el siglo IV se encuentra en todos los credos de la iglesia.

Esta doctrina parece hallarse en forma implícita en Hch 2.27; Ro 10.7, y quizás en Ef 4.9ss; pero sobre todo en 1 P 3.18–4.6. Según este último pasaje, Cristo «*fue y predicó*» a los espíritus de los muertos («espíritus encarcelados») en el *Seol*.

Algunos, para obviar la enseñanza del «descenso», interpretan el pasaje como una referencia a la predicación de Cristo por medio de Noé en los días de este, tesis que resulta difícil de sostener por el contexto sintáctico en que se encuentra «espíritu» en 1 P 3.18, del original griego.

Si se rechaza esta interpretación, siempre queda el problema de quiénes eran los espíritus encarcelados. ¿Ángeles caídos (Gn 6) u hombres? ¿Y qué clase de mensaje habrá predicado? ¿De condenación o de esperanza? El problema tiene que resolverse de acuerdo con el concepto que uno tenga de la enseñanza general de las Escrituras sobre este tema. O bien se puede dejar, por ahora, sin resolver.

#### *Hades.*

Transcripción de una palabra griega empleada en la LXX para traducir el vocablo hebreo *Seol*, morada de los muertos, buenos y malos sin distinción. Al Hades se le conceptúa como debajo de la tierra (Mt 11.23; Lc 10.15); se entra a él a través de puertas que simbolizan el poder de la muerte (Mt 16.18). Se menciona en relación con la muerte de Jesucristo (Hch 2.27, 31; cf. Sal 16.10). Como consecuencia del desarrollo doctrinal en los últimos libros del AT, el concepto del *Seol* se bifurcó, y el Hades llegó a referirse al lugar de oscuridad y sufrimiento reservado para los impíos (*Hinom*, Infierno; Lc 16.23), mientras *Seno de Abraham* y *Paraíso* indicaban el destino de los piadosos. Relacionado íntimamente con la muerte, el Hades casi se personifica en Ap 1.18; 6.8; 20.13s (cf. 1 Co 15.55).

#### *Hinom.*

Valle profundo al sur de Jerusalén, conocido también como el valle del hijo de *Hinom* (Jos 15.8a; etc.), que demarcaba el límite entre las tribus de Benjamín

y de Judá (Jos 15.8b; 18.16). La mayoría de los expertos lo identifican con Wadi al-Rababi que actualmente circunda la ciudad de Jerusalén hacia el sudeste y el oeste. Cerca a la parte más ancha que da al Cedrón se le llama Tofet (2 R 23.10; Jer 7.31s; 19.2–6). Fue en Hinom donde Salomón erigió lugares altos a Moloc (1 R 11.7), y Acaz y Manasés hicieron «*pasar a sus hijos por fuego*» (2 R 16.3; 2 Cr 28.3; 33.6; Jer 32.35). Para poner fin a estas abominaciones, Josías profanó el sitio con huesos humanos y otras contaminaciones (2 R 23.10, 13s; 2 Cr 34.4s), y lo convirtió en crematorio donde echaban las inmundicias de la ciudad. Así, este lugar llegó a simbolizar para todo Jerusalén el horror y el deshonor, y su fuego permanente que destruía las basuras tipificó la ira divina (cf. Is 30.33; 66.24). Posteriormente los judíos aplicaron el nombre de este valle, que en la LXX es Gueena (con base en el arameo), al lugar de eterno sufrimiento destinado a los ángeles rebeldes y a las personas condenadas. En este sentido se usa en el Nuevo Testamento (Mt 5.22, 29s; 10.28; Mc 9.43, 45, 47; Lc 12.5; Stg 3.6).

### *Seol.*

Palabra hebrea que designa el lugar adonde van los muertos (Dt 32.22; Is 14.9, 11, 15). No es el destino solamente de los perdidos, sino el estado intermedio de todos los muertos. La muerte en el AT lleva consigo el sentido de entrar en un lugar de sombra (Job 38.17), donde el hombre ya no tiene fuerza (Sal 88.3, 4), y donde está olvidado (Sal 88.5). No obstante, los habitantes del Seol tienen conciencia y reciben a los nuevos muertos que entran en el lugar (Is 14.9). El equivalente griego es Hades, palabra con que se traduce Seol en la Septuaginta.

En algunos pasajes bíblicos parece que el Seol es el lugar adonde van los condenados, en contraste con el cielo. Amós 9.2 dice: «*Aunque cavasen hasta el Seol... y aunque subieren hasta el cielo*». Job 11.8 y Sal 139.8 repiten la misma idea. Sin embargo, estos pasajes no hacen una distinción escatológica de los distintos destinos de los muertos, sino que indican los puntos geográficos opuestos en la dimensión vertical que imaginaba la mentalidad humana de la época (en aquel entonces se conceptuaba la ubicación del Seol como la parte baja de la tierra). Equivale a la oposición horizontal de «oriente

y occidente» (Sal 103.12).

Ciertamente algunos textos indican que los malos van al Seol como castigo (Sal 9.17; 55.15; Pr 23.14), pero esto tal vez se explica por la doctrina bíblica de que la muerte es resultado del pecado (Ro 6.23). Parece que el castigo en sí no es ir al Seol sino morir y entrar en el Seol prematuramente. Se debe distinguir el uso figurado del Seol en muchos pasajes como Sal 116.3 («*Me encontraron las angustias del Seol*») y Jonás 2.2 (donde el Seol equivale al vientre del pez). Hay varios sinónimos de Seol en el Antiguo Testamento: «*abismo*» (Is 14.15), «*sepulcro*» (Sal 88.4), «*Abadón*» (Job 26.6), «*lugar de corrupción*» (Sal 16.10). Ninguno de estos pasajes requiere la interpretación de que sea lugar de castigo.

Es de notar que el AT no da enseñanza clara sobre las condiciones en el Seol, tampoco acerca de castigo ni de corona. Sin embargo, Dahood (*Psalms III, Anchor Bible*, pp. 304–305) sugiere que se encuentran los inicios de la doctrina del infierno en textos como Sal 140.10; Job 15.30; 20.26.

En la literatura judaica posterior al Antiguo Testamento, vemos el desarrollo de la idea de que el Seol está dividido en dos partes, una para los justos y otra para los injustos, dentro del mismo estado preliminar al destino final (Enoc 22.1–14). Es posible que Dn 12.2 refleje este mismo concepto, puesto que los muertos que «*duermen en el polvo de la tierra*» posteriormente «*serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua*». Nunca se usa la palabra Seol en el Antiguo Testamento como la morada de Satanás y de los ángeles caídos

#### *Día del Señor.*

Frase que en su forma griega aparece únicamente en Ap 1.10, donde no se refiere a un período apocalíptico, sino a un día de veinticuatro horas. «*Día del Señor*» con sentido escatológico es traducción en el Nuevo Testamento de las frases que aparecen en 1 Ts 5.2; 2 Ts 2.2 y 2 P 3.10. La expresión inicial, en que la primera palabra no es sustantivo sino adjetivo, se podría traducir literalmente «*día señorial*» o «*día dominical*» (entendiendo que «*dominical*» viene del latín *dominus* que significa «*Señor*»).

Para aclarar a qué día se refiere Juan es necesario ver los escritos de los padres apostólicos. La *Didaje* (ca. 100 dJC) 14.1 exhorta: «*Reunidos todo día del Señor romped pan*». Muy semejante es Hch 20.7, donde leemos que los discípulos se reunieron «*el primer día de la semana... para partir el pan*». En la *Epístola de Ignacio a los magnesios* 9.1 (ca. 110 dJC), se dice: «*no guardando ya el sábado sino viviendo según el domingo, día en que amaneció nuestra vida*» (Ruiz Bueno, *Padres apostólicos*, pp. 91,464).

Así, pues, antes del fin de la época apostólica, se daba importancia al primer día de la semana (cf. también 1 Co 16.2), día cuando, según el testimonio unánime de los cuatro Evangelios, resucitó nuestro Señor e hizo sus primeras apariciones a los creyentes.

*Sábado.* Fiesta religiosa israelita del séptimo día al parecer íntimamente relacionada con el origen de la semana como período concreto de tiempo. En Gn 8.22; Job 5.12, etc., el verbo cognado, *Shabat*, tiene el sentido de «cesar» o «parar» cualquier actividad, sin ninguna conexión religiosa, en tanto que en Éx 16.23ss; 23.12; y 31.17 significa descansar del trabajo en consagración a Jehová. Parece posible afirmar que la celebración del sábado se remonta entre los israelitas a los tiempos premosaicos; el mandamiento del decálogo de santificar el sábado (Éx 20.8–11) presupone que los israelitas del tiempo de Moisés ya lo conocían.

#### *El sábado en el Antiguo Testamento.*

Todos los documentos legales incorporados a la ley prescriben la observancia del sábado, por medio del cese de trabajo realizado en los seis días de la semana. Así lo dicen el libro del pacto (Éx 23.12), el decálogo (Éx 20.8–11), donde se halla el concepto de que el sábado es en memoria de la creación; cf. Dt. 5.12–16), las prescripciones en cuanto al culto (Éx 34.12ss), la ley de santidad (Lv 23.3; 26.2) y el código sacerdotal (Éx 31.12–17; 35.1ss; Nm 28.9s).

La más antigua de estas leyes, Éx 31.12ss, basa la prohibición de trabajar en razones humanitarias: el reposo de todo trabajo cada siete días es bueno tanto para el hombre como para el animal. Encontramos lo mismo en Dt 5.12–14. Y

el versículo 15 agrega que los esclavos de los israelitas debían descansar el sábado porque, como los israelitas mismos habían sido esclavos en Egipto y Dios los había liberado, en gratitud debían ser considerados con los esclavos. En cuanto a la clase de trabajo que no era permitido hacer en sábado, la ley era bastante general (Éx 20.8–10; Dt 5.14; etc.). Era más explícita al referirse a las grandes fiestas como la Pascua (Lv 23.7s; Nm 28.18), el Pentecostés (Lv 23.21; Nm 28.26), el año nuevo (Lv 23.25; Nm 29.1), el Día de Expiación (Nm 29.7) y las fiestas de convocación (Lv 23.35; Nm 29.12).

Durante el cautiverio, cuando a los judíos no les era permitida la práctica pública de su fe, la observancia del sábado y la circuncisión fueron la «señal» que los distinguió de los gentiles (Éx 31.13–17; Ez 20.12, 20). Sea cual fuera la razón, el carácter del sábado se transforma, según se ve en los escritos del cautiverio y del poscautiverio. La obligación del descanso se convierte, de un acompañamiento necesario para los actos del culto, en un fin en sí mismo. Se convierte en una forma de autonegación agradable a la Deidad, como acto de obediencia implícita a su mandato positivo. Toda legislación posterior nace de esta idea. En Ezequiel y la ley de santidad, el sábado es señal arbitraria del pacto entre Dios e Israel, y de la fidelidad individual a dicho pacto. El código sacerdotal exalta el sábado, y basa su sanción en el ejemplo del Creador (Gn 2.2ss; Éx 31.17); trata de forzar su observancia con la imposición de la pena de muerte (Éx 31.14; Nm 15.32–36).

Otra modificación después del cautiverio en la observancia del sábado se advierte en la pérdida del carácter alegre y festivo del sábado que existía anterior al cautiverio (Is 1.13; Os 2.11). En aquel entonces no se compraba ni vendía (Am 8.5), el trabajo del campo se suspendía incluso en tiempo de cosecha (Éx 34.21), se visitaba el santuario (cf. Is 1.12s) y se consultaba a los videntes (1 S 9.9), mientras que en las profecías después del cautiverio se alude a la observancia del sábado como supremo deber religioso y como condición para la realización de las esperanzas mesiánicas (Is 56.2ss; 58.13s; 66.23; Jer 17.19ss).

Como un correctivo al excesivo legalismo que está implícito en las prácticas sabáticas, Isaías condena el ayuno ritual y lo reubica en el contexto de la

justicia hacia los oprimidos, de compartir lo que se come con los hambrientos (Is 58.3-13s).

### *El sábado en el Judaísmo Rabínico.*

La experiencia de la diáspora incidió profundamente en el pensamiento judío sobre el sábado. Los escritos rabínicos fomentaron una interpretación sumamente estricta del descanso del sábado, y esto condujo a una complicada casuística que convirtió en carga insoportable el «deleite» de la observancia del sábado. Encontramos abundantes evidencias de este hecho en los Evangelios y en los profetas después del cautiverio (cf. Is 58.13). Los rabinos reconocían que el sábado debía servir de ayuda al hombre en la consecución de la finalidad de la vida. Jesús enunció este principio claramente: el sábado se había establecido para el hombre y no viceversa (Mc 2.27). Pero Jesús fue más lejos al insistir en que el sábado nunca puede ser un fin en sí mismo, otorgando así a los hombres mayor libertad para hacer el bien a los demás y para ocuparse de sus necesidades personales (Mc 2.23ss; 3.4; Lc 13.15; etc.). Jesús declara que como la ley del reposo es para el bien del hombre, como Hijo del Hombre tiene autoridad para cambiar la Ley o abrogarla (Mc 2.28). La iglesia primitiva se sirvió de esta afirmación de Jesús cuando decidió abandonar la observancia del sábado para adorar al Señor resucitado en domingo.

Aunque ningún pasaje del Nuevo Testamento lo diga, se puede deducir de Mt 24.20 que la primera comunidad cristiana de Jerusalén siguió observando el sábado al igual que las demás costumbres religiosas judías (Hch 2.1, 46; 3.1; 10.9). Pero no parece que Pablo obligara a las comunidades cristianas fuera de Palestina a observar el sábado. En Hch 15.29 se ve que en el decreto del concilio de Jerusalén no se impuso el sábado a las iglesias gentiles. Pablo escribe a los colosenses que nadie debía juzgarlos «*en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo*» (Col 2.16).

La iglesia cristiana primitiva, sin dejar de observar el sistema tradicional de la semana de siete días, hizo del domingo el primer día de la misma, día especial en que los cristianos celebran sus servicios religiosos. Se basaban en la resurrección. El Señor resucitó de entre los muertos el primer día de la

semana, y los cristianos comenzaron a reunirse ese día para rendir culto al Cristo resucitado. Para ellos el domingo llegó a llamarse el “*Día del Señor*”.

### *Reino de Dios, Reino de los Cielos.*

Dios es «*Rey de los siglos*» (1 Ti 1.17), o sea de toda la historia, pero hay que distinguir entre esta soberanía eterna y la manifestación dinámica del Reino de Dios que se establecerá con la venida de Jesucristo.

### *En el Antiguo Testamento.*

La frase «Reino de Dios» no aparece en el Antiguo Testamento, pero Dios sí se presenta como Rey: es rey de Israel (Nm 23.21; Is 43.15), y también de todo el mundo (Sal 24; 47.8; 103.19); Él reina para siempre (Sal 29.10). Estas expresiones indican no tanto un reino político o terrenal como el derecho de Dios de reinar sobre su propia creación.

Dios dijo a Abraham que de sus lomos saldrían reyes (Gn 17.6), pero no fue sino hasta el tiempo de Samuel que los israelitas pidieron un rey (1 S 8). Sin embargo, la monarquía fracasó completamente después de cuatro siglos. Los profetas posteriores que vivieron durante el tiempo de la monarquía pronosticaron el gran futuro en que el Mesías reinaría sobre todo el mundo (Is 2.1–4; Miq 4.1–3). Este reino se establecería en el Día de Jehová (Jl 2.28–3.21; Am 9.11–15), cuando Dios juzgaría a las naciones y salvaría a su pueblo universal. Al final crearía nuevos cielos y nueva tierra (Is 65.17; 66.22). Todo esto señala la victoria final de Dios en la historia.

### *En la Literatura Intertestamentaria.*

Entre los dos testamentos surgió un marcado mesianismo que proclamaba la restauración del reinado de Israel. Esta esperanza renovada tomó muchas formas, pero la más común era la del libro pseudoepigráfico *Salmos de Salomón* (17.23–51): el hijo de David, el Mesías, derrotaría a los enemigos gentiles. Como regidor de Israel, capitanearía las fuerzas que dominarían a todas las naciones; estas subirían a Jerusalén para glorificar a Jehová. En otras palabras, se presenta un reino político de justicia en el cual el Mesías e Israel encabezan a todo el mundo. Los Zelotes en el tiempo de Jesús tenían esperanzas mesiánicas parecidas, con la diferencia de que ellos mismos establecerían el reino por medio de la sublevación armada.

Otra corriente de este período (200 a JC a 100 d JC) era la perspectiva mesiánica de la literatura apocalíptica, cuya idea central era la repentina introducción del Reino de Dios en forma cataclísmica sobre la tierra, empezando con un juicio inesperado en que los justos serían premiados y los malos castigados. Con estas ideas quizá Jesús estaba de acuerdo, pero rechazó otros conceptos extremistas de esta literatura tales como los cálculos del tiempo del fin, juegos de números, viajes celestiales y revelaciones acerca del cielo y del infierno. Se discute intensamente la pauta doctrinal que Jesús siguió: ¿Enunció sus ideas respecto al reino conforme el mensaje profético del AT, o las concibió siguiendo el rumbo de la literatura apocalíptica? Un repaso de la enseñanza de Jesús mostraría ampliamente lo primero.

*En el NT y en la predicación de Juan el Bautista.*

Juan vino predicando el arrepentimiento porque el Reino de Dios se había acercado (Mt 3.2). El ser israelita no aseguraba la entrada al Reino. Además, las obras apropiadas debían acompañar al arrepentimiento (Lc 3.8). El juicio estaba cerca, el hacha ya estaba puesta a la raíz de los árboles (Lc 3.9). A pesar de la aparente semejanza entre este mensaje y el que Jesús presentaría un poco después, todavía Juan imaginaba un reino político y terrenal. Cuando vio que no surgía tal Reino, Juan envió mensajeros para preguntar a Jesús (Mt 11.2s). Jesús contestó en efecto que la presencia del Reino de Dios se verificaba en la curación de los enfermos, en la resurrección de los muertos y en la predicación del evangelio a los pobres (Mt 11.4s). El carácter del Reino traído por Jesús no era político, literal ni terrenal, pero se demostraba en obras que apuntaban hacia una restauración total.

*En la enseñanza de Jesús.*

En los cuatro Evangelios el título más común es el «Reino de Dios». Solo Mateo usa la frase «reino de los cielos» (33 veces), aunque también usa «reino de Dios» cuatro veces (12.28; 19.24; 21.31, 43). Esencialmente estos dos términos expresan una misma realidad, como se ve mediante un cuidadoso examen de los Evangelios (cf. Mt 5.3 con Lc 6.20; y Mt 19.23s con Mc 10.24s y Lc 18.24s) y de muchos otros pasajes donde Mateo usa la expresión «reino de los cielos» y los otros sinópticos «reino de Dios». Al escribir a los judíos, Mateo demuestra su reserva judía en el uso del nombre sagrado de Dios; es

decir, utiliza sinónimos para referirse a Jehová (cf. Lc 15.18, 21 donde «el cielo» significa Dios). Además de estos dos términos, se halla la frase «reino del Padre» (Mt 13.43), y escuetamente «el reino» (Mt 6.13). Mateo 13.41 indica que el reino es del Hijo del Hombre.

Al examinar los datos de los Evangelios, se ve cuán difícil es definir el Reino de Dios. El concepto aparece en cuatro diferentes contextos: a) Unos pocos pasajes que presentan el reino con el significado abstracto de autoridad real o el poder de reinar; b) Un buen grupo de pasajes que aluden al reino como algo presente, como un poder dinámico que actúa entre los hombres; c) Otro grupo semejante al anterior indica que el reino es una esfera en la cual las personas entran; d) Además, hay un grupo final que presenta al reino como completamente futuro, escatológico y apocalíptico. A continuación trataremos de coordinar estos cuatro aspectos en una concepción total.

1. Respecto al concepto básico del término «Reino» (griego, *basileía*). Jesús anunció al principio de su ministerio que el Reino se había acercado (Mc 1.15), pero en Mateo 12.28 dijo que el Reino había llegado cuando Él echaba fuera los demonios. Puesto que Jesús practicó la expulsión de “demonios” casi desde el principio de su ministerio (Mt 4.23s), queda claro por qué al anunciar el Reino habló de su misma presencia y autoridad. A esas alturas no importaban los demás elementos de un reino, tales como súbditos, leyes, o territorio, sino solo el rey y su autoridad real. Como dijo Orígenes: «Jesús es la *autobasileía*», es decir, el Reino mismo. En la parábola de las diez minas (Lc 19.11–27), el «*hombre noble*» tenía un territorio en el cual gobernaba, tenía siervos a quienes mandaba y había leyes que regían en ese pequeño país, pero al noble le faltaba la autoridad de proclamarse «*rey*». El «*Reino*» que él se fue a recibir era el poder o la autoridad real («*investidura real*»). Esta acepción de «*Reino*» se ve también en Jn 18.36. La gran mayoría de los eruditos creen hoy que el sentido básico de *basileía* es la autoridad y poder reales de Dios, su derecho de reinar en este mundo.

2. El segundo grupo de versículos habla del aspecto presente y dinámico

del Reino. Ya indicamos que la presencia del Reino era manifiesta en las obras poderosas que Jesús hacía a favor de los necesitados. Pero el propósito del Reino era mucho más que la satisfacción de necesidades físicas; involucraba también una lucha sin cuartel contra Satanás. Jesús explica que el Reino de Dios tiene como fin contrarrestar la autoridad y poder del reino de Satanás. El hecho de que Él mismo puede amarrar al fuerte (Satanás) y saquear sus alhajas (quitarle sus súbditos), trasladándolos a su propio Reino, demuestra la poderosa presencia de éste (Mt 12.28s). En otras palabras, ahí está la salvación. Este propósito se ve delineado en las palabras del ángel a José: «*Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados*» (Mt 1.21). Más tarde Jesús mismo dijo que «*no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos*» (Mc 10.45).

En el establecimiento del Reino la muerte de Jesús era imprescindible para rescatar a las personas de sus pecados. Por eso, el hombre debe buscar el Reino sobre todas las cosas (Mt 6.33) y recibirlo como un niño (Mc 10.15), ya que el Reino no está lejos, sino entre los hombres (Lc 17.21).

3. Un tercer grupo de pasajes indica que el Reino es una esfera en la cual el hombre entra. Aquí se toma en cuenta el aspecto humano del Reino. Uno entra en el Reino al aceptar la autoridad de Jesús en su vida personal (cf. Mt 7.21ss; donde implica llamar a Jesús Señor y hacer la voluntad del Padre). Juan lo explica en términos del nuevo nacimiento (3.3, 5; cf. Lc 16.16; Mt 21.31; 23.13; Lc 11.52). Ciertos pasajes que hablan de entrar en el Reino tienen tinte escatológico, y pertenecen a la categoría de abajo (cf. las Bienaventuranzas que hablan del Reino como galardón futuro, Mt 5.3–12; cf. Mc 9.47; 10.23ss).
4. El último grupo tiene que ver con el aspecto escatológico del Reino, relacionado con la venida de Cristo (Segunda venida; *Parusía*). Será el momento de la reunión de todos los hijos de Dios del mundo entero (Mt 8.11); será el tiempo del “juicio” (Mt 16.27) cuando el Hijo del Hombre se sentará en su trono (Mt 25.31–46); será el tiempo de la regeneración cuando los discípulos participarán en la administración del Reino (Mt 19.28; cf. Lc

18.29s). Las «ovejas» entrarán en el Reino preparado desde la fundación del mundo (Mt 25.34). Los Evangelios no especifican la naturaleza de ese reino, pero será el cumplimiento de las esperanzas proféticas porque se establecerá el reino literal, terrenal, político y moral que Dios quiere imponer.

Hay cierta tensión entre el aspecto presente y el aspecto futuro del Reino. Tanto Juan el Bautista (Lc 7.19) como los mismos discípulos (Hch 1.6) estaban perplejos porque el Reino no apareció en forma literal en el tiempo de Jesús. Para una explicación de la aparente promesa de una pronta venida del Reino (Mt 10.23; 16.28). En efecto, el triunfo de Jesús en la cruz los cristianos lo ven como un hecho escatológico, porque su sacrificio, confirmado y aprobado por el acto divino de la resurrección, nos logró la vida eterna. Jesús, entonces, inauguró el Reino, sin llevarlo a su consumación. Como ha dicho Cullmann, *¡se ganó la batalla decisiva, solo se espera la terminación de la guerra!* Por eso, Pedro indicó en el día de Pentecostés que los postreros días habían llegado (Hch 2.16–21). Ya se podía gozar de las bendiciones y poderes del siglo venidero (1 Co 10.11; Heb 6.5).

En resumen, el Reino de Dios es el mismo poder dinámico de Dios encarnado en el mundo en la persona de Jesús, con el fin de devolver a su dueño a los que estaban bajo la autoridad de Satanás y del pecado. Aunque el poder del Reino se ve en las obras maravillosas de Jesús, la máxima manifestación se encuentra en su muerte y resurrección; por tanto, es proclamado Señor de todo el universo. El Reino no solo es un poder dinámico que actúa entre las personas, sino también una esfera en la cual los hombres entran al recibir a Jesús como su Señor y al hacer la voluntad del Padre (Mt 7.21ss). Durante el actual período intermedio, los discípulos proclaman el señorío de Jesús en todo el mundo, y cuando esta tarea se termine, se manifestará gloriosa y públicamente el Reino de Dios en la “*Parusía del Señor Jesucristo*”.

Aunque la cabeza de un reino debe ser un rey, los Evangelios, especialmente Mateo y Juan, presentan a Dios como Padre. Así que el Reino tiene el carácter de una gran familia en la cual los hijos (Jn 1.12) llaman a Dios, *Abba* (Mt 6.9; cf. Ro 8.15; Gl 4.6). Los hijos, siendo responsables, se preocupan por los asuntos de su Padre: llevan una verdadera vida de discipulado (Mt 16.24) y

son portadores del evangelio del Reino, compartiendo en esta responsabilidad la misma autoridad de su Señor (cf. Mt 10.1, 5–15, 40ss).

Frente al hecho de que el Reino de Dios siempre es Reino de justicia, se discute intensamente si los hijos del Reino tienen la responsabilidad en la época presente de implantar la justicia en este mundo de maldad. Aunque el NT no respalda la imposición de sistemas políticos por la fuerza, esto no quiere decir que los hijos del Reino justo de Dios no deban luchar por todos los medios legítimos, según los principios básicos del Reino, para lograr la máxima justicia posible dentro del contexto contemporáneo. Cada hijo del Reino tiene la responsabilidad de ministrar a los necesitados y desvalidos a su alrededor (Mt 25.31–46). Los que no hayan cumplido con su responsabilidad serán separados del resto del Reino por el Hijo del Hombre en el juicio final (Mt 25.41–46), enseñanza claramente presentada por Jesús en las parábolas del Reino (Mt 13.24–30, 36–43, 47–50; 24.45–51; 25.1–13, 14–30).

*En el resto del Nuevo Testamento.*

De concepto central en el mensaje de Jesús, el Reino de Dios pasa a ser un tema marginal en el resto del NT. Más bien se recalca la Iglesia. Este cambio se debe, no a la poca importancia del reino, sino a la labor de traducción realizada por los predicadores, una vez que el mensaje evangélico alcanzara a las masas de habla griega. Expresiones como «*Hijo del Hombre*» y «*Reino de Dios*», muy comprensibles en el ambiente palestinese, causaban malos entendidos entre los gentiles y tuvieron que ser remplazadas.

En los Hechos la iglesia predica el Reino de Dios (8.12; 20.25; 28.23, 31) como realidad presente y futura (14.22). Pablo habla del aspecto presente del Reino (Ro 14.17; 1 Co 4.20; Col 1.13), pero recalca el aspecto futuro: los malos no heredarán el Reino (1 Co 6.9s; Gl 5.21; Ef 5.5); el Reino vendrá con la manifestación de Jesús en su Segunda Venida (2 Ti 4.1, 18); después de dominar a todos sus enemigos, el Señor Jesús entregará el Reino al Padre para que Dios sea todo en todos (1 Co 15.23–28). La palabra final del Reino se encuentra en el Apocalipsis que relata cómo los reinos de este mundo llegan a ser el Reino de nuestro Señor (11.15; 12.10), a quien se llama Señor de señores y Rey de reyes (17.14; 19.16). Pero Él no reina solo, sino junto con los

suyos durante mil años (20.1–10). Después del juicio del gran trono blanco sigue el aspecto eterno del Reino, cuando aparece un cielo nuevo y una tierra nueva (21.1); una existencia en la cual no cabe el mal de ninguna especie (21.27). Este Reino eterno representa la victoria final de la justicia.

### *El Reino y la Iglesia.*

Aunque generalmente el magisterio de la iglesia católica romana define como idénticos estos dos conceptos, algunos eruditos católicos los presentan como distintos. El sentido abstracto del Reino, o sea la autoridad soberana de Dios y de Cristo, nunca puede identificarse con la Iglesia. Cuando una persona se somete a la autoridad de Dios en el Reino, llega a ser hijo del Reino y forma parte del pueblo de Dios. Los súbditos del Reino forman la Iglesia, pero no pueden ser identificados con el Reino en su totalidad. El Reino crea la Iglesia, la cual a su vez predica el evangelio del Reino; de tal modo que la Iglesia es el instrumento y custodio del Reino de la tierra. El Reino es la esfera de la salvación; la Iglesia es la esfera de la comunión, del testimonio y del goce de las bendiciones del Reino. Aunque los dos están inseparablemente ligados, no pueden ser identificados como la misma entidad.

### *Milenio (Mil años).*

Período del Reino de Dios sobre la tierra, que sigue a la Segunda Venida de Cristo y precede al estado final, en el que el Señor establecerá un reino de justicia y paz, y regirá junto con los santos con una vara de hierro. Como otras cifras de Apocalipsis, «*mil*» tiene valor simbólico, sin ser equivalente de la eternidad. En el parsismo y entre los babilonios se creía que el mundo duraría 7000 años. Nada semejante aparece en las Escrituras canónicas del Antiguo o Nuevo Testamento. Filón de Alejandría pensaba que cada uno de los días de la semana equivaldría a esos 7000 años de la historia mundial. A la semana primordial (en Gén 1) respondería otra conclusiva, cada una de mil años. «*Mil años*» es una época muy larga que se contrasta con los tres años y medio de hegemonía satánica (11.2; 12.6) y con los diez días de tribulación (2.10). Muchos exégetas no aceptan este período intermedio porque:

1. Reviste un carácter muy judaico, es decir, contiene ideas propagadas por la literatura judía llamada ¡apocalíptica! (200 aJC–200 dJC)
2. Se basa en un solo pasaje (Ap 20.1–10). Pero hay otras indicaciones de

tal período en el AT y en el resto del Nuevo Testamento.

El concepto de un reino de Dios establecido en la tierra viene del AT, especialmente de la enseñanza profética (Is 2.11; Jl 3.18; Am 9.11–15; Miq 4.1–5) y de Dn 2.37–45; 7.2–27. Estos pasajes no señalan un período intermedio diferente del estado final, sino ven el reino como un todo (cf. Is 65.17–25); definitivamente enseñan que Jehová reinará políticamente sobre todas las naciones, y que establecerá la verdadera justicia y prosperidad. Daniel aclara que los «santos» reinarán con el Hijo del hombre (7.13s, 18, 22).

En la literatura apocalíptica judía (hasta 100 dJC), sin embargo, se puede ver con cierta claridad el desarrollo del concepto de un período intermedio, que oscila, según los escritos, entre cuarenta años y siete mil; solo un rabino habla de mil años, y este es contemporáneo de Apocalipsis. Muchos eruditos concluyen que esta literatura es la fuente de Ap 20, pero no es posible afirmarlo categóricamente puesto que no se ha podido determinar con certeza la fecha de estos escritos; algunos incluso son más recientes que Apocalipsis. Otros sostienen que el autor de Apocalipsis creía, como muchos judíos, que el plan divino de la historia tenía una estructura de siete actos; esto formaría una semana en la que cada día representa mil años, y el séptimo sería el «sábado» del mundo (cf. Sal 90.4; citado en 2 P 3.8). De todos modos, la idea básica de un reino terrenal de Dios no proviene de esta literatura, sino del Antiguo Testamento.

Los Evangelios no mencionan un período intermedio, pero manifiestan que Jesús enseñó que muchos vendrían de lejos para sentarse con los patriarcas en el reino de Dios (Mt 8.11). Aun más claro es Mt 19.28, donde Jesús dice que en la regeneración sus discípulos se sentarán sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. El escenario parece ser la tierra y una vez más se nota que los seguidores de Jesús participan en la administración del reino (cf. 1 Co 6.2s; 2 Ti 2.12). Pablo tampoco menciona este período específicamente, pero es notable que 1 Co 15.23–28 da el orden de la resurrección así: 1) Cristo, las primicias; 2) los de Cristo en su Parusía; 3) el fin, cuando Cristo entregue el reino al Padre, no sin antes suprimir toda oposición a su voluntad.

Los adverbios de tiempo (traducidos «luego») parecen indicar etapas sucesivas en este proceso: desde la resurrección de Jesús hasta la Parusía, y desde ella hasta el fin. Durante este último período Cristo sujeta todo el poder del mundo. Para la Biblia Latinoamericana creer en un paraíso terrenal de 1,000 años antes del cielo, es ir en contra de toda la enseñanza del NT, la cual dice que no hay intermedios entre la vida presente y la definitiva.

Los pasajes bíblicos señalados arriba enseñan:

- 1) la presencia literal y política del reino de Dios en la tierra;
- 2) la participación de los santos en la administración de ese reino. Aunque no dan claro apoyo a la idea de un reinado intermedio, dichos pasajes presentan estos dos elementos que a su vez son la base del milenio de Ap 20, donde se repite las palabras «*mil años*» seis veces en los vv. 1–7. Además, la derrota de Satanás (Ap 20.2) no es una idea nueva (cf. Jn 12.31; 16.11); tampoco lo es la resurrección, llamada aquí «*la primera*», reservada a los creyentes (1 Co 15.23, 51s; 1 Ts 4.13–17). Compárese también la derrota de Gog y Magog (Ap 20.8s), en Ez 38 y 39, después de la visión de la resurrección de Israel (Ez 37). Así, pues, Ap 20 recoge muchos asuntos tocados en el AT, los Evangelios y Pablo, y, de acuerdo con el principio de la revelación progresiva en las Escrituras, les da su explicación final.

La interpretación del milenio ha sido un campo de batalla a través de los siglos.

Los intérpretes de los siglos II y III entendieron los ¡mil años! literalmente. Orígenes y Agustín fueron los primeros que lo espiritualizaron, y enseñaron que el milenio empezó con la resurrección de Cristo y que se prolonga a toda la época de la Iglesia. Siguiendo esta línea, la iglesia romana ha rechazado la interpretación literal, tildándola de ¡quiliasmo! (Creencia en el advenimiento del reinado de los justos con mil años de felicidad terrenal. Surgida en el siglo I de la era cristiana).

En nuestros tiempos ha habido tres posiciones básicas y en torno a esta giran otras posiciones:

### *Premilenarista.*

Arguye que el milenio es un período iniciado por la parusía, en el que Cristo establece un reino de justicia en la tierra. Los programas de la Iglesia e Israel están separados. La gran tribulación y el milenio son períodos de siete y mil años respectivamente.

Veamos algunas subdivisiones de esta posición:

#### *Posición pretribulacionista premilenarista.*

La Iglesia será raptada antes de la gran tribulación. El Rapto y la gran tribulación son actos separados.

#### *Posición posttribulacionista premilenarista.*

El Rapto de los creyentes será después de la gran tribulación. El Rapto y la Segunda Venida son el mismo acontecimiento.

#### *Posición mesotribulacionista premilenarista.*

La Iglesia será raptada tras 42 meses (1.260 días) de la gran tribulación de 7 años.

#### *Posición del Rapto parcial premilenarista.*

Solo algunos creyentes serán «raptados» antes de la gran tribulación. Los que «no estén preparados» deben pasar por el martirio para probar su fe.

#### *Amilenarista.*

Niega que haya un milenio literal, pues la parusía y el juicio final vienen más o menos a un mismo tiempo para iniciar el estado final.

Esta posición se puede subdividir en dos:

#### *Posición amilenarista de San Agustín.*

Apocalipsis trata simbólicamente del triunfo del Reino de Dios a través de la Iglesia. La gran tribulación y el milenio no son períodos de siete y mil años, sino que son cifras simbólicas que designan la larga lucha del mal contra la iglesia.

*Una segunda posición amilenarista.*

Coincide con San Agustín, excepto en que no se ve al Reino de Dios obrando a través de la Iglesia en esta era.

*Posmilenarista.*

Enseña que el milenio vendrá antes de la parusía, pero no antes de que el reino esté preparado, gracias a los esfuerzos humanos, para recibir a Cristo.

*Posición evangélica posmilenarista.*

Israel y la Iglesia equivalen a un solo pueblo de Dios. La tribulación es prolongada, no dura solamente siete años. El milenio es el período de mil años en que Cristo reina, a través del ministerio de la Iglesia del Reino de Dios.

Como vemos, estos sistemas de pensamiento procuran explicar el plan del procedimiento divino para el futuro. Sin embargo, a pesar de los mejores propósitos que han guiado a muchos en la interpretación de la Palabra de Dios, no podemos afirmar que representan a plenitud la enseñanza bíblica pues son obvias sus diferencias. Por ejemplo, los partidarios de (2) alegan contra (1) que el premilenarismo trata demasiado literalmente un pasaje profético (Ap 20), haciendo así caso omiso del género literario; también objetan las condiciones mixtas que involucraría un milenio literal; por ejemplo, los resurrectos que viven junto a los mortales.

Por su parte, los partidarios de (1) señalan que la expresión «*volvieron a vivir*» no debe entenderse en sentido espiritual en Ap 20.4 y en sentido literal en 20.5. Además, alegan que solo un reino literal de Cristo en un mundo donde existe la posibilidad del pecado demostrará que puede haber justicia en la presencia del mal. Les parece también que la expresión «*regirá las naciones con vara de hierro*» (Ap 2.27; 12.5; 19.15) no sería consecuente con el estado final, cuando todo se someterá a la voluntad de Dios y todo mal se eliminará (Ap 21.8, 27; 22.3, 15). O como expresa el sitio web de “conoceréis de verdad”: «La esperanza se construye sobre la fe y no sobre el cálculo de probabilidades».

En la página <http://www.conocereisdeverdad.org/website/index.php?id=3465> de Internet puede leerse: «Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá

pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes (cf. Lc 18, 8; Mt 24, 12). La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra (cf. Lc 21, 12; Jn 15, 19-20) desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne (cf. 2 Te 2, 4-12; 1Te 5, 2-3; 2 Jn 7; 1 Jn 2, 18.22).

Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico: incluso en su forma mitigada, la Iglesia ha rechazado esta falsificación del Reino futuro con el nombre de milenarismo o *quiliasmo*, sobre todo bajo la forma política de un mesianismo secularizado, "intrínsecamente perverso" (cf. Pío XI, "Divini Redemptoris" que condena el "falso misticismo" de esta "falsificación de la redención de los humildes"; GS 20-21).

La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección (cf. Ap 19, 1-9). El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia (cf. Ap 13, 8) en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal (cf. Ap 20, 7-10) que hará descender desde el Cielo a su Esposa (cf. Ap 21, 2-4). El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final (cf. Ap 20, 12) después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa (cf. 2 P 3, 12-13)».

Una forma de analizar la diversidad de cristologías es el análisis de los títulos, que los diversos escritos neo-testamentarios otorgan a Cristo. A ciertos términos se les llaman títulos de dignidad porque expresan algo importante y, a veces, exclusivo de una persona (o de un pueblo) y, por ello, realzan la calidad de las personas a las que se aplican. Los títulos cristológicos fungen, así, como modelos teóricos para expresar y hasta cierto punto conceptuar,

desde la Fe, la realidad especial de Jesús. Esa es su importancia. El Padre Hugo Estrada en la introducción de su libro “¿En qué creemos los católicos?” escribe: «*Un cristiano que desconoce los fundamentos de su fe, es fácil presa de cualquier viento que sople*’. Bien decía San Pedro que todos debemos estar siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza (1P: 3, 15). Mientras un cristiano no logre profundizar en los motivos de su fe, se quedará ‘estancado’ en su crecimiento espiritual».

El Nuevo Testamento aplica a Jesús más de treinta títulos. Esto es positivo porque muestra que los primeros cristianos fueron relacionando progresivamente a Jesús con la totalidad de la realidad: con Dios, con el Reino y con los seres humanos; con la historia y con la trascendencia; con el presente, con el pasado y con el futuro; con la esperanza y con la salvación. Significa, además, que no hay ningún título que, por sí mismo y por excelso que sea, pueda expresar adecuadamente la realidad de Jesús. Los títulos ofrecen una visión de la totalidad de Jesús. Pero también se corre el peligro de concentrarse en un solo título de un solo tipo, menoscabando los otros. Cristológicamente, cinco títulos son más analizados: Sumo Sacerdote, Mesías, Señor, Hijo de Dios y Palabra.

A modo de ejemplo y aprovechando la tipificación cristológica desarrollada en la carta a los hebreos (de Sumo Sacerdote) expondremos, a la manera de Jon Sobrino, la estructura de análisis de cómo se va desarrollando un título, y ello servirá para provocar el análisis posterior de otros.

#### EL SUMO SACERDOTE

El Mediador: lo humano "sin añadidos", pero "con concreciones".

Así titula J. Sobrino el capítulo 9 de su libro “La Fe en Jesucristo”. El Sumo Sacerdote es un título, que, junto con el de Profeta y el de Siervo, es apto para remitir a la obra terrestre de Jesús. Desde un punto de vista histórico, el profeta remite a la "praxis" de denuncia de Jesús y su defensa de los débiles. El "siervo" remite a su persecución y cruz. El "Sumo Sacerdote" remite a su

función de mediador y, así, de Salvador. Esto es decisivo, pues, según la mentalidad de la época, a la salvación le es esencial un mediador, y en esto reside la importancia fundamental del título. Ya en un libro anterior, “Jesucristo Liberador”, Sobrino había analizado la realidad de Jesús como Profeta y Siervo en su lucha histórica contra los ídolos y desde su destino de cruz.

En el libro del que se tomó prestado este título, se concentra en el de Sumo Sacerdote, y analiza la dimensión más profunda de Jesús desde la realidad sacerdotal (dimensión teologal), en la forma histórica que toma esa realidad (dimensión cristológica) y en las consecuencias para la cristología. Con este análisis define con mucha claridad que en Cristo el carácter “mediador”, el carácter “sacerdotal” y el carácter “salvador” son precisamente “lo humano”, sin añadidos de ninguna índole, pero con una concreción ineludible: *“la acción de Cristo llega a concretar en una, dos realidades separadas –Dios y el ser humano-. Su eficacia como “mediador” permite el descenso de Dios a nosotros en Jesús, y el acceso nuestro a Dios a través de Jesús”*.

#### DISTANCIAMIENTO Y ACCESO A LA DIVINIDAD

La Salvación es un concepto complejo, pues depende de las opresiones y necesidades plurales de los seres humanos, de las cuales deben ser salvados. Antropológicamente, salvar significa superar la deshumanización de lo humano. Religiosamente, significa superar la distancia entre Dios y los seres humanos, distancia que se ahonda éticamente por el pecado. En positivo, Salvación significa llegar a la humanización y a la deificación.

Manteniéndonos en la conceptualización religiosa, la solución más común al problema de la Salvación, en las religiones, es ritual. El ser humano tiene que acercarse a Dios, pero es radicalmente incapaz de hacerlo, porque permanece en un mundo meramente humano, ajeno al divino. Para acercarse a Dios, lo decisivo es entrar al mundo de lo sagrado mediante los ritos y ceremonias que lo separan de lo profano. En ese modo de acceder a Dios, el sacerdote es pieza decisiva pues él es el ser humano de lo sagrado y por ello puede mediar entre ambas realidades, a través del culto, donde su centro es el sacrificio expiatorio.

El Antiguo y Nuevo Testamento mantienen el presupuesto antropológico: el ser humano es un ser necesitado de salvación, pero la solución al problema varía. El AT da al problema una solución cültica o cultural, tal como aparece en las diversas alianzas que Dios hace con su pueblo. El NT, por su parte, cambia la perspectiva radicalmente y propone una solución distinta y contraria a la cültica; ese cambio es teologal: en Jesús se manifiesta un Dios muy distinto al que se manifestaba en las religiones y al del AT. Los cristianos viven en el tiempo, pero adelantados a su tiempo, saben que el Señor de la Historia se encarga de la Historia, y saben cómo acabará la historia del mundo, que culminará en aquella ciudad sin lágrimas, junto al Señor.

¿Cuáles son las características fundamentales de ese "nuevo" Dios? Al hablar de mediación, normalmente se suele aducir la carta a los hebreos, en la que el mediador es radicalmente distinto al de las demás religiones:

1. Ante todo, en el NT, el Dios trascendente no es ya un Dios separado y lejano, sino que es el Dios que se ha acercado a los seres humanos; ese acercarse le pertenece a Dios esencialmente expresado en la encarnación; a partir de ahí es "*Dios con nosotros*", sin dejar de ser el Dios trascendente.
2. Ese acercamiento de Dios es bueno para el ser humano y es lo sumamente bueno. Por trivial que parezca, aquí está lo central para comprender lo sacerdotal y mediador. El acercarse de Dios no es, pues, para poder juzgar mejor, sino para salvar. Su acercamiento es un "*Reino*" y como "*Padre*" no como "*Juez*".
3. Las características formales de ese acercamiento son las siguientes: El acercamiento de Dios es libre y gratuito (1 Jn 4, 10). No depende de, ni puede ser forzado por, la voluntad de los hombres, ni éstos tienen que esforzarse en ello. Es un acercamiento activo (Lc 15, 20), que busca llegar a encontrar al ser humano y no meramente "*estar ahí*". Es también un acercamiento permanente, no sólo esporádico (en Cristo). Y es un acercamiento irrevocable, que no depende de la respuesta del ser humano (Rm 5, 8). Además, tal como ha acaecido históricamente en Jesús, ese acercamiento es parcial hacia lo débil de este mundo.

4. El ámbito del acercamiento de Dios es la vida y la historia de los seres humanos, en todo lo que éstos tienen de necesitados: de perdón y de curación, de pan y de esperanza, de verdad y de justicia.
5. Al acercamiento salvador de Dios se opone el mundo de pecado. Esto significa no sólo que unos no lo aceptan, ni sólo que otros no agradecen su acercamiento, sino que el mundo de pecado se rebela activamente contra ese acercamiento. El por qué sea esto así es el "*mysterium iniquitatis*". La cruz muestra que hay oposición a muerte al acercamiento de Dios, pero muestra también que el acercamiento es incondicional, que Dios no sólo quiere ofrecer salvación, sino que quiere concretamente ofrecerse a sí mismo, lo cual sigue siendo escándalo para judíos y fue locura para los gentiles (1 Co 1, 23).
6. El Dios que se acerca sigue siendo el Dios Santo y trascendente. Santidad no es distanciamiento, sino máxima encarnación para que los humanos puedan llegar a ser "*buenos del todo como es el Padre Celestial*" (Mt 5, 48). Y su trascendencia no consiste sólo en estar más allá de la historia, sino en un atraimiento de la historia hacia sí para que se mantenga siempre la esperanza y ¡la historia dé más de sí! (Ap 21, 1; 1 Co 15, 28).

La solución del problema del acceso del ser humano a Dios cambia radicalmente porque Dios es así, sin necesidad de añadidos. No es el hombre el que accede ni tiene que acceder a Dios en busca de salvación, sino que es Dios el que se baja para ofrecérsela. Sin embargo, el encuentro con Dios incluye una respuesta activa en una doble dimensión. Por una parte, el ser humano debe "*responder*" a Dios en agradecimiento, Fe y esperanza. Por otra parte, debe "*corresponder*", convirtiéndose él mismo en buena noticia y en salvación para otros, siendo él mismo expresión del acercamiento de Dios a los seres humanos según la frase programática de Juan: "*Dios nos ha amado primero...También nosotros debemos amarnos unos a otros*" (1 Jn 4, 9-11).

El sacerdocio antiguo es, por tanto, superfluo, más aún, atentatorio contra la realidad de Dios. Su mediación es la expresión histórica del acercamiento de Dios a los seres humanos. Acciones sacerdotales serán todas aquellas que lo

expresen. Sacerdotes serán todas las personas o grupos que realicen esas acciones.

En el N.T. los títulos sirven, en un primer momento, para expresar la importancia de Jesús. Veamos el origen y significado del título Sumo Sacerdote.

En el judaísmo se desarrolló una teología del "*sumo sacerdote*". Se lo relacionó con una figura escatológica, lo que fue posibilitado por la interpretación del Salmo 110, 4, y de la misteriosa figura de Melquisedec, en Gn 14, 18ss. El salmo, es un salmo de realeza y en él se adjudican al rey las funciones de sumo sacerdote en el contexto de la entronización. Por lo que toca a la figura de Melquisedec, en tiempos de Jesús una línea de pensamiento lo caracteriza con rasgos escatológicos, y al parecer, como superior a Abraham, se le concede una importancia sin igual. De esta forma, el título Sumo Sacerdote llegó a designar a un personaje como el profeta de los últimos tiempos, para mostrar la importancia de una persona. Estamos en el primer momento de la aplicación del título: Jesús es alguien muy especial y, para expresarlo, se le proclama "*el Sumo Sacerdote*". La Carta a los hebreos lo proclama así, porque es mediador, eso es Jesús.

La exposición que hace la carta no es meramente positiva y pacífica, sino que procede dialécticamente, y lo hace así porque tiene que responder a las preguntas de una comunidad en crisis, y tiene que superar sus cuestionamientos. La comunidad a la que se dirige la carta, es una comunidad atribulada y desalentada. Está cansada de los sufrimientos que ha de soportar como cristiana (10, 32ss; 12, 3ss), desilusionada porque no ha acaecido la Parusía tan esperada (3, 14; 6, 12; 10, 36ss). En esa situación, la religión vetero-testamentaria ejercía un poderoso influjo de atracción, sobre todo su culto, y también otros cultos angélicos. Por ello, el autor tiene que animarla y afirmarle en qué consiste la salvación y cuáles son las características del verdadero mediador.

El culto a los ángeles era un culto ritual y cósmico, atractivo por ser una mezcla de falso misticismo y formalismo religioso. Por otra parte, la lógica

tras ese culto es atractiva para la razón natural: los ángeles están más cerca de Dios y, por lo tanto, pueden garantizar mejor una liturgia que dé acceso a él. En ese trasfondo hay que entender lo que afirma polémicamente la carta: Cristo está más cerca de Dios, está sentado a la diestra de Dios, y por ello, es valedor más poderoso que los ángeles. Pero, y aquí viene la sorpresa, no lo es porque su existencia fuese más cósmica y menos histórica, "*más angélica*" que la de los ángeles por así decirlo, sino precisa y concretamente por ser "*menos angélica*" y "*más humana*", por haber vivido más sumergido en la historia. A diferencia de, y en oposición a, los ángeles, Cristo no guía a la humanidad desde arriba con instrucciones celestes, sino desde abajo. El mismo recorre el camino hacia Dios y Él es quien lo hace por primera vez y hasta el final: *¡es el Pionero de la Salvación!* (2, 10).

La segunda polémica versa sobre el culto del Antiguo Testamento. La carta recalca que los sacerdotes del AT no lograron realizar lo que pretendían, mediar entre Dios y los hombres, con lo cual su culto es declarado ineficaz. Y recalca que con la venida del verdadero sacerdote, aquel culto ha quedado abolido. Y compara, punto por punto, la figura de los antiguos sacerdotes con la figura de Cristo:

Sacerdote del Antiguo Testamento	Cristo en el Nuevo Testamento
Alejado de la esfera profana	Se hace semejante a sus hermanos
Riguroso (rechazan hasta a sus propios padres)	Es misericordioso
Son frágiles, mortales y pecadores	Santo e inocente
Lleva al altar sangre de machos cabríos	Va con su propia sangre
Ruega por la salvación	Santifica y salva

Apocalipsis es el último libro del NT. Su nombre viene del griego *apokalyptein*, que significa «quitar el velo». Literalmente puede traducirse como «revelación». Literatura judía y cristiana escrita en Egipto y Palestina entre 200 aJC y 200 d JC. Por lo tanto, la apocalíptica es un tipo particular de literatura que surgió entre los judíos y los cristianos para revelar ciertos misterios en cuanto al cielo y a la tierra, la humanidad y Dios, los ángeles y los demonios, la vida del mundo presente y el mundo venidero. La literatura apocalíptica quizás surgió en la tradición de los profetas de Israel, pero varios siglos después. El último de los profetas de Israel, Malaquías, escribió allá por el 460 aJC. Dos libros de la Biblia (Daniel en el Antiguo Testamento y Apocalipsis en el Nuevo Testamento) son buenos ejemplos de este tipo de literatura.

#### *Autor y Fecha.*

Después de la muerte y resurrección de Jesús, el evangelio se expandió rápidamente. En todas partes surgían pequeñas comunidades. En poco tiempo la buena nueva de Jesús atravesó las fronteras de Palestina y entró en los límites del Imperio Romano: Asia Menor, Grecia, Italia. Unos treinta años después de la muerte de Jesús, en el mes de julio de 64, el emperador Nerón decretó la primera gran persecución. Después de Nerón hubo un período de tregua para los cristianos. Pero cuando el emperador Domiciano (81–96) llegó al trono, decretó una nueva persecución. Esta vez fue mayor y mejor organizada. Domiciano torturaba a los cristianos para que abandonaran su fe. Y es al final del siglo I, entre los años 95 y 96, en época de persecución, cuando probablemente se escribió Apocalipsis.

#### *Marco Histórico.*

El autor se identifica como Juan (1.1, 4, 9; 22.8) y se presenta como «*siervo de Dios*» (1.1), uno de los profetas (22.9) y «*hermano*» y «*copartícipe en la tribulación*» de los destinatarios (1.9). Desterrado de sus amadas iglesias en la provincia de Asia, se halla preso en la isla de Patmos. Desde la época de Justino Mártir (ca. 140 dJC), este Juan se ha identificado en Occidente como

el apóstol y además como autor del cuarto Evangelio y las tres epístolas juaninas. Algunos, sin embargo, como ciertas iglesias orientales, objetan que el estilo de Apocalipsis es notablemente diferente al de otros escritos juaninos; los solecismos en que incurre aquí (por lo visto, intencionales) muestran poco respeto por la gramática. Además, el punto de vista en cuanto a la escatología parece muy distinto (ésta es más completa en el Evangelio y las Epístolas, pero futuristas en Apocalipsis). Por tanto, Apocalipsis faltó en el canon de ciertas iglesias entre el 250 y 950 d JC.

Según la antigua tradición, Juan compuso el Apocalipsis, a tenor de la revelación que tuvo (1, 9ss), en la isla de Patmos, hacia fines del gobierno de Domiciano (81-96), es decir, entre los años 94 y 95. Ya desde el principio, en pleno segundo siglo, hallamos unanimidad en asignar la paternidad del “Apocalipsis de Jesucristo” a Juan el apóstol. Esta paternidad era afirmada por Justino Mártir (140 dJC), Melito (170 dJC), Teófilo (180 dJC), Ireneo (180 dJC), quien recibió esta información del mismo Policarpo, discípulo de Juan. En el S III, Tertuliano (200 dJC), Clemente de Alejandría (200 dJC), Orígenes (233 dJC) e Hipólito (240 dJC) mantienen el testimonio de lo mismo.

*Género literario del libro.*

El libro pertenece al género literario apocalíptico. A partir del siglo II aJC y hasta el siglo IV dJC, hubo una gran producción literaria en este género en el ambiente judío y luego en el cristiano. El libro de Apocalipsis en el NT emplea símbolos e imágenes que aparecen en el *Libro de Enoc*, y en el libro conocido como *4 Esdras*, escrito alrededor del año 100 dJC, que parece ser paralelo de Apocalipsis en varias cosas. Esta gran similitud entre la apocalíptica judía y la cristiana explica por qué los eruditos los agrupan en una sola categoría y los estudian juntos.

Los siguientes libros judíos y cristianos se consideran apocalípticos: *Apocalipsis de Abraham*, *Apocalipsis de Baruc*, *Ascensión de Isaías*, *Ascensión de Moisés*, *2 Baruc*, *Libro de Jubileos*, *1 y 2 Enoc*, *Vida de Adán y Eva*, *Oráculos Sibilinos*, *Testamento de Abraham* y *Testamento de los doce patriarcas*. Casi todos son apócrifos del AT.

Características:

La literatura apocalíptica tiene ciertas características que la distinguen de las demás obras, entre las que se pueden mencionar:

*Visión.* Aunque otros tipos de literatura utilizan visiones para expresar su mensaje (véase Isaías 6), la literatura apocalíptica las presenta para revelar secretos celestiales en cuanto al presente y al futuro de la humanidad.

*Ética.*

De estas visiones, el escritor saca conclusiones éticas. En Ap 2–3, Juan escribe siete cartas a siete iglesias del Asia Menor occidental. Estas cartas las escribió Juan después de tener una visión en que Dios le encomendara escribirlas (Ap 1.19). Son un llamado a las iglesias a determinadas decisiones éticas o morales.

*Seudónimos.* El libro de Apocalipsis en el NT es el único libro de la apocalíptica que ofrece el nombre del autor. Los demás se atribuyen a personajes famosos del pasado, como Esdras, Enoc, Baruc, Jeremías, Abraham, Moisés y Adán. Tal vez se usaba el seudónimo para añadir credibilidad a la obra.

Contenido y disposición:

Inscripción, con indicación del origen y finalidad del libro, 1, 1-3. El escrito, como carta circular a las siete Iglesias del Asia Menor «*Éfeso; Esmirna; Pérgamo; Tiatira; Sardes; Filadelfia y Laodicea*», empieza prácticamente por un saludo y bendición epistolar, 1, 4-8. Así como la “gracia” es el tema principal de las epístolas, el tema característico de este libro es el gobierno público de Dios en sus tratos frente al mal y en la exaltación del bien. En la 1ª visión, Juan recibe el encargo de consignar por escrito sus visiones, 1, 9-20.

Primera parte (exhortativa): Siete cartas de alabanza o reprensión, con promesa de premio o amenaza de castigo, a las siete Iglesias, 2, 1-3, 22.

Segunda Parte (Profética): El drama del fin del tiempo presente y de la aparición del venidero, 4, 1-22, 5.

-Visión preliminar:

El vidente contempla cómo Dios se sienta en su trono y acepta los homenajes, 4, 1-11.

-Primer acto del drama escatológico:

Acontecimientos que preparan la batalla decisiva entre Dios y Satanás, 5, 1-11, 14.

- a. Visión de los siete sellos, con anuncios de espantosas plagas contra los hombres, 5, 1-8, 1: El Cordero sacrificado recibe de manos de Dios un libro de siete sellos (= designios de Dios relativos a la consumación de la salud). Al abrirse los primeros cuatro, trae guerra, discordia civil, hambre y muerte (= los caballos o jinetes del Apocalipsis); la del quinto, el grito pidiendo venganza de las almas de los mártires; la del sexto, una fuerte sacudida del edificio del mundo.

Hay una pausa en el curso del acontecimiento escatológico; el vidente recibe una doble visión que se refiere al destino o suerte de la Iglesia en lo que resta de acontecimientos finales:

- Sigilación de los 144,000 siervos de Dios, como símbolo de su preservación en el tiempo de tribulación por venir;
- Muchedumbre innumerable de preservados ante el trono de Dios.

Al abrirse el séptimo sello se produce en el cielo un silencio de media hora.

- b. La visión de las siete trompetas con anuncio de plagas más terribles, 8, 2-11, 14. Escena preliminar: Un ángel ofrece ante Dios las oraciones de los santos y arroja fuego sobre la tierra. Las cuatro primeras trompetas producen graves daños en el dominio de la naturaleza (tierra, mar, ríos, fuentes y luminarias del cielo) y son muertos también muchos hombres. Las tres últimas trompetas (anunciadas con un triple "ay") ponen en movimiento fuerzas demoníacas.

Viene una nueva interrupción del acontecimiento escatológico por un doble intermedio:

- c. Un ángel anuncia que con el resonar la 7ª trompeta el designio de Dios alcanzará su plena realización y da al vidente un libro abierto para que se lo coma y pueda así seguir profetizando.
- d. El vidente ha de medir el Templo de Dios junto con altar y adoradores, menos el atrio (de los gentiles), en señal de que éste, juntamente con la ciudad, ha de ser entregado para su devastación a los gentiles.

-Segundo acto del drama escatológico:

La batalla decisiva entre Dios y Satanás por el reino sobre el mundo, 11, 15-20, 15.

Escena preliminar: Al sonar la 7ª trompeta resuenan en el cielo cantos de victoria que celebran anticipadamente, como ya realizada, la futura erección del reino de Dios sobre el mundo, 11, 15-19.

- El ataque de los poderes hostiles contra la Iglesia (la gran tribulación), 12, 1-14, 5. El dragón (Satanás) intenta vanamente devorar en su nacimiento al Mesías-Niño, es precipitado por Miguel del cielo a la tierra y persigue ahora a la Madre del Mesías, posteriormente al resto de su descendencia.
- El juicio divino de aniquilamiento de los poderes hostiles (Contragolpe de Dios), 14, 6-20, 15.
- Anuncio y representación anticipada del juicio en la imagen de la siega y la vendimia.
- Visión de las siete capas con anuncio de espantosas plagas y catástrofe, como último y fallido intento de reducir a penitencia, por medio de castigos, a la humanidad blasfema y alejada de Dios.
- El juicio sobre Babilonia, capital y representante del Imperio hostil a Dios: El vidente la ve en la imagen de una ramera, espléndidamente vestida, que se sienta sobre la bestia de las siete cabezas y los diez cuernos, lleva sobre la frente el misterioso nombre de "*la gran Babilonia*" y está embriagada de la sangre de los testigos o mártires de Cristo.
- El juicio sobre la bestia y el pseudo-profeta y sus huestes por medio del que monta en blanco caballo (Cristo), la llamada batalla del Mesías.
- El juicio sobre Satanás: Encadenamiento de Satanás durante mil años; resurrección de los mártires y reinado durante mil años con Cristo.
- Eliminadas todas las fuerzas hostiles a Dios, sigue la resurrección general de los muertos y juicio final.

-Tercer acto del drama escatológico: El reino eterno de Dios, con la Jerusalén celeste por centro, sobre una tierra nueva.

*Conclusión del libro.*

Verdad de las visiones; pronta venida de Jesús para el juicio; graves castigos para quienes falsifiquen el libro.

Según la Biblia Latinoamericana, Juan, en un éxtasis, contempló la gloria de Cristo resucitado y en ella entendió el destino de la Iglesia ya amenazada por las primeras persecuciones. De ahí salió su libro: Apocalipsis de Jesucristo. En los tiempos de Juan, e incluso de Jesús, los Apocalipsis era una forma de literatura muy de moda. Todos pretendían aclarar los acontecimientos de entonces, pero expresándolos con visiones ficticias e imágenes fantásticas como en un juego, para que los lectores lograran reconocer su propia realidad contada de forma sofisticada. Si Juan quiso describir su comprensión profética de la historia en el estilo de los Apocalipsis, debemos entonces interpretar esas visiones, imágenes, símbolos y cifras según las reglas de la literatura apocalíptica. En ese caso veremos que el Apocalipsis de Juan no es ni difícil, ni terrorífico, sino que es un mensaje, una revelación llena de esperanzas. Cristo resucitado es su centro, el mundo, es el escenario de la lucha de la Iglesia contra las fuerzas del mal y del demonio, y los cristianos son los llamados a dar su testimonio valientemente.

En otras palabras, en este libro pueden reconocerse siete series de siete elementos cada una, distribuidas en cuatro grandes partes:

- 1.) Los siete mensajes a las iglesias caps. 1-3.
- 2.) Balance del AT, caps. 4-9.
- 3.) La Iglesia se enfrenta con el Imperio romano, caps. 11, 19-19, 6.
- 4.) Los últimos tiempos y la Jerusalén celestial, caps. 20-22.

Carácter:

El Apocalipsis es el único libro profético del NT y significa la revelación o manifestación de los acontecimientos venideros y, más concretamente, escatológicos, hecha de parte de Dios a Juan por medio de Cristo. Libros de esta especie, como ya fue apuntado, los produjo en gran número el judaísmo tardío; pero la mayor parte de ellos sólo se han conservado en traducciones y muchos no se han conservado en absoluto. El más antiguo Apocalipsis es el libro de Daniel. Ya en varios de los libros más antiguos del AT se hallan partes que tienen carácter apocalíptico sobre el Nuevo Templo; por Ej., Is 24-27; Za

9, 10; Ez 37, 1-14 y 40, 1ss.

El gran y único tema de estos Apocalipsis es el desenlace de la historia, el final del tiempo presente y la visión de la era futura, vinculada al más allá, todo ello fundamentado en revelaciones divinas, supuestas o reales. Todos estos libros coinciden en el hecho de no describir los acontecimientos futuros con palabras claras, inteligibles sin más para todo el mundo, sino en forma velada, es decir, en imágenes, símbolos y alegorías en que los números, colores, estrellas y animales adquieren un sentido determinado más profundo. Estos Apocalipsis, con su fondo confuso y fantástico, no son puros juegos ociosos que hayan de servir para recreo de los lectores, sino que persiguen un fin eminentemente práctico. Compuestos en momentos de graves calamidades y miseria, tienen por objeto consolar y alentar a los lectores y llenarlos de confianza en Dios, que es quien conduce los destinos de los hombres y hace que, a la postre, todo termine en bien.

En el aspecto formal, existe notable diferencia entre las profecías del AT y los Apocalipsis posteriores. Los profetas reciben las revelaciones y misiones divinas principalmente por la palabra interior; las visiones sólo desempeñan en ellos un papel subordinado. En cambio, este Apocalipsis recibe, casi exclusivamente por visiones, las revelaciones de los secretos divinos que forman el fondo de la escritura, se dan en estado de vigilia (visiones extáticas), o durante el sueño. En sus visiones, los apocalípticos son frecuentemente arrebatados a lugares remotos de la tierra o al mismo cielo.

En el caso de Juan, las verdades comunicadas por Dios son revestidas con el ropaje de imágenes, figuras y procesos. Para ello se vale del material de ideas tradicionales de los escritos del AT emparentado con su libro; pero no da importancia a la descripción de imágenes visionarias. De ahí que sería erróneo intentar figurarse al Cordero con 7 cuernos y 7 ojos y la bestia con 7 cabezas y 10 cuernos, y preguntarse cómo estaban distribuidos los 10 cuernos en las siete cabezas. No hay que detenerse en estas rarezas que ocurren con frecuencia en este género literario. Puesto que el 7 indica plenitud, los 7 cuernos y los 7 ojos significan que el Cordero posee la plenitud del poder (cuerno) y de la inteligencia (ojo), y la bestia representa el imperio romano

con 7 emperadores (todo el poder humano) y 10 reyes vasallos (diez, cifra propia del tiempo en que dominan los malos).

El propósito de este libro resulta obvio: mantener vivos el amor y la esperanza al centrar la atención de sus lectores en la promesa de la venida del Señor y al pre-anunciar la victoria final del Rey de Reyes y Señor de Señores, del Verbo de Dios, sobre un mundo que le rechazó en Su primera venida y que doblará la rodilla ante Él en su Segunda venida (*Parusía*). El efecto de todo ello en los creyentes debe ser el de mantenerlos en una verdadera apreciación de la gracia de Dios y de Sus consejos, para que “vivamos en este siglo, sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo (Tt 2, 13. 13).

El simbolismo en Apocalipsis.

Una de las mayores dificultades para el lector actual de Apocalipsis es el lenguaje simbólico que utiliza el autor. Juan utiliza un número impresionante de registros simbólicos: las cifras, los colores, las figuras animales, los astros y los elementos cósmicos, así como también símbolos sacados directamente del lenguaje religioso y cultural del Antiguo Testamento. Sin embargo, el mundo simbólico de Apocalipsis no es incomprensible, ya que el mismo Juan se preocupa de revelarnos el significado de muchos de ellos. Para La Sagrada Biblia (Alba Americana de Ediciones Ltda, 2006), aunque el libro está lleno de misteriosas oscuridades, no impide que los fieles puedan leerle con fruto. Las palabras de Jesús en el segundo y tercer capítulos encierran grandes instrucciones. Las expresiones de los animales misteriosos, de los veinticuatro ancianos, de los ángeles y de los santos que adoran la magestad de Dios y de Su cordero, son modelos excelentes de alabanza y de acción de gracias para los cristianos en sus oraciones.

Apocalipsis y la mayoría de los libros de la apocalíptica son ricos en simbolismos. La imaginación del autor se ejercita. Quienes leyeron esos libros en la época en la que se escribieron conocían el significado de los simbolismos que empleaba el autor. Los acontecimientos de la época, los malos gobernantes y las naciones paganas se simbolizan con animales y bestias, horribles señales en el cielo o caóticas corrientes de agua. Pero al pueblo fiel a

Dios se le presenta como animales majestuosos, como un león o como un árbol bien cuidado. El propósito de estos simbolismos era presentar a los lectores un contraste notable entre lo bueno y lo malo.

### *Mensajes.*

A través de los libros apocalípticos, los autores comunicaron varios mensajes importantes. Los siguientes temas aparecen en toda la apocalíptica: El fin está cerca, el fin del mundo comprende al universo entero, la historia se divide en segmentos fijos, los ángeles y los demonios participan activamente en los acontecimientos, habrá cielos nuevos y tierra nueva, el reino de Dios, el Mesías, el pueblo de Dios disfrutará la gloria.

### *Grandes simbolismos.*

Una de las mayores dificultades para el lector actual de Apocalipsis es precisamente el lenguaje simbólico que utiliza el autor. Juan utiliza un número impresionante de registros simbólicos: las cifras, los colores, las figuras animales, los astros y los elementos cósmicos, así como también símbolos sacados directamente del lenguaje religioso y cultural del AT. Sin embargo, el mundo simbólico de Apocalipsis no es incomprensible, ya que el mismo Juan se preocupa de revelarnos el significado de muchos de ellos.

#### A. Las cifras.

- i. *Primero (uno)*: exclusividad, primacía, excelencia («Yo soy... el primero y el último»: 1.11; 2.8; 22.13).
- ii. *Tres y medio*: tiempo limitado, período restringido. Expresión simbólica de algo terreno y humano, mitad de una cantidad completa (7/2). Aparece formulado de varias maneras (11.2, 3, 9; 12.6, 14; 13.5).
- iii. *Cuatro*: universalidad (conjunto del mundo habitado): cuatro vientos, cuatro ángulos de la tierra (7.1; 20.8). Cantidad completa, universalidad del mundo visible, todo el mundo - norte, sur, este, oeste - se menciona 16 veces.
- iv. *Seis*: algo esencialmente imperfecto (666: 13.18). El número 666 representa o significa la "*bestia*". En libros de aquel tiempo era un artificio bastante corriente dar un valor numérico a cada letra del

alfabeto y se lograba así la cifra de tal o cual personaje. El número 666 se puede calcular de varias maneras, pero opinan los entendidos que puede corresponder a "Nerón emperador". Y sabemos que el 6 significa algo imperfecto, algo que quiso ser siete, pero que no lo alcanzó jamás.

- v. Siete: mencionado 54 veces y significa plenitud y perfección, cantidad perfecta y completa, como los 7 días de la semana. Los siete espíritus, que quiere decir la plenitud del Espíritu de Dios. Las 7 iglesias significan todas las iglesias. Las 7 plagas, todos los desastres. En el Apocalipsis se nombra siete veces a Cristo; catorce (dos veces siete) a Jesús; veintiocho (cuatro veces siete) al Cordero (que es Cristo); hay siete profecías de la victoria de Cristo con los suyos y siete bienaventuranzas semejantes a las del Evangelio.
- vi. Diez: cantidad completa en el mundo pagano y que se emplea para anunciar un evento de corta duración. Mencionado 10 veces.
- vii. *Doce*: representatividad de las tribus del pueblo elegido; continuidad entre el nuevo pueblo y el antiguo (12.1; 21.12, 14, 20, 21); doce veces mil (7.4–8); dos veces doce (4.4, 10; 5.8; 11.16; 19.4); cantidad completa (año, 12 cambios de la luna) También es número de vocación o llamada (12 Tribus de Israel; 12 apóstoles. 12,000 siervos de las 12 tribus).
- viii. *Mil*: gran número, multitud (5.11; 7.4–8); los mil años (20.27): período extenso, larga duración. El mil combina con el doce y se obtiene el número 12.000, cifra de los elegidos de cada una de las tribus de Israel. Se trata de la plenitud dentro del pueblo de Dios (7.5–8).
- ix. *Ciento cuarenta y cuatro mil*:  $12 \times 12 = 144$ ;  $144 \times 1000 = 144.000$ . Esta cifra indica una muchedumbre infinita, incalculable. Es la muchedumbre de los elegidos. Por lo tanto, es absurdo tomar este número al pie de la letra para designar el número de los elegidos (7, 4; 14, 1)

## B. Partes del cuerpo.

1. *Ojos*: conocimiento (4.6; 5.6).

2. *Mano*: poder (1.16; 2.1; 5.1; 10.2).
3. *Pies, piernas*: estabilidad (1.15; 2.18).
4. *Alas*: movilidad y ligereza (4.8; 14.6).
5. *Cuernos*: fuerza, poder, especialmente dinástico (5.6; 12.3).

#### C. Colores.

1. *Blanco*: mundo divino, alegría, pureza, victoria, dignidad (1.14; 2.17; 3.4, 5, 18; 6.11; 7.9, 13; 14.14; 19.14).
2. *Negro*: muerte, hambre, impiedad, desgracia, miseria (6.5, 12).
3. *Rojo*: guerra, asesinatos, violencia, sangre (6.4; 9.17; 12.3).
4. *Amarillo*: muerte, descomposición (6.8).
5. *Púrpura*: desenfreno, magnificencia, lujo (17.4; 18.12; 18.16).
6. *Escarlata*: desenfreno (17.3–4; 18.12, 16).

#### D. Objetos.

1. *Trompetas*: que se escucha la voz sobrehumana.
2. *Espada aguda o afilada y con doble filo*: Palabra de Dios, juzga y castiga, tiene al mismo tiempo, el poder de matar y de salvar.
3. *Vestiduras blancas*: mundo glorioso.
4. *Palmas*: triunfo.
5. *Coronas*: dominio y realeza.
6. *Mar*: elemento pernicioso, fuente de inseguridad y de muerte.
7. *Sol*: Gloria.
8. *Bestia*: poder enemigo de Dios.

#### E. Imágenes.

1. *La mujer* (12.1–3): la comunidad de creyentes, el «verdadero Israel» que abraza a judíos y gentiles; está encinta, se trata del nacimiento del «Nuevo Israel» que se realizará a través de la obra del Mesías.
2. *La bestia* (17): el poder político del Imperio Romano que, como agente de Satanás, se levanta contra Dios y su Iglesia. Es el *Anticristo*.
3. *La prostituta* (17.4–5): la pompa y el esplendor de la Roma imperial.
4. *El dragón* (12.3–4, 7, 9, 13, 16, 17; 13.2, 4; 16.13): imagen de Satanás, típica de Apocalipsis. Al dragón también se le llama diablo. Viene del griego “*diábolos*” para designar al que rechaza el orden de Dios, el que

subvierte todos los valores.

5. *El falso profeta* (13.11–18): el que promueve el culto imperial. Persuade a los hombres a erigir una inmensa imagen del emperador como objeto de adoración (13.14ss). Utiliza básicamente cuatro métodos: a) poderosa retórica de su «voz de dragón» (13.11; b) prodigios que realiza (13.13–15); c) severas sanciones económicas contra los que no reciben la marca de la bestia (13.16–18); d) pena de muerte contra los disidentes que no lo adoran (13.15).

Sobre la Interpretación:

Aunque las diferentes interpretaciones que pudieran hacerse del libro son innumerables, se pueden distinguir cuatro sistemas principales:

- a. La interpretación preterista. Considera el Apocalipsis como la descripción de lo que sucedió en la época de su redacción. Esta interpretación está bien lejos de ser suficiente y elimina el carácter profético del libro.
- b. La interpretación histórico-profética. Sus partidarios defienden que este libro presenta un bosquejo completo de la historia humana y de la Iglesia, y la historia de la lucha entre el bien y el mal hasta el fin del tiempo.
- c. La interpretación futurista. Considera que la totalidad de los sucesos descritos del c. 3 queda en el futuro por cumplir.
- d. La interpretación puramente simbólica que considera las visiones joánicas como la representación en imágenes de las verdades que han de cumplirse en la historia de la Iglesia.

Al ser un libro profético sobre el fin de este mundo y la aparición del otro, ha de entenderse en un sentido finalista o escatológico. A igual que en la mayoría de los casos, el Apocalipsis fue efectivamente escrito para su tiempo. Trata de animar, consolar y fortalecer no a remotas generaciones, sino a los cristianos del momento en que fue redactado. El cristianismo primitivo no creía en el fin del mundo como una fecha lejana, sino que anhelaba y esperaba su venida dentro de su propia generación. De ahí que el Apocalipsis prediga acontecimientos que han de venir pronto (1, 13; 22, 6 10). En segundo lugar, el libro contiene alusiones claras a sucesos históricos y a la situación político-

religiosa del tiempo del autor. Por la bestia que surge del mar (13, 1) hay que entender el Imperio romano; por el falso profeta, el culto imperial que diviniza al emperador (13, 11ss; 16, 13; 19, 20), y por Babilonia, la capital del Imperio enemigo de Dios, la Roma pagana (17, 1ss), lo cual reconocen la mayoría de los intérpretes.

Hay varias maneras de interpretar Apocalipsis. Los exegetas *preteristas* entienden Apocalipsis como una descripción de acontecimientos pasados, del mal inherente al Imperio Romano del siglo I. Los *historicistas* ven en Apocalipsis un enorme panorama de la historia desde el siglo I hasta la Segunda Venida. Entre ellos mismos, sin embargo, no hay unanimidad respecto a la identificación de los episodios históricos. Los *futuristas* sostienen que desde el capítulo 4, Apocalipsis describe acontecimientos relacionados con la Segunda Venida, que tiene lugar en 19 11ss. En cambio los *idealistas* consideran primordial el propósito de inspirar a los cristianos perseguidos a permanecer fieles hasta el fin, y entienden el lenguaje simbólico no cronológicamente, sino como una serie de descripciones imaginativas del triunfo de Dios. Estas cuatro escuelas no se excluyen mutuamente. Es probable que una combinación de todas estas interpretaciones, como señalamos en las formas de interpretación histórica, responda a la intención de Juan (Nuevo Diccionario Ilustrado de la Biblia, W. M. Nelson).

Como puede leerse en las notas de La Biblia Latinoamericana; el Apocalipsis se dirige a cristianos que empiezan a sufrir por su Fe, y nos muestra a Cristo como el modelo que debemos imitar. Cristo es el servidor y el mártir o testigo de Dios, del Padre, del Alfa y del Omega, es decir de la “A” a la “Z”, de aquel que abarca toda la duración del tiempo. “*El que Es, el que era y el que ha de venir*” (Ap 1, 8), de esta manera, Juan, al designar a Dios, amplía lo que había sido revelado a Moisés «*Yo Soy el que Soy*» (Ex 3), el Dios Vivo, el eterno presente, el que a la vez es promesa y garantía de ocurrencia. Pero en las visiones de Juan, Cristo se presenta vestido como los sacerdotes y ceñido de oro como los reyes, con los cabellos blancos, símbolos de su eternidad y pureza, los pies de bronce, que significa que nadie lo echará abajo.

Cristo aparece tal como Daniel en el AT representó a Dios, como Juez

Universal (Dn 7, 9), y el propio Cristo «*uno que es como Hijo de Hombre*» se identifica como Dios mismo al decirle – “*No temas nada, Soy Yo, el Primero y el Último (Is 44: 6, 12). Yo Soy el que vive; Estuve muerto y de nuevo Soy el que vive por los siglos de los siglos, y Tengo en Mi mano las llaves de la muerte y del infierno*” – (Ap 1: 17-18).

Este último libro de La Biblia no sólo es muy bello de leer, sino muy significativo. Nadie ha visto jamás a Dios con evidencias, reconocer en el hombre Jesús la presencia de Dios era para los apóstoles, como lo es hoy para nosotros, un acto de Fe. También ahora Dios actúa de la misma forma: Cristo resucitado llega a nosotros a través de los demás, a través, como expresa A. Patin, de la historia personal colectiva de los hombres. Es ahí donde Él se da a conocer y donde se deja encontrar. Como sus discípulos y los primeros cristianos hicieron, también nosotros debemos buscarlo ayudados por las Escrituras. Esta búsqueda comunitaria nos lleva a percibir resonancias nuevas de las palabras evangélicas y ello es lógico, puesto que Jesús es una persona viva y su Espíritu trabaja nuestros corazones.

El NT, en su conjunto, nos enseña, entre otras muchas cosas, que la muerte tiene siempre algo de inmundo e injusto, es por momentos una victoria de los poderes del mal sobre la vida, está en profunda contradicción con Dios, es el último enemigo que hay que vencer. Jesús nos enseñó que la muerte puede ser vencida. Viviéndola con Cristo y como Él la vivió, en una total confianza con el Padre, la muerte, aunque siga siendo desgarradora, se convierte en ocasión de diálogo con Dios. La Resurrección es, pues, una poderosa llamada para que todos nos pongamos de pie a luchar contra todas las formas del mal y de la muerte. Pero Jesús, aún después de habernos enseñado el camino de la salvación, no nos dejó solos, sino que nos envió gratuitamente su Espíritu, el Espíritu santificante, como una inmensa prueba de amor.

Los pocos años que vivió Jesús, el Hijo del Hombre, entre nosotros bastaron para que muchos vean iluminadas sus vidas, su existencia y la historia del mundo. Aquel “Jesús Nazareno” que había defraudado a Cleofás y a tantos otros con su muerte en la cruz (cfr. Lc 24, 18-21), aquel que aparecía como “el gran fracasado”, Aquel mismo Jesús, hijo del carpintero y de María, permitió,

con Su Resurrección, que las puertas de la vida quedaron abiertas de para en par, para que la humanidad, en comunidad, encuentre perpetuamente por ellas el camino del Reino Celestial donde estará *“el río de la vida, puro como el cristal, que brota del trono de Dios y del Cordero. En medio de la avenida, a ambos lados del río, están los árboles de la Vida, que dan fruto doce veces, una vez por mes. Sus hojas son medicinales para las naciones y ninguna maldición es allí posible. El Trono de Dios y del Cordero estará en la Ciudad, y sus servidores les rendirán culto. Verán su rostro y llevarán su nombre sobre sus frentes. Ya no habrá noche. No necesitarán luz ni lámparas ni del Sol, porque el señor derramará su luz sobre ellos, y reinarán por los siglos de los siglos”*.

Una última reflexión antes de finalizar este modesto esfuerzo de tres laicos cursillistas comprometidos con la obra de la evangelización:

Cuando alguien dice católico, casi de inmediato, se establece la asociación “Iglesia Católica”, como se establecen las asociaciones “Fe Protestante” o “Tradición Ortodoxa”. De hecho se percibe el catolicismo como «la verdadera Iglesia de Cristo», aquella fuera de la cual no hay salvación, se diría que la verdad y la autoridad de Cristo encuentran en la Iglesia de Pedro el maternal magisterio de la salvación y el lugar donde el espíritu se vivifica, es en definitiva, Nuestra Santa Madre Iglesia. Pero como apuntara Ratzinger *«La santidad de la Iglesia consiste en el poder por el que Dios obra la santidad en ella dentro de la pecaminosidad humana»*. *«Podría decirse que la Iglesia en su paradójica estructura de santidad y pecado es la figura de la gracia en este mundo»*. Hay un solo Dios, un solo Cristo, un solo Espíritu y, por lo tanto, una sola Iglesia. Poco importan los “errores cometidos y compartidos”, la unión indisoluble entre Cristo y la Iglesia es de tal naturaleza que la separación, o peor aún el divorcio, es imposible en lo relativo a Cristo (puesto que todos comulgamos en Él y hemos resucitado por Él). Entonces, toda Iglesia que se proclame “separada”, y persista en su empeño, desune aquello que no está en condiciones de reunificar.

Como ha dicho nuestro obispo primado Benedicto XVI, ¡en Cristo hombre, nos encontramos con Dios, pero en él nos encontramos también con la

comunidad de hombres! El ingreso a esa comunidad es un camino que lleva a Dios, y a los demás hombres. Es por tanto un camino de unión y de reconciliación. *«En Cristo la orientación hacia Dios es también orientación hacia la comunidad humana; así, la integración en la comunidad humana es acercarse a Dios que no está separado de Cristo, de la historia o de su tarea co-humana»* [...] *«La nueva alianza ya no se funda en el mutuo cumplimiento del pacto, sino que es un don de Dios, una gracia, que permanece a pesar de la infidelidad humana. Es expresión del amor de Dios que no se deja vencer por la incapacidad del hombre, sino que siempre es bueno para él, lo asume continuamente como pecador, lo transforma, lo santifica y lo ama»* (J. Ratzinger, obra citada).

Entonces podemos decir junto al Cardenal Joseph Ratzinger: *«Cristiano no es el adepto a un partido confesional, sino el que, mediante su ser cristiano, se hace realmente hombre. Cristo no es el que acepta vilmente un sistema de normas y las piensa en relación consigo mismo, sino el que se ha liberado para ir en pos de la bondad sencilla y humana. En verdad el principio del amor, si es verdadero, incluye la fe. [...] El amor se eleva y se transforma en justicia de sí mismo; la fe y el amor se condicionan y se exigen mutuamente. En el principio del amor está también presente el principio de la esperanza que, superando el instante y su aislamiento, corre en busca del todo»*. Como dijera San Pablo: *«Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, las tres; pero la mayor de todas es la caridad»* (1 Co 13, 13).

En la “Declaración sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia, *Dominus Iesus*” de la Congregación para la Doctrina de la Fe se nos plantea: *«El Señor Jesús, único salvador, no estableció una simple comunidad de discípulos, sino que constituyó a la Iglesia como misterio salvífico: Él mismo está en la Iglesia y la Iglesia está en Él (cf. Jn 15, 1ss; Ga 3, 28; Ef 4: 15-16; Hch 9, 5); por eso, la plenitud del misterio salvífico de Cristo pertenece también a la Iglesia, inseparablemente unida a su Señor. Jesucristo, en efecto, continúa su presencia y su obra de salvación en la Iglesia y a través de la Iglesia (cf. Col 1: 24-27), [Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 14] que es su cuerpo (cf. 1Co 12, 12 – 13, 27; Col 1,*

18) [Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 7]. Y así como la cabeza y los miembros de un cuerpo vivo aunque no se identifiquen son inseparables, Cristo y la Iglesia no se pueden confundir pero tampoco separar, y constituyen un único "Cristo total" [San Agustín, *Enarrat. In Psalmos*, Ps 90, *Sermo* 2,1: CCSL 39, 1266; San Gregorio Magno, *Moralia in Iob*, *Praefatio*, 6, 14: PL 75, 525; Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologicae*, III, q. 48, a. 2 ad 1]. Esta misma inseparabilidad se expresa también en el Nuevo Testamento mediante la analogía de la Iglesia como Esposa de Cristo (cf. 2 Co 11, 2; Ef 5: 25-29; Ap 21: 2, 9) [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 6]. Por eso, en conexión con la unicidad y la universalidad de la mediación salvífica de Jesucristo, debe ser firmemente creída como verdad de fe católica la unicidad de la Iglesia por Él fundada.

Así como hay un solo Cristo, uno solo es su cuerpo, una sola es su Esposa: "una sola Iglesia católica y apostólica" [Símbolo de la fe: DS 48. Cf. Bonifacio VIII, *Bula Unam Sanctam*: DS 870-872; Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, 8]. Además, las promesas del Señor de no abandonar jamás a su Iglesia (cf. Mt 16, 18; 28, 20) y de guiarla con su Espíritu (cf. Jn 16, 13) implican que, según la fe católica, la unicidad y la unidad, como todo lo que pertenece a la integridad de la Iglesia, nunca faltarán [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Unitatis redintegratio*, 4; Juan Pablo II, *Enc. Ut unum sint*, 11: AAS 87 (1995) 921-982]».

Y afirmó a continuación: «Existe, por lo tanto, una única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el Sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él [Cf. *Congregación para la Doctrina de la Fe*, *Decl. Mysterium ecclesiae*, n. 1: AAS 65 (1973) 396-408]. Las Iglesias que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica pero se mantienen unidas a ella por medio de vínculos estrechísimos como la sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada, son verdaderas iglesias particulares [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, *Decr. Unitatis redintegratio*, 14 y 15; *Congr. Para la Doctrina de la Fe*, *Carta Communionis notio*, 17 AAS 85 (1993) 838-850].

Y continuaba el santo Padre diciendo mas adelante: «"Esta es la única Iglesia de Cristo [...] que nuestro Salvador confió después de su resurrección a Pedro para que la apacentara (Jn 24, 17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cf. Mt 28, 18ss.), y la erigió para siempre como "columna y fundamento de la verdad" (1 Tm 3, 15). Esta Iglesia, constituida y

*ordenada en este mundo como una sociedad, subsiste [subsistit in] en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él" [Conc. Ecum Vat. II, Const. Dogm. Lumen gentium, 8].*

*Con la expresión "subsistit in", el Concilio Vaticano II quiere armonizar dos afirmaciones doctrinales: por un lado que la Iglesia de Cristo, no obstante las divisiones entre los cristianos, sigue existiendo plenamente sólo en la Iglesia católica, y por otro lado que "fuera de su estructura visible pueden encontrarse muchos elementos de santificación y de verdad", [Cf. Juan Pablo II, Enc. Ut unum sint, 13. Cf. también Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. Lumen gentium, 15, y Decr. Unitatis redintegratio, 3] ya sea en las Iglesias como en las Comunidades eclesiales separadas de la Iglesia católica. Sin embargo, respecto a estas últimas, es necesario afirmar que su eficacia "deriva de la misma plenitud de gracia y verdad que fue confiada a la Iglesia católica" [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, 3]».*

*Por eso, también en estas Iglesias está presente y operante la Iglesia de Cristo, si bien falte la plena comunión con la Iglesia católica al rehusar la doctrina católica del Primado, que por voluntad de Dios posee y ejerce objetivamente sobre toda la Iglesia el Obispo de Roma [Cf. Conc. Ecum. Vat. I, Const. Pastor Aeternus: DS 3053-3064; Conc. Ecum. Vat. II, Const. Dogm. Lumen gentium, 22]. Por el contrario, las Comunidades eclesiales que no han conservado el Episcopado válido y la genuina e íntegra sustancia del misterio eucarístico, [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, 22] no son Iglesia en sentido propio; sin embargo, los bautizados en estas Comunidades, por el Bautismo han sido incorporados a Cristo y, por lo tanto, están en una cierta comunión, si bien imperfecta, con la Iglesia [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, 3]. En efecto, el Bautismo en sí tiende al completo desarrollo de la vida en Cristo mediante la íntegra profesión de fe, la Eucaristía y la plena comunión en la Iglesia [Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, 22].*

*"Por lo tanto, los fieles no pueden imaginarse la Iglesia de Cristo como la suma --diferenciada y de alguna manera unitaria al mismo tiempo-- de las Iglesias y Comunidades eclesiales; ni tienen la facultad de pensar que la Iglesia de Cristo hoy no existe en ningún lugar y que, por lo tanto, deba ser objeto de búsqueda por parte de todas las Iglesias y Comunidades" [Congr. para la Doctrina de la Fe, Decl. Mysterium ecclesiae, 1]. En efecto, "los elementos de esta Iglesia ya dada existen juntos y en plenitud en la Iglesia católica, y sin esta plenitud en las otras Comunidades" [Juan Pablo II, Enc. Ut unum sint, 14]. "Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y Comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia" [Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, 3].*

*La falta de unidad entre los cristianos es ciertamente una herida para la Iglesia; no en el sentido de*

*quedar privada de su unidad, sino "en cuanto obstáculo para la realización plena de su universalidad en la historia" [Congr. para la Doctrina de la Fe, Carta Communionis notio, 17.Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decr. Unitatis redintegratio, n. 4]».*

Como escribió el Cardenal Ratzinger en su Introducción al Cristianismo: «*La fe cristiana no es una idea, sino vida; no es espíritu para sí, sino encarnación, espíritu en el cuerpo de la historia y en el nuestro. No es mística de la autoidentificación del espíritu con Dios, sino obediencia y servicio: superación de sí mismo...el cristianismo no es un sistema de ideas, sino un camino*» y en ese caminar debemos ser verdaderos testigos y honorables portadores de la Buena Nueva de la salvación para toda la humanidad.

## BIBLIOGRAFÍA

Este no es un simple listado de citas a las que nos hemos referido a lo largo del texto. Son en realidad las citas de los documentos originales de las que hemos tenido el atrevimiento de tomar prestados muchos de sus argumentos, frases, oraciones e incluso párrafos completos. Nuestra intención no es otra que ofrecer esta modesta recolección de apuntes para que sirvan de ayuda y apoyo a los que deseen emprender el camino de compartir con su comunidad un curso bíblico. Rogamos que las respeten y reconozcan siempre a sus verdaderos autores cuando deseen emplear cualquier parte de nuestros (vuestrós) apuntes. Rogamos a nuestro Señor Jesús para que los autores y editores de los libros aquí empleados no se molesten y sean capaces de perdonar nuestro atrevimiento (Gabriel, Sigfredo y Celso, en eterno agradecimiento).

AMATULLI VALENTE, Flaviano: Historia de la Salvación (Curso Bíblico Básico), Apóstoles de la Palabra, México D.F., 1990.

ARMSTRONG, Karen: La historia de la Biblia, traducción Mercedes Vaquero, Random House Mondadori, S.A., España, 2008.

BARTON, John: ¿Qué es la Biblia?, traducción María del Carmen Blanco Moreno y Ramón Alfonso Díez Aragón, Editorial Desclée de Brouwer, S.A., España, 2004.

BARTON, John: La interpretación bíblica, hoy, traducción José Pedro Tosaus Abadía, Editorial Sal Terrae, España, 2001.

BETETA, Pedro: María en el Centro de la Trinidad Divina. El Papa habla de la

Hija, Madre y Esposa de Dios, Colección lo Eterno y el Tiempo #24, Edicep C.B., Valencia, España, 1999.

BETETA, Pedro: Jesucristo, ¿historia o leyenda? Una confidencia histórica de Juan Pablo II en la Capilla Sixtina Ediciones Palabra, S.A., España, 1999.

BIBLIA, Sagrada: Versión Castellana de Félix Torres Amat. Edición de la Familia Católica, Grolier Soc. Inc. N. Y., EE.UU., 1958.

BIBLIA DE JERUSALEM, NUEVA: La Biblia, Edición español Desclée de Brouwer S.A., 1975.

BIBLIA, SAGRADA: Nácar-Calunga, La Editorial Católica, S.A.; España, 1985.

BIBLIA LATINOAMERICA: La Biblia, LXXXVI edición, Artes Gráficas Carasa S.A., Madrid, España, 1995.

BIBLIA, La Santa: Revisión de la Reina – Valera de 1960 con referencias y concordancias, Sociedades Bíblica Unidas, México, impresa en Corea en 1995.

BIBLIA CATÓLICA, LA: Editorial Católica, Dios habla hoy, La Biblia en versión popular, Grupo Nelson, tercera edición, Corea, 2000.

BIBLIA, La sagrada: Alba Americana de Ediciones Ltda., Colombia, 2006.

BONJOUR, Juan A: La Biblia responde. Respuestas a las preguntas más frecuentes que hacen los estudiantes nuevos de la Biblia, Asociación Publicadora Interamericana, Colombia.

BORDONAU, Eliseu: Introducción al Nuevo Testamento, Central Catequética Salesiana, Alcalá, Madrid, 1984.

BUSTO SAIZ, José-Ramón: Cristología para empezar, Colección alcance #43, Editorial Sal Térrea, 6ta edición, Santander, España, 1991.

CALLE, Rmiro A: Los evangelios. Claves e interpretación. Hacia la

comprensión divina, Grupo Editorial Tomo, S.A. de C.V., México, 2003.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA: El Catecismo, Segunda edición, Coeditores Católicos de México, México, 1997.

CONCILIO VATICANO II, Constituciones, Decretos, Declaraciones: Cuarta Edición, Biblioteca de autores cristianos, Madrid, 1966.

CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANA, CELAM: Documento Conclusivo, V Conferencia General, Aparecida, Brasil, mayo 2007, SEDAC, Editorial San Pablo, Colombia, 2007.

CRÉPON, Pierre: Los evangelios apócrifos. Crónica oculta del Nuevo Testamento, Editorial EDAF, S.A., España, 2004.

DICCIONARIO BÍBLICO ILUSTRADO, NUEVO en CD-Rom; Textos: Santiago Escuaín y Samuel Vilá, Editorial CLIE, Macro-media Inc, Confección: Armand Martínez y Mercedes Lucas; 1996.

DICCIONARIO ILUSTRADO DE LA BIBLIA, NUEVO: W. M. NELSON en CD-Rom; Biblioteca Electrónica de la Editorial Caribe (BECA), 1998.

DICCIONARIO EXPOSITIVO DE PALABRAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO: M. F. Unger y W. White eds., traducido por Guillermo Cook en Vine Diccionario Expositivo del AT y del NT en CD-Rom; Biblioteca Electrónica de la Editorial Caribe (BECA), 1998.

DICCIONARIO EXPOSITIVO DE PALABRAS DEL NUEVO TESTAMENTO: W. E. Vine Ed., redactor en Castellano Santiago Escuaín, en Vine Diccionario Expositivo del AT y del NT en CD-Rom; Biblioteca Electrónica de la Editorial Caribe (BECA), 1998.

DICCIONARIO BÍBLICO ADVENTISTA DEL SÉPTIMO DÍA, primera edición en español: Siegfried H. Horn, Asociación Casa Editora Sudamericana, Argentina, 1995.

DOMINUS IESUS, Declaración sobre la unicidad y la universalidad salvífica

de Jesucristo y de la Iglesia: Joseph Cardenal Ratzinger, Prefecto y Tarcisio Bertone S.D.B., Secretario, Congregación para la Doctrina de la Fe, Roma, 6 de agosto del 2000.

DORESTE, Tomás: Radiografía de la Biblia, ¿Realidad histórica o tradición oral? Editorial Océano de México, S.A. de C.V., México, 2001.

ESTRADA, Hugo S.D.B.: Cómo acercarse a La Biblia, Editorial Salesiana, Guatemala, 1996.

GARCÍA BAZÁN, Francisco: El Evangelio de Judas, Editorial Trotta, S.A., España, 2006.

GARCÍA M, Florentino (traductor): El libro de Enoc, Editorial Lectorum, S.A. de C.V., México, 2008.

GONZÁLEZ de CARDENAL, Olegario; GONZÁLEZ FAUS, José Ignacio; RATZINGER, Cardenal Joseph: Salvador del Mundo. Historia y actualidad de Jesucristo. Cristología fundamental, Ágape #16, Secretariado Trinitario, Salamanca, España, 1997.

GUARDINI, Romano: Jesucristo. Palabras espirituales, Editorial Lumen, Argentina, 1989.

GUARDINI, Romano: La Imagen de Jesús en el Nuevo Testamento, Editorial Lumen, Argentina, 1992.

HAYFORD, Jack W. editor: Hasta el fin de los tiempos. Una revelación del futuro de la humanidad, en CD-Rom; Biblioteca Electrónica de la Editorial Caribe (BECA), 1998.

HAYFORD, Jack W. editor: Un estudio de Salmos. Cuando se canta de corazón, en CD-Rom; Biblioteca Electrónica de la Editorial Caribe (BECA), 1998.

HERNANDEZ EGEA, Salvador y ESTEBAN GARCIA, Finita: ¿Cómo leer el Nuevo Testamento?, Editorial sin Fronteras, Guatemala - El Salvador

JUAN PABLO II: Carta Encíclica REDEMPTORIS MISSIO, sobre la permanente validez del mandato misionero, Roma, 7 de diciembre 1990.

JUAN PABLO II: Carta Encíclica VERITATIS SPLENDOR, sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia, Roma, 6 de agosto de 1993, Hispasa, El Salvador.

JUAN PABLO II: FIDES ET RATIO, Carta Encíclica del Sumo Pontífice Juan Pablo II a los Obispos de la Iglesia Católica sobre la Fe y la Razón, VE Multimedios, 1998.

JUAN PABLO II: ECCLESIA IN AMERICA, Exhortación Apostólica Postsinodal del santo Padre Juan Pablo II, México, 22 de enero 1999.

JUAN PABLO II: Memoria e Identidad. Conversaciones al filo de dos milenios. Traducción de Bogdan Piotrowski, Editorial Planeta Colombiana S.A., Colombia, 2005.

LEVORATTI, Armando: Hermenéutica y Teología, Colección “En torno a la Biblia”, Editorial Lumen, Argentina, 1997.

LIGHTFOOT, Neil R: Comprendamos cómo se formó la Biblia, traducido por Francisco Almanza, Editorial Mundo Hispano, Colombia, 2005.

LORDA, Juan Luis: Antropología cristiana. Del Concilio Vaticano II a Juan Pablo II, 3er Edición, Ediciones Palabra, S.A., España, 2004.

LORDA, Juan Luis: Antropología bíblica. De Adán a Cristo, Ediciones Palabra, S.A., España, 2005.

MAS I ANTÓ, Jordi: Los Orígenes según la Biblia, Gn 1-11; Central Catequética Salesiana, Alcalá, 164 - Madrid 28; Barcelona, 1981. (Transcripción de algunos comentarios).

MEARS, Henrietta C: Lo que nos dice la Biblia, Editorial Vida, Miami, USA, 1979.

PAGELS, Elaine: Los evangelios gnósticos, traducción Jordi Beltrán, Biblioteca de Bolsillo, Crítica S.L., España, 2005.

PATIN, Alain: La Aventura de Jesús de Nazaret, Décima edición, Editorial Sal Terrae, Santander, España, 1994.

PERADEJORDI, J: Evangelio según Tomás, Las palabras secretas de Jesús, Ediciones Obelisco S.L., España, 2004.

RATZINGER, Joseph: Introducción al Cristianismo, 6ta edición, Ediciones Sígueme, Salamanca, España, 1987.

RATZINGER, Cardenal Joseph: La Sal de la Tierra. Cristianismo e Iglesia Católica ante el Nuevo Milenio, una conversación con Peter Seewald, Ediciones Palabra, Madrid, España, 1998.

RATZINGER, J; GALOT, J; BETTI, U; BOYER, Ch: El misterio del Hijo de Dios, tercera edición, Ediciones Palabra, S.A., España, 1999.

RATZINGER, Joseph; URS von BALTASAR, Hans; SCHÜRMAN, Heinz: Principios de Moral Cristiana, Compendio #10, Edicep C.B., Valencia, España, 1999.

RATZINGER, J; BEAUCHAMP, P; COSTACURTA, B; DE LA POTTERIE, I; STOCK, K; VANHOYE, A: Escritura e Interpretación. Los fundamentos de la interpretación bíblica, traducción de Luis Sánchez Navarro y Carlos Granados, Ediciones Palabra, S.A., España, 2003.

RATZINGER, J. y FLORES d'ARCAIS, P; ¿Dios existe?, traducción de Carmen Bas Álvarez y Alejandro Pradera Sánchez, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., México, 2009.

RATZINGER, Joseph (Benedicto XVI); Jesús de Nazaret, desde el Bautismo a la Transfiguración, traducción Carmen Bas Álvarez; Editorial Planeta Mexicana S.A. de C.V., México, 2007.

RAINBOW STUDY BIBLE FOR WINDOWS '95, THE: Basada en King James Bible y Reina-Valera versión revisada de 1960; RainbowSoft P.O. Box 759, El Reno, OK 73036.

RIVAS, Luis H: Los gnósticos y el Evangelio de Judas, Grupo editorial Lumen SRL, Argentina, 2006.

ROSADO, Caleb: ¿Cómo es Dios? Descubre al Dios de Jesús, traducido por Hugo A. Cotro, Asociación Publicadora Interamericana, Colombia, 1996.

SCHURE, Eduardo: Los Grandes Iniciados, Editorial Olimpo, México, 1970.

SOBRINO, Jon: La Fe en Jesucristo, Ensayo desde las víctimas, UCA editores, El Salvador, 1999.

SOBRINO, Jon: Jesucristo liberador, Lectura histórico-teológica de Jesús de Nazaret, Tercera edición, UCA editores, El Salvador, 1996.

SOBRINO, Jon: La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas, UCA editores, El Salvador, 1999.

STRABELI, M: Biblia: preguntas que el pueblo hace, traducción Jorge Gómez, Ediciones San Pablo, Colombia, 1993.

STRADA, Ángel Lorenzo: María y Nosotros, Editorial Claretiana, 5ta. Edición, Argentina, 1989

TÁBET, Miguel Ángel: Introducción general a la Biblia, Colección Pelicano, Ediciones Palabra, S.A., España, 2003.

VALLE del, José Luis; SALAS, Antonio: ¿Quién es el autor de la Biblia?, 2da edición, Ediciones Paulinas, S.A. de C.V., México, 1993.

VIDAL MANZANARES, César: Diccionario de Jesús y los Evangelios, 3er edición, Editorial Verbo Divino, España, 2000.

VIDAL MANZANARES, César: El Documento Q. El evangelio más

desconocido nos revela toda la verdad sobre la vida de Jesús, Editorial Planeta, S.A., España, 2005.

VIDAL MANZANARES, César: Jesús y los Manuscritos del Mar Muerto, Editorial Planeta, S.A., España, 2006.

VIDAL MANZANARES, César: El Hijo del Hombre. La historia de Jesús contada por sus discípulos desconocidos, Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., México, 2008.

WIKENHAUSER, Alfred: Introducción al Nuevo Testamento. Segunda edición, Editorial Herder, Barcelona, 1966.